

LA

CALUMNIA.

LA CALUMNIA

(PÁGINAS DE LA DESGRACIA)

NOVELA ORIGINAL DE

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

SEGUNDA EDICION.

TOMO II.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO, EDITOR
calle de Preciados, número 5.

1872.

LIBRO NOVENO.

EN EL BAILE Y DESPUES DEL BAILE.

CAPITULO PRIMERO.

La murmuracion.

Como hemos dicho, Tula, no encontrando una frase oportuna para recibir á los dos nuevos convidados, se sonrie.

Porque la sonrisa en la boca de una mujer hermosa, es una frase sin sonido que lo reasume todo, que lo dice todo.

Sin embargo, en la ocasion presente Tula no habla porque se lo impide el miedo.

Los ojos del jóven árabe le hielan la sangre.

¿Por qué las miradas de aquel hombre penetran como un puñal hasta lo más recóndito de su corazon?

Tula no sabe explicárselo, pues el rostro de Ibrahim y el de Rafael no se parece en nada, pero tiembla y busca con los ojos á su esposo, porque necesita quien le ayude á soportar el peso que sobre su sobresaltada conciencia ejercen las miradas de aquellos extraños personajes.

. . . .

. . . .

En un baile de sociedad se encuentra siempre un número de convidados que no saben bailar, ni hacer el amor á las hermosas, ni siquiera leer versos.

Estas nulidades son las más temibles, porque poseen en alto grado el instinto de la observacion, y á fuerza de observar todo lo que se agita en torno de su inmovilidad, acaban por murmurar.

Los murmuradores, ó como si dijéramos, los desocupados, comienzan como el gusano de seda, á fabricar la sepultura de sus víctimas.

Oigamos á una señora vieja, solterona invulnerable, flaca como la vaca de la Escritura y revocada como una casa vieja cuyo dueño desea hacerla pasar por nueva.

Esta señora es la condesa del Saltillo, y está hablando con un señor extremadamente grueso que se halla á su lado, cuya nobleza data, segun él, nada ménos que del tiempo de la reconquista.

El nobilísimo señor se llama don Policarpo Valderoca del Espinal, y tiene el título de marqués de la Rama.

—Querido marqués,—dice la condesa del Saltillo,—¿ha observado usted á la hermosa criolla? En un momento ha tomado su rostro todos los colores del arco íris.

—¿De veras?

El marqués dirige sus quevedos á Tula, que se halla hablando con el médico Side Mahomet.

—¿Quién sabe si serán antiguos conocidos?... El mundo está lleno de casualidades. . . . .

—Y de misterios, querido marqués. . . . . . .

—Ademas, cuando no se conoce la casa solariega de las

personas, se lleva uno tanto petardo... Porque, condesa, el dinero no lo constituye todo.

—¡Ah! Guárdese usted de tener semejante opinion; porque pasaria usted por un tipo ridículo á los ojos de esos millonarios orgullosos que lo invaden todo con el exclusivo privilegio del oro.

—En confianza, querida condesa, ¿cree usted que la criolla no tiene amante?

—Nada se sabe de positivo, ó por mejor decir, hay varios pareceres...

—¡Hola! ¡hola!

—Unos sospechan que el aspirante más favorecido es Héctor, y otros opinan que el hijo del banquero Etartegui; pero ¿quién sabe si será el jóven árabe?

—Efectivamente; Ibrahim detiene demasiado sus miradas en la hermosa americana.

—El amor tiene algo de magnetismo.

—Sí; es preciso mirarse mucho.

—Tengo una viva curiosidad por saber en qué paran esos apartes.

—Yo tambien.

—Marqués, observe usted ahora; se ha puesto pálida como un cadáver.

—¡Diablo! ¡Y la sonrisita del jóven árabe enfria la sangre, da miedo!

—Algo sucede entre esa pareja.

—No la perderé de vista.

—Reclamo que se me comuniquen todos los descubrimientos.

—Nunca he sido avaro de los secretos ajenos,—dice el marqués sonriendo.

—Parece que á los convidados les llama la atencion la escena á *sotto voce* del árabe y la criolla; observe usted cómo todas las miradas se fijan en ellos.

—Pues cuando el rio suena...

En este momento se acerca un jóven adonde está el marqués.

—¿Conoce usted á ese jóven de rostro amarillento y mirada melodramática?—le pregunta.

—Qué, ¿no sabe usted quién es?—dice la condesa.

—Sólo he oido decir á aquella señora del vestido color de rosa, que es el presunto amante de la americana.

—Es probable.

—¡Diablo! Le envidio.

—¡Bah! Más debe envidiarlo su esposo don Pablo Robles.

—Segun parece, el *marido* sólo se ocupa de las cartas.

—Creo que es aficionado á pescar.

—¡Gran ocupacion para un casado!

—Eso tiene algo de epigrama.

—En tal caso, será un epigrama aplicable.

Las risas, los comentarios, las sospechas calumniosas van creciendo como la bola de nieve.

Tula, miéntras tanto, nada oye, y habla en voz baja con Ibrahim.

Side Mahomet y Héctor conversan tambien.

El jóven árabe ejerce un poder asombroso en la criolla.

Sin embargo, sólo emplea frases galantes, aunque sin perder su habitual gravedad, tan impropia á sus años.

—América es, señora, un país encantador,—dice.—¡Oh! Compadezco con toda mi alma á los séres que no nacieron bajo aquel sol abrasador, entre las espesas frondas de aquellas vírgenes selvas.

—Segun eso,—pregunta Tula, procurando dominar la agitacion que siente,—¿no le gusta á usted España?

—No tengo aún voluntad propia,—responde Ibrahim sonriendo.—Mi padre desea recorrer la patria de Hernan-Cortés; yo sigo sus pasos. Sólo le ruego á *mi dios* que no corte el hilo de mi vida en Europa.

Tula, viendo la tranquilidad con que le dirige la palabra aquel jóven, tiene un momento de duda.

Su espíritu investigador la empuja á dirigir algunas preguntas que la tranquilicen, que desvanezcan la última duda.

Teme arriesgar una frase inoportuna; pero por fin se decide, y dice:

—Habrán recorrido ustedes toda la isla de Cuba.

—Toda, ó en su mayor parte.

—¡Oh! ¿No es verdad que es muy bonito Puerto Príncipe?

Tula fija con profunda detencion sus ojos en el jóven; pero éste contesta sencillamente y con la entonacion más natural del mundo:

—No he estado nunca en esa parte de la isla.

La criolla por un momento se persuade de que Ibrahim no es Rafael, pero pronto nacen nuevas sospechas en su corazon.

En este instante, en una pieza inmediata se oye la orquesta, que toca un vals.

Las parejas se disponen á bailar.

Entre Ibrahim y Tula transcurre una pausa.

Por último, el jóven árabe se inclina y dice procurando sonreirse:

—Señora, aunque no estoy muy versado en las costumbres de la buena sociedad europea, durante mi permanencia en Paris aprendí algo de baile. ¿Quiere usted valsar conmigo?

Tula se levanta, ofreciendo su mano al árabe.

Aquella mano que estrecha con la suya, no se conmueve.

Aquel brazo que aprisiona su cintura, no se agita.

Comienza el baile, ese movimiento aturdidor que fascina á la juventud.

Esas vueltas rápidas, que descomponen la gravedad del hombre y los prendidos de las mujeres.

Ibrahim baila con una suavidad y con un compas admirables, salvando con maestría á su pareja de los obstáculos que siempre se encuentran en un vals.

Cuando cesa de oirse la música, vuelve á conducir á la criolla á su sitio, y despues de darla las gracias, se separa de ella.

Tula se queda pensativa; pero pronto se acerca Héctor á entretenerla con su conversacion.

Miéntras tanto, el jóven árabe se aproxima adonde está Mahomet.

—Quiero jugar con Pablo,—le dice rápidamente y en voz baja.

—Piensa que es millonario,—le responde Side Mahomet Ben-ad-jé.

—No importa; tengo la seguridad de ganarle. Ademas, deseo saber qué efecto le produzco.

—No te conocerá.

—Tal vez sí; el color del rostro y la forma de las facciones pueden cambiarse, pero la mirada y la sonrisa son siempre las mismas.

—Vamos, pues.

Y ambos entran en el salon de juego.

CAPITULO II.

Cuatro horas despues.

Son próximamente las cinco de la mañana.

El baile ha terminado: los tertulianos de la hermosa criolla han salido contentísimos de su casa, elogiando la elegancia de los salones, el buen gusto, la amabilidad y finura de la hermosa americana.

Sin embargo, la murmuracion ha tomado un vuelo considerable, porque la murmuracion, si se nos permite una comparacion bastante prosaica, es como el *consumé* de las fondas, sin el cual no es posible condimentar los guisos que tanto agradan á los hombres de buen paladar.

Como íbamos diciendo, á eso de las cinco de la mañana, Pablo y Tula se encuentran en un gabinete, completamente solos y sentados junto al grato calor de una chimenea.

Ambos á dos permanecen silenciosos, mudos, preocupados.

La presencia en el baile de Side Mahomet Ben-ad-jé y su hijo Ibrahim les ha producido un efecto indescriptible.

Pero dejando comentarios, casi siempre enojosos, oigamos lo que hablan, puesto que para nosotros no han de tener secretos los personajes que nos ocupan.

—He pasado una noche horrible,—dice Tula.—¡Oh, no me cabe duda! A pesar de la frialdad que me ha demostrado, le he reconocido: ese jóven árabe es Rafael.

—Yo, como tú, he sufrido mucho y he pasado una noche fatal.

—Su viaje á España tiene indudablemente una causa, un motivo: la venganza.

—Es preciso preparar el golpe.

—Creo que sería prudente contar con nuestro cómplice Daniel.

—Tienes razon, Tula, tienes razon: Daniel se halla tan interesado como nosotros. Ademas, él es nuestro brazo.

—¡Oh! ¿De qué sirve el oro cuando la conciencia carece de tranquilidad?—exclama con desesperacion la criolla.

—Gertrudis, en estos instantes el arrepentimiento no puede evitar el peligro que indudablemente nos amenaza. Si ese hombre es Tanguay, si ése Ibrahim es Rafael, nuestra tranquilidad reclama sus vidas, y morirán. Soy rico, y no ha de faltarme un hombre valiente y sereno que me libre de esos enemigos.

—¡Oh, no, Pablo, no!... Daniel es un leal servidor; no quiero otro cómplice. Llámale.

Pablo se dirige á una mesa donde se halla un timbre, y pronto un criado aparece en la puerta.

—Diga usted al señor Daniel que le espero.

El criado saluda, se retira, y poco despues entra el negro.

Viste de frac, y su gravedad parece que ha aumentado con el traje de etiqueta.

—Cierra esa puerta,—le dice Tula,—y siéntate á nuestro lado.

El negro obedece.

—Escucha, Daniel,—vuelve á decirla criolla.—Hace unas cuantas noches afirmaste en el teatro que el jóven que iba con Tanguay el javanes no era Rafael.

El negro se inclina, como para afirmar la pregunta.

—Sin embargo, te has engañado.

—Lo sé, señora,—dice con pausado acento.—Esta noche, á pesar del cambio que ha sufrido su rostro, le reconocí. Viene á vengarse.

—¡Cómo!... ¡Tú sabes...—exclaman casi á la vez con sorpresa los esposos.

—Es de suponer.

—Pero tú lo afirmas.

—Conozco á Rafael.

—Entónces, es preciso buscar un medio...

—Lo tengo,—dice con imperturbable tranquilidad el negro.

—¡Ah!—exclama con inefable gozo la criolla.

—¿De veras?—pregunta con afan Pablo.

El negro abarca con una mirada llena de orgullo á sus amos, y sacando con pausa un puñal del bolsillo del pecho del frac, dice:

—Tanguay es un sabio; conoce multitud de plantas que dan la vida, y otras que dan la muerte. En sus viajes á la India ha buscado por las salvajes selvas hojas de árboles que tienen el don de cambiar el color del rostro, raíces cuyo zumo

enloquece al que lo bebe; pero yo soy de un país donde se envenenan las flechas para que emponzoñen la sangre de los enemigos al herirlos, y este puñal tiene la punta envenenada.

Daniel, al decir la última palabra, agita en el aire la reluciente hoja del puñal, sonriéndose y mirando á Tula de un modo extraño.

Pablo exhala un grito de gozo, pues cree ver en el negro un aliado terrible.

—Daniel,—le dice,—líbranos de esos hombres, y pide lo que quieras.

El negro dirige sus ojos hácia Tula, y ésta se estremece, pues cree notar en aquella mirada una expresion siniestra.

—Los señores—dice el negro Daniel, guardando el puñal—pueden dormir tranquilos; la noche convida á la meditacion.

—Nosotros deseamos recompensarte los muchos servicios que nos has prestado,—se atreve á decir Tula.

—El esclavo—repone con calma el negro—cumple con su deber sirviendo á sus amos.

Y nuevamente los gruesos labios del negro se entreabren para dar paso á una sonrisa.

Por la primera vez de su vida, la criolla tiene miedo de aquel leal servidor.

Porque en las negras y brillantes pupilas de Daniel, brilla una chispa de fuego que le anuncia algo terrible.

Pablo pone fin á la corta pausa, diciendo:

—Tú no eres mi esclavo; eres mi amigo.

—Gracias, señor.

—Ante esa sociedad que nos adula porque sabe que po-

seemos millones, tú, querido Daniel, no eres otra cosa que el hombre de confianza de la casa, el mayordomo que maneja nuestros asuntos; pero cuando nos quedamos solos, cuando en el recogimiento de la familia nos reunimos, entónces es otra cosa: Daniel el negro es casi el hermano de Pablo el español, como me llamaban en Puerto Príncipe.

Robles procura dar á sus palabras una entonacion tranquila que está muy léjos de sentir.

Daniel se inclina con humilde ademan, demostrando profundo agradecimiento.

—Si los señores lo permiten, me atreveria á proponerles un camino en la situacion que nos encontramos,—dice el negro despues de una corta suspension.

—Habla.

—Sí, sí; dí lo que quieras.

—Creo indispensable hablar mañana á Tanguay; el javanes tiene mucho cariño al oro, y no es del todo difícil que así como nos suministró la raíz del estricno para... podria ahora...

Tula palidece y Pablo se pone taciturno.

Sólo Daniel se sonrie.

—No, no,—exclama la criolla;—basta un crímen.

—Señora, en este mundo muchas veces se necesita apartar los estorbos que se colocan ante nuestro paso.

—Pero, Dios mio, ¿no habrá otro medio?

—Matar es el más seguro, porque los muertos no hablan,—repite el negro.

Tula siente que un temblor conmueve su cuerpo.

Pablo tiene miedo.

Sólo Daniel se halla tranquilo; la naturaleza le ha conce-

dido una de esas organizaciones privilegiadas que ni se doblan ante los obstáculos, ni tiemblan ante el peligro.

Altivo, fiero, reconcentrado, abriga una idea en lo más recóndito de su corazon: el amor de Tula.

La esperanza de realizar los sueños de diez años, el deseo de alcanzar el amor de la mujer que llena su alma, le hacen desafiar el peligro.

Por la criolla hubiera luchado con veinte hombres, con la seguridad de vencerlos.

Pablo y su esposa, por el contrario, parecen agobiados bajo el peso de su crímen.

El recuerdo de don Fernando, el mulato, no se borra de sus mentes, y más de una vez la imágen del honrado Quesada turba sus sueños.

La presencia de Rafael es un nuevo peligro que les amenaza, porque la impasibilidad de aquel jóven impetuoso no es natural.

Pablo comprende que en aquel momento sería una imprudencia resolver ó formular el plan que deben seguir.

—Tiene razon Daniel,—dice;—la noche convida á la meditacion; vamos, querida Tula, ne te sobresaltes; nuestro crímen podrá atormentarnos; pero Rafael, si efectivamente es ese jóven que se ha presentado con el nombre de Ibrahim, carece de pruebas. Así pues, no quiero que te preocupe la imaginacion semejante asunto. Daniel y yo terminarémos la cuestion de un modo satisfactorio.

—Sí, tiene usted razon, don Pablo; es asunto nuestro,—dice el negro.—La señora hará bien en no acordarse de semejante cosa.

Tula, á pesar de las palabras tranquilizadoras de su esposo y del negro, no puede dominar la agitacion que experimenta. Se siente fatigada, y deseando hallarse sola, dice:

—Es verdad: mañana se decidirá lo que debe hacerse.

La criolla se levanta. El negro coge una bujía y dice:

—¿Quiere la señora que llame á su doncella?

—No; me desnudaré sola.

—¿Quiere la señora que la acompañe á su dormitorio?

—No; iré sola.

Tula estrecha la mano á su esposo y sale de la habitacion.

Poco despues el negro y Pablo se separan, encaminándose cada uno á su dormitorio.

CAPITULO III.

Los lazos del crimen.

El dormitorio de Tula es un santuario donde la voluptuosidad, la poesía y el amor derraman sus misteriosos encantos.

Los pequeños piés de la criolla pisan una blanda alfombra pérsica de vivos colores.

Los muebles son cómodos, como la misma pereza los sueña; elegantes, como los concibe el genio del buen gusto.

El arte no es extraño en aquel nido encantador, donde la criolla pasa noches de horribles ensueños.

Tula entra en su dormitorio, y despues de encender una riquísima lámpara de porcelana de Sevres, apaga la bujía y se deja caer en una duquesa de terciopelo azul, que se halla inmediata á la chimenea.

Las cortinas de raso, del mismo color que la sillería, caen en graciosos pabellones desde su guardamalleta de ébano tallado hasta el suelo, y ocultan misteriosamente el blanco y cómodo lecho.

Tula, abismada en su dolor, permanece media hora inmóvil, silenciosa, como la estatua del recogimiento.

En tal estado, no observa que las cortinas de la alcoba se entreabren para dar paso á un hombre.

Es Daniel el negro.

Tula nada ve, nada oye.

El negro, con los brazos cruzados sobre el pecho, contempla un instante á su ama.

En los ojos de aquel hijo de los bosques de Africa brilla un destello, un fulgor, que revela la ardiente pasion que inflama su alma.

Por fin de los gruesos labios de Daniel se escapa un suspiro, y dice:

—Buenas noches, señora.

Tula alza rápidamente la cabeza; quiere exhalar un grito de espanto y no puede.

El negro Daniel avanza dos pasos, y colocando su mano sobre el respaldo del asiento que ocupa Tula, dice, sonriendo con bondad:

—Siento haber asustado á la señora.

—Pero... ¿por dónde entraste? Yo por mi mano cerré la puerta de la habitacion...

—En la alcoba hay una puerta de escape, y como la señora se olvidó de correr el cerrojo...

—¿Qué significa esto, Daniel?—pregunta con altivez la criolla.

—Significa que el negro tiene precision de hablar á su ama sin testigos.

—Podias haber esperado á mañana,—dice, procurando se-

renarse y con marcada altivez, Tula.—Mi dormitorio quiero que se respete; debe ser un sagrado para mis criados.

El negro fija una larga y penetrante mirada en aquella mujer jóven y hermosa, que, á pesar de la energía de sus palabras, tiembla como la víctima ante el verdugo. Luégo, con una entonacion tranquila, fria, penetrante, vuelve á decir:

—Si la señora tiene la bondad de recordar las palabras que hace poco me dirigió su esposo, comprenderá que no soy simplemente un criado de la casa.

Tula se pasa varias veces su pequeña y blanca mano por los ojos, como si dudara de lo que oye.

El negro vuelve á decir de este modo:

—Comprendo la admiracion que mi presencia causa á la señora; pero ha llegado el instante de que nos entendamos, de que yo arranque la máscara que me desfigura hace diez años, y diga, por fin, lo que siente mi corazon.

Las palabras de Daniel, pronunciadas con nna frialdad terrible, sobresaltan más y más á la criolla, que dirige la mano hácia el llamador de la campanilla.

Daniel comprende la intencion de su ama, y la coge suavemente el brazo.

El contacto de aquella mano hace estremecer á Tula, como si le hubiera quemado.

—¡Miserable! —exclama con acento amenazador.—¿Te atreves á tocarme?

—¡Oh! Verdaderamente la señora tiene un brazo de reina; blanco como la nieve de las montañas, mórbido como el mármol, fino como la pluma de los cisnes; pero yo no quiero que nadie nos interrumpa, y hé aquí explicado mi atrevimiento; por-

que la señora comprenderá que para ciertas cosas incomodan los testigos.

Las palabras del negro comienzan á enervar el valor de la criolla.

Exhala un suspiro, como demostrando la debilidad que experimenta, y dice:

—Está bien, no llamaré. Habla, dí lo que quieras, pero terminemos pronto esta escena.

—Rafael está en Madrid; Tanguay el javanes le acompaña; sabe que un veneno puso fin á los dias de su padre, y careciendo de pruebas, no le conduce á España otro objeto que la venganza ¡Oh! Si ese jóven de corazon altivo y sereno tuviera pruebas, no sería muy difícil que mi hermosa y elegante ama y su orgulloso cómplice tuvieran que habérselas con los tribunales. Pero yo tengo esas pruebas, y puedo ademas librar á mi ama de ese enemigo irreconciliable, que viene á matar y que puede morir.

—Pero ¿qué pruebas son las que tú tienes?—pregunta con espanto la criolla.

—Siento recordar que en otro tiempo, cuando vivia el confiado don Fernando Quesada, la señora tuvo la imprudencia de escribir algunas cartas á su amante, Pablo el español; y como estas cartas podian muy bien haberse extraviado, yo tuve la precaucion de irlas recogiendo, y las conservo en mi poder. ¡Oh! Si el falso Ibrahim llegara á poseer esas cartas, serian en sus manos un arma terrible. Tengo la seguridad de que el vengativo jóven daria por ellas toda su fortuna; pero yo no soy ambicioso; aborrezco á ese jóven, y estoy dispuesto siempre á servir á mi señora.

—Pero esas cartas podian comprometerte á tí tambien, y tú te guardarás de hacer uso de ellas.

—Cierto; pero debo advertir á la señora, que en el asunto que nos ocupa, yo, en calidad de esclavo, he sido el instrumento, y la ley tendrá en cuenta que el negro Daniel sólo ha obrado por órden é inspiracion de sus amos.

—Acabemos. ¿Qué es lo qué quieres por esas cartas?—pregunta Tula con tembloroso acento.

Daniel fija una mirada penetrante en su ama, y sacando un puñal del bolsillo del frac, vuelve á decir:

—Como he dicho hace poco á la señora, este puñal mata irremisiblemente á la persona que hiera. Rafael y Tanguay morirán tan pronto como la señora lo ordene; pero en este mundo todo se lleva á cabo con la esperanza de una recompensa, y yo deseo tambien la mia.

—Pues bien: pide, pide; ¿qué te detiene?—repite de nuevo la criolla, sin atreverse á mirar á su cómplice.

—Hace diez años, la señora contaba entónces diez y ocho primaveras; era hermosa como esos pequeños serafines que rodean á las vírgenes en los altares de los templos. Yo la habia visto crecer sin experimentar en mi pecho otra pasion que la que siente el sér fuerte por el sér débil que vive á su lado; pero cuando la señora cumplió los diez y ocho años, sentí por primera vez en mi corazon una cosa extraña que me dominaba, que me traia inquieto, llegando hasta el punto de turbar mi sueño, que hasta entónces habia sido tranquilo, profundo.

Daniel se detiene.

De sus ojos, negros como la tinta, brotan rayos de misteriosa luz, á tiempo que un hondo y profundo suspiro se escapa

de su pecho y una agitacion nerviosa estremece su cuerpo.

Tula no se atreve á mirarle, porque comprende con espanto lo que aquel hombre va á decir.

—He sufrido mucho, señora,—vuelve á decir el negro;—porque hace diez años que en mi corazon arde un fuego que me devora. Pero Daniel tiene el color de la cara como la noche; el cabello crespo como la crin de los caballos; es un salvaje, un miserable esclavo, y sabe que si Dios le ha concedido un alma, ésta no debe nunca darse á conocer. Sin embargo, la casualidad hizo que Tula, la hermosa criolla, el ángel de sus sueños, para cometer un crímen necesitara del auxilio, del apoyo del pobre negro; y el crímen, como el amor, tiene sus lazos: los unos son de flores, los otros, de hierro.

El negro vuelve á detenerse.

Una sonrisa infernal asoma á sus trémulos labios

Tula no se atreve á contradecir las palabras que escucha; pero tiembla acobardada, como la débil oveja bajo las garras de la carnívora hiena.

—¡Oh!—repone nuevamente Daniel.—La señora puede comprender cuánto habré sufrido durante diez años. Primero ví á un anciano millonario que la condujo al lecho nupcial, y lloré mucho, sí; lloré por espacio de algunas noches, procurando enjugar mis ojos para que nadie comprendiera mi dolor. Despues, adivinando la pasion que inflamaba el pecho de Rafael, y creyendo que sería correspondido, acaricié con rencorosa mano el mango de mi cuchillo; Rafael vivió porque comprendí que no era amado. Por último, Pablo el español se presentó en Puerto Príncipe. ¡Oh! El español fué más afortunado: la señora le amó con toda su alma, de esa manera que enlo-



Una sonrisa infernal asoma á sus trémulos labios.

quece, como no se ama más que una vez en la vida. Entónces pude matar á Pablo, pero comprendí que sólo viviendo podian realizarse los codiciados sueños de mi vida, y en vez de declararme su enemigo, me hice su cómplice; y hoy, señora, la honra, la vida de la mujer que amo con toda la fuerza de mi salvaje corazon, está en mis manos. Nada me importa subir á un patíbulo, pero no subiré solo; me acompañarán mis cómplices. Estoy resuelto á todo; seré de Rafael ó de Tula. Desprecio el dinero, pero codicio el amor, la realizacion de mis deseos, y Tula será mia... ¡Oh! ¡Sí, mia! Pero sin que nadie lo sospeche, sin que nadie lo comprenda. A los ojos de la sociedad, su criado más humilde, su esclavo; pero en el retiro de su dormitorio, su amante, su señor. Sólo á ese precio podrá la hermosa Tula, la elegante millonaria, librarse de un presidio, tal vez de un patíbulo.

Tula no puede resistir más; lanza un grito, y pierde el conocimiento.

Daniel la ve caer sobre la alfombra, y la contempla un momento.

Luégo la coge por la cintura, levantándola como si fuera una niña, y la coloca sobre la cama.

Tula permanece sin conocimiento.

El negro deposita un apasionado beso en la inmóvil boca de su ama, y sale precipitadamente de la habitacion.

CAPITULO IV.

Ojo por ojo.

Cuando Tula recobra el conocimiento, su doncella se halla á su lado haciéndola respirar un frasco de sales.

—¿Quién me ha conducido aquí?—pregunta.

—No sé nada, señora; me hallaba retirada en mi habitacion, cuando el señor Daniel me dijo que la señora se encontraba mala, y vine precipitadamente.

—Está bien: vete.

—Si la señora quiere, pasaré la noche en su dormitorio.

—No; esto ha sido un ligero desvanecimiento; estoy buena: únicamente necesito descansar.

Tula indica á la doncella que la desnude, y se acuesta; pero de pronto la sobrecoge un miedo terrible.

—Luisa,—dice á la doncella,—quédate; no te vayas. Corre el cerrojo de la puerta de escape.

La doncella obedece.

—Dispensa, Luisa, dispensa si te obligo á pasar una mala noche; procura acomodarte lo ménos mal posible en una butaca ó en el sofá.

Luisa se sienta en una butaca cerca de la alcoba.

Tula, algo más tranquila, comienza á reflexionar sobre todo lo que le ha acontecido durante aquella noche terrible para ella.

Pero á poco el sueño desciende sobre sus párpados, y se queda dormida.

¡El sueño! Esa pequeña muerte diaria, levanta en su calenturienta imaginacion los mil fantasmas que brotan de ese crisol donde bulle el abrasador remordimiento.

Tula sueña todas las terribles visiones que crea el miedo.

Ve á Rafael recordándole á su padre, y con el puñal vengador suspenso sobre su aterrada cabeza, y al feroz negro, que con los brazos abiertos se sonrie, diciéndola:

—Yo solo puedo salvarte.

De pronto estas visiones desaparecen. La tierra se abre á sus piés, enseñándole el hueco de una fosa, y un anciano, envuelto en un sudario, se incorpora, se levanta y extiende su descarnado brazo en direccion á ella.

Los ojos de aquel cadáver brillan con esa llama de color azúlado que presenta el fósforo en la oscuridad; luz fantástica, aterradora, que estremece de espanto.

Una voz, que parece evocada de las tumbas, resuena en sus oidos.

—¡Parricida! ¡parricida!—la dice.—¡Yo te entregué mi corazon, mi voluntad, mi fortuna, mi honor, y tú, adúltera infame, mujer corrompida, pérfida esposa, destrozaste mi cora-

zon, burlaste mi buena fé, robaste mi fortuna! Pero te emplazo ante el juicio de Dios, que no está lejano; te espero ante el tribunal inapelable que juzga á los culpables, donde principia la eternidad desconocida por los hombres. ¡Maldita seas!... ¡maldita seas!...

El espectro lanza una carcajada horrible, cuyo eco estremece el corazon de la criolla, y desaparece. La pesadilla continúa más tenaz, más espantosa.

El sudor brota en la hermosa frente de la dormida.

De sus temblorosos labios se escapan ahogados gemidos, que interrumpen el pacífico sueño de la doncella, quien no se atreve á despertar á su señora.

A traves de las ricas colgaduras del balcon penetra el tibio resplandor del naciente dia.

En la calle comienza esa animacion, ese ruido moderado de los hijos del trabajo, y que más tarde los elegidos convierten en estruendo insoportable con el estrépito de los coches.

Luisa se decide á despertar á su señora, porque le sobresaltan los gemidos que exhala.

Se acerca á la cama, coloca suavemente una de sus manos sobre el mal abrigado brazo de la criolla, y lo sacude débilmente.

Tula abre los ojos, y dirige en derredor una mirada vaga, absorta.

—¿Qué quieres?—pregunta.

—La señora se queja, y la he despertado.

—¡Gracias, Luisa, gracias!... ¡Oh! ¡He tenido una pesadilla horrible! ¡Qué grato es despertar despues de un sueño espantoso!

La doncella se acerca al lecho de su señora.

Tula parece gozarse en la contemplacion de los objetos que la rodean, como se goza el náufrago al arrodillarse sobre la playa apetecida, viendo el sol que brilla y le sonrie desde el cielo, viendo las plantas que perfuman el ambiente que respira.

—¿Qué hora es?—dice, pasándose la mano por la frente para separar los hermosos cabellos, que caen en desórden sobre su rostro.

Luisa contesta, despues de mirar la esfera del reloj:

—Las seis y media, señora.

—Eran las cinco cuando mi esposo salió de esta habitacion: apénas he dormido tres cuartos de hora.

—¿Quiere la señora descansar? Entornaré las maderas del balcon.

—No, Luisa, no; abre mas... necesito luz: la oscuridad me incomoda, me agobia. Descorre esas cortinas; que penetre en la habitacion el primer rayo de sol que brota en los cielos.

Luisa obedece, sin comprender el sobresalto que advierte en la fisonomía de su ama.

—Ahora puedes retirarte á descansar,—le dice.—Nada necesito.

Luisa saluda y se dispone á salir de la habitacion.

De pronto en los ojos de la criolla brilla una luz extraña, terrible, amenazadora.

—Espera,—dice.

La doncella se detiene.

—¿Estará durmiendo el ayuda de cámara de mi esposo?

—Es probable, señora.

—Pues bien: es preciso que vayas á despertarle y le digas

que participe al señor que estoy un poco mala, que necesito hablarle.

Luisa sale de la habitacion.

Tula, al verse sola, se desliza de la cama, sin cuidar de abrigarse.

Sus blancos y pequeños piés, desnudos como los de Vénus, pisan con la ligereza de un hada la mullida alfombra.

Llega á un elegante secreter de ébano con incrustaciones de nácar, abre uno de sus cajones y saca un pequeño puñal, cuya vaina de concha y mango de plata dicen á primera vista que es una obra de arte.

Luégo vuelve á su lecho, dejando el arma debajo de la almohada.

—¡Oh! ¡Ahora, miserable esclavo,—murmura,—yo te haré comprender la distancia que nos separa! Tu puñal está envenenado y el mio tambien; tú naciste bajo el sol de África, en medio de esas selvas, eterna guarida de animales feroces, y en tus ojos brilla el instinto devorador del rey del desierto; pero yo tengo sangre española mezclada con la de esos hijos cuya cuna calentó el sol de los trópicos; soy hija de un país donde las cañas son árboles y donde los árboles matan con su sombra, he crecido en una tierra donde la picadura de las víboras emponzoña la sangre; y puesto que te levantas ante mí con la fiereza del leon africano, yo voy á esperarte con la impasibilidad de la serpiente boa, que se arrastra por las sabanas de América.

Tula se sonrie de una manera indescriptible; tal vez como debió hacerlo la celosa Medea ante los cadáveres de sus hijos.

Transcurre media hora.

La criolla no aparta su brilladora mirada de la pequeña puerta de escape que se destaca en el fondo de la alcoba.

Por fin se abre esta puerta, y se presenta un hombre, envuelto en una riquísima bata de tisú.

Tula no puede reprimir un grito de feroz alegría.

Como la hiena que se dispone á emprender una lucha superior á sus fuerzas y ve aparecer de repente un tigre real que se coloca á su lado para defenderla, siente un gozo infinito en el corazon.

El hombre que tan súbitamente acaba de reanimar su desfallecido espíritu es Pablo, es su marido, es su cómplice.

Pablo, que como ella, tiene necesidad de defenderse, se ve en la precision de romper unas cadenas que le sujetan á un cómplice miserable que acaba de levantarse ante ellos, pidiendo en pago de su silencio un trozo de su honra.

—¿Qué tienes, Tula? Tu faz está desencajada, estás pálida, conmovida. ¿Qué ha sucedido aquí?—pregunta Pablo, acercándose al lecho de su esposa.

—Ante todo, Pablo, cierra esa puerta y ven á sentarte aquí, junto á la cabecera de mi lecho. Lo que voy á decirte no debe oirlo nadie: es un secreto cuya publicidad puede costarnos la vida.

Pablo siente un estremecimiento en el corazon.

Las palabras que acaba de dirigirle Tula han levantado un eco en su alma, pero un eco de esos que dejan en pos de sí el espanto, que hacen palidecer el semblante y empequeñecen el espíritu del hombre hasta producir el aturdimiento de las ideas.

Por eso Pablo, inmóvil, sin atreverse á avanzar, fija en su esposa una mirada que bien podemos calificar de estúpida, en

cuya mirada se adivina una pregunta que no asoma á sus labios.

—Tú eres mi esposo,—vuelve á decir la criolla, dejando caer una á una sus palabras;—tú eres mi cómplice, Pablo; en nuestro lecho nupcial se respira el emponzoñado ambiente de un veneno, flota el impalpable fantasma de un remordimiento. Ha llegado la hora de sacudir el cobarde miedo que redobla los latidos del corazon, que enerva el temple del espíritu. Cierra esa puerta, Pablo, cierra esa puerta, y ven á oir el relato de mis labios, para manifestarte el peligro que corre nuestra dicha presente, nuestra felicidad futura.

Pablo se arranca por fin á sí mismo de aquel sitio, cierra la puerta, coge una silla, se sienta á la cabecera de la cama, y dice con acento tembloroso:

—Habla. Te escucho.

CAPITULO V.

El fruto del mal.

Tula se incorpora un poco sobre las almohadas, y fijando una de esas miradas en que una mujer de corazon pretende estudiar al hombre á quien va dirigida, dice:

—Pablo, ¿ha turbado alguna noche tu sueño el recuerdo del mulato Quesada?

La palidez de Robles aumenta notablemente.

—¿Por qué me haces esa pregunta?—murmura Pablo, dirigiendo en derredor suyo miradas recelosas.

—Porque acabo de tener una pesadilla espantosa; porque en mi imaginacion he visto el cadáver de mi difunto esposo, de cuyas huecas órbitas brotaban chispas de luz siniestra, amenazadora; porque sus palabras han resonado en mis oidos, estremeciendo mi corazon; porque, Pablo, el remordimiento me hace sufrir mucho, y la presencia de Rafael en Madrid me espanta, me aterra.

La criolla deja asomar dos ardientes lágrimas, que resbalan silenciosas por sus descoloridas mejillas.

—Vamos, Tula,—dice con inseguro acento su esposo,—¿á qué viene ese necio temor? Rafael no es inmortal, y si se presenta ante mi paso, espero que el resultado no sea desfavorable para mí. Así pues, te suplico que te tranquilices: cuando se poseen cuatro millones de duros se pueden lograr muchas cosas.

—Es que Rafael no es el único enemigo que se levanta ante nosotros: tenemos otro mas terrible, porque es poseedor de nuestro secreto, porque tiene pruebas de nuestro crímen.

—¡Daniel tal vez!...—pregunta Pablo con sobresalto y asombro.

—Sí; ese infame, ese miserable negro, que hace poco se ha atrevido á amenazarme.

—¡Oh! ¡Yo sabré castigar su insolencia!

—Guárdate bien de ello; sería capaz de denunciarnos á los tribunales.

—¿Quién dará crédito á las acusaciones de un negro?

—Tiene en su poder cartas mias.

—¡Cómo!

—Sí, Pablo, sí: cartas que en otro tiempo yo tuve la imprudencia de escribirte, y que él ha tenido el cuidado de recoger y conservar como una arma terrible que puede perdernos. ¡Ah! ¡El crímen nos une con esa cadena moral, tan fuerte, tan pesada como la que arrastran en presidio los penados! Y ese miserable, en premio de su silencio, ¿sabes lo que pide?

—¿Dinero tal vez?

—¡Dinero! Le hubiera dado la mitad de mi fortuna.

—Entónces...

Tula se detiene; fija los llorosos ojos en su esposo, y dice, bajando la voz:

—Pide mi amor.

Pablo exhala un rugido de rabia.

—¡Tu amor!—dice.—¡Tu amor!... ¡Ese miserable!...

La criolla agita la cabeza confirmando las palabras de su marido.

Pablo palidece, demostrando que la energía de sus palabras no se halla al nivel de la de su corazon.

Indudablemente la audacia del negro le causa miedo, pues apénas sabe qué responder.

Por último dice:

—Yo castigaré á ese infame.

—Pablo,—dice Tula despues de una pausa,—nosotros hemos colocado el pié en la pendiente resbaladiza que conduce al remordimiento, tal vez al patíbulo; y miéntras Rafael y Daniel vivan, nuestras cabezas se verán amenazadas de muerte.

Pablo se estremece.

Las palabras de su mujer envuelven una de esas terribles verdades que acobardan el espíritu, que redoblan los latidos del corazon.

Momentos hay en la vida en que el hombre más sereno se aturde, en que la imaginacion más feliz, más fecunda, de más ingenio, no encuentra una idea.

El crímen, como el fuego, lo seca todo, cuando no lo quema.

De entre las pavesas brota como un sarcasmo el remordimiento, y entónces la tranquilidad es imposible.

Pablo, poseido por la ira, por el despecho, amenaza al ne-

gro; pero ni un solo ademan, ni el más ligero movimiento hace para ejecutar su amenaza.

En medio de este desórden, que redobla el pánico, un pensamiento viene por fin á alumbrar las tinieblas que les envuelven.

El asesino sólo ve su salvacion siendo segunda vez homicida.

El egoismo aconseja, en los momentos terribles, derribar todos los estorbos.

—Primero *yo,*—dice el hombre en los casos graves, en que peligra su existencia.

Pero se engaña, pues el peligro se acerca en vez de alejarse, y muchas veces el puñal del enemigo ó del cómplice se convierte en la espada de la ley, que, colocada en la difamadora mano del verdugo, hiere, extermina más terriblemente.

Pablo, pues, siente brotar en su cerebro una idea.

Su rostro se reanima, y fijando una mirada de esperanza en su esposa, dice.

—Necesitamos el apoyo de Tanguay el javanes.

—¿Olvidas que Rafael pasa por su hijo?

—¿Qué importa? Rafael no puede comprarle por el precio que nosotros; ademas, Tanguay no conoce más señor que el oro.

—Medita bien á lo que te expones, ántes de dar un paso imprudente.

—No temas; le sondearé primero.

—¿Pero cuál es tu intento?

—Proponerle un negocio; si lo acepta, le valdrá un millon de reales. En cuanto á Daniel, conviene que ignore que tú me

has revelado su incalificable atrevimiento, y para alejarle de nosotros algunos dias, sería conveniente mandarle á nuestra quinta de Villaviciosa.

—¿Y si se niega á obedecer mis órdenes?

—Busca un pretexto. Si conviene, dale una esperanza.

—¡Oh! ¡Me repugna ese hombre!

—Lo comprendo; pero es preciso violentarse.

—Haré lo que quieras.

—Créeme, Tula: nuestra salvacion está en manos de Tanguay.

Y Pablo, bajando la voz, continúa:

—Daniel el negro será nuestra primera víctima, porque, efectivamente, es más temible que el hijo de Quesada.

Pablo se levanta, como si fuera á poner por obra la idea que acaba de enunciar.

Tula extiende uno de sus blancos y torneados brazos para detenerle.

—¿Y vas á buscarle á su casa?—preguntó.

—¡Es claro! Citándole aquí puede verle Daniel, y sospecharia...

—Es verdad; pero temo...

—Tranquilízate; iré armado, por lo que pueda suceder. No ha de faltarme valor tratándose de defender tu vida y la mia. Estoy acostumbrado á ver de cerca la muerte.

Pablo se acerca á la cama de su esposa, y la da un beso en la frente.

Despues sale del dormitorio y se encamina al suyo.

Una vez allí, tira del llamador y se presenta el ayuda de cámara.

—Disponga usted que enganchen la berlina; quiero dar un paseo por la ronda,—dice Pablo.

El ayuda de cámara sale á ejecutar las órdenes, murmurando en voz baja:

—¡Un paseo por la ronda á las siete de la mañana, con el frio que hace! ¡El cochero se va á divertir! Estos señores millonarios tienen unos caprichos tan extravagantes...

Miéntras tanto, Pablo Robles se viste, guarda un revólver en su bolsillo y se pasea impaciente por la habitacion esperando el coche.

Dejémosle nosotros, para encontrar á otros personajes de la novela.

CAPITULO VI.

El último desengaño.

—Decididamente, querido Juan José, nos vamos al pueblo. No quiero verte malo; tu salud es lo primero. Ademas, nuestro viaje causará gran alegría al pobre viejo, que nos está esperando con los brazos abiertos.

—Pero yo no estoy malo.

—Nada, nada; hoy mismo, puesto que el dia es tan hermoso, irás al colegio y traerás á casa á nuestro Cárlos. ¿Qué necesidad tenemos de pagar esa pension? Los tiempos no están para que derrochemos el dinero.

—Pero eres una aturdida; yo tengo afan de trabajar; es preciso hacer un poco de fortuna; tenemos dos hijos, y ya ves que en el pueblo...

—El mejor negocio para mí es verte bueno. Quiero que nos vayamos al pueblo.

Juan José Robles no tiene voluntad cuando cuestiona con su mujer, la buena y cariñosa Francisca.

Ademas, aunque la contradice y se opone á sus planes, no es de corazon, pues tambien desea abandonar Madrid, donde tantos desengaños y amarguras ha experimentado.

Accede por fin, y se resuelve el viaje para dentro de quince dias, tiempo que Juan José necesita para arreglar algunos asuntos.

Paca demuestra su alegría abrazando á su esposo, y Juan sale de su casa, encaminándose al colegio donde tiene á su hijo Cárlos.

Al llegar á la puerta ve un elegante carruaje, pero no le llama la atencion ni le extraña, pues los niños del colegio pueden muy bien tener padres ricos.

En la escalera encuentra un señor que baja precipitadamente embozado en su capa, y detras de él un criado con librea, que lleva en brazos, perfectamente abrigado, un niño, al parecer enfermo.

Juan se arrima á la pared para dejar libre el paso, y creyendo reconocer al caballero que va delante, exclama con extrañeza:

—¡Ah! ¿Qué es eso, Pablo?

Pero el hombre de la capa, como si no hubiera comprendido la pregunta que le dirigen, continúa bajando y desaparece por la escalera.

Juan José se queda reflexivo un momento, y luégo se dice, como hablando consigo mismo:

—Creí que el señor de la capa era mi hermano. Indudablemente me he equivocado, porque le he dirigido la palabra, y no le creo capaz de negarme hasta el saludo, cosa que tan poco cuesta.

Juan llega preocupado á la puerta del colegio, porque le queda un resto de duda en su alma.

El conserje le acompaña hasta el cuarto de su hijo Cárlos.

—¡Ah!—exclama el niño, arrojándose en brazos de su padre.—Me alegro mucho de que vengas á verme, papá.

—Vamos á ver: ¿qué ocurre?—pregunta Juan, olvidándolo todo en presencia de su hijo.

—A mí nada, pero mi primo Julio está muy malo.

—¡Cómo! ¿Sería tal vez ese que he encontrado en la escalera, que le llevaba un criado envuelto en unas mantas?

—¡Justo, justo, el mismo!—dice el pequeño Cárlos.

—De modo, que el caballero que iba delante era...

—El padre de Julio, que ha venido á buscarle, porque el señor director le ha mandado esta mañana aviso de que estaba enfermo.

—Pero ¿qué es lo que tiene?

—Esta mañana oí que el médico de la casa le decia al director: «Ese niño tiene una pulmonía fulminante; es preciso avisar á su padre.» Luégo, el señor director envió á un pasante, y ¡es claro! han venido por él. El médico disputaba, diciendo que no debia trasladársele á otra parte; pero el tio, erre que erre, se ha empeñado en llevársele y se le ha llevado.

Juan, al escuchar las ingenuas y sencillas palabras del niño, se queda preocupado un momento, pero pronto le distrae esta pregunta de su hijo:

—Papá, ¿se va á morir Julio?

—Hijo mio, Dios quiera que así no suceda, porque la muerte de un hijo es una pérdida dolorosa, irreparable para un padre, y deja por muchos años un vacío inmenso en el corazon.

—Ahora ya no veré más á Julio,—vuelve á decir Cárlos.

—¿Y por qué, hijo mio?

—¡Toma! Porque el tio no me quiere; jamas me ha dado un beso...

Aquellas palabras entristecen á Juan, que deseando cambiar de conversacion, dice de este modo:

—¿Sabes que vengo á sacarte del colegio?

—¡Pues qué! ¿hay vacaciones?

—No; pero nos vamos á un pueblo.

—¿Al pueblo del abuelo? ¡Oh! ¡Qué gusto! ¡qué gusto!

Y Cárlos comienza á dar saltos por la habitacion, demostrando su alegría.

—¿Te agrada la vida de los pueblos?

—Me parece que sí, porque en los campos hay árboles y flores, y pájaros. ¿Y nos irémos hoy?

—No tan pronto, hijo mio, no tan pronto.

Juan José deja á su hijo para trasladarse al despacho del director, al cual comunica sus intenciones; y poco despues sale del colegio, llevando de la mano al niño.

. . . .

Aquella misma tarde, Juan, intranquilo por la enfermedad de su sobrino, obedeciendo más á los impulsos de su corazon que á su dignidad, se decide á ir á casa de su hermano.

—¿Qué se ofrece, caballero?—le dice un lacayo, viendo que se dispone á subir la escalera.

Juan se detiene, porque el lacayo se le ha colocado delante.

—Voy arriba,—dice.

—¡Arriba! ¿Y á qué?—pregunta, sonriendo maliciosamente el criado.

—¡Eh! ¡Quítese usted de delante, buen hombre!—exclama Robles, indignado ante aquel obstáculo.

—Señor mio, ¿cree usted que en las casas se entra así, sin más ni más? Los señores están ocupados.

—Pero, hombre, si lo sé, y precisamente por eso vengo.

—Pues no se puede subir.

—¿Usted me conoce?

El lacayo se encoge de hombros.

—Pues bien: en ese caso, pase usted recado, y dígale á don Pablo Robles que su hermano Juan José ha sabido la enfermedad de su hijo Julio y viene á ponerse á sus órdenes.

La fisonomía, la entonacion y las maneras del lacayo cambian completamente al oir que aquel hombre, sencillamente vestido y tan modesto en el lenguaje, es nada ménos que hermano de su señor.

—Suba usted, caballero,—le dice,—y tenga la bondad de esperar un instante en la antesala, miéntras paso recado.

Juan sigue al lacayo, y ambos entran en el elegante recibimiento.

—Salgo al momento,—dice.

Juan se sienta en una butaca.

Transcurren algunos segundos, y vuelve á salir el criado.

—El amo no puede recibir á nadie,—dice.

—¡Cómo! ¿Á mí tampoco?

—Á nadie: es órden terminante.

—Pero ¿le ha dicho usted que es su hermano Juan el que desea verle?

—Sí señor,—responde casi avergonzado el lacayo, comprendiendo el asombro de Robles.

—¡Eso es imposible!

—Aseguro á usted que lo he repetido por dos veces, porque á mí tambien me extrañaba.

—Y ha dicho...

—Que no recibe á nadie. .

Juan se pone en pié, siente un dolor agudo en el corazon, y las lágrimas pugnan por asomar á sus ojos.

—Está bien,—dice.—En otra circunstancia faltó poco para que me despidiera, porque creyó sin duda que venia á pedirle dinero; ahora que, olvidando sus ingratitudes, sabedor de la enfermedad de mi sobrino, vengo á ofrecerme, por si me necesita, no me permite la entrada. ¡Dios haga que la salud de su hijo se restablezca!

Juan sale de la casa de su hermano, donde no piensa volver más, con el corazon oprimido y las lágrimas en los ojos.

Cuando llega á la suya, la cariñosa Francisca conoce en el semblante de su esposo que alguna pena le aflige y le pregunta:

—Juan, ¿qué tienes?

Robles se arroja en los brazos de su mujer, y murmura con doloroso y reconcentrado acento:

—¡Es un infame! ¡Es un mal hermano!

—¡Cómo!

—¡No me ha dejado entrar!

—¿Luego has ido?

—Sí: el pobre Julio está malo. Yo queria servirle de algo; pero es un ingrato.

En los ojos de Francisca brilla la noble indignacion que siente su alma generosa.

—No, no es un ingrato,—dice,—es un miserable, un infame, y su muerte no será en un lecho de flores, sino en uno de espinas. Dios le tome en cuenta el daño que nos ha hecho.

—No, no; Dios le perdone, como yo le perdono.

—Tienes razon. Más que nuestro enojo, merece nuestra compasion. Y ahora ¿dudas aún en emprender el viaje?

—Partirémos, puesto que nada nos queda en la córte.

Juan José se deja caer sobre una silla, y llevándose las manos á los ojos, llora como un niño.

Francisca, ángel de consuelo, viendo que no puede con sus palabras mitigar el dolor, llora con él.

Las esposas como Francisca lo comparten todo con el hombre á quien han jurado fidelidad y obediencia al pié de los altares: el llanto y la alegría, la felicidad y la pobreza, la vida y la muerte.

CAPITULO VII.

Dos gotas.

Penetremos nosotros donde no ha podido penetrar Juan. Pero ántes vamos á decir dos palabras.

Recordarán nuestros lectores que á la mañana siguiente del baile, cuando Tula hizo á su esposo la revelacion de las exigencias del negro, Pablo pidió el coche para encaminarse á casa del doctor Mahomet; pero en la fonda le dijeron que todas las mañanas venia un coche por él, y que padre é hijo se iban á visitar una enferma de enajenacion mental, que se hallaba en una casa de campo en el camino de Vallecas.

Pablo no tuvo por conveniente esperar, y dejó una tarjeta.

Como en ciertos momentos azarosos de la vida el hombre procura en vano buscar un pasatiempo agradable para olvidar lo que le preocupa, Pablo regresó á su casa sin haber conseguido nada.

Tula le esperaba con la natural impaciencia, y apénas se

habian dicho dos palabras, cuando un criado entró á decirle que un pasante del colegio donde estaba su hijo traia un recado urgente del director.

Entónces supo que Julio estaba enfermo de una pulmonía, y fué cuando aconteció lo que saben nuestros lectores.

Pablo sólo tenia dos grandes pasiones; el juego y su hijo.

La junta de médicos auguró mal del niño, quitando á su padre toda esperanza de salvacion.

La pulmonía era fulminante, de esas que matan con una precipitacion espantosa, y ante cuyo poder terrible se dobla y humilla la ciencia, confesando su impotencia.

En ese momento de dolorosa desesperacion en que le leen á un padre la sentencia de muerte de su hijo, se recurre á todo aquello que ofrezca un asomo de salvacion.

Pablo lo olvida todo ménos á su hijo; coge la pluma y escribe precipitadamente estas líneas:

«Ilustre Side Mahomet Ben-ad-jé: Mi hijo se muere; espero á usted en mi casa. No retarde, por Dios, su presencia, pues los minutos son preciosos.—*Pablo Robles.*»

Cuando Mahomet recibe la carta la cree una emboscada y la lee detenidamente cuatro veces.

Ibrahim se halla á su lado.

—¿Qué opinas tú de esto?—le pregunta Mahomet.

—Que tratándose de un hombre como Pablo Robles, debemos ir con mucha precaucion; el que envenenó á mi padre, el que atentó contra mi vida, no puede vivir tranquilo miéntras yo respire, miéntras tú poseas su secreto.

—Tienes razon; pero yo no debo dejar sin respuesta esta carta; ademas, no creo que atenten brutalmente contra mi

vida. ¿Quién sabe? Tal vez nada sospeche y efectivamente tenga un hijo en grave peligro de muerte. Debo, pues, presentarme.

Ibrahim se encoge de hombros, como el hombre que ni aprueba ni rechaza un pensamiento.

Mahomet, despues de un instante de vacilacion, se dirige á uno de los cofres donde guarda las yerbas medicinales, y saca de él un pequeño frasco de plata.

—Este frasco—dice—contiene la venganza que has elegido; tal vez se me presente una ocasion, y no conviene desperdiciarla. Ademas, deseo abandonar Madrid.

—Ya sabes que el género de venganza que he elegido sólo se entiende con Pablo y Tula; en cuanto al negro, seguiré con él el precepto de Moises: *ojo por ojo, diente por diente.*

Mahomet guarda en el bolsillo del gaban el frasco, miéntras Ibrahim abre el cajon de una mesa y saca de él una de esas pequeñas pistolas alemanas que tienen seis cañones.

—Toma,—le dice;—esto es para tu defensa, en el caso de que te preparen alguna emboscada.

—Te agradezco vivamente el interes que te tomas por mi vida.

Ibrahim fija una mirada penetrante, casi amenazadora, en Mahomet, y le dice:

—Tanguay, ¿te acuerdas del juramento que me hiciste cuando, restablecido de mi herida, gracias á tus conocimientos, te ofrecí mi fortuna por la venganza?

—Sí.

—Pues no lo olvides; tú vas ahora á la casa de una mujer hermosa y de un hombre rico, inmensamente riro. Ambos á

dos no pueden vivir felices miéntras yo aliente sobre la tierra; no es dudoso, pues, que quieran comprarte mi vida.

—¿Dudas de mí?

—No; vete.

Mahomet estrecha la mano de su amigo, y sale de la habitacion.

Un coche que le espera á la puerta de la fonda le conduce á la casa de Pablo Robles.

Pronto se convence Mahomet de que en la carta le han dicho la verdad.

El esposo de Tula le recibe con los ojos arrasados en llanto, y le conduce precipitadamente junto al lecho de su hijo.

El médico reconoce, ó más bien estudia detenidamente, el estado del jóven enfermo.

Pablo, con ese afan del padre que desea leer en los ojos del facultativo la suerte que está reservada á su hijo, fija con tenaz empeño su mirada en el semblante impasible de Mahomet.

—Doctor,—le dice,—doctor, salve usted á mi hijo, y pida luégo cuanto quiera.

—Sólo Dios puede resucitar á los muertos,—responde con profética entonacion el árabe.

El dolor, el espanto, el asombro, se retratan en el semblante de Pablo.

—¿Conque no hay esperanza?—dice.—¿Conque voy á perder á mi querido Julio?

—Antes de mucho, su alma, abandonando la materia, volará á las regiones de lo infinito é irá á morar entre los ángeles.

—¡No! ¡no! ¡Yo quiero que viva! Soy rico, inmensamente

rico; ¿lo oye usted, doctor? y el oro es el talisman poderoso que vence los mayores imposibles.

—¡El oro!—exclama Mahomet con reconcentrada ironía.—¿Qué vale ese polvo vil, tan codiciado por los hombres, cuando el soplo de la muerte se filtra en las venas de un sér? ¿Pudo Creso detenerla á la puerta de su palacio? ¿Pudo Salomon, con sus inmensos tesoros, impedirla que traspasara las gradas de su templo? Los milagros del oro tienen sus límites. La muerte no se detiene nunca: sigue impávida su marcha, señalando con su descarnado dedo las víctimas que apetece: para ella son iguales los reyes que los villanos, los poderosos que los pordioseros.

Miéntras Side Mahomet pronuncia las anteriores palabras, Pablo, anonadado bajo el peso de su dolor, gime con el rostro oculto entre las manos y derrama abundantes lágrimas.

Transcurre una breve pausa.

De pronto Robles se levanta. En sus ojos, enrojecidos por el llanto, brilla un fulgor extraño, y con una voz que demuestra toda la agitacion de su espíritu, exclama:

—Doctor, tenga usted la bondad de seguirme.

Ambos salen de la habitacion y llegan al despacho de Pablo.

—Aquí es inútil fingir,—dice Pablo con nervioso acento.—Tanguay, te he reconocido.

El javanes permanece impasible, y fijando una mirada serena en Pablo, le dice:

—Tanguay en Puerto Príncipe ó Mahomet en la córte de España, lo mismo da. Tu hijo se muere; tu oro es impotente, pues no puedes alargar ni un solo minuto la existencia de esa infeliz criatura.

—Tú tienes remedios desconocidos por los europeos,—exclama Pablo, casi dominado por la serenidad del javanes.—¡Sálvale, Tanguay, sálvale, y mi fortuna es tuya!

—Es imposible.

—Pero, desgraciado, ¿quieres dejar morir á mi hijo? ¡Tú no has sido padre nunca!

—Ibrahim es mi hijo.

—¡Mientes!

Tanguay se sonrie de una manera infernal.

—¡Oh!—exclama Pablo con el acento de la desesperacion.—¡No te rias de ese modo, no insultes mi dolor, pues no respondo de mí!

—Las amenazas derraman en mi alma el frio de la indiferencia. Busca otro lenguaje si quieres ganar mi amistad.

—¡Perdona, Tanguay, perdona! Soy un insensato; pero amo con locura á mi hijo. ¡Es el único!... Porque tuve una hija, pero en vano la he buscado. ¡Pobre Enriqueta! ¡Oh! ¡La vida de Julio! ¡la vida de Julio! ¡Calcula cuanto le amaré, cuando olvido en este momento hasta el indomable orgullo, que nunca se ha separado de mi corazon! ¡Medita el amor que siento por mi hijo, cuando no me ocupo de tu viaje ni del de Rafael á España!... Pero salva á mi hijo y luégo lucharémos. Comprendo que venis á vengaros: en buen hora; tiempo nos quedará despues. ¡Pero mi hijo! ¡mi hijo!... ¿Lo oyes, Tanguay? Tengo la esperanza de que tú solo puedes salvarle.

Pablo cae á los piés del médico, se abraza á sus rodillas y abundantes lágrimas brotan de sus ojos.

Tanguay contempla con imperturbable sangre fria á aquel hombre, como si se gozara en su dolor, en su aturdimiento.

—Levanta, Pablo,—le dice.—¿Me crees tan malvado, que si tuviera en mis manos la vida de ese pobre ángel se la negara? ¡No! ¡no! Por desgracia, vuelvo á repetirte lo que ántes: sólo Dios puede resucitar á los cadáveres; sólo el Galileo tiene el don de decir á los muertos: *Lázaro, sal fuera y ven á mí.*

Pablo exhala un rugido de desesperacion, y levantándose del suelo, se deja caer en una butaca, cubriéndose el rostro con las manos.

Transcurren algunos momentos en un completo silencio, interrumpidos sólo por los sollozos de Pablo.

Durante esta pausa, Tanguay introduce la mano en el bolsillo del gaban.

Sus dedos se apoderan del pequeño frasco de plata, y una sonrisa mefistofélica entreabre sus gruesos labios.

En este momento, Tula se presenta en la puerta del despacho.

El ligero ruido de sus pasos interrumpe el dolor de Pablo, que levanta la cabeza.

La criolla, viendo á Tanguay, se detiene, como temiendo avanzar.

La palidez de su rostro es cadavérica.

—¿Y mi hijo?—pregunta Pablo, que cree notar en el rostro de su esposa que es portadora de una mala nueva.

Tula alza los ojos al cielo con ademan doloroso.

—¡Muerto!...—exclama Pablo.

La criolla nada responde, pero dos lágrimas brotan de sus ojos, resbalando por sus mejillas.

Pablo exhala un grito y cae exánime en el sofá.

Tanguay se acerca á sostenerle.

—Esto no es nada, señora,—dice el javanes:—es un accidente nervioso; conviene que le conduzcan á la cama.

La criolla, aturdida, más por la presencia de Tanguay que por el desmayo de su marido, sale del despacho para llamar por sí misma á los criados.

Entónces Tanguay, al verse solo, aproxima á su pecho la cabeza de Pablo y deja caer en un oido dos gotas del líquido que contiene la redoma de plata.

Pablo se estremece notablemente, pero el javanes le sujeta miéntras dura su corto y nervioso accidente.

Por fin se calma; su cuerpo queda inmóvil y Tanguay le coloca cómodamente en el sofá.

—Hay en el mundo casualidades que parecen inverosímiles,—dice hablando consigo mismo.—Ya tenemos uno: Rafael me debe la mitad de su fortuna. Hace poco, este hombre me pedia la vida de su hijo; mañana tal vez me pida la suya, y entónces será preciso repetirle que sólo Dios tiene el poder de resucitar á los cadáveres.

CAPITULO VIII.

Perdon.

El mismo dia que nos ocupa, á esa hora en que el sol se halla á la mitad de su carrera, Héctor se encuentra en su casa de campo del camino de Vallecas.

La honrada y hacendosa Pepa comienza á concebir esperanzas, pues parece que su hija se va fijando algo más en las cosas que la rodean, y su esposo siente renacer en sus inútiles miembros un asomo de vigor.

Héctor pasa la mayor parte del dia en el seno de aquella modesta familia, armado del violin, y ejecutando melodías patéticas, que la loca escucha con religioso silencio y la sonrisa en los labios.

Ademas, la pequeña Enriqueta es una compañera inseparable de María. La tiene en brazos, la duerme y la canta, prodigándola toda clase de atenciones.

Sin embargo, Side Mahomet, que los visita todas las ma-

ñanas, afirma que para que recobre el juicio es indispensable que broten de sus ojos las lágrimas y en su alma renazca la presion fuerte del sentimiento, de la sensibilidad.

Era preciso resignarse y esperar que el tiempo, ese gran bálsamo de las heridas del alma, produjera sus efectos.

Héctor ha ido aquella mañana á caballo, y como algunos asuntos reclaman su presencia en la córte, se despide de sus protegidos á eso de las doce y media.

Al llegar á la verja que da paso al jardin, divisa ántes de montar, pues su caballo le espera atado al tronco de un árbol, un hombre que, arrodillado junto á la tapia, parece hallarse en completa abstraccion.

La curiosidad es uno de los *fenómenos* más inquietos que posee en su sér la criatura. Héctor, llamándole la atencion aquel hombre, cuya actitud no es, por cierto, la más cómoda para tomar el sol, llama á un criado, y le dice:

—¿Quién es aquel hombre?

Héctor no puede verle bien la cara, porque se halla de espaldas á la verja.

—¿Aquél de la capa y el sombrero hongo?—responde el criado.

—Sí.

—Yo no lo sé, señorito; pero he notado que muchos dias viene, se arrodilla junto á la tapia, y se pasa una, dos, y á veces tres horas, al parecer rezando; y como no incomoda á nadie, yo no le digo nada; pero si el señorito quiere...

—No, no; has hecho bien. Pero es verdaderamente raro...

Héctor tiene un corazon de oro, y aquel hombre, abismado en sus reflexiones, le interesa vivamente.

Como todas las almas generosas, como todas esas organizaciones caritativas que ven en el prójimo el hermano en miserias y amarguras, Héctor concibe el pensamiento de interrogar al misterioso personaje.

Formada esta resolucion, manda al criado que abra la puerta, y se dirige hácia el hombre de la capa.

—Dispense usted, buen amigo,—le dice,—si vengo á interrumpirle.

El hombre levanta pausadamente la cabeza.

Héctor no puede ménos de exhalar un grito, pues reconoce en aquel hombre al jóven impresor, al antiguo amante de María, al infortunado Eugenio.

Pero ¡en qué estado le encuentra!

La palidez transparente de los tísicos brilla en su rostro; la soñolienta mirada de los beodos aparece en sus tristes ojos.

Eugenio, al ver á Héctor, le dirige una de esas sonrisas que promueven el sentimiento en las almas sensibles.

—¡Cómo!—exclama Héctor.—¿Usted aquí?

—Vengo todos los dias,—responde Eugenio con esa voz cascada que demuestra el abuso de las bebidas espirituosas.

—¿Todos los dias?

—Todos, desde aquél en que llegué á esta casa á implorar un perdon y el irritado anciano me arrojó diciendo: «¡Vete!» y la afligida madre me dijo: «¡Vete!» y la insensible loca repitió, como el eco de un remordimiento: «¡Vete! ¡vete!» ¡Es justo, muy justo!

Las palabras de Eugenio enternecen á Héctor.

Respiran tan profundo dolor, tan hondo sentimiento, que es imposible oirlas sin sentirse conmovido.

—Eugenio,—dice Héctor, compadecido del dolor de aquel jóven,—usted es más desgraciado que criminal. Comprendo la indignacion de ese honrado anciano y de esa virtuosa madre, porque para ellos siempre será usted el asesino de su felicidad, el autor de la demencia de su hija, la única causa de su desgracia.

—¡Oh, sí! Es verdad. Yo di oidos á un infame, en vez de estrangularle con mis manos. Lo que me sucede es justo. Pero ese miserable no morirá en un lecho de flores.

—Vamos, levántese usted; y si lo que desea es alcanzar el perdon de la honrada familia á quien tanto ha ofendido, yo me comprometo á que se lo concedan, pues es digno de esa gracia el sincero arrepentimiento que usted demuestra.

En el semblante de Eugenio aparece una alegría inmensa.

—¿Cree usted—dice precipitadamente—que me perdonarán?

—Estoy seguro de ello.

—¡Oh! ¡Tan sólo eso ambiciono! Yo sé que María ha muerto para mí, como yo para ella; soy un hombre despreciable, que la mayor parte de los dias sirve de befa, de escarnio á los transeuntes. Soy un asqueroso beodo, que bebe y bebe, con el objeto de no pensar. ¡Es tan bueno no pensar, cuando lo que se piensa seca y quema como el fuego! Pero consiga yo el perdon y lo demas no importa nada. Cuando uno satisface lo que ambiciona, puede venir la muerte... ¿qué importa?...

Eugenio, al terminar su frase, se sonrie de un modo siniestro, como si en aquella sonrisa envolviera una amenaza.

Héctor, observando que Eugenio permanece arrodillado, le coge con suavidad por un brazo y le levanta.

—Entremos,—le dice.

Eugenio parece dudar, y un temblor nervioso agita su cuerpo.

—Nada tema usted: viene conmigo, y me cabe la seguridad de que le perdonarán de todo corazon el mal que les ha hecho.

Héctor ofrece el brazo á Eugenio, y ambos asidos entran en la huerta y se encaminan pausadamente hácia la plazoleta de los álamos, donde por lo regular pasa el dia la familia de Blas cuando el cielo está sereno, el aire templado y el sol brilla con todo su esplendor desde el firmamento.

Como á unos veinte pasos de la plazoleta, Eugenio detiene á Héctor, transmitiéndole un movimiento brusco, involuntario.

—¡Ánimo, amigo mio!—le dice Héctor.

Efectivamente; Eugenio se ha detenido, porque ha visto á la familia, agrupada alrededor del sillon del anciano.

Allí está tambien María, sentada en un banco, y tiene una niña sobre sus rodillas.

Eugenio parece que se halla enclavado en la tierra que pisa.

Por fin Héctor logra arrancarle de aquel sitio, y continúan su camino.

Pronto fijan las miradas en los que se acercan.

Pepa es la primera que reconoce á Eugenio, y rápidamente se coloca delante de su hija, como para evitar que le vea.

Héctor y Eugenio continúan marchando. El primero, con esa sonrisa bondadosa que anuncia la paz; el segundo, con los ojos fijos en el suelo, y como temiendo encontrarse con los justamente irritados semblantes de aquella familia.

—Presento á ustedes—dice Héctor—á un amigo mio, á un jóven desgraciado, víctima de un infame calumniador, que viene arrepentido á pedir perdon del daño involuntario que ha causado.

Nadie contesta á estas palabras.

El silencio que guarda la familia de Blas levanta un eco doloroso en el corazon de Eugenio, que, no pudiendo resistir más, cae de rodillas á los piés del anciano, murmurando:

—¡Perdon!... ¡perdon!...

—¡Infeliz!—exclama el viejo.—Si mi perdon ha de hacerte ménos desgraciado, yo te perdono, y Dios te perdone á su vez el daño que me has hecho.

Pepa observa en los ojos de Héctor una mirada, que parece decirle: «Perdona tú tambien, y tu corazon, exento de rencor, no rechace la súplica fervorosa que implora á tus piés el arrepentimiento.»

—¡Pobre Eugenio!—dice la anciana.—Tú diste oidos á la calumnia, y la calumnia ha matado tu felicidad, ha secado tu corazon, te ha hecho el más desgraciado de los hombres. Dios quiera que la felicidad vuelva á renacer en tu alma dolorida; y así el cielo envie sobre tí sus dones como yo te envio mi perdon.

Eugenio solloza.

Las palabras faltan casi siempre cuando el dolor es verdaderamente profundo.

De pronto cambia de actitud, y volviéndose al sitio que ocupa María, se arroja en el suelo para besar la tierra que pisan los piés de la loca, exclamando:

—María, yo soy tu verdugo; pero juro ante Dios y ante

tu insensibilidad, que mataré al hombre que ha causado nuestra desgracia. Tú no puedes perdonarme el mal que te he causado, pero tengo la certeza de que si tu corazon me comprendiera, me perdonaria, porque tu alma sensible, generosa, virginal, se hallaba en otro tiempo dispuesta al bien, al perdon; porque tú eres un ángel que mi estupidez ha coronado con las espinas del martirio.

María deja caer una de sus manos sobre la cabeza de aquel hombre que se halla arrodillado á sus piés, y dice:

—¡Pobre hombre! ¡Se ha caido! ¿Qué tiene? ¿Qué quiere? ¡Dale lo que pida! ¡Pobrecito! ¡pobrecito!

Y se inclina, como para ayudarle á que se levante.

Eugenio siente un estremecimiento horrible en el corazon.

El contacto de aquella mano inflama su sangre.

De repente se pone en pié; fija sus ojos, que despiden chispas de luz siniestra, en el impasible rostro de la loca; se apodera de una de sus manos, la besa, se la lleva al corazon, y dice:

—¡Ah! ¡Tú perdiste la razon y la felicidad; justo es que él pierda la vida!

Y ántes de que nadie pueda detenerle, desaparece precipitadamente por el camino de los álamos que conduce á la puerta del jardin, sin volver ni una sola vez la cabeza.

—¿Dónde va?—pregunta la loca.

Nadie la responde.

—¿Por qué huye?—vuelve á preguntar.—¿Le habeis negado lo que pedia?

—¡Infeliz!—murmura la madre.

—¡Desgraciado!—repite Blas.

—¡Pobre Eugenio!—murmura Héctor.—¡Dios quiera que un patíbulo no sea la expiacion de esa calumnia, que le ha hecho el hombre más desgraciado del mundo!

Y en todos los semblantes, exceptuando el de la loca y el de la pequeña Enriqueta, nótase un profundo dolor, un sentimiento verdadero.

LIBRO DÉCIMO.

LUCHAS SECRETAS.

CAPITULO PRIMERO.

Exigencias del amor.

Nunca Raquel se ha vestido con más gusto, ni se ha peinado con más esmero.

La doncella no puede ménos de contemplarla con verdadero éxtasis.

—¡Oh!—dice juntando las manos.—¡Está usted hermosa como un ángel!

—¡Aduladora!—contesta Raquel, enviándola una sonrisa de agradecimiento.

—Don Bernardo acabará por volverse loco, y á su hijo, el señorito Ernesto, le sucederá lo mismo.

—¿De modo que tú crees que es imposible verme sin amarme? ¡Pobre Ines! Estás en un error.

—Mire usted, muchas veces me digo: Dios quiera que cuando venga mi Pepe no se enamore de la señorita, y me olvide á mí, porque eso me mataria.

—¡Ah! ¿Conque temes que sea tu rival?—pregunta sonriendo Raquel.

—Yo ya sé que la señorita no haria caso de un pobre soldado; pero él, al fin y al cabo, es hombre, y los hombres...

—Puedes dormir tranquila.

Raquel se aproxima al espejo, y persuadida de que es imposible añadir nada á su hermosura, se sienta en una elegante duquesa de terciopelo azul.

—Puedes retirarte,—dice á la doncella.—Cuando venga don Bernardo le haces entrar; si viene Ernesto, que espere en tu habitacion.

Raquel se queda sola.

Transcurren algunos momentos, y aquella jóven, tan hermosa como fria, permanece inmóvil, con la mirada fija en una de las flores de la alfombra.

De vez en cuando sus claros y resplandecientes ojos, sombreados por sus finas y largas pestañas, se fijan en la esfera del reloj que se halla sobre el mármol de la chimenea.

Las saetas marcan las dos ménos cuarto.

Si al novelista le es permitido leer en el pensamiento de los personajes que pone en juego para el desarrollo de su fábula, veamos nosotros qué piensa Raquel.

—Soy la querida de un rico banquero, de un hombre que comienza á sentir el frio de la vejez en el corazon. La hermosura de la mujer es deleznable, pasajera, como las flores; se agosta en un solo dia; basta el soplo de las brisas otoñales para deshojarla; es preciso pensar en lo porvenir. Mañana, tal vez, Etartegui comenzará á encontrarme ménos hermosa, y la primera arruga que aparezca sobre mi frente me hará perder á

sus ojos un ciento por ciento. ¡Oh! ¿Estaré destinada á morir sin que el hombre que es mi constante sueño fije en mí sus ojos? Es indispensable que yo asegure una fortuna. Luégo arrancaré la careta de hielo que cubre mi rostro, y si es necesario iré á buscarle, y cayendo de rodillas á sus piés, le diré: ¡Héctor, te amo; no puedo vivir sin tu amor! ¡Yo no soy digna de llamarme tu esposa, pero hazme tu esclava, hazme tu querida!

En este momento los irresistibles ojos de Raquel se humedecen, preludio de una lágrima.

Pero Raquel es una jóven enérgica, de voluntad de hierro, y sus rojos labios se abren para dar paso á una sonrisa.

El dolor, el recogimiento, la melancolía que poco ántes se retrataban en su semblante, sufre un cambio notable.

Sus facciones se reaniman, rechazando, tal vez, los tristes pensamientos, y se pone á tararear en voz baja un aire de *Los Puritanos.*

Aquí es sorprendida por la presencia de un hombre que entra en su elegante gabinete.

Raquel dirige sus ojos hácia el recien venido.

Don Bernardo Etartegui se detiene como fascinado por aquella mirada.

—Buenos dias, Raquel,—dice por fin, como contestando á la sonrisa y la mirada de la jóven.

—Adelante, mi querido protector, adelante.

Don Bernardo se sienta en una butaca al lado de Raquel.

—Estás hermosa como nunca, hija mia,—dice cogiéndola una mano.—¡Oh! ¡Verdaderamente es imposible mirarte sin enloquecer de celos!

—¿Soy yo coqueta?

—No, afortunadamente.

—Pues entónces...

—Sin embargo, en el paseo, en las reuniones, en los teatros, los ojos de multitud de jóvenes se fijan en tí con marcada codicia.

—¡Bah! Yo desprecio á los amadores de oficio. Sus miradas sólo encuentran en mi semblante el desden. Sin duda por eso me apellidan la hermosa sin corazon.

—Con lo cual quieren afirmar que no amas á nadie.

—Tal vez tengan razon.

Raquel pronuncia esta frase, enviando una sonrisa al banquero.

—No quiera Dios, querida Raquel, que suceda eso que dices; pues entónces tu insensibilidad me haria el hombre más desgraciado de la tierra.

—Pero lo que usted siente por mí, seamos francos, ¿es amor ó vanidad?

—¡Raquel! ¿Puedes dudar del afecto que me inspiras, del amor que te tengo?

—Soy una jóven bastante bien parecida, ó como si dijéramos, un mueble de lujo, de esos que se codician y que se enseñan con vanidad.

—No, no, eso no es cierto; yo te amo con todo mi corazon.

—¿Y si yo exigiera una prueba de esas palabras?

—Te la concederia.

—¿De veras?

—¿Puedes dudarlo ni un instante? Pide lo que quieras; todo te lo concedo.

—Cuidado con lo que se ofrece, señor mio, porque las exigencias de una mujer como yo suelen ser temibles y difíciles de satisfacer.

—Supongo que no se te ocurrirá pedir, como á Herodías, una cabeza,—dice Etartegui con entonacion alegre.

—¡Oh! Dios me libre de semejante capricho.

—Pues entónces, te repito que pidas lo que quieras.

—Deseo tener vida propia.

—¡Cómo! ¿La que ahora disfrutas no es tuya?

—Es mia por el momento; pero mi actual situacion es insegura, se halla sujeta á los caprichos de un corazon.

—¿De un corazon?

—Sí; del de usted.

—No te entiendo.

—Procuraré ser más explícita. Supongamos que mañana, por razones que ahora no podemos apreciar, usted se olvida de mí.

—¡Eso es un absurdo!

—Bien, será todo lo que usted quiera; pero supongamos que sucede como he dicho; mañana se cansa usted de mí, y entónces...

Raquel se queda inmóvil, con los ojos fijos en Etartegui, como si quisiera leer en su corazon.

—Raquel,—dice el banquero, empleando una entonacion grave y pausada,—yo nunca te abandonaré...

—No me basta esa promesa; necesito hechos,—dice la jóven interrumpiéndole.

—Pues bien: ¿qué es lo que quieres?

—Quiero, como he dicho ántes, tener vida propia, vivir de

mis rentas, ser propietaria, no encontrarme sujeta á las dádivas de un amante.

Raquel pronuncia estas palabras con dignidad, con extraordinaria energía.

—No te comprendo,—responde Etartegui.

—Pues me parece que me he explicado con bastante claridad.

—¿Pero te propones romper conmigo?

—Sí.

—¡Raquel!

—Estoy firmemente resuelta, señor de Etartegui; mi corazon es demasiado altivo para sufrir que se me pase una pension, que se paguen los gastos de mi casa. Lo repito: quiero vivir de mis rentas, porque no quiero estar sujeta al capricho de un hombre.

—Pero, Raquel,—dice el banquero, manifestando extrañeza,—todo lo que estás hablando me admira sobremanera. ¿Te falta algo? ¿No queda satisfecho hasta el más loco de tus deseos?

—¡No es eso!... ¡no es eso!...—exclama Raquel con acento irritado.

—Pues explícate con claridad.

—Ya que usted no me quiere comprender, preciso será que yo le diga de la manera más terminante y clara posible que quiero tener mios, sin que nadie intervenga para nada en ellos, tres millones de reales.

El banquero da un salto en la silla.

—¿Estás loca, Raquel?—exclama.

—¡Oh! Al contrario: cuerda, muy cuerda.

—Considera que lo que pides en una fortuna.

—¡Ya lo creo!

Raquel hace una mueca encantadora, que pone pálido y taciturno al banquero.

—Veo que hoy te has levantado, como se dice vulgarmente, de mal aire, y por lo tanto, te suplico que cambiemos de conversacion.

—Lo cual quiere decir que mi peticion queda negada, ¿no es verdad?

—No digo eso.

—Entónces, accederá usted á regalarme los tres millones que reclamo.

—¡Raquel!

—¡Ah! ¿Levanta usted la voz, amigo mio?

—Cuando tú antepones el interes al amor...

—El amor es una palabra hueca, que suena mal en los oidos de una mujer como yo.

Etartegui, sobrexcitado por la risa burlona de su querida, se pone en pié, demostrando su mal humor.

Raquel, como si quisiera castigar el enojo del rico banquero, deja caer su blanca y bien modelada mano sobre e boton de un timbre.

Ines aparece en la puerta de la habitacion.

—¿Qué significa esto?—pregunta Etartegui con acento tembloroso.

—Nada. Creí que se iba usted á marchar, y llamaba á la doncella para que le acompañara.

Don Bernardo lanza una mirada colérica á Raquel, pero ésta la recibe friamente con la sonrisa en los labios.

Etartegui vacila, duda un momento. Por fin, coge el sombrero y sale precipitadamente del gabinete, seguido de la doncella.

Raquel no se conmueve ni cambia de postura: continúa sonriendo.

—Volverá con los tres millones,—se dice, como hablando consigo misma,—y entónces no me veré sujeta á los caprichos de un amante de cincuenta años.

En este momento se separan las cortinas de la alcoba y un jóven se presenta en el gabinete.

Al ruido de sus pasos, Raquel vuelve la cabeza.

Es Ernesto.

—Mi padre—dice el jóven saludando—le niega á usted tres millones. ¿Quiere usted aceptar cuatro de mi mano?

—¡Quién sabe!... Si me convienen las condiciones...—responde Raquel sin inmutarse.

—¿Quiere usted oirlas?

—¿Y por qué no?

—Sentiria que nos interrumpieran.

Raquel toca nuevamente el timbre, y la doncella se presenta.

—No estoy en casa absolutamente para nadie,—la dice;—ya lo sabes.

—¿Y si viene don Bernardo?

—Le dices que no recibo.

La doncella se retira.

Ernesto se sienta en la misma butaca que acaba de abandonar su padre.

—Puesto que nadie vendrá á interrumpirnos, hablemos.

—Sí; hablemos de los cuatro millones.

—O lo que es lo mismo, de lo que voy á dar y lo que voy á exigir.

—Estamos conformes; pues dice el refran que el que toma...

—Entónces, escúcheme usted, Raquel.

CAPITULO II.

El secreto y el talisman.

¿Qué hablaron Raquel y Ernesto? ¿Qué convinieron? ¿Por qué el hijo de Etartegui ofrecia cuatro millones á la querida de su padre?

Tiempo tendrémos de verlo, porque siempre conviene que el lector se quede con alguna curiosidad; pues de lo contrario, se le caeria el libro de las manos, en descrédito del novelista.

Por ahora, sólo dirémos que la noche del mismo dia en que á Raquel se le ocurrió exigir á su anciano amante ciento cincuenta mil duros, Ernesto se halla encerrado con su madre en una habitacion.

—Vamos á ver,—le dice doña Isabel:—¿á qué viene tanto misterio? ¿Qué es lo que tienes que decirme, que así cierras la puerta?

—Madre mia, tú me quieres mucho, ¿no es verdad?

—¿Puedes dudarlo?...—dice doña Isabel, mirando con ter-

nura á Ernesto.—Pero noto en tu semblante algo que me sobresalta.

—No diré que no, pues me siento conmovido.

—¿Estás malo, por desgracia?

—No es la falta de salud lo que me atormenta; es...

Ernesto se detiene.

Palidece notablemente, y apoderándose de una de las manos de su madre, que le mira con espanto, dice:

—¿Por qué me has ocultado la verdad tanto tiempo?

Doña Isabel siente en el pecho una opresion que apénas le permite hablar.

Cree haber comprendido la pregunta de su hijo; pero conoce que es preciso arriesgar algunas palabras, porque la mirada de Ernesto le demuestra que está esperando una respuesta.

—No te comprendo,—dice por fin.—¿Qué es lo que yo he ocultado?

—Madre mia, la casualidad me ha hecho poseedor de un secreto horrible. Esta tarde me dirigia á esta habitacion, sin objeto alguno, cuando llegó á mis oidos la voz de ese hombre que se llama tu esposo. Me detuve, porque siempre que puedo, esquivo su presencia. Iba á retirarme, cuando llegaron á mis oidos estas palabras: «Los dos estamos doblemente interesados en que Ernesto ignore que no soy su padre. Me obedecerá, pues, de grado ó de fuerza. Es preciso que parta; no quiero verle; me está arruinando.» Esto dijo el señor de Etartegui. Tú, madre mia, como siempre, me defendiste, y olvidando, en el calor de la disputa, que yo podia escucharos, me lo revelásteis todo.

Doña Isabel, pálida, conmovida, hunde la frente en las manos, como si le avergonzara la presencia de su hijo.

Ernesto contempla por un momento á su madre, al parecer enternecido.

—Madre,—dice por fin, con una calma impropia de su carácter,—¿por qué me has ocultado por tanto tiempo la verdad?

Doña Isabel nada responde; la pregunta de su hijo es una reconvencion.

Llora, porque las lágrimas son cien veces más elocuentes que la palabra. Calla, porque el silencio lo revela todo.

Ernesto, compadecido del dolor que nota en aquella mujer que le llevó en sus entrañas, se acerca, se sienta á su lado en el mismo sofá, y cogiéndola una mano, dice despues de besarla repetidas veces:

—No creas que te acuso, madre mia; no pienses que te reconvengo. Tú has sido una mártir, no una mujer culpable. Despues de todo, casi siento cierta alegría en el corazon al saber que ese hombre, á quien tanto odio, que tanto te ha hecho sufrir, no es mi padre. Desde ahora la lucha será de hombre á hombre. ¡Nada de consideraciones! Ningun lazo nos une: mi frente podrá levantarse altiva, serena; mis ojos podrán desafiar su mirada irritante. Todo ha concluido entre nosotros. Antes de poco partiré para el extranjero.

—¡No! ¡no! ¡Yo no quiero separarme de tí!

—Es preciso, madre mia. Tu honor es ántes que todo. Si yo permaneciera en Madrid, al lado de don Bernardo Etartegui, ahora, que ningun lazo nos une, podria acontecer el dia menos pensado una de esas escenas terribles, uno de esos dra-

mas del hogar que llenan de espanto á los habitantes de la poblacion donde acontecen. Nuestros nombres serian el asunto de las conversaciones, el alimento de la gacetilla. Por lo tanto, es preciso que yo parta.

Doña Isabel no se atreve á oponerse al deseo de su hijo.

Teme el escándalo; pero ama á Ernesto con todo su corazon, como amó á su padre en la primavera de su vida, como no ha amado nunca á nadie..

—¿Qué haré yo si tú me dejas?

Esta es la reconvencion que el alma de aquella madre dirige á su hijo.

—Vivir con tu esposo, con tu hija,—responde con acento grave Ernesto.

—¡Hijo mio, no me abandones, no te vayas, no me dejes!

—¿Sabes lo que me pides?—responde Ernesto, comenzando á demostrar la cólera que le domina en la agitada entonacion de sus palabras.—¿Crees tú que tendré suficiente dominio sobre mí para recibir, para soportar los insultos que con tanta frecuencia me prodiga el hombre que hasta hoy he creido mi padre?... ¡No, y cien veces no! Si me insulta, si pretende humillarme, olvidando toda consideracion, castigaré su insolencia. Él no es mi padre; no quiero, pues, soportar por más tiempo su despótico trato. Piénsalo bien, madre mia, piénsalo bien, y no nos expongas á que suceda una desgracia. Le odio, le aborrezco, y no respondo de mí. Si me levanta la mano... ¡le mataré!

Doña Isabel está aterrada escuchando á su hijo.

Sabe que Ernesto, poseedor del secreto fatal, no ha de guardar consideracion alguna á su esposo.

Con frecuencia se ve en la precision de intervenir en las cuestiones de padre é hijo.

Hasta entónces el respeto ha contenido á Ernesto. Pero ¿qué va á suceder en adelante?

Todas estas consideraciones cruzan por la mente de la madre, amedrentando su espíritu.

De pronto se enjuga los ojos, fija una mirada tierna y amorosa en su hijo, y dice con doloroso acento:

—Tienes razon, Ernesto. Debes partir; quedándote en Madrid sería inevitable el escándalo. Separada de tí, sé lo que me espera: las lágrimas, la tristeza; pero teniéndote á mi lado temo otra desgracia mayor. Parte, parte pues, y Dios te ilumine; parte, hasta el dia en que podamos reunirnos nuevamente.

Ernesto torna á besar la mano de su madre, y le dice:

—Gracias, madre mia, pues evitas tal vez un crímen. Ahora, aunque sea muy duro para una madre afligida, debo decirte que para partir necesito que se me entregue la parte de herencia que me corresponde.

—Es muy justo, hijo mio. Mañana lo dispondré todo.

—Deseo saber qué es lo que me toca.

—Para eso tengo necesidad de hablar ántes con tu padre.

—El señor don Bernardo será en ese punto harto mezquino,—dice sonriendo amargamente el jóven.—Tú, madre mia, eres la rica en esta casa; tu marido sólo llevó en dote la limosna que tu padre quiso hacerle por sus pocos escrúpulos. De tí, pues, y no de él, he de recibir lo que me corresponde.

—Yo nunca he de olvidarte.

—Sí, sí, madre mia, lo sé; pero tengo veintitres años, es-

toy acostumbrado á la vida del jóven rico y elegante, y no creo conveniente que, siendo vuestra fortuna considerable, me deis un miserable hueso que roer.

Ernesto, pensando en Raquel, comienza á descender del amor maternal, de la ternura del sentimiento, de esa poesía del alma, á la prosa del materialismo, al fango del interes.

—Me juzgas mal, Ernesto,—le dice la madre;—pero no importa: pide lo que quieras.

El jóven, como el que lleva estudiado de memoria lo que debe decir, responde:

—Necesito cuatro millones.

—¡Cuatro millones! ¡Eso es mucho dinero, Ernesto! ¡Eso es imposible!

—Cuatro millones en dinero, ahora al separarnos,—dice, como si no hubiera entendido las palabras de su madre;—y ademas, una renta de seis mil duros anuales, que cobraré en Paris, en casa de uno de los banqueros que conoce don Bernardo. ¡Oh! Esto no es nada, atendida la inmensa fortuna del señor Etartegui.

—¿Estás loco, hijo mio? Estoy segura de que mi esposo no accederá.

—Entónces seré yo el que le pida lo que acabo de indicar.

—¿Qué es lo que te propones?

—Sencillamente recibir la cuarta, ó tal vez la quinta parte de la fortuna del señor Etartegui. ¡Oh! No tengas miedo, madre mia. Si yo le pido los doscientos mil duros, me los dará. Porque ademas del secreto que he descubierto, tengo otro talisman, que siempre que lo invoco, el ilustre banquero me abre su caja.

—¿Qué talisman es ese?

—Voy á decirte sencillamente un nombre; si se niega á mi peticion, lo pronuncias y al momento accederá. Dile que se lo ruegas en nombre de la hermosa Raquel, su amiga. Pero adios, madre mia; esta noche, al retirarme, entraré á despedirme de tí, y á tomar los cuatro millones y la carta-órden que ha de relacionarme con el capitalista de París.

Ernesto besa la frente de su madre y sale de la habitacion.

Doña Isabel, preocupada, con el corazon oprimido, los ojos enrojecidos por el llanto, el rostro pálido por la amargura, se queda sola, repitiendo en voz baja:

—¡Raquel!... ¡Raquel!... Ese es el nombre de la jóven que Bernardo protege. ¡Oh! ¿Qué misterio encierran las palabras de mi hijo? ¿Será esa mujer la querida de mi esposo?

CAPITULO III.

Al que dé más.

Al dia siguiente, Ernesto se presenta en casa de Raquel.

—Vengo á cumplir mi palabra,—dice.—Puede usted disponer su equipaje.

—¡Ah!—exclama en son de broma la jóven.—Eso me indica que es usted rico. ¡Sea enhorabuena!

—Sí, soy rico; poseo cuatro millones de reales, y ademas una renta en Paris de ciento veinte mil reales anuales.

—No tendrá usted razon si se queja de la tacañería de su padre.

—Efectivamente; ha sido muy rumboso. Anoche le convenció mi querida madre, recurriendo á ciertas palabras mágicas.

—Promueve usted mi curiosidad, Ernesto; porque verdaderamente es asombroso arrancar cuatro millones á un señor tan...

Raquel se detiene.

—Puede usted terminar la frase sin miedo de ofenderme. Cuando se trata de mi señor padre, soy tolerante hasta lo inverosímil.

Ernesto emplea una entonacion impertinente y burlona para decir las anteriores palabras.

—Ya me habrá usted comprendido.

—Creo que iba usted á decir: tan avaro.

—Justamente.

—Pues ahí verá usted, querida Raquel; á pesar de sus economías, me entregó esta mañana los doscientos mil duros, y estoy á sus órdenes. ¡Oh! ¡Me prometo un viaje delicioso! Recorrerémos la Francia, la Suiza, la Italia, la Alemania, todo cuanto usted quiera. Un año sin descansar, un año de continuas emociones; luégo fijarémos nuestra residencia en Paris ó en Madrid, donde usted elija.

Raquel parece meditar un momento.

Ernesto es demasiado superficial para comprender lo que pasa por la mente de aquella jóven.

Expliquemos nosotros á nuestros lectores el motivo del anterior diálogo.

Ernesto, al salir don Bernardo del gabinete de la hermosa *entretenida*, habia dicho á Raquel:

—Mi padre le niega á usted tres millones. ¿Quiere usted aceptar cuatro de mi mano?

Esta promesa, aunque hecha por un jóven informal, y ademas hijo de familia, fué una esperanza para Raquel.

Su ambicioso corazon concibió al momento un plan diabólico: poner frente á frente al padre y al hijo.

De esta lucha podia resultar un gran provecho para ella.

—Si don Bernardo ve un rival y este rival es su hijo, por vencerle es capaz de poner en mis manos toda su fortuna. Ernesto será el estímulo del banquero,—se dijo.

Concebido este pensamiento, aceptó la oferta de Ernesto, y la casualidad favoreció los planes de Raquel; pues poseedor del secreto, logró que se le entregara una suma que, bajo todos conceptos, hubiera sido inverosímil en otras circunstancias.

Ernesto estaba allí con los cuatro millones; pero no era un viaje lo que codiciaba Raquel, sino una fortuna, como consignamos en otro lugar de este libro.

—Verdaderamente, Ernesto,—dice despues de una pausa,—estoy admirada de lo que usted me dice, aunque no lo dudo.

—Pues sí, amiga mia. Soy millonario, y pongo á sus piés mi corazon y mi fortuna.

—Ofrecimientos de tanta monta no pueden aceptarse de repente. Es preciso meditar...

—¿Se propone usted matar nuevamente mis esperanzas?

—Tal vez no, y tal vez sí.

—Raquel, ¿recuerda usted lo que ayer convinimos?

—Sí, sí, amigo mio; no olvido nada; pero permítame usted que le diga que me sorprende.

—No quiero hacerle á usted el agravio de creer que me posterga á un viejo; por lo cual le suplico que lo disponga todo; la primavera se aproxima, y es el mejor tiempo para viajar.

En este momento la doncella Ines interrumpe la conversacion, anunciando á don Bernardo Etartegui.

Raquel mira á Ernesto; pero éste permanece sereno en la butaca que ocupa, y dice, dirigiéndose á la doncella:

—Puedes decirle que éntre.

—¿Qué va usted á hacer?—pregunta la jóven, dominando apénas la alegría.—¿Tal vez medita usted un escándalo?

—No tema usted, Raquel, seré prudente; pero estoy resuelto á no abandonar mi puesto.

—Dile que pase,—dice la jóven á la doncella.

Poco despues don Bernardo entra en el elegante gabinete de Raquel.

Etartegui, al ver á Ernesto, se estremece y le saluda con marcada frialdad.

Éste se inclina sin levantarse.

Raquel envia una sonrisa al rico banquero, indicándole una butaca.

—No esperaba encontrar á usted acompañada, Raquel,—dice don Bernardo con marcada intencion.

—Ernesto es un buen amigo, que me visita con alguna frecuencia. ¿A que no acierta usted lo que me proponia cuando usted entró?

El banquero se encoge de hombros y dice:

—¿Quién puede acertar?

—Pues nada ménos que un viaje de un año por Francia, Alemania, Italia y Suiza. ¡Oh! ¡Verdaderamente la proposicion de Ernesto es tentadora!

Etartegui se estremece, pero procura dominarse.

—Viaje que acepta la encantadora Raquel,—interpone con impertinente tono Ernesto.

—¡Poco á poco, amigo mio!—dice la jóven con precipita-

cion.—Nada tenemos convenido, porque yo no puedo aceptar la proposicion sin el beneplácito de mi tutor.

Etartegui está violento, pero se sonrie.

La presencia de Ernesto es una tortura para él.

Delante de Raquel no quiere abdicar su autoridad paternal, pero al mismo tiempo teme promover una cuestion, en la cual puede salir derrotado.

Ernesto, por su parte, se halla sereno, como el hombre que conoce su ventajosa posición.

—Pues sí, padre mio,—dice sonriendo maliciosamente;—la primavera no está lejana: ya sabe usted que la primavera es la mejor estacion para los viajes. Tengo, ademas, cuatro millones, debidos á la generosidad de mi madre. De modo, que el porvenir sonrie ante nosotros. Jóvenes, ricos, alegres, nuestra vida va á ser un canto de ruiseñores, una alborada sin nubes, un riachuelo sembrado de lirios y azucenas. ¡Ah! ¡Cuánto vamos á divertirnos! ¿No es verdad, querida Raquel?

La jóven se sonrie, enviando miradas irresistibles á don Bernardo, que, lleno el corazon de odio hácia aquel jóven que pretende robarle el cariño de Raquel, exclama:

—¡Ese viaje es absurdo!

—¡Cómo!

—¡Sí, absurdo! Yo nunca consentiré...

—¿Y con qué derecho se opone usted, caballero?

—Soy el tutor de esa señorita.

—Yo puedo ser más que tutor; puedo ser su esposo.

—¡Tú su esposo!

—¿Qué tiene eso de extraño? ¿Piensa usted tambien oponerse á que la haga mi esposa?

—¡Sí, me opondré!—exclama colérico Etartegui.

—¡Bah! ¿Y quién es usted para eso?—responde con frialdad Ernesto.—Cuando se tienen cincuenta años, cuando es uno casado, una lucha de esta especie es una ridiculez.

—¡Ernesto!...

—No hay que levantar la voz, señor mio; recuerde usted que ayer aún podia hacerme callar; pero hoy... hoy no me amedrentan los gritos.

—Señores, suplico á ustedes—dice Raquel, fingiendo hallarse afectada—que no continúe esta cuestion: yo soy la que debe decidir...

—Pues espero la resolucion de usted.

—Necesito meditarlo. Aplazo la respuesta para mañana.

—En ese caso me retiro,—dice Etartegui;—pues de lo contrario, me sería imposible oir con indiferencia ciertas frases, que ofenden mi decoro.

Don Bernardo saluda, y sale de la habitacion.

Ernesto, al verle partir, suelta una carcajada y dice:

—¡Ah, diablo!... El ilustre banquero me ha dirigido una mirada feroz. ¿Lo ha observado usted, Raquel?

—Tiene usted un rival temible.

—¡Bah! Es un avaro.

—¿Quién sabe?...

—Le conozco perfectamente.

—Sin embargo, hay momentos en la vida en que los pigmeos toman proporciones de gigantes.

—Don Bernardo está libre de esos momentos.

. . . .

Una hora despues, Raquel se halla sola en su gabinete.

La doncella entra con una carta en la mano.

—¡Ah!—exclama.—Es letra de don Bernardo. Veamos lo que dice.

Raquel lee lo siguiente:

«Me pediste tres millones. Espérame esta noche á las once, pero sola.»

La carta no está firmada.

Raquel conoce la letra.

Una sonrisa de gozo asoma á sus labios, y dice:

—Seré millonaria, y luégo... luégo... tal vez me amará el único hombre que turba mis sueños, que llena mi corazon.

CAPITULO IV.

Donde Eugenio representa un papel que su corazon rechaza.

—¡Mataré al hombre que ha matado mi felicidad! ¡Morirá á mis manos el miserable que calumnió á María!

Esto se habia dicho Eugenio al abandonar la casa de campo del camino de Vallecas!

La venganza para algunos séres tiene tantos atractivos como el amor. Es una pasion que domina, que subyuga, que atrae.

Alimentada por el odio, crece, se ensancha, toma proporciones tan inmensas, que llega á absorberlo todo.

Eugenio sólo piensa en la venganza.

Escucha una voz misteriosa, terrible, que le grita sin cesar al oido: «¡Mata! ¡mata!»

Daniel, el amante de Paula, es la víctima que codicia. Pero indudablemente el hombre que tan desgraciado le ha hecho, tiene un cómplice.

El anónimo está escrito por una mujer, ó por lo ménos, no es de Daniel.

Esto es un secreto para Eugenio, que sólo puede revelarle Héctor.

Resuelve, pues, ir á verle, y pedirle explicaciones sobre el anónimo que pocos dias ántes le ha entregado.

Héctor le recibe con su acostumbrada amabilidad; pero conociendo, por las preguntas que le dirige, las intenciones que abriga, procura calmarle y disuadirle.

Eugenio nada consigue de lo que se propone.

—Siga usted mi consejo,—le dice Héctor:—borre de su memoria el nombre de Daniel; entréguese con afan al trabajo, único patrimonio de los pobres, y ¡quién sabe si mañana el amor de otra mujer le hará olvidar lo pasado!

Eugenio se encoge de hombros oyendo las anteriores palabras, y dirige una fria sonrisa á Héctor.

—¡El amor!...—dice.—El amor huyó de mi corazon; pero en su lugar ha echado hondas raíces la venganza, el deseo de exterminar á los que tanto daño me han hecho.

—La venganza, amigo mio, es indigna de los pechos generosos.

—¡Bah! Señor don Héctor, la generosidad, en ciertas ocasiones, es una cobardía. Mataré á Daniel, y puesto que usted no quiere indicarme quién es la señora del anónimo; yo procuraré encontrarla.

Héctor emplea aún algunas palabras más para disuadirle de su empeño; pero Eugenio, encerrado en un tenaz silencio, nada promete.

Se despide, sale de aquella casa, y pronto forma el plan

que debe seguir, jurando no separarse de él ni una sola línea.

A eso de las tres de la tarde del dia que nos ocupa, Eugenio llama á la puerta de la habitacion de Daniel.

El criado, que recuerda haber visto á aquel jóven otras veces hablando con su señorito, le introduce en el despacho.

Daniel se halla leyendo, tendido en un sofá.

La presencia de Eugenio le sobresalta por un momento, y cerrando el libro, exclama:

—¡Ah! ¿Es usted, amigo mio? ¿Cómo tanto tiempo sin venir?

Eugenio se sonrie tristemente, y dice:

—He estádo malo, muy malo.

—Efectivamente; se le conoce á usted mucho.

—¡Oh, ya lo creo! Creí morirme; pero, gracias á Dios, ya me hallo restablecido, y puedo venir á hacerle á usted una visita.

Daniel, más tranquilo ante el ademan modesto, casi humilde, de aquel jóven á quien tanto daño ha hecho, le indica que se siente.

Eugenio obedece.

—¿Sigue usted en la misma imprenta?—le pregunta.

—No señor; durante mi enfermedad han tomado otros operarios, y aquí me tiene usted sin ocupacion; por eso vengo...

—¿Quiere usted que le recomiende?

—Le diré á usted, señor don Daniel,—dice Eugenio sin dejarle terminar la frase:—yo tengo buena letra, y si usted necesitara un criado de confianza ó un escribiente, preferiria eso á volver á la imprenta.

—Sin embargo, el trabajo de la imprenta produce más.

—No soy ambicioso; y como vivo solo en el mundo, con poco me contento.

Daniel cree prudente arriesgar una pregunta que le violenta.

Por fin se decide, y dice:

—Segun eso, no se casó usted con aquella jóven.

Eugenio necesita de toda su fuerza de voluntad para no arrojarse sobre aquel hombre y estrangularle.

Se detiene, haciendo un esfuerzo increible, y dice con calma:

—No señor, no me casé. Usted fué entónces mi ángel salvador, y si bien en aquellos momentos los celos me hicieron cometer algunas tonterías, luégo he bendecido á usted desde lo más profundo de mi alma, porque me desengañó á tiempo. Pero no quiero acordarme de lo pasado; estoy contento de todo lo que ha sucedido.

—Tiene usted razon, Eugenio; el hombre debe olvidar todo aquello que le ha causado disgustos.

—Eso es precisamente lo que yo he hecho, y ésta mañana me dije: «Vete á ver á don Daniel y pídele perdon de las palabras inconvenientes que le dirigiste en otros dias, de fatal memoria.»

Daniel, cree de buena fe lo que dice Eugenio, porque siempre complace encontrar un amigo en aquél á quien creemos enemigo irreconciliable.

—Amigo Eugenio,—le dice con marcadas muestras de alegría,—yo no puedo nunca tener á usted como un criado; será desde mañana mi escribiente, el hombre de mi confianza, puesto que segun ha dicho ántes, le molesta trabajar en una

imprenta, ocupacion más lucrativa que la que yo puedo proporcionarle.

Como se ve, Eugenio ha conseguido su deseo; es decir, está en comunicacion con el hombre á quien odia con toda su alma.

El infortunado cajista se siente con bastante valor para arrojarse sobre Daniel y estrangularle; pero su odio, su rencor, necesitan más de una víctima, y ocultando el vehemente deseo de venganza, espera la ocasion de descubrir al cómplice de Daniel.

La casualidad comienza á favorecerle, como verán nuestros lectores.

Eugenio se dispone á abandonar el despacho de aquel *semiliterato*, cuando un criado se presenta con una carta, que entrega á su amo.

Daniel lee para sí el billete.

Eugenio no aparta su mirada del rostro de Daniel.

—¿Quién la ha traido?—pregunta.

—Una doncella.

—Con el permiso de usted, Eugenio,—dice.

Y tomando una hoja de papel, escribe rápidamente algunas líneas.

Luégo se levanta, y alargando la carta al criado, dice:

—Entrega esta...

Daniel se detiene, como si otro pensamiento le asaltara, y continúa:

—¿Dices que espera en la antesala?

—Sí señor.

—Entónces, iré yo mismo.

Daniel saluda á Eugenio y sale de la habitacion, dejando sobre la mesa el billete que acaba de recibir.

Eugenio, como si una voz secreta le gritara al oido: «¡Lee ese papel!» se acerca á la mesa y fija los ojos en el billete que poco ántes ha recibido Daniel.

Su rostro se conmueve.

—¡Oh!—dice para sí.—¡Es la misma letra del anónimo, no me cabe duda! He estado por espacio de dos meses mirándola todos los dias, y la tengo grabada en el corazon, en la memoria.

Eugenio, con los ojos fijos en el papel, fascinado por el carácter de letra, que cree reconocer, lee lo siguiente:

«Sin falta esta noche, á la una, por la ventana de la doncella.»

Una sonrisa infernal entreabre los labios de Eugenio.

Un profundo suspiro se escapa de su pecho, y tomando una actitud serena, murmura en voz baja:

—¡A la una! ¡No faltaré!

CAPITULO V.

Dos aves nocturnas.

Algunas horas despues, es decir, á eso de las doce de la noche, uno de esos nocturnos traperos que armados del gancho y el agonizante farolillo recorren las calles de la coronada villa, se halla sentado en el escalon de una puerta que da frente por frente á la casa de Daniel.

El hombre que nos ocupa lleva una capa llena de girones y una montera de badana, forrada de piel de gato, metida hasta las orejas, de modo que sólo deja en descubierto la barba y la nariz.

Los transeuntes ven en aquel prójimo un trapero perezoso, de esos que olvidan su ocupacion echando un párrafo con alguna aguardentera, ó descabezando el sueño en el quicio de una puerta, resguardados del viento Norte.

Sin embargo, debajo de aquella montera, dentro de aquella mugrienta capa, bien puede encontrarse á Eugenio, el desgraciado amante de María.

A eso de las doce y media se abre la puerta de enfrente de aquélla en que se halla el trapero.

Un hombre jóven, con una bufanda arrollada al cuello y las manos metidas en los bolsillos de un elegante sobretodo, sale de la casa.

Es Daniel.

El trapero comienza á seguirle, pero caminando por en medio del arroyo, y como si no le ocupara otra cosa que la rebusca de papel y trapo viejo.

Daniel está muy léjos de imaginar que siguen sus pasos; así es que ni una sola vez se le ocurre volver la cabeza.

Cruzan varias calles, y por fin se detiene Daniel.

El trapero entónces apaga el farol, y embozándose en la capa, va á ocultarse en el quicio de una puerta.

Se hallan en la calle Mayor, delante de una elegante casa que demuestra la riqueza de sus dueños.

Desde su atalaya puede observar Eugenio todos los movimientos del hombre á quien sigue.

A pesar de la oscuridad de la noche, ve que una ventana del cuarto bajo de la elegante casa se abre, y un lienzo blanco, á manera de seña, flota por algunos segundos en el espacio.

Entónces Daniel cruza la calle, llega á la ventana, mira con recelo á derecha é izquierda, y ligero como un gamo salta sobre la terrapisa y entra en la habitacion.

—¡Ah!—dice para sí Eugenio.—Ó mucho me engaño, ó esa casa es la del rico banquero Etartegui. ¿Si será su hija la del anónimo?

Eugenio abandona su atalaya y va á colocarse al pié de la ventana.

Aplica el oido, pero nada oye.

Transcurren algunos segundos, y la voz del sereno le distrae. Torna á encender su farol, se pone á pasear lentamente la calle, y haciéndose el encontradizo con el nocturno guardian, le dice:

—Buenas noches, sereno.

—¡Hola, trapero!

—Mal está el tiempo para los que nos ganamos la vida á la luz de las estrellas.

—¡Estrellas!... Cuando las hay, amigo mio; porque este invierno pocas veces tengo ocasion de pregonar en voz alta mi empleo.

—Es verdad; siempre llueve.

—No se gana para flor de malva, porque se va un catarro y viene otro.

—¿Usted fuma?—dice Eugenio.

—Eso suelo hacer cuando me aburro.

—Pues hagamos un cigarro.

Eugenio saca una cajetilla y un librito de papel de fumar, y entrega ambas cosas al sereno.

—¿Sabe usted que hace poco he creido ver una cosa que no me gusta mucho?—vuelve á decir Eugenio, miéntras el sereno, desembarazado del chuzo y el farol, lia su cigarro.

—¿Y qué cosa es esa?

—¡Quién sabe!... Tal vez sea una aprension mia; porque no tengo vergüenza en confesar que muchas noches paso un miedo espantoso.

—Pero ¿qué es ello, señor trapero?

—Que he creido ver á un señorito que saltaba desde la

acera á esa ventana, y luégo ha desaparecido, entrando sin duda en la casa.

Eugenio señala á una de las ventanas de la casa de Etartegui.

En este momento el sereno se halla encendiendo el cigarro á la luz del farol, y Eugenio cree notar una sonrisa maliciosa en su semblante.

—¡Bah!—dice el nocturno guardian del barrio.—¿Quién hace caso de eso?

—¡Cómo!

—Quiero decir que los ricos tienen vara alta...

—¿Para entrar por las ventanas á la una de la noche?

—¡Toma! Y por el balcon. Porque ántes se toman el trabajo de decir al sereno: «Buen amigo, yo no soy ladron, ni siquiera ratero, pero me conviene entrar por esa ventana alguna que otra noche; se entiende, con el permiso del amo.» ¡Qué diantre! Uno es blando de corazon, y...

—Pero ¿quién vive en esa casa?—pregunta Eugenio, haciéndose el sorprendido.

—Un señor muy rico.

—¿Y es á él á quien visitan de esa manera?

—A él... ó á ella.

—¡Ah, vamos!

—¡Está claro! Pero el señor Etartegui no está enterado de estas aventuras.

—Lo supongo; pero lo sabrá su mujer.

—Su mujer no tiene edad para esos trotes.

—Entónces, será la hija, si la tiene.

—Puede que sí.

Y el sereno, enviando una sonrisa maliciosa al trapero, se pone á cantar:

—¡La una y cuarto, y nublado!

Despues, tomando otra entonacion ménos altisonante, exclama:

—Vaya, buenas noches, y Dios dé á usted suerte.

—Lo mismo digo, sereno.

Y ambos se separan, el uno encaminándose hácia la Puerta del Sol, y el otro hácia los Consejos.

Entremos nosotros en la habitacion de la doncella de Paula, donde encontrarémos á los dos amantes.

Se hallan solos en la salita que ya conocen nuestros lectores.

La prudente doncella, como siempre, abandona el campo al presentarse Daniel.

—Estoy muy sobresaltada,—dice Paula.—Temí que no vinieras.

—¿He faltado alguna vez á tus citas?

—No; pero hay dias en que se teme todo.

—Te encuentro demudada. Además, tu carta me indica algun acontecimiento.

—Sí, Daniel, sí; muy grave: mi padre sabe que te amo, y está furioso.

—¡Ah! ¿Le has dicho...

—Sí; he seguido tus consejos. Creo que hemos cometido una imprudencia.

—¡Bah! La furia de un padre pasa pronto. Pero cuéntame detalladamente todo lo ocurrido.

—Me admira tu serenidad cuando estoy temblando, cuan-

do todo lo temo, cuando aún resuenan en mis oidos sus irritadas frases.

—Estoy tranquilo, porque la lucha doméstica que me cuentas era de esperar. Tú eres rica; yo pobre. ¿Qué padre no se indigna ante las pretensiones de un hombre como yo, cuando su hija tiene un dote como el tuyo? Eso es sabido, es natural, lógico; otra cosa sería inverosímil. Pero habla y tranquilízate; todos los padres están cortados por un mismo patron; detras de las nubes viene el sol de la tranquilidad, de la resignacion.

Paula tiembla. Daniel procura tranquilizarla.

—Ven,—le dice,—siéntate aquí, á mi lado, y no me ocultes nada. Si tú me amas, si tu corazon me pertenece, desecha todo temor. Te lo aseguro: aunque hoy te maldiga, te bendecirá mañana; y mucho más si te presentas á pedirle perdon con un hermoso niño en los brazos. Suele acontecer que los padres irritados niegan el perdon á sus hijos algunas veces, pero los abuelos, nunca.

Daniel conduce á Paula hasta un modesto sofá de paja.

Paula se resiste, y últimamente dice sobresaltada:

—Espera un momento. No estaré tranquila si no veo por mí misma que mi padre se ha retirado á su dormitorio.

—Bien; vé, pero no tardes.

Paula sale de la habitacion, y Daniel saca un cigarro, lo enciende á la luz de la bujía y dice con impasibilidad:

—Afortunadamente, hemos llegado al punto más interesante. Creo que voy á desbancar á Héctor. Tanto mejor para mí. Ahora sólo falta el escándalo de la fuga; y ella lo aceptará. ¡Oh, sí, lo aceptará!

Daniel suspende sus reflexiones y despide una bocanada

de humo, distrayendo su imaginacion viéndola subir en espiral hácia el techo de la habitacion.

En este momento interrumpe el religioso silencio de la noche la voz monotona del sereno, que canta desde la calle:

—¡La una y cuarto, y nublado!

Transcurren algunos minutos.

Daniel, sin cambiar de actitud, tranquilo, como si se hallara en su despacho, espera el regreso de Paula.

Por fin se oye el roce de un vestido de seda en el corredor inmediato.

Daniel se incorpora, arroja el cigarro, y dirige la mirada hácia la puerta.

CAPITULO VI.

Plan de viaje.

Paula entra en la habitacion.

—¿Tu padre...—pregunta Daniel.

—Duerme, al parecer.

—Tanto mejor; así no te verá sobresaltada.

Paula se sienta en el sofá al lado de su amante.

—Ahora, Paula mia,—la dice cogiéndola una mano,—vamos á hablar como dos buenos amigos, ó por mejor decir, como dos buenos amantes.

—¡Ah, Daniel! ¡Si tú hubieras presenciado el enojo de mi padre!...

—¡Eres una niña! Yo te creia con más resolucion. Te he dicho ya que no debemos ocuparnos de eso.

—¡Cómo! ¡Cuando ha ofrecido maldecirme, desheredarme!

—¡Vamos! Las frases de cajon. ¡Desheredarte! ¿Puede hacerlo, por ventura? En estos casos sólo se necesita un poco de

valor y nada más. Recuerda á tu amiga Ederlinda, que se fugó con aquel subteniente de Arapíles, y su padre, que al principio cogia el cielo con las manos, acabó por decirles: «Venid á casa», y en la actualidad no hay matrimonio más feliz en Madrid.

—¿Qué es lo que intentas, Daniel?—pregunta con sorpresa Paula.

—Sencillamente, un viaje.

—¡Oh! ¡Eso nunca! Mi padre no me perdonaria jamas; prefiere á la vida la buena reputacion de que goza.

Pues precisamente te perdonará más pronto, porque teme el escándalo.

—¡Daniel, por compasion!

Paula, sujeta á aquel hombre que la domina, más que por el amor, por algunas ligeras imprudencias de la juventud, teme seguir el camino que le propone; junta las manos en ademan suplicante, y deja ver las lágrimas en sus hermosos ojos.

—Mira, Paula,—repone con una frialdad impropia de las circunstancias,—cuando se llega adonde hemos llegado nosotros, es imposible retroceder. Voy á explicarte el plan que tengo combinado. Mañana á estas horas nos espera una silla de posta en la puerta de Alcalá, conduciéndonos á Zaragoza, desde donde escribirémos á tu padre. ¡Oh! El corazon me dice que en la patria de Lanuza se celebrará nuestro matrimonio.

—¡No, no esperes que te siga!—exclama sobresaltada Paula.

Daniel dirige á su amante una mirada fria, pero amenazadora, y dice:

—Me seguirás. No se juega impunemente con el corazon de los hombres. Me seguirás, ó de lo contrario, sería capaz de cometer...

Daniel se detiene.

Paula palidece, y un momento de pausa transcurre entre los amantes.

—¡Vamos!—vuelve á decir Daniel, procurando dominarse.—La sola idea de que el amor que me juraste en otro tiempo pueda enfriarse en tu corazon, me trastorna hasta el punto de emplear palabras que me avergüenzan. Perdona si he podido ofenderte; pero te amo, Paula, te amo con locura; necesito tu amor como el aire que respiro. Venceremos los obstáculos que se levantan. El corazon me dice que esta tempestad que nos amenaza ha de traer en pos de sí dias de bonanza, de dicha inagotable.

Daniel ha elegido otro camino: el más seguro para inclinar la voluntad de una mujer.

Paula apénas se atreve á oponer resistencia.

Daniel comprende que es conveniente aprovecharse de aquellos momentos de vacilacion en que el espíritu, débil para la lucha, se halla próximo á rendirse.

—Conozco, Paula mia,—la dice, acariciando las manos de su amada entre las suyas,—comprendo que en este momento supremo temas abandonar tu casa. El paso que te propongo te asusta; es natural: tú amas á tu padre, eres una hija cariñosa y temes el disgusto que tu fuga va á causar á los autores de tus dias; pero ya te lo he dicho: los padres perdonan siempre. Si te acobardas, si te falta la energía, nuestra desgracia es segura, infalible; porque, no lo olvides, Paula, la mujer que sa-

crifica el amor al interes, pasa su vida exhalando gemidos de dolor.

Paula derrama abundantes lágrimas, porque las palabras de su amante levantan en el fondo de su alma ecos dolorosos.

Daniel es para ella el primer amor.

Paula es para Daniel la codiciada fortuna.

En estas batallas secretas no siempre sale triunfante el deber.

Por fin los labios de la jóven se entreabren, y estas palabras rompen su silencio:

—¿Y si mi padre no me perdona nunca?

—¡Vano temor!—responde Daniel, alentado por aquella pregunta, que no deja de ser una concesion.—Los padres perdonan siempre.

—Daniel, conozco que mi honra, mi felicidad, están en tus manos. ¡Ten compasion de mí!

—Mira, Paula: para probarte que nada en el mundo me interesa tanto como tu bienestar, que es el mio, te ruego que te tranquilices y me escuches.

Paula envia una mirada á su amante, en la que puede notarse más el miedo que el amor.

Daniel continúa de este modo:

—Lo que más espanta á tu padre es el escándalo: ántes de partir le dejas una carta diciéndole que sólo puedes ser feliz uniéndote conmigo, y que esperas su perdon, sin el cual serías una mujer desgraciada; en fin, una carta que yo te escribiré, aunque bastará con que te guies por lo que te dicte tu corazon. La lectura de tu carta enfurecerá á tu padre, pero pronto la reflexion le hará exclamar: «¡Mi honor y el de mi

hija ántes que todo!» Cuando esta frase asome á sus labios, todo habrá terminado; tú volverás á ser para él su querida Paula, y yo su yerno, á quien al fin y al cabo será preciso que ame como á un hijo, porque sabré portarme como tal.

—¡Oh! ¡Si se cumpliera lo que dices!...

—Se cumplirá. Pero es preciso partir; es preciso que tu padre se convenza de que nos amamos, de que yo desprecio tu dote, pero no tu amor. Cuando todo esto suceda, la felicidad sonreirá sobre nuestras cabezas.

En vano es luchar por más tiempo; Paula sucumbe ante la apasionada elocuencia que emplea su amante, y cuando el modesto péndulo que cuelga de una de las paredes anuncia con su lengua de metal las cuatro de la mañana, los amantes comprenden que deben separarse.

—¡Las cuatro!—dice Paula levantándose.

—¡Con qué rapidez pasan las horas!

—Mira, mañana, ya lo sabes, á la una de la noche...—dice Daniel con acento misterioso.

—¡Dios nos ilumine!

—Ten confianza. El espíritu misterioso del amor nos protegerá.

—Así sea.

—¿Quieres que te escriba la carta que debes dejarle á tu padre?

—Sí; yo no sabria qué decirle.

Daniel escribe algunas líneas en una hoja de su cartera, y se la entrega á su amada.

Despues se separan.

Daniel toma á buen paso el camino de su casa; pero tan

preocupado, que no observa que un hombre, con un farolillo en la mano, le sigue.

—La visita ha sido larga,—dice el fingido trapero hablando consigo mismo.—Pero no importa, pues sé dónde puedo dar el golpe el dia que lo crea conveniente.

Cuando Daniel entra en su casa, el trapero sigue impávido su camino, hasta llegar á una travesía de la calle de la Luna.

Abre la puerta, sube noventa escalones, levanta el picaporte de otra puerta y se encuentra en una buhardilla.

Es la habitacion del infortunado Eugenio.

Sobre una mesa se ve una palmatoria de barro con una vela de sebo, y una botella de aguardiente.

En un rincon un miserable catre.

Eugenio deja la capa sobre el catre y se sienta en una silla; abre el cajon de la mesa, saca un pedazo de pan y un trozo de queso, y se pone á comer.

No tiene vaso, y bebe en la botella.

—¡Ah!—murmura para sí, limpiándose los labios con el dorso de la mano.—¡Cuántos momentos de olvido me has proporcionado! Pero desde hoy prometo que no tornaré á embriagarme. Sí, una sola vez: el dia que le mate. ¡Oh! ¡Será un gran dia!... Despues... ¿qué me importa lo demas? Ceuta... Melilla... el Peñon de la Gomera... Cartagena... ó el patíbulo: todo me es igual. El cuerpo sufrirá un poco, pero el alma...

Eugenio bebe por segunda vez, y sus ojos comienzan á brillar.

—¡El patíbulo!—murmura.—¡Si mi pobre madre viviera!... Más vale así; no tengo parientes, no tengo amigos; á nadie importa el desenlace de un sér como yo. ¡Un vivo ménos,

un muerto más! Los unos dirán: «Es simpático.» Los otros: «Tiene una cara que le hace proceso.» Despues, el olvido, la indiferencia, la nada, el final de todas las cosas. ¡Oh! Cuando bebo aguardiente, lo primero que se me ocurre es filosofar. A veces me acojo á la metafísica, pero luégo acabo por emborracharme. ¡Miserable raza! Composicion y descomposicion: hé ahí todo el resultado de los afanes en este mundo. ¡Bah! La vida no vale ni el trabajo de inclinarse al suelo para recogerla del fango donde se revuelve.

Eugenio prorumpe en una carcajada.

La bebida comienza á producir su efecto.

Coge nuevamente la botella y bebe.

Despues torna á decir, con acento más bronco, más trémulo, más inseguro:

—Desde mañana ya no compro más aguardiente, pero compraré un puñal. ¡Oh! Si ese árabe que se propone curar á María envenenara la punta de mi puñal, el golpe sería más seguro. Dicen que es un sabio; se cuentan muchas cosas de él. Pero yo soy pobre, y los pobres sólo pueden matar á *palo seco* á sus enemigos. No importa; cuando la mano no tiembla, el veneno está de más.

—Eugenio suspende sus reflexiones, y fija una mirada vaga en la botella, miéntras la acaricia con la mano.

—Parece imposible la poderosa influencia de la costumbre,—dice.—Hace un año, cuando yo era un hombre de bien, un modelo de virtud, de laboriosidad y de honradez, media copa de aguardiente ó de rom me trastornaba de un modo lastimoso. Pero ahora... ahora es otra cosa; ni una docena de *balas rasas*, ni una docena de *balas rojas*, como llaman los

aficionados á las copas de aguardiente y de rom, me hacen daño; me emborracho... y nada más.

Eugenio bebe, deleitándose.

—Un borracho... es un hombre feliz... nada siente... nada ve... El rom es para los europeos... lo que el opio para los chinos... Es el quitapesares... ¡Bebamos... por la última vez!

Eugenio apura la botella, apaga la luz, y se encamina con insegura planta hácia el catre, donde se deja caer sin desnudarse, envolviéndose en la capa.

CAPITULO VII.

Fantasía.—El sueño de la venganza.

Eugenio se queda dormido tan pronto como toma la horizontal sobre su modesta cama.

La vida real, verdadera, desaparece, para dar lugar á la pequeña muerte diaria.

El sueño, que fatiga, que abruma; la pesadilla, que embota los sentidos, se alza de la oscura é ignorada mansion donde habita, y filtrándose en la mente del dormido jóven, extiende ante los ojos de su sobresaltado espíritu el terrible panorama de sus fantasmas.

Hé aquí lo que ve Eugenio con todos los verdaderos y terribles colores de la realidad.

Es de noche.

El cielo, cubierto de nubes, sin una estrella, sin un rayo de esa casta y poética luz de la luna, apénas se distingue; sólo se ve un vacío, una oscuridad que hiela la sangre, que acobarda el espíritu.

Se encuentra en una calle recta, ancha, solitaria.

Los faroles agonizan, y sus débiles y moribundos rayos apénas llegan á la tierra.

A lo léjos se oye el aullido lastimero y abrumador de un perro, y el monotono graznido de una corneja se pierde en el espacio.

Eugenio, con un puñal en la mano, está oculto en el quicio de una puerta, con el corazon palpitante, conteniendo la respiracion, con los ojos fijos en una ventana, por donde salen algunos rayos de luz, y escucha las fúnebres notas de un órgano que entona una de esas melodías religiosas que conmemoran la muerte de un sér humano.

De vez en cuando Eugenio oye el silbido del viento Norte que barre la desierta calle, y el eco de una voz extraña, pero imponente, que repite una y otra vez:

—¡Mata!... ¡mata!... ¡mata!...

Replegado en la oscuridad, espera con ansia, con feroz impaciencia, la aparicion de su enemigo.

De pronto las nubes desaparecen del espacio; el cielo se despeja por un momento, y ostenta su purísimo manto azul, sembrado de estrellas.

Luégo ve avanzar por el Occidente una niebla blanquecina, como el polvo que levantan en un campo arenoso veinte jinetes á la carrera.

Eugenio aparta los ojos de la tierra para fijarlos en el cielo, donde la niebla se disipa, ocupando su lugar multitud de arcos luminosos, que extienden con prodigiosa rapidez sus poéticos colores por el espacio.

De repente los arcos se juntan, formando en el zenit una

corona de fuego, cuyo resplandor le ciega hasta el punto de obligarle á cerrar los ojos.

Un coro, que á juzgar por la dulzura de las voces debe ser de ángeles, armoniza con sus dulces ecos los poéticos colores del firmamento.

Eugenio vuelve á elevar sus ojos al cielo y el puñal cae de sus manos, que se juntan en ademan de admiracion, de recogimiento religioso.

En el centro de la corona de fuego ve una vírgen vestida de blanco; alrededor de la frente lleva una corona de rosas, y en las manos oprime la palma del martirio.

—¡María!... ¡María!...—exclama Eugenio.

Sus labios no pueden pronunciar más palabras.

Desea correr para arrojarse á sus plantas, pero no puede.

Lucha, pero en vano, pues permanece siempre en el mismo sitio.

María le mira, se sonrie, le saluda y le dice:

—¡Olvida! ¡Perdona!

Entónces Eugenio siente con asombro que se eleva de la tierra, subiendo hácia el cielo.

¿Qué espíritu le ha prestado las invisibles alas de los ángeles?

Eugenio no aparta los ojos de aquella adorada vision, que continúa mirándole y sonriendo.

La tierra ha desaparecido bajo sus piés.

La tétrica calle no se halla al alcance de sus ojos.

Suspendido en el vacío, continúa su ascension sin llegar nunca, pues siempre le separa de la jóven la misma distancia.

Fijos los ojos en la corona de fuego que le deslumbra, ve

con espanto que la hermosa imágen se desvanece, se disipa, se pierde, y que los brillantes colores se apagan y se extinguen, reemplazados por la oscuridad más completa, por las tinieblas más impenetrables.

Pero él permanece en el espacio; sigue volando, y las nubes le empujan al cruzar en revuelto torbellino en derredor suyo.

Otra voz llega á sus oidos en medio de aquella confusion que le anuncia la lucha de los elementos.

La reconoce, y su corazon palpita.

Es la voz de su madre.

—Eugenio,—le dice con voz dulce y suplicante,—arroja léjos de tí el arma homicida. Piensa en Dios, piensa en tu madre. Desprecia la materia, pero conserva pura tu alma. El martirio de la tierra tiene por recompensa los goces del paraíso, la clemencia de Dios.

—¡Madre mia!... ¡madre mia!...—exclama Eugenio.—¿Dónde estás?... ¡Quiero verte, quiero oir tu voz, porque ella fortalecerá mi espíritu para soportar las amarguras de la vida!

Nadie responde, pero un trueno espantoso retumba en el espacio, y Eugenio rueda hasta el abismo.

En su rápida caida extiende los brazos, para evitar el terrible golpe que le amenaza, y al llegar á la tierra su mano derecha tropieza con el puñal.

Se admira de no haber recibido lesion alguna. Se halla sano, fuerte, ágil, y con la diestra armada.

El cielo torna á adquirir la tétrica oscuridad que poco ántes tenia, reconoce la solitaria calle, oye el aullido del perro, el graznido de la corneja, ve los rayos de luz que salen por las

rendijas de la ventana, y las fúnebres notas de un órgano llegan de nuevo á sus oidos.

Aterrado de aquel cambio repentino, ve abrirse la tierra á sus piés, y un sér extraño brota de entre una nube de azulado humo.

Apénas puede definir la forma de aquel nuevo fantasma, mezcla de sér humano y espíritu infernal.

Lleva una copa en la mano, y se sonrie como debió hacerlo el ángel caido del paraíso.

Le presenta la copa y le dice:

—Bebe. Esto reanima los espíritus desfallecidos; esto conduce al hombre al logro de sus deseos.

Eugenio, á pesar suyo, empuña la copa. Es de barro rojizo, y contiene un líquido que despide pequeñas llamaradas de un color azulado, como el fósforo en la oscuridad.

Eugenio bebe, é instantáneamente se inflama la sangre en sus venas.

El espíritu infernal prorumpe en una carcajada, que se repite por tres veces en el espacio y en el centro de la tierra.

Luégo desaparece.

Eugenio queda solo.

Nunca ha sentido más deseos de matar.

El mango del puñal quema la carne de su mano; y sin embargo, lo aprieta más y más, como si temiera que se le escapara.

En este momento se abre la ventana.

Daniel aparece en ella.

Una mujer rodea con sus brazos el cuello del jóven, y deposita en su frente el beso de despedida.

Eugenio oye una voz que le dice repetidas veces:

—¡Ahora!... ¡Mata!... ¡mata!...

Un poder sobrenatural le empuja hácia el grupo de los felices amantes.

Una nube de sangre oscurece sus ojos.

Como el tigre que espera la descuidada presa, se abalanza y cae puñal en mano sobre los amantes.

Tres veces hunde el arma hasta la cruz en la carne de sus enemigos, y tres ayes lastimeros, prolongados, se pierden en el espacio.

Espantado por el crímen que acaba de cometer, se aleja del sitio de la catástrofe con la velocidad que prestan el terror y el remordimiento.

Corre mucho; una hora, y otra, y otra, y por fin cae sin aliento en una explanada, léjos de la ciudad.

Allí el silencio es imponente.

La quietud de la muerte le rodea.

De pronto oye el ruido seco, acompasado, de dos martillos. Levanta la cabeza, y ve algunos hombres que alzan un patíbulo; escucha lo que hablan y este diálogo llega á sus oidos:

—¿Está resignado el reo?

—Sí. Parece que no le asusta la muerte.

—¡Bah! En la capilla todos están serenos; pero cuando divisan la *jaula*, tuercen el cuello.

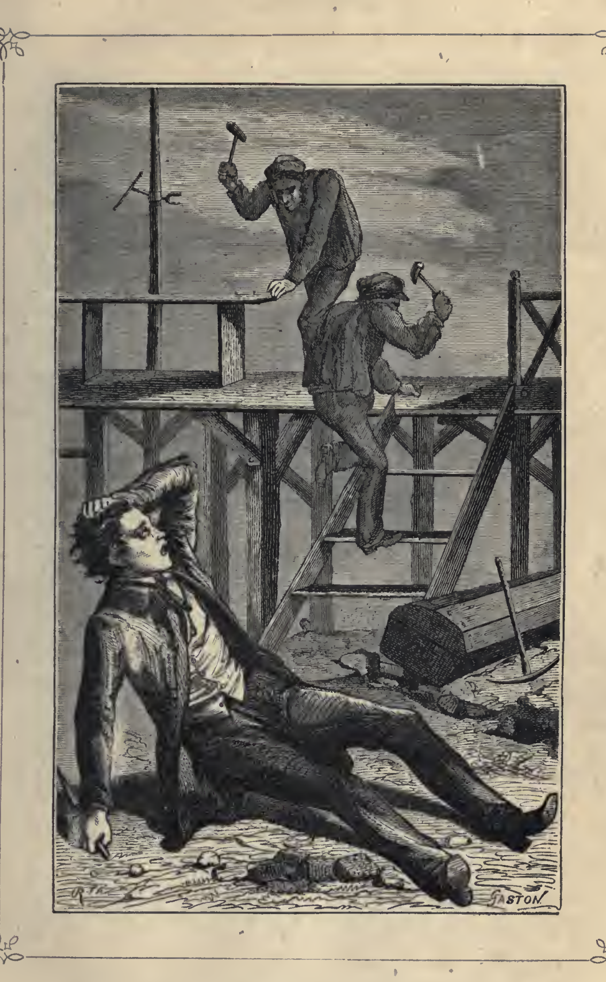
—Dicen que es jóven.

—Fué un buen chico; pero parece que los celos...

—¡Pícaras mujeres!...

—Bien puedes decirlo.

—¡Pobre Eugenio!...



..... y ve algunos hombres que alzan un patíbulo.

—¡Dios le perdone!

Aquí despierta despavorido Eugenio, busca los fósforos, enciende la luz y abre la ventana.

El dia empieza á rayar.

El cielo, puro, hermoso y sereno, sonrie sobre la coronada villa.

Eugenio aspira con placer la brisa pura del crepúsculo, y apoyando la frente en las manos, murmura:

—¡Oh! ¡Qué horrible pesadilla!... ¡Parece un aviso del cielo!... Pero no importa; yo mataré á ese hombre.

Despues se queda reflexivo, meditabundo, como el hombre que lucha entre el bien y el mal, como el extraviado viajero que ve dos caminos y no sabe cuál de ellos elegir.

CAPITULO VIII.

Fantasía.—El sueño de la muerte.

Desde la pobre y miserable buhardilla de Eugenio trasladémonos al elegante y lujoso dormitorio de Paula.

El sueño no es patrimonio exclusivo de los pobres ni de los ricos.

Como la muerte, *lo disfrutamos* todos.

El que descansa durante las horas de silencio en un lecho de pluma y seda y el que duerme en un miserable jergon de paja son enteramente iguales cuando el soplo invisible y misterioso de Morfeo cierra sus ojos y suspende la marcha regular de sus ideas.

La muerte y el sueño nivelan la gran desigualdad social.

Puede muy bien soñarse un paraíso en una buhardilla ó en una cárcel, y soñar un infierno en un palacio.

Paula duerme, pero con ese sueño agitado que revela que el espíritu y la imaginacion se hallan poseidos de una pesadilla abrumadora.

Una elegante lámpara de cristal de Venecia con esmaltes de oro alumbra tenuemente la habitacion.

El lecho presenta algun desórden.

El lujoso almohadon de plumas de raso verde, que todas las noches la oficiosa y servicial doncella coloca sobre los delicados piés de su señorita, yace caido en la alfombra.

La elegante colcha de seda demuestra el agitado sueño de Paula, que con los brazos caidos fuera de la cama y el cabello en desórden, ostenta la blancura de su cútis, las redondas formas de sus hombros.

Pero tomemos nosotros desde su orígen el sueño de la elegante hija del banquero.

Es una noche clara, hermosa, serena.

La luna, esa hermosa Hebe de los griegos que inspiraba á Safo; esa purísima Diana, tan querida de Virgilio, se halla en mitad del firmamento, bella como en el primer instante en que por la suprema voluntad de Dios recibió en su seno los vivificadores rayos del sol.

Por un camino real, sembrado á derecha é izquierda de rectos y temblorosos álamos, camina una silla de posta.

Los caballos mantienen ese trote fatigoso que anuncia la proximidad de una parada, donde deben ser relevados por otros compañeros de infortunio.

En el interior de este carruaje viajan un hombre y una mujer.

Ambos son jóvenes y hermosos.

El amor los ha reunido en tan estrecho espacio, y les dirige sus invisibles y dulcísimas flechas oculto entre los pliegues de las cortinillas.

Esta feliz pareja son Paula y Daniel.

Los rayos poéticos de la luna penetran en el carruaje á traves de los cristales, y caen como la sonrisa de un ángel sobre las frentes de los amantes.

Su felicidad es tan inmensa, que creen oir el armonioso canto del ruiseñor y aspirar el grato aroma de la violeta.

Dos cabezas jóvenes y hermosas, que se juntan en el silencio de la noche para comunicarse el perfume de sus almas, no es extraño que se trasladen á un mundo imaginario, no es inverosímil que sueñen algo en contraposicion con la prosa abrumadora de la vida.

El principio del sueño de Paula no puede ser más grato para una jóven de corazon apasionado.

Pero pronto los encantos de la poesía huyen para dar lugar á otros fantasmas ménos risueños.

Una voz cavernosa que grita: «¡Alto!» interrumpe la dulce quietud de la noche.

Los amantes se estremecen; el carruaje pierde su acompasado movimiento y se detiene.

Daniel, sobresaltado, se asoma á la portezuela.

Cuatro jinetes de aspecto feroz, armados de pistolas y trabucos, amenazan al conductor y obligan á los viajeros á echar pié á tierra.

Los amantes miran con espanto cómo aquellos bandidos saquean sus maletas.

Ropa, dinero, alhajas, todo desaparece; pero afortunadamente respetan sus personas.

Los salteadores mandan al conductor que les siga con la silla de posta.

Daniel y Paula se quedan solos en mitad del camino, sin más fortuna que la ropa que llevan puesta.

La poesía del amor, de las comodidades, del dinero, desaparece.

Algunas nubes de color plomizo comienzan á extenderse por el horizonte.

La brilladora luz de la luna se apaga.

El viento silba, quebrándose en las gallardas cimeras de los álamos.

Paula tiene miedo.

Daniel, triste, melancólico, anonadado, no emplea ni una sola frase para tranquilizarla.

La jóven ve pasar ante su imaginacion el palacio de sus padres; reconoce su cómodo y elegante dormitorio, ve con dolor su querida chimenea, donde arde una buena lumbre, y sentada perezosamente en una butaca á su doncella Elena.

Miéntras tanto, el frio, el relente de la noche entumece sus delicados miembros, y sus dientes chocan, produciendo un ruido estridente.

—¡Oh!—exclama.—¡Esto es horrible, Daniel, muy horrible! ¡Dios nos castiga! ¿Qué va á ser de nosotros?

Daniel nada responde.

Mudo, taciturno, más que un sér viviente, parece la estatua del remordimiento.

Paula siente caer sobre su rostro las primeras gotas de una lluvia fria y menuda.

Los dos amantes se guarecen debajo de un árbol, pero la lluvia crece y las flotantes ramas sólo les albergan por un momento.

Espantosos truenos retumban en el espacio, y la luz pavorosa de los relámpagos, que se suceden con rapidez, les muestra la verdad de su triste y angustiosa situacion.

Paula, al ver el rostro de su amante, no puede evitar un grito de espanto.

Daniel está pálido como un cadáver.

Su semblante, hermoso, seductor, ha adquirido la diabólica y repugnante expresion de un condenado.

La espantada jóven cree notar que la hermosa cabellera de Daniel se ha convertido en espesos mechones de repugnantes canas.

Entónces se cubre la cara con las manos por no verle.

Despues de muchas horas de angustiosas fatigas, comienza á amanecer.

La luz del dia les pone de manifiesto su deplorable estado.

Llevan los trajes empapados de agua, cubiertos de barro.

¿Dónde se hallan?

¡Ay! ¡Ellos lo ignoran!

Paula comienza á sentir un desfallecimiento en todo su cuerpo.

La primera palabra que pronuncia Daniel es:

—¡Tengo hambre!

—Yo tambien,—murmura Paula.

—Sigamos adelante el camino,—repone el amante,—hasta que encontremos alguna casa que nos dé hospitalidad.

La lluvia ha cesado.

Los dos amantes emprenden nuevamente el camino á pié, con paso tardo y la barba hundida en el pecho, como los reos que marchan agobiados bajo el peso de los remordimientos.

Caminan durante mucho tiempo.

La interminable carretera se pierde ante sus afanosas miradas, sin que se divise ni una casa, ni un viajero.

Aquella soledad les desalienta.

Sus fuerzas se van agotando poco á poco.

—¡No puedo más!—dice Paula con desfallecido acento.

—¡Valor!—exclama Daniel.—No podemos detenernos; otra noche pasada á la intemperie sería nuestra muerte.

—¡Qué triste es un dia sin sol!—murmura la jóven, dejando asomar á sus ojos dolorosas lágrimas.—Dios castiga el nefando pecado de ingratitud filial que he cometido.

—No es esta hora de reconvenciones. ¡Anda!... ¡anda!...

—¡Padre mio!... ¡padre mio!...

—¡Anda!... ¡anda!...—repite Daniel, como el réprobo de la calle de la Amargura.

—¡No puedo! ¡Prefiero morir en medio de estos tétricos barrancos que nos rodean!

Daniel extiende el brazo con imperio hácia Occidente.

Paula distingue una inmensa poblacion, envuelta entre la niebla y el humo de miles de chimeneas.

—¿Qué es aquello?—pregunta.

—Madrid.

Este nombre reanima á Paula.

El recuerdo de su padre la infunde valor, y prosigue su camino, impulsada por la fuerza misteriosa que presta la esperanza.

Transcurren algunas horas.

Se aproximan á la populosa ciudad, y por fin llegan ante sus pobres muros y penetran en sus animadas calles.

Los transeuntes se apartan para dejarles pasar, demostrando cierta repugnancia.

Todos les señalan con el dedo, y á los oidos de Paula llegan frases duras, dirigidas á ellos.

—¡Miradla! exclaman.—¡Esa es la que abandonó á su padre por seguir á su amante! Ved sobre su frente la maldicion del autor de sus dias! ¡Ved en sus ojos el fuego devorador del remordimiento!

Otros escuchan estas palabras y se apartan con repugnancia, como en otros tiempos huian de los infelices leprosos los que estaban sanos.

De pronto resuena en el espacio el religioso acento de cien campanas que tocan á muerto, y aquellas fúnebres y melancólicas notas hielan la sangre de Paula, que cruza una, y otra, y otra calle, agobiada bajo el peso de su culpa.

Por fin se detiene ante la elegante fachada de un palacio.

Cree reconocer su casa; pero las paredes, cubiertas de paños negros, le espantan.

Sobre los umbrales y en las barandillas de los balcones, en la ventana donde tantas veces dió en otro tiempo el beso de despedida á su amante, en todas partes, en fin, brillan inmensos cirios amarillos, tristes compañeros de la muerte.

Paula, seguida de su cómplice, penetra en el portal de su casa.

Un criado, vestido de luto, se interpone como para detenerla, y la dice:

—¿Dónde va usted, buena mujer?

—Arriba,—responde Paula.

—¿A qué?

—¿No me conoces? Deja libre el paso. Voy á ver á mi padre.

El criado prorumpe en una ruidosa carcajada.

—¡Insolente!—exclama Paula.—¿Dónde está don Bernardo Etartegui?

—Ha muerto,—responde lacónicamente el criado.

—¡Dios mio! ¡Muerto! ¡Tal vez por mi culpa!

Y Paula, despreciando las amenazas del criado, sube precipitadamente la escalera, seguida siempre de su cómplice.

Llega al cuarto principal; las puertas se abren á su paso como impulsadas por un resorte misterioso, cruza varias salas, y entra por fin en la habitacion de su padre.

Sobre un suntuoso túmulo, rodeado de luces, se halla el cadáver de un anciano.

Una mujer, de pié, con el rostro impasible, contempla el féretro.

Apoyado en el mármol de la chimenea está un jóven, en actitud indiferente, que se entretiene jugando con los dijes de su reloj.

El cadáver es el de don Bernardo Etartegui; el jóven, Ernesto; la mujer, doña Isabel, madre de Paula.

—¿Quién eres? ¿qué quieres? ¿á qué vienes?—pregunta doña Isabel, dirigiendo una mirada ceñuda á su hija.—Deten tu paso; no profanes la casa de la muerte.

—¡Madre mia, perdon!...—exclama Paula, cayendo de rodillas á sus piés.

—Yo no tengo hija. ¡Vete! ¡vete!

Paula extiende los brazos en ademan suplicante hácia su hermano.

—¡Hermano mio, querido Ernesto, conduélete al ménos de esta desgraciada!

—Yo no tengo hermana,—murmura el jóven.—¡Vete! ¡vete!

Paula siente un ruido extraño en el cerebro, la luz de sus ojos se oscurece, los latidos de su corazon se redoblan, y exhalando un grito, en el que parece enviar un trozo de su alma arrepentida á aquella madre y á aquel hermano que la rechazan, exclama, abalanzándose sobre el féretro y cubriendo de besos la fria y amarillenta frente de su difunto padre:

—He sido muy culpable; Dios quiere sin duda que llegue tarde para implorar tu perdon; el frio soplo de la muerte paralizó los latidos de tu pecho, enmudeció tus labios y cerró tus ojos; no puedes oir la verdadera expresion de mi arrepentimiento, ni ver la amargura ni el dolor que me consumen, ni sentir la pena que me mata. Pero no importa: yo te pido perdon, yo vuelvo arrepentida al mismo hogar que tan injustamente abandoné.

Paula, ahogada por el llanto, suspende sus palabras, pero vé con horror que el cadáver se incorpora, abre los ojos, fija en ella una mirada fria, terrible, y con una voz que parece evocada de las tumbas, dice:

—¡Maldita seas! ¡Maldita seas tú, que vienes á turbar el dulce sueño de la muerte!

El cadáver vuelve á caer en el ataud.

Paula exhala un grito, y cae á su vez sin sentido, derribando algunos de los candelabros.

En este momento el misterioso hilo del sueño se quiebra y Paula despierta.

Durante algunos minutos permanece anonadada, aturdida. El recuerdo de la pesadilla que acaba de tener la espanta.

Poco á poco se tranquiliza su sobresaltado espíritu, y se desvanecen los sombríos fantasmas de su cerebro.

—¡Ah! ¡Qué sueño tan horrible!—exclama.—Afortunadamente, la luz del dia, que entra por los insterticios del balcon, ahuyentará las sombras de mi cerebro.

Paula tira del llamador de la campanilla, y poco despues entra su doncella.

—Elena,—dice,—abre el balcon y descorre las cortinas. ¡Quiero ver la luz del dia! ¡Quiero ver el sol!...

CAPITULO IX.

Fantasía.—El sueño de la ambicion.

En la presente novela figuran dos personajes con el mismo nombre, y para que el lector no se confunda, á uno le llamamos Daniel el español, y al otro Daniel el negro. Esto se entiende en las escenas que lo creamos conveniente.

Daniel el español se acuesta, satisfecho de sí mismo, pues acaba de ganar una gran batalla.

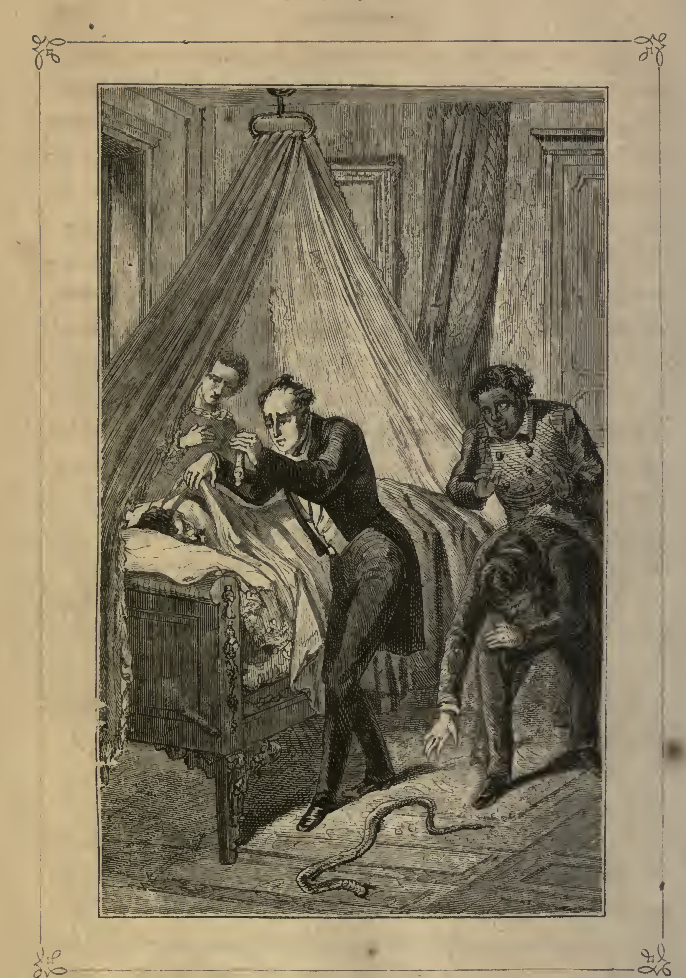
Paula es una muchacha jóven, hermosa y rica; tres condiciones muy aceptables para un elegante tan pobre como ambicioso.

Una vez en la cama, Daniel enciende un habano, porque el humo del cigarro convida á la reflexion.

Ademas, la empresa que se propone reclama un poco de cálculo, de estudio; en una palabra, de buena base.

Robar á la hija de un millonario no es empresa para un tonto; y robarla sin provecho, es la mayor de las estupideces.

Daniel echa friamente sus cuentas.



Y descubre al enfermo y le enseña la cabeza de la serpiente.

—Poseo —se dice, hablando consigo mismo —unos diez y ocho mil reales por único capital; mi renta es insuficiente para lo que ambiciono. Con novecientos duros pueden muy bien llegar á Zaragoza ó Barcelona dos amantes viajando en silla de posta, hospedarse en una buena fonda y esperar. Cuando el padre acuda, el escándalo es inevitable, pues una gacetilla oficiosa habrá enterado de la aventura á los desocupados de la córte. La crónica escandalosa se extiende con una rapidez eléctrica, y entónces el orgulloso banquero se verá en el caso de suplicarme que salve el honor de su casa. Como es natural, yo accederé, mediante los tres ó cuatro millones que corresponden á mi querida Paula. ¡Oh! No soy un hombre de negocios: si me presentara en la Bolsa, los grandes especuladores se reirian de mí, tratándome de neófito inocente; pero si les dijera: «Ayer no tenia mil duros y hoy tengo doscientos mil», su asombro habia de llegar hasta el pasmo.

Daniel suspende su discurso mental, y fuma, sonriendo con la esperanza del próximo engrandecimiento que le acaricia en lontananza.

A los veintiseis años se suele estar poco tiempo en la cama sin que el sueño se apodere de nosotros.

Daniel se queda dormido.

Veamos ahora qué sueña el ingenioso amante de Paula.

Ve con los ojos de aumento de una imaginacion dormida entrar á don Bernardo Etartegui en la pieza que ocupa en una fonda de Zaragoza.

El irritado padre, al principio, dejándose guiar por el justo enojo que le devora, quiere castigar á la amedrentada Paula; pero Daniel, con la generosidad de un héroe de novela, pre-

senta su pecho ante el peligro, jura que sólo él es el culpable, y arrodillado pide perdon, suplicando que le conceda la mano de Paula, porque la ama con toda su alma.

Con un desprendimiento que admira al banquero y entusiasma á su hija, dice que no quiere dote, que la ama por ella misma, no por su dinero; que su mayor felicidad será trabajar por ella y para ella.

Esta protesta ablanda al padre, y como es de esperar, se celebra el matrimonio en Zaragoza, regresando los tres á la córte terminada la ceremonia.

Los sueños tienen algo de los melodramas franceses.

El niño que en el primer acto aparece en la cuna, en el segundo es un hombre que venga á su padre; en el tercero un viejo que llora á su hijo, y en el último un pobre anciano que roba por satisfacer los caprichos de su nieto.

Un hombre puede soñar en dos horas tanta variedad de cosas, tal cúmulo de acontecimientos puede ver pasar por el panorama de su imaginacion, que necesitaria cien años para que todo aquello le sucediera en la vida real.

Daniel llega á Madrid siendo ya un hombre casado.

Su conducta es tan ejemplar, que don Bernardo, arrepentido, le llama su hijo y le ofrece una habitacion en su casa.

Desde este momento, el amante especulador comienza á recoger el fruto de sus trabajos.

Conquistado el corazon del padre, como habia conquistado el de la hija, don Bernardo, cansado de sus negocios, pone en él su confianza.

Daniel, desde este momento, es el dueño de la fortuna de Etartegui.

Por todas partes le rodean los aduladores, y las sonrisas de las mujeres más hermosas salen al encuentro de sus miradas.

Conquistador por la fuerza irresistible de los millones, concibe el ambicioso plan de elevarse sobre la generalidad de las gentes.

La política es el pedestal que elige para su engrandecimiento.

El gobierno se halla en un grave apuro; Daniel le abre sus cajas, le concede su crédito, y se sienta en los bancos del Congreso.

Andando el tiempo, reconocido cono un genio para la Hacienda, es nombrado ministro de este ramo.

Despues se le conceden cruces y un título de grande de España.

En este momento de su apogeo se encuentra Daniel, cuando su criado entra á despertarle.

—¡Maldito seas!—le dice, volviéndose del otro lado.—¿A qué vienes á interrumpirme? ¿No sabes que me he acostado á las cuatro de la mañana?

—Señor, es que há venido la doncella que usted sabe, y trae un billete urgente.

Daniel se incorpora sobresaltado.

—¡Cómo!—exclama.

—Que trae una carta,—repite el criado.

—¿Qué hora es?

—Las once acaban de dar.

—Dame la bata, y dila que éntre.

Daniel se viste precipitadamente, y va á sentarse en un sofá.

Poco despues entra Elena.

Daniel fija una mirada investigadora en la doncella de confianza de Paula; cree notar en ella algun sobresalto, y dice:

—¿Qué ocurre?

—¡Ay, señorito! ¡Aquello ha sido un Dos de Mayo!

—¡Qué dices!

—Lo que usted oye.

—Vamos, explícate.

—El señor ha recibido un anónimo.

—¡Diantre!

—En el anónimo le decian que usted y la señorita pasaban juntos las noches en mi habitacion.

Daniel palidece.

—Como es natural,—prosigue la doncella de Paula,—el amo se ha puesto hecho una furia y la señorita una Magdalena, confesándolo todo; por supuesto, porque no quedaba otro remedio.

—Pero, en fin, ¿qué ha sucedido?

—¡Toma! Que la señorita está mala, y me ha entregado esta carta para usted.

—Dame.

Daniel lee lo siguiente:

«Ignoro quién es el villano que ha denunciado nuestras entrevistas; pero mi padre lo sabe todo, y ha llegado su enojo hasta el punto de decir que ántes que consentir en que nos casemos, será capaz de mandar que te maten, si es que á él le falta valor para hacerlo. Ven esta noche; pero no cometas ninguna imprudencia; hasta que no veas el lienzo, no te acerques;

si no estoy yo, estará Elena. Suspende por ahora los preparativos del viaje.

»Tuya,—*Paula.*

Cuando Daniel termina la carta se queda pensativo un momento.

—Está bien,—dice.—Dí que esta noche procuraré estar en tu habitacion.

La doncella sale.

Daniel se queda solo y murmura en voz baja:

—¿Quién será el buen amigo que ha tenido la ocurrencia de denunciarme? ¡Es extraño! Nadie lo sabe; á nadie he referido mis amores con Paula. ¡Oh! Yo lo indagaré.

Y como no tiene nada que hacer, pues él viaje se ha desbaratado, torna á meterse en cama, dando órden de que no recibe.

CAPITULO X.

Una doncella modelo.

Retrocedamos.

Don Bernardo Etartegui se encuentra á las nueve de la mañana en su despacho, segun su costumbre.

Multitud de cartas se hallan extendidas sobre la mesa.

El rico banquero va anotando al márgen lo que debe contestar su secretario.

De pronto el rostro de Etartegui se demuda; en sus ojos brilla un relámpago de ira, y sus manos tiemblan agitando una carta.

—¡Ah!—exclama.—¿Es cierto lo que he leido?

Y por segunda vez lee la carta, demostrando una agitacion creciente.

—¡Esto es infame!—murmura.—¡Esto no puede ser cierto!

Y levantándose rápidamente del sillon, tira del llamador de la campanilla.

Un criado se presenta.

—Diga usted á la doncella de la señorita que venga.

Don Bernardo, miéntras tanto, se pasea por la habitacion.

Transcurren dos minutos, y Elena entra en el despacho del banquero.

Nunca la ha llamado el señor, y esto le admira; pero Elena es una muchacha muy serena, y entra con la sonrisa en los labios y el ademan tranquilo.

—¿Y la señorita?—pregunta don Bernardo.

—Duerme todavía.

Etartegui fija una mirada investigadora en la jóven, que no se conmueve, aunque le extraña.

—Vas á decirme la verdad,—repite el banquero;—si así lo haces, sabré recompensarte.

Elena hace un movimiento con la cabeza, como indicando que puede hablar.

—¿Qué hombre es el que penetra por la ventana todas las noches?

La doncella es muy lista, y comprende, con ese instinto claro de la mujer, que el señor ha descubierto las entrevistas de la señorita, y responde con rapidez y aplomo:

—Nadie, señor. ¿Quién quiere usted que éntre?

—¡Mientes! Un hombre penetra todas las noches por tu ventana; lo sé; en vano será que procures negarlo. Me lo aseguran en esta carta.

La doncella comprende que es preciso conceder algo.

Don Bernardo fija en ella los ojos, deseando descubrir la verdad, y entónces la doncella representa perfectamente la comedia; se ruboriza y baja la mirada al suelo.

Dispuesta á sacrificarse por su ama, dice con inseguro acento:

—Señor, todas las noches no entra.

—¡Ah! ¿Luego confiesas?

—Le diré á usted, señor: sólo han sido tres veces.

—¿Pero tu señorita...

—Poco á poco, señor. Yo no puedo consentir que se dude de mi señorita: el hombre que ha entrado por la ventana no *entra* por ella.

—¡Cómo!

—Entra por mí; es mi amante. El señor puede despedirme, está en su derecho, y si lo desea, me iré ahora mismo. Pero, aunque soy pobre, me gusta que la verdad quede siempre en su lugar.

Don Bernardo contempla con asombro á aquella jóven que se sacrifica por salvar la honra de su hija.

Aunque irritado por el anónimo, no puede ménos de sentirse conmovido.

Su aspecto severo cambia, y variando de entonacion, vuelve á decir:

—Mira, Elena, lo que me dices te enaltece á mis ojos. Sólo una muchacha buena y agradecida, como tú acabas de demostrar que lo eres, sacrifica su reputacion por la de su ama. Pero en vano procuras disuadirme: sé que entra un hombre, y que no es á tí á quien busca; sé que se llama Daniel. Ya ves si estoy enterado. Dime, pues, la verdad, te lo suplico.

—La he dicho, señor,—responde Elena sin desistir.—El amante es mio.

—Está bien,—responde, despues de una pausa, el banque-

ro.—Dí á la señorita que necesito verla, que voy al momento á su dormitorio.

La doncella, que desea perder de vista á su amo, no espera que le repita la órden.

Se dirige á la habitacion de Paula; entra, y la halla dormida.

—¡Señorita! ¡señorita!—la dice.—¡Su papá de usted lo ha descubierto todo!

Paula da un salto y comienza á vestirse precipitadamente.

—¿Qué es lo que dices, Elena?—pregunta con sobresalto.

—Que el señor ha recibido una carta que se lo dice todo.

—¿Una carta?

—Sí.

—¿Pero de quién?

—¡Vaya usted á saberlo! Lo cierto es que la carta dice que todas las noches entra un hombre por la ventana de mi cuarto. Yo he querido persuadir á don Bernardo de que el amante era á mí á quien venía á buscar, pero no me ha creido, por más que se lo he asegurado.

—¡Qué hacer, Dios mio, qué hacer!—exclama Paula.

—En estos casos la serenidad es un poderoso auxilio. El señor va á venir; yo le he dicho que el amante es mio; si usted quiere, diga lo mismo, porque conviene desvanecer las sospechas.

Miéntras tanto, Paula se pone una bata, se calza unas babuchas, y se sienta en una butaca.

En este momento llaman á la puerta.

—¡Es el señor!

—Abre.

Elena obedece.

Don Bernardo entra, demostrando la gravedad de su rostro el enojo que reprime en su pecho.

—Vete,—dice á la doncella.

Elena obedece, con harto dolor de su corazon.

Paula está pálida, por efecto sin duda de la angustiosa pesadilla que ha sufrido, ó tal vez por la inespárada revelacion que acaba de hacer su doncella.

Sin embargo, en sus ojos se nota serenidad; en su hermoso semblante se ostenta el espíritu sereno que se dispone para la lucha, que espera á su enemigo.

Don Bernardo cierra la puerta, porque teme que lo que va á mediar entre él y su hija llegue á oidos de un tercero.

Luégo coloca una butaca junto á la que ocupa Paula, y permanece algunos segundos con la mirada fija en el pálido, pero tranquilo rostro de su hija.

Todos estos detalles oprimen el corazon de la amada de Daniel.

No se atreve á romper el silencio, porque en estas luchas privadas en que sólo toma parte el alma, es muy difícil la primera frase.

De ella depende la buena ó mala marcha de la discusion.

Sin embargo, estas pausas no pueden prolongarse, porque cada minuto toma las dimensiones de una hora.

La prudencia aconseja á Paula ceder la palabra á su irritado padre.

Pero don Bernardo, como si quisiera leer en los ojos de su hija los secretos de su alma, calla y la mira.

Hay pausas que son un tormento.

Hay instantes, segundos de silencio, que son un martirio.

Los dos sufren, pero ninguno rompe aquella situacion violenta.

Como el juez y el reo, se contemplan, se estudian y se preparan para el debate.

CAPITULO XI.

El eslabon y el pedernal.

Paula, á quien hemos visto débil delante de Daniel, porque le dirigia ese lenguaje del alma que enloquece á las mujeres, tiene tal dominio sobre su padre, que muchas veces el banquero la llama su pequeño tirano.

Nadie se aprovecha más de las ventajas que adquiere que el bello sexo.

La historia nos presenta un sinnúmero de guerreros, que invencibles en las batallas, fueron tratados por sus queridas como débiles niños.

Paula ha formado su plan de defensa desde el momento en que la grave figura de su padre aparece en la puerta de su dormitorio.

Como verá el lector, piensa vencerle revelándole la verdad.

Pero ellos mismos nos dirán lo que sucede.

Don Bernardo, despues de aspirar una bocanada de aire, como si estuviera fatigado, habla por fin de este modo:

—¿Sabes á lo que vengo, Paula?

—Sí, padre mio. Elena acaba de indicarme...

—Tu doncella es una buena muchacha, á quien debes estar agradecida, pues...

—Lo sé, aunque muy ligeramente; me ha dicho que has recibido una carta que te dice...

—Que un hombre entra todas las noches por una de las ventanas del piso bajo. ¿Es cierto eso?

—Sí.

—¡Paula!—exclama Etártegui, aterrado ante el frio laconismo de su hija.

—Segun veo,—dice la jóven con aparente tranquilidad,—te ofende, te enoja el que no mienta.

Esta respuesta desorienta á don Bernardo, que no sabiendo qué decir, cree conveniente leer á su hija el anónimo.

—Escucha—dice—lo que me escribe un hombre á quien no conozco, pero que sabe vuestras inconvenientes entrevistas.

Don Bernardo lee en voz alta lo que sigue:

«Señor don Bernardo Etártegui: Es usted un padre harto confiado, pues no ha visto que todas las noches entra un hombre por las ventanas del piso bajo de su casa, causando no poca admiracion y escándalo á los vecinos.

»Se sabe de seguro que la persona que le espera y le abre la ventana es su hija Paula, y el amante que entra miéntras usted duerme se llama Daniel.

»Pondré á usted al corriente de todo lo que suceda.»

Paula oye el anónimo sin conmoverse.

Don Bernardo vuelve á decir:

—¿Conoces esta letra?

Paula fija una mirada en aquellas líneas que la denuncian, y responde:

—No.

—Mírala bien; tal vez sea de tu amante. Cuando un mendigo de levita hace el amor á la hija de un hombre como yo, es capaz de todo; porque el escándalo le proporciona un triunfo que nunca alcanzaria por el camino del deber y de los merecimientos.

—Esta carta no es de Daniel,—repite Paula,—porque es incapaz de cometer la villanía del anónimo.

—Cuando á tu edad se ama á un hombre, se suele estar ciega.

—Yo no lo estoy. Daniel me ama por mi persona, no por mi fortuna.

—Paula, si yo tuviera pruebas, te convencerias de lo contrario. Olvida á ese hombre.

—¡Nunca! ¡No puedo! ¡No debo!

—¡No puedes! ¡No debes! ¿Conque es decir que de nada sirven los consejos, las súplicas de tu padre?

Paula guarda silencio.

—¡Ingrata!—vuelve á decir don Bernardo.—¡Hé aquí la recompensa de mis afanes! Pero no será, no; yo no quiero que ese hombre te llame su esposa; yo quiero para tí un hombre que al ménos lleve en dote un título glorioso, y no un miserable.

—He dado mi palabra.

—¡Yo la mia!—exclama con creciente enojo el banquero.—No esperes nunca mi consentimiento.

—Ten presente que no se puede tiranizar la voluntad.

—Mañana me agradecerás el rigor que hoy empleo contigo.

—Sólo puedo ser feliz casándome con Daniel.

—¡Daniel! ¡Maldito nombre, que resuena en mis oidos como una maldicion! Ántes que consentir en que te lleve al altar, le mataré; sí, le mataré, Paula. Soy rico; quiero que mi hija se case con uno de su clase, ¿lo oyes? Ademas, soy tu padre, te mando que le olvides, y le olvidarás.

—No puede mandarse al corazon.

—¡Paula! ¡Paula!—grita con frenesí don Bernardo, aterrado ante la frialdad con que le contesta su hija.—¡Tú quieres matarme!

—Padre, yo no puedo hacer el sacrificio de mi felicidad futura; la mujer que entrega su mano á un hombre que no ama, comete una infamia. Recuerda la historia de mi madre; es un ejemplo que te ha costado muchas amarguras.

Don Bernardo lanza un grito de rabia.

Aquella frase que su hija acaba de arrojarle al rostro encierra toda una historia, terrible para él.

—¡Tú! ¡Tú tambien! ¡Oh! ¡Yo mataré á ese miserable, que ha sabido robarme tu cariño, lo único que me quedaba sobre la tierra! Porque, bien lo sabes, Paula: tu madre me odia con toda su alma, tu hermano me aborrece, y sin embargo, la sociedad impone deberes que muchas veces hace de los hombres mártires.

El dolor de don Bernardo es verdadero.

La frialdad de su hija le parte el corazon, porque es el único sér que ama en el mundo.

Sus irritados ojos vierten dos ardientes lágrimas, que rue-

dan por sus mejillas, y en vano espera que las cariñosas manos de su hija las enjuguen.

—¡Nadie me ama!—murmura, cubriéndose el rostro con las manos, como para ocultar el llanto.—¡Ni tú tampoco, Paula!

Esta última frase, pronunciada con el corazon, conmueve á Paula, que se arroja en sus brazos, exhalando un grito.

Don Bernardo estrecha á su hija contra su pecho, con el placer del náufrago que ve una esperanza que creia perdida.

—El amor filial ha brotado por fin en tu alma,—la dice.—Olvida á ese hombre, y pide cuanto quieras.

Paula, conmovida ante las lágrimas de su padre, llora tambien, pero no se atreve á ofrecer nada.

Teme á su amante, y el amor y el deber traban una lucha tenaz en su corazon.

Don Bernardo, á pesar de sus millones, ha purgado la ambicion desmedida de su juventud.

Es rico; tiene mucho oro, carruajes, una posicion social que todos envidian; pero le falta la primera fortuna del hombre: la felicidad, la paz del hogar, el aprecio de la familia, la calma del corazon.

Sabe que su esposa le aborrece y que el jóven que lleva su nombre le odia.

Ama á una mujer, y Ernesto se presenta para decirle: «Soy tu rival.»

Por último, su querida Paula, su adorada hija, el único amor de su vida, la única flor que embellece el camino por donde va cruzando, entrega todos los perfumes de su alma á un hombre que no es digno de ella.

Nada tan ambicioso como un padre por la felicidad de sus hijos.

Todo le parece poco para ellos, y cuando la edad de las pasiones, como el huracan embravecido, los arranca de su lado, sólo puede consolarle la idea del engrandecimiento.

Don Bernardo, abrazado á su hija, llora como un niño.

Paula aún no ha perdido la sensibilidad del alma, ese perfume encantador de la mujer, esa alborada de la vida, que, como el rocío de la mañana, lo fecundiza todo.

Paula nada promete á su padre, pero sabe tranquilizarle.

—Le escribiré,—le dice;—le suplicaré que me abandone, que me desprecie, que arranque mi memoria de su alma, mi nombre de su mente, y si accede, padre mio, entónces tu voluntad será la mia; entónces, como hija obediente, aceptaré el esposo que me elijas.

Despues de esta escena, Paula escribe á Daniel la carta que ya conocen nuestros lectores, y que tanta sorpresa causó al soñador amante.

CAPITULO XII.

Donde continúan los disgustos domésticos.

Miéntras la escena que acabamos de bosquejar acontece en el cuarto de Paula, otra no ménos interesante ocurre en la habitacion de doña Isabel, su madre.

Pero dirémos ántes dos palabras para poner al lector en antecedentes.

Ernesto ha estado tres veces en casa de Raquel, sin poderla ver.

La última vez se encuentra con una lacónica carta, en la cual le participa la hermosa entretenida que ha desistido del proyectado viaje.

Estas son unas calabazas en buena forma.

Ernesto, que lo comprende así, se propone hacer una guerra sangrienta á su rival; es decir, al hombre á quien llama en sociedad *padre*, y cuyo apellido lleva.

—Indudablemente,—se dice,—mi fingido padre ha entre-

gado los tres millones á Raquel; no lo sé de cierto, pero los enemigos debemos valernos de todas las armas para derrotar á los que nos estorban.

Formada esta resolucion, va en busca de su padre.

Aquí es donde vamos á encontrarle.

—Hoy—le dice—tengo que darte noticias que, aunque no te agraden mucho, conviene que las sepas.

—¿Corre alguna gacetilla por la capital?—pregunta doña Isabel.

—Es muy fácil que así suceda, puesto que, segun parece, tu ilustre esposo se ha vuelto calavera.

—Ernesto, no me gusta oirte hablar con menosprecio del hombre cuyo apellido llevas.

—Es que se trata de una cuestion grave, transcendental, madre mia; tal vez de nuestro porvenir.

—¿Qué dices?

—Digo que don Bernardo, tu esposo, que anteriormente, entre sus muchos defectos, que nadie conoce, tenia la buena condicion de ser avaro y conservar lo que nos pertenece, se ha vuelto espléndido hasta el punto de regalar tres millones de un solo golpe.

—¿Tres millones?—pregunta con asombro doña Isabel.

—Sí; tres.

—¿Pero á quién?

—A una muchacha muy bonita, cuya casa frecuenta.

—¡Raquel!

—La misma.

—¡Eso no puede ser cierto!

—No me cabe duda. ¡Oh! ¡Tú no conoces á Raquel! Tiene

todas las condiciones necesarias para enloquecer, no digo á un hombre que cuente más de medio siglo, como el respetable señor don Bernardo, sino al jóven más calavera, más frio, más indiferente ó más avezado á las batallas de la galantería y á las luchas del amor.

—¡Ernesto!—exclama con dignidad la madre.—El odio que tienes á mi esposo te ciega.

—Nada de eso; y una prueba de ello es que sé que no es mi padre, y sin embargo, tolero que en sociedad me llame su hijo. Pero la cuestion que nos ocupa es más transcendental, porque puede llevarnos á la ruina; por lo cual te aconsejo que vivas preparada. Yo en tu lugar le obligaria á dividir la fortuna. ¡Oh! Estoy seguro de que si la hermosa Raquel le toma por su cuenta, ayer fueron tres millones y mañana tal vez serán cuatro.

—¡Ernesto!—repite la madre, despues de un momento de meditacion.—¿Estás seguro de que lo que acabas de decirme es cierto?

—Sí lo estoy. Raquel le pidió esa suma, pretextando que no queria vivir sujeta al capricho de un hombre. Al principio tu esposo se negó, pero la pobre chica parece que se ha dado buena maña.

—Pero esa jóven ¿no es la que tiene depositados en nuestra casa algunos miles de duros que le dejó su padre, muerto no sé dónde?

—La misma, pero aquello fué un trozo de novela, inventado por el ingenioso don Bernardo para poder visitar á la susodicha jóven sin infundir sospechas.

—Sin dar entero crédito á lo que me dices, pues conozco

el odio que te inspira mi esposo, yo procuraré poner remedio á tales abusos.

—Harás perfectamente, porque es muy fácil que la inmensa fortuna del señor Etartegui, siguiendo por semejante camino, se disipe.

. . . .

. . . .

Cuando don Bernardo sale de la habitacion de su hija, se encamina á su despacho.

Su secretario, que le está esperando, le dice:

—La señora doña Isabel ha mandado llamar á usted.

—Bien; iré luégo,—responde distraido el banquero.

—Ha manifestado que era urgente.

Etartegui ahoga un suspiro, que demuestra que hay dias terribles en la vida de la criatura, y se encamina á la habitacion de su mujer.

—Dispensa,—le dice,—si robo algunos momentos á tus ocupaciones.

—Puedo disponer de media hora,—responde el banquero, mirando con indiferencia la esfera de su reloj.

Doña Isabel, despues de sentarse en el sofá, indica á su esposo una butaca.

Don Bernardo obedece.

—¿Puedes decirme con qué capital contamos en la actualidad?—pregunta doña Isabel.

El banquero, que hasta entónces ha permanecido impasible, levanta la cabeza, y fijando una mirada en su esposa, dice:

—¡Pregunta más rara!

—No tanto, Bernardo, no tanto como á tí te parece.

—Bien. En ese caso, dime por qué me la diriges.

—Te suplico que me contestes ántes.

El banquero se encoge de hombros, y responde:

—Como quieras. Diré á mi cajero que te presente un extracto del estado de mis negocios y del capital que tenemos en caja. . . . .

—¿Tú lo ignoras?

—No lo sé con exactitud.

—Y sin embargo, régalas millones.

Etartegui dirige una mirada á su mujer, y dice:

—Mi máxima, ya lo sabes, ha sido siempre sembrar para coger. Pero ten la bondad de hablar sin rodeos.

Doña Isabel se detiene algunos segundos, y luégo vuelve á decir:

—Sé que has regalado tres millones á tu querida.

—¡Isabel!

—Me importa poco que la tengas; ya sabes que te desprecio; pero los millones que manejas no son tuyos; son mios, son de mis hijos, y nunca consentiré que los devore una entretenida, que se burla de tí, y que acabará por empobrecernos.

Don Bernardo tiembla de rabia, y exclama:

—Pues bien; si tengo una querida, busco lo que no encuentro en mi casa: amor, aprecio, consideracion. ¿Quieres tal vez oponerte?

En los labios de doña Isabel aparece una sonrisa de desprecio.

—Amor comprado,—dice con nervioso acento,—conside-

racion alquilada, aprecio adquirido á peso de oro: eso es lo que te darán. Ya te he dicho que me importa poco que tengas una querida, pero no puedo mirar con indiferencia que se desparrame el patrimonio de mis hijos.

—¿Y qué es lo que quieres?

—El divorcio.

Don Bernardo se pone de pié.

Sus ojos despiden fuego, su cuerpo tiembla, y avanzando un paso hácia su mujer, exclama:

—¡El divorcio! ¡Es decir, el escándalo! ¡Lo que más temo en este mundo! ¡Oh, eso jamas! Prefiero pasar por todas las humillaciones, sufrir todos los ultrajes, todos los desprecios imaginables; pero el divorcio... ¡nunca!... ¡nunca!...

—Mañana mismo entablaré la demanda,—repone Isabel, como gozándose en el asombro de su marido.

—¿Estás loca, ó quieres que cometa un crímen?...

—Desprecio tus amenazas.

—¡Oh! ¡Procura no irritarme! ¡Procura que no llegue una de esas horas en que se pierde la razon, en que los ojos se ciegan por una nube de sangre!

Doña Isabel prorumpe en una ruidosa carcajada.

—¡Me desafias!

—No. ¡Te desprecio!

—¡Isabel! ¡Isabel!

Y don Bernardo se deja caer anonadado en una butaca, como si se confesase impotente para aquella lucha.

—Mi hijo sabe que no eres su padre; quiere marcharse de esta casa, y yo quiero seguirle. Si no admites el divorcio privado, te lo pronostico, lo admitirás ante los tribunales, y la

vergüenza sólo recaerá sobre tí; sí, sobre tí, porque nada más justo que el grito de una esposa ultrajada, qué pide la herencia de sus hijos. La sociedad, que hoy te admira y te venera, te señalará con el dedo, diciendo: «¡Ahí va un hombre que creimos honrado y es un mal padre y un mal esposo. ¡Apartaos de su lado; su contacto deshonra!»

Indudablemente, estas frases hubieran encolerizado á otro hombre; pero Etártegui se encuentra en uno de esos dias en que el espíritu se acobarda y se teme la lucha.

Ademas, aquel millonario es un hombre desgraciado.

Su desmedida ambicion le obligó en otro tiempo á admitir por esposa á una mujer rica.

Él sabía que no le amaba; él sabía que, al aceptar la mano de la millonaria, tenia que dar su nombre á un hijo que no era suyo.

Poco escrupuloso entónces, lo aceptó todo con la sonrisa en los labios.

Despues, faltándole grandeza de alma, labró su infelicidad y la de todos aquellos que le rodeaban.

Transcurrida una corta pausa, Isabél vuelve á decir:

—Mi resolucion es invariable. Piensa, medita bien lo que quieras aceptar: el escándalo ó la prudencia. A mí me es completamente igual. Si admites el divorcio privado, me entregarás dos terceras partes de nuestra fortuna. Te concedo veinticuatro horas de tiempo. Si deseas un litigio, no ocultaré nada á los jueces. Adios.

Doña Isabel sale del despacho sin esperar respuesta.

Etartegui permanece anonadado en la butaca.

De pronto se levanta, cierra la puerta, se guarda la llave

en el bolsillo, y vuelve á dejarse caer en el mismo sitio con marcado desaliento.

—¡Oh!—exclama.—¡El cielo se conjura contra mí! ¡Dios castiga en mi vejez los pecados de la juventud! ¡Isabel se levanta amenazadora como el ángel terrible de la justicia! ¿Qué hacer? Yo mismo lo ignoro. ¡La deshonra, el escándalo ó la ruina! ¡Hé aquí los caminos que me ofrece!

Don Bernardo exhala profundos suspiros.

Gruesas lágrimas de rabia, de desesperacion, brotan de sus ojos, y exclama:

—¡Maldito sea el momento en que la codicia cegó la luz de mi razon, y turbando la envidiable tranquilidad de mi espíritu me hizo el hombre más desgraciado de la tierra!

CAPITULO XIII.

A la sombra de un olivo.

Volvamos á encontrar á Eugenio en el momento en que arrojándose de la cama, agobiado bajo la influencia de la pesadilla que ha sufrido, abre la ventana, y apoyando los codos en la terrapisa aspira con placer el aire puro de la mañana.

Poco á poco se desvanecen las tétricas visiones que le han atormentado durante su sueño.

Los rayos del sol penetran en su buhardilla, derramando la alegría.

La idea del patíbulo se disipa, pero la de la venganza torna á echar profundas raíces en su corazon.

—La felicidad de María,—se dice, hablando consigo mismo,—bien vale la vida del miserable que se la robó. Vida por honra: este debe ser mi lema.

Eugenio suspende de vez en cuando sus planes de venganza para dedicar un recuerdo á María, el primero y el último amor de su alma.

—La felicidad, risueña como un campo cubierto de flores, me acariciaba hace un año en mis horas de sueño,—vuelve á decirse;—y ahora la desgracia, estéril, infecunda, me enseña charcos de sangre por doquiera. Una sola palabra, una miserable duda, una infame sospecha, ¡cuántas desgracias ha producido, que tal vez terminen en el patíbulo!... ¡Oh! ¡Es preciso matar á ese hombre! Pronto, sí, muy pronto; esta noche, si se presenta ocasion.

Eugenio coge su capa y sale de la buhardilla.

Son las ocho de la mañana.

Como nunca ha usado armas, le falta el puñal ó la navaja homicida.

Sin saber cómo, se encuentra en la Plaza Mayor.

Allí piensa que es preciso comprar el instrumento para llevar á cabo la venganza apetecida.

Consulta el estado de sus fondos.

Tiene cuarenta y seis reales.

Por un momento vacila; pero el espíritu vengador reanima su alma, enardece su corazon, y con paso seguro se encamina á una tienda de los soportales.

Se detiene delante del escaparate, y sus ojos se fijan con codicia en un largo y estrecho puñal de Albacete, de cuyo mango cuelga la etiqueta de carton que marca su precio.

—¡Veintidos reales!—dice, leyendo el número.—Tiene más de una cuarta de hoja. ¡Oh! ¡Debe entrar perfectamente en el corazon de un calumniador, si lo guia un brazo sereno!

Al terminar esta reflexion se emboza en la capa, entra en tienda y dos minutos despues vuelve á salir.

Lleva el puñal en el bolsillo de la levita.

A su contacto palpita con doble fuerza su corazon.

Maquinalmente toma la calle de Atocha, y camina con precipitados pasos, como si temiera ser alcanzado por alguno.

De vez en cuando se detiene y vuelve la cabeza porque cree escuchar su nombre, y se estremece.

Luégo, persuadido de que nadie repara en él, continúa su camino.

Cuando llega al convento de Atocha se deja caer en un banco.

No sabe por qué, pero se siente fatigado.

Allí habla solo y gesticula hasta el punto de notar que un honrado inválido, que se halla tomando el sol, fija en él las miradas.

Entónces, como temiendo infundir sospechas, se levanta y baja al camino de Vallecas.

Una vez allí, se dice:

—Quiero verla por la postrera vez.

Y se encamina hácia la casa de campo de Héctor, hermosa jaula donde se albergan algunos hijos de la desgracia.

Eugenio se detiene junto á la tapia.

—¡Si pudiera entrar!—se dice.—¡Si pudiera verla oculto detrás del tronco de un árbol!... ¡Quién sabe!... Tal vez el jardinero me proteja. Pero ¿para qué le quiero? ¿Qué necesidad tengo de oir una negativa? La quinta es de don Héctor, y siempre me llama su amigo.

Hecha esta resolucion, salta la tapia.

No ve á nadie en el jardin.

Busca un sitio donde ocultarse, y ve un espeso grupo de cañas que crecen á la márgen de un estanque.

Muy cerca de este sitio alza su copa un inmenso olivo, á cuyo pié se halla un banco de tierra y ladrillos.

Engenio se oculta entre las cañas, se tiende boca abajo y espera.

La tierra está húmeda; las verdes y ásperas hojas de las cañas conservan aún la frescura del rocío; pero no importa; nada siente.

En aquella posicion transcurren dos horas, que á Eugenio le parecen dos siglos.

Por fin ve venir á María por la vereda que da frente al sitio donde se halla; pero no viene sola: la acompaña su madre, y lleva una niña en brazos.

Eugenio teme que oigan los latidos de su corazon, que más fuertemente late cuanto más corta se va haciendo la distancia que le separa de la pobre loca y de la desgraciada madre.

En aquel momento desea hallarse léjos de aquel sitio, pero ya es imposible moverse sin que le vean.

María y su madre se sientan en el banco que se halla situado al pié del olivo.

A traves de las espesas hojas del cañaveral, Eugenio puede verla.

Nunca le ha parecido tan hermosa.

La palidez de su frente, la melancolía de sus ojos, la triste sonrisa de sus descoloridos labios, añaden más encantos á su rostro de ángel.

Viste una sencilla bata de lana de color de corinto, sujeta á la cintura por una correa de charol.

Por su hermosa garganta se arrolla una chalina de estambre encarnado.

María se sonrie mirando á la pequeña Enriqueta, á quien Pepa ha colocado sobre las rodillas de la loca.

La niña levanta sus manecitas, como si quisiera acariciarla.

Este diálogo llega á los oidos de Eugenio:

—Te quiere mucho,—dice la madre.

—¿Quién?—pregunta la loca.

—Enriqueta.

—¡Ah! ¡La niña... la pobre pequeña... la de la Inclusa... la hija del ángel!

María, miéntras dice las anteriores palabras, acaricia los rubios y finos cabellos de Enriqueta.

—¿Quieres tú á la niña, María?—vuelve á decir la madre.

—Sí, mucho; porque se rie como la muerta. ¿Ve usted? ¡Así! ¡así! Lo mismo se reia.

—Vamos, hija mia, ya sabes que me enfada que digas esas cosas.

—¿Qué cosas?

—¿Te acuerdas de cuando viviamos en aquella casita de Madrid?—vuelve á preguntarla la madre, cogiendo una de las manos de la loca.

—No, no. Allí hay muchas mujeres que gritan por la noche y riñen. Esto me gusta más; desde aquí se ve el cielo; se se ve el sol y se ve la luna. ¡Qué hermosa es la luna!

La incansable Pepa se enjuga las lágrimas, porque el llanto no se agota nunca en sus ojos.

Un breve silencio reina á la sombra del olivo.

Eugenio siente á su vez los párpados humedecidos, y pronto lágrimas de fuego queman sus mejillas.

—Pero ¿es posible que no te acuerdes de nada?—vuelve á decir la madre.—¿Tan terrible efecto ha hecho en tu alma sensible la calumnia de un hombre indigno del cariño que le profesas? ¡María, hija mia, yo no quiero verte así!... Todos saben que eres inocente, virtuosa, pura, como la aurora de la mañana. Eugenio mismo se halla arrepentido.

—¡Eugenio! ¡Eugenio!—murmura la loca.—¿Dónde está? ¿Quién es? ¿Qué quiere? ¿Viene por la niña? Pues que vaya á la Inclusa. ¿Quiere ver á la muerta? Pues que vaya al cementerio. Yo sólo quiero oir la voz del cielo. ¡Oh! ¡Qué dulcemente resuena en mi corazon!

Y la loca se pone á cantar una melodía triste como el gemido de un agonizante, sentida como el dolor de una vírgen herida en el alma.

El silencio torna á reinar.

Eugenio llora, Pepa gime, la pequeña Enriqueta sonrie, la loca canta.

Transcurren algunos minutos.

Por fin termina aquel poema doloroso, aquel lamento del alma, en que todos los corazones padecen y lloran, excepto aquel que se halla más destrozado.

Despues la loca se levanta y continúa su camino, pero sin dejar nunca su cántico melodioso.

La dolorosa madre exhala un profundo suspiro, coge en brazos á la pequeña Enriqueta, y sigue resignada los pasos de su hija.

Sólo Eugenio permanece en el mismo sitio, sin fuerza, sin voluntad propia para abandonarle.

Transcurre como media hora, y temeroso de ser hallado,

se levanta, casi arrastrando por el suelo, llega á la tapia y salta al campo.

Eugenio, despues de enjugarse los ojos y limpiarse la ropa, sucia de tierra, se dirige á la carretera de Vallecas.

Allí se siente desfallecido, y se deja caer en el banco de la puerta de uno de los ventorrillos.

—¿Qué se ofrece?—le pregunta la dueña de la casa.

—¡Algo que comer y mucho que beber!—responde Eugenio con voz ronca y agitada.

CAPITULO XIV.

Vida por honra.

Son las doce de la noche del mismo dia en que pasa la escena que acabamos de describir en el capítulo anterior.

Un hombre embozado hasta los ojos se pasea por la calle donde vive Daniel, sin perder nunca de vista el portal de su casa.

Aquel hombre es Eugenio.

El cielo está oscuro, pero sereno.

El ambiente húmedo y frio.

De vez en cuando se escucha el débil gemido del viento Norte, de ese delicado soplo de la muerte que nace en la sierra y espira en Madrid; de esa epidemia inagotable, que diezma á los habitantes de la coronada villa; de ese abastecedor de los cementerios, que no tiene fuerza para levantar una pluma y derriba á los hombres con su invisible guadaña.

Eugenio no siente el frio, ni se ocupa del viento del Guadarrama.

Espera á un hombre, y acaricia el puñal que guarda en el bolsillo de su levita.

¡Matar! Hé ahí su único pensamiento.

¡Vengarse! Hé ahí su única ambicion.

¿Le temblará la mano? ¿Sabrá dirigir recto al corazon el hierro homicida?

¿Quién lo duda?

Eugenio procura recordar en tan críticos momentos todos los nombres que la historia consigna de los que con brazo firme y seguro exterminaron de un solo golpe á su enemigo.

Uno de estos nombres se aferra en su mente: el de Francisco Ravaillac, el asesino de Enrique IV de Francia.

Por eso de vez en cuando murmura para sí:

—Ravaillac fué un fanático, á quien no le tembló el pulso. De un solo golpe y en un solo instante hizo perder la existencia al rey más grande de Francia. ¡El corazon! Ese es el que yo busco, y lo encontraré.

Eugenio continúa sus paseos.

La puerta permanece cerrada.

—¿Si no saldrá esta noche?—se dice de vez en cuando.

Transcurre una hora.

El reloj de una torre inmediata da la una.

—¡Oh! ¡Cuánto tarda!—se dice.

Y un profundo suspiro se escapa de sus labios.

Por fin se abre la puerta.

Un hombre vestido con un gaban sale de la casa.

El portero le alumbra y Eugenio le reconoce.

Es Daniel. ¡Oh, Daniel! El náufrago que ve la orilla apetecida, el avaro que encuentra el tesoro que creia perdido, el

presidiario que logra la libertad, no experimentan tanto gozo como Eugenio al ver al hombre que desea exterminar.

La venganza es el placer de los dioses, han dicho algunos poetas.

¡Miserable felicidad, mezquino goce el de derramar la sangre del prójimo!

En el seno del mal nunca puede encontrarse el bien.

Las almas generosas, los corazones nobles, rechazan la venganza y dejan al tiempo el desagravio de las ofensas.

El placer momentáneo de la venganza produce la amargura eterna de la vida.

Es una gota de bálsamo que cae sobre el corazon y abre una llaga.

Es una espina que se encona en el espíritu.

Es un grito de gozo que termina en un tormento de la agonía.

El perdon de las ofensas es la mejor venganza.

Dios lo ha dicho, pero el hombre lo olvida y esa es su mayor desgracia.

Daniel se encamina hácia la calle Mayor.

Eugenio sigue sus pasos.

Como la astuta serpiente, como la voraz hiena, se oculta en la sombra para no ser visto.

De vez en cuando acaricia el puñal, y una sonrisa de agonía entreabre sus labios.

Miéntras tanto, llegan á la calle Mayor.

—¡Oh!—murmura Eugenio.—¡Allí morirá, al pié de la ventana de su cómplice! ¡Si mi mano fuera tan segura, tan firme, tan certera como la de Ravaillac!

Daniel se coloca en la acera de enfrente de la casa de Paula, esperando la señal convenida.

Eugenio espía todos sus movimientos.

Transcurren algunos minutos de horrible ansiedad.

Daniel piensa en la fortuna que tal vez se escapa de sus manos.

Eugenio en la venganza, próxima á llevarse á cabo.

Por fin, en la ventana aparece el blanco lienzo, preludio de amor para Daniel, señal de venganza para Eugenio.

El amante de Paula abandona el sitio donde ha permanecido oculto por algunos instantes, y se dispone á cruzar la calle en direccion á la ventana.

Eugenio le sale al encuentro, y le detiene diciéndole estas palabras:

—¡Buenas noches!

Daniel retrocede dos pasos, pero reconociendo al importuno, exclama:

—¡Ah! ¿Es usted, Eugenio?

—El mismo, señor don Daniel.

—No esperaba, á la verdad, encontrarle á estas horas...

—Pues yo sí.

—¡Cómo!

—El encuentro no es casual, es premeditado. La noche, y sobre todo, á estas horas, tiene ciertos encantos, ciertos atractivos irresistibles para el hombre, que, como yo, ha sido víctima de un calumniador infame y desea hacerle pagar vida por honra.

Y Eugenio, con una rapidez increible, le hunde el puñal en el pecho, sin darle tiempo para defenderse.

—¡Asesino!—exclama Daniel, con una voz que demuestra lo certero del golpe.

—¡Sí! ¡Asesino de tu cuerpo,—dice Eugenio, cogiendo á su víctima por el cuello,—como tú fuiste en otro tiempo asesino de su honra, asesino de mi felicidad!

Y hundiendo nuevamente el puñal en la garganta de Daniel, le rechaza con fuerza, murmurando:

—¡Ya tienes bastante!

Eugenio se emboza en su capa, y huye precipitadamente de aquel sitio.

Daniel se revuelca en medio de un charco de sangre, y arrastrándose hasta llegar al pié de la ventana de Paula, y pide socorro con voz desfallecida.

Por fin logra incorporarse sobre las rodillas, y extiende las manos hácia la pared, manchándola de sangre.

Los gemidos, las voces moribundas de Daniel, llegan hasta la habitacion de Elena.

—¿Has oido?—pregunta Paula á su doncella, levantándose sobresaltada y encaminándose á la ventana.

—Sí. Creo que piden socorro.

—¿Qué será?

—Pronto saldrémos de dudas; asomémonos á la ventana.

Elena abre con precaucion las entórnadas maderas, y se asoma, deseando investigar lo que pasa en la calle.

Á la opaca claridad de la noche y á la débil luz que hasta allí extiende el inmediato farol, ve un charco de sangre en derredor de un hombre que yace tendido en el suelo.

—Señora,—dice Elena,—creo que se ha cometido un asesinato al pié de nuestra ventana.

—¡Cómo!—exclama con sobresalto Paula.

—Veo á un hombre, que debe estar muerto.

Paula se asoma á su vez.

Su vista, más perspicaz que la de la doncella, cree reconocer en aquel hombre á su amante.

—¡Ah!—exclama.—¡Cierra, cierra pronto la ventana!

La criada obedece.

Paula se deja caer aterrada en un sofá, y una sospecha que la espanta cruza por su mente.

—¡Tal vez mi padre!...—murmura.

Y ahogando un gemido de dolor, se cubre la cara con las manos.

En cuanto á Elena, permanece de pié á su lado, pálida, inmóvil, conmovida.

La misma sospecha cruza por la mente de la doncella. Tal vez piensa que las amenazas pronunciadas aquella mañana por don Bernardo se han llevado á cabo por la noche.

Miéntras tanto, Daniel ha exhalado el último suspiro de su existencia.

La mano de Eugenio ha sido certera.

Dos veces se ha levantado para herir, y cualquiera de ellas era suficiente para causarle la muerte.

Transcurre media hora.

Nadie, durante este tiempo, transita por la calle.

Por fin aparece la solitaria figura del sereno, que canta tranquilamente la hora, interrumpiendo la quietud de la noche.

El nocturno guardian avanza con tranquilo paso en direccion al sitio donde se encuentra el cadáver, bien léjos de creer que se ha cometido un asesinato.

Antes que sus ojos, tropiezan sus piés con el cuerpo de Daniel.

—¿Qué es esto?—dice, acercando el farol para reconocer aquel obstáculo.

La luz refleja sobre el ensangrentado cadáver.

El sereno retrocede algunos pasos con espanto.

Repuesto al instante de la natural sorpresa, vuelve á examinar al muerto.

—¡Diablo! ¡diablo!—dice.—No me cabe duda. Este es el señorito que entraba todas las noches por la ventana. ¿Qué habrá pasado aquí?

Y diciendo esto, saca el pito de estaño y silba con toda la fuerza de sus pulmones.

Algunos minutos despues, cuatro serenos y algunos individuos de policía rodean el cadáver de Daniel.

Antes que sus ojos, tropiezan sus piés con el cuerpo de Daniel.

—¿Qué es esto?—dice, acercando el farol para reconocer aquel obstáculo.

La luz refleja sobre el ensangrentado cadáver.

El sereno retrocede algunos pasos con espanto.

Repuesto al instante de la natural sorpresa, vuelve á examinar el muerto.

—¡Diablo! ¡diablo!—dice.—No me cabe duda. Este es el señorito que entraba todas las noches por la ventana. ¿Quién habrá pasado aquí?

Y diciendo esto, saca el pito de estaño y silba con toda la fuerza de sus pulmones.

Algunos minutos despues, cuatro serenos y algunos individuos de policía rodean el cadáver de Daniel.

———

LIBRO UNDÉCIMO.

EL GRITO DE LA CONCIENCIA.

CAPITULO PRIMERO.

Enfermedad extraña.

Volvamos á encontrar á Pablo Robles, que se halla en su gabinete, sentado junto á la chimenea.

Desde la última vez que le vimos sólo han transcurrido quince dias, pero le encontramos bastante desfigurado.

Su mirada, ántes viva y penetrante, es ahora vaga, indecisa, tímida, como si le ofendiera la luz.

Su cuerpo, notablemente demacrado, parece que acaba de pasar una larga y penosa enfermedad.

Su color amarillento, con alguna que otra mancha oscura; sus pómulos salientes y brillantes; su labio inferior un tanto caido, y la lustrosa transparencia de sus orejas, todo indica que el soplo de la muerte va minando aquella naturaleza, ántes enérgica, fuerte y vigorosa.

Pablo demuestra en todos sus movimientos que siente un frio horrible.

Viste una bata acolchada de tisú de lana, y una bufanda de cachemir se arrolla á su cuello.

Sus piés se hunden en unas anchas botas de tafilete, forradas de piel de liebre.

Como hemos dicho, se halla junto á la chimenea.

A su lado, ocupando otra butaca, se encuentra un caballero que representa cincuenta años de edad, de rostro simpático, frente elevada y un tanto calvo, pero con esa calva que imprime nobleza al semblante y revela las largas vigilias dedicadas al estudio.

Es el médico de la casa; uno de esos séres privilegiados que practican la medicina para bien de la humanidad; un sabio, en toda la extension de la palabra.

La experiencia, el talento, el golpe de vista, la prudencia, todo se halla reunido en el doctor que nos ocupa.

Pablo ve en él su única esperanza.

Oigamos lo que hablan.

—¡Ah, doctor! ¡Lo que yo sufro es horrible!—dice Pablo.—Hace quince dias que yo mismo no puedo explicarme lo que me pasa. Si usted no me salva, en vano es que recurra á todos los médicos de Madrid. Soy hombre muerto.

El doctor escucha con gravedad las palabras del enfermo; pero cuando termina, una sonrisa abre sus labios: la sonrisa que la ciencia y la fe colocan siempre en la fisonomía de un gran médico.

—Señor de Robles,—le dice,—¿es usted aprensivo?

—¡Nunca! El miedo á la muerte no ha ocupado jamas mi imaginacion. ¡Pero cuando se sufre mucho...

—Vamos por partes. ¿Qué es lo que usted siente?

—Ni yo mismo puedo darme razon de lo que me pasa. Desde la muerte de mi querido hijo he cambiado completamente, soy otro hombre; digo mal: soy un cadáver, á quien Dios concede la facultad de hablar.

—No quiero ver á usted desesperado. Dígame todo lo que siente durante las veinticuatro horas del dia, porque, á la verdad, comienzo á confundirme y estoy por creer que lo que usted sufre es un padecimiento moral, y la ciencia es impotente en estos casos, por desgracia.

—Tengo mucho frio, doctor, pero mucho, lo mismo en la cama que vestido. He llegado á creer que el fuego no calienta ó que la sangre de mis venas carece de calor natural. Durante la noche me asaltan espantosas visiones. Cuando el reloj de mi dormitorio da la una, veo entrar por el balcon una inmensa culebra amarilla, de esas cuya picadura mata instantáneamente; horribles animales, ante cuya presencia huyen los más atrevidos cazadores de víboras. Allá en América, cuando en una de sus cálidas comarcas se presenta una serpiente amarilla, los pobres negros huyen aterrados de sus chozas, y llega su pánico hasta el punto de dejar á sus hijos abandonados, porque saben que la muerte es segura. Pues bien, doctor: todas las noches entra uno de esos horribles reptiles por mi balcon, se desliza silbando por la alfombra, sube á la cama, se arrolla por todo mi cuerpo, y colocando su chata cabeza sobre mi almohada, se queda dormido á mi lado.

El médico, que escucha con profunda atencion á Robles, viendo que suspende su relato, dice á su vez:

—Todas esas visiones son efecto de la debilidad.

—¡Debilidad! No, doctor, no, porque tengo siempre un

hambre espantosa; jamas me siento harto; cómo ocho veces más que ántes de ser atacado por este horrible mal.

El médico abarca con una mirada profunda el melancólico rostro del enfermo.

Una sospecha cruza por su mente.

—¿Será esto un principio de demencia?—dice para sí.

Y luégo, levantando la voz, continúa:

—¿Quién se queda por las noches en el cuarto de usted?

—Uno de mis criados.

—¿Siempre es el mismo?

—No. Van relevándose por turno.

—¿Les ha participado usted que entra una culebra por el balcon?

—La primera noche, al verla, me incorporé sobresaltado, y dije al que me velaba:

—Mata á esa culebra.

Pero él me contestó:

—¿Qué culebra, señor?

—Esa que entra por el balcon,—le dije.

El criado se levantó de la silla, y estuvo un rato buscándola, sin encontrarla; miéntras tanto, la culebra subió á mi cama, se arrolló á mi cuerpo y se durmió con la cabeza sobre mi almohada.

El criado, viendo que eran inútiles todas sus pesquisas, me dijo:

—El señor debe haberse engañado. No veo nada.

—Está aquí, en mi cama.

Se acercó corriendo.

—¿Dónde?—preguntó.

—¿No la ves, imbécil?—exclamé.—¡Mátala! ¡mátala! Aquí la tienes, dormida á mi lado.

El criado fué á sentarse en una silla, diciendo en voz baja:

—Vamos, esto es que sueña. ¡Y yo buscaba la culebra! Mañana ya tenemos con qué reirnos *abájo.*

Yo creí tambien que soñaba, y procuré tranquilizarme; pero veia la culebra y sentia su respiración sobre mi rostro.

A la noche siguiente era otro el criado, y se repitió la misma escena, y desde entónces vuelve á reproducirse todas las noches. Pero yo no digo nada, puesto que el horrible animal es invisible para todos, ménos para mí.

El doctor permanece meditabundo.

—Indudablemente,—piensa,—el bueno de don Pablo no tiene el juicio muy fuerte. Dios quiera que esto no sea más que efecto de la debilidad. Sin embargo, es raro, y bastante sospechoso que siempre sea el mismo animal.

Pablo, fatigado sin duda con el relato que acaba de hacer, se queda mirando al médico, como si esperara de sus lábios alguna palabra de consuelo.

La situacion del médico no es, por cierto, de las más ventajosas.

¿Qué puede recetarse á un hombre que padece exaltaciones de cerebro durante unas horas y que en el resto del dia se halla con el juicio sano y claro?

—La enfermedad necesita ser estudiada profundamente,—dice para sí el médico,—y como sucede en los casos en que se duda, se da tiempo al tiempo.

Y dirigiéndose á Pablo, continúa:

—Prosigamos, si es que usted no está fatigado. ¿Qué otros síntomas son los que ha notado?

—Siento—responde Pablo—un inmenso vacío en el cerebro y agudos dolores, como si me arrancaran algo con unas pinzas; eso sólo es á una hora fija: á las doce del dia.

El médico se confunde cada vez más; pero como la ciencia no debe nunca confesarse vencida, forma empeño en estudiar la enfermedad de Robles.

—Tal vez—dice—sería conveniente reunir una junta de médicos; pero ántes voy á proponer á usted que me permita quedarme una noche en su cuarto.

—¿Para qué?

—¡Toma! Quiero ver por mí mismo esa culebra que tanto le sobresalta.

—¡Ah, querido doctor! Tengo la seguridad de que no la verá usted,—dice Pablo con triste entonacion.

—¿Luego eso quiere decir que usted se halla convencido de que no es cierto?

—Sí, es cierto; pero solamente en mi imaginacion.

Y Pablo, bajando la voz y apoderándose de una de las manos del médico, le dice:

—¡Doctor! ¡doctor! ¡Creo que acabaré por volverme loco, si es que no lo estoy ya! ¡Soy muy desgraciado!

Y dos lágrimas brotan de los ojos de Robles.

El médico se siente conmovido y procura consolarle.

Pablo, miéntras le dirige la palabra, mueve tristemente la cabeza, como dudando de las gratas promesas que le hace.

—Ánimo, amigo mio; lo que usted padece es pura debilidad; no es el caso tan extremo para desesperar. Tengo una

completa confianza en que fortaleceré ese cerebro, predispuesto á soñar. Por el pronto, daré órden para que desde esta noche duerma usted en otra habitacion, y yo me quedaré á hacerle compañía.

El doctor se levanta y se despide de Pablo, volviendo á reiterarle los ofrecimientos.

El enfermo hunde la barba en el pecho, y con la triste mirada fija en la llama de la chimenea, se queda inmóvil como una estatua.

Cuando el doctor llega á la antesala, Tula le sale al encuentro.

—¿Cómo ha encontrado usted á Pablo?

—Señora,—le dice,—temo que pierda el juicio. Esta noche haré un experimento. Conviene que cambie de dormitorio, pero es preciso que sea una pieza que no tenga balcon. Yo traeré un medicamento, que se le suministrará á las once: dos horas ántes de esa en que su exaltada imaginacion ve entrar á la culebra.

Tula oye con profunda tristeza al médico, porque Tula ama á su marido, á pesar del crímen que turba su sueño, á pesar de Rafael, que amenaza su existencia.

—¡Sálvele usted, doctor, sálvele!—exclama con ademan suplicante.

—Tengo la buena costumbre de mirar á mis enfermos como hermanos; tengo el deber de interesarme por los que padecen.

—Sólo en usted confio.

—Sobre la ciencia de los hombres se halla el poder de Dios,—dice el doctor.—No desconfiemos.

—Pero ¿qué es lo que tiene mi pobre esposo?—exclama Túla con marcada desesperacion.

—La enfermedad de don Pablo me trae preocupado; pero me inclino á creer que tarde ó temprano se declarará la locura con toda su fuerza.

Despues, Tula se dirige á la habitacion del enfermo y el doctor abandona la casa.

CAPITULO II.

Un acontecimiento inverosímil.

Vencer una dificultad en artes ó ciencias siempre ha sido en los hombres estudiosos un asunto de la mayor importancia.

El matemático dice: «Este es un problema difícil que hay que resolver», y desde entónces se pasa una y otra noche á la luz de una lámpara, rodeado de libros y con la pluma en la mano.

Como el matemático, piensan el poeta y el filósofo.

Descubrir lo difícil, lo extraño, lo que se aparta de la esfera vulgar, siempre es glorioso.

El médico es tal vez el hombre cuyos descubrimientos importan más á la humanidad.

Sus desvelos son altamente provechosos á la sociedad; sus curas importan, cuando ménos, á un prójimo.

En esto hay algo de sublime.

El doctor, al oir la relacion de Robles, se propone hacer algo en pro de él.

No tiene duda alguna de que aquello anuncia un principio de locura.

—Todo lo que don Pablo tiene está en la imaginacion,—se ha dicho.—Ataquemos, pues, ese órgano débil, ántes que todo remedio sea inútil.

A las nueve de la noche se halla en casa de Tula.

—¿Dónde están los señores?—pregunta al criado que se halla en la antesala.

—En el gabinete de la señorita.

—¿Se ha mudado la cama de don Pablo?

—Sí señor.

—Pues bien; vuélvanla ustedes á colocar en la misma habitacion; he cambiado de plan.

—De modo que dormirá...

—Donde ha dormido siempre. Yo le he de conducir á su cuarto.

—Está bien.

—Tenga usted la bondad de llevar esto á la alcoba y dejarlo en el cajon de la mesa situada entre la pared y la cama; pero prevengo á usted que nadie ha de saber lo que contiene este lio; la menor imprudencia echaria por tierra mis planes.

—Así se hará, señor,—contesta el criado, demostrando no poca curiosidad por saber lo que contiene el lio que le entrega el médico.

—Cuando oigan ustedes esta noche ruido en el cuarto del señor, tendrán especial cuidado en darme la razon en todo lo que yo diga,—vuelve á decir el facultativo.

—Está bien, señor,—repone el doméstico con marcado asombro.

El médico, creyendo que nada más le queda que decir, se encamina á la habitacion de la criolla.

Tula y Pablo se hallan sentados junto á un velador, jugando al ajedrez.

Daniel el negro, en pié, mudo, inmóvil como una estatua de piedra, se halla á un extremo de la habitacion, esperando órdenes.

—Buenas noches, señores,—dice el médico al entrar.

—¡Ah! ¡Bien venido, querido doctor!—contesta Pablo.

—Aquí, á mi lado,—repone Tula.—Quiero que usted presencie la derrota de mi marido.

—No deben envanecer á usted mucho mis elogios, pues no entiendo una palabra de ajedrez,—objeta el médico, sentándose en el sitio indicado.—Soy lego, completamente lego en la materia.

—Las grandes batallas—dice Pablo—se celebran y se aplauden, aunque no se entienda nada del arte de la guerra.

—En ese caso, aplaudiré, aunque profano.

—¡Al rey!—dice Tula.

—Verdaderamente me hallo en un grave apuro.

—¿Saben ustedes que esta temperatura es poco higiénica?—dice el doctor.

—¿Y por qué?

—Hace aquí un calor insoportable.

—Y sin embargo, doctor, tengo frio,—objeta el enfermo,—pero un frio horrible; así es que no cesó de suplicarle á Daniel que añada leña á la chimenea.

En este momento Tula da el jaquemate al rey.

—He ganado,—dice.

—¡Ah!—responde Pablo.—Es una traicion, una emboscada, pues estaba distraido con el doctor.

—No hay derrota que no tenga su excusa,—dice Tula.

—No quiero disputarte el triunfo; pero aprovechemos este momento para tomar el té.

—Reclamo una taza,—exclama el doctor.

—Daniel, avisa para que nos sirvan.

—Aprovecharé esta ocasion para suministrar á don Pablo un nuevo medicamento.

—¿Para que termine el frio?

—Tal vez. Sobre todo, para dormir mejor. Aunque yo creo que desde mañana comenzará usted á dormir bien.

—¡Ah! ¡Miéntras vea la culebra...

—A propósito de la culebra. ¿Sabe usted que uno de los criados me ha dicho que él tambien la ha visto?

—¡Cómo!—exclama Pablo con asombro, y mirando alternativamente á su esposa y al médico.

—Pues sí, señor don Pablo; cuando esta mañana me contó usted lo que acontecia durante la noche, tuve ciertas dudas y me dirigí á uno de los criados.

—Oye, muchacho,—le dije:—¿cuántas noches te has quedado á velar á tu amo?

—Tres,—me respondió.

—¿Y no has visto esa culebra amarilla que le da tan malos ratos?

—¡Toma! ¡Ya lo creo que la he visto!—volvió á decirme.

—Pues entónces, ¿por qué le dijiste que no?

—Porque me mandaba que la matara. Yo tengo miedo; y ademas, he oido decir que son muy vengativas, y si matase

á la hembra, el macho vendria á mi cuarto á estrangularme.

Pablo y Tula escuchan las palabras del doctor con asombro, sin comprender nada.

—A la verdad, señor don Pablo,—continúa el médico,—esta noticia me sobresaltó; y creyendo que no estaba muy fuerte la cabeza del pobre diablo, me dirigí á otro, y me dijo exactamente las mismas palabras.

—¿Luego la culebra entra en mi dormitorio?—pregunta el enfermo.—¿No es una vision de mi cerebro?

—Nada de eso; es una culebra real y efectiva. Pero me gusta investigar las cosas, y como Madrid no es país donde abundan las culebras, he procurado indagar, y he sabido que al domador de fieras que tiene el barracon en el Prado se le ha escapado una hace ocho dias, precisamente el mismo tiempo que á usted visita la que tanto le sobresalta, y segun creo, se ha guarecido en el jardin de esta casa. La he mandado buscar esta tarde, mas todo ha sido en vano. Ignoro dónde se oculta, pero tengo la seguridad de que por las noches sale de su madriguera y se nutre chupando la sangre de usted, señor don Pablo.

El doctor dice con una naturalidad tal, con tal aplomo las anteriores palabras, que Robles le mira sin atreverse á manifestar sus dudas.

Tula, que cree haber observado alguna seña de inteligencia en el rostro del doctor, se sonrie, esperando el desenlace de aquella comedia.

—Todo lo que usted dice—objeta Pablo—parece inverosímil.

—Y sin embargo, nada más natural que el que se escape

una culebra y venga á refugiarse en alguna de las alcantarillas de esta casa.

—Sí, puede ser; pero...

Y Pablo sigue pensativo.

—Esta noche saldrémos de dudas; ya sabe usted que me quedo á velarle, y á mí no me asustan las culebras.

Y el doctor se rie del modo más natural del mundo.

—Pero, querido doctor,—repone Pablo, en cuya mente no se han desvanecido aún las dudas,—la picadúra de una serpiente amarilla mata instantáneamente.

—Pero usted, segun me ha dicho, ha tenido la suerte de que no le picara.

—Esa es la verdad.

—Yo, previsor en todo, voy á suministrarle un medicamento importado de la China, para que no produzca la picadura efecto alguno.

Y el doctor saca una pequeña botella de cristal, que deja sobre la mesa.

—Aquí está,—vuelve á decir.

Pablo coge la botella, y la examina con asombro.

—¡Ah! ¿Este licor negro—dice—es el antídoto contra el veneno de la culebra?

—Precisamente.

—¿Y voy á tomarlo esta noche?

—¡Es claro! Ha corrido usted un peligro inminente.

Pablo palidece aún más de lo que está.

En este momento un criado entra el servicio del té, que deja sobre la mesa, despues de haber recogido el ajedrez Daniel el negro.

El doctor sirve una taza á Tula y otra á Pablo, y en la de éste vierte cinco gotas del líquido que contiene la botella.

Pablo bebe con avaricia.

El doctor demuestra en su semblante la satisfaccion que siente.

—Ha creido la farsa,—se dice, hablando consigo mismo.—¡Quién sabe si lograré fortalecer su cerebro!

CAPITULO III.

Noticias de la capital.

Daniel el negro sirve té por segunda vez.

Pablo sigue preocupado; Tula y el doctor cambian miradas de inteligencia.

El reloj de sobremesa da diez campanadas.

El médico rompe nuevamente el silencio.

—Esta noche—dice—no vengo á hacer mi visita de médico, sino de amigo; por lo tanto, hasta las once, hora en que don Pablo se acostará, charlemos de todo ménos de enfermedades y de medicinas. ¿Saben ustedes lo que ocurre en la capital?

Pablo se encoge de hombros y responde:

—Hace quince dias que he olvidado al mundo.

—Porque se ocupa usted de su mal con demasiada tenacidad.

—Los enfermos somos egoistas.

—Pues bien; he dicho que no quiero que se hable de males; tengo la confianza de curarle á usted.

Pablo vuelve á encogerse de hombros, manifestando sus dudas.

—Creo que el doctor—repone Tula—iba á contarnos algo de nuevo.

—¡Y tanto, señora! Como que no se habla de otra cosa en la corte hace tres dias.

—¿Y qué es ello?

—Un drama que va á dar que hacer á los tribunales; un asesinato que alimentará la gacetilla de los periódicos por algunos dias.

—¡Un asesinato!—exclaman á la vez los esposos, cambiando una mirada.

—Sí—responde sencillamente el médico, bebiendo á pequeños sorbos el té de su taza;—un asesinato que tiene conmovida y alarmada á la sociedad de buen tono. Ustedes conocen al que se señala como asesino y al asesinado.

—¡Nosotros! ¿Quiénes son? ¡Oh, por Dios, doctor, sáquenos usted pronto de esta incertidumbre! ¿Será, por desgracia, algun amigo?

—Creo que sí. El muerto se llamaba Daniel; un jóven elegante, medio poeta, y que algunas veces he visto en las reuniones de confianza de esta casa y en el palco de ustedes.

—¡Daniel! Sí; era amigo de casa. Pero, Dios mio, ¿quién le ha asesinado?

—Se dice que el rico banquero don Bernardo Etartegui.

—¡Cómo!—exclama Pablo.—¡Mi banquero!

—Yo nada afirmo; pero eso se dice; don Bernardo se halla

preso, como asimismo una doncella, que, segun parece, es el alma del asunto.

Esta noticia produce un efecto maravilloso.

Ni Pablo ni Tula encuentra palabras que dirigir al médico.

Éste prosigue.

—Veo que les sorprende á ustedes la noticia; á mí me ha sucedido lo mismo, y no la di crédito hasta que, llamado por doña Isabel, como facultativo de la casa, la he oido de su misma boca.

—Pero ¿cómo pueden atribuirle á don Bernardo Etartegui el asesinato de ese jóven?—pregunta Tula.—¿Qué interes podia tener...

—Pues ahí verá usted, señora: segun parece, lo tenia; y y es difícil que se libre del sambenito que sobre él ha arrojado la opinion pública, ese mónstruo, formado de un sinnúmero de tontos que como las pompas del jabon, se dejan llevar por la corriente, sin importarles nada que el agua se enturbie, ó lo que es lo mismo, que la honra de un hombre se empañe con el hálito asqueroso de la calumnia.

—Pero ¿hay pruebas para creer que Etartegui...—pregunta á su vez Pablo.

—¿Cómo se ha cometido el asesinato? ¿Qué circunstancias le rodean para que se juzge tan desfavorablemente á don Bernardo?—pregunta nuevamente Tula, la cual no puede explicarse semejante desgracia.

—La causa—dice el doctor—nos revelará más adelante muchos pormenores; pero lo que ahora se sabe únicamente es lo siguiente.

Los esposos se acercan al médico con muestras de marcado interes.

—Parece—vuelve á decir el médico—que el elegante jóven visitaba todas las noches á Paula, entrando por una ventana de la habitacion de la doncella. El sereno protegia los amores, sobornado, segun declara, por la hija de Etartegui. Al principio todo iba bien; pero el amante, cansado de tanto misterio, obligó á su amada á que revelara á su padre la pasion que por él sentia. Obedeció la jóven la órden de su galan, y el banquero cogió el cielo con las manos, porque, segun parece, Daniel no era rico. Entónces los enamorados convinieron que era preciso apelar á un recurso más extremo, y en sus apasionadas mentes brotó la idea de la fuga. Todo estaba dispuesto para poner por obra este proyecto, cuando el padre recibió un anónimo que le enteró de los planes de los jóvenes. Llamó á Paula, la amenazó, acabando por decirla que nunca consentiria en semejante union, y que ántes mataria ó mandaria matar al amante.

El doctor hace una corta pausa, apurando tranquilamente la taza de té.

Luégo continúa:

—Paula, asustada, escribió aquel mismo dia una carta á su amante noticiándole todo lo ocurrido, y suplicándole que á la una de la noche acudiese á la cita, como otras veces, para tratar lo que más conviniera; y efectivamente, á la hora prefijada Daniel se hallaba al pié de la ventana; es decir, esto se supone con algun fundamento, puesto que allí se le encontraron muerto de dos puñaladas, una en el corazon y otra en la garganta.

—¡Oh!—exclama Tula.—Si ése hombre es inoçente, ¡qué coincidencias tan fatales!

—¡Ya lo creo, señora!—vuelve á decir el médico.—El sereno, que fué el primero que encontró el cadáver, ha dicho en una declaracion que el dia ántes un hombre que parecia un trapero le hizo ciertas preguntas que, si bien entónces no le chocaron, despues ha calculado que por algo se las dirigió. Se supone que el trapero es un asesino pagado por Etartegui, pero aún no se le ha podido encontrar. La causa, como ustedes comprenden, es bastante complicada. Al muerto se le han ocupado cartas de Paula de la mayor importancia. Como Daniel era director de un periódico, la prensa clama enérgicamente contra el autor de tan terrible asesinato. No se le conocian enemigos; era querido de todos. Creo firmemente que don Bernardo Etartegui se halla en grave apuro, á pesar de su inmensa fortuna.

—Pablo,—exclama Tula, oyendo el último comentario del médico,—Etartegui es nuestro banquero.

—Eso mismo pensaba.

—Es preciso retirar los fondos.

—Mañana encargarémos á nuestro administrador que se ocupe de ello.

—Obrarán ustedes muy cuerdamente, pues la situacion en que se encuentra puede llevarle á la ruina,—dice á su vez el médico.

—No debemos descuidarnos,—repone Tula.

Pablo, que durante la narracion del médico parece haberse olvidado de su enfermedad, torna de nuevo á su tenaz melancolía, y dice:

—Siento una pesadez espantosa en los párpados y un ruido extraño en la cabeza.

—Es el sueño,—dice el médico, olvidando la gacetilla de la capital para ocuparse del enfermo.—Sería conveniente que se acostara usted.

—Tiene usted razon. Daniel, acompáñame á mi nuevo cuarto, porque, según el doctor, esta noche duermo en otra habitacion.

—Duerme usted en la misma,—responde el doctor.

—¡Ah! ¿Se ha variado la órden?

—Siendo cierto lo de la culebra, creo que no hay necesidad...

—Un enfermo como yo es un esclavo de la ciencia. Vamos, Daniel. Hasta luégo, Tula; hasta luégo, doctor; porque supongo que entrarán ustedes tan pronto como me haya acostado. Me aburro mucho cuando estoy solo.

—Irémos al momento. Yo tengo que pasar la noche junto á la cama de usted.

Pablo sale, apoyado en el brazo de Daniel.

Cuando Tula y el médico se quedan solos, comienza entre ellos este diálogo:

—Doctor, todo lo que usted ha dicho aquí esta noche es sorprendente,—dice la criolla.

—Pero cierto, en parte.

—He creido advertir en usted alguna seña de inteligencia durante el diálogo...

—Efectivamente, señora.

—Calculé al momento que usted trataba de distraer á mi pobre esposo.

—La historia de Daniel es verdadera, desgraciadamente: la de la culebra es falsa.

—¡Ah! ¿Luego mi pobre Pablo padece enajenaciones mentales?

—Señora, mucho temo que todo esto termine en locura.

—¡Dios mio!

—Dos son las sospechas que tengo. Si no está loco, está envenenado.

Tula exhala un grito de asombro.

—Nada puedo afirmar; pero crea usted, señora, que tengo un gran interes en que no sea para mí un misterio la enfermedad de don Pablo. Mi amor propio y mi honra de médico lo exigen.

—¡Pero eso es horrible, doctor! Cualquiera de esas dos enfermedades es una irreparable desgracia para mi esposo y para mí.

—Lo creo, señora. Mañana, cuando me convenza del efecto que le causa la prueba que voy á hacer, será preciso una consulta. Si no es principio de locura, ya buscarémos otro orígen á la enfermedad. El color de su rostro, las manchas de su piel, me sobresaltan; de todos modos, los síntomas son extraños, porque si estuviese envenenado, se hubieran observado otros síntomas, como vómitos, fuertes dolores de vientre. Pero nada, nada; el estómago está bueno; sólo la cabeza... Le digo á usted que estoy desesperado.

—Pero ¿qué es lo que usted intenta hacer?

—Una farsa que tal vez nos dé resultados. Le suplico que no me contradiga en nada, que apruebe lo que yo haga y procure secundar todas mis acciones, porque...

Y el médico, bajando la voz, refiere á Tula todo lo que piensa hacer aquella noche.

Apénas ha terminado, cuando el negro Daniel entra en la habitacion y les dice que el señor se halla en la cama y les espera.

Tula y el médico se dirigen á la habitacion del enfermo.

CAPITULO IV.

La serpiente amarilla.

Pablo se halla en la cama, luchando con el sueño que le abruma.

El negro Daniel, sentado en una silla junto al lecho del enfermo, triste y silencioso como siempre, fija de vez en cuando los ojos en su amo.

—Ya lo ves, Daniel,—le dice Robles bajando la voz,—la Providencia comienza á castigarme. Nadie entiende mi mal. Me creen aprensivo, y dicen: «¡Enfermedad de rico!» Pero lo cierto es que yo me siento morir.

—El señor debió llamar á Tanguay,—dice Daniel,—porque el javanes conoce las yerbas que dan la vida y dan la muerte.

—¡Oh! ¡Calla, Daniel, calla! Ese hombre me da miedo: no quiso salvar á mi hijo.

—El señorito era del ángel de las tinieblas. Tanguay no hace milagros.

—Todo me asusta, todo me espanta,—murmura Pablo.—El javanes sería capaz de envenenarme. Prefiero estar enfermo. ¡La vida es tan hermosa!

—Cuando se goza de salud, cuando la conciencia está tranquila y el corazon sereno... Pero nosotros... ¡Oh! ¡Nosotros, como los condenados, nos hallamos destinados á sufrir un martirio sin fin!

El negro entreabre sus gruesos labios y envia una sonrisa terrible á su amo, el cual cierra los ojos por no verla.

En este momento entran en la habitacion el doctor y Tula.

—¿Sabe usted, querido Robles, que su esposa quiere pasar la noche en esta pieza?—dice el médico.

—¿Por qué has de molestarte, Tula?—pregunta el enfermo.—Se queda el doctor.

—Deseo ver por mis ojos esa terrible serpiente que te sobresalta,—dice la criolla.

En el pálido y demacrado rostro de Pablo aparece una sonrisa de duda.

—No la verás,—dice con triste acento.—La serpiente está en mi corazon y en mi cabeza. Sólo yo tengo el funesto privilegio de verla.

—¿Eso quiere decir—objeta el médico—que usted duda de mis palabras?

Robles torna á sonreirse.

—¡Cuidado, amigo mio, cuidado! La fe hace milagros, y los enfermos incrédulos terminan, por lo regular, en incurables.

—¡Sea lo que Dios quiera!—murmura Pablo.

—Procure usted dormir,—dice el doctor.

—Tengo, efectivamente, mucho sueño; pero como se acerca la hora...

—Duerma usted sin recelo. Yo le despertaré.

—No habrá necesidad: la serpiente está encargada de desvelarme. Sin embargo, haré un esfuerzo.

Pablo cierra los ojos, procurando reconciliar el sueño.

Tula y el médico, sentados junto á un velador, hablan en voz baja.

El negro permanece en su sitio, inmóvil y grave.

Transcurre un cuarto de hora.

El péndulo da las doce ménos cuarto.

El timbre melodioso de la campana se extiende por los ámbitos de la habitacion.

En el fondo de la alcoba se oye un profundo suspiro.

—Para la farsa que vamos á representar—dice el doctor á Tula con una voz casi imperceptible—bastamos nosotros dos en la habitacion. Puede usted mandar al negro que se retire y que espere con otro criado en la antesala, pues deben entrar cuando oigan nuestros gritos.

Tula hace una seña al negro.

Daniel se acerca, pero sin mirar á su ama.

—Vete,—le dice Tula,—y espera con un criado en la antesala, pues debeis entrar cuando yo os llame.

Daniel saluda y sale del dormitorio de su amo.

Transcurre un momento de silencio.

—Entre el lecho y la pared hay una mesa de noche,—dice el médico.—En uno de sus cajones se halla la culebra. Es preciso que él la toque, que la vea real y efectivamente; no en sueños, no en su débil imaginacion.

—Así será.

—Falta una hora, segun creo.

—Sí; á la una.

—Si pudiera dormirse...

—Se le oye gemir y suspirar, lo cual indica que está despierto.

—Sin embargo, le he suministrado una buena dósis de opio.

—Temo que no le produzca efecto.

Nuevamente se suspende la conversacion.

El silencio más profundo reina en el gabinete.

Tula y el médico leen; Pablo suspira.

La lámpara de cristal colocada sobre la mesa de cabecera derrama una vivísima claridad en la alcoba.

De vez en cuando el doctor dirige su mirada hácia el enfermo, y éste la dirige á su vez hácia el balcon.

En los ojos del primero puede notarse la frialdad tenaz del hombre que se propone acertar lo que no comprende; en los del segundo el pánico, el terror de un espíritu acobardado.

La hora se acerca.

El reloj acaba de dar la una ménos cuarto.

Los suspiros del enfermo aumentan.

De pronto suena una campanada, y Pablo se incorpora en la cama, exclamando:

—¡La una!... ¡Ahí está!... ¡Miradla!... ¡Ahora entra!... ¡Ya se acerca!... ¡Ya viene!... ¡Tened cuidado, no os clave la horrible saeta!...

Y Pablo, con los cabellos erizados y los ojos brillantes, extiende las manos, como si quisiera rechazar una vision.

—Efectivamente,—dice el médico levantándose,—es una hermosa culebra. La Historia natural daria cualquier dinero por ella. Venga usted, Tula, venga usted, y verá cómo le quito las ganas de volver á molestarnos.

Y el médico, andando de puntillas, va á colocarse detras de la cama de Pablo.

Miéntras tanto, el enfermo tiembla, sin apartar los espantados ojos de un punto de la sala.

El doctor, aprovechando este momento en que Pablo se ocupa de aquella culebra que sólo existe en su imaginacion, saca el lio que poco ántes entregó á un criado, y que no es otra cosa que una serpiente perfectamente imitada, rellena de paja.

Tula observa las operaciones del facultativo, pero nada dice.

—¡Doctor! ¡doctor!—exclama Pablo.—¿No la ve usted? ¡Oh! ¡Se acerca!... ¡Maldita sea!...

—Perfectamente, amigo mio; la estoy esperando para hacerla una mala partida.

Y el médico enseña al enfermo un puñal, como indicándole que va á matarla.

Pablo sólo ve lo que su calenturienta imaginacion le enseña, y lanzando un grito, exclama:

—¡Ah! ¡Ya sube! ¡Ya se introduce en la cama! ¡Dios mio! ¡Nadie me librará de ella!

Y Pablo se deja caer, cubriéndose la cabeza con las ropas del lecho.

—¡Ánimo, don Pablo, ánimo!—grita el médico.—Aquí estoy yo, que le voy á dar á esa pícara su merecido.

Robles tiembla y gime, con la cabeza oculta debajo de la colcha.

En este momento el médico introduce la fingida culebra en la cama, coge un alfiler de la solapa de su levita, y pincha con él la espalda del enfermo.

Pablo exhala un grito, y al mismo tiempo el médico exclama:

—¡Ahora ya eres mia! ¡Victoria! ¡victoria! ¡Don Pablo, la he cortado la cabeza!

Y descubre al enfermo y le enseña la cabeza de la serpiente.

El criado y el negro entran en la sala.

Pablo mira con espantados ojos al médico.

—Mira, Pablo,—le dice Tula;—ya ha muerto: en lo sucesivo no volverá á turbar tu sueño.

—Toma,—dice el médico al criado,—tomad este horrible bicho, y tíralo á la alcantarilla.

Pablo guarda silencio, pero mira á todos con creciente espanto.

El doctor estudia aquella mirada, y en su semblante se observa un gesto de disgusto.

El criado coge del suelo la fingida culebra y sale de la habitacion.

—Hemos derrotado al enemigo,—dice el médico, frotándose las manos, como el hombre que se halla satisfecho de sí mismo.

Pablo se apodera de una de las manos de su esposa, y dice por fin con profundo dolor:

—Tula, ella ha muerto, es cierto, pero me ha picado, y ya

no hay remedio para mí, porque el soplo de la muerte se filtra por mis venas.

. . . .
. . . .

A la noche siguiente, el médico, detras de un portier, espera la hora de la vision.

Suena la una en el reloj.

Pablo se incorpora rápidamente, exhala un grito, extiende los brazos, y dice, dejándose caer sobre la cama con el mayor desconsuelo:

—¡Miradla! ¡Ha resucitado! ¡Oh! ¡Maldita sea! ¡Y el bueno del doctor que creia haberla muerto!

Una carcajada, de esas que sólo brotan de los pulmones de los pobres dementes, histérica, estridente, enfriadora, aterra á los dos criados que velan al enfermo.

El médico entra en la habitacion.

Pablo se revuelca en la cama.

Apénas pueden sujetarle.

—¡Estoy envenenado!—dice.—¡Soy un cadáver, un muerto! ¡Me ha picado la serpiente amarilla!... ¡Ojo por ojo, diente por diente! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Una hora despues, terminado el acceso de furia, el médico sale del dormitorio, encargando que el enfermo tenga siempre dos hombres á la vista.

Tula le pregunta:

—No hay esperanzas, ¿es verdad?

—Nunca las pierdo; pero ahora, al ménos, sé á qué atenerme. Don Pablo está loco; pero prefiero habérmelas con un furioso, que con un monomaniaco.

—¡Loco!...—exclama Tula.

—Sí. Por desgracia, esa es la enfermedad que padece. Procure usted que no le dejen solo ni un instante. Y puesto que ustedes tienen una posesion en Villaviciosa, tal vez convendria trasladarle allí. Pero, en fin, de eso ya hablarémos más adelante.

La criolla se cubre el rostro con las manos y prorumpe en llanto.

CAPITULO V.

La locura de la muerte.

—Alegra ese semblante taciturno, Ibrahim, pues comienzan á realizarse tus deseos,—dice Side Mahomet Ben-ad-jé á su fingido hijo, una mañana que se hallan almorzando en la fonda, de regreso de la quinta de Héctor.

Y al decir esto, le entrega un periódico que poco ántes habia estado leyendo.

—¿Qué es esto?—pregunta Rafael.

—La noticia de la extraña locura que padece el rico millonario don Pablo Robles. ¡Oh! Tiene una reseña muy curiosa é interesante.

Rafael lee en voz alta lo que sigue:

«Hace algunos dias anunciamos con profundo sentimiento á nuestros lectores que el conocido millonario don Pablo Robles habia perdido la razon.

»La causa principal de esta desgracia fué, segun asegu-

ran personas competentes, la prematura muerte de un hijo suyo.

»El amor paternal se hallaba tan prodigiosamente desarrollado en el corazon del infeliz millonario, que no pudo soportar la pérdida de su adorado hijo.

»Parece que la idea fija que más domina al pobre enfermo es la de que se halla envenenado, de resultas de la picadura de una serpiente amarilla que todas las noches entra por el balcon y duerme con él.

»En vano su desconsolada esposa trata de persuadirle; en vano los médicos ponen en juego todos los recursos que aconseja la ciencia; don Pablo se cree un muerto, y olvidando la causa de su locura, sólo se ocupa de la serpiente, que segun él, no le deja nunca y la tiene arrollada por el cuerpo.

»La enajenacion mental es verdaderamente una enfermedad acerca de la cual los médicos nunca saben bastante.

»Dios quiera que la ciencia obre uno de esos remedios que, salvando á un pobre enfermo, dan reputacion á aquél que tiene la fortuna de acertar con ellos.»

Rafael devuelve el periódico á Tanguay y le dice:

—¿Morirá de eso?

—Ántes de dos meses. Los médicos le creen loco. Tal vez la enfermedad de Pablo está en el cerebro.

—¿Y ella?—pregunta lacónicamente Rafael.

—No he tenido ocasion; pero tranquilízate: cumpliré la palabra.

—¿Vas á volverla loca tambien?

—No; á esa la destino otra muerte.

—¿Y el negro?

—¡Bah! Ese morirá segun se presenten las circunstancias.

—Quisiera terminar pronto. Me ahogo en esta capital de España.

—Partirémos, terminada que sea nuestra venganza, ó por mejor decir, tu venganza.

—Y entónces mi fortuna es tuya.

—Ya te he dicho que te profeso el amor de padre. Si quieres, vivirémos juntos, viajarémos, serás mi hijo.

Rafael se encoge de hombros con marcada indiferencia.

Tanguay fija en él una mirada detenida.

—¿Eres desgraciado, Rafael?

—Sí. No he conocido nunca la felicidad. Despues de cumplida mi venganza, tal vez ponga fin á una vida que tan pocos atractivos tiene para mí.

—¿Quieres tomar mi consejo?

—Tal vez sí, y tal vez no.

—El amor es lo único que puede combatir esa frialdad que llevas en el corazon.

—Detesto á las mujeres. He amado una sola vez, y no amaré más.

—¡Bah! Busca una jóven que pueda hacer latir tu corazon.

—Es inútil.

—Sin embargo, he observado que fijas con profunda atencion tus miradas en la pobre loca del camino de Vallecas.

—Es cierto. La miro siempre compadecido de su desgracia. La creo una hermana, la amo como á tal, pero nunca como esposa ó como querida.

—Tienes diez y siete años. Demos tiempo al tiempo.

—Los hombres traspasaron mi pecho con el plomo homicida, las mujeres mi alma con el engaño, y mi padre abofeteó mi rostro, hostigado por la calumnia. El hombre, amigo Tanguay, no debe contar su edad por los años que tiene, sino por los que ha vivido; yo soy un viejo que apénas tiene diez y ocho años.

Este diálogo es interrumpido por la presencia de un camarero, que entrega una tarjeta á Tanguay.

Mahomet lee lo siguiente:

«Se suplica al ilustre médico Side Mahomet Ben-ád-jé que venga inmediatamente á reconocer un enfermo.

»El carruaje espera á la puerta.—*La señora de Robles.*»

Tanguay, despues de leer, entrega la tarjeta á Rafael y le dice en árabe:

—Ella misma se ofrece al sacrificio.

—¡Véngame!—le responde Rafael.

Tanguay se dirige á su infernal arca, la abre, saca un frasco de cristal, lo guarda en el bolsillo, vuelve á cerrar, y dice al criado:

—Vamos.

Veamos nosotros por qué Tula se ha decidido á llamar á Tanguay, á quien teme, y cuya presencia en Madrid tanto le sobresalta.

La junta de médicos declaró dos dias despues de aquél en que tuvo lugar la farsa de la culebra que don Pablo Robles se hallaba loco y que su locura era una de esas que conducen al sepulcro.

Tula ama á Pablo, viendo ademas en él un cómplice de su

crímen, un defensor tanto más fuerte cuanto que se halla tan interesado como ella.

Esta revelacion la sobresalta lo que no es decible, y las lágrimas brotan abundantes de sus ojos.

El negro Daniel, desde la noche en que declarara su amor á la criolla, se habia encerrado en la más profunda reserva.

Tula cree que su leal Daniel, arrepentido de su audacia, no volverá á hablarla de tan inconcebibles pretensiones.

Pero el negro no ha desistido de sus amorosos planes: sólo espera la ocasion de caer sobre su presa, como el tigre voraz.

El negro ha dicho á Tula:

—Si la salud de don Pablo existe entre los hombres, sólo Tanguay la posee.

Daniel se reserva el motivo que le induce á aconsejar que se llame al javanes.

La criolla, despues de dos dias de lucha desesperada, accede á los consejos de su esclavo, diciéndole:

—Le escribiré, pero no quiero verle. Tú le recibirás, tú le ofrecerás por la vida de Pablo todo cuanto su ambicion desee.

—Si la señora quiere, Daniel matará á Tanguay.

—No, no; prefiero comprarle. Sólo cuando se pierde se sabe lo que vale la tranquilidad de conciencia.

Tanguay, pues, llega á casa de Pablo y es introducido en un gabinete donde se encuentra Daniel el negro.

—Puedes decirle á tu señora que Sidé Mahomet Ben-ad-jé está á sus órdenes.

—La señora me ha encargado que reciba al ilustre médico,—responde Daniel, inclinándose ligeramente.

—Entónces, condúceme adonde esté el enfermo.

—Ántes deseo hablar algunas palabras con el ilustre Mahomet.

—Di lo que quieras.

—Segun parece, mi amo don Pablo Robles ha perdido la razon de resultas del inmenso disgusto que le causó la muerte de su hijo. Esto, al ménos, es lo que creen los facultativos que le visitan. Yo, sin embargo, podia haber desvanecido estas sospechas diciéndoles que el señor de Robles padece una enfermedad bien distinta de la que ellos creen; pero mi revelacion hubiera comprometido altamente al ilustre Mahomet, del que deseo ser un buen amigo, un leal aliado, pues ya nos conocemos hace tiempo.

Tanguay fija una mirada en su interlocutor, como deseando descubrir el doble sentido que encierran sus palabras.

Daniel permanece impasible como siempre.

—Amigo mio,—dice Tanguay,—no entiendo una palabra de cuanto acabas de hablar.

—Yo procuraré que el ilustre Mahomet me comprenda sin ningun género de duda.

—Eso deseo. Continúa.

—La casualidad hizo que cuando mi desgraciado amo perdió el conocimiento al recibir la noticia de la muerte de su hijo yo me encontrara muy cerca del sitio, y pude fácilmente ver cómo el ilustre Mahomet derramó en el oido de mi amo algunas gotas de un líquido que llevaba en una redoma de plata.

Tanguay se estremece ligeramente.

El negro vuelve á decir:

—Cuando se conocen las personas, no es extraño que se formen opiniones arriesgadas, y tal vez por eso yo pensé en-

tónces, y sigo pensando ahora, que mi pobre amo era hombre muerto. ¿No es verdad, Tanguay, que está perdido desde que recibió en el oido aquellas gotas?

El javanes, hombre sereno y avezado á los peligros de una vida aventurera, comprende al momento la situacion en que se encuentra, y dice:

—Creo que no te quejarás de la paciencia que he tenido para escuchar esa especie de fábula que acabas de contarme. Si se me ha llamado para devolver la salud á un enfermo, condúceme junto á la cama del paciente; pero si esto es una emboscada, te prevengo que sabré abrirme paso por encima de tu cadáver.

Las amenazas del javanes no conmueven á Daniel el negro, que, cruzándose de brazos, vuelve á decirle, enviándole una sonrisa:

—Si yo quisiera matarte, sabio Tanguay, no te conduciria por cierto á esta casa. Las palabras que acabo de dirigirte están muy léjos de ser una amenaza; las he pronunciado para que sepas que yo no ignoro el motivo de vuestro viaje á España. Buscais tres víctimas: la primera ha sido mi pobre amo, y ántes que continue la venganza que te ha unido con Rafael, quisiera que nos entendiéramos. ¿Cuanto dinero te da el hijo del mulato Quesada para que emplees en su favor tus pócimas?

Tanguay guarda silencio.

Transcurre un breve espacio, y Daniel vuelve á decir:

—Vamos, ya sabes que nos conocemos: aquí la cuestion es oro, ¿no es verdad, Tanguay? Pues bien: mi ama puede ofrecerte más del que hayas soñado nunca. Rafael te pide dos víc-

timas y nosotros sólo una: medita bien la proposicion que te hago, y no olvides que aunque no poseo venenos de la India, llevo conmigo siempre un puñal, y mi brazo es bastante fuerte para dirigirle hácia el corazon de mis enemigos.

Durante las anteriores palabras, un hombre más observador que Daniel el negro hubiera podido adivinar algo extraño en las brilladoras pupilas del javanes.

Pero el negro es un hombre rudo, que para convencer á un enemigo temible emplea las dos armas que están á su alcance: la amenaza y la dádiva.

—Veo, amigo Daniel, que tus palabras me ponen en el caso de aceptar el oro de tu señora, ó el hierro homicida con que me amaga tu brazo,—dice afectando naturalidad Tanguay.—En esta alternativa, debo decirte que no soy hombre que rechaza los negocios cuando se presentan, y tú me harás el favor de creer que si me hallo inclinado á aceptar el oro de tu ama, no es por el miedo que me inspira tu puñal.

—No te creo cobarde; pero lo que aquí importa es que seas nuestro aliado.

—Amigo Daniel, hay resoluciones que un hombre como yo no puedo aceptar sin una noche de meditacion. Ademas, Rafael me ofrece una fortuna.

—¿Cuánto?

—Un millon de reales.

—Pues bien: mi ama te ofrece dos si salvas á su esposo y le libras del enemigo que la amenaza.

—Eso es tentador.

—¿Aceptas?

—De las dos condiciones una es inaceptable, porque me

parece que no hay remedio, segun dicen, para don Pablo Robles.

—¡Ah! ¿Tú crees...—pregunta con cierto gozo Daniel.

—Creo que dejará de existir ántes de treinta dias; sin embargo, si la señora tiene interes en salvarle, puede hacerse la prueba.

El negro demuestra cierto malestar, como si aquella esperanza le causara daño; indudablemente va á oponerse al ofrecimiento del javanes, cuando abriéndose la puerta aparece Tula.

—Tanguay,—dice,—yo puedo enriquecerte; pero salva á mi esposo y líbrame de mi enemigo.

—Señora, nada ofrezco: necesito meditar las proposiciones que se me hacen; pero no es extraño, puesto que fuimos cómplices para matar al padre, que lo seamos tambien para librarnos del hijo.

CAPITULO VI.

La demencia.

Vamos á penetrar en la habitacion de Pablo.

El loco está sentado en una butaca, junto á una ventana que da al jardin.

El sol de uno de esos hermosos dias de Marzo deja caer sus rayos sobre la frente del pobre enfermo.

Desde la noche en que la locura se presentó clara y terminante, desvaneciendo las dudas del doctor, Pablo sufre acceso tras acceso, y su confundido pensamiento sólo le deja ver en derredor suyo la muerte.

Sin embargo, Pablo es uno de estos locos á quienes acobarda el miedo, y que pueden llamarse inofensivos.

Los accesos que con frecuencia le acometen, son siempre de pánico, nunca de furor.

Muchas veces no conoce ni á su esposa, pero la sola presencia de Daniel el negro le hace temblar.

En el momento en que penetramos en su habitacion, Pablo se halla sentado, como hemos dicho, junto á la ventana, y un hombre, que por su traje debe ser de la servidumbre de la casa, le observa en silencio desde un extremo de la sala, como para evitar que cometa alguna imprudencia.

El loco, dando golpecitos sobre los cristales con las yemas de los dedos, se halla preocupado en este monólogo, que pronuncia con voz brusca y gutural:

—Ángela era una santa, pero queria luz y se murió en las tinieblas. Ya se ve, la niña lloraba, pero lloraba mucho. ¡Pobre Enriqueta! Queria pan. ¡Qué bueno es el pan! ¡Qué buena es la luz!... Pero cuando no hay luz, cuando no hay pan, Ángela se muere y la niña se pierde. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Qué necios son los que se mueren! ¿No es verdad?

Y Pablo hace una seña con la mano al hombre, que le mira desde un rincon.

—Sí señor, sí; lo que usted dice es cierto; tiene usted mucha razon,—responde el criado, que está allí con la comision de no contradecirle.

—¡Ya lo creo!—repite el loco, continuando su sonsonete en los cristales.—Porque, despues de todo, si tú le hubieras conocido... Era muy feo; no lo digas á nadie. Pero ya ves, siendo mulato, viejo, achacoso, Pablo el español era mucho mejor. ¿Conocias tú á Pablo el español?

—Hoy parece que el señor está de vena,—dice para sí el criado.

Y alzando la voz continúa de este modo:

—¡Vaya! ¿Pues no le he de conocer? Como que éramos amigos.

—¡Qué frio hacía aquella noche en la buhardilla!... ¡Qué largas son las noches sin pan y sin luz! ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Qué buena es la luz! ¡Qué bueno es el pan!

Y Pablo se pone á tararear una cancion que el criado no puede comprender.

En este momento entra en la habitacion la criolla.

Pablo la mira con indiferencia, como si no la conociera, y sigue cantando.

Tula se acerca á su marido, y sentándose á su lado, le coge una mano, y le dice:

—¡Pablo mio! Observo que cuando entro á verte ya no me dices nada.

—¡Ah! ¿Eres tú? ¿Qué es lo que quieres? ¿Ha traido Daniel el veneno? Pues dádselo pronto, pronto, que se termine esta situacion que atravesamos; porque has de saber, que he visto á Ángela cabalgando en una nube blanca, y me decia: «¡Envenenador! ¡Asesino!»

—¡Pablo! ¡Oh! ¡Qué horrible desgracia! ¿Hasta cuándo ha de durar ese desórden de ideas?

—Yo no soy Pablo, ¿lo oyes? ¿Quién habla aquí de Pablo? Yo soy un cadáver, soy un muerto. La serpiente amarilla emponzoñó mi sangre. Dejad en paz á los muertos.

Y Pablo, reclinando la cabeza sobre el respaldo de la butaca, cierra los ojos, murmurando:

—Soy un muerto; ya no existo.

Entónces Tula se dirige de puntillas hácia la puerta, y abriéndola, dice:

—Entre usted, doctor. El mal avanza con una rapidez prodigiosa. Tal vez no le conozca á usted.

Tanguay penetra en la habitacion, seguido de Daniel el negro.

Se acerca á la butaca donde el loco permanece inmóvil y con los ojos cerrados, y le contempla por algunos segundos.

Tula observa con afan la fria mirada que á su esposo dirige el javanes.

—Muy débil está,—dice Tanguay en voz baja,—pero no pierdo la esperanza de fortalecer su cerebro.

—¿Quién habla de esperanza á la muerte?—dice Pablo, incorporándose y abriendo inmensamente los ojos.

—Yo,—responde el javanes con tranquilo acento.

Esta voz hiere de un modo desagradable los oidos del loco. Su cadavérico semblante se descompone, y un grito de espanto se escapa de su pecho.

Miéntras tanto, Tanguay permanece con la mirada fija en el demente, hasta que éste, acosado por el miedo, por el espanto, se cubre la cara con las manos, exclamando:

—¡Vete! ¡vete! ¡No quiero verte! ¡Dejad en paz á los muertos!

Tanguay se separa de aquel sitio y hace una seña á la criolla para que le siga.

Cuando llegan á un extremo de la sala, el javanes dice en voz baja:

—Hace poco, señora, ese negro, creyéndome cómplice de miserables venganzas, se atrevió á calumniarme llamándome autor de la demencia que padece don Pablo Robles. Si un tiempo ese mismo negro y ese enfermo pudieron lograr de mí que les vendiera un veneno, sin revelarme el uso que iban á hacer de él, ahora deseo probar á usted que ningun odio me guia

contra el pobre demente, y una prueba de ello es que me comprometo á salvarle.

—¿De veras, doctor, de veras? ¿No se burla usted de esta pobre mujer? ¿Puedo dar crédito á lo que acaba de decirme?

—Si usted me confia el enfermo, mañana indicaré el plan curativo que debe seguirse, explicando al mismo tiempo reservadamente á la señora las razones que me asisten para dar á Rafael el nombre de hijo y llevarle á todas partes conmigo.

Y diciendo esto, el javanes se inclina y sale de la habitacion, dejando á la criolla absorta con las palabras y ofrecimientos que acaba de dirigirle.

Al dia siguiente, Tula recibe una carta de Side Mahomet Ben-ad-jé, concebida en estos términos:

«Señora mia: Despues de estudiar profundamente la grave enfermedad que padece su señor esposo, creo muy conveniente que se traslade fuera de la corte, á una casa de campo, donde espero que, siguiendo el plan curativo que propondré, se han de lograr grandes resultados.

»Si la señora me concede permiso para que esta noche tengamos una entrevista sin testigos, yo desvaneceré ciertas sospechas que la malevolencia de un esclavo ambicioso ha podido derramar en el corazon de usted.

»Suyo afectísimo, que besa sus piés, —*Side Mahomet Ben-ad-jé.*»

Hé aquí la respuesta que la criolla remite dos horas despues al doctor árabe:

«Con un pretexto he hecho partir para mi quinta de Villaviciosa al esclavo á que usted alude en su carta. Esta noche estaré sola: le espero.—*Tula.*»

Tanguay, despues de leer las líneas anteriores y dárselas á Rafael para que las lea, coloca una caja de zinc sobre el velador, y abriéndola, deja ver unas veinte botellitas de plata.

—Por esta carta—dice—puedes comprender que el negocio se presenta á las mil maravillas. Elige para tu hermosa madrastra, de esta caja de muerte, la que más te plazca.

Rafael conoce los diferentes efectos de aquellos venenos, y sin vacilar, dirige la mano á la caja y se apodera de una pequeña botella, que contiene un líquido de color de oro.

—Esta,—dice con un laconismo terrible.

—¡Ah! ¿Quieres emplear la pena del Talion? Es justo, querido Rafael, muy justo.

Y Tanguay, guardándose la botella en el bolsillo del gaban, se sienta y enciende su inmensa pipa.

Rafael le imita.

Entre estos dos personajes reina el silencio de la muerte, la quietud imponente de las tumbas.

Sus semblantes, sin embargo, permanecen impasibles.

La idea de un asesinato, que se evapora entre las bocanadas del ceniciento humo de las pipas, no les sobresalta.

Transcurren algunos minutos.

Por fin Tanguay rompe el silencio de este modo:

—La criolla tiene una quinta en Villaviciosa. ¿Has visto tú ese pueblo?

—Ya sabes que no.

—Pues debiamos verle. Allí está el negro solo...

Por los ojos de Ibrahim cruza un relámpago.

Tanguay se sonrie y dice:

—He leido en tu pupila que te admira mi idea.

—Sí, y la tendré presente.

—¡Bah! Demos tiempo al tiempo,—repite Tanguay, encogiéndose de hombros.

—Pero aprovechemos la ocasion,—dice Ibrahim, despidiéndo una bocanada de humo.

LIBRO DUODÉCIMO.

LA VOZ DEL CIELO.

CAPITULO PRIMERO.

El crepúsculo de la tarde.

Un poeta, un gran poeta, ha dicho que hay una cosa peor que el dia, en que se ve todo, y peor que la noche, en que no se ve nada, y es el crepúsculo.

Yo, que no soy gran poeta, ni pequeño tampoco, creo que la frase citada, si literariamente es muy bella, racionalmente hablando es muy falsa.

¿Qué es el crepúsculo?

Es la aurora del dia, el principio de la noche, el abrazo amoroso que dos mundos, uno todo luz y otro todo tinieblas, se dan en el seno infinito del espacio; el beso misterioso que el céfiro de la mañana deposita en los invisibles pliegues de las brisas de la tarde; la hora suprema, en fin, en que la humanidad descansa y medita.

Ese período indefinible é inexplicable tiene para el alma una particularidad, un algo, un no sé qué, tal vez por su corta

duracion y por lo incomprensible de su existencia, superior á todo.

Y es que el alma adora todo aquello que está en relacion con la vida del sentimiento.

El dia se levanta entre los celajes del alba, y la noche nace entre las brumas de la tarde, como el amor se despierta entre los sueños de la esperanza y la fe se ábre paso entre el cielo de la conciencia.

Entre lo que se desea y lo que se logra, entre lo que se ama y lo que se corresponde, entre lo que se siente y lo que se consigue, entre el todo y la nada, entre la vida y la muerte, hay un camino que es preciso cruzar, y que, á pesar de las lágrimas que cuesta, nadie quiere pasarlo de pronto; todos desean prolongarlo lo más posible. ¿Por qué? Preguntádselo á la esperanza y ella os lo dirá.

Con el encendido fuego del sol se ve demasiado; por entre el nebuloso velo de las sombras no se ve nada; y en cambio, á la tenue luz del crepúsculo se ve todo, pero de una manera tal, que la pupila no se cansa y el alma fantasea.

En esa hora el cielo se torna más puro, el horizonte se baña con medias tintas, las flores impregnan el ambiente de gratos aromas, el pensamiento extiende sus alas y sueña, las aves modulan sus dulces cantos en la enramada, el corazon se ensancha y espera, los labios se entreabren y sin querer suspiran.

Lo mismo la naturaleza que el hombre, parece que hacen un breve paréntesis en su carrera, con el objeto, sin duda, de que el sentimiento de la vida dé una justa expansion á la vida del sentimiento.

¿Cómo, pues, si esto es cierto, hemos de convenir con el dicho del escritor francés?

El crepúsculo es la parte más bella del tiempo; él completa el dia y la noche, creando á la vez la luz y las sombras.

Esto dicho, no extrañes, lector, que comience este capítulo en esa hora solemne en que el sol hunde su frente en las quebradas peñas de las montañas, tornasolando las nubes con los últimos reflejos de su poderosa luz.

Es una tarde del mes de Marzo.

La brisa vespertina suspira blandamente por entre las añosas copas de los álamos, que empiezan á reverdecerse con las nuevas hojas que les trae la primavera.

La noche va extendiendo su tupido manto por la azul techumbre, y la luna asoma su disco opaco en el último confin del horizonte.

La casa de campo del camino de Vallecas se levanta alegre y caprichosa en la extensa llanura que la circuye, como una palma en el desierto.

Sus moradores, sin embargo, están tristes y silenciosos.

Blas, arrimado á la chimenea y recostada la cabeza en el respaldo de la butaca, tiene clavada su vista en la inmensidad del espacio que se distingue á tráves de los cristales del balcon.

Sus labios articulan imperceptibles sonidos, y sus manos se juntan involuntariamente, formando la señal de la cruz. Aquel venerable anciano, aún más venerable que por sus años por sus desgracias, está orando.

Pepa, la esposa de Blas, trabaja penosamente junto al balcon, y únicamente levanta los ojos de su costura para dirigir

una mirada de ternura á su hija, que tiene en el fondo de la habitacion, dormida en sus brazos, á la pequeña Enriqueta.

Nada interrumpe el tranquilo silencio que domina en aquel recinto.

La soberbia majestad de la naturaleza se ha impuesto y apoderado de los espíritus de los sencillos habitantes de aquella casa del dolor y de la resignacion.

Sólo de vez en cuando se oyen las perdidas notas de algun ave que cruza la espaciosa bóveda en busca de su nido, ó el canto de algun labrador que se retira á su hogar, ó el eco vibrante de alguna campana que suena en la atmósfera como lastimero gemido; armonías todas que llegan en la hora del crepúsculo gratamente al oido, y que se pierden suspirando en el fondo del corazon.

María, Pepa y Blas permanecen largo rato en el silencio que los envuelve.

De pronto la madre, dirigiéndose á la hija, dice cariñosamente:

—¡María!

La pobre loca no contesta.

—¡María!—vuelve á repetir aquélla.

—¡Chist! No grites. Enriqueta duerme,—responde la desgraciada jóven.

—No la despertaré. Quiero únicamente preguntarte si estás cansada, para tomarla yo.

—No la toques; es mia. Quiero tenerla siempre, siempre.

—Sí; la tendrás. Yo quiero solamente que descanses.

—Calla. Si te oyese ella, lloraria. ¡Cansarme á mí! ¿Y por qué? ¿No oyes cómo dice que no quiere que se la lleven? ¡Po-

brecita! No tengas miedo, yo te defenderé. ¿Quién se atreverá á tocarte?

—¡Pero si no quiero decir eso!—exclama Pepa con acento doloroso.

La loca se pone un dedo sobre los labios y dice en voz sumamente baja:

—No hables, que ahora mismo cantará la voz y no la oirémos.

—¿Qué voz, hija mia?

—La voz del cielo, que todas las tardes baja á adormecer á Enriqueta, y á contarme á mí muchas historias de amor y de lágrimas.

—¿Te aflige esa voz? ¿Te causa pena?

—No lo sé. ¿Qué es pena? Yo siento, sí, siento algo; pero ignoro lo que es.

Pepa va á contestar á su hija, pero ésta hace un movimiento brusco, y dice:

—Calla, no me digas nada, porque si no, la voz huirá y Enriqueta se echará á llorar.

Y diciendo esto, María se pone á mecer á la niña, como si ésta efectivamente fuera á despertarse.

Pepa calla y ahoga en lo más profundo de su pecho un angustioso suspiro.

Blas, á medida que la noche avanza, va cerrando los ojos y concentrando su pensamiento.

María continúa arrullando á la niña.

Pocos momentos despues, las sombras extienden por todas partes su denso velo, y la luna, reflejándose en el firmamento, vierte en la habitacion sus trémulos y purísimos rayos, que

contrastan maravillosamente con el resplandor rojizo que arroja la chimenea.

Más tarde, un rumor que no se asemeja á ninguna voz conocida, llena de vibraciones la habitacion.

¿Qué es aquello?

CAPITULO II.

Una melodía de Schubert.

¿Será la voz del cielo, como ha dicho la loca?

Pudiera ser. Y digo esto porque no conozco nada que se pueda comparar con las voces divinas como la música, pues no es otra cosa lo que se percibe en la estancia.

El arco de un violin arranca á las cuerdas de este instrumento unas cuantas notas, que producen una melodía sin fin, un canto celeste, un torrente de armonías.

Una creacion inspirada de Schubert, uno de sus más bellos y sentidos trozos de música, es lo que ejecuta hábil é inteligentemente el profesor ó notable aficionado que toca en la habitacion contigua.

Éste, como ya lo habrán supuesto nuestros lectores, no es otro que Héctor, el cual hace ya algunos dias que se ha establecido en la casa de campo y ha comenzado á llevar á cabo el plan curativo propuesto por el médico árabe Side Mahomet Ben-ad-jé.

Héctor ha cobrado un afecto tan profundo y sincero á aquella familia, y ha tomado con tal interes y solicitud la curacion de la desgraciada María, que lo abandona todo para dedicarse única y exclusivamente al alivio y restablecimiento de aquellos séres, víctimas infelices de una infame calumnia.

Blas y Pepa le reciben con los brazos abiertos; la sonrisa en los labios y la alegría en el corazon, creyendo que su sola presencia va á traer la razon á la loca, como ha traido la tranquilidad á sus espíritus.

¿Hay en esta exagerada confianza más buen deseo que fundado motivo?

Positivamente.

Pero ¿puede suceder lo que su ciega fe cree?

¿Quién lo duda?

Los impulsos del corazon valen, por lo regular, más que los juicios de la mente, pues ésta calcula y aquél adivina, y entre el cálculo y el presentimiento hay la diferencia de que aquél es la luz que alumbra y éste el fuego que vivifica.

El jóven protector de aquella familia virtuosa puso por obra al dia siguiente de instalarse en la casa de su propiedad el método ordenado por el médico.

Al principio la música causó alguna extrañeza á la enferma, extrañeza que fué despues convirtiéndose gradualmente en sorpresa, en placer, en aficion, acabando por trocarse en necesidad.

Todos los dias á la misma hora Héctor hacía vibrar en el violin las más sentidas inspiraciones de Schubert, Weber, Haydn, Mozart, Bellini, Donizetti, Beethoven, y tantos otros maestros que han llenado el mundo de armonías y de consue-

los á la humanidad, las cuales oia con religiosa atencion y con creciente interes María.

La tarde á que nos referimos, la melodía que ejecutaba Héctor era de un efecto indescriptible; baste decir que era de Schubert.

¿Quién no ha oido las incomparables melodías de este gran maestro?

¿Quién no conoce esos aires sencillos, tiernos, inacabables, que adormecen el corazon en un mar de armonías, que traen á la memoria recuerdos de dichas pasadas y llevan al pensamiento sueños imposibles y esperanzas infinitas?

¿Quién no ha oido esos cantos que transportan el alma á otros espacios más extensos, más dilatados, más ideales, en donde los ojos no ven la extension que abarcan cortada por mezquinos horizontes, ni el cuerpo se roza con la materia que le circuye en la terrenal existencia, ni el espíritu se agita en el vaso impuro de nuestra carne, ni la conciencia lucha en el fangoso mercado de nuestras miserias sociales?

¿Quién no ha sentido brotar algo divino dentro de sí al escuchar esas cadencias interminables, que al concluirse la última nota parece que aún vibran en el aire, y continúan halagando nuestro oido, hasta que un ruido extraño á aquella fascinacion deshace la magia que nos envuelve?

No hablo con vosotros, felices mortales para quiénes la música es el ruido ménos incómodo que existe; me dirijo á los amantes de ese arte que los antiguos elevaron á la categoría de dios, llamándole Orfeo, y que, más poderoso que la palabra, ha sido, es y será el idioma universal de todos los pueblos.

No hay uno de los que sienten por la música una espe-

cial prediteccion, que no conozca las obras del gran maestro aleman.

Schubert es el rey de la melodía, del idealismo, del sentimiento.

Nadie como él conoce la manera de exaltar nuestra imaginacion; nadie como él sabe inspirar la idea de lo infinito en nuestro sér; nadie como él comprende el modo de herir las fibras más delicadas de nuestro organismo.

Quien tal sabe y tanto siente, bien merece que le consagremos algunas líneas.

Dispensa, pues, lector, que haya hecho esta ligera digresion.

El hombre que la ha inspirado es digno de que al nombrarle se le salude respetuosamente y se le alabe; mucho más si el que le cita, como me sucede á mí, es uno de sus admiradores.

Al oir las primeras notas que despide el instrumento pulsado por Héctor, Blas se levanta en su butaca, como si un resorte mágico le moviese, y clava la vista en su hija. Pepa va á colocarse al lado de su esposo, y María comprime la respiracion, abre desmesuradamente los ojos, y se pone en actitud de escuchar aquel conjunto de sonidos que ella ha dado en llamar voz del cielo.

¡Pobre María!

Allí, en un rincon de la sala, inmóvil como una estatua, con la pupila fija, la mirada lúcida, la boca entreabierta, el oido atento y estrechando á la niña entre sus brazos, parece más bien una vision creada en la calentura de un delirio, que un sér de este mundo.

¿Qué pasa entónces por el alma de aquella infeliz? ¿Se sabe acaso?

La desgraciada María, cuando oye la música, ¿es acometida de un acceso de locura ó es presa de un vértigo de dicha suprema?

Al principio parece lo primero, pero despues casi se puede asegurar que es lo segundo.

Sus padres así lo comprenden, y en esta creencia espian el menor de sus movimientos, con la esperanza de que alguno de ellos les haga entrever cómo se enciende la luz de la razon en su extraviada inteligencia.

Con este motivo no se atreven, cuando llega aquella hora, ni á hablar, ni á hacer el más insignificante ruido, pues así como María está pendiente de las vibraciones que llegan á la habitacion, sus padres lo están de la actitud que ella toma y de las miradas que dirige.

¡Qué cuadro tan triste y tan interesante á la vez! ¡La esperanza, flotando trabajosamènte por entre un mar de armonías, en busca de un rayo de luz que alumbre el apagado pensamiento de una demente!

María, aquella tarde ó alborada de la noche, se muestra más abstraida que nunca.

A las primeras notas enmudece y se queda inmóvil; mas luego, cuando la melodía va desarrollándose y repitiéndose en cien formas distintas, la rigidez que han tomado sus facciones va dulcificándose; su mirada toma un tinte más suave, su pecho respira tranquilamente, su cabeza comienza á mecerse con blando movimiento sobre su cuello al compas de la música, y su cuerpo recobra la morbidez que ántes tenia.

Cuando el violin exhala su última armonía, una celeste sonrisa se dibuja en los puros labios de la desventurada loca.

Poco despues se queda dormida.

A haber sido curiosos, hubiésemos podido ver en las altas horas de la noche, que aún vagaba por sus labios aquella sonrisa.

CAPITULO III.

Preludios.

Al dia siguiente María se levanta muy temprano.

Acaba de salir el sol por entre un pabellon de nubes de colores.

La tierra, humedecida por el rocío de la noche, absorbe el tibio calor que despiden los rayos del padre del dia.

Los pájaros trinan en los árboles, y las campanas tañen á lo léjos.

Las sombras deshacen sus invisibles mallas, y las nubes se pierden en la extension de los cielos.

El dia que comienza es un verdadero dia de primavera.

María, no bien se levanta, se dirige á la huerta y se pone á pasear.

Su semblante parece animado por una alegría desconocida, por un placer interior, pues nada de lo que la rodea atrae su atencion.

Absorta en sus pensamientos, camina á la ventura, sin apercibirse de los objetos que encuentra á su paso.

De cuando en cuando se detiene, unas veces para oir el murmurio del agua que riega el jardin, otras para escuchar el canto de las aves que revolotean por los árboles, y las más para atender á alguna voz secreta y misteriosa que murmura dentro de sí extrañas armonías.

El que la hubiese visto habria encontrado algo nuevo en su fisonomía; sobre todo, le hubiese admirado la dulce sonrisa que acariciaba su boca.

¿En qué va pensando la pobre María?

Al llegar á la plazoleta de los álamos, Héctor la sale al encuentro.

María se detiene, y fijando su perdida mirada en él, le dice:

—¿Dónde vas? ¿Buscas la voz? Yo he recorrido todo el jardin, y no la he encontrado.

—¿La voz?

—Sí, la voz del cielo; la que suena todas las noches. ¿Tú no la has oido?

—No.

—¿No? ¿Y vives aquí?

—Pero ¿qué voz es esa?

—Ven; escucha.

Y al mismo tiempo que dice estas palabras, coge una mano de Héctor y le conduce á un banco, en el cual se sientan.

El jóven la mira con asombro y con interes.

La loca continúa:

—Mira, todas las noches, cuando el sol se esconde por

aquellos montes, y las flores cierran sus hojas, y el cielo se pinta de negro, un ángel canta en los aires y se acerca á mi oido, y le cuenta á mi alma historias de amor. Yo me afano por verle y él se oculta á mi vista; yo quiero seguirle cuando él se va volando por el espacio, y no puedo moverme del sitio en que me encuentro; yo quiero llamarle, y la lengua se me pega al paladar. ¿Por qué será eso?

—Eso puede ser exceso de cariño.

—¡Cariño! ¿Tú crees que él me ama?

—¿Y por qué no?

—Es verdad: él debe quererme cuando viene á alegrarme. ¡Si tú supieras el bien que me hace! Yo cada vez que le oigo siento una emocion nueva. Su voz tiene tal encanto, que puebla el aire de armonías, la cabeza de ilusiones y el corazon de esperanzas. Mis ojos ven campos sin fin, montañas cuyas cumbres tocan en el cielo, árboles cuyas copas se pierden en las nubes, estrellas cuya claridad llega hasta los abismos, espíritus cuyo poder es más fuerte que el amor...

—¡Pues qué! ¿el amor es fuerte?—dice interrumpiéndola Héctor.

—Sí, es fuerte, es poderoso, es omnipotente, es inmortal. ¿Quién sino él ha encadenado mi alma y ha turbado mi conciencia?

—¡Cómo! ¿Usted ama?

—¿Pues no lo conoces?

—¿Y á quién?

—¿A quién ha de ser? Al ángel que viene á regalar mis oidos todas las noches y me cobija entre sus alas durante mi sueño.

—Pero ¿usted le ha visto?

—No. ¿Necesito verle acaso? Ahora le he buscado por todo el jardin y no he podido encontrarle.

—¿Y cómo encontrarle, si no sabe usted quién es?

—Es verdad. Pero ¿tú crees que si yo le viera no me lo advertiria mi alma? Mi corazon me diria en seguida: «Mírale; ahí está; es él.»

Héctor va á contestar, pero las palabras se ahogan en sus labios al ver aparecer de pronto en la plazoleta á Side Mahomet, el cual, acercándose al jóven, le dice:

—No se mueva usted y prosiga la conversacion, como si yo no estuviese aquí.

María, al oir la voz del médico, alza la vista, la fija en él y exclama:

—Éste no es, no, el que yo veo todas las noches, á todas horas, siempre...

—¿Y éste?—pregunta el javanes, señalando á Héctor.

—¿Éste? ...

Y la loca concentra su mirada en el rostro del jóven.

Despues de un momento de observacion levanta los hombros, encoge los labios, y sin dejar de mirarle, se va separando de su lado, hasta que se la ve desaparecer pensativa y recelosa por una de las calles de la huerta.

—¿Qué es esto, doctor?—dice Héctor sorprendido.

—Esto es el principio de su curacion y los preludios que anuncian la armonía que va á volver á establecerse en sus facultades mentales.

—¿Será posible?

—Todo es posible, jóven; podrá ser más ó ménos difícil,

pero no hay nada que se resista á la accion del hombre cuando ésta es el resultado de la ciencia y de la fuerza de voluntad.

—En ese caso, ¿podré esperar que mi trabajo no sea infructuoso?

—No es estéril jamas un buen deseo.

—¡Usted me da la vida!

—No tanto. Yo le doy una esperanza; la vida se la dará el amor.

—¡El amor! ¿Y de quién?

—El de la mujer en quien usted está pensando en este instante.

—Doctor, eso es un delirio.

—Bien; el tiempo lo dirá. No tengo empeño en convencerle, porque el transcurso de algunos meses se encargará de darme la razon.

—Mucha seguridad demuestra en sus pronósticos, querido doctor.

—Eso prueba que tengo mucha fe.

—Pero la fe se tiene en lo que hace referencia á uno mismo.

—Y á los demas tambien.

—¿Cómo es que á mí no me sucede eso?

—Porque usted no cree todo lo que dice, ni dice todo lo que cree.

. . . .

. . . .

Cuando parte el médico y Héctor se queda solo, permanece un gran rato cabizbajo y distraido.

¿Qué suceso le preocupa? ¿Qué pensamiento bulle en su imaginacion?

Miéntras tanto, María va por el jardin, cantando un trozo de la melodía de Schubert, que se complace en recordar y repetir.

¿En qué piensa ella? ¿En quién piensa él?

CAPITULO IV.

Una sonata de Haydn.

Llega la noche.

La luna derrama sobre la tierra la poética luz de su casta frente.

La brisa se hace pesada, caliente y bochornosa.

Blas, Pepa, María y Enriqueta ocupan los mismos puestos que acostumbran en la habitacion.

Vuelve á sentirse el violin.

Detengámonos un momento.

María, al contrario que las otras noches, está triste.

Sus párpados, medio cerrados, velan una mirada de infinita ternura.

Sus labios, ligeramente entreabiertos, dejan escapar con alguna frecuencia fatigosos suspiros.

Sus brazos estrechan con amor el delicado cuerpo de la hija de Angela, y alguna vez se conmueve nerviosa ó convul-

sivamente y toda ella se agita á intervalos de una manera extraña, como si su sér estuviese bajo la presion de una influencia magnética.

A primera vista cualquiera diria que duerme; sin embargo, fijándose un poco, se puede ver que su alma está en vela y es presa de un poder desconocido.

Sus padres, que tienen los ojos fijos en ella, están asombrados y aturdidos, pues no saben si es mal físico ó lucha intelectual la que se ha apoderado de María.

En este estado, se deciden á preguntarla lo que tiene, cuando suena el violin y ahoga la voz en sus gargantas.

Blas y Pepa enmudecen y esperan.

La loca se estremece y abre los ojos como con temor.

Los penetrantes sonidos del instrumento que pulsa Héctor vibran en aquel gabinete de una manera solemne y augusta.

El silencio más profundo reina en la estancia, lo cual, unido á la situacion especial en que se encuentra los ánimos, contribuye á que las notas de Haydn caigan en los oidos de aquella familia con la pesadez con que se desprende la piedra del monte, y con la majestad con que retumba en el espacio el trueno.

Eso, sin contar con que la música de Haydn es ya de por sí imponente y convida á la meditacion.

Hay tal uncion religiosa en su conjunto, tal misticismo en sus melodías y tal magnificencia en sus cantos, que parece que se ha escrito para ejecutarse en las misteriosas y sombrías bóvedas de los templos, ó en los recintos en donde no se escuche la voz del mundo y sólo se deje sentir con todo el peso de su majestad la voz de la naturaleza.

Es menester separarse de todo lo profano y recoger el espíritu, para comprender la sublimidad de esas concepciones, que nos hacen pensar en lo infinito, en la inmortalidad, en Dios, y nos dejan vislumbrar al Hacedor de todo lo creado en medio de un mar de luz y de armonía.

Oyendo á Haydn, el pensamiento ve en sus vuelos la escala mágica que soñó Jacob, y que partiendo del corazon del hombre va á esconderse en las profundidades del cielo y en los abismos de la inmensidad; escuchando sus imperecederas creaciones, el alma abarca lo pasado, domina lo presente y adivina lo porvenir.

Pero no divaguemos.

Hemos dicho que María está triste y no hemos dicho la verdad.

María está sufriendo.

Los aires que da al viento el violin sacuden su espíritu como corrientes eléctricas.

El encanto de la música ha producido un desconcierto en su inteligencia.

La armonía del canto ha acabado por desarreglar completamente sus facultades mentales.

Esta lucha, que comienza entre los varios elementos que á la vez se combinan y se rechazan dentro y fuera de sí; ese extraño desacuerdo que se ha establecido entre la voz exterior, que se manifiesta por medio de la música, y la voz interior, que se revela por medio de la idea que empieza á germinar regularmente en su cerebro; ese fenómeno patológico que patentiza la doble existencia de la razon y de la locura, ¿es el principio de la crísis que se opera en su enfermedad, ó es un

signo evidente de la imposible curacion de su mal? Lo ignoramos; aunque casi nos atreveriamos á asegurar que es lo primero.

El espacio que media entre la razon y la locura y viceversa, es un punto imaginario.

La línea divisoria que las separa no se conoce hasta que una de las dos se sobrepone á la otra.

Son dos polos, cuyas órbitas se confunden y se compenetran.

De aquí la dificultad de distinguirlas y la facilidad de cambiarlas.

¿Quién acierta á señalar en las dos creaciones gigantescas de Cervántes cuál es el sentido comun y cuál la extravagancia en la mayor parte de las situaciones en que se presentan los dos célebres personajes?

Y por el contrario, ¿quién no acierta á comprender la manera sencilla, y más que sencilla, simple, con que se pasa de un estado á otro?

¿Quién no ha comprobado este hecho, lo mismo en la vida ordinaria del individuo que en la marcha política y social de las naciones?

¿Quién no ha presenciado esos acontecimientos ruidosos, extraordinarios, de los pueblos, que los han transportado de la noche á la mañana de las esferas del gobierno al caos de la anarquía?

¿Quién no recuerda haber leido ú oido el modo incomprensible é inverosímil con que la Francia, en medio de los vértigos de su locura revolucionaria, proclamaba la santidad de la diosa Razon?

¿Por ventura era razon aquella demencia, ó se habian llegado á confundir las dos de tal modo que no se conocia cuál era el verdadero carácter de cada una?

¡Pobre humanidad!

¿Quién va á descifrarlo?

Misterios son esos que prueban la pequeñez del hombre para sondear el orígen de ciertas causas.

Nosotros no tratamos de indagar su procedencia: hacemos constar el hecho y esto nos basta.

Continuemos, pues.

La última nota de la sonata de Haydn se pierde en el vacío; pero al extinguirse su última vibracion, una nota del alma, un ¡ay! arrancado al dolorido pecho, juntamente con un profundo suspiro, suena en la habitacion.

Aquella nota, humana en la forma y divina en su esencia, la ha exhalado María.

Pepa, al sentir la voz de su hija, corre á su lado, y Blas se conmueve ligeramente.

Héctor aparece en el gabinete, como atraido por el irresistible poder de aquel gemido que ha llegado débilmente hasta sus oidos.

María de pronto y como movida por un resorte se pone en pié y se dirige á su alcoba, en cuya cama deposita con maternal cuidado á la niña.

Despues la contempla un breve rato, pasado el cual, y pronunciando inarticuladas voces, cae de rodillas junto á la cama, cogiéndose la cabeza con entrambas manos, y dando lastimeros ayes y dolorosos gemidos.

Héctor, al verla en aquella situacion, manda ensillar un

caballo, y parte á galope para Madrid en busca de Side Mahomet Ben-ad-jé.

La misma noche, el médico árabe, estrechando las manos de los padres de María, dice solemnemente:

—Ella curará. ¡Dios lo quiere!

CAPITULO V.

Crisis.

Amanece lluvioso el dia.

Nubes cenicientas se amontonan en el espacio, y gruesas gotas se desprenden de sus hinchados senos.

Una brisa pesada, sofocante y húmeda mueve perezosamente las plantas, que inclinan sus hojas hácia la tierra, agobiadas bajo el peso de la densidad del aliento que aquélla les envia.

El sol, óscurecido por las nubes, tiñe la superficie de la tierra con los pálidos matices de una lúz amarillenta.

La naturaleza parece que está muerta, y que el cielo llora por su tumba.

La tristeza de abajo se comunica con la de arriba.

¡Qué armonía tan melancólica presenta la creacion á los ojos del poeta, ávidos de emociones!

La alcoba de María tambien ofrece un aspecto triste y doloroso.

La luz moribunda de una lámpara vierte una débil claridad, que apénas hace perceptibles los objetos.

Las miradas de las personas que rodean el lecho de la enferma tambien están apagadas, las unas por el llanto, las otras por el insomnio.

En aquel recinto nada se oye, á no ser el chisporroteo de los leños que consume el fuego en la chimenea, y el acompasado tictac de un reloj.

María descansa, despues de haber pasado la noche angustiosa y excitada.

Enriqueta duerme, abrazada al cuello de la loca.

Blas y Pepa, rendidos de fatiga, han reclinado sus cabezas, el uno sobre el respaldo de la butaca, y la otra sobre la cama de su hija.

Héctor y Side Mahomet callan, pero están en vela.

Cuando se vislumbra el dia á traves de los cristales del balcon, salen de la alcoba y se acercan á la chimenea, en donde se acomodan muellemente en dos sillones.

Héctor está pálido, y no aparta la vista de los ojos del médico.

Side Mahomet permanece impasible; al parecer, todo lo que le cerca le es indiferente.

Los dos ofrecen un contraste notable.

El jóven es todo ansiedad, zozobra y sobresalto; el viejo es todo desden, frialdad y despego.

Aquél es el sentimiento, éste la insensibilidad: el uno es el movimiento, el otro la inercia; el europeo se agita por la fuerza de la pasion; el africano se mueve por la fuerza de la necesidad.

Estos dos personajes, importantes en la narracion de los sucesos á que nos referimos, están largo rato sin dirigirse, ni áun por cortesía, la palabra.

Héctor es el primero que, deseando romper el silencio, habla de este modo:

—Doctor...

—¿Qué?

—Si no le molestase, me atreveria á preguntarle cuál es su opinion sobre la crísis que atraviesa la enferma en estos momentos.

—Es usted muy desconfiado.

—No. Soy muy buen amigo.

—¿Y nada más?

—¿Por qué hace usted esa pregunta?

—No quiero sér indiscreto, y la retiro.

—No lo he dicho yo por tanto.

—Aunque así sea, la doy por retirada y paso á contestarle. La ciencia, como todo lo humano, no es perfecta; y sobre todo, el hombre que se dedica á ella no es infalible. Cuanto se diga en este momento será siempre aventurado. Yo podré, fundado en los conocimientos que poseo y que una larga práctica y un mediano estudio me han enseñado, formular algunas suposiciones y hacer algunos cálculos sobre el desarrollo y resolucion que pueda tener la crísis de esta enfermedad; pero estarán cimentados en polvo y levantados en el aire, pues el primer elemento con que se debe contar es su naturaleza, y en este instante no lo podemos apreciar debidamente. Si su organizacion quede resistir la sacudida que va á experimentar, ó mejor dicho, que está experimentando, es seguro que reco-

brará la razon, y con la razon la vida; pero si desgraciadamente...

—Así lo he comprendido; no concluya usted. Pero yo pregunto otra cosa.

—¿Qué quiere usted saber?

—La opinion de usted, prescindiendo por completo de conjeturas y cálculos.

—¿Y si yo no tengo ninguna?

—Eso no es posible.

—¿Y por qué no? Más le diré á usted, y no crea que me chanceo: en esta cuestion es más fácil que vaticine usted la verdad que yo.

—¡Doctor!

—Lo dicho. En primer lugar, usted ha sido la causa inocente de la locura de esa niña; hoy es usted el que ha producido la crísis que la ha de perder ó la ha de salvar; en este momento, usted más que nadie piensa en el porvenir de María. ¿Quién puede acertar, pues, con mayor fundamento? ¿El que espera y sueña, y en su febril impaciencia pregunta á su corazon y éste le responde, ó el que no tiene á quien interpelar sino á su conciencia, y ésta se niega á contestar, y se abisma en el piélago de la duda?

—Sin embargo...

—No, amigo mio. El alma tiene revelaciones que nunca se adquieren por medio de la meditacion y el estudio, y esas revelaciones son las armonías que establece el sentimiento entre los seres que se han amado, que se aman, ó que están próximos á amarse.

—Mas ¿quién asegura que...

—No soy curioso. Dirija esa pregunta á su corazon, y él le contestará.

Héctor no sabe qué decir.

¿Lee el javanes en su interior, ó su modo de obrar le hace traicion?

Este pensamiento, que le asalta de repente, interrumpe la conversacion por algunos minutos.

Side Mahomet la vuelve á reanudar.

—Está usted preocupado,—le dice.

—Me he distraido; dispense usted.

—El dia va avanzando, y es menester pensar en lo que se ha de hacer.

—Tiene usted razon.

—Hoy será un dia terrible para la enferma; es necesario que usted se prepare.

—Estoy dispuesto á todo.

—La situacion de María exige que no se la abandone un momento. La compañera que ha de tener cerca de sí, no ha de ser otra que la música. Regale usted, pues, su oido con un torrente de armonías; lleve á su alma un rayo de inspiracion; inunde su inteligencia con un océano de dulcísimas notas; haga llegar á su espíritu la voz del cielo, envuelta en un raudal de infinitas melodías, y entónces... María se habrá salvado.

No ha acabado aún de pronunciar estas palabras Side Mahomet, cuando se percibe un débil gemido en el interior de la alcoba.

El médico se levanta.

Héctor le imita.

Poco despues se oye armoniosamente en la estancia el eco celestial de una voz infantil.

Es la voz de Enriqueta.

Luégo se percibe el ruido de un beso.

Más tarde *la voz del cielo* se deja oir en la habitacion.

¡Cuántas armonías juntas!

CAPITULO VI.

A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Querido lector, por un momento voy á distraerte del poco ó mucho interes que te inspira mi libro, para contarte lo que no sabes y lo que he ofrecido decirte.

Hace unos dias, ó por mejor decir unas noches, me hallaba yo en uno de los pasillos del teatro Real fumando un cigarro, cuando sentí que una mano, al parecer amiga, cayó familiarmente sobre mi hombro.

Vuelvo la cabeza, y efectivamente, me encuentro *tête á tête*, como dicen los hijos de San Luis y tambien muchos españoles, con un íntimo amigo y paisano.

—¡Tú en el Real!—me dice con superlativo asombro.

—Sí, chico. He venido á ver *Fausto*, y te confieso que no comprendo una *nota* de música tan sábia.

Mi amigo iba sin duda alguna á darme el epíteto de profano, pero la palabra se ahogó en la garganta y me envió una sonrisa.

—Es una música sublime, y Gounod un gran maestro, que conoce á la perfeccion las reglas de la armonía; no hay en toda la partitura una sola nota que esté en discordancia con el tema general de la obra; es una gran música, es una gran ópera. Yo la oiré tantas noches como la canten.

Esto me contestó mi amigo, cuya pasion por la música es tan grande, que es muy capaz de defender á Mozart, Beethoven y Haydn con más calor que un vendeano á su rey; y en hablándole de Bellini y Weber se encoleriza como un tribuno del tiempo del terror.

Porque mi amigo, en una palabra, es acérrimo partidario de la música clásica, sublime, de lo bello de la ritmopea, sea del país que fuere.

En música es cosmopolita; admira la armonía de los maestros alemanes, se entusiasma con las melodías de los italianos, y aplaude con furor los aires nacionales, cuando los españoles los emplean con arte y talento.

Despues de las citadas apreciaciones sobre la ópera *Fausto*, que, por otra parte, me guardé bien de contradecir, mi amigo me habló de este modo:

—Estoy leyendo tu novela.

—¿Cuál de ellas?—le pregunté.—Porque publico cuatro á la vez.

—*La Calumnia*,—me respondió, ahuecando la voz.—

—¡Líbrete Dios de ella!

—Pues sí; la estoy leyendo, y veo que te propones curar la locura de María por medio de la música. Esa idea me gusta.

—Aunque no soy muy inteligente,—le contesté,—creo

que en los establecimientos de enajenados sería muy del caso ensayar la música como medio curativo para los pobres locos.

—Estamos conformes.

—La música—repuse—tal vez no cure á los dementes; pero es indudable que les consuela. Si en las enfermedades del cerebro, como opinan algunos médicos, se observa casi siempre una insensibilidad aparente, la música, que es para mí una voz divina que habla al alma y al sentimiento, que conmueve, que interesa, que arranca, por decirlo así, lágrimas á los ojos y suspiros á los labios, siempre sería un bálsamo para los pobres enfermos. En cuanto á que los dementes no son extraños á la armonía, tenemos una prueba de ello en el Instituto Manicómico de San Boy del Llobregat, donde nuestro amigo Alejandro Fournier, el célebre concertista, en seis méses de permanencia en el citado establecimiento ha hecho de veinte locos que no conocian las notas, veinte profesores, que forman en la actualidad una regular orquesta; lo cual, ademas de distraer á los enfermos de sus horribles padecimientos, de su lamentable desgracia, entretiene á sus compañeros de infortunio.

—Si mal no recuerdo,—volvió á decir mi amigo,—tú tienes algo escrito de una obra teatral, en la que pretendes probar que es altamente humanitario enseñar música á los pobres locos.

—Sí,—le dije;—espero pronto darla á la escena con el título de *El Manicomio modelo*, cuya música he encomendado á mi amigo el maestro Rogel.

—Me gusta la idea,—repuso mi amigo;—y si no temiera ofenderte, te pediria un favor.

—Pide lo que quieras.

—Tú sabes mi pasion por la música; y puesto que en tu novela *La Calumnia* te propones, en el libro *La voz del cielo*, hablar mucho de música, ¿quieres que escriba algunos capítulos? Yo sé que la proposicion no es aceptable, pues por lo general, todos los que vivimos de la pluma tenemos la vanidad de creer que nadie sabe interpretar nuestros pensamientos como nosotros mismos. Ademas, yo no sé lo que tú piensas decir en ese libro; pero explicándome el argumento, y sobre todo, con la condición de romper lo que no te guste, tendré sumo placer en escribir algunas cuartillas, porque me agrada la idea de curar á María por la música.

La modestia ha tenido, y tiene para mí, un atractivo poderoso.

Mi amigo, por otra parte, sabe lo que escribe, como lo ha demostrado en las dos novelitas que publicó hace poco con los títulos de *Brisas del mar* y *Hojas de un libro.*

Ademas, nunca el asqueroso gusano de la envidia ha roido mi corazon.

En mis novelas he citado con placer y con elogio á muchos amigos, algunos desconocidos del público y otros con un nombre literario.

Esto me ha proporcionado la enemistad de todos aquellos que no he tenido ocasion de sacar de mi tintero.

Pero no importa; yo sigo mi marcha sin quejarme por los saetazos que me dirigen.

Desde muy niño me hicieron comprender que un adarme de vanidad oscurecía una arroba de talento.

A pesar de mi proceder, se me calumnia, se me cree capaz

de aconsejar á los editores que no tomen obras de autores desconocidos.

Yo desprecio esas apreciaciones, que me demuestran que los que me las dirigen no me conocen, porque al hombre que tiene que escribir diez entregas semanales no le queda tiempo para ocuparse de los demas.

Por esa razon hablé en *La Caridad cristiana* de todos mis antiguos amigos del café Suizo; en *El Cura de aldea*, de mi querido Pedro Yago; en *Las Obras de misericordia*, de Entrala, y en *La Calumnia*, admitiendo la proposicion que mi querido amigo Carmelo Calvo y Rodriguez me hizo en los pasillos del teatro Real, doy cabida á los cinco capítulos que en el libro *La Voz del cielo* habrás leido, querido lector, con los títulos de *El crepúsculo de la tarde*, *Una melodía de Schubert*, *Preludios*, *Una sonata de Haydn* y *Crísis*.

Dios quiera, lector querido, que cuando termines la lectura de mi novela *La Calumnia* exclames: «Lo que más me gusta son las páginas del libro duodécimo, que escribió el autor de *Brisas del mar*.»

¡Ojalá la novela nacional se aclimate en España, y todos esos jóvenes desconocidos, pobres mártires abrasados en su juventud por el fuego del genio, tengan fe para esperar el fausto dia en que el sol de la reputacion refleje sobre sus nombres, en que el aura de la popularidad oree sus frentes!

Despues de esto, lector y dueño mio, tornemos á la novela; que aunque estas páginas te parezcan un robo, no lo son en realidad, pues cumplo con un deber de conciencia, y sorprenderán no poco á mi amigo Carmelo Calvo y Rodriguez, que me exigió que guardara el anónimo.

Pero yo, que respeto su modestia, tengo la buena costumbre de tener muy presentes aquellas palabras que Jesucristo dijo á los fariseos:

«Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.»

Ahora, querido Carmelo, si este capítulo te ofende, dispensa á la amistad si lanzo tu nombre al público; pero debe consolarte la idea de que en este mundo, el que sueña con esa vida de la *representación*, necesita que su nombre se vea pegado por todas las esquinas á la altura del anuncio de un sacamuelas, un banco de economías ó una nueva fábrica de chocolate colonial.

La popularidad de un nombre no es otra cosa que un reloj de repetición.

Dios quiera que á fuerza de repetir el público las letras de que se compone el tuyo, llegue á ser tan conocido como el de aquel sabio que descubrió un nuevo mundo.

CAPITULO VII.

La esperanza, la duda y el desaliento.

La loca se arrodilla sobre el lecho apénas las primeras notas del instrumento que ella llama *voz del cielo* llegan á sus oidos.

La madre, viendo en descubierto el virginal pecho de su hija, se levanta sobresaltada para taparla, pero Side Mahomet, cogiéndola por un brazo, la dice:

—¡Por Dios, señora, no se mueva usted!

El rubor que en otro tiempo hubiera asomado á la frente de María aparece entónces en el pálido rostro de su madre.

—El médico no es un hombre cuando ejerce el sacerdocio de la medicina,—dice Mahomet, comprendiendo el rubor de la señora Pepa.

Ésta se deja caer en la misma silla, y se cubre la cara con las manos.

Blas, ménos escrupuloso que su mujer, no aparta los ojos

del médico, en quien tiene una ciega confianza, porque, gracias á él, comienza á valerse de las inútiles piernas.

La loca, miéntras tanto, va inclinando poco á poco la cabeza hácia la pared, detras de la cual oye la dulce melodía que llena de encanto su alma, insensible hasta entónces.

—¡Oh! ¿Por qué no la oigo siempre?—dice.—Cuando esa voz del cielo se extingue, queda un vacío en mi corazon y un dolor agudo en mi cerebro. ¡Angel de mi vida, no me abandones!...

Y María, colocando el dedo índice de la mano izquierda sobre sus labios, extiende el brazo derecho hácia la niña Enriqueta, que duerme á los piés de su cama con ese sueño dulce y tranquilo de los justos.

—La voz está allá y el ángel aquí,—dice.—Que no despierte; dejadle dormir. Su sueño es dulce, como el eco de esa armonía que llega á mi alma.

Mahomet no aparta los ojos de la loca, miéntras la pobre Pepa llora, y el honrado Blas, con las manos juntas, suplica á Dios derrame en la mente de su hija un rayo de luz.

Transcurren algunos minutos.

Los melodiosos y ligados acordes del violin poetizan el melancólico silencio que se extiende por los ámbitos de la habitacion.

El alma inspirada de Weber flota en el ambiente que se respira, y su dolorosa melancolía se filtra insensiblemente en el corazon de la pobre loca.

Side Mahomet parece olvidarlo todo. Sólo tiene vida en los ojos, y éstos observan con tenacidad todos los gestos, todos los movimientos de la enferma.

Un hombre observador, uno de esos grandes fisonomistas, hubiera podido adivinar los pensamientos que cruzaban entónces por la mente de aquel hijo de las selvas, dedicado á la difícil ciencia de Hipócrates.

—¿Será éste el momento oportuno?—piensa Side Mahomet.—¿Estará bastante saturada de ternura, de sentimiento, el alma de esa jóven, para hacerla sentir el duro contraste que, segun mi plan, debe darle la razon ó tornarla á su primer estado de insensibilidad? La niña duerme. ¡Oh, miserable condicion del hombre! ¡Vanidad injustificada de la criatura! Quiere comprenderlo todo, y no puede leer en el gran libro de la vida. Se cree elevado á la altura de los gigantes, y es un pigmeo. Sueña en la gloria, y habita en el barro, como gusano que es.

Las reflexiones del médico tienen su fin, como todas las cosas de esta vida fugaz y pasajera.

Cesa la armonía.

La loca, exhalando un gemido, deja ver en sus labios una sonrisa.

—¡Una lágrima! ¡una lágrima!—exclama el médico, olvidándose de la gente que le escucha.

María oye la exclamacion de Side Mahomet, y prorumpe en una carcajada, dejándose caer en el lecho; coge á la pequeña Enriqueta, y se pone á cantar con dulce, pero alegre entonacion.

Entónces el médico, como el gladiador que se ve vencido en la lucha, exhala un suspiro, y murmura en voz baja:

—No era tiempo todavía; he hecho bien en detenerme.

Poco despues Héctor entra en la habitacion.

Le basta dirigir una mirada para comprender el desaliento, la tristeza de tódos los corazones.

Despues, si le quedara alguna duda, el canto monótono de la loca lo explica todo.

—Doctor...—dice, como dirigiéndole una pregunta.—

—El sentimiento busca un nido en su alma; pugna por entrar y no puede,—responde Mahomet.—¡Oh! Tengamos fé: sólo ella puede conducirnos al logro de nuestros deseos.

Héctor exhala un suspiro y dirige una mirada llena de ternura á la enferma, que le saluda con una sonrisa.

—Puede usted vestirla,—dice el médico dirigiéndose á la madre;—que pasee por el jardin.

Y haciendo una seña á Héctor, abandonan la habitacion.

Poco despues sale tambien el anciano Blas, apoyado en el brazo en un criado.

La ciencia del doctor árabe ha sido más provechosa para él que para su hija.

Héctor y Mahomet se pasean por el jardin cogidos del brazo.

—Amigo Mahomet,—dice Héctor,—comprendo el inmenso interes que se toma usted por la enferma, y veo que desgraciadamente no se consigue el resultado satisfactorio que se desea.

—Sólo hace dos meses que me he encargado de su curacion,—responde el médico.

—¿Eso es decir que usted no pierde la esperanza?

—Nunca, jóven; si la esperanza me abandonara, dejaria de visitar enfermos. Pero tal vez yo no pueda ver la completa curacion de María.

Héctor mira al médico, no comprendiendo las palabras que le dirige.

—Pienso partir muy pronto de Madrid. He recibido esta mañana cartas urgentes de Alemania, donde deben reunirse médicos para tratar de la enfermedad de una persona de la familia real. Yo estoy invitado á ese congreso, donde va á juntarse la ciencia médica del universo.

—¡Partir sin curar á María!—exclama Héctor.

—Ántes emplearé el recurso extremo.

—¡Oh! ¡Sí! ¡sí! Lo que usted quiera, con tal de que recobre la razon.

—En la India, como en todos los países donde un sol de fuego cae sobre la tierra, se padecen frecuentes ataques de enajenacion mental, especie de insolaciones que conducen á la locura más desesperada. Pero la naturaleza es sábia, y coloca el remedio junto á la enfermedad; y en sus bosques se crian unas hojas de color oscuro, viscosas, que colocadas en forma de casquete en el cráneo del enfermo, le producen un sueño que dura cuarenta horas. Al despertar, la locura ha desaparecido.

—Pero ¿esas hojas...—pregunta Héctor con interes.

—Yo las tengo; pero las creo inútiles para esa jóven.

—¿Podian producirle mayor daño?

—No.

—Pues entónces...

—Mañana se le aplicarán; pero, vuelvo á repetirlo: es un remedio que lo considero insuficiente; sin embargo, apelarémos á él.

—¡Oh! ¡Dios quiera que se logre salvarla!

Héctor coge maquinalmente una de las manos del médico

y la estrecha con entusiasmo contra su pecho, demostrándole su agradecimiento.

Mahomet contempla al jóven con la sonrisa en los labios.

—Héctor,—le dice con esa bondad que emplea un padre para manifestar á un hijo que ha descubierto un secreto de su corazon,—¿ama usted á María?

El jóven duda por un momento, y al fin exclama:

—Sí, doctor. ¿A qué ocultarlo por más tiempo? La amo, hasta el punto de ser una necesidad de mi vida. Si recobra la razon, si me ama ella á su vez, la haré mi esposa. Si la suerte quiere que baje al sepulcro sin encontrar la salud de su cerebro, seré su hermano, viviré á su lado, procurando hacerla ménos amarga su desgracia. Así es que la sola idea de que usted puede abandonarnos, usted, que es mi única esperanza, me desespera. ¡Doctor! ¡doctor! ¡No parta usted miéntras ese ángel de la tierra no comprenda que la amo!

Mahomet estrecha con ternura la mano de Héctor y le dice:

—Ántes de ocho dias será usted feliz ó perderá todas las esperanzas.

Despues el médico abandona la casa, y Héctor se queda meditabundo en uno de los senderos de la huerta. Luégo se encamina maquinalmente al sitio por donde tiene costumbre de pasear María con la pequeña Enriqueta.

Allí está la loca, más pálida que de costumbre.

Héctor fija en aquella jóven una dolorosa y detenida mirada.

María mantiene aquella mirada, enviándole á su vez otra vaga, indiferente, insensible.

—¡Ah!—exclama Héctor hablando consigo mismo.—Ella no me comprenderia, aunque yo la declárara mi amor.

—¿Has visto al ángel?—le pregunta la loca, acercándose algunos pasos.

—Sí. Hace poco vagaba alrededor del estanque,—responde Héctor maquinalmente.

—Entónces, dame el brazo y vamos á buscarle; tengo necesidad de verle; su voz me hace bien.

Y María, cogiéndose del brazo de Héctor, vuelve á decir:

—Vamos.

Y ambos se dirigen hácia el sitio indicado, seguidos de la pequeña Enriqueta, que cogida de la falda de María, camina á su lado con no poco trabajo.

CAPITULO VIII.

Una tempestad que se disipa.

Voluble como los vientos de Marzo suele ser á veces la pluma del novelista, y bien á pesar suyo; porque para que el tirano y exigente lector no borre de la memoria la marcha de los acontecimientos, tiene que cometer ingratitudes con los personajes que pone en juego, y dejar á unos para encontrar á otros.

Así pues, dejemos la casa de campo del camino de Vallecas y traslademonos al palacio de la calle de Alcalá, donde, si no es flaca tu memoria, recordarás que vive la hermosa criolla.

Serán, poco más ó ménos, las nueve de la noche.

El celoso negro se halla ausente, pues su ama, con el pretexto de que la primavera no está léjos y quiere pasar una temporada en su hermosa quinta de Villaviciosa, le ha mandado al pueblo para que se entere de lo que hace falta.

Así pues, Tula, tranquila por esta parte, aunque sobresal-

tada por la enfermedad de su esposo y la aparicion de Rafael en Madrid, espera al sabio Tanguay, que le ha ofrecido revelarla cosas importantes.

La impaciencia, ese movimiento continuo del espíritu, esa rueda que no cesa hasta lograr lo que espera, hace sin duda que la hermosa criolla dirija repetidas veces sus expresivos ojos á la esfera del reloj, que sigue impávido su marcha al cadencioso compas del péndulo.

Por fin y término de su inquietud y lógico resultado de todo lo que debe tener un desenlace, entra en la habitacion una doncella, anunciando que el doctor Side Mahomet Ben-ad-jé está esperando en la antesala.

Tula da órden de que éntre, y procura serenarse.

—Fiel á mi palabra, señora, vengo á ponerme á sus órdenes,—dice Mahomet inclinándose.

Tula, despues de dirigir una amistosa sonrisa al médico, especie de alianza con que brinda al que cree su enemigo, responde:

—No esperaba ménos, querido doctor. Tenga usted la bondad de sentarse á mi lado.

Mahomet acerca una silla al confidente que ocupa Tula.

—Estamos completamente solos,—le dice la criolla.

—¿Y el negro?

—Ha partido esta mañana para Villaviciosa, donde tenemos una casa.

—Enhorabuena.

—Daniel es un leal servidor, y como en la quinta donde pensamos pasar la primavera deben faltar muchas cosas...

—Ha hecho usted perfectamente, señora. Ese negro, por

razones que respeto, se toma demasiado interes en los asunto de su ama. Esta mañana ha tenido el atrevimiento de amenazarme.

—Perdónele usted, Tanguay; me ha visto nacer.

—Suplico á la señora que me dé el nombre con que soy conocido en España.

—El que usted guste, amigo mio, pues no tengo interes alguno.

Mahomet se inclina, como agradeciendo la concesion.

—¿Quiere usted que hablemos de nuestro asunto?—le pregunta Tula con marcada impaciencia.

—Para eso he venido, señora.

—Entónces...

—Comenzaré por decir que mi hijo Ibrahim...

—¿Tambien quiere usted que Rafael pierda su nombre?

—Rafael fué asesinado en los montes que cercan el rio Tinima; Ibrahim es mi hijo.

—Eso no podrá, ni convencerme, ni tranquilizarme nunca.

—¿Por qué, señora?

—¿A qué cambiar de nombre?

—Cuando se vive sólo en mundo; cuando se ha amado con todo el fuego de un corazon altivo, indomable, casi salvaje; cuando se recibe un balazo en el pecho y se casa la mujer que se ama, no es extraño que se cambie el nombre y se quiera olvidar el ayer, que sólo contiene un gemido de amor, un grito de amargura.

Tula no puede resistir la serena mirada de Mahomet, y baja los ojos.

El javanes continúa:

—Yo acababa de abandonar la ciudad de Puerto-Príncipe, y siguiendo la corriente del Tinimá, me dirigia hácia la costa, con intento de embarcarme para la India. Al llegar al paso de las Ánades... La señora debe recordar el nombre de este barranco.

Tula indica que sí con la cabeza.

—Pues bien; al llegar al paso de las Ánades, uno de mis perros se detuvo junto á una inmensa mata, y con sus aullidos y recelosas vueltas parecia indicarme que algo habia de extraordinario detras de la maleza. Entónces mandé á uno de mis criados que reconociera el terreno, y encontrámos un hombre, al parecer cadáver, cubierto de sangre. Era Rafael; era el infeliz hijo de Quesada el mulato, del colono más honrado de la comarca, del amigo más consecuente de los desgraciados negros.

Tanguay, que pronuncia sus palabras con una calma terrible, suspende por unos segundos su relato, como para observar el efecto que causan á Tula.

Luégo continúa de este modo:

—Eché pié á tierra, y reconocí el cuerpo de Rafael; tenia un balazo en el pecho, pero su corazon latia. Indudablemente la caida desde la cima del barranco hubiera bastado para matarle, pero su ángel protector le ofreció un lecho de mullidas hojas. Un médico tiene siempre cierta vanidad, cierto interes en salvar á un hombre cuya vida corre inminente peligro. Ademas, señora, á Puerto Príncipe habia llegado la noticia de la muerte de Quesada, y tuve remordimientos, porque yo habia contribuido á su asesinato. Salvemos al hijo, me dije, y tal vez alguno me lo tome en cuenta allá en las regiones de lo

ignorado. Formada esta resolucion, hice colocar al herido sobre una de las caballerías de mi convoy, y poco despues entraba por las puertas del ingenio, propiedad entónces de Rafael, conduciendo á mi herido.

Tanguay vuelve á suspender su relato.

Sus ojos se fijan en el pálido y conmovido semblante de Tula, que cree ver en aquella historia la misteriosa y recta mano de la Providencia.

—Tres meses de asíduos afanes, de prolijos cuidados,—vuelve á decir Tanguay,—devolvieron la salud á aquel casi cadáver que la casualidad habia colocado ante mi paso. Cuando Rafael se vió restablecido, yo le pedí permiso para continuar mi interrumpido viaje. El jóven, lleno de agradecimiento hácia mi persona, se apoderó de una de mis manos, y con la voz conmovida y las lágrimas en los ojos, me dijo:

—¡Tanguay, no te vayas, no me dejes! Yo te debo la vida, porque me la diste; el sol no tiene belleza para mí, ni el bosque armonías. Solo en el mundo, he perdido cuanto amaba; mi corazon, seco á los diez y seis años, nada espera, nada desea.

—Jóven,—le respondí,—mi vida es una peregrinacion interminable: errante por el mundo, hambriento de un nombre, corro en busca de las pestes, de las guerras, de todas esas grandes catástrofes que afligen á la humanidad. Déjame partir; yo no puedo, como una planta parásita, echar raíces en ninguna parte. Un año de inaccion sería mi muerte.

—Pues bien,—volvió á decirme;—llévame contigo; si no tienes hijos, yo lo seré tuyo.

Rafael suplicó tanto, sus lágrimas fueron tan verdaderas, que yo, que como un árbol maldito á quien Dios priva de la

fresca sombra, estaba sin duda destinado á no ver brotar de mis secas raíces los jóvenes retoños que dan savia y frescura al alma, me sentí enternecido, accediendo á sus súplicas. Desde entónces, señora, Rafael se llamó Ibrahim, y Tanguay, el vendedor de pócimas que especulaba con las raíces y plantas malditas de la India, se convirtió en el doctor Side Mahomet Ben-ad-jé. Es cierto que Rafael me debe la vida, pero en cambio yo le debo el haberme separado de la senda del mal para seguir la del bien. La señora no debe temer nada del jóven Ibrahim, de mi querido hijo. El amor que un tiempo la profesaba no se ha extinguido en su alma; duerme solamente, y el que ama no puede desear nunca el exterminio de la mujer que es su pensamiento durante las horas del sol, y su sueño durante las horas de las tinieblas.

—Si es cierto lo que acaba usted de narrarme, ¿cuál es, entónces, la razon de encontrar á Rafael con el semblante tan completamente demudado? ¿A qué transformar su color blanco y sonrosado con esas tintas amarillentas que cubren su semblante?

Tanguay responde sin turbarse á esta pregunta de Tula:

—En la India, señora, existe un árbol cuyas hojas tienen el poder de manchar el semblante con el solo contacto de su sombra. Un dia, Rafael y yo caminábamos por un bosque en busca de esas raíces y plantas medicinales tan abundantes en aquel país como escasas y estimadas en Europa. Yo soy fuerte como un hijo de la naturaleza, y nunca la fatiga doblegó mi cuerpo; pero Rafael, jóven, delicado y convaleciente, apénas podia seguirme. Yo le supliqué que me esperara sentado á la sombra de uno de aquellos seculares árboles, miéntras recorria

la zona que me habia propuesto: así lo hizo, y al regresar, tres horas despues, le encontré dormido al pié de uno de esos infernales árboles que acabo de indicar. Sobre su rostro, blanco entónces y sonrosado, habian caido algunas hojas; le desperté, y volvimos á continuar nuestro camino; al dia siguiente la piel de su rostro comenzó á mancharse, acabando por adquirir el color que hoy tiene.

—Pero ¿no sería fácil que volviera á recobrar su antiguo color?—pregunta la criolla con marcadas muestras de interes.

—Nunca volverá á ser lo que ha sido.

Tula estaba muy léjos de creer que la narracion de Tanguay tuviera un desenlace tan satisfactorio para ella.

Rafael, en vez de un enemigo, volvia á presentarse como un amante consecuente, que ama sin esperanza, que se resigna á sufrir.

La criolla comprende, con ese instinto claro y perspicaz de la mujer, que, en último resultado, Rafael, en vez de ser su contrario, su enemigo, será su esclavo.

Sin embargo, el relato de Tanguay la ha enternecido, la ha interesado hasta el punto de hacerla derramar lágrimas, y por algunos minutos permanece con el rostro cubierto por las manos, y sin despegar los labios.

Tanguay no aparta de ella los ojos, y en lo más recóndito de su pensamiento brota esta idea:

—El corazon de la mujer es un abismo impenetrable. ¿Qué efecto habrá producido á Tula la poética historia que acabo de contar? Sus lágrimas, su silencio son para mí un misterio; la que tuvo corazon para envenenar á su esposo y consintió en que se asesinára á un jóven que la amaba, puede muy bien

tener el llanto del cocodrilo. Es preciso despreciar el gemido doloroso que atrae al inexperto viajero de las orillas del Gánges. Vivamos alerta.

Durante las anteriores reflexiones del médico javanes, la criolla derrama abundantes lágrimas, encerrada en su profundo dolor.

CAPITULO IX.

¿Quién engaña á quién?

Tanguay rinde unos momentos de respeto á las lágrimas de la hermosa criolla, y luégo dice:

—Y ahora ¿cree usted que Rafael ha venido á España con el objeto de vengarse?

Tula exhala un doloroso suspiro.

—Señora, ademas de lo que acabo de referir, tengo otra razon muy poderosa para tranquilizarla,—vuelve á decir Tanguay.—Rafael ignora que su padre muriera envenenado. Si algun odio existe en su corazon, es contra los dos negros que quisieron asesinarle, en uno de los cuales creyó reconocer á Daniel.

—¡Ah!—exclama Tula.—¿Luego usted no le ha revelado...

—Para eso hubiera sido preciso decirle: «Yo soy tambien su cómplice, puesto que facilité el veneno.»

Esta razon parece convencer á la criolla. Sin embargo, quédale aún un resto de duda.

—¿Luego lo que Daniel ha referido de las gotas de un líquido que usted dejó caer en el oido de mi esposo...—vuelve á preguntar.

—¡Eso es completamente falso!—dice con energía Tanguay.—Don Pablo no ha sido nunca mi enemigo. ¿Qué puede importarme su muerte?

—Entónces, podrá usted salvarle.

—Haré mis pruebas; pero es necesario seguir en todo mis consejos.

—Los seguiré.

—Lo primero es trasladarle al campo.

—Partirá tan pronto como quede arreglada la quinta de Villaviciosa.

—Yo visitaré al enfermo dos veces á la semana.

—¿Y por qué no todos los dias?

—Tengo enfermos en Madrid; ademas, Rafael es mi inseparable compañero.

—¡Ah! No me atrevo á suplicarle que nos visite.

—Padeceria demasiado.

—¡Pobre jóven! Tiene usted razon.

Tula finge turbarse al pronunciar la última palabra.

Tanguay concibe un pensamiento y se sonrie.

La criolla comprende el sentido de aquella sonrisa.

Su manera de apreciar la desgracia de Rafael ha hecho efecto.

Desde este momento teme ménos á su enemigo, y cree lograr grandes ventajas sobre él.

Transcurre una corta pausa.

Por fin, Tanguay dice:

—¿Puedo ver al enfermo?

La criolla indica que sí, y tira del llamador de una campanilla.

Una doncella se presenta en la habitacion.

—Diga usted á uno de los criados que cuidan al señor que venga, pues este caballero quiere ver á don Pablo.

Poco despues torna la doncella diciendo:

—El señor está durmiendo; ha pasado el dia bastante mal; los accesos de furia han sido mucho más frecuentes que de costumbre.

—Entónces, dejadle dormir. Vendré mañana á primera hora.

Tanguay, diciendo esto, se levanta.

Tula le tiende la mano, en señal de amistad.

Poco despues la criolla se halla sola en su gabinete.

—¡Oh! Si Rafael me ama, no debo temerle: será mi esclavo,—piensa.

Y al mismo tiempo Tanguay, encaminándose hácia la fonda se dice, hablando consigo mismo:

—Será preciso preparar á mi jóven pantera. La presa se va á poner pronto al alcance de sus afiladas garras. ¡Pobre Tula! Tengo la seguridad de que á estas horas se halla pensando la manerade enloquecer con sus hermosas miradas á su enemigo. Más vale así.

Cuando Tanguay llega á la fonda, encuentra á Rafael en el mismo sitio que le dejó.

El jóven fuma, como siempre.

La pipa es su compañera favorita, su amiga íntima é inseparable.

¡Cuántos planes de muerte ha concebido en medio de aquellas nubes de humo que se disipan en derredor de su hermosa y juvenil cabeza!

Tanguay, al verle, se sonrie y toma asiento á su lado.

—¿La has visto?—le pregunta Rafael.

—¡Oh! ¡Ya lo creo! He tenido con ella una larga conferencia sin testigos, y puedo asegurarte que á estas horas tú ocupas su pensamiento.

—¿Yo?

—Sí. He logrado convencerla de que no traes intenciones de venganza.

Rafael se encoge de hombros y dice:

—Me es igual. He venido á matarla, y la mataré.

—Vamos, eres un niño terco, á quien es preciso domesticar. ¿Qué dirias si tu hermosa madrastra te amara?

Rafael se estremece ligeramente y dice:

—Yo no puedo amar á la que asesinó á mi padre.

—Bien, lo supongo: pero si te amara, sería la venganza más sabrosa.

—No te comprendo.

—Pues es muy sencillo. Tales cosas la he dicho de tus sufrimientos, que he logrado enternecerla, hasta el punto de hacerla derramar lágrimas por tí.

—Las lágrimas de las hienas no deben enternecer nunca á los hijos de sus víctimas. ¿Qué me importa á mí que llore? Lo que yo quiero es que se muera.

—¡Morirá!—dice con terrible laconismo Tanguay.

En el frio semblante de Rafael aparece súbitamente una expresion de gozo indefinible.

Tanguay vuelve á decir:

—Dentro de algunos dias, Pablo el loco, Tula la adúltera y Daniel el asesino, se hallarán pacíficamente instalados en una quinta situada á corta distancia del pueblo de Villaviciosa. Yo, Side Mahomet Ben-ad-jé, como médico de cabecera y hombre que posee la confianza de la rica criolla, mandaré en en la quinta como un rey absoluto. Tú Ibrahim, mi hijo, podrás acompañarme. Si la experiencia que me dan los años puede servirte de algo y quieres tomar mis consejos, no olvides que cuando por espacio de mucho tiempo se aferra con tenacidad en la mente del hombre la idea de la venganza, matar de un solo golpe es un placer muy mezquino. Créeme, Rafael: visita á esa mujer, logra conquistar sus simpatías, su amistad, su amor, si es posible, y cuando llegue á ser tu esclava, cuando su voluntad y su cuerpo te pertenezcan, entónces hazla tu víctima y gózate en su agonía.

Los infernales consejos de Tanguay hacen palidecer, tal vez de gozo, á Rafael.

—¡Oh!—exclama.—¡Verla á mis piés pidiendo un poco de compasion, burlarme de sus lágrimas, despreciar su amor, y hundir, por último, en su infame pecho el puñal justiciero, eso sería un placer, una felicidad que yo no merezco!

—La fe es para el hombre el poderoso amuleto que vence imposibles. Si ella no te abandona, casi puedo asegurarte que se realizarán tus esperanzas.

—¡Cuándo podré ver á esa mujer?

—Mañana muy temprano tengo que ir á hacer la primera

visita al enfermo, y entónces pediré á la criolla permiso para presentarte.

—Te lo negará.

—¡Oh! Tengo la seguridad de que sucederá lo contrario. Tula desea tenerte por amigo; pero debes tener en cuenta que de la primera entrevista depende la realizacion de nuestro proyecto.

—Yo te aseguro que ni en mis palabras ni en mi semblante ha de notar el odio que la profeso.

—Desconfia mucho de tí mismo, y teme la perspicacia de la mujer.

—Me creerá su víctima hasta el momento en que me convenga convertirme en su verdugo.

—Mucho confias en tu corazon.

—No temas que me abandone.

—Tienes diez y nueve años.

—No importa.

—Tula es jóven, hermosa, la has amado con locura, y puede quedar un resto de fuego mal oculto entre las cenizas.

Rafael se sonrie. Tanguay le dirige una mirada llena de cariñoso interes.

—Jóven,—le dice,—desiste de ese plan.

—Condúceme cuando quieras ante mi bella enemiga, y me verás lanzar una carcajada de gozo en presencia de su cadáver.

—¡Sea!—murmura el javanes.

Rafael nada responde.

Como la mayor parte del tiempo, se encierra en un impenetrable silencio.

Tanguay respeta el mutismo de su ahijado.

Transcurren algunos segundos, y por fin el javanes vuelve á decir:

—Ni áun la venganza te satisface.

—Todavía no se ha realizado.

—Ya podemos contar con una víctima. Pablo no es un vivo, es casi un cadáver.

—¡Oh! ¡Es preciso que yo vea los sufrimientos de ese hombre!

—Mañana vendrás conmigo.

—Sí. Mañana será el primer dia, despues de veinte meses, que mi corazon lata de gozo.

El javanes agita la cabeza con ademan de duda, temiendo que el amor, adormecido por algun tiempo en el pecho de Rafael, despierte en presencia de la hermosa criolla.

CAPITULO X.

Una jóven que piensa en lo porvenir.

Serán las doce de la mañana.

La elegante habitacion de Raquel presenta algun desaliño.

Por todas partes se observan prendas de ropa esparcidas, adornos, cintas, cajas y otros mil objetos.

El cuarto tiene el encantador desórden que precede á un viaje.

Raquel, sencillamente vestida con una bata de seda de color de tórtola y un boa de piel de cisne alrededor del cuello, da algunas disposiciones á su doncella, que, arrodillada delante de una inmensa maleta de cuero, se ocupa en arreglar alguna ropa blanca.

Sobre dos sillas se ven dos elegantes sacos de noche de cañamazo, y un lindo *cabas* de mimbre de Italia.

—¡Ay, señora!—dice la servicial Ines.—Durante el viaje me voy á aburrir soberanamente.

—¿Aburrirte, cuando vas á ver lo que no has visto?—responde Raquel.

—Es verdad. Pero como precisamente mi novio ha llegado á Madrid con su batallon...

—¡Bah! Para Setiembre estarémos de vuelta; seis ó siete meses se pasan pronto.

—Pero confiese usted, señorita, que esto ha sido un *repenton*.

—Hija, es preciso tomar las cosas conforme vienen.

—Sí, sí, ya lo comprendo; pero ha sido una desgracia.

—Dime, ¿ha venido don Basilio?

—¿Quién? ¿Aquel señor regordete que parece que le saltan chispas de fuego de los carrillos, y que la mira á usted por encima de las gafas de un modo tan extraño?

—Sí, mujer, sí, un notario.

—No le he visto desde ayer.

—Pues si á la una no ha venido, será preciso que se le vaya á buscar.

—¿Necesita la señora verle?

—Como que no puedo marcharme sin tener una entrevista con él. Me ha de entregar ciertos papeles...

—Entónces, le diré al lacayo que vaya á buscarle.

—No. Esperemos hasta la una; es la hora en que acostumbra á venir.

Ines, miéntras habla con su señorita, va colocando ordenadamente la ropa que se halla diseminada por las sillas.

—¡Válgame Dios! Ni una princesa lleva más equipaje que la señorita.

—Todo eso y mucho más se necesita.

—¡Ya lo creo! Cuando se tienen tres millones...

Y la criada y Raquel cambian una mirada de inteligencia y una sonrisa.

—Eres una bachillera,—la dice Raquel con cariñosa entonacion.

—¡Vaya! ¡Pues qué! ¿no es verdad lo que digo?

Raquel hace una mueca, se levanta, se mira al espejo, y se arregla un elegante adorno de viaje que lleva á la cabeza.

En este instante se oye un golpecito á la puerta.

—Tal vez sea don Basilio.

—El mismo, señorita Raquel,—contesta una voz desde afuera.

—Adelante, amigo mio, adelante.

El notario entra en el gabinete, con las gafas puestas, el sombrero en la mano y una amable sonrisa en los labios.

Don Basilio, á pesar de que la mañana está bastante fresca, viste de frac.

Su cara, redonda como la luna en su lleno y colorada como un tomate, su robusto cuello, hundido entre los hombros, sus fornidas espaldas, todo en aquel señor anuncia una de esas naturalezas que á fuerza de estar sanas mueren de repente de una apoplegía fulminante.

Don Basilio es un notario honrado, que tiene buena clientela; pero las ventanas de su redonda y arremangada nariz, la vivacidad de sus pequeños ojos y lo abultado de sus labios dicen á las claras que Vénus y Baco forman, despues de sus negocios, el agradable pasatiempo de su vida.

—Buenos dias, señorita Raquel,—dice, avanzando algunos pasos con la mano extendida.

Raquel estrecha la rolliza y ancha mano de su notario, y la astuta Ines observa que el buen señor tiene la pequeña mano de su ama entre las suyas algo más tiempo de lo regular.

Don Basilio mira siempre á las mujeres jóvenes y bonitas por encima de las gafas; á los hombres, ó no los mira, ó se sirve de los cristales.

—¿Sabe usted que comenzaba á impacientarme?—le dice la jóven, indicándole un asiento.

—¿Y por qué, hija mia?

—¡Toma! Me marcho esta noche, y necesito ántes la escritura de propiedad.

—¡Ah! Eso quiere decir que usted desconfiaba del hombre á quien se le apoda en la curia, por su exactitud, *el Cronómetro*.

—Yo no puedo desconfiar del hombre en quien he depositado mi confianza.

El notario se inclina para dar las gracias, y como es hombre que le gusta aprovecharlo todo, dirige al mismo tiempo una mirada furtiva á la doncella Ines.

—Conque vamos á ver, amigo don Basilio, ¿están terminados mis negocios?—pregunta Raquel.

—Terminados, y como se pide,—responde el notario, sacando una descomunal cartera del bolsillo del pecho del frac y de ella tres escrituras.

—Perfectamente,—dice Raquel.—Es usted lo que se llama un buen amigo, un notario excelente.

—Aquí tiene usted la escritura de propiedad de esta casa.

Don Basilio coloca sobre las rodillas una de las escrituras.

Raquel la hojea ligeramente.

—¿Conque por fin no han querido rebajar nada?

—Creo, señorita, que no hemos hecho mala compra. La casa renta más de cinco mil duros; es de nueva construccion; hace cinco años se terminó, y no nos ha costado más que sesenta y dos mil duros y los pequeños gastos de escritura y registro de hipotecas.

—¿Conque usted cree que hemos hecho buena compra?

—Buenísima, señorita. Aquí tiene usted las dos escrituras. Esta es la de la huerta de Fuencarral y el hermoso olivar, y esta la de las viñas del terreno de Morata de Tajuña; todas son buenas fincas, y como me sobraban de los tres millones unos veintisiete mil duros, he creido prudente emplearlos en acciones de carreteras, que ahora rentan el seis y medio, y anuncian subir bastante.

—¿De modo que nos hemos quedado arruinados?

—Es decir, sin metálico; pero con muy buenas y muy productivas propiedades.

—Eso precisamente es lo que yo deseaba.

—Pues ya está usted complacida.

—Pasemos á otra cosa.

—Pasemos á lo que usted quiera.

—Ya sabe usted que voy á emprender un viaje.

Don Basilio exhala un suspiro, que Ines cree de envidia.

—Durante mi ausencia,—vuelve á decir la jóven,—usted, que es mi administrador general, dará de vez en cuando un vistazo por esta casa.

—Puede la señorita partir tranquila.

—Así lo creo.

—¿Y cuándo es la marcha?

—Esta noche, amigo mio. El tiempo está magnífico. Pronto la alegre y florida primavera derramará sus flores ante nuestro paso y nos enviará sus perfumadas brisas.

El notario exhala un segundo suspiro, más profundo, más largo que el primero.

Ines vuelve la cabeza y cambia una mirada con su ama.

—¡Oh! Debe ser muy hermoso viajar,—dice el notario.

—Sobre todo en silla de posta, señor don Basilio,—dice Ines, mezclándose en la conversacion.

—¿No ha viajado usted nunca?—le pregunta Raquel, procurando disimular la pasion de risa que le causan las miradas de su doncella.

—Sí, señora; de Villatobas á Madrid y de Madrid á Villatobas.

—Ese debe ser un viaje poco cansado.

—Y sobre todo, los viajeros no necesitan grande equipaje. Figúrense ustedes que á lo más se emplea una jornadita larga, y bien puede una mula de buen paso hacer la travesía de sol á sol. Pero si la señorita me lo permitiera, me atreveria á hacerle una pregunta.

—Todas las que usted quiera, mi querido señor don Basilio.

—La señorita ¿va á emprender sola un viaje tan largo?

—No. Viene conmigo Ines.

—Sí; vamos las dos y un mayordomo,—exclama la doncella con malicia.

—¿En silla de posta?

—Sí. Es como se viaja con más comodidad.

—Dios quiera que no tropiecen ustedes con alguna cuadrilla de desalmados y les suceda una desgracia.

—Amén,—murmura Ines cómicamente.

El notario exhala el tercer suspiro, aprovechando una corta pausa.

Raquel, temiendo alguna inconveniencia de su doncella, cree oportuno dar otro giro á la conversacion, y pregunta de este modo:

—¿Qué se dice en el juzgado de Palacio? Porque yo creo que usted, señor don Basilio, se hallará al corriente de todas las novedades de la curia.

—¿La señorita quiere sin duda preguntarme por la causa de don Bernardo Etartegui?

—Precisamente. Hace algunos dias que no sé nada, y el pobre don Bernardo me inspira verdadero interes.

—Bien puede usted darle ese adjetivo al citado señor, porque, segun parece, la causa va enredándose más de dia en dia.

—¿De veras?

—¡Ah, señorita! El individuo que tiene la desgracia de caer bajo la férrea garra de la ley, aunque andando el tiempo llegue á ponerse de manifiesto su inocencia, es muy difícil que arranque de su honra el sambenito que la opinion pública lanza sobre él durante su permanencia en la cárcel. Don Bernardo, hombre de negocios, ha visto por el pronto que todos aquellos que habian depositado en él su confianza, la han retirado, temiendo un desenlace funesto.

—Pero ¿cree la opinion pública que pueda ser él el asesino de Daniel?—pregunta la jóven con marcado interes.

—La opinion, señorita, siempre codicia una víctima para arrojarla al verdugo: el dato más insignificante, la casualidad más vulgar, tienen para esa opinion todas las condiciones de prueba plena. Ademas, el patíbulo está harto de carne de chaqueta; la plebe necesita una levita; esto siempre es un espectáculo nuevo, y la novedad gusta.

Don Basilio, como el hombre que se encuentra en su terreno, ha cambiado completamente de carácter.

Sus palabras encierran un fondo de amarga filosofía, que hacen desaparecer la sonrisa de los labios de Raquel.

Ademas, aquella jóven de corazon frio y egoista, aquella mujer tan hermosa de cuerpo como fea de alma, que lo sacrifica todo al interes y que con tanto cálculo procura asegurar su porvenir, no puede ménos de dedicar un recuerdo al hombre que dos dias ántes de verse encerrado en un calabozo la habia entregado tres millones de reales, satisfaciendo así un capricho que, atendidas las circunstancias, bien podia calificarse de uno de los robos que no castiga el Código.

Pero cambiemos de capítulo para continuar narrando los acontecimientos de esta novela.

CAPITULO XI.

El sueño de un justo.

Raquel, á quien por un momento han preocupado las sentidas frases de don Basilio, deseando enterarse ántes de su partida de la situacion en que se encuentra su protector, vuelve á preguntar:

—Pero ¿qué es lo que opinan las personas inteligentes, los que han oido las declaraciones del presunto reo?

—Opinan muy mal, señorita. Esta mañana precisamente he hablado con el escribano que actúa en la causa, y parece ser que entre los papeles encontrados al difunto hay algunas cartas que comprometen bastante á don Bernardo; porque usted no ignorará que Daniel era el amante de la hija.

—Sí, sí. He oido decir que el señor de Etartegui no queria de ninguna manera el casamiento, llegando hasta el punto de amenazar al jóven que se habia atrevido á fijar los ojos en su hija; pero yo no creo capaz á don Bernardo de cometer un asesinato.

—Señora, no sólo es asesino el que hiere; lo es tambien el que paga, y el rico banquero puede encontrarse en este caso. Ademas, segun me ha dicho el escribano, parece que ayer el señor Etartegui hizo una declaracion que complica bastante la causa.

—¡Ah! ¿Y qué es ello?

—Ha dicho el presunto reo que, buscando en su mente y en la soledad de su incomunicacion quién podia ser el asesino de Daniel, recordaba que, poco más ó ménos, un mes ántes de cometerse el asesinato, el mismo Daniel se presentó en su casa á pedirle la mano de su hija Paula en nombre de un amigo suyo llamado Héctor.

—¡Héctor!—exclama Raquel, levantándose á pesar suyo de la silla que ocupa.

—¿Le conoce usted, señorita?

—Sí; pero... Continúe usted.

—Pues bien; don Bernardo, atendida la mala reputacion que goza el citado Héctor, pues se cuenta de él que dejó morir de hambre á una querida en una buhardilla, y que una jóven se halla demente por su culpa en el hospital de Leganes; don Bernardo, con estos antecedentes, creyó muy del caso negarle la mano de su hija.

—¡Oh! ¡Qué horrible combinacion!—exclama Raquel.

—La cosa es más grave de lo que parece, y todas las circunstancias que rodean á ese jóven son en verdad poco satisfactorias. Don Bernardo ha manifestado al juez que tuviera en cuenta la negativa dada al jóven Héctor, que puesto que él habia comisionado á Daniel para pedir la mano de su hija y Daniel ya era entónces correspondido por ésta, ocultándoselo á

Héctor, no tendria nada de extraño que Héctor, viéndose burlado por un amigo, á quien llamaba hermano, hubiera querido vengarse. El juez parece que ha tomado en cuenta estas razones, y esta mañana ha sido preso en su quinta del camino de Vallecas el citado Héctor.

Al terminar el notario su relato, observa que la hermosa Raquel se halla con la mirada fija en el suelo, en una de esas actitudes que revelan el espanto y el dolor.

—¿Qué tiene usted, señorita?—la pregunta.

—Lo que acaba usted de contarme me sorprende sobremanera. Héctor es inocente, le conozco mucho. Si hubiera querido matar á Daniel, lo hubiera hecho cara á cara, como lo hacen las personas de honor y de decoro.

—¡Ah! En ese caso, no hay que temer nada: la ley le hará justicia, y le echarán á la calle.

—Así lo espero.

Don Basilio cree terminada su entrevista con Raquel, y se levanta, diciendo:

—Señorita, tengo algunos negocios que me privan del placer de prolongar más esta visita; sin embargo, si tiene usted la amabilidad de indicarme la hora de la partida, tendré el gusto de venir á despedirme.

—La silla de posta estará á las diez de la noche esperándome á la puerta de mi casa.

—No faltaré.

El notario saluda, y dirigiendo una mirada al ama y otra á la criada, sale del gabinete murmurando para sí:

—¡Oh! Debe ser una delicia un viaje en silla de posta con dos compañeras como Raquel y su doncella. Verdaderamente

tengo envidia al mayordomo, que tal vez sea un gaznápiro de padre y muy señor mio. Pero, en fin, ¡cómo ha de ser! la resignacion es una gran cosa; resignémonos pues.

Y el notario baja la escalera exhalando suspiros sospechosos.

Una hora despues, Raquel recibe otra visita.

Ernesto entra en el gabinete con esa desenvoltura, con ese aire impertinente de un amante que paga. Se deja caer en una butaca, tira el sombrero en otra, saca un rico habano, lo enciende y dice:

—¿Qué tienes, querida Raquel? Veo tus ojos enrojecidos, como si hubieras llòrado; y sin embargo, hoy dèbia encontrarte contenta, alegre. Tenemos dispuesto un viaje encantador; vengo de ver la silla de posta, y es sumamente elegante y cómoda; un príncipe ruso no la encontraria defectos. ¿Qué tienes, pues?

—Acabo de recibir una mala noticia.

—¡Hola!

—Héctor está preso.

—¡Diablo! ¿Qué crímen ha cometido ese tarambana?

—Se le acusa de complicidad en el asesinato de Daniel.

—¡Fuego de Dios! ¿Sabes que eso es grave?

—Sin embargo, yo juraria que es inocente.

—Yo tambien. Pero ¿dices que está preso?

—Sí. Esta mañana le han prendido en su quinta del camino de Vallecas.

—Pues, hija mia, miéntras se averigua la verdad puede contar con cuatro ó seis meses de cárcel, lo cual es preciso confesar que no es muy agradable.

Y Ernesto, como viera á Raquel algo preocupada y abatida, vuelve á decir:

—¡Ea, no estés triste! ¿Qué diablos quieres que hagamos nosotros? Y despues de todo, si te he de ser franco, querida Raquel, tengo vehementísimos deseos de encontrarme en el extranjero. Me sería muy desagradable verme envuelto en esa causa, que tan mal aspecto presenta.

—Tienes razon, Ernesto; es preciso partir esta noche.

—Estoy seguro de que desde ahora hasta la hora convenida va á parecerme el tiempo un siglo; pero quedemos conformes sobre el punto de reunion, ya que tienes escrúpulos y no quieres que suba contigo á la puerta de tu casa.

—No, Ernesto, no; evitemos miéntras se pueda el escándalo. A las diez saldré de Madrid; espérame en el portazgo del camino de Francia.

—No haré falta; á las nueve de la noche me tendrás allí fijo, esperando con la impaciencia que tu hermosura merece; pero tengo que escribir algunas cartas, entre ellas una para mi madre, á quien siento de veras abandonar; pero ¡qué remedio! ella está empeñada en permanecer en Madrid, y la separacion es inevitable. Le escribiré dos líneas: las despedidas tienen un sentimentalismo que me ataca á los nervios.

Ernesto, que al parecer conoce todas las habitaciones de la casa, se dirige á un pequeño despacho donde la coquetería de Raquel ha reunido unos cincuenta volúmenes perfectamente encuadernados, y donde se halla una elegante y pequeña mesa de palo de rosa, muda depositaria de las impresiones de la elegante *entretenida*.

Ernesto se sienta, coge la pluma, y mordiendo el extremo

de ella y alzando los ojos al cielo, como el hombre que se dispone á meditar, exclama hablando consigo mismo:

—¿Qué diablos le diré ahora á mi madre? En estos momentos quisiera ser poeta para escudar mi ingratitud filial con una docena de frases huecas, de esas que suenan agradablemente en los oidos, de esas que lo dicen todo sin decir nada y le hacen á uno pronunciar cuatro ó seis admiraciones, tal vez por la sencilla razon de que no las entiende.

Ernesto eleva los ojos al cielo raso de la habitacion, hasta el punto de dar á su semblante la beatitud de un mártir que todo lo espera de la clemencia divina; pero como las frases que busca para tranquilizar á su madre no descienden hasta los puntos de su pluma, suelta una carcajada, cambia de actitud, saca la petaca, enciende otro cigarro y dice:

—Yo no recuerdo qué poeta moderno ha dicho que el humo del cigarro es una especie de musa desconocida por la mitología, que infunde robustez al pensamiento, fuerza á las ideas y brillo á la frase. Fumemos, pues, que poco á poco la rebelde inspiracion descenderá sobre mí.

Ernesto se traslada desde el sillon á un cómodo sofá, y tendiéndose en él con toda la impertinencia de que es capaz un rico mal educado, comienza á fumar, buscando en su poco fecunda imaginacion algunas frases de consuelo para aquella madre que con tanta inoportunidad como ingratitud iba á abandonar.

Una hora despues, Raquel, extrañando la tardanza de Ernesto, se dirige á su despacho.

El jóven *dandy* se halla profundamente dormido en el blando y cómodo sofá de su querida.

El sentimiento no es por cierto la primera belleza moral de Ernesto.

Para sentir los efectos de una despedida, se necesita una sensibilidad exquisita, que aquel jóven no conoce.

Ernesto, como otros muchos que pululan por Madrid con el porvenir asegurado, sólo sabe ponerse la corbata.

CAPITULO XII.

Una despedida digna de un grillete.

Raquel no puede ménos de sonreirse, viendo la tranquila actitud de Ernesto.

Antes de despertarle dirige una mirada escudriñadora á la mesa.

—No ha escrito,—se dice.—Verdaderamente la insensibilidad es una ventaja para vivir en el mundo. Hé aquí un jóven que va á separarse de su madre, que coge la pluma para escribirla una carta sentimental y se queda dormido. Todos los presidiarios no arrastran la cadena.

Esta frase sangrienta hace asomar una sonrisa á los labios de Raquel.

Luégo se acerca al sofá y sacude suavemente el brazo de su amante.

—¡Quién! ¡Qué ocurre! ¡Ah! ¿Eres tú, Raquel? ¡Si vieras qué sueño tan delicioso me preocupaba en estos instantes! Ita-

lia con su cielo azul, sus esplendorosos golfos, sus bellas napolitanas, con su inolvidable *dolce far niente;* y luégo Suiza con sus preciosas casitas de madera, sus inofensivas vacas, sus lagos transparentes, sus aldeanos sencillos, sus cantos populares...

Raquel prorumpe en una ruidosa carcajada.

Ernesto mira con sorpresa á su amada.

—Pero ¿dónde está la carta que ibas á escribir á tu madre?—dice Raquel.

—Tienes razon. Me acosté en este cómodo sofá, pensando en los poetas, y aquí me tienes vagando por los espacios imaginarios, como un émulo de Apolo.

Ernesto vuelve á sentarse en el sillon de la mesa despacho, y se pone á escribir.

Despues de mil fatigas termina una carta tan lacónica como criminal, que guarda en la cartera.

A los españoles nunca nos sobra el tiempo el dia que empezamos un viaje; así es que Ernesto participa á Raquel que está muy ocupado, que le quedan muchas cosillas que arreglar, y se despide, como puede hacerlo un jóven de sus condiciones, freciéndola hallarse en el portazgo del camino de Francia á las nueve en punto.

Abandonemos nosotros por un momento á esta pareja feliz, para trasladarnos á una casa en donde impera el luto y la tristeza.

Doña Isabel, la esposa del banquero don Bernardo Etartegui, desde el dia en que su marido fué arrebatado de su casa por la justicia y conducido á un calabozo, puede decirse que vive sola.

No quiere ver á Paula, orígen, aunque involuntario, de la desgracia que le rodea; y en cuanto á Ernesto, huyendo sin duda de las lágrimas, es una especie de huésped que nunca pára en casa.

Doña Isabel, pues, vive encerrada en su habitacion, esperando que se despeje la pesada atmósfera que se ha formado en derredor de su marido, y que amenaza hundirlos, tal vez para siempre.

El dia que nos ocupa, Ernesto, faltando á su costumbre, acude á su casa á la hora de comer.

Sin duda el remordimiento le aconseja aquel rasgo de galantería.

Son las seis de la tarde, hora en que la madre y el hijo se hallan sentados á la mesa.

En cuanto á Paula, pasa la vida encerrada en su habitacion. Ademas, está enferma.

—Tú no me amas, Ernesto,—dice doña Isabel con ese acento de reconvencion tan peculiar en una madre enamorada su hijo.

—Pero mamá, ¿á qué viene eso?—responde Ernesto, como si aquellas palabras le ofendieran.

—Apénas te veo, hijo mio; paso los dias sola en esta habitacion, y ahora más que nunca necesito tu compañía. La desgracia inesperada que ha envuelto á tu padre me aflige sobremanera.

—¡Bah! ¡Mi padre! Tú ya sabes que don Bernardo no es mi padre.

—Ernesto, no olvides que llevas el apellido del hombre á quien la fatalidad ha conducido á una cárcel.

—Yo lo deploro, lo siento; pero ¿cómo quieres que lo remedie? ¿Está en mis manos, por ventura, arrancarle del poder de la justicia?

—No; pero debias al menos compadecerte de su infortunio.

—Despues te enojas, si algun dia cómo fuera de casa.

—¡Algun dia! Dí más bien que todos.

—Sea como tú dices; porque si te contradigo adquiriré á tus ojos todas las condiciones de un mal hijo.

—Mira, Ernesto, yo te lo suplico, yo te lo ruego: miéntras dure nuestra desgracia, miéntras el nombre que llevamos no quede vindicado por los tribunales, miéntras no cambie esta terrible soledad que me rodea, sacrifícate un poco, permanece más tiempo á mi lado.

—Bien. Esta misma noche me despediré de todos mis amigos, y desde mañana me verás aquí, á tu lado, á todas las horas del dia.

—¡Oh! No quiero tanto: me basta con que comas conmigo y te retires un poco más temprano. ¡Es tan grato para mí verte, hablarte! Y á veces se pasan cuatro dias sin que esto suceda.

Ernesto guarda silencio.

Durante la comida mira varias veces la esfera de su elegante reloj.

Doña Isabel comprende que su hijo está violento é impaciente á su lado.

—Tendrá alguna cita,—se dice, hablando consigo misma;—es natural; á sus años la vida es un campo cubierto de flores un cántico de placer.

Madre amorosa y complaciente, que no reconoce defectos en su hijo, le agradece en el fondo de su alma aquellos instantes que le dedica, y condolida de la impaciencia que demuestra, le dice:

—Ernesto, conozco que tienes que hacer en otra parte: has consultado el reloj ocho veces en media hora. Vete, hijo mio, yo te lo permito; pero vuelve pronto, te lo ruego.—

Ernesto no espera otra cosa; así es que se levanta, da un beso en la frente á su madre y dice:

—Te agradezco el permiso que me concedes, y te ofrezco estar de vuelta ántes de las diez de la noche. Ya ves, van á dar las ocho; de modo, que sólo dos horas estaré separado de tí.

Dicho esto, sale de la habitacion de su madre y se encamina á la suya, donde encuentra á su ayuda de cámara muy arrellanado en una butaca.

—¿Has llevado la maleta donde te dije?—le pregunta en voz baja.

—Sí señor.

—¿Y las pistolas?

—Ya están colocadas en la bolsa de la silla de posta.

—Está bien. Ahora, escucha con atencion lo que voy á decirte.

El criado se acerca á Ernesto.

Éste continúa:

—Ya sabes que mi madre tiene la costumbre de esperarme todas las noches hasta una hora muy avanzada.

—Sí señor; como que á mí es á quien pregunta siempre si ha venido usted.

—Pues cuando te lo pregunte esta noche, le entregas esta carta.

—Está muy bien; así lo haré.

—Ya sabes que tú ignoras el camino que he tomado; no vayas á descubrirlo impensadamente.

—No tema usted, señorito; usted sabe que soy prudente y reservado.

—Toma, para que refresques á mi salud.

—Vaya, muchas gracias, señorito, y feliz viaje.

—¡Chist! No levantes la voz; las paredes oyen muchas veces, y sería un trastorno que mi madre...

El criado se coge los labios con el índice y el pulgar, indicando que va á darse un punto á la boca.

Ernesto abre el cajon de su pupitre, saca de él una abultada cartera que guarda en el bolsillo del pecho de su gaban; despues coge una capa, una bufanda y un sombrero hongo que se hallan sobre una silla, y saludando con la mano al criado, sale de su habitacion, procurando hacer el menor ruido posible.

Al llegar á la calle se dirige á un coche que se halla parado como á unos doscientos pasos de la puerta de su casa, abre la portezuela, entra y dice al cochero:

—Ya sabes: portazgo del camino de Francia; cuatro duros de propina; pero volando.

El cochero, por única respuesta, sacude un terrible latigazo al caballo, que parte á galope, áun á trueque de atropellar á algun confiado transeunte.

Una hora despues el coche se detiene delante de la puerta del portazgo.

—¿Se quita la cadena para que pase el coche, mi amo?—pregunta el guarda.

Ernesto, sacando la cabeza por la portezuela, responde:

—No; estamos esperando una silla de posta que no debe tardar.

—Bueno, bueno. Si quieren ustedes calentarse, en la chimenea arde un buen fuego.

A Ernesto le parece oportuno no aceptar el ofrecimiento; pero cree muy del caso dar un cigarro al guarda por su galantería, y así lo hace.

Despues, perfectamente abrigado con un gaban de pieles, espera á su amada.

Transcurre media hora, durante la cual Ernesto deja vagar su imaginacion pensando en la extraordinaria felicidad que le espera.

Es la primera aventura formal de su vida de soltero; además, á los veinte años hacer un viaje por Suiza, Alemania é Italia con una jóven como Raquel y con una cartera que contiene en letras pagaderas á la vista más de un millon, es verdaderamente encantador.

A las diez de la noche Ernesto oye el grato sonido de las campanillas de un carruaje, que al parecer, camina al trote de sus caballos.

—Es ella,—se dice, abriendo la portezuela de su coche y apeándose.

No se ha engañado.

Pocos minutos despues se detiene la silla de posta delante del portazgo.

Ernesto entra en el carruaje de Raquel.

El guarda baja la cadena, y los felices amantes, olvidándose de todo, continúan velozmente su camino, formando mil planes para el porvenir de color de rosa que les sonríe en lontananza. . . . .

—Observa, querida Raquel, qué hermosa está la noche,—dice Ernesto, descorriendo las cortinillas.—Nuestro viaje comienza con buenos auspicios. ¡Oh! ¡Ya verás, ya verás qué temporada tan deliciosa vamos á pasar!

—Sí; con tal que no salgan ladrones, como ha dicho don Basilio...—dice Ines.

—¡Bah! El tiempo de los robos en despoblado pertenece á la historia; ahora se roba más en las grandes capitales que en los caminos.

—Se prohibe pensar en cosas desagradables,—repone Raquel.

—Sí, se prohibe.

—En buen hora; no hablaré más de ladrones,—dice Ines;—y con el permiso de usted, voy á dormir en un rincon. Pueden ustedes hablar como si estuvieran solos.

Ernesto deja caer de nuevo las cortinillas.

El interior del carruaje queda oculto en las más completas tinieblas.

Y entónces entre los dos amantes comienza una de esas conversaciones en voz baja, muy parecidas á la armonía de las hojas cuando se mueven al blando soplo del céfiro nocturno.

Poco despues la doncella dormita.

Ernesto y Raquel sueñan con el cielo de Italia y los lagos de Suiza.

La vida es un sueño, como ha dicho Calderon.
¡Dichosos aquellos cuyos sueños son de color de rosa!

. . . .

—Aquella misma noche, á las tres de la madrugada, doña Isabel, que en vano ha visto pasar una y otra y otra hora esperando el regreso de su hijo, tira del llamador de la campanilla, y poco despues se presenta en su cuarto el criado que ya conocen nuestros lectores.

—¿Ha venido mi hijo?—pregunta.

—No señora.

—Dígale usted cuando regrese que le he esperado hasta las tres.

—Es probable que el señorito no venga esta noche,—dice el criado, despues de un momento de vacilacion.

—¡Cómo!

—Lo digo porque á eso de las dos de la madrugada envió esta carta con un mozo del Casino.

El ayuda de cámara entrega á doña Isabel la carta que le dió Ernesto pocas horas ántes.

—Está bien. Puede usted retirarse.

Aquella madre, al quedarse sola, exhala un gemido de dolor, y dirigiéndose hácia la mesa, donde arde una lámpara, mudo testigo de sus penas, de sus lágrimas, rompe el sobre con temblorosa mano, con ese miedo peculiar de la madre que espera leer una desgracia acaecida á su hijo.

Hé aquí el contenido de la carta de despedida, dirigida por su hijo á aquella mujer que le llevó en sus entrañas:

«Querida mamá: Desde que tu marido fué encerrado en un

calabozo, me fastidiaba soberanamente en Madrid; así es que he resuelto hacer un viajecillo de cuatro ó seis meses.

»Cuando recibas ésta, me hallaré á algunas leguas de la córte. No me he despedido de tí por no afligirte. Perdóname si he faltado.

»Tuyo,—*Ernesto*.»

Doña Isabel exhala un grito doloroso, y prorumpe en esta sentida frase:

—¡Ingrato! ¡ingrato! ¡Ah! ¡No me ama!

La carta de Ernesto era digna de un grillete.

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

EN LA CORTE Y EN LA ALDEA.

CAPITULO PRIMERO.

Los viajeros.

Como es muy probable que el curioso lector haya echado de ménos á la honrada familia de Juan José Robles, creemos oportuno volverla á presentar en escena, para que no se nos tache de ingratos ú olvidadizos.

Por el mismo tiempo que en la coronada villa del oso y el madroño acontecia lo que hemos narrado últimamente, Juan José Robles, su prudente esposa y sus dos hijos llegan á Zaragoza, con objeto de refugiarse en casa del estanquero del modesto pueblo de B... situado como á una legua de la ciudad que fué cuna de Lanuza.

Robles ha ajustado un carro para transportar su familia y su equipaje, pero apénas divisa la torre de la iglesia donde ha sido bautizado, manda al carretero que se detenga, y echando pié á tierra con toda su familia le dice:

—Tú vas á continuar el camino, y cuando llegues al arra-

bal del pueblo, pregunta á cualquiera por el tio Jorge el estanquero, que aunque no es ése el destino de mi padre, el pueblo le conoce más por él que por su verdadero apellido. Cuando le encuentres, lo que no te será difícil, le dices que le espero con mis hijos y mi esposa junto al olivo donde me dió hace veinte años el abrazo de despedida.

El carretero continúa su camino.

—Pero ¿á qué viene eso, Juan?—pregunta Francisca con admiracion.

—Mira, hija mia. ¿Ves ese árbol corpulento que extiende con orgullo sus robustas ramas? Pues bien; bajo su sombra me dió mi difunta madre el abrazo de despedida, junto á su tronco me abrazó la última vez mi padre, y cubriéndome el rostro de besos y lágrimas me recomendó la honradez, la laboriosidad y la economía. Será un capricho, si quieres; pero no cuesta dinero, y esos son los que los pobres podemos satisfacer á todas horas. Quiero, pues, en este mismo sitio abrazar á mi padre, referirle la desgracia que ha concluido con mi fortuna y contarle la ingratitud de mi hermano Pablo. Siéntate con tus hijos y esperemos, querida Francisca; mi padre, aunque tiene más de sesenta años, se halla ágil, y vendrá tan pronto como el carretero le anuncie nuestra llegada. ¡Oh! ¡Qué ganas tengo de abrazarle! ¡Verás qué sanos se crian en el pueblo nuestros hijos! Despues de todo, bien dice el refran, que no hay mal que por bien no venga.

Juan José, ó está contento, ó quiere demostrárselo á su esposa.

Francisca, por su parte, dice:

—Veo, querido Juan, que son muy bonitas las cercanías

de tu pueblo. Todo esto es muy pintoresco, y el cielo no puede ser más alegre.

Los dos niños, miéntras tanto, se han sentado á la sombra de un robusto olivo, y se entretienen en arrancar flores silvestres, que anunciando el principio de la primavera, crecen por todas partes.

—En todo el radio—vuelve á decir Juan—no hay un palmo de tierra que no me sea conocido, que no me recuerde alguna diablura de la infancia.

—Estoy contenta,—dice á su vez Francisca.—Verdaderamente, la vida es enojosa en las grandes capitales. Esclava la mujer de la sociedad que la rodea y el hombre de los negocios que le ocupan, no se puede disponer de nada. Nuestra vida aquí va á ser muy distinta; la educacion de nuestros hijos será nuestro constante afan.

—En cuanto á mí, te prometo que voy á hacerme labrador.

—¡Bah! Ese es un trabajo muy cansado.

—Soy fuerte.

—No para tánto.

—Ya lo verás.

¿Es verdadera tanta alegría?

El capitalista arruinado, la elegante señora, acostumbrada al lujo que proporciona la fortuna, ¿admiten con gusto la modesta sencillez, la sobriedad de la vida monotona de un pueblo de corto vecindario?

La felicidad no consiste en la riqueza; está probado.

Juan, resignándose con su suerte, busca la paz del espíritu, el bienestar del cuerpo.

Ayer rico y hoy pobre, ni el oro, ni la desgracia han podido malear su corazon.

La familia es un tesoro inestimable para los hombres justos.

Un hijo vale, cuando ménos, un millon de duros; con la ventaja de que los placeres que proporciona el hijo son placeres del alma, y los que proporciona el dinero son placeres del cuerpo.

Los unos traspasan los límites del sepulcro, llegan á la eternidad; los otros concluyen con la frágil materia, terminan al borde de una tumba, sea ésta de mármol, sea un sencillo hoyo practicado en la madre tierra.

Juan y Francisca son felices en aquel momento.

Los verdaderos esposos, los que se unen con ese lazo de flores que se marchita con los años, se transmiten la felicidad; por eso resulta que nunca están tristes.

Transcurre media hora, y Juan, olvidando los elogios que le inspiran aquellos pintorescos sitios, vuelve á pensar en su padre.

—¡Verás, querida Francisca, qué alegron recibe mi pobre viejecillo!—dice.—¡Dios quiera que no le siente mal la alegría!

—El placer no mata. Además, está avisado.

—Sí; pero no le asegurábamos el dia.

—Eso no importa; ya nos estará esperando.

—Papá,—dice Alejandro, mezclándose en la conversacion,—¿vamos á vivir aquí?

—¡Está claro! Para eso hemos venido.

—¡Ah! ¡Qué gusto! ¿Hay colegio en el pueblo?

—Hay una escuela; pero desde mañana seré yo tu maestro.

—Me alegro mucho.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—¡Toma! Porque siendo tú mi maestro, haré yo lo que me dé la gana.

—Eso lo verémos.

—¡Bah! Tú no me riñes nunca.

En esto se oyen unas voces por el camino del pueblo, que dicen:

—¡Eh! ¡Juanito! ¿Dónde diablos estás? ¡Juan! ¡Querido Juan!

—¡Es mi padre!—exclama Robles, estremeciéndose de placer.

Y sin esperar más, se dirige precipitadamente hácia el sitio de donde viene la voz.

Francisca se levanta y dirige los ojos en pos de su marido

Pronto resuena un doble grito, y dos hombres se abrazan fuertemente.

Son Juan José y Jorge el estanquero, su padre, que acaban de encontrarse á la salida de una vereda.

Francisca contempla el tierno grupo, y dos lágrimas se desprenden de sus ojos.

—¡Ah!—murmura en voz baja.—¡Dios mio, haz que mi querido esposo borre de su memoria lo pasado, que no se acuerde nunca de aquella vida de fausto y esplendor que ha terminado para nosotros! ¡Derrama en su corazon la santa semilla de la resignacion, en su alma la fe para soportar las fatigas de la vida, y en su espíritu la tranquilidad, tan necesaria para la existencia! En cambio de todos estos dones que te pido, toma

mi vida si quieres. Siendo él feliz, ¿qué me importa lo demas?

Y Francisca, al terminar su plegaria, cae de rodillas al pié del árbol y una ferviente oracion brota de sus labios.

En esta dulce actitud la sorprenden su esposo y su suegro, que viendo á Francisca con sus hijos al lado, no sabe á quién abrazar.

Al honrado y rudo aragones la alegría se le agolpa al corazon, y las lágrimas le quitan la luz de los ojos.

Pero suele decirse que á grandes males grandes remedios, y el tio Jorge abraza á su nuera y á sus nietos, todos á un tiempo, formando á la sombra del añoso olivo un grupo lleno de ternura.

¡Cuadro sublime, incomparable, en cuyo fondo brilla la naturaleza con todos sus encantos, y en cuyo cielo se extiende la poética luz del crepúsculo vespertino!

CAPITULO II.

El que siembra, recoge.

Miéntras tanto, la noticia de la llegada de Juan José Robles cunde por el pueblo, y pronto se reunen en la plaza casi todos los vecinos.

Los desocupados rodean al carretero, porque Juan José tiene amigos.

Ademas, á sus expensas se reparó la ermita del pueblo y se le puso campana nueva, y se hizo una fuente de piedra en la plaza.

Juan José es un gran hombre que viene á honrarles, y es preciso recibirle como se merece.

—¿Dónde está?—pregunta el albéitar.

—Cerca del pueblo,—dice el carretero.

—¿Por qué se ha detenido?—exclama el barbero.

—Debemos salir á su encuentro ántes que llegue aquí,—dice el fiel de fechos.

—Está claro; todos nos hemos criado juntos,—repiten varias voces.

—Y ademas, él siempre ha sido muy campechano.

—Y muy franco.

—Y muy amigo de todos.

—Y amante de los pobres.

—Y muchos años, de su bolsillo y por su cuenta, se han corrido novillos en el pueblo el dia de San Juan.

—Y recompuso la ermita.

—Y compró una campana.

—Y construyó la fuente de la plaza.

—¡Viva Juan José!—exclama por fin un entusiasta.

Y cien voces repiten: ¡Viva! demostrando el unánime parecer de aquel pueblo.

—Señores, creo que deberíamos decir al cura que mandára echar las campanas á vuelo,—exclama uno de los del corro.

—Tiene razon Silvestre.

—¿Quién irá á decírselo?

—¡Yo!

—¡Yo!

—¡Yo!

—Lo mejor es que vayamos todos.

—Sí, sí; vamos todos.

—¿Sabeis si á la tia Verónica le quedan en la tienda algunas carretillas?—pregunta otro.

—Puede que sí.

—Podemos darle esta noche fuegos artificiales.

—Y serenata.

—Y el domingo se corren dos novillos!

—Todo eso y mucho más merece un hijo del pueblo que tanto ha hecho por él.

—Y lo que hará todavía.

—¡Es claro! Como que es rico.

—Dicen que tiene cien millones.

—¿Eso será mucho dinero?—pregunta con curiosidad el herrador.

—Eso es mucho más que mil onzas,—dice el barbero con maliciosa entonacion.

—¡Mil onzas! ¡Qué *dineral de dinero!*—repiten varias voces, haciendo con asombro la señal de la cruz sobre la frente.

Como los comentarios toman un giro distinto, uno de estos que no gusta de divagar, recuerda que hay que ir á casa del señor cura á pedirle permiso para echar la campana grande á vuelo, y el pueblo en masa se dirige á la carrera á casa del párroco.

Precisamente el buen señor está á la puerta, dando paseos arriba y abajo con el solideo y la sotana, ó como si dijéramos en traje de casa, cuando llegando á sus oidos un rumor sordo como el de una marea que se aproxima, alza los ojos y colocándose la mano sobre las cejas, en forma de pantalla se dice para su capote:

—¿Qué ocurrirá en el pueblo, que vienen en masa todos mis feligreses?

En los pueblos de corto vecindario se saben pronto las cosas; así es que estas frases llegan á los oidos del venerable párroco:

—¿Quién toma la palabra?

—Tómala tú, Basilio, que hablas como un libro.

—No; habla tú.

—Que hable cualquiera.

—Pues entónces, que hable el barbero,—interrumpe una vieja.

—Sí; que hable el barbero, que tiene la lengua tán fresca como la nariz de un perro.

El barbero, lleno de satisfaccion, avànza unos cuantos pasos y dice:

—Señor cura, dispense su mercéd si venimos á molestarle; pero el hijo *bueno* del tio Jorge el estanquero está á la entrada del pueblo, bajo el olivo grande, y nosotros queriamos que su merced mandara á Sinforiano el sacristan que echara á vuelo la campana grande, para celebrar como es debido la llegada del hijo del *pueblo*, y protector del *pueblo*, que despues de muchos años vuelve al *pueblo*.

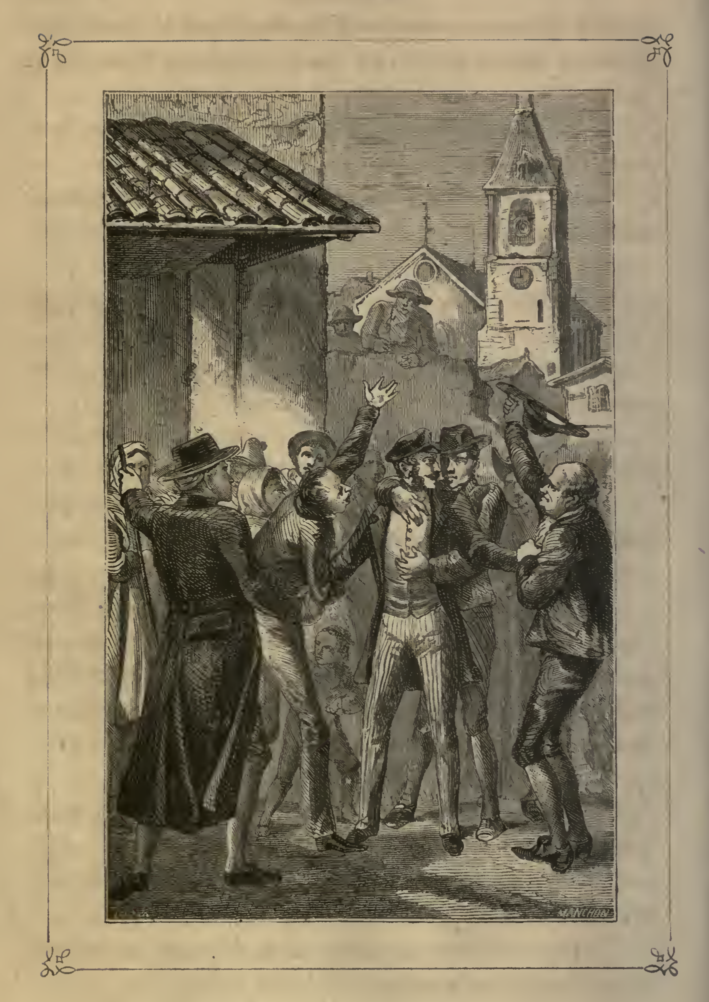
—¡Victoria!—exclama la muchedumbre, entusiasmada al oir el discurso.

El párroco, que ha oido las palabras del barbero moviéndo la cabeza en señal de aprobacion, dice:

—Nada más justo, hijos mios, que concederos lo que solicitais. Buscad á Sinforiano, y decidle que toque la campana hasta que se rompa, si quereis; que al fin y al cabo, Juan es quien la pagó.

Los habitantes de B... no esperan que el padre de almas repita la órden.

Buscan á Sinforiano el sacristan, que está jugando al *mus* con el boticario y el médico, le transmiten el *mandato* del



El tio Jorge llora de gozo, y saluda á sus paisanos con el sombrero

párroco, y pronto resuena en el espacio la voz de metal, celebrando la llegada del hijo del pueblo que tantos beneficios ha hecho.

Miéntras tanto, Juan y su familia se dirigen al pueblo en dulce coloquio.

Doscientos pasos ántes de llegar á las primeras casas les espera el vecindario en masa, llevando al frente al señor alcalde y al cura párroco.

Aquel recibimiento inesperado sorprende á los esposos agradablemente.

El tio Jorge llora de gózo, y saluda á sus paisanos con el sombrero.

Juan sufre ciento treinta y siete abrazos, algunos de los cuales amenazan acabar con su existencia.

Pero no se apercibe de la rudeza, de la fuerza de sus amigos de la infancia, y apénas se separa del pecho de uno, cuando le sale al encuentro otro.

La campana sigue volteando con incansable brio, y los vivas hacen derramar lágrimas de agradecimiento á Francisca, que viendo á su marido objeto de un entusiasmo tan grande, tan verdadero, bendice en el fondo de su alma la ruina de su casa.

Por fin llegan al término de su viaje.

Es una casita muy cómoda, recien construida, rodeada de una hermosa huerta.

Jorge obsequia cumplidamente á los que festejan á su hijo.

Al poco rato el sol se oculta; la noche, reina del espacio, cubre de sombras la tierra.

En este momento una culebra de fuego comienza á girar en derredor de los grupos que se hallan parados á la puerta de la casa del tio Jorge.

Los gritos se aumentan, y otras carretillas iluminan las tinieblas, arrancando alegres y ruidosas carcajadas, gozosos gritos y exclamaciones de alegría.

Poco á poco van disipándose los grupos de gente, y por fin, la familia se queda sola.

El padre comprende que están cansados del viaje y de los apretones.

La hora del descanso suena y los forasteros son conducidos al piso alto de la casa.

—Esta es vuestra habitacion,—les dice el tio Jorge.—Como veis, la casa es muy cómoda y muy bonita; la mejor del pueblo: nos sobra sitio para todos. Pero ahora lo que conviene es descansar; mañana hablarémos despacio. Conque buenas noches.

Cuando Juan y Francisca se quedan solos, impulsados los dos por un mismo pensamiento, se arrojan el uno en brazos del otro.

—¡Ah!—exclama Francisca.—Me dice el corazon que en este pueblo serémos más felices que en Madrid. ¿No lo esperas así tú tambien?

—Sí, Francisca, sí. Porque en este pueblo nos aman y nos admiran. Tú me aconsejaste cuando era rico que hiciese por ellos todo lo posible, yo seguí tú consejo, y sabido es que en este campo de la vida el hombre es un labrador, y cuando siembra, recoge.

Despues los esposos se acuestan; pero ántes que cerraran

los ojos al sueño, se oye al pié del balcon una música de guitarras y bandurrias.

Es la serenata del pueblo; modesta en parte, pero más apreciable, porque los músicos tocan sin la esperanza de la paga.

Juan José ha dicho bien: «En esta vida el hombre es un labrador, y cuando siembra, recoge.»

CAPITULO III.

El grito de la conciencia.

Abandonemos el pueblo de B..., adonde indudablemente nos volverán á conducir los acontecimientos.

Madrid debe ser por ahora nuestra residencia, puesto que en la coronada villa del oso y del madroño es donde se halla la mayoría de los personajes que toman parte en la novela que en forma de entregas estoy *suministrándote* para que entretengas tus ratos de ocio.

Triste, desconsolada, se encuentra la familia de Blas desde el dia que un juez, seguido de un escribano y dos alguaciles, se presentó en la quinta buscando á Héctor.

Nosotros vamos á oir un diálogo que mantienen los esposos, sentados á la sombra de un árbol.

—Mira, Blas, la calumnia causó la locura de nuestra hija,—dice Pepa,—y te privó de la salud hasta el punto de hacerte un hombre inútil. No me cabe duda: la calumnia es la que tiene en una cárcel á nuestro bondadoso protector.

—Pero ¿es posible que los hombres sean tan infames?

—Ya ves: le acusan de un asesinato. ¡Á él, que es tan noble, tan generoso, tan bueno!

—Es indispensable que vayamos á verle.

—Precisamente es lo que iba á proponerte.

—Mira, manda al hortelano que traiga un coche de alquiler.

—Me parece buena idea.

—Sí, porque yo no podria llegar á pié; está bastante léjos.

—Si permitieran que me quedara en la cárcel, yo le cuidaria,—dice Pepa.

—Eso no puede ser.

—Pero irémos todos los dias.

—Todos, sin faltar uno.

—Desde hoy harémos un trato con el cochero.

—Se me ocurre una cosa. Don Héctor tiene coche; si se le pidiera al cochero cuando viene por las mañanas con el médico...

—Yo no me atrevo.

—Tienes razon; eso sería pedir mucho.

—¿Qué hora será?

—Segun la altura del sol, deben ser las once.

—¿Te parece que mandemos por el carruaje?

—Bien.

Pepa, al ir á dar las órdenes, observa que el hortelano se dirige con paso acelerado hácia el mismo sitio donde ellos se hallan.

—Mira, aquí viene el tio Pedro,—exclama Pepa.

—Buenos dias, señores,—dice el hortelano.

—¿Qué ocurre? ¿Ha habido noticias?—preguntan casi á la vez los esposos.

—Esta mañana me ha dicho el lacayo del señorito que le tienen en la cárcel incomunicado. Yo pensaba ir á verle hoy; pero con esa mala nueva, veo que sería inútil el viaje.

Blas y Pepa se miran, como si se dijeran:

—Nuestro pensamiento no puede tener efecto.

—Verdaderamente,—continúa el tio Pedro,—alguno le tiene mala voluntad al señorito. Pero, en fin, la inocencia sube como el aceite, y tarde ó temprano le verémos en la calle. Pero, hablando de cada cosa un poco, ahí en la puerta espera aquel muchacho de marras, y dice que tiene precision de hablar con ustedes.

—¿Qué muchacho?—pregunta Pepa mirando á su marido.

—Aquél que se pone de rodillas delante de la tapia.

—¿Eugenio?

—Yo no sé cómo se llama; pero la verdad es que me da lástima, porque está más flacucho y más descolorido...

—¿Quieres verle, Blas?—pregunta Pepa.

—Me es igual,—responde, encogiéndose de hombros.—Poro ¿no te ha dicho lo que quiere?

—Segun me dijo, se marcha á *las Américas*,—repone el hortelano.—Y digo yo que vendrá á despedirse, porque trae una cara...

—¡Pobre Eugenio!

—Dile que pase.

Poco despues Eugenio se arrodilla á los piés de Pepa y Blas, y cogiendo respetuosamente las manos de los esposos, las besa sin pronunciar una sola palabra.

Eugenio tiene todo el aspecto triste, melancólico, de uno de esos enfermos que padecen del pecho y vén que la muerte se aproxima poco á poco hácia ellos, comprendiendo que son impotentes para defender la vida.

Sus ojos, hundidos y brillantes, demuestran el frecuente insomnio que sobresalta aquel espíritu, que consume aquella naturaleza, desgastada por los padecimientos morales.

El desaliño de su traje indica el poco cuidado que le inspira su persona.

Desde la noche que el soplo envenenador de la venganza guió su brazo armado con el puñal homicida, el remordimiento ha turbado la paz de su sueño, haciendo largas y angustiosas las horas de su existencia.

Algunas veces, persuadido de que para él no existe ya la felicidad, piensa en la muerte, en esa esperanza de los escépticos y los desesperados.

Pero oyéndole sabrémos el motivo de aquella visita y los planes que se agitan en la mente de Eugenio, siempre sobresaltada, siempre repleta de tristísimas nubes, de visiones amenazadoras.

—Levanta, Eugenio,—le dice Blas con bondadoso acento.—Persuadidos hasta la evidencia de tu sincero arrepentimiento, no te guardamos rencor alguno; no podrémos ser nnnca lo que hubiéramos sido, es decir, padre é hijo; pero tú, más desgraciado que criminal, encontrarás siempre en nosotros amigos que te compadezcan, que enjuguen tus lágrimas, que te aprecien.

—Señor Blas, no sabe usted el bien que sus palabras me causan, hoy que por la última vez vengo á implorar el perdon

de mis culpas, pues dentro de tres dias pienso abandonar para siempre á Madrid.

—Perdonado estás, y de corazon, hijo mio,—dice á su vez Pepa.—Seríamos nosotros muy rencorosos si guardáramos en nuestros corazones un resto de mala voluntad para tí.

—Gracias, señora Pepa. Son ustedes demasiado buenos para con este miserable.

—Vaya, vaya, no se hable más del asunto,—vuelve á decir Pepa, enternecida ante la humildad de Eugenio.

—¿Y adónde piensas dirigir tus pasos?—pregunta Blas.

—Muy léjos, señor; á la otra parte de los mares.

—¡Ah! ¿Vas á buscar fortuna á América?

—Me importa poco el dinero; mi objeto es huir de Madrid, perder de vista para siempre esta tierra, donde tantas amarguras he sufrido.

—Pero ¿tienes dinero para emprender un viaje tan largo?

—Le diré á usted: hace algunos dias leí en un periódico que se necesitaba en la isla de Cuba un regente de imprenta, anunciando que se le pagaria el viaje si llenaba todos los requisitos necesarios para desempeñar aquel cargo. Ayer firmé mi escritura, y como he dicho ántes, saldré para Cádiz dentro de tres dias.

—Dios te dé suerte,—dice Pepa,—y proteja el buque durante la navegacion.

—Resuelto á partir, no he querido hacerlo sin despedirme ántes de ustedes y de don Héctor, que tan bueno y tan condescendiente ha sido siempre conmigo. Hé aquí la causa que por última vez me conduce á estos sitios.

—Desgraciadamente,—objeta Blas,—tus deseos no podrán

cumplirse por completo, y tendrás que partir sin despedirte de don Héctor.

—¿No está en Madrid, por desgracia?—pregunta con interes Eugenio.

—Sí, en Madrid se halla; pero es muy probable que no puedas verle.

—¿Está enfermo tal vez?

—Está en la cárcel.

—¡En la cárcel!—exclama con asombro Eugenio.—¡En la cárcel! ¿Qué ha hecho para estar en la cárcel?

Y Eugenio, al pronunciar estas palabras, palidece de un modo notable.

—El señor don Héctor no ha hecho nada,—dice Pepa.—Pero ¿quién está libre en el mundo de una mala voluntad? Nosotros mismos, ¿no fuimos víctimas hace poco tiempo de la calumnia? ¿No puede él asimismo serlo en esta ocasion?

—Sí, sí. ¿Quién lo duda?—exclama Eugenio con espanto, y como si aquellas palabras trajeran á su memoria recuerdos dolorosos.

—Pues sí, hijo mio. Ahí tienes cómo en esta pícara vida, cuando ménos lo piensa uno, le sale un disgusto al encuentro; y don Héctor, que es más bueno que el pan; don Héctor, que se hallaba aquí tranquilo y contento, sin ocuparse de nadie, ha sido encerrado en una cárcel y se halla envuelto en una causa criminal.

—Pero ¿de qué se le acusa?—vuelve á preguntar Eugenio con creciente asombro.

—De un asesinato.

El rostro de Eugenio se torna lívido; un temblor nervioso

agita su cuerpo; sus ojos dirigen en torno miradas recelosas, y un bronco y pesado lamento se escapa de su pecho.

La agitacion del jóven cajista no pasa desapercibida á los ojos de la señora Pepa, la cual le pregunta con cariñoso acento:

—¿Qué tienes, hijo mio?

—¡Es extraño!—murmura Eugenio, como hablando consigo mismo.

Y luégo, mirando con fijeza á los honrados ancianos, vuelve á preguntar:

—¿Dice usted que se le acusa de un asesinato?

—Sí; pero es inocente; don Héctor es demasiado bueno para cometer un crímen tan horrible.

—¿Y no saben ustedes el nombre del muerto?

—Si mal no recuerdo,—dice Blas,—era un antiguo amigo de don Héctor, y se llamaba Daniel.

—¡Daniel! ¡Daniel!—exclama Eugenio con la más clara expresion de espanto, de terror.—¿Saben ustedes quién es ese Daniel? Pues es el miserable que calumnió á María; el autor de todas nuestras desgracias; su muerte es justa, pero don Héctor nada tiene que ver con ese asesinato; es inocente como usted, señor Blas; como usted, señora Pepa: yo solo conozco al matador.

—¡Tú!—exclaman á un tiempo los esposos.

—Sí, yo; y voy á denunciarle á los tribunales.

—Pero ¿quién es ese hombre? ¿Quién es?

—¡Ese hombre soy yo!... ¡Yo, que he hundido el puñal en el corazon del calumniador!... ¡Yo, que he vengado á María, que he vengado á ustedes, que me he vengado á mí mis-

mo!... ¡Yo, que voy á hacer que inmediatamente pongan en libertad á don Héctor, cumpliendo con un deber de justicia!... ¡Adios para siempre, ustedes, que debian haber sido mis padres, ustedes que me perdonan, ustedes que algun dia no podrán ménos de derramar una lágrima á la memoria del infortunado Eugenio!...

Y diciendo esto desaparece precipitadamente, dejando absortos, confundidos, aterrados, á los padres de María.

CAPITULO IV.

La voz del crimen.

Eugenio sale de la casa de campo triste, cabizbajo, reconcentrado en sí mismo.

Una nube de sangre parece ofuscarle la vista.

El pensamiento de que Héctor sufre por él hiere su alma, y le hace marchar con paso rápido y seguro; pero la idea de su prision surge despues en su mente, y su reposada marcha revela el miedo que le inspira la capital.

Cuando llega á las avenidas de ésta, el ruido que se difunde por la atmósfera resuena en los oidos del cajista como un grito de acusacion que le aterra y que le hace presentir una decepcion horrible y una muerte afrentosa.

El recuerdo de la pobre María le punza más, y la prision de Héctor le impulsa nuevamente.

Eugenio tiembla, y temblando entra en Madrid.

El perdon que ha recibido de los séres cuya desgracia llora

no basta á calmar su agitacion; y es que en su alma hay un fondo de justicia, de verdad, de grandeza; fondo perenne, que no nace ni muere, porque procede de Dios; que traspasa los límites de la tumba, donde la frágil materia se destruye, y que inflexible siempre, marca á los unos la senda que han de seguir, ó castiga con sus ocultos torcedores á los que se apartan de ella.

Ese fondo es la conciencia.

¿Y cómo no habia de sentir Eugenio las terribles é implacables recriminaciones de la suya, si por dar crédito á las calumniosas frases de Daniel habia coadyuvado á la eterna desgracia de la que pudiera haber sido para su corazon un ángel de paz?

¿Cómo, si su débil espíritu, en vez de hacerse fuerte á las criminales voces de la maledicencia pública, se habia visto impelido por el huracan de las pasiones, recurriendo al vicio para calmar su abatimiento? ¿Cómo, si en vez de castigar al calumniador con el generoso perdon de las ofensas, habia hundido en su pecho traidoramente el hierro homicida? Pero todo ello es lógico, si se quiere, porque una vez salvado el primer escalon del vicio, no hay medio de detenerse hasta el abismo. Y así como la paz de hogar, el amor de la familia, la tranquilidad de la conciencia, hubieran podido ser el galardon de su honradez, hoy el remordimiento es su sombra; su expiacion la afrenta; el crímen su castigo.

Interin hemos hecho nosotros las anteriores reflexiones, Eugenio atraviesa algunas calles, apartando la vista de cuantos pasan á su lado, esquivando su contacto, huyendo de sí mismo; de este modo entra en su buhardilla.

Una vez en ella, entreabre silenciosamente la ventana, porque hasta el ruido más leve le amedrenta, y más desencajado y abatido que ántes, se deja caer sobre una silla.

Con su extraviada vista busca algun objeto.

Aquel objeto es un jarro de agua; agua que calme el temblor nervioso de su cuerpo, que apague el fuego de su corazon, que mitigue la horrible sed que la fiebre le produce.

Eugenio ve al fin el jarro; se levanta, bebe con ánsia y se sienta.

Su vista, errante como su pensamiento, fíjase por último en el único rayo de sol que se desliza por la ventana, á traves de la cual se ve el cielo y la alta aguja de alguna que otra iglesia.

La casualidad le presenta las dos únicas esperanzas de su vida.

El cielo, que representa la eternidad; las agujas de los templos, que simbolizan la fe.

Eugenio exhala un suspiro, siente que las lágrimas se agolpan á sus ojos, é inclina la cabeza.

Pero el rayo de sol que ántes parecióle dorado, alegre, resplandeciente, va adquiriendo ante su vista el color de la escarlata, el color de la sangre.

Sus labios pronuncian estos dos nombres:

—¡Daniel! ¡María!

El primero brota de su pecho como un rugido, el segundo como un lamento.

Y es que en su corazon existen dos sentimientos distintos, pero grandes, inmensos, inextinguibles: su venganza satisfecha y la aspiracion á un amor irrealizable.

El recuerdo de Héctor se levanta nuevamente del fondo de su alma, y Eugenio empieza á meditar lo que sigue:

Eugenio.—¡Qué hermoso es ese sol, ese cielo, esas nubes! ¡Ahora me parecen más bellos que nunca, porque temo perderlos para siempre!

La conciencia.—¡Y los perderás!

Eugenio.—¡No! ¡no! Soy jóven todavía y quiero gozar de la existencia.

La conciencia.—La existencia sin honra es como una flor sin perfume, como un cuerpo sin vida.

Eugenio.—¡Ah! ¡Pero yo la tengo!

La conciencia.—¡No!

Eugenio.—¡Qué! ¿No me anima el amor al trabajo, el perdon que he recibido?

La conciencia.—¡Y qué importa eso?

Eugenio.—Yo puedo lavar con mis buenas acciones la mancha de mis pasados extravíos.

La conciencia.—¿Y Daniel?

Eugenio.—Mi venganza ha sido justa.

La conciencia.—Y si ha sido justa, ¿por qué tiemblas? ¿Por qué te remuerde? Ademas, ¿qué ofensa, por grave que sea, puede impulsarte á cometer un crímen?

Eugenio.—¡Oh! ¡Déjame! ¡déjame! ¡Ten compasion de mí!

La conciencia.—¿Y Héctor?

—¡Héctor! ¡Héctor!—balbucea Eugenio con insensatez.

La conciencia.—Sufre por tí. ¡Está preso!

Eugenio.—¡Preso! ¡Sí! ¡Es verdad! Tú me dices que le sustituya, que me presente á los tribunales, que declare lo ocurrido, para libertarle del terrible daño que le amenaza.

La conciencia.—Sí.

Eugenio.—¡Pero yo no quiero privarme de la luz que me alumbra, de los objetos que veo, del ambiente que respiro! ¡Dios desvanecerá las sospechas que sobre Héctor recaen, ínterin yo me ausento léjos, muy léjos, con mi remordimiento y mi dolor! ¡Déjame! Mi futura conducta hará que algun dia me devuelvas la paz de que carezco, la tranquilidad que me robas.

La conciencia.—¡Imposible!

Eugenio.—¡Oh! Pero todo es lógico. Si Daniel mató mi honra, yo extinguí el hilo de su infame vida.

La conciencia.—Sólo Dios puede castigarle.

Eugenio.—¿Y le castigará?

La conciencia.—Como á tí.

Eugenio hunde la frente entre sus manos y continúa meditando largo rato.

Despues saca el puñal, ensangrentado aún, el puñal con que habia asesinado á Daniel, lo desenvaina y lo coloca pausadamente sobre la mesa.

Al dejarlo, sus ojos se fijan en la sangre que sombrea la reluciente cuchilla y se aparta con horror.

Sin embargo, una influencia poderosa conduce su vista sobre aquel objeto.

Eugenio se estremece.

Las violentas sacudidas de su conciencia precipitan los latidos de su corazon.

Su remordimiento es más vehemente.

Las convulsiones de su espíritu, más violentas cada vez.

Su abatimiento, más horrible.

La idea de la tenebrosa prision en que ha de purgar su delito, le hace fijarse con cariño en los pobres y desmantelados muebles de su buhardilla.

Todo aquello, que por su miseria repugna, adquiere en tales instantes un irresistible encanto para él.

No es extraño; cuando las situaciones de la vida del hombre se complican y éste se encuentra en las gradas del patíbulo, donde ha de ser eterna su afrenta, los pasados dias, por borrascosos que hayan sido, siempre conservan un recuerdo agradable en su memoria.

Por eso, lo mismo que el pobre se complace en recordar sus horas de fortuna, el rico recuerda sus horas de miseria entre risas y chacota, el criminal arrepentido sus dias de borrascas, y el que, como Eugenio, se encuentra en el período álgido de la desesperacion y la amargura, los objetos que en horas más tranquilas han acompañado su soledad, que es tan horrible como su dolor.

Eugenio parece despedirse de ellos para siempre con una sonrisa dolorosa.

Despues vuelve á meditar.

—Don Héctor no debe sufrir más tiempo,—dice.—Yo me presentaré en su lugar, hablaré con el juez, le mostraré ese puñal ensangrentado, y sobre nadie recaerá entónces un delito del que ante Dios y ante el mundo yo sólo debo ser responsable. Comprendo que la vida no puede ser agradable para mí; he descendido paso á paso hasta el abismo del crímen, y éste me separa de los demas hombres.

Eugenio cruza las manos sobre su pecho, alza la vista y exclama:

—¡Dios mio! ¡Si mi culpa es grande, no lo es ménos la expiacion que me impones!

Despues toma el puñal, lo guarda en su bolsillo rápidamente, como si su contacto le quemara; se levanta, lanza una última mirada sobre cuantos objetos le rodean, y pasados algunos momentos, durante los cuales contempla con vehemencia aquel rayo de sol, sale de la buhardilla.

Las sombras que pueblan la escalera le dan miedo, y acelera el paso.

Al salir á la calle se emboza hasta los ojos, temeroso de que le conozcan, y echa á andar rápidamente.

—Averiguaré dónde vive el juez, y me presentaré á él al instante,—se dice.

Pero al mismo tiempo tiembla, vacila, teme perder para siempre la libertad, y varias veces se detiene.

Sin embargo, una sombra misteriosa le impulsa, le acosa, le persigue; es la sombra de Daniel, que flota á su espalda, ante sus ojos, en la atmósfera, en todas partes.

En la mirada de cuantos pasan cree ver la revelacion de su delito.

En la boca de todos, una sonrisa de desprecio ó un gesto de aversion.

El perdon recibido de labios de la señora Pepa, de su anciano esposo y de la pobre loca, se borra de su mente por instantes para recordar el terrible reproche de la primera entrevista.

—¡Vete! ¡vete! ¡vete!—murmura Eugenio.—Así dijeron ellos; así dicen ó piensan cuantos veo; así exclamará muy pronto la sociedad entera. Yo soy una planta maldita cuyo

contacto envenena, cuyo aliento mata, cuya desgracia sólo en el seno de Dios puede encontrar la compasion.

Diciendo esto, Eugenio pasa ante un café, que por lo solitario y lóbrego más debiera llevar el nombre de taberna, entra, se sienta, llama, y sin bajarse el embozo de la capa pide una copa de rom.

El mozo vuelve y deja sobre la mesa la copa.

Eugenio bebe con ansia.

Despues se limpia la boca con el reves de la mano, y murmura:

—Mucho más beberia por calmar el dolor que me destroza; pero hoy, Eugenio, debes estar firme, tener despejada la razon, porque de tus palabras depende la tranquilidad de Héctor, que ha sido un generoso amigo para tí.

En seguida arroja una moneda sobre la mesa y sale del café.

Eugenio parece estar más tranquilo.

Así camina largo rato por una y otra calle, hasta que últimamente se detiene ante un edificio: lo mira, se estremece, y venciendo la natural repugnancia que le inspira, penetra en su interior.

Es la Audiencia.

Eugenio sube, recorre las galerías, y por último entra en una sala, á cuyo frente y bajo un dosel de terciopelo carmesí se hallan los representantes de las leyes humanas.

Al verlos, su sangre se hiela y su corazon late con violencia.

El abogado alza su voz sonora y elocuente sobre el auditorio, que no puede ser más numeroso.

Por entre las apiñadas cabezas de éste se ve la del reo, que desde el banquillo de los acusados escucha su defensa, ante la barandilla divisoria, entre la justicia y el pueblo, con las manos atadas á la espalda, la vista baja y el rostro desencajado por el remordimiento.

El defensor cesa; Eugenio aparta la vista con horror, y oye en aquel instante la aterradora voz del fiscal, que pide la pena de muerte para el reo.

Eugenio tiene que apoyarse en la pared para no caer.

Poco despues el recuerdo de Héctor le punza; se incorpora, y pálido como un cadáver, se dirige hácia el alguacil, que, con el tricornio en la mano y la vara de la justicia en su diestra, ocupa el centro de la estancia.

—Señor mio,—dice Eugenio en voz muy baja,—desearia que me hiciese usted un favor.

El alguacil se vuelve, le mira, y contesta con gravedad:

—¿Cuál?

—Decirme dónde vive el señor juez de este distrito.

—Magdalena, diez, principal,—dice lacónicamente el alguacil.

—Muchas gracias.

El cajista sale, se emboza de nuevo y abandona rápidamente el tribunal.

Un cuarto de hora despues llega á la casa prefijada, y pregunta por el juez.

—¿Qué quiere usted?—le dice otro alguacil, con voz impetuosa y altanera.

—Verle.

—¿Para qué?

—Eso es lo que no puedo decir; pero adviértale usted que es urgente, urgentísimo, y que en ello se halla interesada la justicia.

—Pues espere usted.

El pobre Eugenio se quita la gorra con humildad, se sienta en el banco del recibimiento, y espera algunos instantes; pero ¡cuán breves son éstos para su razon, y cuán largos para su implacable conciencia!

La misma voz que le habia mandado esperar resuena al fin en sus oidos, ordenando que se acerque, y Eugenio siente que toda la sangre afluye á su cabeza, borrando y confundiendo los objetos, ínterin su corazon, latiendo apresuradamente, parece indicarle el último instante de su libertad.

El alguacil, en vista de la ofuscacion que denota el semblante del cajista, le coge por una mano, le arrastra consigo y le conduce ante el juez.

Eugenio, al verle, reprime un grito, vacila y se arroja con desaliento en el sillon más próximo.

CAPITULO V.

Entre la vida y la muerte.

El juez, que colocado detras de una gran mesa de despacho, sigue con la vista todos los movimientos del recien llegado, se incorpora ligeramente al verle caer desfallecido, y agita el cordon de la campanilla.

Un alguacil acude al llamamiento, y el representante de la justicia dice con voz grave y reposada:

—Martin, un vaso de agua para este hombre.

Eugenio levanta la cabeza, tiende sobre el juez una mirada dolorosa y exclama:

—No, no señor; muchas gracias; me siento bien.

Pero el primero insiste, el alguacil sale, y dos minutos despues vuelve con una magnífica copa, colocada sobre una bandeja de metal.

Eugenio hace ademan de levantarse, pero el que bien pronto ha de juzgarle le indica con la mano que se tranquili-

ce, ínterin el alguacil aproxima el agua á los temblorosos labios del cajista.

Despues sale, y Eugenio se levanta con dificultad.

El juez, en cuya mirada penetrante brilla la perspicacia y la prudencia, le mira un momento y le dice con entonacion benévola:

—Señor mio, dígame usted lo que desea y tranquilícese, porque este sitio sólo á los criminales impone terror.

—Es que yo lo soy, señor juez,—responde Eugenio, inclinando tristemente la cabeza.

—¿Usted?

—Sí señor, sí; yo, que he asesinado á un hombre y que me presento con objeto de que no sufran los que equivocadamente han sido presos.

El juez duda un instante; observa el rostro del cajista, más desencajado cada vez, y pregunta al fin con tranquilidad y aplomo:

—Pero ¿quiénes son los presos á que usted se refiere? ¿Qué causa es esa?

—Señor juez, uno de los presos es un tal don Héctor, y la causa la que en este juzgado se instruye, segun tengo entendido, por suponer á aquél y á otras personas complicadas en el asesinato de...

—Ya, ya,—dice el juez rápidamente.—Es el asesinato de ese jóven que se ha encontrado cadáver bajo los balcones de la casa en que habita don Bernardo Etartegui.

—Justamente.

—¿Y qué parte tiene usted en ese crímen?

—El todo, señor juez, el todo.

—¿Es posible?—balbucea éste palideciendo.

—Sí señor, sí,—dice Eugenio dolorosamente.—Don Héctor es inocente; don Héctor no debe ocupar por más tiempo el calabozo que está reservado para los criminales como yo.

El cajista, que ha pronunciado las anteriores frases con exaltacion, guarda un momento de silencio.

Entre tanto, el juez hace un ligero gesto de sorpresa y exclama:

—Vamos á ver, jóven: ¿no es usted impulsado por nadie al presentarse aquí?

—Por nadie, señor juez.

—¿Debe usted algunos favores á ese don Héctor de que me habla?

—Muchos, muchísimos; casi la vida, puesto que más de una vez ha querido separarme con sus buenos consejos del camino del vicio, á que me ha conducido la fatalidad.

—¿Y no es posible que por recompensar esos mismos favores se presente, por salvar de este modo la responsabilidad de don Héctor?

—No es eso, señor; es porque... yo... yo sólo soy el criminal.

El juez hace un segundo gesto y duda de la abnegacion de aquel jóven que tan generosamente se entrega en poder de la justicia.

Transcurre un momento de pausa.

—Veamos,—exclama al fin el juez, interrumpiendo con su voz grave el silencio de la estancia.—Usted es pobre, y el oro es un iman poderoso para los corazones débiles.

—Señor juez,—responde Eugenio con dignidad,—soy in-

capaz de venderme. Yo he matado á don Daniel, porque mi corazon, sediento de venganza, me pedia sangre, la sangre del que ha labrado mi desgracia.

—¡Ah! ¿Luego entre don Daniel y usted existian ofensas anteriores?

—Sí señor. Yo amaba á una muchacha inocente y pura como un ángel; me iba á casar con ella, y sus padres, sus bondadosos padres, que me miraban como á un hijo, veian en mí algo más que un amante: tal vez la alegría de su hija, el consuelo de su ancianidad. Don Daniel, á quien en mala hora conocí, me hizo sospechar de la honra de María y me envolvió en una miserable calumnia. Esto hizo que me apartase para siempre de los séres á quienes tanto amaba, entregándome á la bebida para aliviar mi dolor.

—¡Ah! ¿Y no sabía usted que una vez puesta la planta en el sendero del vicio es imposible retroceder?

—Así me lo ha dicho don Héctor más de una vez; pero me arrastraba la inmensa desesperacion de mi alma. Pues, como decia, cuando María se volvió loca, tullido el padre, enferma la madre, y siendo don Héctor el objeto de mi venganza, supe la horrible realidad de lo ocurrido, la inocencia de éste, á quien creia culpable, y que don Daniel era el infame usurpador de mi dicha. Entónces, dispuesto á todo, disfrazado de trapero, abandoné la humilde buhardilla en que he habitado, me situé en el sitio por donde don Daniel debia pasar, y despues de los incidentes que tal vez conozca usía tan bien como yo, hundí en su pecho y en su garganta este puñal.

Eugenio, al decir esto saca el puñal y lo coloca cuidadosamente sobre la mesa.

Al dejarlo su mano tiembla como su voz, que gradualmente va haciéndose opaca é insegura.

El juez hace un gesto de repugnancia al observar el cuerpo del delito y fija una dolorosa mirada en el agresor.

—Repare usted bien en lo que dice, en lo que hace,—exclama al fin.—Sus palabras pueden costarle caras, la vida tal vez.

—Lo sé; lo he reflexionado ántes de venir aquí.

—En ese caso, me veré en la dolorosa necesidad de prenderle.

—Estoy dispuesto á todo.

—Piense usted que aún está á tiempo de retractarse.

—Es tarde, señor juez.

—Lo comprendo. ¿Pero no pudiera ser, como le he dicho anteriormente y le repito ahora, que viniese usted impulsado por alguna mira bastarda? Yo no le conozco, y por consiguiente no debe ofenderse de que me exprese así. Pero si usted es inocente, si le arroja en brazos de la justicia el deseo del lucro, ó tal vez el generoso sentimiento de rescatar á don Héctor de su calabozo; si esta arma ha venido por conducto de aquél á sus manos, hable usted; piense en su adorada madre, que mañana llorará desolada la pérdida de su hijo; en su madre, que morirá de dolor al ver que quien pudo ser modelo de honradez es objeto de recriminaciones públicas, y que no volverá á estrecharle entre sus brazos.

Eugenio inclina pesadamente la cabeza, y las lágrimas que le arrancan las benévolas frases del que más que como juez inexorable le juzga como un amigo generoso, caen gota á gota de sus ojos.

—No, señor juez,—exclama con voz débil y concentrada.—Mi arrepentimiento empieza donde mi castigo, y yo no debo consentir que ningun inocente padezca por mí. Yo y solo yo soy el asesino de don Daniel.

—En ese caso, voy á cumplir con mi mision.

Eugenio se pone pálido como el mármol; deja vagar la vista por la estancia, como si buscase algun consuelo para el desamparo de su alma, y hace un poderoso esfuerzo para sostenerse.

El juez, despues de una breve pausa, llama de nuevo.

—Martin,—dice,—lleve usted preso á este hombre.

El alguacil sale un momento para volver con otro de sus compañeros, y ambos se aproximan al cajista, dirigiéndole miradas severas, amenazadoras.

—Un momento,—dice el juez.—¿Cómo se llama usted?

—Eugenio de...

—Basta, basta,—dice el primero, como arrepentido de su idea.—Ahora me trasladaré á la cárcel y se procederá á la indagatoria. Vaya usted con Dios.

—Señor juez,—dice Eugenio,—desearia que me dejasen ir solo. Quien no ha huido la accion de la justicia, mal puede escaparse ahora.

—Bien; irá usted solo, por más que mis alguaciles ejerzan, porque es de ley, la oportuna vigilancia.

—Gracias, señor.

Eugenio sale, y el juez, moviendo triste y lentamente la cabeza, murmura:

—¡Qué lástima de muchacho!

El cajista atraviesa de nuevo las calles que le separan de

la cárcel, llega á ella, sube la escalera, y se detiene ante la puerta.

Los esbirros llegan hasta él, y uno le vigila, miéntras el otro da parte al alcaide.

Éste recibe al preso, llama á un carcelero y ordena que se le reduzca á prision.

El carcelero, que parece hombre listo y amaestrado en el oficio, le hace atravesar una galería, despues otra, y por último descorre los enormes cerrojos de una puerta, á traves de la cual nada se distingue, por ser espantosa la oscuridad.

Despues agarra á Eugenio, que permanece vacilante, le arroja dentro y cierra de nuevo con estrépito verdaderamente infernal.

Miéntras se aleja dice:

—Anda, hijo mio, anda, que ya tienes para divertirte, por lo que veo, ó más bien por lo que adivino. Ahora veamos á ese don Bernardo, que no debe tener el juicio muy cabal.

CAPITULO VI.

Dádivas quebrantan peñas.

El rico banquero Etartegui, á quien hemos dejado reducido á prision en los capítulos precedentes, se encuentra á la sazon en el fondo de un calabozo, sin esperanzas ni fuerzas, porque acostumbrado á los regalados divanes de su magnífica morada, le molesta el pobre banco de madera en que se sienta, y acostumbrado á la perfumada atmósfera de los salones, le envenena el aire que respira.

Sin embargo, el recuerdo de la hermosa Raquel llena su alma, y olvidando á su esposa, á su hija, á todos, sólo piensa en ella, por quien alienta; en ella, por quien vive, y en ganar á fuerza de oro la inflexible voluntad del carcelero.

—Si pudiera sobornarle,—se dice,—correria al lado de esa mujer encantadora, que me domina, que me arrastra, que me enloquece, lo mismo con su desden que con su amor.

Al decir esto, el ruido de los cerrojos que se descorren paraliza su monólogo.

La puerta se abre al fin, y la hermosa claridad del dia baña tenuemente su prision.

—¡Ah! ¿Es usted, Gabriel?—dice Etartegui demostrando alegría.

—Sí, señor; y por cierto que con tanto preso como entra ando como un zarandillo, sin dar paz á la lengua, ni vino al estómago, ni descanso á las piernas, ni comida al paladar.

—La ocupacion de usted es demasiado molesta,—dice don Bernardo.

—¿Que si es? ¡Ya lo creo! ¡Y tanto, señor don Bernardo, y tanto! ¡Ande usted de aquí para allá todo el dia, con éste que quiere vino, el otro agua, aquél que viene ó éste que se va! Le aseguro á usted que no gana uno para zapatos, como quien dice.

—¿Quiere usted ser rico?—balbucea Etartegui con vehemencia.

—¡Toma! ¡Vaya una pregunta! ¿Ha visto usted algun prójimo que sea pobre por su voluntad?

—Ya lo sé; y si usted quiere... yo mismo...

—¡Qué! ¿vuelve usted á su manía?

—No es manía, Gabriel. Quien la tiene, y muy arraigada, es usted.

—¿Yo?

—Sí por cierto.

—Pero don Bernardo...

—¿Usted no comprende que está hablando con uno de los banqueros más ricos de la córte, con uno de esos hombres á quienes se llama millonarios?

—¡Cáspita!

—Como usted lo oye.

—¿Y qué?

—Que si usted me proporciona la libertad, le colmaré de oro, labraré la fortuna de su vida.

—Lo que quiere usted es engatusarme para luégo cantar de plano.

—¿Tengo yo cara de engañar á nadie?

—Si quiere usted que le diga lo que siento, yo no sé si es buena ó mala; porque, á la verdad, señor don Bernardo, aunque estoy acostumbrado á los calabozos malditos, no distingo nada á dos líneas de mis narices.

—No debo resentirme con usted, porque no me conoce; pero yo le aseguro que si accede á lo que le pido, no ha de encontrarse muy pesaroso.

—¡Oh! Aquí ven hasta las paredes, y luégo...

—Luégo ¿qué? Usted puede irse al extranjero.

—¡Al extranjero! ¡Pues ni que me diera usted el oro y el moro!

—Pida usted lo que quiera,—dice don Bernardo,—pida usted lo que quiera.

Sus palabras son pronunciadas con entonacion tan vehemente, tan viva, que Gabriel se estremece y de sus ojos deja escapar un relámpago de avaricia; pero bien pronto la idea del deber resuena en su conciencia, y le hace exclamar con acento tranquilo:

—Don Bernardo, es imposible. Yo seré pobre toda mi vida, pero tambien por los años que me resten no tendré que arrepentirme de una mala accion.

Etartegui hace, no obstante, la última tentativa.

—Y qué, ¿lo que le propongo es humillante? ¿Por ventura soy yo criminal?

—No lo sé.

—Pues bien,—dice el rico banquero, recobrando, al verse despreciado, su altanería;—á mí me consta y esto basta. Si usted me libra de la prision que injustamente sufro, le daré ocho, diez, doce mil duros, todo lo que quiera.

El carcelero vacila un momento, durante el cual se apoya en el quicio de la puerta para meditar, y permanece silencioso y pensativo.

Etartegui continúa:

—No encontrará usted muchos que á tan alto precio le paguen una buena accion.

El carcelero sigue dudando y mueve sentenciosamente la cabeza, como diciendo: «¡Es verdad!»

Don Bernardo nota la vacilacion del carcelero, y le dice con acento persuasivo:

—Vamos, ¿se conforma usted?

—Y aunque me conformase, ¿cómo vencer las dificultades que nos rodean?

Etartegui reflexiona un momento, y dice:

—¿No podria usted facilitarse las llaves de la cárcel?

—¡Buen perro de presa está el alcaide para que las suelte!

—¿No hay ninguna ventana practicable?

—Ménos.

—¿No podria usted proporcionarme un uniforme de oficial?

El carcelero apoya el índice de su nervuda mano sobre su boca; parpadea rápidamente, como si de este modo concibiese más pronto las ideas, y dice al fin:

—¡Eso es diferente!

—¡Oh! ¡Gracias, Gabriel, gracias! ¿Tiene usted esperanzas?

—Puede, señor don Bernardo; pero ántes me dirá usted las señas de su casa, para averiguar con mis pesquisas la seguridad de sus palabras.

—Cualquiera le dará á usted razon de mí.

—¿Tan conocido es usted?

—Le repito que tengo casa de banca.

—En ese caso, buscaré, indagaré, y haré lo que se pueda.

—¡Oh! ¿Y cuándo, cuándo podré salir de este encierro?

—No sea usted impaciente.

—Pues bien: entre tanto, desearia un nuevo favor.

—Diga usted.

—Puesto que piensa salir á la calle, lléguese á la de la Montera, número..., pregunte usted por la señorita Raquel, y dígala que su tutor desea saber de ella.

—Iré, iré; y por cierto que ha hecho usted bien en decírmelo ahora, porque, á tardar un instante más, no le hubiera podido escuchar.

—Pues ¿qué pasa?

—Que el alcaide se acerca hácia aquí.

Al terminar la frase, el banquero lanza un sordo gemido de desesperacion, y el carcelero hace rechinar los gruesos cerrojos de la prision.

—¡Eh, Gabriel!—dice el alcaide con voz ruda y vigorosa.

—¡Señor!

—¿Dónde está el último preso que ha entrado?

—Voy allá.

Gabriel echa á correr por la galería, abre el calabozo donde

llora su crímen el cajista, le hace salir, y éste y el alcaide bajan á la habitacion en que se encuentran el juez y el escribano.

El carcelero entrega entónces las llaves á otro compañero, pide permiso al alcaide y sale á la calle, pensando en las inmensas riquezas que se le van á entrar por las puertas.

CAPITULO VII.

El castillo de naipes.

Instruidas las primeras diligencias del sumario, y una vez probada la culpabilidad absoluta de Eugenio, don Bernardo, Héctor y Elena son puestos en libertad.

El rico banquero, que no ha conseguido ver á Gabriel desde la entrevista narrada en el capítulo anterior, sale á la calle, respira con inusitada alegría el fresco y perfumado viento que flota en la atmósfera, admira la diafanidad del cielo con igual placer que pudiera hacerlo un cadáver al volver á la vida, y se embriaga con los rayos purísimos de un sol que lo mismo besa la casta frente de una vírgen que el atezado rostro de un criminal, y tomando una berlina de alquiler, se hace conducir inmediatamente á casa de su adorada Raquel.

Por el camino las bellas ilusiones del amor, los dorados ensueños que se forja la fantasía en sus horas de ventura, enardecen su mente, y cuanto más avanza, tanto más le encantan las galas de la naturaleza.

Imposible parecerá que un hombre, víctima de la sed de riquezas, hallase tantos atractivos en aquella, olvidándose de todo ménos del amor de su querida, para contemplarla.

Pero esto es lógico. Cuando el hombre, despues de algunas horas ó de largos dias de sombras, de soledad, de clausura, vuelve á recibir sobre su frente el apacible soplo de las brisas matinales, á recibir la luz de que sus ojos carecieron, á aspirar el perfume que faltó á su pecho, todo adquiere nuevos encantos, nuevos actractivo ante su vista; pero si ese hombre es padre, si es esposo, y el santo amor del hogar y los inefables goces de la familia llenan su alma, el recuerdo de aquéllos, el deseo de verlos, de abrazarlos, de prodigarles las caricias de que, durante su ausencia, carecieron, debe anegar su corazon.

¿Y era esto lo que á Etartégui sucedia?

No.

Pero la Providencia es justa, y le hace encontrar en su falta su castigo.

¿Puede haber nada más terrible, nada más doloroso para un padre que verse desdeñado de los séres á quienes ha consagrado su sangre, sus desvelos, su vida entera?

Y sin embargo, don Bernardo, que habia cifrado el amor de su alma en su hija Paula, la ve separada del mundo por la inexpugnable barrera de su deshonra; deshonra más espantosa que la muerte, porque no puede borrarla, ni con la sangre de Daniel, ni con sus millones.

Pero el opulento capitalista, que, desvanecido por su sed de amor, por la realizacion prematura de sus deseos, sólo piensa en Raquel, camina sin acordarse de Paula, ni de su desventurada esposa, ni de Ernesto, ni siquiera de sí mismo, por-

que el crédito de que goza entre los más acaudalados señores no le hace temer el rudo golpe que su encarcelamiento le pudiera traer.

¡Cuán distintas son sus ideas de las que cuando estaba encerrado se forjaba!

En la oscuridad del calabozo, donde el silencio es tan pavoroso como en una tumba, donde la atmósfera en que se vive y se respira es tan mefítica como la de un cementerio, su espíritu, sumergido en profundas reflexiones, pensaba en todo cuanto fuera de aquel recinto le pertenecia; el recuerdo de Paula avivaba sus remordimientos, laceraba su alma, punzaba su conciencia y hacia inmensa su desesperacion.

Y es que sólo en las circunstancias terribles de la vida, cuando el espíritu más fuerte se halla esclavo, é inerte el corazon mejor templado, es cuando el hombre, recogiéndose en sí mismo, observa su pequeñez y su impotencia.

Por eso tal vez no hay criminal que en la soledad del calabozo no se arrepienta, como no hay ateo que al atravesar la verja de un cementerio no sienta en su alma el soplo vivificador de la fe, por más que su ridícula arrogancia le haga desmentirlo.

Allí, sólo allí, existe la realidad; sólo en esos templos de la muerte se nivelan las jerarquías, y apenado el ánimo del hombre por su pequeñez, se desprende de sus aspiraciones, de su orgullo, de sus miserias, para orar por el alma de los muertos y bendecir á Dios.

Decidnos: ¿no lo habeis hecho? ¿No habeis alzado al cielo vuestra vista insensiblemente al penetrar en una de esas mansiones silenciosas donde todo es paz, calma, reposo, sintiendo

el lúgubre y acompasado tañido de la campana de la ermita, que, como un gemido doloroso, vibra en el aire, y el aire, que, columpiando las amarillas nubes del crepúsculo, y besando los flotantes penachos de los sauces, acaricia vuestro cabellos y llega hasta nuestro rostro, frio y silencioso como el hálito devastador de la muerte?

Y si eso sentis, á pesar de la tranquilidad de vuestra conciencia, de la honradez de vuestras almas, ¿qué no sentiria Etartegui en un sombrío y desierto calabozo, que es el panteon de los vivos? ¿Qué no temeria si la justicia de los hombres llegaba al término de sus atribuciones para entregarle despues á la justicia de Dios?

Pero don Bernardo, envanecido con su posicion presente, se olvida del pasado, y apénas divisa á traves de las ventanillas del carruaje la casa de Raquel, se sonrie con deleite y la esperanza renace en su corazon.

Poco despues el carruaje se detiene, el banquero baja, atraviesa el portal y sube rápidamente la escalera, con el corazon ávido de emociones y de la ventura que no encuentra en su hogar.

Un hombre, á quien don Bernardo no conoce, abre la puerta.

Pero á aquél, conceptuándole un nuevo criado de su querida, le dice:

—Diga usted á la señorita que estoy aquí.

—Usted viene equivocado, caballero,—balbucea el sirviente.

Etartegui lanza una burlona carcajada, y penetra en el recibimiento.

—¡Bah! ¡bah! Haga usted lo que le he dicho,—añade con acento desdeñoso.

Y miéntras el criado permanece estupefacto, sin saber qué contestar, Etartegui levanta el pestillo de la sala y se introduce en ella sin descubrirse.

Pero apénas ha atravesado el dintel, se estremece ligeramente, y se quita el sombrero con extrañeza.

Lo que tan repentina impresion le ha causado es la figura de don Basilio, que arrellanado en una ancha butaca, se encuentra leyendo en un voluminoso manuscrito.

Etartegui, que por la alta posicion que ocupa es conocido del notario, como casi todos los capitalistas de Madrid, oye la voz de aquél, que le dice con amabilidad miéntras abandona su asiento:

—Señor don Bernardo, pase usted.

—Caballero... no tengo el gusto...—balbucea Etartegui con marcada extrañeza.

—¡Cómo! ¿No sabe usted quién soy? En ese caso, vendrá usted equivocado.

—Creo que no. ¿No vive aquí mi pupila Raquel?

—¿Su pupila de usted?—dice don Basilio.

—Sí; Raquel.

—Pero doña Raquel, es decir, la dueña de esta casa, ¿es pupila?

—¿Qué duda cabe, caballero? ¿Qué duda cabe?

—¿Y no sabe usted nada?

—¿Pero de qué?—pregunta don Bernardo con visible agitacion.

—¡Es extraño! Porque la persona por quien usted me pre-

gunta, y de quien soy apoderado, ha marchado á Suiza hace unos dias.

—¡A Suiza!—grita Etartegui con espanto.—¿Y cuándo? ¿Cómo? ¿Con quién?

—En union de su doncella y de un mayordomo, segun me dijo, despues de hacerme el encargado general de todos sus biénes.

—¡Ah! Luego ella...

—Esta casa es suya, y hoy me encuentra usted en ella por casualidad. Yo no vivo aquí.

Etartegui quiere hablar, pero no puede.

Su voz se ahoga, su cuerpo tiembla, sus ojos brillan con el fuego de la cólera, y murmurando algunas frases para despedirse de don Basilio, baja de dos en dos los escalones, entra rápidamente en la berlina y da al cochero las señas de su hogar.

¡El hogar! Hé aquí la idea de todos, cuando perdidos por el revuelto mar de la vida, quieren buscar un refugio á su desgracia.

—¡Oh! ¡Raquel! ¡Raquel!—balbucea don Bernardo.—Ese es el pago que das al hombre que más te ama, al que por tí ha sacrificado parte de su fortuna, al que sólo alienta por tu amor!

Al decir esto, un nuevo recuerdo, el recuerdo de Paula, se levanta del fondo de su conciencia, y sus ojos se humedecen con ese blando rocío del alma que conocemos con el nombre de lágrimas, y que caen sobre el fatigado corazon como una gota de bálsamo.

Despues nuevas ideas ocupan su mente enardecida, y el

recuerdo de Ernesto se alza ante su vista como una sombra de muerte.

—¿Será él quien causa mi desgracia?—se dice.

Y su hija, su esposa, Raquel, Ernesto, Daniel, todos estos nombres acuden y espiran en sus labios, oprimiendo su corazon.

CAPITULO VIII.

El regreso.

Transcurridos los primeros momentos de asombro, de cólera, de dolor, don Bernardo vuelve la vista hácia su pensamiento, como si quisiera evocar el pasado; inclina la cabeza y comienza á reflexionar en la horrible soledad de su alma; ambiciona la paz de su vejez en el amor de la familia, como el náufrago quiere salvar su vida en el cable que le arroja el marinero.

El recuerdo de Paula vuelve á llenar su pensamiento, como en las amargas horas de su prision.

Al llegar á su casa despide el carruaje; sube, y el criado que abre la puerta revela, en medio de la alegría que le causa la vuelta de su amo, la más profunda turbacion.

—¿Qué pasa?—dice don Bernardo.

Pero el criado se encoge de hombros, y se aparta para dar paso á aquél, que desatinado como un loco, penetra en sus habitaciones.

Una vez en su gabinete, se deja caer sobre una butaca con marcado desaliento.

—¡Oh! ¡Parezco maldito!—dice.—¡Raquel, Raquel, que era la única aspiracion de mis sentidos, me abandona! ¡Todos huyen de mi lado! ¿De qué me sirven mis riquezas, mis trenes, mis carruajes, si no gozo de la paz del alma, que es el primer encanto de la vida? Cuando me veo solo; cuando la nieve de los años está próxima á caer sobre mi frente, me considero el sér más desdichado de la tierra, sin que toda mi fortuna baste á darme la tranquilidad de que carezco. ¡Si el hombre pudiera vivir dos veces! ¡Si dos veces recorriera el sendero de la existencia, cuán diferente sería su conducta, tanto en la juventud como en la vejez! Pero es demasiado tarde. Raquel ha huido de mi lado, tal vez para siempre: mi esposa me odia, y Paula... ¡Paula!

En la manera con que Etartegui pronuncia este nombre y los anteriores hay la misma diferencia que entre un recuerdo y una aspiracion, una sonrisa y una lágrima, una frase y un gemido.

Don Bernardo, despues de balbucear el nombre de su hija repetidas veces, se levanta, toca un timbre, y con las manos metidas en los bolsillos, comienza á pasear acompasadamente á lo largo de la estancia.

Un criado se presenta.

—Llame usted á la señorita,—dice con voz opaca y concentrada.

—La señorita—contesta aquél—ha salido de su cuarto hace un momento para colocarse á la cabecera del lecho de la señora, que está enferma.

Etartegui se estremece, lanza una mirada aterradora sobre el criado, y exclama:

—¡Enferma! ¿Y te has callado al verme entrar?

—Señor, por si usted se incomodaba....

—Vete.

—Está bien.

Y diciendo esto, el criado se retira, ínterin don Bernardo levanta la colgadura, cruza dos habitaciones más y penetra en la alcoba de su mujer.

El silencio que reina en dicha estancia á la entrada de don Bernardo es interrumpido solamente por los tenues y acompasados ayes de doña Isabel.

Su rostro se halla tan pálido que apénas se destaca sobre la blanca holanda del lecho.

Sus cabellos, sueltos y destrenzados en derredor de la frente, caen á lo largo, hasta ocultarse bajo las sábanas, haciendo más densa la lividez cadavérica de sus mejillas, la demacracion de sus pómulos y el afilamiento de su nariz.

El fuego de la calentura brilla en sus ojos, que parecen más luminosos, más grandes, más redondos, por la morada aureola que los rodea.

Paula, negligentemente reclinada en una butaca, con la barba apoyada en su mano y la mirada fija en el suelo, revela un profundo dolor, pero dolor frio, horrible, concentrado, como un remordimiento.

Las severas líneas que arrugan la tersura de su frente juvenil denotan, más que la ansiedad de la hija, la desesperacion de la que, por cubrir las apariencias mundanas, se resigna á cumplir con tan sagrado deber.

—Sus miradas son opacas, fijas, nebulosas, como su pensamiento.

Por lo demas, todo es lúgubre en la estancia.

Paula, al ver á su padre, reprime un grito; se levanta y se arroja en sus brazos, profundamente conmovida.

Don Bernardo la besa con más efusion que si volviese de un largo viaje, y durante algunos instantes permanecen abrazados, mezclando sus sollozos con los gemidos de la enferma.

Don Bernardo la rodea despues la cintura con su brazo, y se acerca al lecho en que descansa doña Isabel.

Ésta mira á su esposo, y despues de un momento de vacilacion lanza un ahogado grito de cólera y lucha por incorporarse, pero su debilidad és tanta, que cae desfallecida.

—¡Isabel!—dice don Bernardo, olvidándose de su última entrevista.

Pero la enferma, que no ve á su esposo en el que le habla, sino al hombre que le ha robado su hijo, hunde la frente en la almohada y comienza á sollozar.

—¡Isabel!—repite Etartegui con ansiedad.

Y permanece silencioso algunos instantes, durante los cuáles la enferma levanta hácia él sus ojos, extremadamente abiertos, extiende el brazo, y exclama con voz ronca y ahogada:

—¡Vete! ¡Veté de mi lado!

Don Bernardo baja los ojos, calla, y se deja caer en una butaca cerca de su esposa, como si temiera encontrarse con la amenazadora mirada que le dirige.

—Padre mio, cuando termines deseo hablarte,—dice Paula.

É inmediatamente abandona la habitacion.

—Isabel,—añade el banquero con voz baja y sombría,—¿qué tienes? Cuando salí te dejé buena, y hoy te hallo enferma. ¿Por qué me rechazas de tu lado? ¿Qué nuevo disgusto ha ocurrido entre nosotros para que me trates así?

Doña Isabel guarda silencio.

—¡Bah!—repite Etartegui.—He cometido una imprudencia en pedirte una explicacion que tu propio estado me da; porque veo que estás enferma.

—¡Enferma, sí; enferma del alma!—dice con voz pausada y sumamente débil doña Isabel, revelando en su ardiente mirada el intenso dolor y la maternal vehemencia de que carece su acento.

Este, sin embargo, resuena en el corazon del banquero como un remordimiento.

—Olvidémoslo todo,—dice,—todo, y pensemos en el porvenir.

—¿Y qué porvenir me espera sin mi hijo? ¿Qué porvenir puede tener la madre sin el ídolo de su corazon, viviendo al lado del hombre que con su incalificable conducta ha provocado su partida?

—¡Ah!—exclama Etartegui, levantándose súbitamente de su asiento.

Y despues, dejando caer una á una las sílabas, como si quisiera evocar al mismo tiempo un mundo de recuerdos, exclama:

—¿Conque se ha marchado? Hé ahí una cosa que ignoraba, y que me alegro de saber, porque me prueba una nueva ingratitud.

—No, no. Su ausencia reconoce por causa el no querer su-

frir por más tiempo tus desmanes, ni que el mundo le señale con el dedo, toda vez que le reconoce por hijo del que ha sido preso como criminal.

—¡Tu hijo es un miserable! Don Bernardo Etartegui sólo podia ser víctima de una sospecha calumniosa, pero nunca de la realidad.

—Te ciega el orgullo.

—Digo la verdad, y me duelo de que hayas sido miserablemente engañada por tu hijo.

—¡Engañada! ¡Yo, su madre! Las madres que aman como yo no se engañan nunca.

—Bien; sea como quieras, y evitemos el escándalo; recuerda que estás enferma, que te exaltas, que los recuerdos pueden perjudicarte, y que hoy por hoy sólo debemos pensar en tu tranquilidad.

Don Bernardo da un corte á la plática entablada, y añade cambiando de tono:

—¿Ha venido el facultativo?

Doña Isabel guarda silencio.

—Bien,—añade el banquero con mal reprimida cólera.—Tú no quieres que vivamos en paz; pero yo, que, cuando-ménos, deseo cubrir las apariencias como hasta aquí, y que te considero como una amiga generosa, voy á mandar que venga al momento.

Etartegui, que durante las anteriores frases ha estado retorciéndose el bigote con profunda desesperacion, se aproxima á uno de los ángulos de la alcoba, agita el llamador de la campanilla, y procurando hacer el menor ruido posible, sale á la habitacion inmediata.

Aparece un criado.

—Corre y avisa al facultativo. Tu señora no está mejor,—dice Etartegui.

—¿Se le ofrece al señor algo más?

A pesar de que el criado ha pronunciado las anteriores frases en voz muy baja, don Bernardo se pone el índice en los labios, sesea ligeramente, y dice:

—¡Silencio!

El criado, aturdido por la reconvencion de su amo, sale y tropieza con un velador, del que cae un juego de china, produciendo un ruido infernal.

Etartegui corre, se presenta en la estancia, lanza una amenazadora mirada sobre el aturdido criado, que aceleradamente recoge los objetos y abandona la estancia murmurando en voz baja:

—¡Pobre señor! Cuando está enferma doña Isabel, echa un genio de todos los diablos. ¡La ama tanto!

Etartegui vuelve á la habitacion de su esposa y toma asiento, pero al reanudar la conversacion su acento cambia notablemente:

—Isabel,—dice,—en las horas que he vivido separado de vosotros, la soledad ha obrado en mi alma una completa evolucion.

—Tarde es ya, Bernardo; tarde es ya para lavar los extravíos de la juventud.

—No importa. Si cedieras en el odio que me profesas, si guardaras á tu marido la estimacion que se merece, él volveria los ojos hácia tí, hácia tu hijo, y sólo hallaria la dicha en la paz del hogar.

—¡Hipócrita tambien!—murmura con sarcasmo doña Isabel.

Un relámpago de ira brilla en los ojos del banquéro, que responde:

—Isabel, nuestra vida adelanta hácia el término fatal que Dios le impone; somos ricos, llenamos las apariencias cumplidamente; pero eso no me satisface, como hasta aquí; necesito más... necesito...

—¡Basta! Entre nosotros todo ha concluido; es inútil todo lo que pretendas.

—Pero...

—Te lo dije la última vez, y sólo el dolor que me lacera, la fiebre que me mata y me tiene postrada, ha podido detener mi voluntad.

—¡Esto más, Dios mio, esto más!—murmura con desesperacion don Bernardo.

Y volviéndose á doña Isabel, añade:

—¿Luego no hay medio de evitar el escándalo, el ser pasto de las hablillas del vulgo?

—¡Oh! ¡Déjame! ¡déjame!—grita la enferma con colérica entonacion.

Etartegui se levanta y se dispone á abandonar la estancia, pero deseoso de que el mundo continúe considerándole como un modelo de esposos, se detiene y se arroja desesperado sobre la butaca.

Un cuarto de hora despues se dispone á ir á depositar en Paula la inmensa amargura de su alma, pero en la puerta aparece el doctor.

Etartegui, cambia de aspecto al verle; hace, si no más

sombría, más dolorosa la expresion de su fisonomía, y tendiendo una mano al facultativo, le saluda y le conduce á su despacho.

Ya en él, se sientan, encienden un cigarro, y entablan el diálogo siguiente.

CAPITULO IX.

El médico y el banquero.

—Amigo mio,—dice don Bernardo,—como usted no ignorará lo que de público se dice, es inútil que yo se lo refiera.

—Sí; ya he sabido que se halla usted complicado...

—Me hallé,—interrumpe el banquero, deseoso de que permanezca incólume su honra;—me hallé, por una lamentable equivocacion de la justicia, y al regresar á mi casa, dejando ese malhadado asunto completamente concluido, me encuentro delicada á mi hija, y enferma, pero enferma de peligro, por lo que veo, á mi adorada Isabel. Usted sabe cuánto la amo; usted sabe, porque desde hace muchos años nos visita, cuán dolorosa será su enfermedad á quien, como yo, no tiene otro encanto que el amor de la familia. Usted sabe que sólo el excesivo cuidado que se toma por los asuntos de la casa ha podido quebrantar su salud, toda vez que aquí no hay disgustos, ni rencillas, ni todas esas cuestiones, tan efímeras como desagradá-

bles, que perturban la paz de otras familias. Pues bien: yo le suplico á usted, toda vez que no puedo preguntárselo á mi hija, porque se afecta demasiado, que me diga lo ocurrido, y si ofrece peligro la enfermedad de mi querida esposa.

—Señor don Bernardo,—dice el facultativo,—el otro dia fuí llamado, y como de costumbre, acudí inmediatamente. Cuando llegué, doña Isabel era víctima de un ataque cerebral.

—¡Dios mio! ¡Y no haber estado yo aquí para socorrerla!—dice Etartegui, oprimiéndose la frente con desaliento.

—No se afecte usted. La enfermedad cedió algunas horas despues, degenerando en una fiebre tenaz. En el delirio la he oido repetir el nombre de Ernesto, hablar de su marcha, de... una tal Raquel... Pero ¿á qué ocuparnos de los delirios de la enferma?

Etartegui, que, al oir el nombre de Raquel, ha palidecido densamente, exclama:

—Sí, efectivamente; mi pobre hijo Ernesto, deseoso de hacer un viaje de recreo, me pidió permiso, poco ántes del incidente que usted conoce, y yo se lo otorgué con sumo gusto, porque está en la edad de las ilusiones y de los placeres; pero su madre, que no comprende esto, porque las madres, en tratándose de quitarles sus hijos se hacen egoistas, ha sufrido y sufre, porque teme sin duda que no vuelva. ¡Pobre Isabel!

—¡Ah! Doña Isabel es un modelo de virtudes, y no es extraño...

—Sí, sí; es una esposa intachable, y por ello le suplico á usted que me diga con entera franqueza si ofrece peligro su enfermedad.

El médico inclina la cabeza, fuma, apoya despues ambas manos en el puño de oro de su baston de caña con contera de plata, y mueve tristemente la cabeza.

—¡Qué! ¿hay peligro?—dice Etartegui verdaderamente conmovido.

—La fiebre es tenaz.

—¿Pero no habrá remedio para ella?

—Señor don Bernardo, usted, acostumbrado á los embates de la vida, debe tener fuerte el corazon...

—¿Qué?... ¿Qué me va usted á decir?—responde don Bernardo levantándose rápidamente.

—No se alarme usted; pero debemos ser precavidos, y estar dispuestos para todo.

Etartegui se deja caer en la butaca, y cubriéndose el rostro con las manos, permanece en silencio largo rato.

Su dolor es verdadero.

¿Y cómo no?

La enferma, que segun las frases del doctor está en gravísimo peligro, es su esposa, la madre de su hija, la mujer que, dulce ó amargamente, ha compartido con él los dias de su vida, y en el corazon del hombre, por duro é indiferente que sea, siempre hay una lágrima ó un gemido para los séres que le rodean.

Etartegui considera que á ella debe su patrimonio, su reputacion, su crédito, porque los bienes y sólo los bienes de doña Isabel han labrado la alta posicion social de que disfruta, y al pensar en que muy pronto tal vez se verá separado de su esposa por la mano de la muerte, el arrepentimiento brota en su corazon, y el remordimiento punza su conciencia.

El pasado surge ante su vista, llenando su alma de desesperacion y de amargura; el presente la amenaza, el porvenir se le muestra sombrío, negándole la ventura que tal vez en estos momentos ambiciona.

¡Oh! ¡Pobre corazon, que de tan terribles pruebas necesita para volver al sendero del bien!

Las riquezas, el lujo, el recuerdo de Raquel, el de Ernesto, cuya fuga le hace sospechar la realidad, todo se borra de su mente para repasar la larga serie de episodios que han acibarado su existencia.

—¿Qué hay en ella?—piensa.—Luto, desolacion, abatimiento. Isabel morirá sin perdonarme, como yo la perdono, y ya jamas, jamas podré realizar las aspiraciones que en este momento se levantan, más latentes que nunca, en mi corazon. ¡Oh! ¡Y el mundo entre tanto me juzga como el modelo de los padres, como el prototipo de los esposos; pero no sabe que en las horribles disensiones del hogar, en las borrascas domésticas, se consumen mis fuerzas y mi tranquilidad!

—Amigo mio,—dice al fin Etartegui, levantando la cabeza y fijando una dolorosa mirada en el doctor,—es necesario que la ciencia agote sus recursos; necesito la vida de mi esposa.

—Hago cuanto está de mi parte por salvarla; pero ¿quién sabe los designios de la Providencia?

—Yo rogaré á Dios, miéntras usted acude al lado de mi esposa.

—Sí, sí; voy á verla inmediatamente.

—Si usted creyese necesario consultar con algunos otros médicos, llame usted á quien le parezca.

—Lo haré.

—Cuente usted con mi agradecimiento y con mi fortuna.

—¡Por Dios, señor don Bernardo!

—¡Oh! ¡Usted no sabe cuán irreparable me sería la pérdida de Isabel!

—¿Quiere usted que vea á Paula?

—La haré llamar, y cuando usted vuelva á esta habitacion la encontrará aquí.

—Perfectamente.

El doctor dirige á Etartegui una mirada tranquilizadora y se encamina á la alcoba de doña Isabel.

—¡Oh! Si muere,—se dice,—no sé lo que va á ser de Etartegui; la ama tanto, que temo una catástrofe.

Entre tanto don Bernardo toca un timbre.

El criado entra algunos segundos despues.

—Anuncia á la señorita que la espero,—dice Etartegui.

Aquél se inclina, y don Bernardo pasea nuevamente á lo largo de la habitacion.

Paula se presenta al fin.

En el fondo de sus pupilas brilla algo que espanta, que conmueve.

Su aspecto, su sonrisa, su voz, revelan en ella uno de esos dolores profundos, arraigados, que, despues de haber sufrido las torturas á que los expone el pensamiento, se adormece bajo la resignacion del sacrificio ó el dominio de la voluntad.

—Estás pálida, hija mia,—dice don Bernardo, estrechándola cariñosamente.

Paula hace un ligero mohin de indiferencia y dice:

—Quiero hablarte, padre mio.

—Siéntate, siéntate á mi lado.

Paula lo verifica, y Etartegui condensa su alma en sus ojos para mirar á su adorada hija.

¿Es que el amor de padre le inspira esta sed de contemplacion, ó es que un presentimiento agita su espíritu y le anuncia que va á perderla, tal vez para siempre?

Lo verémos.

CAPITULO X.

Padre é hija....

Paula, en cuya mirada parece reflejarse una resolucion incontrastable, se incorpora en la butaca, apoya las manos en las de su padre y le dice:

—Padre mio, desde que nos vimos la última noche he sufrido mucho.

—Yo tambien, Paula, porque no te veia.

—El recuerdo de Daniel me martiriza.

—La Providencia ha sido justa.

—Justa ó no, lo cierto es que ha muerto, y con él mi amor y mi alegría.

—¡Paula! ¡Paula! Vivo yo; yo, que te amo desinteresadamente, que puedo hacerte feliz.

—¡Imposible! ¡Las voces de la maledicencia pública caen sobre mi alma como puñales envenenados!

—Sí, hija mia, sí; lo comprendo todo; pero yo salvaré tu situacion.

—Sólo un recurso me resta, y ese es el que pienso realizar.

En el acento con que Paula pronuncia la frase anterior hay tal firmeza, tal energía, tan profunda conviccion, que Etartegui no se atreve á replicar.

—¿Has elegido esposo, por ventura?—dice con ansiedad.

—Sí.

—¿Quién? Habla.

—Uno á quien no tendrás defectos que poner.

—¡Oh! ¿Y él sabe...

—Todo, padre mio.

—Y sin embargo...

—Sin embargo de ello, me perdona, ó me perdonará más adelante, y consiente en nuestro enlace.

—¡Dime, dime quién es!...—pregunta Etartegui con viveza.

—Despues, padre mio. Ántes necesito que me escuches, que sepas lo que he sufrido y lo que ha motivado mi resolucion.

Etartegui denota en su semblante la más viva ansiedad, miéntras Paula permanece tranquila, pálida, impasible como una estatua de mármol.

—¿Qué es para mí la vida, padre mio?

—¿Y por qué, Paula, por qué no es un sendero cubierto de flores para tí?

—Esa pregunta es una recriminacion.

—Es la queja de un padre que te ama; de un padre que encuentra en tu desgracia la abrumadora pesadumbre de la suya.

—Queja ó recriminacion, me es igual.

—¿Qué dices?

—Sí.

—¡Oh! ¿Luego nada te importan mis lamentos ni mis reconvenciones?

—Aliento la esperanza de que no me las dirigirás cuando concluya.

—No te comprendo.

—El pasado renacerá sólo por un momento en mi memoria; despues miraré únicamente al porvenir que me aguarda. Haz tú lo mismo.

—¡Lo mismo!—balbucea Etartegui.—¿Y puedo realizarlo por ventura?

—Escúchame.

—Habla.

—Yo no duermo, no vivo, no descanso un instante desde la muerte de Daniel; los remordimientos me acosan, su sombra me persigue, las pavorosas pesadillas que agitan mi espíritu y me atormentan durante la noche son mil veces más horribles que la muerte.

—¡Pobre hija mia!

—El pasado se levanta, amenazándome con el porvenir; el remordimiento mata mi tranquilidad; el pánico absorbe las fuerzas de mi corazon.

—¡Oh!

—Yo, débil para el amor, me sentí fuerte para la venganza. Hoy, sólo el deseo del reposo me reanima. ¿Dónde están mis horas de paz, de ventura, de sueños irrealizables, de esperanzas fascinadoras, de ilusiones sin cuento? ¿Dónde está la

ventura, que por faltarme en el hogar, donde siempre han existido horribles disensiones, buscaba al abrigo de un esposo amante y cariñoso? Todo se ha desvanecido como una sombra ante mis ojos, que sólo ven el desamparo con que me castiga la Providencia.

Etartegui siente que una lágrima humedece sus párpados, y exclama:

—¿Desamparada te encuentras cuando estoy aquí yo, que tanto te amo?

—Sí, padre mio, sí; porque tu paternal cariño podrá llenar, como siempre, mi corazon; pero no el inmenso vacío de mi alma, donde todo es soledad, sombras, desesperacion y amargura.

—Continúa.

—¿Qué es el mundo para mí?

—Hija mia, si bajo el cielo de España te muerde la maledicencia, yo puedo llevarte al extranjero; irémos adonde quieras, por remoto que sea el país que elijas.

—¿Y tus negocios? ¿Puedes permanecer allí toda la vida? Ademas, padre mio, ¿bastarán tus cuidados á calmar mis remordimientos?

—Paula, somos muy desgraciados,—dice afligido don Bernardo.

—Sí, mucho, padre mio. Hoy cambiaria las riquezas que posees por la paz de que gozan los infelices mendigos; el fuego que devora mi alma, por las lágrimas vivificadoras de una madre.

Las palabras parecen gemidos al salir de los labios de la hermosa Paula.

Etartegui lanza un suspiro y dice:

—¿Y no hay un recurso para ello?

—Sí; uno solo.

—¿Solo?

—Lo he meditado bien: éste es el que me hace obrar como ves, el que me ha impulsado á hablarte, el que ha trocado en espantosos remordimientos la punible indiferencia que siempre he sentido por mi madre. ¿Por qué, si no, me has encontrado á la cabecera de su lecho? No lloraba, porque Dios me ha negado hasta las lágrimas con que el corazon se tranquiliza. Pero ¡sufro, sufro mucho! ¡Tanto como tú!

—¿Tanto como yo, dices?—exclama Etartegui con verdadera sorpresa.

—Tanto como tú,—balbucea Paula, cuya palidez va haciéndose fantásticamente deslumbradora, y en cuyos labios vaga una sonrisa dolorosa.

Don Bernardo se aterra.

Paula aparece ante su vista en aquel instante como el ángel de su expiacion.

—Tanto como tú,—repite la jóven, dando á su acento una inflexion terrible.

Etartegui inclina la cabeza.

—¿Por qué lo has de negar, padre mio?—continúa Paula.—Tú, lo mismo que yo, purgamos hoy nuestras culpas anteriores. Cuando entraste en casa, hace unos momentos, tu mirada resplandecia con el deseo de la paz, que no disfrutarás nunca.

—¡Nunca!

—¡Nunca, padre mio! ¡Lo sé muy bien!

Don Bernardo se cubre el rostro con las manos, y prorumpe en llanto; luégo levanta la cabeza y exclama:

—¡Ah! ¡Paula, es verdad! Tú has leido en el fondo de mi alma, y has comprendido la amarga desesperacion que la destrozà. Yo soy el sér más desgraciado de la tierra: los amigos me aman por el dinero; los mios me adulan por los bienes que poseo; tu madre me odia; tú me hablas con el acento de la reconvencion...

—No, padre mio: yo no soy la que era; los sufrimientos han concluido con mi orgullo.

—Paula, hija mia, ¿qué es lo que te pasa?—dice Etartegui.—Tú no me has hablado así nunca, y en tu voz, en tu sonrisa, en tu mirada, veo algo que me aterra, algo que me parece sobrenatural.

Paula vuelve á sonreir del mismo modo.

En este momento la puerta se entreabre, y el doctor pide permiso para entrar.

—Adelante,—dice don Bernardo.

El facultativo entra y estrecha afectuosamente la mano que Etartegui le tiende.

—¿Qué hay, doctor?—dice éste.

—La enferma está mejor.

Paula y su padre se miran, y lanzan una exclamacion de alegría.

—La ciencia no ha sido impotente,—continúa aquél.

—¡Oh! Usted no sabe el bien que nos hace.

—La fiebre ha cedido mucho. Por lo demas, no hago otra cosa que cumplir con mi deber.

Al decir esto el facultativo, se fija en Paula y exclama:

—Hija mia, usted está enferma.

—¿Yo?

—Sí por cierto.

El doctor se acerca; la pulsa cuidadosamente, y agita el llamador de la campanilla.

El criado se presenta, y el médico exclama:

—Señor don Bernardo, hágame el obsequio de enviarle por un medicamento que he recetado.

—Pero ¿mi hija está enferma tambien?—dice Etartegui desesperadamente.

—No, por ahora; pero está próxima á padecer una afeccion nerviosa.

—¡Ah! ¡Corre!—dice don Bernardo, dirigiéndose al criado.

El facultativo, que no habia hecho visita de tal, tranquiliza á Etartegui, se despide cariñosamente de Paula y sale de la habitacion.

En los labios de aquélla se dibuja una sonrisa de sarcasmo.

—¿Te sientes mal?—dice don Bernardo.

—No, padre mio. ¿Pero qué de extraño tiene su equivocacion, si mi enfermedad reside en el alma, y el alma sólo se restablece con la ayuda de Dios?

—Continúa.

—Pues bien: los dos nos quejábamos de nuestra gran desgracia; pero yo, meditando más que tú, he encontrado consuelo para ella.

—¿Consuelo?

—Sí. ¿No recuerdas que te he hablado de un esposo con quien forzosamente me he de unir?

—Pero ¿quién es? Habla. Tus palabras de hoy son un indescifrable enigma para mí.

—Vas á comprenderlas,—dice Paula.

Y como si quisiera reconcentrar más sus ideas, se apoya el índice en la barba, y hace una larga pausa, durante la cual don Bernardo llora, y ella se dispone á continuar.

CAPITULO XI.

La penúltima esperanza.

—Padre mio,—dice Paula,—¿puedo yo hacerme superior á mi dolor?

—No,—responde Etartegui con voz sombría.

—Y si no puedo dominarlo, ¿crees que me será posible menospreciar el mundo cómo ántes, ahogar el grito de mi amargura?

Don Bernardo guarda el más profundo silencio.

—Los saraos en que brillaba, las fiestas en que resplandecia, las ilusiones que llenaban mi alma de esperanzas, han concluido para mí.

—Paula, tu vóz no ha sido nunca tan triste.

—Es que tampoco ha sufrido jamas mi corazon lo que hoy sufre.

—¡Hija mia!...

—No te aflijas; yo sabré acallar las voces de la maledicencia con mi última resolucion.

—Habla; la impaciencia me mata.

—¿Qué crees que debo hacer despues de lo ocurrido?—pregunta Paula con una calma glacial.

Etartegui calla, suspira, se pasea; pero en su frente, oscurecida por una nube de tristeza, se refleja la más viva ansiedad.

—¿Nada me dices? Pues bien, padre mio: ¿no crees que me sentaria muy bien un hábito de monja, una toca de arrepentida?

—¡Oh, calla! ¡Separarte de mi lado! ¡Imposible, Paula, imposible! ¡Sólo en sueños puedes haber abrigado esa idea!

—No; la acaricié ayer, la estoy acariciando ahora mismo, y la realizaré, padre mio, la realizaré.

—No; yo carezco de los cuidados que mi edad requiere; me haces falta; no quiero verme solo, escarnecido, aislado, como una planta maldita.

—Yo no te olvidaré.

—¡Ni huirás tampoco! Yo no lo puedo consentir; digo más: no lo consentiré nunca.

—Padre,—dice Paula con entereza,—tú no puedes cerrarme el camino del arrepentimiento; mi voluntad se cumplirá.

Etartegui se inmuta, tiembla, y hace más precipitados sus paseos, ínterin se retuerce las guias de su bigote, ó se oprime la frente con ansiedad.

—¿Es decir—exclama al fin deteniéndose—que, como siempre, tendré que acceder á tus locuras, locuras de que tarde ó temprano te arrepentirás?

—No; no es locura, padre mio; los consuelos de que carece

mi alma, y que nunca hasta ahora conocí, sólo los puedo encontrar en el seno de la religion.

—¡La religion!...—balbucea Etartegui, sumergiéndose en un inmenso caos de reflexiones.

—Sí, padre mio. Mi arrepentimiento sólo llegará á echar profundas raíces en mi espíritu allí donde el silencio del claustro convida al recogimiento, donde la música reposada y grave del órgano atrae las lágrimas, consuela el alma y predispone á la meditacion. ¡Oh! La vida monástica no es por cierto tan desesperada como la pintan los profanos. ¡Yo he soñado con ella!

—Paula, estás delirando, ó por lo que veo, quieres concluir conmigo de una vez.

—¿Y por qué? Si el mundo sabe mi deshonra, justo es que sepa mi arrepentimiento; si mi corazon sufre, justo es que busque la alegría; si la desesperacion seca mis lágrimas, justo es que la soledad las estimule.

Etartegui se sienta, hunde la frente entre sus manos y comienza de nuevo á sollozar.

—¿A qué esa afliccion?—dice Paula.—¿Voy á abandonar el mundo por ventura? Tú, si quieres, irás á verme todas las tardes en tu carruaje; nos abrazarémos, hablarémos, tú del mundo, de tus negocios, de tus amigos y de mis antiguas relaciones; yo de mis obligaciones, de mi vida, de mis compañeras, de Dios. ¿Se puede pedir más?

Don Bernardo procura serenarse, y dice con la voz profundamente conmovida:

—Hija mia, ¿lo has pensado bien?

—Sí.

—¿Has reflexionado sobre tódas las privaciones que tendrás que soportar?

—Todas.

—¿Has pensado que al encerrarte en el cláustro, el mundo te cierra sus puertas para siempre?

—Tambien.

—¿Tendrá tu corazon fuerzas bastantes para sobrellevar el pesado yugo que se impone?

—Mi corazon sobrepuja á mi voluntad.

—¿Y tu voluntad es esa?

—Irrevocable, padre mio.

—Yo puedo impedírtelo, Paula.

—Tú me amas y deseas mi bien.

—¡Tienes razon!

Etartegui reflexiona unos momentos más, y añade:

—¿Y dónde quieres entrar, hija mia?

—Me es indiferente.

—¿No has elegido convento?

—Ninguno.

—En ese caso, te conduciré al más frecuentado por la aristocracia.

—Todo lo contrario. Deseo vivir modestamente, como no he vivido hasta aquí.

—¡Ah!

—Lo único que te impongo es una condicion.

—Dí.

—Que tenga jardin, donde haya pájaros, flores, luz, ambiente; eso, que ántes me era indiferente, hoy adquiere un irresistible encanto para mí.

—Bien, lo tendrás,—dice don Bernardo;—pero hazme á tu vez otro favor.

—¿Cuál?

—Retrasar tu resolucion por unos dias: tu madre está enferma, y yo necesito consolarme con tu amor del último disgusto que Ernesto me ha causado. ¡No nos abandones, Paula!

—Mi resolucion es irrevocable, padre mio; esta misma tarde partirémos juntos y me dejarás en el convento.

—¿Tan pronto?

—Sí.

—Acaso sea imposible; hay algunas formalidades que llenar...

—La abadesa me admitirá de cualquier modo.

—Pero...

—Estoy resuelta.

—¡Paula!

—Padre mio,—dice ésta,—no tiranices mi voluntad, no retrases mis horas de contricion.

—¡Oh, Dios mio, ten compasion de mí!—exclama Etartegui con desaliento.

—No se hable más,—dice Paula.—Manda que enganchen la carretela para las cuatro, porque á esa hora habrémos de partir.

Paula deposita un beso en la frente de su padre, que, al sentirlo lanza un grito, rodea con sus brazos el cuello de su hija, y la estrecha frenéticamente contra su corazon.

. . . .

El reloj ha marcado las cuatro de la tarde, y Etartegui, en el mismo gabinete y en la misma postura que tomó á la

salida de Paula, aún se encuentra sumergido en las tristes y desgarradoras reflexiones que le inspira la resolucion de su hija.

¿Qué ha sido de sus negocios? ¿Qué de su esposa?

¿Cuál es el estado de su fortuna?

Don Bernardo nada sabe ni nada pregunta, porque cuando un dolor inmenso, como el suyo, predomina en el espíritu, se olvida todo.

La sonora vibracion de la campana, que ha marcado la hora, ha penetrado cuatro veces como un dardo envenenado en el fondo de su conciencia.

Su cuerpo tiembla, y sus ojos, errantes y encendidos, se vuelven con desaliento hácia la puerta por donde Paula debe aparecer.

Por cada momento que pasa don Bernardo recobra un átomo de esperanza.

—¿Si vendrá? ¿si no vendrá?—se dice con extraordinaria angustia.

Y la péndola parece repetir con su acompasado movimiento y su uniforme ruido la misma pregunta:

—¿Si vendrá? ¿si no vendrá?

Así transcurre un minuto, y luégo dos; la sombría mirada de Etartegui parece resplandecer con el fuego de la más viva ansiedad.

El silencio más profundo reina en la estancia.

No se oye el más leve ruido, si se exceptúa el monotono tictac de la péndola. . . . .

De pronto, aquella calma es interrumpida por un sonido estridente y rápido.

Es la rotacion de un carruaje que se detiene á la puerta de su casa.

—¡Oh! ¡Maldicion!—exclama.—Ese ruido despertará en el corazon de mi hija la idea que tal vez ha desvanecido mi dolor.

Pero el ruido cesa, Paula no llega y don Bernardo se tranquiliza.

Sin embargo, el carruaje que ha llegado en aquel momento es el suyo.

Porque aunque don Bernardo no tuvo fuerzas para convertir en terminante mandato la peticion de su hija, ésta, al abandonar la habitacion de su padre, llamó á un criado y le dijo:

—Que enganchen para las cuatro en punto la carretela; mi padre y yo vamos á salir.

Etartegui, alternativa y continuamente separa sus ojos de la puerta para fijarlos en el reloj, ó de éste para fijarlos en aquélla.

Cree ver su vida en la esfera del mismo, y la repeticion de su pensamiento en la dorada péndola que repite incesantemente la misma pregunta:

—¿Si vendrá? ¿si no vendrá?

Así transcurre un cuarto de hora.

A medida que avanza el tiempo, la esperanza renace en su corazon.

—¿Se habrá arrepentido? ¿Podré esperar semejante fortuna?—se dice.

Pero al hacerse esta pregunta, natural en un padre que va á separarse para siempre de la hija de su corazon, cree sentir

el ruido de los pasos de ésta, que se acerca, y el roce de su traje en la alfombra.

La ansiedad es uno de los tormentos más horribles del alma.

Sin embargo, los momentos que transcurren parecen devolver la paz á su abatido espíritu.

Etartegui no se atreve siquiera á pensar en su desgracia, por no horrorizarse de sí mismo.

Pero tampoco halaga la idea de su dicha por no sucumbir á su pérdida.

Entre la vida y la muerte, entre la esperanza y la duda, entre la alegría y el dolor, pasan algunos instantes más.

De repente Etartegui lanza un grito y se oprime la frente con desesperacion.

Paula aparece en la estancia.

Viste un sencillo traje negro, y su sombrero, negro tambien como las alas del cuervo, hace más perfecto el óvalo de su rostro encantador, y más intensa su palidez.

Sus ojos brillan, pero brillan con ese fuego recóndito de un dolor vencido.

La expresion de la firmeza resplandece en su semblante.

—¿Vamos?—dice con voz resuelta.

Don Bernardo nada puede responder.

—El carruaje espera,—repite Paula con una calma glacial.

—¿Conque no hay remedio?—exclama Etartegui con asombro.

—No.

Un cuarto de hora despues, don Bernardo y Paula, com-

pletamente vestidos de negro, entran en el carruaje, que parte al trote largo de sus caballos.

El viento de la tarde parece lleva en sus impalpables alas un adios triste como un lamento de dolor, reposado como una bendicion.

CAPITULO XII.

El mundo y el claustro.

Miéntras el carruaje avanza hácia el convento, mil ideas, ya alegres, ya dolorosas, ya místicas, ya profanas, se agitan en la revuelta mente de Paula, que, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada, va alejándose del mundo, cuyos alegres ecos llegan todavía á sus oidos y resuenan como un canto de muerte en su corazon.

—¡Ven! ¡ven!—parece decirla una voz santa é imponente.—¡Ven! ¡ven!

En mi seno, el ruido sucede al silencio, el dia á la noche, la risa á las lágrimas, el placer al dolor, la esperanza al hastío.

En mí se enardece el espíritu, se renueva el pensamiento, se dilata el alma.

Yo tengo cantos para el guerrero y laureles para el poeta, riquezas para la ambicion, amor para las vírgenes, orgías para el libertino y sombras para el criminal.

La noche no es el reposo para mí.

En ella hay amor, lágrimas, risas, luz, sombras, contrastes.

Mí luna besará tu boca; el viento de la noche, al agitar su larga cabellera, refrescará tu frente enardecida, ó quedará suspendido sobre el éter, para que no interrumpa el misterioso silencio que deseas.

Los genios de la noche velarán tu sueño, y mil imágenes seductoras acompañarán tu soledad.

Durante el dia, mi sol dará mayor brillantez á tu hermosura, más alegría á tus ojos, más carmin á tus labios, más ternura á tu frente, más dicha á tu corazon.

A mi voz despertará la tierra, sacudirán las aves su sueño letárgico, perfumarán las brisas tus sentidos, y mis gritos resonarán como una inmensa carcajada en lo más profundo de tu alma.

Yo tengo fiestas, saraos, paz, deslumbradoras riquezas y gloria para tí.

Yo alegro los dias del que sufre, enjugo el llanto del que llora, acorto las horas del que muere, á todos atiendo y por todos velo.

Yo soy la felicidad y la desgracia, el dolor y la alegría, la vida y la muerte.

¡Ven! ¡ven!

Si quieres ruido, lo tendrás; yo desplegaré ante tí todas mis galas, todos mis encantos, todos los atractivos de que me rodeo cuando quiero; mi alegre estruendo apagará tus quejas, mis encantos estimularán tu orgullo, y en mis palacios brillarás.

En el inmenso bazar de mi fortuna, todo se exhibe, todo se vende, todo se profana.

Para mí, la grandeza es una locura, la política una mercancía, el juego un pasatiempo, la orgía una distraccion, la caridad un mito, la fe una palabra, el amor un juego, la gloria una fórmula, la dicha un sarcasmo, la franqueza un epigrama, la modestia un alarde, la honradez un deseo y la tranquilidad una aspiracion.

—¡Ah! ¡Calla! ¡calla! Eso es mentira: tú tienes libertinos sin honra, hipócritas sin fe, poetas sin nombre y farsantes sin dicha, pero tambien posees lo que me niegas.

—No; y si lo tengo, lo aborrezco; pero si quieres soledad, ven, ven.

Yo tengo bosques seculares, cielo sin nubes, crepúsculos sin lluvia, soledades sin penas, montes sin nieve, barrancos sin fieras, donde todo será encanto para tí.

A los ardientes arreboles del sol, se sucederán los nacarados celajes de la luna.

Al acompasado balanceo de los agrestes bosques, el reposo de la noche.

Al fresco viento del dia, las tibias y perfumadas brisas de la tarde.

Al continuado gorjeo de los pájaros en la selva, el melancólico canto del zenzontli.

Al suave resplandor de la luna las montañas destacarán sus crestas sobre el horizonte, el cielo se cubrirá de estrellas, la selva dormirá en reposo y los torrentes voltearán ante tu vista, como columnas de brillantes, para perderse entre las selváticas plantas como culebrinas de plata.

¡Ven! ¡ven! Yo desplegaré todas mis galas ante tí.

Paula sacude nerviosamente la cabeza, y al levantar sus ojos hácia el cielo, ve destacarse sobre éste la alta cúpula del convento en que va á encerrarse para siempre.

La duda acude á su corazon.

Pero en el mismo momento las vibraciones de una campana, que parece llamarla con su lengua de metal, llegan á su oido, arrancándole una lágrima.

Paula continúa más tranquila su camino.

Aquella sola y ardiente lágrima parece haber desahogado su corazon.

Descorre la vidriera de la portezuela del coche, deseosa de que el viento de la tarde refresque su frente enardecida y calenturienta.

Etartegui, sumergido en su dolor, ha guardado el más profundo silencio.

Aquel desgraciado padre estrecha entre las suyas las manos de su hija y deposita un beso de amor sobre su frente.

—Hija mia, aún es tiempo,—dice.

Paula llora é inclina la cabeza.

Así continúan hasta llegar al convento.

El sol, como despidiéndose de Paula, lanza sus postreros rayos desde Occidente.

Las amarillentas y nacaradas nubes del crepúsculo comienzan á dibujarse en el espacio.

Paula se detiene á mirarlas, como si no tuviese esperanza de volverlas á ver.

Por una ilusion óptica, ellas le fingen todos los objetos que más ha ambicionado en el mundo.

Sin embargo, no es extraño.

Si habeis contemplado alguna vez el crepúsculo, en él habréis visto muchos de los objetos que nos presenta la naturaleza.

Por aquí la nube plomiza, que se alza como una espiral de humo: allá otra nacarada, que en sus caprichosos giros nos finge las ruinas de un templo griego; aquí la blanca nubecilla que remeda el vuelo de la gaviota, y acullá otra que, recortada y oscura, imita las redondas y extrañas formas de un pescado colosal.

¡Oh! ¡Cuánta belleza, cuánta vaguedad, cuánta poesía en esos grupos de nubes que aparecen entre la puesta del sol y la salida de la luna!

Paula oye otra vez el agudo y melancólico sonido de la campana; aparta la vista del crepúsculo y exhala un suspiro desgarrador.

Pocos momentos despues la carretela se detiene á la puerta de la casa de Dios.

Etartegui baja, da la mano á su hija, y ambos, tristes y silenciosos, como el sufrimiento que lacera sus corazones, se dirigen al convento.

Al atravesar el pórtico de aquella casa donde flota constantemente el espíritu de la fe, Paula se estremece, se oprime el corazon con una mano y se apoya con la otra en el tembloroso brazo de don Bernardo.

El viento de la capital llega en aquel momento, azotando las paredes, y parece repetir como ántes:

—¡Ven! ¡ven!

Pero al mismo tiempo la campana del convento llama con

sus tañidos á los fieles que quieran asistir á los solemnes ejercicios de la religion.

Paula, que durante el gemido del aire ha vacilado, apresura su paso, levanta los ojos al cielo, y exclama con voz opaca y resignada:

—¡Dios mio, cúmplase tu voluntad!

CAPITULO XIII.

Cosas del mundo.

Dos horas despues Etartegui sale solo del convento.

La luna se levanta sobre el firmamento, iluminando á lo léjos las torres de las iglesias, donde duerme la fe, y los edificios bajo cuyos techos bulle la animacion, el lujo y la alegría de que su adorada hija no volverá á disfrutar.

Don Bernardo sube pausadamente al carruaje, torna por última vez sus ojos lacrimosos hácia el convento entre cuyos muros deja la mitad de su alma, y se arroja en el interior de la carretela.

A medida que avanza sobre el camino, su dolor se hace más intenso.

Así llega á su casa y entra en la habitacion de doña Isabel.

El doctor se halla de nuevo á la cabecera del lecho de la enferma.

—¿Cómo está?—pregunta don Bernardo con interes.

—La fiebre ha cedido mucho.

—¡Oh! ¡Gracias á Dios!—dice Etartegui.

Y se deja caer en una butaca.

El facultativo se despide, anunciando que no hay nada que temer por el momento, y abandona la estancia.

Don Bernardo se sumerge en un mar de reflexiones.

Sus negocios, su crédito, sus operaciones de banca, todo se halla absorbido por el abrumador y doloroso recuerdo de Paula.

Las horas transcurren con lentitud.

Etartegui siente al fin un ruido lejano, que se asemeja mucho al ruido de la seda sobre la alfombra.

Poco despues aparece una visita, despues otra, y Etartegui, que siente ó finge el mayor interes, se levanta para recibirlas.

—Pero, Etartegui, ¿qué es esto?—dice una generala viuda.—¿Por qué no nos ha mandado usted recado?

—Señora, afortunadamente no ha sido nada.

—¡Pero, Dios mio, sin avisarme, sin decir nada, sabiendo la amistad que me une con Isabel!...

—¡Oh! Yo no queria que usted se molestase...

—¡Qué disparate! Confiese usted que ha cometido una torpeza.

—Su galantería me hace darme por vencido. ¿Y su hija de usted?

—Delicadilla se encuentra. Es tan nerviosa esa chica, que he preferido dejarla en casa.

—¡Oh, sí! La atmósfera de tristeza que aquí se respira hubiera podido perjudicarla.

—¿Y Paula?

—Buena.

Etartegui siente una sacudida horrible en el corazon.

La generala permanece algunos momentos junto al lecho de la enferma; pero achacando al interes que Isabel le inspira su deseo de abandonar la estancia, dice:

—El ruido podrá perjudicarla.

—No, no, señora.

—Sí; y si á usted le parece, podemos salirnos al gabinete.

—Es usted excesivamente buena.

La generala y don Bernardo salen á la habitacion inmediata.

Despues se presentan tres ó cuatro visitas más, y Etartegui las deja, con el pretexto de acudir á su esposa para entregarse á su dolor.

—¿No sabe usted lo que ocurre?—dice en voz baja una señora.

—No. ¿Qué hay?—dice ótra.

—Paula se encuentra en un convento.

—¿Es posible?...

—Como usted lo oye.

—Hay personas que se han entretenido en seguir el carruaje de don Bernardo esta misma tarde, y lo aseguran.

—Pero ¿qué ha ocasionado esa resolucion?

—¡Pues qué! ¿tampoco sabe usted...

—¡Nada!

—¡Oh! Pues vive usted en la ignorancia; don Bernardo ha estado preso, porque al pié de una ventana de esta casa se ha encontrado el cadáver de Daniel.

—¿Y él ha sido el asesino?

—No; pero ¿quién dice que no haya sido por sugestion suya?

—¿Tan mal le queria?

—Como se murmura que el jóven en cuestion tenia un gran ascendiente sobre Paula...

—Sí, sí, eso ya lo sé.

—Bien pudiera en desagravio...

—¡Oh! Pero Etartegui es honrado.

—Eso se cree.

—¿Luego no es cierto...

—No diré yo tanto; pero tampoco hay motivos para asegurarlo.

—Usted ya sabe lo que es la calumnia.

—¡Ah! Se dice que don Pablo Robles ha retirado los fondos de su casa.

—¿De veras?...

—¡Oh! Y tánto, que ese golpe, unido con el que otros muchos le preparan, dejará muy mal parada su fortuna y su reputacion.

—¡Eso es horrible!

—Sí, muy horrible. Don Bernardo debe saberlo, sin embargo. De otra manera no hubiera estado huyendo todo el dia de sus acreedores.

—¡Pero eso es escandaloso! Y si lo que usted dice es cierto, como creo, Etartegui es un miserable sin corazon, un hombre malo.

—¿Quién lo duda?

—¡Oh! Siendo así, no me deshonraré con su amistad.

—Yo tampoco.

Etartegui vuelve á la estancia, y recibe una cariñosa sonrisa de aquellas bocas que poco ántes le han calumniado villanamente.

Se habla de la enferma, del tiempo, de los teatros, y cuando se ha agotado el necio y superficial vocabulario de los salones, todos se despiden con marcada frialdad.

—¿Qué significa esto?—se pregunta Etartegui con extrañeza.—He creido ver en los labios de la generala un gesto compasivo. ¿Se burlarán de mí? ¿Me estará reservado ser el ludibrio de las gentes, como complemento de mi desgracia? ¿Tendré que sufrir la befa del mundo, despues de haber bebido todo el veneno del hogar? ¿Me impulsará mi destino á verme aborrecido hasta de aquéllos á quienes he tendido una mano protectora?

Etartegui, pensando de este modo, se pasea á lo largo de la habitacion.

El recuerdo de la ingrata Raquel vuelve á llenar de amargura su alma.

Al mismo tiempo, un criado levanta la colgadura y entrega una carta á su señor.

Don Bernardo se aproxima á la chimenea, en la que se halla colocada una magnífica lámpara, y al reconocer la letra del sobre palidece y ahoga una exclamacion.

—¿Quién la ha traido?—pregunta.

—Parece un mozo de cordel.

—¿Y espera?

—No señor.

—Está bien. Retírate.

Etartegui rompe precipitadamente el sobre, y lee lo siguiente:

«Señor don Bernardo Etartegui: Habia pensado no despedirme de usted, pero quiero ser agradecido á sus favores. Ademas, como cifra su felicidad en la mia, debo participarle que á la hora en que reciba ésta me encontraré cerca de Italia con Raquel. ¡Oh! ¡Qué hermoso es el aire de la libertad! ¡Cuán bello es vivir léjos de usted hasta la muerte!

»Suyo afectísimo,—*Ernesto.*»

Don Bernardo al leer esto ahoga un grito, rompe la carta entre sus manos, rechina convulsivamente los dientes, y balbuceando el nombre de aquel miserable, cae desplomado sobre la butaca.

—¡Oh! ¡Todo se conjura contra mí!—dice.—¿Habrá sonado la hora de mi expiacion?

CAPITULO XIV.

Bien vengas mal, si vienes solo.

A las nueve de la mañana siguiente, Etartegui, abrumado y sin aliento, se encuentra en su despacho.

Cuando el hombre se habitúa á los negocios, lo mismo que á cualquiera otra clase de trabajo, éste llega á ser su centro, hasta tal punto, que sólo en él encuentra el lenitivo de sus dolores.

Don Bernardo, que sufre y ha sufrido mucho durante la noche anterior, advierte cierta sonrisa compasiva en todos los labios, y con no poca extrañeza encuentra cerrado el cajon de de la mesa de escritorio, en que su secretario guarda el correo en ausencia suya.

Etartegui se sobresalta en un principio, porque aquél sólo acostumbra á verificarlo así cuando tiene que comunicarle alguna infausta noticia acerca de sus operaciones mercantiles; pero piensa despues en los dias de su ausencia, se tranquiliza, y espera su llegada.

Poco despues entra el criado y le dice:

—Señor...

—¿Qué hay?

—El administrador de don Pablo Robles desea hablar con usted; ayer vino cuatro veces, pero como usted estaba ocupado, no quisé decirle...

—Bien; que pase.

El criado se retira, é inmediatamente el anunciado aparece en la estancia.

Etartegui, que despliega con sus clientes y asociados todas las reglas de la urbanidad y todos los preámbulos de la cortesanía madrileña, se levanta, le tiende afectuosamente la mano y le indica un confidente próximo al sillon en que se sienta.

Ambos lo verifican al mismo tiempo, y don Bernardo, con la sonrisa en los labios, le dice:

—Amigo, siento en el alma no haberme encontrado ayer en casa; pero negocios del mayor interes me distrajeron de ella, bien á pesar mio.

—Y mio,—añade el administrador de Robles,—puesto que ya podríamos haber orillado el asunto que me trae.

—Usted dirá; yo le prometo que mi actividad de hoy resarcirá los perjuicios que le causase mi demora de ayer.

—Gracias, señor don Bernardo.

—No hay de qué, amigo mio.

—Pues señor, mi mision es enojosa, y tengo un verdadero pesar en exponerla, pero soy esclavo de la voluntad de mis principales.

Etartegui se demuda, pero procurando serenarse instantáneamente, dice:

—¿Y qué es ello?

—Usted sabe que la murmuracion es el cáncer de la familia.

—¡Oh! ¡Y tanto! Pero creó que mi conducta me pone á salvo de los venenosos dardos que dirige esa señora.

—Precisamente por no suceder así vengo á molestarle.

—¡Cómo!—dice Etartegui palideciendo.

—Se dice, sin que yo me atreva á añadir una sola palabra de mi cosecha, que usted se ha encontrado preso é incomunicado por no sé qué aventura misteriosa, digna de los tiempos del rey poeta.

Etartegui reflexiona un momento, tiembla, y responde con visible turbacion:

—Es cierto; pero eso no puede afectarme en nada, puesto que hoy es notoria mi inocencia.

El administrador se encoge de hombros y hace un ligero gesto de incredulidad.

—Yo le doy á usted mi palabra, caballero,—dice sobresaltado el banquero.—La coincidencia de haber sido asesinado un hombre al pié de los balcones de mi casa, y ser ese hombre la persona con quien mi hija Paula se iba á casar, motivó las sospechas; pero el verdadero criminal ha parecido, por fortuna, y como prueba irrecusable de ello, me tiene usted en libertad.

—Sí, ya lo veo. Sin embargo, mi principal se ha obstinado...

—¿En qué?

—En retirar los fondos de su casa, señor don Bernardo.

—Ahora mismo,—dice Etartegui, como el hombre que

lanza una palabra ántes de luchar entre su ruina y su probidad de hombre de negocios.

Despues palidece más, porque la cantidad que se le pide no es un real ni dos, sino muchos millones; deja caer la frente sobre sus manos, y añade:

—Puede usted volver á las dos, si gusta, hora en que estará mi secretario.

—No tengo inconveniente; pero usted me dijo que podria retirarlos á voluntad.

—Sí, es cierto; y no me desdigo, caballero; pero obstáculos materiales se oponen á mi deseo.

—No comprendo...

—Los libros están encerrados en esta mesa, y las llaves en poder de mi secretario.

El administrador de Robles se levanta, sonrie de una manera siniestra, y apoyándose negligentemente en el filo de la mesa, dice con una calma glacial:

—Hablemos claros, señor don Bernardo: ¿usted tiene los fondos, ó no?

—¡Qué escucho! ¿Se atreve usted á dudar de mi probidad?

—Yo no dudo; pero el plazo que me fija... la importancia del capital que reclamo... las repetidas negativas de sus criados... todo...

—¡Oh! ¡Me está usted insultando!—exclama Etartegui vivamente agitado.

—Nada, nada; hasta las dos, señor don Bernardo, hasta las dos,—repite flemáticamente el administrador de Tula, disponiéndose á salir de la habitacion.

El rico capitalista le pone la mano en el hombro, y dice:

—No, no; hágame usted el obsequio de esperarse; mi amor propio lo exige, mi honradez ultrajada lo reclama, y usted no puede negarme ésta satisfaccion.

—Deseo que los hechos desmientan mi sospecha.

—Y la desmentirán, como la desmiento yo. ¡Pues no faltaba más!...

Etartegui, rojo de ira, agita con violencia el llamador de la campanilla, pero en el mismo momento el *portier* se alza para dar paso á su secretario.

—Muy buenos dias, señor don Bernardo,—dice éste.

—Felices. Hágame usted el obsequio de ver inmediatamente en los libros de caja las cuentas de don Pablo Robles.

—Ayer cabalmente las revisé.

Y diciendo esto saca los libros y las cartas del dia anterior, colocando aquéllas en su sitio y éstas sobre la mesa del banquero.

Despues don Bernardo abre la caja por sí mismo, y entrega los fondos al administrador del matrimonio hispano-americano.

Éste se retira, y Etartegui comienza á dar acelerados paseos por la habitacion.

Entre tanto su secretario, que se encuentra sentado ya, empieza á abrir el correo.

—¡Pues hombre!—grita aquél con voz trémula y agitada.—¿Ha visto usted insolencia semejante? A tener invertido ese dinero, se hubiera creido con derecho á proseguir en sus dicterios infamantes. ¡Bah! ¡bah! Abra usted el correo y veamos lo que ocurre. Si persisto en acordarme de ese hombre, voy á pasar un rato terrible. ¡Mire usted que es mucho!

Interin el secretario abre las cartas y las coloca una tras

otra sobre la mesa para dar cuenta de su contenido á don Bernardo, éste continúa:

—Usted me ve libre; usted conoce mi vida y mis costumbres; usted, como persona allegada, sabe que no he tenido la menor participacion en lo ocurrido. Pues, sin embargo, amigo mio, la generalidad es tan infame, que será capaz de negarme su confianza sólo por ese incidente, dando al traste con mi fortuna. ¡Oh! ¡Qué mundo este, qué mundo!

—¡Ya! ¡ya!—dice el secretario, preparándose á leer.

Etartegui, que nota el movimiento, le dice:

—Sí, sí, lea usted. Preocupado con multitud de cosas, me olvido lastimosamente de la principal.

El secretario se estremece rápidamente y se pone pálido.

—¿Qué ocurre? ¿A qué esa palidez?—exclama Etartegui con un sarcasmo glacial.

—Es que... señor don Bernardo... hay dias fatales para los negocios, y...

—¿Y qué? Este es uno de ellos, ¿no es cierto? Pues adelante, adelante. El sujeto que escribe esa carta retira los fondos de mi casa, ¿es así?

—Sí señor.

—¡Magnífico! ¿Y cómo se llama?

—Don Paulino Andres.

—¿Qué cantidad reclama?

—Quinientos veintisiete mil trescientos doce reales,—dice el secretario.

—Vea usted el libro.

El secretario se levanta, busca el asiento en el libro de caja, y despues de revisado, dice:

—Exactamente lo que pide.

—Pues se le devuelve, y santas pascuas. Usted sabrá mejor que yo el dinero que hay en caja.

—Despues de lo que usted acaba de entregar y de los tres millones de que dispuso ántes de su ausencia, fácil es saberlo.

—¿A ver?

El secretario, que durante el diálogo anterior ha estado al lado del libro, permanece haciendo el balance cerca de media hora, durante la cual Etartegui, con las manos cruzadas á la espalda y la vista fija en el suelo, se pasea con inquietud por la habitacion.

—¿Cuánto?—exclama al fin.

—Siete millones doscientos veintinueve mil reales.

—¡Ah!—dice con orgullo.—Eso sin contar con el papel del Estado y las acciones.

—Sí señor.

—En ese caso, adelante; porque uno me retire su confianza no he de perder mi crédito.

El secretario vuelve á la mesa, se sienta y continúa la lectura.

A medida que va leyendo y pasando cartas, su palidez se hace más intensa y más agitada su voz.

—¿Qué? ¿qué es eso?—exclama don Bernardo.

—Una reclamacion de cien mil duros, suscrita por don Pedro Medrano.

—Bien, bien. Que se lo lleve todo, que se lo lleve. Siete ménos dos, cinco. Adelante.

—Otra de cuarenta y cinco mil quinientos duros.

—¿Otra?—dice el banquero.

—Y cinco más, señor don Bernardo, que componen un total de trece millones de reales.

—¡Trece millones!—exclama Etartegui con asombro.—Es decir, que si ese dinero no está en caja, lo he gastado yo; que debo responder de él, y que habrá suspension de pagos y tendré que declararme en quiebra. ¡No! ¡no! ¡Es imposible! Siete y tres, diez... diez... diez millones. De diez á trece, tres. ¡Oh! ¡Maldicion! Pero ¡Dios mio! ¿ha hecho usted bien el balance?

—Señor don Bernardo, usted sabe la escrupulosidad con que trabajo...

—Sí, sí; ya lo sé todo. Siete y tres... Pero no es posible; yo soy el mismo de siempre; usted se equivoca seguramente; yo podré reunir nueve ó diez millones cuando más; pero trece... ¡Ah!

Don Bernardo, al decir esto, se mesa con desesperacion los cabellos, aprieta convulsivamente los dientes, lanza una histérica carcajada y cae de espaldas al suelo, murmurando:

—¡Ah, miserable, miserable! ¡Los tres millones de Raquel labran mi deshonra, mi ruina, mi perdicion!

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

OJO POR OJO, DIENTE POR DIENTE.

CAPITULO PRIMERO.

Los viajeros.

La primavera comienza á extender sus encantos sobre la tierra. El campo ostenta su verde alfombra, esperanza del labrador.

El cielo sin nubes sonrie, el espacio se puebla de armonías con el canto de las aves, y el ambiente de perfumes con la esencia de las flores.

El crepúsculo de una mañana del mes de Abril lucha indeciso en las puertas de Oriente, cuando dos jinetes, cruzando el Puente de Segovia, caminan al trote de sus caballos por la hermosa carretera que conduce á las Ventas de Alcorcon.

Son Tanguay y Rafael.

Oigamos lo que hablan.

—Vamos, Rafael,—dice el javanes,—alegra ese rostro, que pronto vas á encontrarte frente á frente con tu linda madrastra, con tu antiguo amor.

—¿Para qué negarlo? Estoy contento. ¡Hace tanto tiempo que anhelo lo que hoy, por fin, va á realizarse!...

—Poco á poco, hijo mio, pues tal vez no se realicen tus deseos. Hay asuntos que reclaman calma, y el que hoy nos obliga á madrugar es uno de ellos.

—Descuida, Tanguay; no caeré en las redes.

—Jóven, á tu edad el corazon domina á la cabeza.

—Allá lo verémos. La pantera, aunque aparezca domesticada, no lo está tanto que dude cuando le convenga lanzarse sobre la presa.

En los labios del javanes aparece una sonrisa de duda.

Rafael observa aquella sonrisa, y hace un gesto de indiferencia.

—Puedes opinar lo que quieras,—le dice;—el tiempo responderá por mí.

—Escucha, Rafael,—dice Tanguay, despues de una corta suspension en el diálogo;—me precio de conocer el corazon humano.

—Es un estudio bastante difícil.

—Permíteme que continúe.

—Habla cuanto quieras.

—Prosigo, pues. Hace unos dias, cuando te presenté en Madrid en casa de Tula, estuve observando el efecto que la presencia de la hermosa criolla causaba en tu alma.

—¿Y qué descubriste?—pregunta en tono sarcástico Rafael.

—Tú escuchabas conmovido su conversacion dulce y melosa, y sin embargo, aquella mujer no te decia una palabra de verdad.

—Lo sé, y hé ahí la causa de mi agitacion.

—Hubiera querido notar en tí más indiferencia.

—Tal vez me convenga fingir lo contrario; te he dicho que necesito que Tula me ame, y ¡quién sabe si me amará!

—En fin, de todos modos, preferible sería una reconciliacion. ¡Es tan hermosa!...

—¿La amas tú por ventura?

—¡Yo! ¡No me conoces, Rafael! Yo no amo á nadie... exceptuando á tí.

Los jinetes guardan silencio y continúan su camino.

El sol se ha levantado por el horizonte, embelleciendo los campos con los claros y vivificadores rayos de su frente.

Rafael, como si deseara agitarse ó sacudir algun pensamiento tenaz, pone su caballo al galope.

Tanguay le imita, y ambos galopan hasta llegar á las Ventas de Alcorcon.

A la izquierda de la carretera alza sus viejas paredes una casa, sobre cuyo dintel se ve este rótulo:

VENTA DEL TIO VENTURA.

Hay perdices, conejos y truchas escabechadas.

De pié junto á la puerta se halla un hombre alto, fornido, de color sano, y con los cabellos blancos como la nieve.

Pero ni Tanguay ni Rafael reparan en aquel anciano, agil como un hombre á los treinta años; en aquel patriarca del camino de Alcorcon, cuya habilidad para escabechar truchas no tiene rival, y que, siendo capitan de guardias walonas el año 176... era ventero en 184...; pero un ventero que desmentia su

profesion por sus maneras, su afable conversacion y la rectitud de su conciencia, sobre todo para con los cazadores que entraban por las puertas de su casa á reponer sus desfallecidas fuerzas con los *productos* de su limpia y aseada cocina.

Nuestros viajeros, que no tienen motivo para conocer al moderno Abraham, al nuevo Noé [1] de las Ventas de Alcorcon, continúan el camino, despues de entregar algunos cuartos al portazguero.

Como media hora transcurre cuando nuestros viajeros divisan un pueblo á su izquierda, situado en una pequeña eminencia, cuyas derruidas casas desmienten la ocupacion de sus habitantes.

Este pueblo se llama Alcorcon.

Parece imposible que los *alcorconeros*, que tan buen uso hacen del barro para la construccion de la abundante cacharrería que se construye en sus fábricas, no se ocupen de vez en cuando en revocar las fachadas de sus casas.

Nuestros viajeros se detienen poco ántes de llegar á Alcorcon.

—Aquí,—dice Tanguay,—segun el itinerario que me in-

[1] El tio Ventura murió el año 1859, si mal no recordamos. Su fuerza, su agilidad, su envidiable robustez, hasta muy pocos dias ántes de su muerte, fueron motivo de justa admiracion para todos cuantos le conocian. El que escribe estas páginas, siempre que pasaba con la escopeta al hombro por la venta del tio Ventura, se detenia para echar un párrafo con el soldado de Cárlos III, cuyo carácter complaciente y franco recordaba siempre al antiguo militar, que, cansado del mundo y sus desengaños, á imitacion de Cervántes, habia colgado la espada de una *espetera*, dedicándose á escabechar perdices y truchas, y cuya fama habia llegado hasta la coronada villa.

dicó Tula, debemos tomar esta vereda de la derecha. Aquél debe ser el pueblo que buscamos.

—Creo que deberiamos preguntar á alguno de los trajinantes,—dice Rafael.

—Tienes razon; de ese modo perderémos ménos tiempo. Afortunadamente, hácia nosotros se encamina un arriero.

Pocos momentos despues, Tanguay dirige de este modo la palabra á un *transportador* de pucheros y cazuelas, que pacíficamente confundido en medio de su recua de borricos, se encamina á la heróica villa del Dos de Mayo:

—¡Eh, buen hombre! ¿podrá usted indicarnos cuál de estos dos caminos conduce á Villaviciosa de Odon?

—Cualquiera de los dos, señor.

—Gracias.

—No hay de qué darlas.

Y miéntras el arriero descarga un varazo al burro que tiene más cerca, sin tener una razon para tributarle tan desagradable caricia, Tanguay y Rafael ponen los caballos al galope, siguiendo la vereda que se halla á la derecha del camino.

Poco más de media hora ha transcurrido cuando se hallan junto al castillejo ó torre feudal de Villaviciosa.

Una vez allí, detienen los caballos para preguntar dónde se halla la quinta de don Pablo Robles.

El primer hombre á quien dirigen la palabra les indica que la casa que buscan se halla situada al extremo opuesto del pueblo.

—¿Puede usted acompañarnos?—le pregunta Tanguay.

—¿Y por qué no, señor? Yo estoy aquí para servir á Dios y á sus mercedes.

—Pues en ese caso, eche usted delante, buen hombre.

—Ya estamos andando, mi amo.

Ocho minutos despues el labriego se detiene ante una elegante verja, que da entrada á un jardin.

—Ya hemos llegado, señor; esta es la casa que usted busca.

—Tome usted para echar un trago,—dice Tanguay, arrojando una moneda de plata al labriego.

—Muchas gracias, señor, muchas gracias,—responde el campesino, dirigiendo miradas simultáneas, ora á la reluciente moneda que brilla en su tosca mano, ora al generoso jinete que con tanto desprendimiento paga los servicios que se le prestan.

Miéntras tanto, Tanguay aproxima su caballo á la verja, y cogiendo el elegante aldabon de bronce, da tres sonoros golpes sobre la plancha de hierro.

Transcurren algunos segundos, y un hombre aparece detras de la verja.

—¿Qué se ofrece, señores?—les pregunta.

—¿Es ésta la quinta de don Pablo Robles?

—Sí señor.

—Pues en ese caso, tenga usted la bondad de abrir la verja y decirle á su ama que el médico Side Mahomet Ben-ad-jé y su hijo Ibrahim están á sus órdenes.

Miéntras el jardinero abre la verja, los jinetes echan pié á tierra.

Tanguay dirige una mirada furtiva á Rafael y se sonrie, porque Rafael está pálido como un cadáver.

—Sigan ustedes, señores, sigan ustedes ese camino, que

conduce á la entrada de la casa; miéntras tanto, yo voy á llevar los caballos á la cuadra.

Dejemos ahora nosotros al javanes y á Rafael en el jardin, y penetremos en la elegante quinta de los asesinos de Quesada el mulato, pues nunca estorba conocer el teatro donde indudablemente va á desarrollarse la accion de un drama.

CAPITULO II.

Los huéspedes.

La quinta de Pablo es un verdadero paraíso de la tierra.

Tula tiene un jardinero valenciano, al cual ha autorizado para gastar á su antojo.

En su jardin se encuentran todas las flores que los ricos poseen á fuerza de oro.

Por eso se respira allí un ambiente perfumado con todas las esencias.

Vense árboles del paraíso, graciosas acacias, bellos álamos, ricos frutales, verdes parras; todo, en fin, lo que constituye un jardin; es decir, sombra, perfumes, colores.

En cuanto á la quinta, construida nuevamente por un arquitecto de gusto y talento, tiene todas las comodidades apetecibles, desde sala de billar hasta cuarto para baños.

Tula, acostumbrada á la lozana y poderosa vegetacion de América, suele decir:

—Mi jardin tiene fama de ser muy hermoso, y sin embargo, yo lo encuentro árido. Sólo bajo aquel sol que me vió nacer crecen las plantas y los árboles.

A pesar de esto, Tula gusta de pasar en aquel retiro encantador una temporada en la primavera, y otra en el otoño.

El campo tiene dos épocas llenas de poesía: cuando brotan las hojas cubriéndolo todo de verdor, y cuando caen sacudidas por las primeras ráfagas del invierno.

La vida y la muerte no dejan de ser dos preludios poéticos.

El primero nos enseña el porvenir; el segundo la eternidad; la cuna y el sepulcro, la inocencia y los desengaños; extremos que se tocan, produciendo una armonía que tiene bastante afinidad.

Tula se halla en su biblioteca cuando Daniel el negro entra á anunciarla que Side Mahomet y su hijo Ibrahim acaban de llegar á la quinta.

—¿Está preparada la habitacion de los huéspedes?—pregunta.

—Sí; en el piso bajo; la que tiene la ventana á la parte del invernadero.

—Bien; así estarán más cerca de la habitacion de mi desgraciado esposo. Conduce á esos señores al salon, y diles que bajo al momento.

Daniel no se mueve del sitio.

Tula le dirige una mirada severa, como preguntándole la causa de su inmovilidad.

—¿Por qué no vas á cumplir mis órdenes?—le dice.

—¿Ha pensado bien la señora lo que va á hacer?

—Sí.

—Rafael viene á vengarse.

—¡Bah! No me inspira ningun recelo ese jóven.

—Si la señora quiere, yo puedo estrangularle; pero la señora desprecia las ofertas del pobre negro, y hace mal.

—¡Daniel! ¿Tratas de aburrirme de nuevo con tus impertinencias?

El negro se sonrie de un modo tal, que Tula se estremece.

—Aunque el negro calla, no olvida,—dice.

—Basta; cumple mis órdenes,—exclama Tula.

—Está bien; pero el negro no duerme, y estará siempre con los ojos fijos en su señora y en ese jóven, y ¡ay de ellos si se aman!

Tula palidece y demuestra su impaciencia; pero dominándose, vuelve á decir con voz de mando:

—Dí á esos señores que bajo al momento.

Daniel sale á obedecer sus órdenes.

Tula entra en su tocador y arregla su traje y su peinado con sumo esmero. Cuando se halla satisfecha de sí misma, baja al salon, donde la esperan los viajeros.

—¡Ah!—dice.—No pueden ustedes pensar lo que les agradezco que se acuerden de esta pobre desterrada.

Imposible sería emplear una entonacion más natural que la de Tula al pronunciar las anteriores palabras.

Rafael se inclina ligeramente.

Tanguay, con la sonrisa en los labios, responde de este modo:

—Al entrar en esta quinta hemos creido notar algo de los perfumes de América. Ibrahim, mi hijo, ha respirado con gozo



Tula entra en su tocador y arregla su traje y su peinado.....

el ambiente del jardin; bien es verdad que para nosotros los salvajes, hijos de la naturaleza, las capitales de Europa carecen de aire, de anchura. Pero aquí nos conducen dos objetos, á cual más sagrados: la amistad y la ciencia.

—¡Oh! Dios quiera que no se canse usted pronto, querido doctor, de vivir en este solitario rincon, porque su presencia nos es bien necesaria; mi pobre esposo sigue cada dia peor; todo le sobresalta, los desmayos son más frecuentes, su inapetencia me entristece. ¡Creo que todo será inútil para salvarle!

Tula cambia de tono para decir las últimas palabras.

De vez en cuando dirige miradas furtivas á Rafael, que permanece impasible.

—Si la señora tiene á bien acompañarnos á la habitacion del enfermo... —dice Tanguay.—Cuando las dolencias se agravan, no se debe perder el tiempo.

—Para que usted pueda estudiar con comodidad los progresos del mal, he mandado que les dispongan una habitacion junto á la de mi esposo; ambas tienen grandes ventanas, que dan al jardin, y son las más alegres de la casa. Voy á dar órden á un criado para que les acompañe.

Tula tira del llamador de la campanilla y un hombre se presenta.

Es Daniel el negro.

La presencia del esclavo sobresalta al fingido Ibrahim, pero procura dominarse.

—Daniel,—dice Tula,—acompaña á estos señores á su habitacion. Luégo conducirás á Side Mahomet al cuarto de mi esposo.

Poco despues el negro, pasando por un corredor, dice:

—Esta puerta es la de la habitacion del amo; aquélla la de los señores. Si necesitan algo pueden llamar, pues se les ha destinado un hombre para que les sirva.

Despues Daniel saluda y se retira.

Tanguay y Rafael entran en su habitacion.

Nada tan alegre, tan elegante, á pesar de su sencillez, como aquel cuarto.

Es una sala bastante grande, con una ventana que toma las luces del jardin.

El sol entra hasta las alcobas.

Los muebles son puramente de verano, ligeros, cómodos, elegantes.

Sobre unas tablas de madera de naranjo, que sostienen cuatro columnas torneadas, se hallan algunos libros de recreo.

Las butacas, de mimbre, incitan á la pereza; la alfombra, de juncos, transmite cierta frescura que recuerda la alegre primavera.

—Esta es una jaula lindísima, querido Rafael,—dice Tanguay.—Preciso es confesar que la criolla tiene buen gusto. ¡Oh! Desde ahora te aseguro que vas á pasar una temporada deliciosa en este paraíso.

—¿Piensas que permanezcamos mucho tiempo en esta quinta?

—Yo tendré que hacer algunos viajes á Madrid. La pobre María necesita de mis auxilios. Héctor es un buen amigo.

—Tienes razon.

Aquí Rafael comienza á hablar en árabe.

—Sin embargo,—dice—conviene aprovechar la ocasion.

—¿No me dijiste que primero querías que te amara?

—Dudo si tendré bastante fuerza de voluntad para fingir.

—Haz la prueba. La soledad del campo, el silencio de la noche, la fragancia de un jardin, el susurro melodioso de las hojas, inspiran y convidan al amor.

Rafael se encoge de hombros.

—¿Quieres ver á Pablo?—vuelve á decir Tanguay.

—No,—responde Rafael.—La presencia de ese hombre me haria daño; á un enemigo no se le puede ver sin estrangularle.

—Entónces, voy á entrar á verle yo.

—Tú eres su médico.

—Sí; y tú su verdugo.

—No es verdugo el que se venga.

—Tienes razon; es asesino.

—Puedes pensar lo que quieras.

—Hasta luégo.

Tanguay sale de la habitacion.

Rafael, al verse solo, se asoma á la ventana, y deja vagar sus miradas por el jardin.

Así transcurre como una hora.

La mente, cuando se halla preocupada por una idea tenaz, olvida el tiempo; tal vez ignora si existe algo fuera del círculo en que se agita.

De pronto un objeto que se divisa al extremo de una de las calles del jardin llama la atencion de Rafael.

Algunas ramas no le dejan ver bien; sin embargo, es una mujer.

Se acerca; lleva en la mano una flor, y los ojos fijos en el suelo.

Parece preocupada; todo en ella indica tristeza, melancolía.

Indudablemente algun dolor moral es causa de su abatimiento.

Rafael siente cierta simpatía por aquella mujer.

El dolor del alma se transmite.

De pronto la melancólica paseante levanta los ojos y los fija en la ventana.

Rafael reconoce á Tula.

La criolla le saluda y le envia una sonrisa.

El hijo del mulato devuelve aquel saludo con la mano.

Tula continúa su paseo y se desliza como una sombra por debajo de la ventana, perdiéndose al poco rato entre el verde follaje de un cenador.

CAPITULO III.

El beso de muerte.

Sin poderse explicar la causa, Rafael permanece en la ventana, con los ojos fijos en el sitio por donde ha desaparecido Tula.

Así transcurre un cuarto de hora.

Por fin se arranca á sí mismo de aquel sitio y se pasea meditabundo por la habitacion.

Maquinalmente, y como el hombre que desea matar el tiempo, coge un libro y se deja caer en una de las voluptuosas butacas.

Sus ojos se fijan en la primera página del libro que tiene en sus manos, y lee: *El beso de muerte.*

Rafael no ha leido nunca aquel título, pero le llama la atencion.

La novela es anónima, pues no indica el nombre de su autor.

La curiosidad le induce á leer, y pasa una y otra y otra hoja con palpitante interes.

Por fin se detiene para leer por segunda vez estos párrafos:

XXI

«Angel bajaba todas las noches al jardin, y sentándose en un banco, esperaba la hora.

»Cuando el reloj de la vecina torre daba once campanadas, Julia, con su vestido blanco, cruzaba por delante de él, dirigiéndole al paso una mirada y un saludo.

»Así pasaron los dias de la primavera.

»Llegó el verano.

»Angel, triste siempre como el gemido de un moribundo, logró interesar el corazon de aquella mujer infame que habia envenenado á su padre, pero cuyo crímen era un secreto para todos ménos para el melancólico jóven.

XXII

»Una noche (era el dia 9 de Agosto) Angel se hallaba, como siempre, en su banco, cuando Julia, al pasar, se detuvo y le dirigió esta pregunta con voz conmovida:

—»¿Qué tienes, Angel?

—»La muerte en el alma,—respondió el jóven, exhalando un suspiro.

—»¿No te inspiro confianza?

»Angel suspiró de nuevo.

»Julia, sentándose al lado del jóven, le cogió una mano con fraternal cariño.

—»Vamos, eres un niño,—le dijo.—Yo tengo veintiocho años; tú apénas cuentas diez y siete. Sabes que por espacio de algun tiempo te he servido de madre. Descúbreme tus pesares.

—»¡Oh! Si te dijera lo que tengo, si te revelara lo que está minando mi existencia, lo que tal vez me conducirá á la tumba, te burlarías de mí.

—»Habla; no me burlaré; te lo prometo.

—»Júramelo por la memoria de mi desgraciado padre, de tu noble esposo.

»Julia titubeó un momento, y luégo dijo:

—»Te lo juro. Habla.

XXIII

»Angel vaciló todavía un momento, pero de pronto irguió la frente, como el hombre que toma una firme resolucion, y apoderándose con vehemencia de las manos de su jóven madrastra, dijo:

—»¡Ah, Julia! ¡Lo que yo tengo es amor! ¡Sí, amor que mata, que acabará con mi vida!

»Julia guardó silencio, pero no hizo esfuerzo alguno para retirar las manos de entre las de Angel.

—»¿Quiéres saber quién es la que ha inspirado ese amor inmenso á mi corazon? Pues bien, oye. ¡Eres tú, Julia, tú! Despréciame, despídeme de esta casa, búrlate de esta insensata pasion; haz, en fin, lo que quieras; pero nó olvides que si

he dado salida al secreto que guardaba en mi alma como guarda el avaro su tesoro, sólo ha sido por que tú me lo mandaste.

»Angel se detuvo, y á la luz de la luna pudo observar que por las hermosas y sonrosadas mejillas de Julia rodaban dos lágrimas.

»Nada provoca tanto al dulce beso del amor como una lágrima que resbala por una faz hermosa.

»En estos momentos, el amante ha de ser muy cobarde para no tener sed de aquella lágrima.

»Entónces un beso es inevitable, ó por mejor decir, un beso es lógico; no darle es una ofensa tributada á la hermosura, es cometer un crímen de *leso amor*.

»Sin duda Angel lo comprendió así, porque el silencio de la noche fué interrumpido por ese dulce rozamiento que producen los labios al depositar sobre un rostro el perfume del alma.

»Julia quiso levantarse.

»Angel la detuvo á su lado con suavidad.

—»Perdona mi atrevimiento, Julia; pero no te vayas; de lo contrario, yo te lo juro, el nuevo sol no brillará para mí.

»Esta súplica, que terminaba con una amenaza, interesó el corazon de Julia.

—»¿Estás loco?—dijo con un acento que nada tenia de ofendido.

—»Sí, de amor,—respondió Angel.—Necesito que me ames, y me amarás.

—»Eso es imposible.

—»Tú eres dueña de tu voluntad.

—»He sido la esposa de tu padre, y el mundo...

—»¿Qué nos importa á nosotros el mundo?

—»Angel, separémonos.

—»Está bien; vete; pero si mañana á estas horas no te hallas en este sitio, los criados encontrarán un cadáver cuando amanezca.

XXVI

»A la noche siguiente Julia fué al sitio indicado.

»Angel, desde aquel momento, no tuvo duda de que era amado.

»Cuando más tarde se retiró á su habitacion, arrodillándose delante del retrato de un anciano, dijo:

—»Descansa en paz, padre mio, en la tumba adonde te hizo bajar ántes de tiempo una mujer sin conciencia. La justicia de los hombres puede vengarte, pero prefiero vengarte yo. Descansa en paz.

»Julia habia caido en las redes tendidas por Angel.

»Todas las noches se encontraban en el banco favorito del jóven.

»Julia no habia amado nunca.

»Casada por cuestion de intereses con un anciano, habia concebido y ejecutado el pensamiento de librarse de aquellos lazos enojosos tan pronto como vió asegurado su porvenir.

»Un veneno puso fin á los dias de su esposo. Vivian en el campo, y el médico del pueblo vecino creyó que la muerte del rico propietario habia sido lo más natural del mundo.

»Enterróse el cadáver, y todo quedó terminado.

»El viejo habia tenido tiempo de hacer testamento, y habia dividido por igual los bienes entre su esposa y su hijo.

XXVII

»Transcurrieron tres meses, cuando una noche, al pasar Angel por la puerta de la habitacion de su madrastra, oyó una voz que decia:

—»No retrocederé; me queda aún la mitad de los polvos, y si Angel recela, sucumbirá tambien.

»Estas palabras alarmaron al jóven, á quien, por otra parte, la casi repentina muerte de su padre le habia infundido alguna sospecha.

»Entónces se acercó á la puerta de la habitacion de su madrastra, y se puso á mirar por la cerradura.

»Angel vió una lámpara sobre una mesa, junto á ésta mesa una butaca, y en la butaca, dormida, á la jóven viuda.

»Pronto se cercioró Angel de que su madrastra soñaba, pero en voz alta.

»Entónces concibió una idea.

XXVIII

»Algunos dias despues, Angel encontró una pequeña caja de zinc, que encerraba unos polvos amarillentos.

—»¿Será éste el veneno?—se dijo.

»Y se guardó la caja.

»Aquella misma tarde mezcló un trozo de pan con la mitad de aquellos polvos, y se lo dió á un perrillo del jardinero.

»El pobre animal murió á las dos horas de haberlo comido.

»Angel fué recordando ciertas particularidades, todas ellas alarmantes, pero que no habian llamado su atencion cuando sucedieron.

»Recordaba que Julia habia demostrado prisa para que enterraran pronto el cadáver de su esposo, con el pretexto de que la afligia su presencia.

XXIX

»Desde que la sospecha de que su padre habia sido envenenado se aferró en su mente, Angel, tenaz en sus empeños, se propuso saber la verdad sin ningun género de duda.

»Otro nuevo dato vino á favorecer los deseos de Angel.

»Julia tuvo precision de trasladarse por unos dias á un pueblo inmediato á su quinta, por hallarse enferma una parienta suya.

»Angel se quedó solo, y se propuso registrar escrupulosamente la habitacion de su madrastra.

»Una noche entera empleó en este trabajo; pero todo fué inútil, pues no encontró ni el menor indicio.

»Transcurrieron dos dias en la más cruel incertidumbre. Temia engañarse; deseaba tal vez que así sucediera, pero el corazon se inclinaba á creer que su padre habia sido víctima de su esposa.

»Una mañana, era el quinto dia de la ausencia de Julia, uno de esos *correos de alpargata* que conducen las cartas de un pueblo á otro, entró en la habitacion.

—»Buenos dias, señorito,—le dijo;—traigo una carta de Paris.

—»¿Para mí?

—»No; para la señorita Julia.

—»No está en la quinta.

—»Pero volverá, ¿no es eso?

—»Sí; dentro de dos ó tres dias.

—»Pues entónces, aquí se queda, y hasta otra.

XXX

»Angel cogió aquella carta, y á su contacto sintió un estremecimiento extraño.

»Por espacio de una hora permaneció inmóvil, con la mirada fija en el sobrescrito.

»Una voz secreta le decia:

—»Abre y lee.

»Angel, sin embargo, respetaba el sagrado y frágil sobre.

»Nunca más vehementes deseos de saber el contenido de una carta habian preocupado su ánimo.»

. . . .

. . . .

Aquí llega la lectura de Rafael, cuando Tanguay se presenta en la habitacion.

El hijo del mulato Quesada no se apercibe de que el javanes le está observando.

—Mucho debe interesarte la lectura de ese libro que tienes en la mano,—le dice el médico.

—¡Ah! ¿Eres tú?

—¿Qué es lo que lees, que nada oyes?

—Las páginas de un libro, que bien puede llamarse providencial.

—¡Cómo!

Rafael va á dar una respuesta á Tanguay, cuando un criado, que se presenta en la habitacion, les dice que la señora espera en el comedor.

—Luégo sabrás el contenido de esas páginas que me preocupan,—dijo Rafael en árabe á su amigo.—¡Oh! Creo que he encontrado uno de esos libros que tienen el don maravilloso de fortalecer el espíritu más decaido.

Y Rafael envia á Tanguay una sonrisa siniestra, fria, amenazadora.

El javanes se encoge de hombros, como el que no comprende lo que le dicen.

Y ambos, siguiendo al criado, abandonan la estancia.

CAPITULO IV.

Ya pareció aquello.

Terminado el almuerzo, Tula invita á sus huéspedes á dar un paseo por el jardin.

Al principio versa la conversacion sobre el estado alarmante del enfermo.

Luégo se habla de las flores, de la vida independiente del campo, y por último, Tula pregunta á Rafael:

—¿Se acuerda usted mucho de América?

—No se olvida nunca la tierra que sostuvo nuestra cuna.

—Tal vez echará usted de ménos la caza.

—Sí, efectivamente; hace mucho tiempo que no he cazado.

Tula se sonrie, saca del bolsillo una pequeña cartera, y de ésta una carta, que entrega á Rafael.

—¿Qué es esto?—pregunta el jóven.

—Una licencia para cazar en los vecinos montes, de la propiedad de los condes de Chinchon.

Rafael lee lo siguiente:

«Los guardas permitirán cazar en los montes de mi propiedad á don Rafael Quesada y dos escopetas más que le acompañen, tratándole en todo como á mi persona y permitiéndole que cace á ojeo, si así lo tiene por conveniente.

»Por órden de la condesa viuda,—*El administrador*.»

—Doy á usted las gracias, Tula, por el recuerdo; pero me hallo desarmado, y lo que es peor, sin perros.

—¡Bah! Eso se remedia pronto,—dice la criolla, dirigiendo una mirada cariñosa á Rafael.

—En cuanto á la escopeta, no digo que no; pero los perros es bastante difícil encontrarlos.

—Usted olvida que mi pobre esposo fué en sus tiempos cazador.

—Lo ignoraba, señora; allá en Puerto-Príncipe jamás le vi coger una escopeta.

—Los ricos tienen todas las aficiones, por no decir todos los vicios.

—La caza es un placer higiénico.

—No lo niego; pero ¿quiere usted que vayamos á la cuadra donde están los perros?

—¡Ah! Con mucho gusto.

—Entónces, deme usted el brazo. ¿Nos acompaña usted, doctor?

—Si ustedes me lo permiten, volveré á ver al enfermo.

—Es verdad. Usted no se pertenece. Hasta luégo, responde la criolla.

—Adiós, señora. Adios, hijo mio.

Tanguay se dirige hácia el cuarto del enfermo. Tula, co-

gida del brazo de Rafael, se encamina á las cuadras, dónde se halla la perrera.

No tardan mucho en llegar.

Un hombre curtido por el sol, que viste el traje de la gente del país, les sale al encuentro con el sombrero en la mano.

—Buenas tardes, Agustin,—le dice Tula.—Aquí tienes al jóven de quien te he hablado. ¡Oh! Si se le ocurre cazar, ya es preciso que afines bien la puntería, porque es un gran tirador.

—Vaya, pues me alegro, señorita,—responde Agustin con la ruda franqueza del cazador de oficio, nacido y criado en el monte.

—Venimos á ver los perros.

—Voy á sacarlos. Los pobres tienen ya ganas de morder algo que les caliente la boca. Hace seis dias que no salen.

Agustin entra en la cuadra, volviendo á salir al momento seguido de cuatro perros, que al verse libres, comienzan á dar saltos y carreras por la plazoleta que dá frente á las cuadras.

Un perro de caza de buena estampa, ojo claro y mirada inteligente, tiene algo que habla al alma de un cazador.

En su mirada parece notarse cierta inteligencia que le eleva sobre la mayor parte de los irracionales, que le sublimiza, por decirlo así.

Rafael es un cazador de pura sangre, y al ver salir á los perros, suelta suavemente el brazo de Tula para ocuparse de los alegres y leales compañeros del hombre.

Rafael es inteligente en todo lo concerniente á la caza.

Los cuatro perros que llaman su atencion son: un *puonter*

ó *perro de muestra*, inglés, pequeño, fino, delgado de piernas y cuerpo, y cuya piel, blanca como el armiño, con manchas de color de canela, brilla como la plata bruñida; un perdiguero de la casta robusta de Navarra, un *barco de Bengala*, con la nariz hundida, y un galgo corredor.

Los cuatro perros son á cual más hermosos.

Rafael los llama, dando con la palma de la mano en su muslo derecho.

Tres de los perros indicados acuden á devolverle las caricias que el hombre les prodiga.

Sólo el galgo, siempre brutal, siempre egoista y poco adicto por lo regular al amo que le alimenta, se mantiene á alguna distancia del desconocido, mirándole con recelo y preludiando un gruñido de descontento.

—¡Hermosos perros! ¡hermosos perros!—dice Rafael acariciándolos.—Si la bondad corresponde á la estampa, valen tanto como el *Mister* y el *Bey*. ¡Oh! ¡Qué habrá sido de ellos! ¿Los recuerda usted, Tula?

—Perfectamente, Rafael: eran muy bonitos.

—Y muy leales.

Rafael exhala un suspiro, dedicado á la memoria de sus perros.

Luégo vuelve á ocuparse de los que le acarician, llamándole la atencion por su inocente franqueza y alegres actitudes el robusto navarro.

—¿Cuál de ellos es el más *sabio?*—pregunta Rafael al cazador.

—Todos son buenos, señorito.

—¿Rastrean bien?

—¡Anda! El más flojo de ellos tiene unos *vientos* que se las podria apostar con un lobo cuando rabia de hambre.

Rafael se sonrie de la exageracion del cazador, porque sabido es que el lobo olfatea la caza que codicia á doble distancia de la que abarca su mirada.

Agustin vuelve á decir:

—Ya los verá usted, señorito, el dia que quiera; que gusto y no poco ha de darle su modo de trabajar. Mire usted, con que toque un solo perdigon á una perdiz, como dé el *gachapazo* y ellos apliquen el hocico ántes que la planta del hombre pise el sitio donde la pieza herida da el golpe, no hay cuidado que se les escape; ya puede transponer el cerro más alto, que la traen á la mano más fijo que el sol. Pues ¿y las *muestras*? !Válgate Dios! Este pequeño que usted ve es muy capaz de estarse firme como una encina y con la pata en alto veinticuatro horas seguidas sin tomar alimento.

Rafael escucha con complacencia al cazador.

Tula, como la generalidad de las mujeres cuando oyen hablar de caza, se sonrie, no comprendiendo un entusiasmo que no puede ser más legítimo, más justo, más lógico.

Indudablemente, San Huberto, patron del os cazadores, fué un gran santo.

Lamartine, á pesar de los guantes pedidos á la Francia, de las rifas de sus obras y de las exhibiciones públicas á veinticinco francos por persona, sería un gran poeta si no hubiera hablado mal de los cazadores.

Esto parecerá un poco exagerado á algunos, pero no importa: el que escribe estas páginas, miéntras no se le aparezca un ciervo con una cruz en las astas, como le aconteció al ca-

nonizado obispo de Maestrick, defenderá la higiénica aficion de la caza.

Pero volvamos á la novela.

Rafael, despues de acariciar á los perros durante la relacion del cazador, pregunta:

—¿Y hay mucha caza en el monte?

—No falta, aunque está un poco *levantada*, porque los sócios la *castigan* bastante; ya ve usted, todos los dias dale que le das... tanta agua se saca del pozo, que al fin se queda seco.

—Ya veo que usted, Rafael, va á ser un buen amigo de Agustin.

—Tal vez, señora.

—Se conoce que el señorito es aficionado,—dice el cazador.

—Un poco. ¿Está muy léjos el cazadero?

—Ménos de media hora.

—Irémos mañana.

—Cuando usted mande; sólo en el monte es donde yo vivo.

—Entónces, te doy el encargo de despertarme á las cinco de la mañana.

—No faltaré. ¿Irémos montados, ó á pié?

—Estando tan cerca, prefiero ir á pié.

—Eso es, como buen cazador; morral á la espalda y escopeta al hombro.

—Ahora, Tula, quisiera ver la escopeta.

—Debe usted tenerla en la habitacion.

Rafael se despide de Agustin, ofrece el brazo á Tula, y regresan á la quinta.

Una vez allí, la criolla se separa de Rafael para visitar á su esposo.

Rafael entra en su habitacion.

Lo primero que ven sus ojos es un elegante armero, y en él colocadas tres escopetas y todos los arreos necesarios para el cazador.

El jóven examina con detencion las armas, conoce á los fabricantes por su fama, y elige una inglesa de Cook, de dos cañones.

Luégo examina la pólvora, y lo dispone todo para la mañana siguiente, en lo cual invierte bastante tiempo.

—Es preciso—se dice, hablando consigo mismo—que Tula no comprenda mis intenciones; despreciando la caza, que ha sido siempre mi aficion favorita, podria sospechar; cacemos pues.

Rafael, cuando lo tiene todo en órden, como corresponde á un buen cazador que no quiere olvidarse de nada, se dispone á continuar la lectura de la novela *El beso de muerte*, que tanto ha absorbido su atencion.

Coge el libro y se sienta en la misma butaca, pero aproximándose á la ventana, porque el sol camina hácia su ocaso.

Ántes de empezar á leer, entra Tanguay en la habitacion.

—¿Continúa la lectura?—le dice.

—Sí; no puedes figurarte lo que este libro me interesa.

—¿De veras? No te creia aficionado á las novelas.

—Es que esto no es una novela.

—¡Ah! ¿Qué es, entónces?

—Mi propia historia.

—¿De veras?

—Lo que oyes.

Tanguay se sonrie y dice:

—Pero ¿has referido á algun novelista tu pasado, dejándole entrever tus planes para el porvenir?

Rafael hace un movimiento negativo con la cabeza.

—¿Entónces...—pregunta Tanguay, sin acabar de comprender las palabras de su hijo adoptivo.

—Querido doctor,—vuelve á decir el jóven,—la novela más interesante no es la que inventan los hombres para entretener el ocio de los lectores. Un libro inverosímil, calenturiento, escrito por una imaginacion enferma, que nunca se detiene á observar la sociedad que le rodea, suele por fin caerse de las manos, haciéndonos exclamar: «Este hombre es un visionario, un soñador, que está á cien leguas de la verdad.» Pero la novela real, verdadera, la que copia con exactitud los vicios, los crímenes, las virtudes, las bellezas de la gran familia humana, esa es la que interesa al corazon, la que se lee con avidez, la que hace asomar á los ojos dulces lágrimas. El libro que la casualidad ha puesto en mis manos es una de esas historias que desenvuelven un misterioso drama del hogar. Créeme, Tanguay; lo que llevo leido tiene muchos puntos de contacto con mi vida privada.

—Picas mi curiosidad hasta tal punto, que ya deseo leer ese libro.

—Esta noche, cuando nos retiremos, podrás satisfacer tu curiosidad.

—Admito el ofrecimiento, y te ruego que por ahora dejes el libro, porque nos esperan en otra parte.

—¿Adónde?

—En el comedor; acaban de dar las seis, y es la hora. ¡Ah! Me olvidaba anunciarte que hoy come con nosotros Pablo Robles.

—Lo siento.

—¡Bah! ¡Un pobre loco, que apénas se da cuenta de lo que ve, ni aprecia el valor de lo que dice! Ha sabido que en la quinta habia huéspedes, y con la terca tenacidad del niño, se ha empeñado en comer hoy con nosotros. Tula me consultó si debiamos acceder, y yo he creido que dar gusto á un hombre que tan pocos dias le quedan de vida, era una obra de caridad.

Cuando Tanguay termina de decir las anteriores palabras, Rafael, encogiéndose de hombros con la mayor indiferencia, dice:

—Bien; vamos donde quieras.

CAPITULO V.

Lágrimas y carcajadas.

Imposible sería detallar las inconveniencias que el pobre loco comete durante la comida.

El infeliz Pablo apénas guarda memoria de nada.

Para él, Tanguay y el jóven hijo del difunto mulato sólo son dos huéspedes, que han llegado á la quinta con el objeto de pasar algunos dias.

Esto le han dicho, y con no poco trabajo ha logrado entenderlo.

Pablo fué durante su juventud un malvado, un miserable, un mal hombre.

Mal esposo y peor hermano, durante la época, borrascosa para él, en que dió comienzo la presente novela, cometió todas las infamias inagotables.

Despues el afan de enriquecerse lo condujó á América, y una vez allí no retrocedió ante nada.

El crímen le ofrecia una fortuna, y fué asesino, como recordarán nuestros lectores.

¿Qué fruto era el que habia recogido despues de tantos crímenes? Vedlo.

La comida toca á su fin.

Las tazas de café humean sobre los blancos manteles de la mesa.

Tula sirve á los huéspedes y á su marido.

Pablo, sentado en un sillon, se entretiene en desmigajar un trozo de pan, frotando con los dedos índice y pulgar.

Imposible sería encontrar en los hospitales un rostro más demacrado; y en cuanto al lívido color de sus mejillas, sólo en los cementerios, entre los cadáveres, podria hallarse otro igual.

El loco viste una bata de tisú de lana de color oscuro, y un casquete griego.

La bata, rota, mugrienta, pues destroza todo cuanto se pone, parece el harapiento traje de un mendigo.

Pablo ha encanecido notablemente en pocos dias.

Espesos mechones de cabellos blancos salen enmarañados por los extremos de su gorro, y se esparcen sobre sus hombros con un desórden repugnante.

Sus ojos brillan como los de un moribundo atacado de hidrofobia.

Sus labios, cárdenos, secos y agrietados, tienen todos los síntomas de esa fiebre que consume, que devora, que mata.

No es posible reconocerle á primera vista; tan horriblemente le han desfigurado sus padecimientos.

El mismo Rafael, viéndole durante la comida, siente en el fondo de su alma un resto de compasion hácia aquel hombre,

á quien debe exterminar, porque ve en él al matador de su padre, al que atentó contra su vida en los bosques de Puerto Príncipe.

Durante la comida, una cosa llama la atencion de Rafael, y es que los criados que sirven van dejando los platos sobre un aparador que se halla junto á la puerta, y se retiran, sirviendo sólo Daniel el negro.

Tula, temerosa siempre de que álguien escuche las inconveniencias que habla su esposo, procura separarse todo lo posible de oidos extraños á su historia pasada.

Pero sigamos el diálogo, que él nos dirá cuáles eran los pensamientos más tenaces del pobre loco.

—¡Hoy quiero tres tazas de café!—dice Pablo.—¿Lo oyes, Daniel? Tres. De lo contrario, puedes contarte por despedido. Vamos, sirve, ántes que se enfrie.

Daniel mira á su ama, como si esperara una órden.

Tula le indica con un ademan que obedezca.

Pablo bebe con avaricia, y más de una vez le cae el café por las solapas de la bata.

Entónces se rie con esa risa histérica de los locos, que da tristeza, y señalando á su esposa, exclama:

—Esa se enfada cuando yo me rio; pero yo me rio siempre. Nada es tan grato como una de esas carcajadas que brotan del corazon. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¡Qué enfermedad tan horrible!—murmura Tula en voz baja, dirigiéndose al doctor.

Pablo, que se ha bebido la taza de café, pide otra á Daniel el negro.

Éste vuelve á dirigir una mirada á su ama.

—No; no quiero que tomes más; te hace daño,—responde Tula.

Esta negativa irrita al loco, y descargando un puñetazo sobre la mesa exclama:

—¿Soy yo algun niño? ¡Quiero más! ¿Lo oyen ustedes? ¡Quiero más!

—El café te hace daño, Pablo. Los médicos aseguran que no debes tomarlo.

—¡Los médicos! Si saben tanto, ¿por qué no me quitan este ruido espantoso que tengo en el cerebro? ¡Farsantes! ¡Tambien dejaron morir á mi pobre Angela, y á mi querido Julio, y á Quesada el mulato! ¡Qué buen hombre! ¿No es verdad, Tula, que era un buen hombre?

—Pablo, ¿á qué viene...—murmura la criolla.

—Estos señores no conocian á Angela,—vuelve á decir el loco, dirigiéndose á los huéspedes.—Era una santa... una mártir. Pedia luz y se murió en las tinieblas; llamaba á su hija Enriqueta, y Enriqueta no estaba allí. ¡Pobre Angela! ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Pero yo tenia diez mil duros! ¡Pobre Juan José! ¡Diez mil duros y sin pan... y ahora que tengo millones, no quieres que tome café! ¡Qué felicidad!... ¡Y todo por la maldita culebra, que aquel papanatas de médico dijo que la habia muerto!... ¡Imbécil! ¡La culebra viene todas las noches á verme... todas, aunque llueva y truene... todas!... ¡Es muy buena amiga mia! ¡Nos queremos mucho!... ¿No es verdad, Daniel? ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¡Oh! ¡Dios mio!—exclama Tula, cubriéndose la cara con las manos.

—¡Bah! No llores tanto,—repite el loco.—Tu esposo, el mulato, nada sabrá; es un buen hombre, muy confiado, te ama

mucho, y sus últimas palabras al morir serán para bendecirte. Pero Rafael es mal enemigo. Mira: aquí lo que conviene es calumniarle. ¡Oh! ¡La calumnia es el arma más segura, más terrible!... Verás: tú le dices: «Ese niño me ha amenazado.» Entónces el viejo se encolerizará, se pondrá furioso... y asunto concluido.

Rafael escucha las palabras del loco con una serenidad admirable, pero pálido como la muerte.

Tula, acosada por el remordimiento, permanece con la cara hundida entre las manos, y llora en silencio.

Tanguay, más que un sér viviente, parece una estatua de piedra.

Daniel, de pié detras del loco, dirige á los convidados miradas amenazadoras, como si esperara una señal de su ama para lanzarse cuchillo en mano sobre ellos.

Sólo Pablo rie, sólo Pablo habla, sólo el desgraciado loco se muestra alegre, feliz, contento.

Por fin, Tula, no pudiendo soportar por más tiempo aquella situacion extremadamente violenta, dice, dirigiendo la palabra al negro:

—Daniel, conduce al señor á su habitacion.

Al oir esta órden, las hundidas pupilas del loco brillan de un modo extraño y tiemblan con precipitacion dentro de su órbita.

—¡Por favor! ¡No me lleveis al cuarto de los muertos!—exclama.—¿No sabeis que al dar la media noche entran todos en revuelto monton por la ventana? ¿No sabeis que rodean mi cama y se complacen en introducirme un alfiler candente por las sienes?... ¡No quiero ir!... ¡Se necesita tener muy mal

corazon para gozarse en los sufrimientos de un pobre enfermo!...

—Llévale, Daniel, llévale. Desgraciadamente, su mal es inevitable. ¿No es cierto, doctor?—pregunta Tula.

—Señora, como he dicho otras veces, la ciencia es impotente para ciertas enfermedades; su esposo de usted morirá de la enfermedad que le agobia.

Daniel, que ama con toda la fuerza de su salvaje corazon á Tula, y que la obedece como un esclavo, coloca su ancha mano sobre el hombro del loco y le dice:

—Vamos, señor.

—¡No me toques!—grita Pablo.—¡Tus dedos son tenazas de hierro que trituran mis huesos! Apártate; es una crueldad lo que estais haciendo conmigo. Abusais de mí porque me hallo débil, porque no tengo fuerzas para defenderme; pero id con cuidado, porque cuando el brazo tiembla... ¡entónces se emplea el veneno! ¿No es verdad, Tula? ¡El veneno es una buena arma!... ¡Pobre mulato!...

Rafael ahoga un rugido de rabia.

Tanguay le dirige una mirada, suplicándole que reprima la cólera que le causan las palabras del loco.

Tula, conmovida, sobresaltada por las inconveniencias de su esposo, dice á Daniel:

—¡Llévale, llévale á su habitacion!

El negro coge por un brazo á Pablo, y murmura en voz baja, pero con cierto imperio:

—Vamos, señor; aquí se está mal.

Nada tan débil como un loco cuando se halla dominado por otro hombre, á quien teme.

Pablo se estremece al sentir sobre su cuerpo el contacto de la mano de Daniel.

Tiembla y le dirige una mirada tímida y suplicante, pero el negro parece fascinarle con la expresion de dureza de su semblante.

Pablo se levanta, exhala un suspiro y le sigue.

—¡Pobre Robles!...—dice Rafael con fingido sentimiento, apénas le ve salir.

Tula agradece con una mirada aquella exclamacion.

—Es muy desgraciado,—responde la criolla.—La incoherencia de sus palabras nos obliga á tenerle siempre separado del trato de gentes.

—Las palabras de un loco, señora, no tienen nunca importancia para los cuerdos,—vuelve á decir con marcada indiferencia Rafael.

La frase de Rafael es verdaderamente magistral.

La criolla la escucha con complacencia, y Tanguay con satisfaccion.

El mal efecto que las imprudencias del loco han producido en el espíritu de Tula, queda desvanecido.

Hé aquí la idea que cruza por la mente de la esposa culpable:

—Rafael nada sospecha.

Cuando se ha cometido un crímen, basta una frase para descorrer el velo que lo cubre.

Tula se sobresalta por la cosa más pequeña.

Los grandes criminales dicen:

—Es preciso que desaparezcan todos los testigos que pueden descubrirme.

Entónces matan, hambrientos de vida.

Tula ha cometido un asesinato, pero su corazon intranquilo rechaza cometer otro; tiene miedo, tiembla, se estremece ante la mirada fria del negro.

Por eso teme que las circunstancias la pongan en el caso de hacer una nueva víctima; por eso rechaza con horror las terribles proposiciones del feroz negro, que sólo espera una órden suya para descargar el puñal homicida sobre aquél que le señale.

Rafael, despues de hablar del estado deplorable del enfermo, pide permiso para retirarse, con el pretexto de que tiene que madrugar.

—Ya sabe usted—dice—que tengo la partida de caza convenida con Agustin. ¡Oh! ¡Mañana es un dia de prueba! Me desafia un cazador de oficio. No espero ganar.

Tula invita á Tanguay á que la acompañe al cuarto del enfermo.

—Todas las noches—dice—paso allí la velada hasta las once, hora en que me retiro. Mi pobre Pablo gusta de jugar un rato al tresillo.

—Soy de la partida,—dice el javanes,—ya que desgraciadamente, hasta ver el efecto que produce mi tratamiento, no puedo hacer nada.

Algunos momentos despues Tula, Tanguay y Pablo se hallan sentados alrededor de una mesa.

Daniel el negro, de pié junto á la ventana, les contempla en silencio, sin abandonar su proverbial gravedad.

Rafael se halla en su habitacion con un libro en la mano, leyendo á la luz de una lámpara.

Aquel libro es la novela anónima que con el título de *Un beso de muerte* comenzó á leer por la mañana, y cuya lectura tanto le ha interesado.

Dejemos al loco y á sus tertulianos, y leamos por encima del hombro de Rafael la susodicha novela.

CAPITULO IV.

Dónde continúa la lectura de la novela anónima.

Nuestros lectores recordarán que suspendimos la lectura de *El beso de muerte* precisamente cuando la carta de Paris, dirigida á Julia, hacía latir el corazon de Angel.

Continúa así:

I

«Una carta cerrada es un sagrado para todo hombre que rinda culto á la delicadeza.

»Angel la dió mil vueltas entre las manos, y más de una vez hizo ademan de romper el sobre.

»Sin embargo, siempre se detenia, temeroso de cometer una imprudencia.

»Por último la guardó en el bolsillo, y deseando respirar al aire libre, bajó al jardin.

»Al principio se puso á dar paseos, procurando ahuyentar de su mente el tenaz pensamiento que le molestaba.

»La carta se hallaba guardada en el bolsillo del pecho de su levita.

»Transcurrió como media hora.

»Angel sentia en todo su sér un malestar, una impaciencia inexplicables.

»Maquinalmente dejóse caer en un canapé rústico, que á la sombra de un corpulento sauce brindaba al descanso á los paseantes.

»Por segunda vez, sin saber cómo, se halló con la carta en las manos.

»Cinco minutos permaneció con la mirada fija en el sobrescrito.

»No conocia la letra.

»Entónces tuvo lugar un fenómeno: Angel creyó ver que la tinta del sobre, que era negra, se tornaba de color de sangre.

»Sin saber cómo, rompió el sobre.

»Él mismo extrañó aquel brusco movimiento de manos que acababa de ejecutar.

»Quiso leer la carta, y se detuvo de nuevo.

»Transcurrió un momento sin atreverse á fijar en aquellas líneas los ojos.

»Por fin leyó la fecha. Decia así: «Paris 10 de Agosto de 1830.»

»Aquí se detuvo; pero bajando los ojos, buscó la firma, que decia: "*Richard.*"

II

»Las siete letras de que se compone este nombre frances nada le decian.

»¿Quién era Richard? Lo ignoraba.

»Procuró recordar todos los conocidos y amigos que su padre tuvo en Paris, que eran muchos, pero no encontró ninguno de ese nombre.

»Nuevamente le acometieron los escrúpulos, la inquietud, las dudas.

»La lucha tenaz del deseo con el deber le fatigaba lo que no es decible.

»Por fin venció el deseo, y Angel leyó temblando lo que sigue:

«Paris 10 de Agosto de 1830.—Sé que el hombre ha emprendido al fin el viaje, lo cual me prueba la eficacia de los polvos.

»Yo no hubiera dicho *esta boca es mia,* si una desgracia imprevista no me obligara á ello.

»Necesito dos mil francos: enviádmelos prontamente; ya sabeis mi nombre; calle de Minerva, número 7, cuarto tercero del centro.

»Vuestro como siempre,—*Richard.*»

III

»Angel se pasó la mano por la frente al terminar la lectura de la carta.

»Sudaba, como si hubiera subido á la carrera el empinado repecho de una montaña; el corazon le latia, como si un gran sobresalto le acobardara.

»Leyó por segunda vez la carta, y luégo hasta tres veces más.

—»¡Ah!—murmuró.—¡Esa infame ha envenenado á mi padre, pero yo le vengaré!

IV

»Angel no pudo pegar los ojos en toda la noche. La duda era su verdugo.

»Temia engañarse y cometer una imprudencia.

»Á fuerza de pensar, resolvió hacer un viaje á Paris, y ver y oir él mismo á ese Richard que firmaba la carta.

»Para llevar á cabo este pensamiento, tropezaba con un inconveniente.

»La carta decia:

"*Ya sabeis mi nombre; calle de Minerva, número 7, cuarto tercero del centro.*"

»¿Qué nombre era el de Richard?... Porque de la lectura de la carta se desprendia que estaba firmada con un pseudónimo.

»Ademas, ¿sabria el autor de la carta que él era hijo del esposo de Julia? ¿Alguna vez le habria visto? Porque en cualquiera de los dos casos era inútil el fingimiento, y su plan venia al suelo por la base.

V

»A la hora del alba abandonó el lecho, y nuevamente se propuso hacer otro escrutinio en la habitacion de su madrastra.

»Inútiles pesquisas, pues no encontró nada que pudiera orientarle, que le diera luz para alumbrar las tinieblas que le rodeaban.

»Angel, bueno, dócil y pacífico, tenia, sin embargo, un carácter enérgico, y la sola idea de que su padre pudiera haber sido envenenado por la mujer que llevó su nombre, redoblaba su energía.

—»En estos casos se arriesga el todo por el todo,—se dijo.—Lo más conveniente es que yo vaya á Paris y busque á ese monsieur Richard.

»Angel, modesto por naturaleza, amigo del estudio y poco derrochador, poseia unos mil francos de sus ahorrillos.

—»La mejor garantía para que el tal Richard me diga la verdad es entregarle los dos mil francos que pide; pero yo no los tengo,—se dijo.

»Pensó pedir un empréstito á un rico molinero, cuyo hijo estudió con él en Paris y era ademas compañero suyo de cuarto en el barrio latino.

»El molinero vivia á media legua de distancia de la quinta de Angel.

»El jóven acarició esta idea por espacio de unos minutos, pero luégo la rechazó, creyéndola irrealizable.

—»Soy muy jóven—se dijo—y mi fortuna se halla bajo

la tutela de un pariente. El molinero me pedirá garantías, y esto me hará perder tiempo. No me conviene.

VI

»Angel cogió sus mil francos, y como Paris distaba apénas cuatro leguas de su quinta, se decidió á ir á la capital de Francia.

»Entónces bajó á la cuadra y por su misma mano ensilló un caballo.

»Uno de los criados, al verle salir á caballo tan de mañana, le dijo:

—»¿Dónde vais, señorito?

—»A dar un paseo; pero si no vengo á comer, no os inquieteis, pues tal vez no coma en casa.

»Hecha esta advertencia, puso el caballo á galope, y á las nueve de la mañana entraba en Paris.

VII

»Angel conocia palmo á palmo la gran ciudad.

»Dejó su caballo en una posada, y se encaminó á la calle de Minerva.

»Pronto sus ojos encontraron el número 7, y resuelto á todo, entró en el portal.

»La portera, viendo á un jóven cubierto de polvo, y con todas las trazas de un papanatas de provincia, le dijo:

—»Mocito, ¿á quién buscais?

—»Buenos dias, señora,—repuso Angel, procurando ex-

presar en sus ademanes, palabras y entonacion la proverbial buena fe y franqueza de un hijo de pueblo.—¿No vive en el cuarto tercero del centro monsieur Richard?

—»No conozco á semejante señor en la casa,—respondió la portera con una sequedad desconsoladora.

—»¡Cómo! ¿Qué decis, señora? ¿Habré hecho en balde mi viaje?

—»Pues, hijo mio, no tengo ningun inquilino que lleve ese nombre.

»Angel parecia sorprendido.

—»¡Oh, Dios mio!—exclamó.—¿Qué va á ser de mí, solo en Paris, cuando todas mis esperanzas se cifraban en monsieur Richard?

—»Pero ¿sabeis bien si las señas de la casa son las que corresponden á las de ésta?

—»¡Ya lo creo! Calle de Minerva, número 7, cuarto tercero del frente.

—»No hay duda, aquí es; pero en ese cuarto vive monsieur Fabricius Garnier: es un ex-boticario, que estuvo establecido en un pueblecillo pequeño del departamento del Marne, y al que por no sé qué equivocacion lamentable, le quitaron los títulos.

»La verbosidad de la portera fué un rayo de luz para el jóven.

—»¡Ah, bruto de mí!—exclamó, dándose un cachete con tan buena voluntad, que la portera se echó á reir.—Efectivamente teneis razon, señora. Sí, soy un imbécil. Vamos, bien dicen que cuando uno de pueblo entra en Paris, se vuelve más tonto que lo que es.

—»Por lo que decis supongo que habeis equivocado el nombre,—repuso la portera.

—»Cierto: traigo dos cartas, una para monsieur Richard y otra para monsieur Fabricius Garnier, y ahí lo teneis todo explicado. Conque voy á subir, con vuestro permiso.

VIII

»Angel se separó de la portera.

»Al llegar al segundo tramo de la escalera se detuvo.

»El paso que iba á dar era arriesgado.

»Él ignoraba si monsieur Fabricius y monsieur Richard eran una misma persona.

»Sin embargo, tenia algunas probabilidades para creer que sí.

»La casa en donde se hallaba era la misma indicada en la carta; y ademas, la noticia de que Garnier habia sido boticario en un departamento de Paris, le infundia esperanzas.

»Angel llevaba, como suele decirse, aprendida la leccion de memoria y mil francos en el bolsillo. Por saber la verdad, no le importaba sacrificar aquella suma.

»Continuó subiendo la escalera con resolucion, llegó á la puerta, y llamó.

»Transcurrieron dos minutos en un silencio abrumador para Angel.

»Luégo escuchóse una tosecilla seca, asmática, que, al parecer, iba acercándose hácia la puerta.

»Por fin, una voz destemplada y poco robusta preguntó desde adentro:

—»¿Quién es?

—»Servidor vuestro, monsieur Fabricius.

—»Pero ¿quién sois?—volvió á repetir la voz.

—»Un aldeano, que os trae una carta del pueblo de B...

»Entónces se oyó el ruido áspero de una llave al dar vuelta á una cerradura.

CAPITULO VII.

Monsieur Fabricius Garnier.

I

Un hombrecillo escuálido, chiquitin, con rostro de miseria, ojos de siniestra mirada, y envuelto en una bata de lana, mugrienta como blusa de cocinero, fué el que abrió la puerta.

—»¿Qué se ofrece, mocito?—preguntó.

—»¿Sois vos monsieur Fabricius Garnier?—le preguntó Angel, quitándose el sombrero y enviándole una sonrisa llena de buena fe.

—»Sí, yo soy.

—»Vaya, pues me alegro; porque desde que he entrado en Paris tengo la cabeza hecha un tambor.

—»Pero bien: ¿qué se te ofrece?—repuso el vejete, sin dejar libre el paso al jóven, ni ofrecerle la casa.

—»Vengo de parte de mi ama.

—»¡De tu ama! ¿Y quién es tu ama?

—»La señorita Julia, la jóven viuda de B...

»Angel notó un ligero estremecimiento en la mirada del viejo Fabricius.

—»¿Y qué quiere tu señorita?—le preguntó, sin dejar de mirarle con fijeza.

—»¡Toma! Lo que quiere no lo sé; pero me ha dado una carta para vos.

—»Entónces, debias haber empezado por darme la carta.

—»Poco á poco, monsieur Fabricius, poco á poco; que aunque soy de pueblo, sé de sobra lo que sucede en Paris.

—»¿Pero qué diablos quieres?—exclamó con malhumorado acento el viejo.

—»Quiero, ántes de daros la carta, haceros una pregunta.

—»Hazla pues, y acaba.

—»Mi ama me ha dado un santo y seña, y como vos no lo acerteis, no os daré el dinero.

»Los ojos de Fabricius brillaron con la codicia del avaro.

—¡Vamos, vamos, entra, picarillo! ¡Bien se conoce que vienes amaestrado del pueblo!—dijo el viejo, dejando el paso franco á Angel.

II

»Monsieur Fabricius delante y el jóven detras, entraron en un reducido gabinete, amueblado con miseria, pues sólo le decoraban dos sillas, una mesa, una cama y un cofre viejo.

»Sobre la cama veíase un gaban de paño verde y un sombrero en estado deplorable.

»Indudablemente, aquellas prendas constituian el traje de monsieur Fabricius.

III

»El viejo ofreció una silla al jóven, y éste, aparentando esa ruda franqueza de las aldeas, se sentó.

—»¿Conque traes el dinero?—le preguntó el anciano, dejando ver á traves de su sonrisa unos dientes amarillentos y desiguales.

—»Sí señor; pero ántes de hacer la entrega tendreis que decirme el nombre del que ha firmado la carta.

—»¿Qué carta?

—»Eso vos lo sabreis, y mi señorita. Yo os pregunto lo que me han encargado.

—¡Ah, vamos! Ya sé de qué carta me hablas. Veamos si el nombre que deseas saber es el de Richard.

—Efectivamente, ese es: ahora sólo falta deciros las palabras que me ha dicho mi ama.

—»Habla.

—»Me ha dicho: «Cuando monsieur Garnier te nombre á monsieur Richard, le dirás: «El ama tiene en casa un pícaro gato, que todas las noches se come algo de la despensa, y quiere que le deis una cajita de polvos amarillos, como los que la dísteis el año pasado.»

»Monsieur Fabricius se puso lívido.

—»¡Cómo! ¿Quiere más polvos?

—»Está claro; cuando me envia por ellos...

—»¿Pero traes los dos mil francos?

—»Traigo mil, y dentro de unos dias, cuando cobre de los arrendadores, mandará los demas.

IV

»El viejo pareció fluctuar un poco; pero, por último, hizo un movimiento de hombros y un gesto extraño con los músculos del rostro, y dijo en voz baja, como hablando consigo mismo:

—»Allá se las componga.

»Luégo abrió el cofre, y sacó un frasco de cristal, que colocó encima de la mesa.

»Angel reconoció en aquellos polvos los que habia encontrado en la consola de su madrastra.

»Monsieur Fabricius, con mucho cuidado, trasladó una pequeña cantidad de los polvos que contenia el frasco á una cajita de hoja de lata, y la tapó con un papel, sellándola luégo con lacre, con el objeto de que no se pudiera abrir sin romper el sobre.

—»Aquí están los polvos,—dijo;—pero ten cuidado de que no se pierdan; no se te ocurra abrir la caja por el camino, pues podrian derramarse.

»Angel indicó con un movimiento de cabeza que cumpliria el encargo.

Despues se guardó la caja en el bolsillo, y sacó algunas monedas de oro, que fué dejando sobre la mesa.

»A la vista del oro, el brillo de los ojos del viejo subió de punto.

IV

»Tres horas despues Angel entraba en el jardin de su quinta.

»El caballo y el jinete venian cubiertos de sudor y polvo.

»Serian las dos de la tarde.

»Angel respiró.

»Su madrastra no habia regresado todavía.

»Para estar completamente convencido sólo le faltaba una prueba.

»Para esto se veia en la precision de sacrificar otro sér inocente.

»Los polvos eran exactamente iguales á los que habia encontrado en la caja de zinc.

»Como habia hecho otra vez, mezcló en un pedazo de pan los polvos de monsieur Fabricius, y otro perro pagó con la vida su apetito.

»Angel no tenia duda: Julia habia envenenado á su esposo.

»Era preciso vengarse.

»Desde aquel momento comenzó á buscar en su mente una venganza terrible.

»Angel no se ocupaba de los resultados.

»Cuando Julia regresó á la quinta, Angel comenzó el sentimental papel de amante melancólico.

»Suspiros, paseos solitarios, inapetencia, noches pasadas á la sombra de un árbol, todo esto llamó la atencion de Julia, y nuestros lectores saben que una noche Angel la confesó su amor, logrando engañar á la jóven.

VI

»Julia, por otra parte, no habia amado nunca; pero al llevar á cabo su infame designio, sólo la impulsaba una idea: trasladarse á Paris y disfrutar de su juventud y de la fortuna de su esposo.

»Los suspiros, la melancolía de Angel, la hicieron concebir un pensamiento de amor.

»Angel era hermoso, ingenuo, condescendiente.

»Julia estaba muy léjos de imaginar el odio que para ella guardaba el corazon de su hijo político.

»Las redes estaban perfectamente preparadas, y Julia puso el pié sobre sobre las mallas sin apercibirse.

»Buscando un amor jóven, ardiente, que llenara las aspiraciones de su corazon, vió á Angel triste, meditabundo, exhalando suspiros, que le revelaban el fuego de una pasion desgraciada.

»¿Será posible que todo aquello sea una farsa?

»Julia amó á Angel, y el primer beso que partió de los labios de aquella esposa culpable tejió las cadenas que debian envolverla, introduciendo en su pecho el terrible soplo de la muerte.

VII

»Enterado el lector de cómo Angel habia descubierto el envenenamiento de su padre, volvamos á encontrar en el jardin á Julia y Angel.

VIII

»Es una noche del mes de Mayo.

»La luna quiebra sus rayos de plata sobre las apiñadas hojas de los árboles.

»El céfiro nocturno gime, oreando las flores.

»La quietud, sólo interrumpida por los misteriosos ruidos de la naturaleza, llena de poesía el hermoso jardin de Julia.

»En el mismo banco, bajo las protectoras y melancólicas ramas del sauce, mudo testigo del amor de su ama, se encuentran los jóvenes.

»Angel rodea con su brazo derecho la flexible cintura de Julia.

»Julia reclina amorosamente la abrasada cabeza sobre el hombro de su amante.

»¿Quién, al ver aquel tiernísimo grupo, no hubiera creido que aquellos dos corazones se hallaban unidos por el perfumado lazo de flores del amor?

»¿Quién, al ver aquella doble mirada que se confundia la una con la otra, no hubiera creido ver dos almas que se transmiten las dulces impresiones de sus pechos?

»Pero ¡ay! aquellos dos corazones, el uno latia inflamado por el tibio y dulcísimo soplo del amor, el otro por el fuego de la venganza.

»Angel tenia su plan, como verémos más adelante, y sólo esperaba el venturoso momento para él de depositar en los labios de su amada *el beso de muerte.*»

. . . .

Al llegar Ibrahim á este pasaje del libro que tiene entre sus manos, alza la cabeza como para respirar y ve á Tanguay, que con los brazos cruzados, le contempla inmóvil como una roca, silencioso como la muerte.

Ibrahim le dice:

—¡Ah! ¿Eres tú?

. . . .

CAPITULO VIII.

Las páginas rotas.

—Verdaderamente, querido Rafael, que interes y no poco debe inspirarte ese libro cuando con tan incansable afan lo devoras.

—Sólo responderé á tu pregunta diciéndote: Siéntate y escucha.

—¡Diantre! Son cerca de las doce, hoy he madrugado mucho y tengo un sueño tan abrumador, que estoy seguro de quedarme dormido como un bienaventurado en cuanto me leas tres páginas.

—Entónces, acuéstate y déjame leer.

—Sí, es mejor; cuando tú concluyas lo leeré yo; déjame el libro en la mesa de noche, y mañana cuando despierte puede que tenga más deseo de leerlo.

—Como gustes.

Rafael continúa leyendo.

Tanguay se acuesta, no sin dirigir alguna que otra palabra á Rafael, que no le oye.

Veamos nosotros cómo sigue la novela que, con el título de *El beso de muerte*, tanto absorbe la atencion del hijo de Quesada el mulato.

Dice así:

IX

—«Escucha, Julia,—le dijo Angel, dirigiéndole una de esas miradas que las mujeres sienten penetrar hasta lo más recóndito de su alma.—No sé qué filtro me has dado á beber en tus miradas; no sé qué irresistible iman brota envuelto en tus suspiros, pero lo cierto es que mi corazon, que hace poco dormia arrullado por el dulce soplo de la inocencia, late hoy en mi pecho de un modo desconocido para mí. Desde aquella noche encantadora en que tus labios se juntaron por vez primera con los mios, el mundo sólo presenta á mi ardiente imaginacion una mujer; esa mujer eres tú, Julia; tú, á quien amo con toda la fuerza de este primer amor que abrasa mi alma. Si me olvidaras por otro, si la pasion que leo en tus ojos, si las promesas que me han dirigido tus labios no fueran ciertas, si me olvidaras... ¡oh! entónces sería capaz de todo. No lo dudes, Julia: el crímen, el asesinato, todo lo comprendo, ménos perderte.

»Julia dirigió á Angel una sonrisa apasionada y llena de amor.

»Á una mujer que ama, á una de esas criaturas que sienten brotar las ideas al dulcísimo calor de una pasion, nada le

complace tanto como esas terribles promesas, esas salvajes amenazas que le dirige el hombre que llena las aspiraciones de su alma.

»El amor tibio, indiferente, el que no se irrita, el que no pide celos ni augura terribles venganzas para el mañana, se conquista pocas simpatías en el corazon de la mujer.

X

—»¡Olvidarte!—murmuró Julia con un acento lleno de armonía, con una entonacion impregnada de amorosa vaguedad.—Eso no sucederá nunca; el primer amor deja profundas huellas en el corazon..

—»¡Ah! ¿Yo soy el primer amor tuyo?

—»¿Quién lo duda? Tu padre fué, más que un esposo, un tierno consejero y amigo.

»Angel no pudo ménos de estremecerse escuchando aquellas palabras, que le revelaban de lo que era capaz la mujer que acababa de pronunciarlas.

»Pero resuelto á llevar á término la terrible venganza que tan maestro le hacia en el fingimiento, continuó la farsa de este modo:

—»Julia, ¿quieres ser mi esposa?

—»¡Yo tu esposa! Angel, ¿ignoras tal vez que eso es imposible?

—»¿Quién puede oponerse á nuestra voluntad?

—»Tú lo sabes como yo, Angel; he sido la esposa de tu padre... y no puedo serlo tuya.

—»¿Tienes fe en mi amor?

—»¡Oh! Sí; al ménos, necesito tenerla.

—»Entónces, partirémos de esta quinta; léjos, muy léjos, donde nadie nos conozca. Somos ricos; podemos elegir el país que más nos agrade. España, Italia, Suiza, donde quieras, y allí la vida será un paraíso para los dos.

XI

»Las palabras de Angel iban envueltas en ráfagas de fuego que abrasaban el corazon de Julia.

»Su alma, vivamente impresionada, no tuvo fuerzas para hablar.

»Angel la estrechó dulcemente contra su corazon, y entónces la jóven viuda respondió con voz vacilante:

—»Iré donde quieras, pues tu amor es para mí una segunda vida.

»Angel habia triunfado.

»Su terrible venganza iba muy pronto á realizarse, pues la víctima, impotente para la lucha, presentaba dócilmente el cuello bajo el filo del arma vengadora, esperando la hora del sacrificio.....»

. . . .

. . . .

Rafael va á volver una hoja del libro que con tanta avidez lee, y no puede reprimir un grito de sorpresa.

—¿Pero qué significa esto?—exclama, como hablando consigo mismo.

Y precipitadamente se levanta de la silla que ocupa, coge una luz, y se pone á buscar por el suelo.

A la novela *El beso de muerte* le falta el final.

¿Quién ha arrancado las hojas más interesantes de este libro?

Rafael siente un momento de verdadera desesperacion, y un rugido se escapa de su pecho.

Tanguay, que duerme pacíficamente, abre los ojos, y al ver al fingido Ibrahim, que da vueltas por la sala con una luz en la mano, se incorpora en la cama, y le dice:

—¿Qué haces?

—¡Oh! Lo que me sucede es bien extraño.

—Pero bien: ¿qué te sucede?

—Que cuando con más interes me hallo leyendo este libro, me encuentro con que no tiene final; han arrancado algunas hojas.

—Efectivamente, es muy extraño.

—Mira: aquí ya comienza otra novela.

—De modo—dice Tanguay, examinando el libro,—que tu curiosidad queda en pié.

—Pero no será por mucho tiempo.

—¿Tienes esperanza de satisfacerla?

—Mañana iré á Madrid y buscaré esta novela.

—Dudo que la encuentres.

—¿Por qué razon?

—Este libro se compone de varias novelas de folletines, y es difícil encontrarlas.

—Lo intentaré. ¡Oh! ¡Sería una desgracia!

—¡Bah! ¿Y qué falta te hace ese libro?

—Él iba á indicarme una venganza.

—Para vengarse un hombre como tú, no necesita ser pla-

giario; te aconsejo que te acuestes y descanses; debe ser muy tarde.

Rafael comprende que Tanguay tiene razon, y se desnuda y se acuesta.

Pronto la acompasada respiracion del javanes le da á entender que duerme.

En cambio Rafael permanece despierto.

En vano hace mil esfuerzos por imitar á su fingido padre.

El sueño no quiere descender sobre sus párpados.

Transcurre una hora, y luégo otra.

Rafael, siempre desvelado, no puede apartar de su imaginacion la impresion producida por la incompleta lectura de *El beso de muerte.*

Cuando la luz del alba penetra por los intersticios de la ventana, Rafael se halla tan despierto como ántes de acostarse.

Entónces recuerda que Agustin no tardará mucho en llegar, y se viste.

La elegante péndola de la habitacion da pausadamente cinco campanadas.

Se oyen pasos en el corredor, y poco despues llaman suavemente á la puerta.

Rafael va á abrir.

Es Agustin, el cazador de oficio, que, fiel á su palabra, viene á buscarle.

El jóven coge todos los chismes de caza, sin olvidar ninguno, y dice á Agustin:

—Ya estoy dispuesto.

—Pues vamos, señorito, que ya oigo ladrar á los perros,

impacientes por salir, y si tardamos van á despertar á todos los habitantes de la quinta.

Poco despues, armados de escopetas y seguidos de tres perros, se encaminan al monte.

Digamos nosotros por qué á la novela *El beso de muerte* le faltan las hojas del final.

CAPITULO IX.

Traduccion libre.

Daniel el negro se ha convertido en espía de Rafael.

Como pasa toda la tarde leyendo, el negro va á decir á su ama que Rafael está muy preocupado con la lectura de un libro.

Tula tiene curiosidad por saber qué libro es este.

Aprovecha la ocasion de que Rafael no está en su cuarto, y pronto se presenta en él, con el deseo de saber qué libro es el que, segun dice, tanto le preocupa.

Afortunadamente para ella, encuentra el libro sobre una mesa; lo coge, se encierra en su habitacion, y comienza á leerlo con marcadas muestras de inquietud.

Cuando llega á la situacion en que Angel propone un viaje á Julia, se estremece, pero continúa la lectura.

¿Qué casualidad fatal ha colocado aquel libro en la habitacion de Rafael?

Desde esta escena Tula siente un estremecimiento nervioso que agita su cuerpo.

Llega por fin á la situacion final de la novela.

Angel se venga de Julia de un modo terrible.

Ni la hermosura de la esposa culpable, ni la vehemente pasion que se ha apoderado de ella, ni las súplicas, nada detienen al jóven, á quien enloquece el vértigo de la venganza.

—¡Oh! ¡Qué horrible casualidad!—exclama, hablando consigo misma.—¿Habrá leido Rafael esta novela?

Despues de esta exclamacion, lo primero que se le ocurre es quemar aquel libro fatal.

—¿Pero lo habrá leido?

Cuando más le atormenta esta idea, repara en que una hoja del libro está doblada.

Aquella hoja corresponde al capítulo en que los amantes combinan el viaje.

Esto indica que hasta allí ha leido Rafael.

Una idea asalta la mente de Tula.

—La lectura de este libro no puede ménos de interesar á Rafael,—se dice.—Cuando regrese buscará el libro, y es preciso que le encuentre, pero es preciso tambien que no lea el final.

Tula, diciendo esto, rasga todas las páginas que describen la catástrofe de la novela.

Despues sale de su habitacion, llega á la de Rafael y deja el libro en el mismo sitio.

Más tarde, cuando Rafael quiere continuar la lectura, busca en vano, como saben nuestros lectores, el desenlace de una novela que tan justamente absorbe su atencion.

Tula, más tranquila, espera los acontecimientos.

En último resultado, puede aceptar los ofrecimientos de Daniel el negro, dispuesto á todo.

Sin embargo, la lectura de la novela *El beso de muerte* la sobresalta.

El fatal libro ha derribado sus planes.

Tula teme á Rafael.

Confiada en el poder de su belleza, piensa hacer de un enemigo terrible un amante apasionado y sumiso.

Pero si Rafael ha leido por completo la novela, es indudable que su lectura ha abierto la herida, casi cerrada; que ha enconado la llaga que comenzaba á cicatrizarse.

Tula, sin embargo, no pierde las esperanzas.

Rafael tiene diez y nueve años, y en otro tiempo la amó con delirio.

La esperanza de vencer un corazon no la pierde nunca una mujer hermosa.

Pero continuemos la novela.

Como dos horas despues de la salida de Rafael con el cazador Agustin para los montes cercanos, un criado cubierto de polvo, que monta un caballo árabe, y que al parecer viene de Madrid, llega á la quinta de Tula.

—Dígame usted, buen hombre,—le pregunta al jardinero,—¿no es esta la posesion de don Pablo Robles?

—Sí. ¿Qué se ofrece?

—¿No se hospeda en ella un médico árabe, llamado Side Mahomet Ben-ad-jé?

—Yo no sé si se llama como usted dice; pero en casa tenemos dos forasteros, uno de los cuales creo que es médico.

—¿Tendria usted la bondad de enterarse de mi pregunta?

—Con mucho gusto.

—Entónces, hágame usted ese favor.

—Y en el caso de que viva aquí, ¿qué le digo?

—Que un criado del señor don Héctor trae una carta para él.

El emisario de Héctor echa pié á tierra, y atando las bridas del caballo al tronco de un árbol, espera la respuesta.

Algunos momentos despues torna á reunirse con él el hortelano.

—Sígame usted,—le dice.—Ese caballero que busca vive aquí.

Y ambos se encaminan á la habitacion de Tanguay.

El criado de Héctor trae una carta para el javanes.

Dice el sobrescrito: «Urgente.—Al señor doctor Side Mahomet Ben-ad-jé, en la quinta de don Pablo Robles.—Villaviciosa.»

Tanguay lee lo siguiente:

«Amigo Mahomet: Escribo estas líneas poseido de la mayor incertidumbre. Anoche observé dos lágrimas que oscilaban en las largas pestañas de nuestra pobre enferma.

»La niña Enriqueta se hallaba sentada sobre sus rodillas, y María contemplaba su hermosa cabeza con verdadero éxtasis.

»Creo, querido doctor, que hubiera sido un momento oportuno para ejecutar los planes de usted.

»En medio de la incoherencia de sus palabras, oí alguna que otra expresion que me llenó de esperanza.

»Sus padres, creyendo llegado el momento anhelado de

que su hija recobrara la razon, demostraban una alegría inmensa.

»Entre las frases que pronunció la pobre loca, citaré á usted las siguientes:

»La pequeña Enriqueta, abrazada á su cuello, le decia:

—»Tú eres mi madre, yo te quiero mucho.

»Entónces la loca respondió:

—»Tu madre, pobre niña, está en el cielo; yo busco á la mia por la tierra.

»¡Oh! Venga usted, doctor; venga usted, pues creo muy necesaria su presencia en esta casa, donde tanto se le quiere.

»Suyo, como siempre,—*Héctor.*

»Quinta del camino de Vallecas.

»*Posdata.* Mis recuerdos á Ibrahim.»

—Tenga usted la bondad de esperar un instante,—dice el javanes al terminar la lectura de la carta.

Y sale de la habitacion.

Luégo se encamina al gabinete de Tula.

La criolla le recibe con una sonrisa cariñosa.

—Señora,—le dice,—vengo á pedirle á usted permiso para ausentarme por veinticuatro horas.

—¡Cómo! ¡Nos abandona usted!

—He recibido una carta urgente de Madrid.

—Pero ¿y mi esposo?

—Volveré mañana. Mi presencia en esta casa no es indispensable, al ménos por hoy.

—¿Palabra de honor?

—No faltaré.

—Le espero á usted á comer.

Tanguay se inclina.

—Pero, ahora que me acuerdo, ¿y su hijo de usted Ibrahim?—pregunta Tula, sin dejar de sonreir.

—Voy á escribirle una carta, que usted me hará el favor de entregarle cuando venga del monte.

Tula indica una pequeña mesa de palo de rosa, donde se halla recado de escribir.

Tanguay escribe algunas líneas, que entrega á Tula.

Luégo estrecha la mano de la criolla, y se despide, volviendo á repetir su ofrecimiento de hallarse en la quinta al dia siguiente.

Poco despues dos jinetes se encaminan desde Villaviciosa hácia la carretera de Madrid.

Són Tanguay y el emisario de Héctor.

Miéntras tanto, Tula no puede resistir la curiosidad; desdobla la carta que la ha entrado Tanguay, y fija en ella los ojos; pero la carta está escrita en árabe, y la criolla no puede comprender una palabra.

—¡Ah!—exclama.—Esto no deja de ser una grosería que hace poco favor al ilustre Side Mahomet Ben-ad-jé; pero ¡quién sabe! tal vez no sepa escribir en español.

De pronto Tula exhala un grito de gozo; se levanta, tira del llamador de una campanilla y dice á una doncella:

—Que venga Daniel.

Poco despues entra el negro.

—Si mal no recuerdo, tú sabes hablar árabe.

—Es el idioma que aprendí en mi infancia,—responde el negro.—Cuando, prisionero de guerra, fuí cambiado con otros hermanos mios por una pipa de rom; cuando mi estado de es-

clavo me obligó á servir á un español blanco, tuve que aprender el castellano.

—¿De manera—vuelve á decir Tula con marcada alegría—que tú puedes descifrar una carta escrita en árabe? —

—Sí,—contesta Daniel con seguridad.

—Lee, pues,—dice Tula, presentándole la carta de Tanguay.

El negro coge el papel que le presenta su ama, y despues de repasarle en silencio dos veces, se sonrie de un modo siniestro, y dice:

—Comprendo esto perfectamente.

—Pues bien, lee entónces; pero lee la verdad, lo que está escrito.

Daniel se inclina ligeramente, indicando que así lo hará, y luégo lee con pausado acento lo que sigue, traduciéndolo al castellano:

«A mi hijo Ibrahim Ben-ad-jé. Salud. Querido hijo: Nuestro comun amigo Héctor reclama mi presencia en su casa de campo del camino de Vallecas. La jóven loca, segun acabo de saber, se encuentra en uno de esos momentos de lucidez en que puede decidirse su enfermedad; me separo de tí por algunas horas, pero mañana me tendrás á tu lado.

»Calculo, hijo mio, que durante mi ausencia no te has de aburrir mucho en la quinta del desgraciado Pablo Robles. El hombre que como tú ama, el que siente latir su corazon ante la mirada de una mujer hermosa que le fascina, su mayor placer, su mayor felicidad, es respirar el mismo ambiente que ella respira.

»Adios, hijo mio, y el destino permita que seas tan feliz

como merece serlo el que ama como tú amas. Hasta mañana.

»Tu padre,—*Mahomet.*»

Al terminar la carta, Tula exhala un grito de gozo, y Daniel un rugido de ira.

La hermosa criolla siente que de su alma se desvanecen todas las dudas.

—¡Ah! Rafael me ama,—se dice para sí.—Ahora tengo la completa seguridad de que no se vengará.

—El hijo del mulato sigue enamorado de mi ama,—murmura para sí el negro.—Yo le mataré.

Tanguay ha escrito una carta que hace honor á su genio maquiavélico.

Tula, al oir la lectura, ha caido en el lazo, como verá más adelante el curioso lector.

CAPITULO X.

La muerte de la zorra.

Aquella misma tarde la criolla manda que enganchen un ligero y cómodo carruaje de campo, especie de americana, cuyo tronco de pequeñas jacas es la admiracion de los vecinos de Villaviciosa.

A eso de las cinco, el ligero carruaje sale del jardin de Pablo Robles, y siguiendo el desigual camino que conduce al bosque de Boadilla, se detiene en el primer arroyo.

—¿No es este el camino por donde deben venir los cazadores?—pregunta Tula al cochero.

—Sí, señora; al ménos, es el más recto para el pueblo.

—Entónces, esperemos aquí.

Transcurre una hora.

El sol camina rápidamente á su ocaso.

Tula dirige sin cesar los ojos hácia la vereda del monte.

Por fin distínguense á lo léjos dos hombres.

Pronto la criolla se persuade de que son los que espera.

Aún se hallan á bastante distancia, y agita su pañuelo en señal de reconocimiento.

Los cazadores la saludan, y agitan á su vez los sombreros.

Transcurren algunos minutos y llegan al arroyo.

Rafael salta el estrecho cauce con la agilidad del hombre de la naturaleza.

Agustin y los perros le imitan.

—¿Traen ustedes mucha caza?—pregunta la criolla, presentando su blanca y diminuta mano á Rafael.

—Hemos despreciado los conejos, y sólo las perdices han sido el blanco de nuestros tiros; creo que en los morrales vienen siete pares y medio.

—Supongo que estará usted cansado,—repite Tula.

—Nunca he sentido la fatiga cuando llevo la escopeta al hombro.

—Sin embargo, espero que aceptará usted un sitio en mi carruaje.

—Con mucho gusto.

—Entónces, tú, Agustin, puedes marcharte con los perros.

—Vaya, pues con Dios, señorita. ¡Toma, Piston! ¡Toma, Volante!

Y el cazador continúa su camino, seguido de los perros.

Tula y Rafael suben al carruaje.

—A casa,—dice la criolla.

Y el carruaje parte al trote de los pequeños caballos que le arrastran.

—¿Qué le parece á usted Agustin?—pregunta Tula.

—Es un buen cazador; tiene mucha experiencia, buen ojo

y frialdad para tirar: todas las condiciones que constituyen un buen cazador. Pero de lo que me he enamorado, es del perro puonter. ¡Qué precision! ¡Qué vientos! ¡Qué seguridad en las muestras! ¡Oh! Vale cualquier cosa.

—Suponiendo que mi pobre Pablo no ha de cazar más, yo le suplico á usted que lo admita como un recuerdo de su permanencia en mi quinta.

Y Tula, al decir estas palabras, fija una mirada llena de ternura en Rafael.

—Acepto el ofrecimiento, y creo que no tardará mucho en ser amigo mio el inteligente puonter. Pero ¿cómo es que no viene con usted Mahomet?

—No está en Villaviciosa.

—¡Cómo!

—Recibió una carta urgente de Madrid, y le ha sido preciso abandonarnos por algunas horas. Mañana estará á nuestro lado.

—¿Tan urgente era, que no le ha permitido esperar mi regreso?

—Sin embargo, Mahomet dejó una carta para su hijo Ibrahim: está es.

Y Tula entrega la carta que poco ántes habia traducido el negro al español.

Rafael lee para sí.

—¡Oh!—dice.—¡Dios quiera que pueda salvar á la pobre María!

—¿Es alguna enferma?

—Una pobre loca.

—¡Ah! ¡Como mi esposo!

—Creo que no se halla de tanto peligro.

—¡Feliz ella!

—No lo es mucho, señora: tiene apénas veinte años; es unos de esos ángeles que cruzan la tierra, cuyo corazon virginal, cuya alma pura, fueron heridos de muerte por la infame calumnia. Mi padre Mahomet tiene esperanza de curarla, y yo lo deseo vivamente.

Cuando Rafael termina las anteriores palabras, Tula guarda silencio, y dirige distraidamente los ojos por la dilatada campiña.

El sol derrama sobre el desigual y quebrado terreno sus postreros rayos, embeciendo todo.

—¡Qué puesta de sol tan hermosa!—dice con admiracion la criolla.

—Sin embargo, aquí se echan de ménos los bosques de América, la poderosa vegetacion de la India.

—Sí; esto es árido,—murmura la criolla.

—Aquí no hay perfumes ni armonías.

De nuevo guardan silencio, y el coche llega á la puerta de la quinta.

Rafael entónces ofrece la mano y luégo el brazo á Tula, para acompañarla hasta el comedor.

En la mesa sólo se ven dos cubiertos.

Van á comer solos Rafael y Tula.

El hijo del mulato se estremece.

Una idea acaba de cruzar por su mente.

Del fondo de una copa cree var asomar la descarnada faz de la muerte.

El espíritu tentador de la venganza agita su corazon, y sin

saber cómo, una de sus manos oprime el pequeño frasco que encierra la muerte, y que siempre lleva consigo.

Tula se vuelve, y enviando una sonrisa á su terrible enemigo, le dice:

—¿Quiere usted que nos sirvan la sopa, Rafael?

—En verdad que tengo un apetito excelente.

—Entónces, á la mesa.

Los dos se sientan.

Al principio la conversacion tiene poco ó ningun interes. Cambian alguna que otra frase sin importancia, y nada más.

Tula se afana en vano por descubrir los pensamientos de Rafael.

Terminada la comida, Tula manda que les sirvan el café en la misma mesa.

Rafael, siempre que ve ese precioso producto transportado de las colonias, se estremece, como si una voz secreta le dijera: «Una taza de café causó la muerte á tu padre.»

Nuevamente introduce Rafael la mano en el bolsillo donde se halla el fatal frasco.

Sus dedos le acarician.

Tiene la muerte en la mano, pero necesita un momento oportuno, una casualidad favorable, para dirigirla sin que se aperciba á la persona que odia.

Un incidente le favorece.

La mesa está colocada junto á la ventana y ésta se halla abierta.

La brisa perfumada de la primavera penetra en el comedor.

Las tazas humean; Rafael, sentado junto á Tula, se dis-



..... derrama en la taza de Tula unas cuantas gotas.

pone á beber el primer sorbo, cuando suena un tiro en el jardin, cerca al parecer de la ventana.

La criolla exhala un grito.

Al mismo tiempo Daniel el negro entra en la habitacion.

—¿Qué es eso?—pregunta con sobresalto Tula.

—Nada, señora: es Agustin, que sabiendo que hace algunas noches entra una zorra en el gallinero á sorberse los huevos, se ha propuesto esperarla y matarla.

—¿Y la ha matado?—pregunta Rafael.

—Creo que sí.

—¡Aquí está! ¡aquí está!—grita desde el jardin el cazador.

La criolla se levanta y se acerca á la ventana.

Daniel la sigue.

—¡Agustin! ¡Agustin!—grita Tula.—Enséñame la zorra.

En este momento Rafael, con una rapidez prodigiosa, derrama en la taza de Tula unas cuantas gotas del líquido que contiene la redomita que lleva en el bolsillo.

Nadie se ha apercibido.

Terminada esta operacion, y cerciorado de que nadie le ha visto, se sonrie de un modo horrible.

Luégo se reune con Tula en la ventana.

Satisfecha la curiosidad y vista la zorra, tornan á sentarse á la mesa.

—Este acontecimiento ha enfriado el café,—dice Tula;—será preciso beberle de prisa.

Y apura en dos tragos la taza.

Rafael no puede contener el gozo que siente en su corazon, y suelta una ruidosa carcajada.

—¿A qué viene eso, amigo mio?—pregunta con algun sobresalto la criolla.

—Dispense usted, señora,—responde Rafael;—no he podido contenerme al recordar el susto que nos ha dado ese bueno de Agustin con su zorra; pero el pobre criminal ha pagado bien caro su atrevimiento.

—Y es muy justo, pues hubiera concluido con nuestro gallinero,—dice Tula.

—Sí, efectivamente; justo; muy justo. Yo siempre opino como aquellos versículos del Antiguo Testamento: «Ojo por ojo y diente por diente.»

Tula, que, á pesar de la carta de Tanguay, no ha perdido del todo el temor que le inspira Rafael, fija una mirada escrutadora en el jóven, porque la frase que acaba de pronunciar tiene, segun ella, doble sentido.

¡Ojo por ojo y diente por diente!... ¿Qué habrá querido decirla en aquella cita bíblica?

Cuando la conciencia acusa, el espíritu se sobresalta por la cosa más pequeña.

A pesar de la indiferencia de Rafael, Tula comprende que sólo el amor puede hacerle su esclavo.

Terminado el café, le invita á jugar una partida de ajedrez.

—Con mucho gusto,—responde Rafael;—aunque sentiria que por mí abandonara usted esta noche al pobre loco.

Aquello parece una reconvencion, más que una fórmula de agradecimiento.

Tula, al ménos, así lo comprende. Sin embargo, la frialdad de Rafael la subyuga.

La incertidumbre es una calentura del espíritu que nos roba la tranquilidad.

La hermosa criolla quiere descubrir los pensamientos de Rafael, y cada vez se halla más rodeada de tinieblas.

Durante la velada, es decir, hasta las diez de la noche, dura la partida.

Cuando Rafael se levanta para dirigirse á su dormitorio, Tula nada ha adelantado en su observacion.

Dos horas despues, cuando entra en su dormitorio, cree notar un desvanecimiento extraño en la cabeza, y cree ver estas palabras, escritas con tinta roja en el techo de su habitacion:

¡Ojo por ojo, diente por diente!...

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

LOS TRES AMORES.

CAPITULO PRIMERO.

Un átomo de esperanza.

Desde el dia que la abnegacion generosa de Eugenio el cajista habia puesto en libertad á Héctor, quedándose él en lugar de su bienhechor y del banquero don Bernardo Etartegui, el protector de María se habia instalado en la casa de campo del camino de Vallecas, prodigando los más tiernos cuidados á la pobre loca.

Sin embargo, Héctor no olvida á Eugenio; le visita dos veces á la semana, le paga un cuarto y le envia la comida y todo cuanto puede necesitar un hombre que se halla en una cárcel.

Ademas, le ha buscado un jurisconsulto de nota para que le defienda.

El crímen de Eugenio es grande, pero le rodean una porcion de circunstancias atenuantes.

Sólo un alma generosa, sólo un corazon recto, sólo un

hombre que siente dentro de su sér un fondo de honradez, es capaz de llevar á cabo la accion de Eugenio.

Nadie sospechaba en su persona; la ley habia fijado sus miradas en otros individuos; podia conceptuarse libre, y sin embargo, cogió el arma homicida, teñida todavía con la sangre de su víctima, y dijo: «Yo soy el matador; los que se hallan en la cárcel son inocentes; encerradme á mí, y dejad en libertad á ellos.»

Los jueces no pueden olvidar tan generoso rasgo.

Ademas, Eugenio es dócil, ilustrado, fino, condescendiente, y en la cárcel se conquista las simpatías de todos sus compañeros de infortunio.

Cuando se le interroga, cuenta con sinceridad todo lo ocurrido, sin afectacion, pero con verdadero sentimiento, y dejando asomar á sus labios una sonrisa llena de tristeza, que estremece á todos cuantos la ven.

—Yo he muerto á Daniel en un momento de fiebre, de acaloramiento,—dice.—Él habia muerto mi felicidad. Él, con la calumnia, habia causado la desgracia de una familia honrada. La felicidad, en el hombre, es una segunda vida. La honra en la mujer es más que la vida, es el todo. Sé que no tenia ningun derecho para hacer lo que hice, y por eso me entrego en brazos de los jueces. Me arrepiento, y deploro mi crímen, pero deseo ser juzgado sin consideracion de ningun género, para que el castigo, sea cual fuere el que se me señale, sirva de escarmiento á mis semejantes. Pido perdon á los señores que por mi culpa se vieron privados de la libertad, y pido á Dios de todo corazon que no me abandone.

Esto, poco más ó ménos, era lo que decia Eugenio á los

jueces y á todos aquellos que se le acercaban á preguntarle el estado de su causa.

Verdaderamente, su desgracia inspiraba interes á todo el mundo.

Pero dejemos á Eugenio, que ya le volverémos á encontrar en otra ocasion, y desde la cárcel vamos á trasladarnos á la casa de campo del camino de Vallecas.

La noche que Héctor ve asomar una lágrima en los ojos de María, una esperanza brota en su corazon.

—Side Mahomet me ha dicho que si María recobra el sentimiento puede salvarse.

Esto se dice Héctor, é inmediatamente coge la pluma para escribir la carta que ya conocen nuestros lectores.

El hombre portador de la carta sale de la casa de campo ántes de amanecer.

Héctor calcula que entre ida y vuelta tardará ocho horas, es decir, á legua por hora.

A las doce del dia manda á un criado que se coloque en el terrado de la casa, y que desde allí mire con un anteojo, por si los ve venir.

Héctor miéntras tanto, se pasea por el jardin, dando el brazo á la loca.

Enriqueta camina delante de ellos.

Aquella niña, recomendada por una madre mártir á Héctor, es una hija para él.

La ama con todo su corazon.

Héctor no ignora las pesquisas practicadas por Pablo Robles, á su regreso de América, para encontrar á su hija; pero Pablo Robles habia sido un infame con su primera esposa, y

Héctor, viéndole casado, no quiere que la hija de Angela vaya á vivir con el miserable á quien debe el sér.

Como hemos dicho, María, cogida del brazo de Héctor, pasea por el jardin.

Ahora oigamos su conversacion.

—Vamos á ver, María,—la dice Héctor:—de todas estas flores que comienzan á brotar al soplo suave de la primavera, ¿cuál es la que á usted le gusta más?

—¿A mí? Enriqueta.

—Pero Enriqueta no es una flor.

—Es la flor de mi pensamiento.

—¿Y sólo piensa usted en ella?

—Pienso tambien en la voz del cielo. ¿Por qué no me llevas donde está? Quiero verla, quiero oirla; pero oirla siempre. ¡Me hace tanto bien!...

—La voz del cielo es un violin.

—¡Bah! ¡Un violin! En ese caso, debe tocarlo un ángel,—exclama la loca.

—No es un ángel; es un hombre.

—¿Y dónde está ese hombre?

—Muy cerca de usted. Soy yo.

—¡Tú! Tú no eres ángel.

—Vamos á ver: ¿quién soy yo?

—Un buen amigo... muy condescendiente... muy amable... que nos quiere mucho á mí y á mi Enriqueta.

—¿Y nada más?

—¿Te parece poco? Los amigos son muy escasos.

—¿Sabe usted, María, que es admirable la contestacion que acaba de darme?

La loca se sonrie.

—Anoche observé una lágrima en sus ojos.

—Las lágrimas se han secado en mi alma; ahora ya no lloro; ahora me rio siempre. ¡Es tan bueno reir!...

—Sí; pero esa risa entristece á sus buenos amigos, á sus queridos padres.

—¡Mis padres! ¿Dónde están? ¿No murieron?

—¡Morir! ¡Dios no lo quiera! Viven aquí, con nosotros.

—¿Por qué no vienen á verme? ¿Qué les he hecho yo para que me olviden? ¡Ah! Sí, tienen razon. Yo soy una mujer infame; ¿no lo sabes? Tengo un amante... tengo una hija... la hija de la muerta. Soy una mujer perdida... todos me desprecian. Pero ¡ya se ve! la pobre estaba tan pálida... me suplicaba con una voz tan débil... la voz de los muertos... la voz de las tumbas... Luégo, de sus ojos caia gota á gota, una tras otra lágrima... y la pobre Enriqueta no estaba allí. ¡Fué una noche muy divertida!

Y la loca prorumpe en una carcajada, que hiela la sangre en las venas de Héctor.

Desde este momento pasean sin despegar los labios.

De vez en cuando la loca tararea alguna de las melodías que Héctor toca por las noches.

Miéntras tanto, el jóven, triste, pensativo, pierde toda esperanza de curar á su protegida, á la cual ama con todo su corazon.

Hé aquí lo que piensa Héctor durante el paseo:

—Cuando era casi un niño, amé con toda mi alma á una mujer; el destino me separó de ella, y á mi regreso de América la encontré casada con un miserable, que la hizo la más

infeliz de las criaturas. Ahora un nuevo amor, tan firme como el primero, se ha despertado en mi corazon, y la jóven á quien amo no me comprende. ¿Estaré destinado á no encontrar la felicidad sobre la tierra?

Héctor se queja con justa razon.

Su alma generosa no encuentra un eco apasionado en el alma de la mujer que es su sueño.

María, purísima sensitiva, marchitada por el soplo agostador de la calumnia, no comprende su pasion.

Pero la esperanza, esa bella flor del corazon, alienta á Héctor, que confia en la oferta de Side Mahomet, y espera el dia en que un rayo de luz alumbre las tinieblas en que vive la mujer que ama.

Miéntras tanto, el criado puesto de atalaya para avisar la llegada del médico árabe, abandona su sitio y corre á buscar su amo.

—Señor,—le dice,—si no me engaño, ya están ahí; he visto venir á galope por el camino dos jinetes, y creo que son ellos.

Héctor deja á María y Enriqueta sentadas en un banco, y corre á la puerta.

Abre la verja, y dirige la vista con afan hácia el camino.

Es Mahomet, que le ve y le saluda con el sombrero.

Pocos momentos despues, Héctor estrecha la mano del médico árabe.

—No podrá usted quejarse de mí,—le dice Ben-ad-jé.

—¡Oh! No puede usted imaginarse lo que le agradezco su condescendencia.

—Por complacerle he venido sin despedirme de Ibrahim.

—Es un nuevo favor que no olvidaré.

—¿Vamos á ver á la enferma?

—Sí, vamos.

Y los dos se encaminan, cogidos del brazo, al sitio donde poco ántes ha dejado Héctor á María y Enriqueta.

CAPITULO II.

Una noche de prueba.

Llega la noche.

Side Mahomet Ben-ad-jé, ó Tanguay el javanes, puesto que de los dos modos le nombramos, ha hecho los preparativos necesarios para llevar á cabo su plan.

En una sala baja, cuyas ventanas toman la luz del jardin, es donde debe pasar la accion de las escenas que vamos á bosquejar.

La luna está en su lleno, y derrama sus rayos sobre las movibles hojas de los árboles.

La perfumada brisa de la noche extiende por la habitacion que nos ocupa todos los aromas de la rica primavera.

En medio de la sala se ve una pequeña cama de hierro, donde parece que una niña duerme.

María, á su lado, sentada en una butaca, canta en voz baja una cancion, como si arrullara el sueño de aquel ángel.

La hacendosa Pepa dormita en otra silla.

El honrado Blas lee á la tenue luz de una lámpara, que ex-profeso tiene muy poca mecha.

El cuadro respira quietud, modestia, dulzura.

Las ventanas están abiertas, y sus huecos apénas se alzan cuatro piés del suelo.

María sigue su monotona melodía, y una sonrisa, llena de dulce vaguedad, entreabre sus hermosos y sonrosados labios.

De vez en cuando Blas aparta los ojos del libro que tiene en las manos, los fija en su mujer, luégo en su hija, y por último en la ventana.

Despues continúa la lectura.

Así transcurre una hora.

De pronto María coloca el dedo índice sobre sus labios, y dice:

—¡Silencio! La voz del cielo está ahí.

Y los dulces acordes de un violin llenan el espacio de tiernísimas armonías.

La loca sigue el compas con la cabeza, y demuestra en todas sus actitudes que aquel canto le es conocido.

Poco á poco su semblante se entristece, junta las manos en ademan de súplica, cae de rodillas junto al lecho de Enriqueta y exhala un doloroso suspiro.

En los ojos de Blas puede notarse una lágrima, aunque no mira á su hija.

Por el demacrado rostro de Pepa ruedan, una tras otra, abundantes lágrimas.

El silencio de la estancia es tal, que pueden oirse los latidos de los corazones.

Sólo el violin lo interrumpe; pero á veces su melodía es tan dulce, tan *piano*, que apénas se percibe.

Más que notas, parecen gemidos dolorosos de un pecho afligido, que, ligados los unos con los otros, forman una armonía deliciosa.

La luna deja caer un rayo de su frente, que baña el cancel de la ventana.

De pronto el violin produce un sonido agrio, destemplado, estridente, como si un rayo al pasar hubiera roto todas sus cuerdas.

María da un salto en la silla y extiende la mano, como para oir mejor.

Su rostro se demuda, y se pasa rápidamente las manos por los ojos.

Blas y Pepa han desaparecido, sin que su hija se aperciba de aquella fuga.

La loca parece meditar, y busca á sus compañeros con afanosas miradas.

El violin, que ha suspendido tan bruscamente sus acordes, torna á oirse, pero de un modo desafinado, que hace daño.

El cuadro ha cambiado de aspecto.

El quinqué apénas alumbra.

De repente la loca se levanta, se lleva las manos á las sienes, y retrocede, mirando con espantados ojos hácia la ventana.

Un hombre salta por ella; lleva en la mano derecha una tea encendida y en la izquierda una pistola montada.

El traje de este hombre es extraño, pintarrajado, infernal.

El primer pensamiento de la loca es huir, pero pronto se

repone, y exhalando un grito que no tiene explicacion con la palabra, se abalanza á la cama, como si quisiera defender de aquel monstruo á la niña que duerme.

El hombre de la tea se acerca con tranquilo paso adonde está la loca, que, sobrecogida de espanto, cae arrodillada á los piés del lecho.

Entónces el hombre la coge de un brazo con brutal ademan, y aplica la llama de la tea á la ropa de la cama, que arde rápidamente, como si estuviera empapada con algun ingrediente inflamable, convirtiéndose pronto en una hoguera.

Imposible es describir el espanto que manifiesta el semblante de la infeliz loca; pero cuando el temor de que se halla poseida llega á su colmo es cuando el hombre dirige el cañon de la pistola hácia el encendido lecho y dispara.

A la detonacion, María prorumpe en espantosos gritos, y pide socorro con todas las fuerzas de sus pulmones, cayendo sin sentido sobre el duro pavimento.

Entónces el hombre de la tea corre á la puerta, la abre, y dice:

—¡Pronto, pronto, vengan ustedes! ¡Oh! ¡Le ha causado un efecto horrible!

Héctor, Blas, Pepa y dos criados entran en la habitacion, y miéntras unos colocan á María en su cama, otros apagan el fuego que arde en mitad de la sala.

Inútil es decir que el hombre que ha entrado por la ventana es Side Mahomet con traje de árabe.

Hay un momento de verdadera confusion.

Pepa, Blas y el médico rodean la cama, donde María se halla sin sentido.

Héctor, con los criados, hace desaparecer las huellas del incendio, y colocan una cama exactamente igual á la que acaban de devorar las llamas.

En aquel lecho duerme una niña: es Enriqueta.

Transcurre una hora.

María permanece desmayada.

Side Mahomet se pasea con inquietud por la sala, Blas gime en la alcoba, Pepa llora junto á la cabecera, esperando que su hija abra los ojos, y Héctor dirige miradas afanosas al médico, como preguntándole qué debe esperarse de toda aquella farsa.

Mahomet demuestra no comprender las miradas de Héctor.

De vez en cuando se acerca á la alcoba, coloca una de sus manos sobre el corazon de María, y dice en voz baja:

—¡Cuánto tarda!

Entónces torna á continuar sus paseos.

Por fin se oye en la alcoba un gemido doloroso, que indica que el desmayo va á terminar.

Rápido como el tigre cuando se revuelve en derredor de sus enemigos, Side Mahomet coge un vendaje que se halla sobre una mesa y entra en la alcoba.

—Levantadla un poco la cabeza,—dice á los que le rodean.

Todos se apresuran á obedecerle.

El médico coloca la venda sobre los ojos de María, y despues derrama unas gotas de un líquido de color verdoso, como el zumo extraido de las hojas, sobre la venda para empaparla.

Un segundo gemido exhala el pecho de la loca.

—¡Todo el mundo fuera!—dice el médico bajando la voz.

Y luégo continúa, dirigiendo la palabra á Pepa:

—Ya sabe usted lo que tiene que hacer.

Los testigos de esta extraña escena se colocan á un extremo de la habitacion, demostrando en su semblante la mayor incertidumbre.

Transcurren algunos momentos y los gemidos no cesan. Por fin el médico hace una seña á Pepa, y ésta dice en voz alta:

—¡María! ¡Hija mia! ¿Sueñas?

—¿Quién me llama?—responde la loca desde la alcoba.

Todos los semblantes sufren un cambio notable.

El médico indica con un ademan enérgico que guarden silencio.

—Soy yo,—repite la madre,—que, como te oigo quejar, te pregunto que si sueñas.

—Creo que sí.

—¿Y qué soñabas?—pregunta Pepa, juntando las manos con ademan suplicante y dirigiendo miradas de gratitud al médico.

—Procuro recordarlo, y no puedo,—dice la loca;—las ideas se confunden en mi cerebro; me duele horriblemente la cabeza.

—Pues mira, lo mejor es que procures dormirte de nuevo.

—¿Qué hora es?

—Las doce.

—¡Qué noche tan larga! ¿Por qué no enciende usted luz?

—¡Si está encendida!

—No la veo.

—¡Es claro! Si tienes una venda en los ojos.

María se lleva las manos á la cabeza, y dice:

—Es verdad. ¿Y por qué la tengo?

—¿No recuerdas que ayer te quemaste las cejas?

—No lo recuerdo.

—¡Qué cosas tienes!

—¡Ah, sí! ¡Es verdad!

—Ya sabes que el médico te ha prohibido que te quites la venda.

—No me la quitaré.

Pepa no puede más, y cae de rodillas á los piés del médico, le coge una de las manos, y se la besa con entusiasmo.

Blas imita á su mujer.

Héctor se enjuga las lágrimas.

Entónces Mahomet les hace seña que le sigan.

Todos salen de la habitacion.

—¡Se ha salvado!—exclama el javanes.

Y Pepa, al oir la frase del médico, cae desfallecida sobre una butaca, murmurando:

—¡Bendito seas, Dios mio!

. . . .

. . . .

Tú, querido lector, dirás tal vez para tu capote: «El recurso de que se vale el novelista para curar la locura de María, es algo violento.» Yo, sin embargo, debo decirte que es histórico, pues á fines del siglo pasado, en un pueblo de Alemania, una pobre loca recobró la razon al ver el lecho de su hijo abrasado por las llamas de un incendio.

Sabido es que las impresiones fuertes producen buen efecto á los enajenados, y que más de ciento recobraron la razon por ellas.

El novelista que se quiera preciar de verídico, de lógico, de verosímil, debe estudiar los episodios de la vida real, y en esta curacion, si he hecho algo, habrá sido puramente adornarla de la manera que me ha parecido más conveniente para mi libro.

Despues de esto continuaré la narracion.

CAPITULO III.

Un diálogo de antaño.

El lector habrá, sin duda, comprendido que la cuna devorada por las llamas estaba vacía.

Poco ántes la loca habia depositado á la tierna huérfana con amoroso cuidado en su pequeño lecho.

Como siempre, mecia la cuna y cantaba, para dormir á su pequeña compañera; pero Mahomet habia dado sus instrucciones, y Pepa, aprovechando un descuido de su hija, sustrajo á Enriqueta de la cama y la condujo á la habitacion inmediata.

María nada habia visto, y continuó su triste canto.

Despues tuvo lugar la escena que hemos bosquejado.

El efecto no pudo ser más satisfactorio.

—¡María se ha salvado!

Este es el grito que llena de contento todos los corazones.

Sin embargo, falta mucho para gozarse en el triunfo.

Transcurre la noche.

Nadie puede pegar los ojos, si se exceptúa la loca, que despues de las palabras cambiadas con su madre, y gracias á los efectos del vendaje, se queda dormida.

—Su sueño durará seis horas,—dice el médico;—pueden ustedes descansar.

Pero Pepa dice que se halla bien allí, que no quiere acostarse, y Héctor y Blas repiten lo mismo.

Mahomet se encoge de hombros, y dice:

—Lo que ustedes gusten, pero les prevengo que aquí no hace falta nadie.

El médico se retira á descansar.

Héctor le acompaña hasta su cuarto.

Una vez allí, siente separarse sin tranquilizar su espíritu, sin desechar la incertidumbre que le fatiga.

—¿Qué debemos esperar, querido doctor, despues de lo ocurrido?—le dice.

—Creo firmemente que se ha dado el gran paso.

—¿Luego la demencia ha desaparecido?

—Así lo creo; pero pudiera sobrevenirle una enfermedad grave.

—Enfermedad que usted curará, ¿no es eso?

—Así lo espero; sin embargo, la ciencia no es infalible.

—Nada temo por esa parte.

—Conviene no ser muy confiado.

—Me asusta usted, doctor. ¿Corre peligro la vida de esa jóven?

—Mañana daré una respuesta á la pregunta que usted me dirige.

—¡Oh! ¡Qué gana tengo de que amanezca!

—Jóven, en esta vida todo tiene su término. No desee usted acortar el suyo.

Mahomet se dirige á la habitacion que le tienen preparada, y no tarda mucho en quedarse dormido.

En cuanto á Héctor, despreciando el sueño, vuelve á reunirse con los padres de María.

Transcurre una hora, y otra, y otra.

Por fin, la apetecida aurora aparece en Oriente, y las sombras de la noche comienzan á disiparse.

María duerme.

Héctor, Pepa y Blas esperan con la mayor incertidumbre el momento en que, quebrándose el hilo de aquel sueño, se desvanezcan sus dudas.

Sin embargo, en sus corazones vive un resto de esperanza, porque recuerdan las acordes palabras que poco ántes pronunciara la loca.

El sol luce por fin, y con él la alegría, la vida, se extiende por la tierra.

Cantan los pájaros, saludándole desde las copas de los árboles, y gimen dulcemente las hojas, empujadas por el céfiro de la mañana.

Las ventanas están abiertas.

Perfumes, luz, armonías: todo lo bello, todo lo sublime que contiene un jardin en la primavera, entra en la habitacion de la loca.

Por fin se percibe algun ruido en la alcoba.

Pepa se levanta de su silla, y se acerca á la cama de su hija.

—¿Duermes aún, María?—la dice con cierto temor.

—Me despierto en este instante.

—¿Quieres levantarte?

—No veo nada.

—Pero ¿no recuerdas que llevas los ojos vendados?

—¡Ah! Sí; es verdad. Creí que era de noche. ¿Donde está mi ropa?

Pepa coge una de las manos de su hija, y vuelve á decir:

—Tienes calentura.

—Efectivamente; me siento muy pesada, y la cabeza me duele bastante.

—¿Quieres seguir mi consejo?

—¿Y por qué no?

—Quédate en cama.

—Tengo que trabajar.

—¡Bah! Lo harás otro dia.

—No creo que tenga enfermedad para guardar cama.

—¿Tú qué sabes? No estás buena; te arden las manos.

—Esto no será nada.

—Sin embargo, por si acaso, bueno será llamar á don Ramon el médico.

—Creo que no hay necesidad.

—Vamos, no quiero que te levantes.

—Bien; como usted guste.

Pepa se ha sentado junto á la cabecera.

Desde la sala la hacen señas Héctor y Blas, que apénas pueden contener la alegría que sienten.

Una nueva pregunta de María viene á aumentar el contento de los que la oyen.

—¿Se ha marchado padre al taller?—dice.

—Sí, hija mia,—la responde su madre enjugándose las lágrimas.

Aquí María exhala un suspiro.

—¿Qué tienes?—la pregunta Pepa.

—Nada; pienso en la pobre Angela, en nuestra vecina. ¡He soñado tantas cosas!

—¡Bah! ¿Quién hace caso de los sueños?

—Tiene usted razon, madre mia; los sueños deben olvidarse, si bien es verdad que el que tuve esta noche me ha parecido muy largo.

Héctor torna á hacer señas á Pepa.

Esta indica con un movimiento que comprende lo que quiere decirla.

—Madre,—dice de nuevo María,—¿se han llevado el cadáver?

—¿Qué cadáver?

—¿Cuál ha de ser? El de la pobre vecina.

—¡Ah! ¡Sí! Hace poco me ha dicho Sinforiana la lavandera que del entierro se ha encargado un caballero que se llama don Héctor.

—¡Héctor! ¡Héctor!—repite la loca.—Sí, sí; ese es su nombre.

—¿Le conoces?

—La desgraciada Angela me dió un encargo ántes de morir.

—¿Y has cumplido ese encargo?

—No se debe faltar á los muertos.

—Es verdad.

María guarda silencio por un breve instante.

Su madre no se atreve á interrumpirla.

—Madre mia,—vuelve á decir la jóven,—hace un rato que quiero hacer á usted una pregunta.

—¿Y qué te detiene?

—Temo que usted se ofenda.

—¿Cuándo me he ofendido yo contigo?

—Tiene usted razon.

—Vamos, di lo que quieras.

—Deseaba saber si Eugenio ha vuelto por casa desde aquella noche...

—¿Eugenio? Sí; estuvo ayer.

—¡Ah! ¿De veras?

—Vino á despedirse.

—¡Pues qué! ¿se marcha?

—Sí.

—¿Adónde?

—Segun dijo, á un país muy lejano, á América; porque ya sabrás que se casó.

María presta gran atencion á las palabras de su madre.

Héctor, que escucha este diálogo, se halla conmovido.

Pepa tiene los ojos llenos de lágrimas.

Blas suspira en silencio, esperando el resultado de todo aquello.

—Eugenio no te amaba, hija mia,—vuelve á decir la madre.—¡Quién lo habia de decir!

—Cierto,—murmura María;—no me amaba.

—¡Ah! ¿Sabes que hoy nos vamos á una casa de campo?—dice la madre.

—¡A una casa de campo! ¿Y para qué?

—Para que se restablezca tu padre, porque ya sabes que el pobre está bastante delicado.

—¿Y dónde está esa casa de campo?

—En el camino de Vallecas.

—¿De quién es?

—De un amigo nuestro: un jóven que nos ha protegido mucho durante tu enfermedad y la de tu padre.

—¿Cómo se llama ese jóven?

—El señor don Héctor.

—¡Héctor! ¡Héctor! Yo conozco ese nombre.

—¡Vaya, ya lo creo! Fué en otro tiempo el protector de la hija de nuestra vecina Angela.

—¡Ah! Sí; ya sé quién es,—dice María como recordando.

—Verás qué bien lo pasamos en su casa de campo.

—¿Tiene jardin?

—Y muy bonito.

—Pero yo no le veré, porque llevo esta venda sobre los ojos.

—¡Bah! Esa venda te la quitarémos mañana.

María torna á guardar silencio.

Todo aquello que oye la extraña, la admira, pero no se atreve á demostrarlo.

Siente en su cerebro cierta vaguedad, cierta confusion de ideas.

Entre los recuerdos del pasado encuentra un paréntesis indescifrable.

Busca en vano ese período que no se explica, pero no lo encuentra.

Su madre no se atreve á interrogarla, porque Side Mahomet, que acaba de entrar en la habitacion, le hace señas para que calle.

María torna á decir, despues de una pausa:

—¿Es muy hermosa?

—¿Quién?—pregunta su madre.

—La mujer de Eugenio.

—No la conozco; pero ¿á qué recordar ese nombre?

—Es verdad; Eugenio ha muerto para mí, como yo he muerto para él.

María exhala un suspiro, y torna á abismarse en el más impenetrable silencio.

Pepa contempla á su hija con las manos cruzadas y el semblante dolorido.

Diríase que aquella madre amorosa eleva fervientes súplicas al Todopoderoso por la salud de su hija.

CAPITULO IV.

Recuerdos vagos.

Transcurrido un breve espacio, sin duda con el objeto de no embrollar más las ideas de María, el médico indica á Blas que puede comenzar su papel.

—¿Aún estais así?—dice, procurando dar á sus palabras una entonacion alegre y tranquila.

—¿Pues qué hora es?—pregunta Pepa.

—Las ocho, y á las nueve vendrá el señor don Héctor con el coche. Vamos, vamos, viste á María.

—¡Oh! ¡Cuánto siento que esta pobrecita no pueda quitarse la venda!—exclama la madre, ayudando á vestir á su hija.—El dia no puede ser más hermoso. ¡Qué sol hace! Dará gusto ver el campo.

María se viste con precipitacion, pero sin decir ni una palabra.

Todo le parece un sueño.

Transcurren algunos momentos, y se oye el ruido de un carruaje, que se detiene á la puerta.

—Ya está ahí el coche,—dice Blas;—voy á recibir al señor don Héctor.

Poco despues Blas torna á entrar en la habitacion, y María oye una voz, cuyo timbre recuerda confusamente en su memoria.

—¿Están ustedes dispuestos?—dice Héctor.

—Sí; vamos cuando usted quiera,—responde la madre.—Hija mia, puedes cogerte de mi brazo.

María obedece, y salen de la habitacion; llegan adonde está el carruaje, y Blas y Pepa cogen por los brazos á su hija, ayudándola á subir.

La jóven se admira de no haber bajado más que tres escalones, y dice:

—Madre, si mal no recuerdo, ántes vivíamos en una buhardilla.

Pepa no sabe qué contestar, pues no habia pensado que su hija pudiera dirigirle semejante pregunta.

Héctor sale á su socorro, y dice:

—Olvida usted, María, que, cuando cayó mala, sus padres se trasladaron á un cuarto bajo, porque el médico dijo que no era muy provechoso subir tanta escalera.

—Así será, pero no lo recuerdo.

El coche parte.

Por espacio de una hora María se siente arrastrada, y contesta tristemente á las palabras que la dirigen.

Por fin se detiene.

—Ya hemos llegado,—dice Héctor.—¡Calla! Ahí está el

médico; me alegro infinito: ahora puede verle los ojos á María, pues debe molestarla mucho ese vendaje.

—¡Oh! Sí, mucho; tengo ganas de ver la luz del sol.

Todos bajan, y entran en el jardin.

María va cogida del brazo de su madre.

El lector habrá comprendido que han ido hasta el paseo de Atocha, volviendo de nuevo á la quinta, para que la ilusion de María sea más completa.

Cuando llegan á la plazoleta de los álamos, Mahomet, que los espera allí, se reune con ellos.

—¡Ah!—dice.—¿Es esta jóven la enferma de quien usted me ha hablado?

—La misma, querido doctor.

—Los aires puros del campo le sentarán bien; pero ¿qué tiene en la vista?

—Se quemó ayer con...

—¿Quiere usted que la reconozca?

—Con mucho gusto.

—Tenga usted la bondad de sentarse en este banco, jóven.

Y Mahomet conduce á María al sitio que le indica.

Una vez allí, le quita la venda.

Pepa no puede reprimir un grito, viendo en el rostro de su hija una cinta de color cárdeno.

Una sonrisa del doctor la tranquiliza.

Ademas, María abre los ojos, y exclama:

—¡Ah! ¡Qué hermosa es la luz del dia! ¡Qué jardin tan bonito! ¡Qué alegre está el cielo!

—Vamos,—dice Mahomet;—lo que tiene esta jóven no es nada; no hay necesidad de ponerla la venda.

Blas y Pepa se sientan al lado de la jóven.

Mahomet se coge del brazo de Héctor, y le aparta unos cuantos pasos de aquel sitio.

—La loca ha recobrado la razon. Ahora, para fortalecer su cabeza, extremadamente débil, es preciso tratarla con mucha delicadeza. Sobre todo, en la cuestion de su primer amante, de Eugenio, conviene que no sepa lo que ha pasado por él, al ménos por ahora. Cuando su juicio esté más firme se le podrá decir todo.

—Pero, querido doctor, ¿y esa cinta de color cárdeno que se la ha quedado en el rostro?

—Desaparecerá dentro de quince dias sin hacer nada. Es el resultado del preparativo que llevaba la venda. Ahora, querido Héctor, vamos á separarnos.

—¿Tan pronto?

—Sí; una cuestion importante me llama á Villaviciosa.

—¿Un enfermo?

—Sí, un enfermo: Pablo Robles.

—¡Ah! Dios tenga piedad de ese hombre cuando llegue ante su tribunal inapelable á recibir la recompensa de su paso por la tierra.

—Dios es grande, Dios es justo,—murmura Mahomet.

—Me han dicho que su locura no tiene remedio,—pregunta Héctor.

—Morirá ántes de quince dias. Soy su médico, y puesto que aquí nada puedo hacer, usted me permitirá que acuda donde me esperan; he ofrecido estar hoy sin falta en la quinta.

—Es justo; pero prométame usted, querido doctor, que nos volverémos á ver.

—Pienso partir pronto para la India, pero ántes vendré á estrechar la mano de un hombre de bien.

Un cuarto de hora despues, Tanguay, seguido de un criado, sale de la quinta del camino de Vallecas en direccion de Villaviciosa.

Dejémosle por algunos momentos, y permanezcamos en el lugar donde se finge la accion que nos ocupa.

Tiempo tenemos para poner á nuestros lectores al corriente del drama que indudablemente tendrá lugar en la finca de la hermosa criolla.

Héctor, despues de despedirse del doctor, torna á reunirse con sus huéspedes, é invierte un par de horas enseñándoles la casa.

María lo examina todo con particular curiosidad, y de vez en cuando dice, hablando consigo misma:

—¡Es extraño! Todo lo que veo me parece que lo he visto otra vez.

Cuando llegan al sitio donde está colocado el columpio, María exhala un grito y dice:

—¡Yo conozco á esa niña!

Enriqueta, que se halla allí jugando con su nodriza, corre al encuentro de la loca, y la dice:

—¡María! ¡María! ¡Ven á columpiarte!

—¿Sabes tú mi nombre, hermosa niña?—la pregunta la jóven.

—Sí, y te quiero mucho, porque tú eres mi mamá.

María la besa repetidas veces, y volviéndose á su madre, dice:

—¿Quién es esta niña?

—¿Ya no te acuerdas?

—Creo que la he visto ántes de ahora, pero no puedo recordar en dónde.

—Esta niña es la hija de Ángela.

—¡Ah! ¡Pobre Ángela! Me la recomendó al morir. La querré mucho.

Enriqueta, miéntras tanto, se ha cogido á la falda de María, y deja el columpio por seguirla.

Despues de recorrer el jardin, entran en la casa.

El piso bajo, con ventanas rodeadas de campanillas, pasionarias y enredaderas, es destinado para la enferma.

Héctor la dice:

—Esta será la habitacion que usted ocupe con sus padres.

—¡Qué hermoso es todo esto! ¡Qué bien se pasará aquí el verano!

Despues Héctor les conduce al comedor.

La mesa se halla dispuesta.

El almuerzo espera.

Todos se sientan.

María vuelve á repetir en voz baja:

—Yo he visto todo esto.

Terminado el almuerzo, Pepa pregunta á su hija si quiere dascansar un poco.

María se siente fatigada, porque las emociones se han sucedido con mucha rapidez en su alma delicada.

Blas y Héctor se quedan de sobremesa tomando café.

El honrado hijo del trabajo no cabe en sí de gozo.

Algunos meses ántes, pobre, enfermo, tullido, pedia limosna en el atrio de una iglesia.

Su hija se hallaba loca en el hospital de Leganes.

Viéndose casi restablecido, pues podia andar con el simple auxilio de un baston-muleta; viendo á su querida hija restablecida, bendecia mil veces á la Próvidencia, que habia colocado ante su camino al bondadoso Héctor y al sabio Side Mahomet Ben-ad-jé.

El cambio de posicion que habia sufrido Blas no podia ser más radical, más inesperado, más ventajoso.

Héctor era para él un semidios, el mejor de los hombres.

—¡Oh! ¡Bendito sea usted, Héctor! ¡Bendito una y mil veces!—le dice cuando se encuentran solos.

—¿Y por qué, señor Blas?—responde el jóven, sonriendo y llenando la taza de café á su huésped.

—¡Por qué! ¿Le parece á usted poco todo lo que ha hecho con nosotros? ¿Podria creerse que tantos favores se hacen en el mundo sin más interes que la caridad? ¡Oh! ¡Si lo veo, y me parece imposible!

—¿Y quién le ha dicho á usted que yo no tengo una mira interesada en mi conducta?

—Sí; tiene usted el interes de hacer bien, como todas las almas generosas, buenas.

—Tal vez esté usted en un error; y puesto que nos hallamos solos, le diré que todo cuanto yo he hecho por ustedes tiene su parte de egoismo.

—¡Bah! Eso no es posible.

—Daré mis razones.

—Las escucho.

—Primeramente, yo fuí la causa, aunque indirecta, de todas las desgracias que tan de repente sobrevinieron sobre us-

tedes. Si María no me hubiera conocido, Daniel no la hubiera calumniado y á estas horas Eugenio sería su esposo.

—Es cierto; si usted busca así el orígen de las cosas, todos tendrémos culpa de algo en este mundo.

—Pero yo puedo remediar el daño que he hecho, y lo remedio.

—En fin, sea como usted quiera.

—Despues de las razones que llevo dichas, tengo otras más poderosas.

—Sepamos qué razon es esa.

—Soy rico, jóven y soltero. En el mundo no tengo parientes, y necesito una familia. Dios sin duda me la proporciona: sería difícil encontrar una más buena, más agradecida, más condescendiente, más honrada y más digna por todos conceptos de merecer el aprecio de un hombre de bien.

—¿Y dónde está esa familia?

—Esa familia se compone de usted, de la señora Pepa, de María y de Enriqueta.

Blas quiere decir algo, pero no puede.

Héctor comprende aquella alegría que no encuentra palabras para expresarse, se sonrie, y se goza un breve momento en esa grata y dulce satisfaccion del hombre generoso y caritivo cuando encuentra otro hombre que sabe agradecer con toda el alma los favores que recibe.

CAPITULO V.

Miel sobre hojuelas.

Héctor torna á continuar el interrumpido hilo del diálogo.

—Como acabo de decir, soy huérfano y necesito una famimilia; si ustedes me admiten de corazon en ella, yo soy, pues, aquí el que sale ganancioso.

—Eso no señor. ¡Estaria bueno que, despues de recibir tantos favores, nos diera usted las gracias!—exclama Blas sin poderse contener.

—Es que aún no he concluido, porque tengo que pedir á usted un favor, del cual créo que depende toda la felicidad de mi vida.

—Pues puede usted contarla como concedida.

—Poco á poco.

—Sea la que sea, otorgada.

—Se trata nada ménos que de la mano de María.

—¿Para quién?—pregunta con algun sobresalto Blas.

—Para mí, caso que ella acepte y olvide á Eugenio.

El honrado Blas abre los ojos, demostrando la grandeza de su asombro.

—¡Mi hija casarse con usted!—exclama.

—¿Qué tiene eso de particular?

—¿Que si tiene? ¡Pues ya lo creo! Una muchacha pobre como Job, casarse con un jóven rico y...

Blas va indudablemente á decir *buen mozo*, pero le detiene una sonrisa que advierte en los labios de Héctor.

—Prohibo á usted que haga comentarios y apreciaciones,—le dice sonriendo el jóven.—Lo que yo deseo es que me conteste categóricamente si mi proposicion se admite.

—¿Pero está usted loco, don Héctor?

—Tal vez.

—¡Casarse mi hija con usted!

—No será el primer hombre rico que se ha casado con una mujer pobre.

—Sí, sí; no digo que no; pero...

—Señor Blas, basta de reticencias, y contésteme usted un *sí* ó un *no;* teniendo presente que cualquiera que sea su resolucion, no ha de enfriar en lo más mínimo la buena amistad que nos une.

—¿Pero dice usted eso de veras?

—¡Y tan de veras! Como que estoy enamorado de María, y me casaré con ella, si usted me otorga su consentimiento y ella me ama, tan pronto como se desvanezcan ciertas dificultades. Conque responda usted sencillamente, *sí* ó *no*.

—¡Qué diantre! Sí, y mil veces sí. ¡No faltaba otra cosa! Lo que usted me propone es una fortuna que no merecemos, y

nadie es tan imbécil que reciba á esa señora con un palo en la mano y la cara de perro.

Blas acaba de decir con franca rudeza todo lo que siente su alma.

Héctor se sonrie y dice:

—Hablemos formalmente del asunto.

—Hablemos como usted quiera.

—Yo acepto gustoso la mano de María, siempre que ella me ame; nada de violencia.

—Estamos conformes; pero ¡qué diantre! estoy seguro de que la chica aceptará.

—Sin embargo, recuerde usted que al recobrar la razon, uno de los primeros nombres que pronunció su boca fué el de Eugenio.

—Es verdad; pero ella ignora lo ocurrido, y cuando lo sepa le borrará para siempre de la memoria.

—Ó le amará más.

—¿Olvida usted que su madre la ha dicho que Eugenio es casado?

—Pero eso no es verdad.

—En fin, señorito, mi hija no será nunca la esposa de ese desgraciado; y en cuanto á que le ame á usted, eso allá lo verémos, que no ha de ser tan desagradecida la muchacha que no conozca lo que usted vale y el aprecio que la tiene.

Héctor no quiere argüir más, conociendo que en asuntos de la naturaleza del que les ocupa, lo mejor es dar tiempo al tiempo.

Ahora trasladémonos á la habitacion de María, que, si mal no recordamos, se halla en el piso bajo y tiene una ventana

que da al jardin, alrededor de la cual la trepadora madreselva comienza á formar un pabellon de verdes hojas.

María y su madre se hallan sentadas junto á la ventana.

María deja vagar una mirada llena de dulce expresion por el jardin.

Diríase que alguna idea tenaz la preocupa.

Su madre la contempla con religioso silencio, sin atreverse á interrumpirla.

Así transcurre media hora.

De vez en cuando los purísimos labios de la jóven se entreabren para dar salida á un suspiro.

Por fin la madre la dice de este modo:

—¿Por qué no descansas un momento, hija mia?

—Me siento bien; ademas, es tan hermoso contemplar esos árboles que se mecen al dulce soplo de la brisa... El ambiente que aquí se respira es tan grato...

—¿De modo que te gusta vivir aquí?

—¡Que si me gusta! Permaneceria en esta casa toda la vida sin cansarme.

—Entónces, le diré á don Héctor que nos deje vivir aquí mucho tiempo.

—¡Don Héctor!... Debe ser muy bueno ese caballero.

—¡Ah! No lo sabes tú bien. Al momento que supo que tu padre y tú estábais enfermos, vino á nuestra humilde habitacion á ofrecernos todo cuanto necesitásemos, pasando horas y horas junto á tu lecho, cuidándote como un hermano cariñoso; y últimamente, al indicar el médico que te convendria pasar en el campo la temporada de la primavera, puso á nuestra disposicion esta hermosa casita, que te gusta tanto.

María escucha á su madre con profunda atencion.

Despues de un momento de pausa, dice:

—La pobre Angela me dijo poco ántes de morir que don Héctor era muy bueno. Por eso sin duda le encomendó á la pobre Enriqueta.

—Y don Héctor la quiere como á una hija.

—Sí; es esa niña que he visto en el jardin hace poco.

Pepa comprende que su hija se halla entregada á esa dulce vida de los recuerdos, horas de éxtasis, en que las palabras que asoman á los labios demuestran cansancio, fatiga, pesadez; gratos períodos en que la lengua enmudece y el alma entabla un diálogo con la imaginacion, cuyas frases sin ruido llenan de armonía y de perfumes el pasado, y sonrien á veces, enseñándonos un porvenir de color de rosa, lleno de encantos, de poesía.

Pepa comprende todo esto á su manera, como puede comprenderlo una sencilla y honrada mujer del pueblo, y con la excusa de dar una vuelta por la cocina, sale de la habitacion, dejando sola á su hija.

María continúa dejando vagar la vista por el jardin, oyendo la monotona armonía de las hojas, que, empujadas por la brisa, chocan las unas con las otras.

Así transcurre una hora.

De pronto sus ojos se animan, su rostro se conmueve, é insensiblemente avanza un poco la cabeza, é inclina el cuerpo sobre la terrapisa de la ventana.

Un jóven alto, elegante, de rostro expresivo, ojos negros y maneras distinguidas, pasea por una de las calles de álamos que dan frente al sitio que ocupa María.

Aquel jóven hace rodar una pelota de goma, y una niña, que apénas tiene tres años de edad, corre á buscarla.

Cuando la coge y vuelve á reunirse con el jóven, le da un beso y torna de nuevo á la misma ocupacion.

Dos nombres se escapan de la boca de María.

—¡Héctor! ¡Enriqueta!—dice, colocando el codo sobre la ventana, y la barba en la palma de la mano.—¡Oh! ¡Cómo debe bendecir á ese jóven desde el cielo la pobre mártir que murió en la buhardilla!

Y María exhala un suspiro, sin apartar la vista de Héctor y de la pequeña Enriqueta.

CAPITULO VI.

La cita.

Traslademónos á Villaviciosa.

Side Mahomet acaba de llegar á la quinta de la hermosa criolla.

Rafael, que se pasea por el jardin, sale á su encuentro.

—¿Qué ha ocurrido aquí durante mi ausencia?—le pregunta el javanes.

—He tenido una ocasion propicia,—le dice,—y...

—¡Ah! ¿Cuántas gotas?

—No tuve tiempo para contarlas; creo que más de doce.

—¡Diablo! Entónces, su vida es corta; ántes de tres meses dejará de existir.

Rafael se encoge de hombros.

Mahomet fija en él una mirada y dice:

—¿No te conduele su belleza, su juventud?

—No: ella mató á mi padre; ella destrozó mi corazon; ella debe morir.

Mahomet, aunque no muy limpio de conciencia, piensa en aquel momento que Rafael es un jóven con corazon de tigre.

—¿De modo que desistes de hacerla el amor?—le dice.

—Nada de eso; esta noche tengo una cita con ella en el jardin. Ahora comienza mi venganza. Vida por vida, desprecio por desprecio.

—No te creia tan rencoroso.

—Entónces, me conoces mal.

Despues de este corto diálogo, entran en la quinta.

Tula les sale al encuentro.

—¡Ah, querido doctor!—dice.—Tengo que participar á usted muy buenas noticias. Mi esposo se halla notablemente mejorado; anoche no padeció el acceso, y esta mañana tiene una lucidez de ideas admirable.

—Entónces, señora, me veo en la dolorosa precision de advertir á usted que Pablo morirá ántes de tres dias.

Tula retrocede espantada ante el inesperado vaticinio del médico.

—¡Cómo!—dice.—La mejoría que en él se observa...

—Es el preludio de la muerte.

Tula siente que le faltan las fuerzas, y se deja caer en una silla.

—Conozco, señora, que he sido demasiado brusco para transmitir á usted una mala noticia, pero no me gusta dar esperanzas cuando estas pueden convertirse en desengaños muy en breve. Ademas, don Pablo es cristiano, y debe cumplir con los deberes que le impone su religion.

Tula, anonadada ante las palabras del doctor, no encuentra nada que contestar.

Entre tanto, Rafael permanece mudo espectador de aquella escena, con los brazos cruzados y la mirada dolorosamente fija en el rostro de la criolla.

Mahomet rompe el silencio.

—Señora,—dice,—¿quiere usted que pasemos á la habitacion del enfermo?

—Vamos,—contesta Tula maquinalmente.

Rafael la ve partir, sin moverse del sitio que ocupa.

—¡Ah!—exclama, hablando consigo mismo.—El soplo de la muerte os hiere á un mismo tiempo. Mi padre quedará vengado ántes de mucho.

Y abandonando aquel sitio, se encamina de nuevo al jardin y se pone á dar paseos, abismado en sus reflexiones.

. . . .

. . . .

Aquella misma tarde el cura párroco del pueblo se presenta en la habitacion del enfermo.

Como habia dicho Tula, Robles no delira; reconoce á todos los que le rodean; habla con juicio; en una palabra, la locura ha desaparecido, pero su voz es más débil, más ronca.

Sus ojos brillan más, y la palidez de su rostro es más brillante, más cadavérica.

Robles, al ver entrar al sacerdote, le dice:

—¡Ah, padre mio! ¡Cuánto le agradezco á usted que venga á visitarme!

—La visita de un sacerdote á un enfermo siempre sobresalta,—dice el párroco,—y hé ahí el motivo de mi retraimiento; pero hoy he tenido noticia de que usted se hallaba mejor y vengo á ponerme á sus órdenes.

—Sí; dicen que estoy mejor. El delirio ha desaparecido, pero la vida, padre mio, se escapa, y presiento que el alma no tardará mucho en abandonar el cuerpo.

—¿Quién es capaz de leer los designios del Todopoderoso?

—Nadie, es cierto; pero me siento muy malo.

El sacerdote se sienta al lado del enfermo, y éste da órden de que nadie les interrumpa.

Pablo, viendo aquel anciano venerable, cuyo rostro, lleno de bondad, le inspira confianza, concibe la idea de hacer una confesion general de todas sus culpas.

El sacerdote permanece cuatro horas encerrado con el enfermo. Al salir de la habitacion puede notarse que el rostro del anciano se hallaba conmovido.

Pablo, que ha descargado su conciencia en el seno del religioso, parece hallarse más tranquilo, más animado.

Tula juega, como de costumbre, la partida de tresillo con su esposo.

A las once se levanta.

—Escucha, Tula,—la dice Pablo:—mi vida es corta, y quisiera dejar mis asuntos arreglados; procura que mañana venga á verme el escribano del pueblo.

—¡Bah! No pienses en eso.

—Te lo suplico. Ademas, aunque viva, lo que no espero nada se pierde.

—Vendrá, puesto que así lo deseas.

Cuando Tula llega á su habitacion, una doncella la entrega una carta.

—El señorito Ibrahim—la dice—me ha entregado esta carta.

La criolla despide á la doncella, y lee estas líneas:

«Tula: Mañana, cuando el sol asome sus rayos por Oriente, abandonaré esta quinta, donde nunca debí haber venido. Si usted quiere saber los motivos de esta marcha repentina, si usted quiere despedirse de mí, puede bajar al jardin, donde me hallaré á las doce de la noche, sentado en el banco de las pasionarias.—*Rafael.*»

La criolla lee dos veces la carta, y mira la esfera de su reloj.

—Son las once y cuarto,—dice, hablando consigo misma.

Y se asoma á la ventana del jardin.

La noche es oscura.

Los árboles se distinguen vagamente.

La brisa, sin fuerza para agitar las hojas, no comunica la armonía de sus besos á la vegetacion.

El silencio es tan completo, que transmite cierta tristeza, cierto malestar inexplicable.

Tula no se siente bien; su frente arde, sus manos queman, y su pecho apénas encuentra aire que respirar.

Echada de pechos sobre la terrapisa de la ventana, tal vez piensa en su esposo, tal vez en el jóven que acaba de escribirla una carta, pidiéndola una cita.

El corazon de la mujer es un misterio impenetrable.

Tula ha cometido un parricidio por Pablo; Pablo se halla á las puertas de la muerte, y Tula, sin embargo, espera con impaciencia la hora de una cita.

¿Amará á Rafael?

¿Quién es capaz de asegurarlo?

Por fin el reloj marca la media noche.

Tula se envuelve en un manto de seda, y sale de su habitacion.

Su planta no vacila.

Llega al sitio de la cita.

Sus ojos apénas pueden distinguir el banco de las pasionarias, tanta es la oscuridad; pero no importa: ella podria hallarle áun con los ojos vendados.

Una voz conocida y que la estremece la sale al encuentro.

Aquella voz le dice:

—Gracias, Tula; te agradezco la exactitud.

La criolla siente que una mano la conduce hasta el banco.

—¿Es usted, Rafael?—pregunta.

—¿Tan pronto has olvidado mi voz? Siéntate, Tula, siéntate, y hablémonos de tú, como en otro tiempo. Mañana nos separarémos, tal vez para siempre.

Tula se sienta y dice con cierto temor:

—He leido tu carta, y no comprendo tan rápida determinacion.

—Para explicarte el motivo de mi resolucion te he pedido esta cita; pero ante todo, te doy las gracias por tu condescendencia.

Rafael coge una mano de Tula entre las suyas y la estrecha cariñosamente.

Ella no la retira.

Esta concesion es una esperanza para el jóven, que vuelve á decir de esta manera:

—Ántes que mi padre te condujera al altar para darte el nombre de esposa, yo te amaba, Tula; tú lo sabes: el primer latido de mi corazon fué para tí. Yo era entónces un niño, y

tú me despreciaste. No te acuso. Despues, forzoso fué respetar á la esposa de mi padre. Sin embargo, seguí amándote en silencio, con la esperanza de que algun dia se realizarian mis dulces ensueños; pero ¡ay! un hombre se interpuso entre nosotros, y ese hombre, apoderándose de tu corazon, mató mis esperanzas y me hizo el más desgraciado del mundo.

Rafael se detiene y exhala un suspiro.

Tula guarda silencio, pero su mano tiembla entre las del jóven.

—Muerto mi padre, juré seguirte por todas partes, hasta que la firmeza del amor que te profesaba ablandara tu corazon, pero una desgracia imprevista destruyó mis planes; una mañana que me hallaba cazando, un negro cimarron, sin duda con el objeto de robarme, ó tal vez para satisfacer alguna venganza, me hirió mortalmente; Mahomet me recogió casi cadáver de unos cañaverales en las orillas del rio Tinima, y fué su cura tan acertada, que tres meses despues me hallaba completamente restablecido. Entónces supe que te habias casado con Pablo, abandonando la ciudad de Puerto Príncipe á los pocos dias. Perdí las esperanzas, y acepté el ofrecimiento de Mahomet de recorrer las dilatadas regiones del Asia. Viajeros incansables, no por eso dejé de soñar todas las noches con la mujer que me habia robado la voluntad, con aquélla que era dueña de mi corazon. Transcurrió el tiempo, y la casualidad hizo que volviera á encontrarte; hizo más: hizo que viviera bajo tu mismo techo, para que mi tormento fuera mayor.

Rafael se detiene de nuevo, y Tula sigue encerrada en su impenetrable silencio.

CAPITULO VII.

El beso de amor.—Planes de muerte.

Así transcurren algunos segundos.

Por fin Rafael vuelve á decir de este modo:

—Mañana nos separarémos para siempre; no puedo permanecer á tu lado; el aire que respiras quema mi corazon.

—Rafael,—dice por fin la criolla,—si yo tuviera palabras para disculparme á tus ojos, te suplicaria que te quedaras.

Esta frase parece pronunciada con el corazon.

Rafael no puede dominar un estremecimiento.

Tula se apercibe del efecto que producen sus palabras, y exhala un suspiro.

—Para quedarme, sería preciso que tú me amaras,—responde Rafael.

—¡Amarte! Aún vive mi esposo.

—Pero la muerte sonrie sobre su lecho, esperando su presa.

—La ciencia suele engañarse.

—Mahomet es infalible en sus fallos: tu esposo dejará de existir dentro de tres dias.

Aquí hacen otra pausa.

El diálogo va tomando un carácter extraño, casi criminal, por parte de Tula.

Rafael comprende que aquella mujer no está léjos de amarle.

El misterioso espíritu de venganza, que abrasa su pecho, le inspira para continuar de este modo:

—Escucha, Tula: yo te amo, como siempre, con un amor sin límites; por complacerte me siento capaz de todo. Si tú me amas, yo seré tu esclavo, tu voluntad será la mia; dame una esperanza, y la resignacion volverá á nacer en mi alma. Tú eres jóven y hermosa; tu esposo un cadáver que respira, que habla. Suponer que Pablo será el último amor que caliente tu corazon es un absurdo; si no á mí, amarás mañana á otro. Cuando una mujer como tú se encuentra en la primavera de la vida, el amor es una segunda naturaleza, una necesidad. Si posible fuera que recorrieras las dilatadas regiones del mundo, no hallarias un hombre que te amara como yo te amo. ¿Qué quieres de mí? Pide, y estoy resuelto á todo; manda que me suicide á tus piés; señálame un enemigo, y morirá si lo quieres á mis manos, pero no me rechaces; ten lástima de esta enfermedad que la luz de tus ojos transmitió á mi alma. ¡Tula, Tula, yo te amo! ¡Ten piedad de mí!

Rafael rodea la cintura de la criolla con su brazo, y la aproxima hácia su pecho.

Tula se encuentra en uno de esos momentos en que no se tiene voluntad, y no rechaza las amantes caricias que le pro-

diga el hombre que más la odia, pero que tan perfectamente finge el amor.

Nunca en sus oidos han sonado frases tan apasionadas.

Su primer esposo la amó con la frialdad que transmiten las canas al corazon; fué para ella un padre, más bien que un amante.

Pablo Robles, más apasionado que Quesada el mulato, pero ménos que Rafael, nunca la habia hecho tan entusiastas promesas, tan ardientes confesiones.

Tula comienza á aturdirse.

Ciertas naturalezas apasionadas arriesgan mucho cuando toman como un juego las citas de amor.

Tula piensa tender las redes á Rafael, y éste la ha cogido en las suyas.

Porque no hay música más agradable para el alma de una mujer que las palabras de amor que le dedica un jóven en las altas horas de la noche, bajo las ramas de un árbol perfumado con los mil aromas de la primavera.

Tula inclina la cabeza sobre el pecho de Rafael, y el silencio se ve interrumpido por el dulcísimo rozamiento de un beso.

Aquella mujer, tantas veces culpable, acaba de dar un nuevo paso, que debe conducirla más léjos de lo que puede imaginarse.

Para Tula no existe en aquel instante ni pasado ni porvenir.

Un beso reasume su vida al presente.

Rafael comprende que ha vencido, y dice de este modo:

—Si tú me amaras, cruzaríamos de nuevo el Océano, y eli-

giendo el punto de nuestro país natal que más te gustara, formaríamos en él un paraíso; pero tu silencio mata mis esperanzas, y veo que me será forzoso partir mañana.

—Quédate, Rafael. ¿Quién sabe lo que nos reserva el porvenir?—dice Tula con melodioso acento.

—Pero para quedarme necesito una esperanza.

—Nada puedo decirte. Mi esposo vive.

—Pero si muriese...

—¡Oh! Entónces sería preciso que yo fuera muy cruel para no recompensar el amor que me tienes.

—Luego si Pablo muere, ¿consentirás en ser mi esposa?

Tula duda un momento, pero el aliento abrasador de Rafael, al estrellarse sobre su frente, la hace pronunciar un *sí* apasionado.

. . . .

Cuando Rafael entra en la habitacion, Tanguay le está esperando.

—Largo rato ha durado la conferencia con Tula,—le dice.—Tu rostro me indica que estás contento.

—¿Para qué negarlo? La criolla me ama.

—¡Hola!

—Es mia, como puede serlo una esclava.

—Tanto mejor.

—Cuando quede viuda, partirá conmigo.

—¿Adónde?

—Dios y yo lo sabemos solamente.

—¡Ah! ¿Tienes secretos para mí?

—Si quieres emprender el viaje con nosotros, nada te ocul-

taré de los planes que he concebido; si te niegas á acompañarnos, no puedo revelarte nada.

—¿Pero adónde pretendes dirigirte?

—A la India.

—Entónces, cuenta conmigo. ¿Cuándo partimos?

—Tan pronto como Pablo deje de existir.

—No se hará esperar el viaje.

—Dime: ¿conoces por ventura algun capitan de buque, de esos hombres cuya conciencia se estrecha ó ensancha á gusto del que les paga?

Tanguay mira á Rafael, como deseando comprender el motivo de aquella pregunta.

—¿Y para qué necesitas tú un pirata?—le pregunta.

—Ya lo sabrás; pero ahora responde.

—Conocí á uno en las costas de Guinea; hacía por entónces el tráfico de négros con los colonos de las vegas de Virginia. Su cabeza hubiera sido una gran adquisicion para adornar el tope más alto de un buque de la armada.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—¿Olvidas que nos hallamos en el centro de España?

—Pero bien; ese hombre tendrá una residencia; se le podrá escribir, alquilar su buque. El dinero allana muchas dificultades.

—Aguarda; conozco otro hombre á propósito; y lo que es ese, no sería difícil hallarle: en Gibraltar hacía el contrabando; en la costa le curé una inflamacion á los ojos, producida por un fogonazo, y se me ofreció para todo lo que me ocurriera. Es un genoves, hombre práctico en el gran charco; ha servido en varios buques de gran porte como contramaestre, y de

todos ellos ha sido expulsado por díscolo. Se dice que es hombre de historia. Cuando yo le visité en el puerto de Gibraltar, mandaba un brik llamado *La Pantera.*

—¿Su nombre?...

—Pietro Tempesta; es parroquiano de la taberna del judío Isaac el *Rojo*, que vive en el puerto. «Si alguna vez me necesitais, querido doctor, me dijo, dirigíos á la taberna de *Levante*, y preguntad al patron por mi persona, que él os dará cuenta de ella.»

Rafael apunta en su cartera todo lo que acaba de decirle Tanguay.

—Está bien,—dice;—buscaré á Pietro.

—Para eso tendrás que ir á Gibraltar.

—Iré.

—Pero es inseguro encontrarle.

—Nada cuesta probar. Si hace el contrabando en la costa, no es difícil hallarle. Ahora voy á hacerte una pregunta. ¿Tienes seguridad de que Tula vivirá aún tres meses?

—Si tú no la has hecho beber más que doce gotas, vivirá noventa dias.

—Está bien; ahora júrame obedecerme en todo hasta el dia de mi venganza.

—¿Dudas de mí?

—No; pero necesito oir tu juramento.

—Pues bien; lo juro.

Rafael estrecha la mano de Tanguay, y dice:

—Ántes de cuatro meses mi fortuna será tuya, mi padre quedará vengado, y el doctor Side Mahomet Ben-ad-jé me dará las gracias por mi ingenioso proyecto.

Despues se acuesta.

Tanguay, por espacio de una hora, no puede reconciliarse con el sueño.

En vano procura adivinar los planes de su ahijado.

—¡Ah!—dice, hablando consigo mismo.—Preciso es que el veneno de la venganza se halle muy arraigado en el corazon de Rafael para que no sucumba ante las miradas incitadoras de la criolla. Él tiene veinte años, y ella es hermosa como una sirena. Creo que no se vengará.

Despues Tanguay se queda dormido.

El sueño pone punto final á sus apreciaciones.

CAPITULO VIII.

La hora de la muerte.

Tres dias despues de los acontecimientos que acabamos de narrar, un sacerdote se halla ayudando á bien morir á Pablo Robles.

Serán las nueve de la noche.

Sobre una mesa, colocada en la alcoba, y cubierta con un tapete negro, se ve un crucifijo de marfil, alumbrado por dos cirios.

Pablo apénas puede hablar; la fatiga y el hipo apagan la voz en su garganta.

El sacerdote, compadecido de la terrible agonía de aquel hermano en lágrimas y miserias, coloca dos almohadas más debajo de la cabeza del enfermo.

Pablo demuestra su agradecimiento con una mirada sin brillo.

—Mi última hora se acerca, padre mio,—dice con acento

que apénas se percibe.—Mi alma se apartará pronto de este barro maldito, de esta materia criminal. Nada espero, porque he pecado mucho.

—La clemencia de Dios es infinita,—responde el sacerdote.—La contricion en la hora de la muerte aplaca la cólera del Todopoderoso, y le dispone para el perdon.

—¡Ah! Yo he sido un miserable; yo he apartado siempre los ojos del cielo, fijándolos con codicia en el oro y los vicios de la tierra; cuando usted se separa por algunos momentos de este lecho, yo veo proyectarse mil visiones en las paredes de mi alcoba; la terrible imágen de la muerte viene á posarse á los piés de mi cama, y me dirige miradas, que, aunque brotan de unas órbitas sin luz, enfrian mi alma, y me envia sonrisas que paralizan las débiles palpitaciones de mi corazon. El grito de la conciencia turba cruelmente las cortas horas de reposo que disfruto; el recuerdo de ayer levanta en mi cerebro ecos amenazadores, para traer á mi imaginacion las infamias que he cometido.

Pablo no puede continuar.

La fatiga ahoga su voz en la garganta, y juntando sus descarnadas manos con ademan suplicante, dirige al sacerdote miradas que revelan el aflictivo estado de su espíritu.

El pastor de Jesucristo lee en voz alta en su *Breviario*, y dirige de vez en cuando palabras de consuelo al pobre moribundo.

—¡Ah!—vuelve á decir Pablo.—Yo siento aquí, en el corazon, reconcentrarse las últimas chispas de calor vital que quedan en mi cuerpo; pero es un calor que quema lo mismo que un boton de fuego. ¡Qué tormento, padre mio!... ¡Qué

horrible agonía!... Si mi muerte es segura, ¿por qué tarda tanto en llegar?

Nuevamente suspende su relato el moribundo.

El sacerdote continúa su rezo en voz alta, fortaleciendo con sus cristianas palabras aquélla naturaleza que se inclina en busca de un sepulcro.

—Padre mio,—vuelve á decir Pablo,—usted rogará á Dios junto á mi cadáver. Las oraciones de los justos llegan á las puertas del paraíso.

—La vida, hijo mio,—dice á su vez el sacerdote,—es un gemido de dolor más ó ménos prolongado; la criatura que no ha dejado nunca de sentir en su alma el santo calor de la fe, no teme la muerte, porque ella le anuncia el principio de una vida eterna; reconcentra tu espíritu; piensa en la eternidad; no olvides que la clemencia de Dios es tan infinita, que sólo rechaza á los réprobos; que tu último suspiro, que tu último pensamiento, que tus últimas palabras sean dedicadas á Aquél que todo lo puede.

Y el sacerdote se acerca á la mesa, coge el crucifijo y lo deposita en las manos del moribundo.

Pablo besa aquella santa imágen con fervor, y de sus hundidos ojos brotan dos lágrimas, que resbalan por sus pálidas mejillas.

En este momento el péndulo de la habitacion da diez campanadas.

Pablo quiere articular alguna frase, pero sus palabras se pierden sin sonido al traspasar los labios, que se agitan con precipitacion exhalando un suspiro.

El sacerdote se levanta, coloca el *Breviario* abierto sobre

la frente del moribundo, y se arrodilla despues junto al lecho.

—¡Dios mio,—exclama,—recibe el alma de un pecador arrepentido, que pronto, abandonando la materia, llegará hasta tí!

Pablo, haciendo un esfuerzo sobrenatural, se incorpora en la cama, se abraza con religioso fervor al crucifijo que tiene en las manos, y reuniendo el resto de vida que aún queda en su cuerpo, exclama:

—Padre mio, que se cumplan las últimas disposiciones que ayer dicté al escribano de este pueblo; la luz desaparece de mis ojos, mi corazon no late, yerto sin duda por el frio de la muerte. Angela... Enriqueta... Quesada... Rafael... Juan José... perdonad... á vuestro... verdu...

Pablo no puede acabar y cae desplomado sobre el lecho, produciendo un ronquido extraño. Es el último soplo de vida en su garganta.

El sacerdote se pone en pié, murmurando:

—La mision de la tierra está cumplida; la justicia de Dios comienza. ¡Señor, tened piedad de él! ¡Mostrad una vez más vuestra infinita clemencia!

Despues cubre con la vuelta de la sábana el rostro del cadáver, y arrodillándose nuevamente junto á la cama, comienza con fervorosos labios á entonar la oracion de los difuntos.

Pablo, en su última hora, no ha tenido ni una palabra para su esposa, ni un recuerdo para la mujer cuya hermosura, ó mejor dicho, cuya riqueza, le habia hecho cometer un crímen.

El moribundo sólo desea conciencias tranquilas alrededor de su lecho de muerte.

Tula, en vez de consolar á su esposo, hubiera sido un remordimiento.

Por eso Pablo quiso quedarse solo; por eso, presintiendo la muerte, sólo pidió la compañía del sacerdote, de un hombre limpio y de conciencia tranquila.

La criolla no se opuso á la voluntad del moribundo, y esperó en el próximo aposento.

Cuando el sacerdote ha rezado por el alma de aquel hombre, se levanta, y abriendo la puerta, dice:

—Señora, todo está cumplido; nosotros sólo podemos encomendarle á Dios.

Entónces la criolla entra en la alcoba de su difunto esposo, y cae de rodillas á los piés de la cama, orando por espacio de media hora.

El buen sacerdote, siempre compasivo, la suplica que se retire.

—Aquí nada puede usted hacer, señora,—la dice.

Tula es conducida por una doncella á su habitacion.

Al dirigirse á su alcoba, ve sobre la mesa de noche un papel manuscrito.

Aquella letra la estremece, y manda retirar á la doncella.

Cuando se queda sola, coge con precipitacion el papel, le aproxima á la luz, y lee estas palabras:

«Pablo ha muerto. El obstáculo no existe: llora, es justo. Dentro de un mes nos verémos en Madrid, donde te recordará tu promesa—*Rafael.*»

Tula, pálida, conmovida, quema aquella carta á la luz de la bujía, dejándose caer vestida sobre el lecho, y cubriéndose la cara con las manos.

Allí llora mucho.

Cansada de derramar lágrimas, quiere buscar el reposo en

el sueño, pero el sueño huye de sus párpados, y el nuevo sol la sorprende despierta.

Las ventajas que proporciona un crímen no se gozan nunca con tranquilidad.

Nada es tan caro como las deudas que contrae la conciencia.

El remordimiento es el usurero más exigente de la criatura y Tula es su esclava, porque su deuda es de esas que se contraen en la tierra y se pagan en la eternidad.

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

CAMINO DEL DESENLACE.

CAPITULO PRIMERO.

El suicidio.

Cuando una novela se encuentra en la rápida pendiente que conduce á su desenlace, el autor va recogiendo los cabos que se dejó sueltos durante su narracion, temeroso de que el lector le reconvenga al menor descuido.

El olvido de un personaje episódico suele ser muchas veces causa del desagrado del que gasta su dinero con el objeto de entretener algunas horas, y no es extraño que algun malhumorado lector coja la plùma y dirija al novelista una epístola demostrándole su descontento.

Así pues, comenzaré en este libro por trasladarle al despacho del banquero don Bernardo Etartegui.

Son, poco más ó ménos, las once de la noche.

Sentado junto á su mesa de escritorio, el padre de Paula escribe con nerviosa mano sobre una hoja de finísimo papel azulado.

Sobre la mesa se ven algunas cartas abiertas y un libro de caja.

De vez en cuando Etartegui suspende la escritura, coloca el codo sobre la mesa, la barba en la palma de la mano, y exhala un profundo suspiro.

Veamos nosotros lo que piensa aquella imaginacion abrumada por los terribles golpes del infortunio.

—Hace dos meses yo era un hombre muy rico, feliz en la apariencia, y envidiado por todos los hombres de fortuna, de posicion: hoy soy un miserable, un comerciante que ha visto disiparse su crédito, como el muchacho inexperto que coge un puñado de humo, y lo aprieta entre sus dedos. Mi nombre es un sarcasmo en la Bolsa; y si mañana ántes de la una no pago los vencimientos que tengo, la bancarota me pondrá fuera de la ley. ¡Oh! ¡Tres millones, tres millones, y aún podia salvarme! ¡Miserables! Les he escrito, y su silencio es el desprecio que me arrojan al rostro. ¡Raquel! ¡Infame! ¡Ernesto! Ese no es mi hijo; él lo sabe; hace bien. ¡Es justa la recompensa! ¡Odio por odio, vida por vida! Mi esposa, tambien enferma, casi moribunda, se niega á protegerme. Para mayor escarnio, ha separado su dote; lo reserva para su hijo, para el hijo del hombre á quien tanto amó. Pero terminemos esta carta; será un golpe fatal para mi pobre Paula, para la hija de mi corazon. Es preciso; yo no puedo soportar el duro golpe que me espera mañana. Suspendo los pagos, pero extingo mi vida. ¡Ea, valor! ¿Qué es la existencia cuando no da más fruto que el desprecio de nuestros semejantes? Un tormento. ¿Qué importa respirar en el mundo de los hombres doce años más, cuando sólo se ve la miseria en lontananza?

Don Bernardo exhala un segundo suspiro, y continúa la interrumpida carta.

Su mano corre veloz sobre el papel.

Las ideas brotan sin detencion de los puntos de su pluma, y de vez en cuando alguna lágrima cae sobre las letras que traza, borrando la frase, oscureciendo el sentido de una palabra.

Por fin termina la carta, y la cierra, escribiendo en el sobre:

«A la señorita doña Paula Etartegui, monja novicia en el convento de...»

Luégo fija de nuevo los ojos en el libro de caja, que se halla abierto sobre la mesa.

Por espacio de un cuarto de hora revisa el *debe* y el *haber* con profunda atencion, y al fin tira la pluma con desaliento, murmurando:

—¡Tres millones! ¡tres millones! ¡Cifra fatal! ¡Oh! Maldita sea la mujer que causa mi ruina!... Afortunadamente, el dote de mi hija está pagado, y si, cansada del mundo, se decide á profesar, su existencia se deslizará tranquila en los solitarios claustros de un convento. ¿Qué mejor esposo que Jesucristo? Ninguno seguramente. ¡Dichosa ella, que podrá rogar á Dios por el alma de un malvado! ¡Esa es mi esperanza, mi único consuelo!

Don Bernardo examina con profunda atencion algunas cartas.

—¡Todos, todos mañana!—dice hablando consigo mismo.—Ni uno solo tiene consideracion. ¡Es justo! Yo tambien he sido intransigente en cuestiones de comercio. Mi muerte es produ-

cida por las mismas heridas que he dirigido á mis prójimos. ¡Oh! ¡Quién puede esperar clemencia ni consideracion de esos hombres que comercian con la pobreza y la ruina de su patria!... Jugar á la baja, esa ha sido siempre mi marcha. ¡Dios me lo perdone!

Nuevamente suspira el banquero arruinado, y se pasa con fatiga la mano por la frente.

Abre uno de los cajones de la mesa, y saca una elegante caja de pistolas de tiro.

Examina los pistones y las llaves, cuyo estridente piñoneo hace asomar una sonrisa á sus labios.

Es la sonrisa del malvado, del hombre de corazon pequeño, que, faltándole valor para luchar contra el infortunio, se dispone á buscar en la muerte un puerto seguro contra los rudos vaivenes de la desgracia que le amenaza.

—¡Bah! Acabemos,—se dice.

Y levantándose del sillon, se dirige á un sofá, donde se deja caer maquinalmente.

Una vez allí, coloca el cañon de la pistola sobre su sien derecha, y murmura en voz baja:

—¡Dios mio, Dios misericordioso, ten piedad del alma de un malvado!

Luégo se oye una detonacion, doblemente ruidosa por el silencio de la noche y las elevadas paredes de la sala.

Etartegui cae primero sobre el sofá, y luego rueda, bañado en su sangre, por la alfombra.

Su muerte ha sido rápida, casi instantánea.

Tres minutos despues un criado entra precipitadamente en la habitacion.

Todos los síntomas característicos del espanto están marcados en su semblante.

Al pronto no ve el cadáver de su amo.

Sólo observa que la sala está vacía, y que por el espacio se eleva una columna de humo.

Avanza unos cuantos pasos, y sus piés tropiezan con un objeto.

Reconocer la causa de la detonacion y salir rápidamente de la sala, todo es obra de un segundo.

La alarma crece; los criados se agrupan, preguntando á su espantado compañero la causa del estruendo.

Con palabras entrecortadas por el terror cuenta lo que ha visto.

En este instante la campanilla que comunica con la alcoba de la enferma suena repetidas veces.

—Es la señora, que llama,—dice una doncella.

—Pero ¿qué se la dice?—pregunta un criado.

—La dirémos la verdad.

—Forzoso es que lo sepa.

—¿Para qué hemos de ocultarla lo que más pronto ó más tarde ha de saber?

—Creo que deberíamos llamar inmediatamente al celador del barrio.

—¡Qué desgracia!

—¡Todos vamos presos!

—¡Tambien ha sido ocurrencia!

—¡Nos ha comprometido!

Y los criados forman un peloton, apretándose los unos contra los otros, sin atreverse á avanzar un paso.

En este momento una vision, una sombra del otro mundo, aparece en la sala.

Viene envuelta en un sudario blanco; está pálida como la muerte, flaca como un esqueleto.

Al verla, todos lanzan un grito.

El pánico se apodera de los espíritus, y se disponen á huir, cuando una voz conocida los detiene.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sido esa detonacion?

—Es la señora,—dice una doncella, reconociendo á doña Isabel.

—¿Por qué no acudis cuando os llamo?—vuelve á preguntar doña Isabel.—¿Por qué os encuentro sobresaltados en esta pieza?

—¡Ah, señora! ¡Qué desgracia!

—¡Quién lo habia de pensar!

—¡Qué compromiso!

—¡Pobres de nosotros!

—¡Pobre señor!

—¡Pobre don Bernardo!

—¡Acabad! ¡Acabad de una vez!—grita con desesperacion la enferma, apoyándose en el respaldo de una butaca para no caerse.

—Don Bernardo se ha pegado un tiro,—dice por fin uno de los criados.

Doña Isabel exhala un grito, se lleva la mano á la frente, y exclama:

—¡Se ha suicidado!

—Sí; eso ha sido la detonacion que se ha oido hace pocos momentos.

Las doncellas ven vacilar á su ama, y corren á sostenerla, conduciéndola casi sin sentido hasta su alcoba.

Media hora despues, el célador del barrio y el juez del juzgado se hallan alrededor del cadáver tomando todos los datos necesarios en semejantes casos.

CAPITULO II.

Contraste.

Dicen que los viajes instruyen y deleitan; viajemos pues.

Dejando la córte, trasladémonos á un pueblo de Aragon, cuyo nombre empieza con esta letra: *B.*

A la terminacion del arrabal del Mediodía se halla una casita de dos cuerpos y construccion moderna.

Tiene una pequeña huerta con algunos árboles frutales y cuatro grandes acacias.

La primavera comienza á desplegar sus encantos, sus perfumes, sobre esta huerta.

Los almendros sacuden las blanquecinas hojas de su abundante flor; los albaricoqueros, las sonrosadas hojas que prececeden á su sabroso fruto.

Todo allí sonrie, todo allí encanta.

Es un dia sin nubes, con un sol primaveral y un ambiente puro, como el que se respira en un pueblo cercado con cariño por las robustas lomas de dos montes.

Entremos en el huerto.

Un hombre, que á lo más tendrá cuarenta años de edad, de rostro simpático, mirada bondadosa y color sano, se ocupa en abrir algunos surcos á una tabla de regadío donde descuellan las enanas plantas de un habar.

Aquel hombre viste una tubina corta, de pana de color yesca, y un pantalon de la misma tela; lleva un sombrero hongo y unos zapatos blancos.

Tiene el cuello de la camisa desabrochado, como el hombre que no quiere estorbos para el trabajo.

A pocos pasos del hombre, sentada á la sombra de un hermoso cerezo, se ve una mujer que viste una sencilla bata de percal.

Tendrá treinta y seis años; tiene la hermosura de la resignacion y el encanto de la modestia.

Dos niños se hallan á su lado en pié, y cada uno de ellos tiene un libro abierto.

Como á veinte pasos de esta familia, un cachazudo pollino, con gravedad filosófica, da vueltas á una noria.

De vez en cuando, el hombre que se halla encorvado hácia la tierra, levanta la cabeza, dirige una mirada al árbol, y se sonrie con verdadera satisfaccion; luégo, cambiando de punto de vista, mira al pollino, y dice:

—Vamos, un poco más y la tarea se concluye. ¡Pobre *Pizarrito!* Bien conozco que la noria te da malos ratos; pero ¡qué quieres! la vida es una carga, y debemos soportarla con paciencia.

Estas frases cariñosas producen el efecto contrario, pues el pollino, al oir la voz de su amo, detiene el paso.

El monotono ruido del agua, al caer desde los cubos á la pila, cesa, y uno de los niños, que da leccion á la sombra del árbol con su madre, apartando los ojos del libro, dice:

—¡Arre, *Pizarrito!*

—El pobre está cansado;—repone la mujer;—déjale que tome aliento.

—Efectivamente,—dice Juan José, dejando el azadon y reuniéndose con su familia;—desde las seis de la mañana está dando vueltas á la noria.

—Y son las diez,—dice Francisca.

El lector habrá conocido á la familia que nos ocupa.

—Entónces,—dice Juan José, dirigiéndose á sus hijos,—id á decir á la criada que ponga el almuerzo en la mesa.

—Papá,—exclama Alejandro,—¿me llevo á *Pizarrito* á la cuadra?

—Sí, hijo mio: hoy ha ganado bien el humilde pienso que le das.

Alejandro, seguido de su hermana, llega á la noria, desata el pollino, y se encamina hácia la casa.

Pizarrito les sigue de muy buena gana, permitiéndose demostrar su alegría con alguna que otra pirueta, que hace reir con toda la boca á los chicos.

Juan José, cubierto el rostro de sudor, pero con la mirada radiante de felicidad, ocupa un trozo del banco que sostiene á su esposa.

Francisca enjuga con cariñoso interes la frente de su esposo.

—¡Pobre Juan José!—le dice.—La vida del labrador es más fatigosa que la del comerciante, ¿no es verdad?

—Querida Paca, si te he de ser franco, no echo de ménos mi caballo de silla, ni mi carretela, ni todas aquellas comodidades supérfluas del tiempo pasado. Soy completamente feliz. Tú estás contenta, porque eres un ángel. Nuestros hijos, sanos y alegres, porque les prueba el aire saludable de estas montañas. Mi padre se mira en nuestros ojos, y se rie siempre; y en el pueblo no contamos más que con leales amigos, que, á pesar de nuestra pobreza, se desvelan por demostrarnos el aprecio que nos tienen.

—¡Oh! ¡Eso es verdad! Aquí no tenemos enemigos.

—Pues éntónces, ¿para qué mayor felicidad? Yo bien conozco que nuestra renta apénas llega á ocho mil reales. Pero, gracias á Dios, no pasamos hambre; esta huerta, cuidada con esmero, nos proporciona verduras y frutas; y puedes creerlo, nunca me han sabido mejor. ¡Como que las crió yo! Despues, mi sueldo como secretario del ayuntamiento, nos da para vestir. Estoy contento con mi suerte, y bien sabe Dios, querida Francisca, que sólo por tí echo de ménos de vez en cuando el pasado esplendor.

La buena Francisca escucha á su esposo con profundo interes, pero no puede ocultar dos lágrimas que se desprenden de sus ojos.

—Vamos á ver, ¿por qué lloras?—pregunta Robles.

—Lloro, Juan mio, de felicidad, porque nunca lo he sido tanto como ahora; porque nunca he sabido lo que valias hasta el momento en que la desgracia ha puesto á prueba tu hermoso corazon.

—¡Buen corazon! ¿Qué quieres que haga? ¿Que me desespere, que te atormente? No, señor; el hombre debe tener con-

formidad. Ya verás como, á pesar de nuestra pobreza, Dios nos proporciona recursos para que cuando llegue el dia nuestro Alejandro pueda estudiar una carrera en Zaragoza.

—Mucho me alegraria.

—Le harémos abogado.

—Para eso se necesita mucho dinero.

—Pues bien; podemos ahorrar los cuatro mil reales que me da el ayuntamiento.

—Tienes razon.

—De modo que el chico tiene ahora ocho años; cuando tenga catorce tendrémos un capital disponible de veinticuatro mil reales, que si lo sabemos manejar, con la compra de granos, en tiempo de las cosechas, puede aumentarse nuestra fortuna.

—Me conformo de todo corazon.

—Pues comenzarémos á guardar en un rincon de la cómoda el suéldo desde este mes.

—Me parece muy acertado.

—Nada más gustoso para un padre que las economías que le obliga á hacer un hijo.

Aquí llega la conversacion de los dos esposos, cuando ven venir hácia ellos al tio Jorge por el extremo de la huerta.

—¿Viene usted á buscarnos para almorzar?—le dice Juan José levantándose.

—No, hijo mio, no; vengo á decirte que tenemos una visita de Madrid.

Juan mira á su esposa y ésta á su marido, como preguntándose quién puede ser el forastero.

—¿Le ha dicho á usted cómo se llama?

—Dice que no le conoces; pero su nombre es don Ambrosio Acuña, escribano del pueblo de Villaviciosa.

—No le conozco.

—Ni yo tampoco.

—En fin, pronto saldrémos de dudas.

—Eso es lo mejor.

—Vamos á ver qué quiere de mí ese señor don Ambrosio Acuña.

Y los tres se encaminan hácia la casa, situada al extremo de la huerta.

CAPITULO III.

Malas y buenas nuevas.

El escribano don Ambrosio Acuña, cubierto con el polvo del camino, se halla sentado en una silla en el pequeño despacho de Juan José, cuando éste entra, interrumpiendo el silencio que rodea al guardador de la fe pública del pueblo de Villaviciosa.

—Dispense usted, caballero,—le dice Juan,—si le recibo en este traje, que no es por cierto el más á propósito...

—Usted está en su casa, caballero; y segun me ha dicho su padre, cuando yo llegué se ocupaba en las dignas faenas del labrador.

—Esa es mi ocupacion desde que emigré á este pueblo. Pero ¿en qué puedo servir á usted?

—Supongo que estoy hablando con don Juan José Robles.

—Servidor de usted.

—Pues bien: señor don Juan, yo vengo desde Villaviciosa á traerle á usted buenas y malas noticias á la vez.

—Usted dirá.

—Cuando uno se dirige á un hombre, creo que los rodeos son del todo inútiles.

—Efectivamente.

Juan José comienza á sobresaltarse.

—Señor don Juan,—dice el escribano,—su hermano, don Pablo Robles, le nombra á usted heredero de la fortuna que le corresponde.

—¿Cómo? Luego mi hermano...

El escribano, hombre experimentado, cree prudente hablar primero de la fortuna que de la muerte, y dice:

—Pues bien: don Pablo le deja á usted nada ménos que dos millones de duros.

Juan ve pasar una nube por delante de los ojos; siente un ruido extraño en los oidos, y nota que las piernas le flaquean.

Don Ambrosio, que advierte la conmocion y la palidez de su interlocutor, le dice apresuradamente:

—Pues sí; el pobre señor don Pablo, despues de una enfermedad terrible, ha pasado á mejor vida, muriendo como un verdadero cristiano. Como los bienes eran gananciales, segun parece, se han dividido, y no teniendo hijos, ha nombrado á usted su heredero universal, cuya suma, de dos millones de duros, será entregada á usted por su apoderado, en títulos de pertenencia, papel del Estado y otros valores.

Juan se deja caer sobre una silla.

Todo aquello le parece un sueño.

El escribano teme que el heredero se ponga malo, corre hácia la puerta, y pide socorro.

Pronto acuden Francisca y el tio Jorge; pero Juan José

repuesto un tanto de la natural sorpresa, les recibe con una sonrisa, y les dice:

—No es nada, padre mio; no te sobresaltes, querida Francisca.

—¿Pero qué pasa aquí?—pregunta la esposa, mirando alternativamente al escribano y á su marido.

—Que este caballero—vuelve á decir Juan José—acaba de ser portador de una buena noticia y de una mala nueva. Mi pobre hermano ha muerto, y en su testamento me deja nada ménos que dos millones de duros.

Desistimos de pintar los encontrados efectos que las citadas nuevas producen á la familia del viejo Jorge.

Transcurridos los primeros momentos, es decir, cuando todo el mundo se siente más tranquilo, se dispone una habitacion para el escribano don Ambrosio, puesto que hasta el dia siguiente no debe abandonar el pueblo.

Aquella misma noche, cuando Juan José y su mujer se retiran á su cuarto, como no tienen sueño, entablan el siguiente diálogo:

—¿Qué piensas hacer con esos cuarenta millones de reales que te deja tu hermano?

—Ante todo, fundar en el pueblo un hospital, que llamarémos de *San Pablo*, en memoria de mi pobre hermano.

—Mira, podemos dotar tambien doce doncellas pobres del pueblo,—dice Francisca.

—Apruebo el pensamiento; y librarémos tambien los cuatro quintos que se sacan en el primer sorteo.

—¡Ah! Mira: la iglesia está amenazando ruina.

—Tienes razon; la harémos nueva.

—Creo que lo más conveniente es que desde ahora fijemos una cantidad para todo.

—¿Te parece bastante cien mil duros?

—¡Cien mil duros! ¡Oh! ¡Qué hermoso es ser rico! Con esa cantidad, distribuida con tino, se acabarán los pobres en el pueblo, y nos amarán con locura.

—Y ahora, querida Francisca, ¿qué harémos nosotros con tanto dinero? ¿Quieres que nos establezcámos en Madrid nuevamente?

—No, no; prefiero vivir en el pueblo.

Juan José abraza á su mujer, demostrando su alegría.

A la mañana siguiente, Juan, á pesar de la inmediata fortuna que ha heredado, apénas nace el dia, coge el azadon y baja á la huerta, donde se pone á trabajar.

A las ocho de la mañana el escribano y Francisca se le reunen.

—Señor don Juan José,—dice el escribano,—creo muy del caso que usted me acompañe á Madrid para incautarse de la herencia. Estos asuntos se arreglan mejor así que por conducto de procuradores.

Juan se queda mirando á su esposa, y Francisca, que comprende aquella mirada, le dice:

—Creo que el señor don Ambrosio te aconseja bien.

—Pues entónces, arréglame la maleta. Aún debe quedarme alguna ropa de cuando era señor; procura ponerme las prendas ménos antiguas. Los que vivimos en un pueblo de corto vecindario estamos dispensados de la moda.

El escribano y Francisca se sonrien de la franqueza de Juan José.

Aquella misma tarde, los vecinos del pueblo de B... acompañan media legua de camino á Juan José, y el escribano puede ver que no todos los ojos se hallan enjutos.

Cnando se quedan solos, como van en una modesta tartana con toldo de lona, sentados el uno enfrente del otro, don Ambrosio dice á su compañero de viaje:

—Bien se conoce, señor don Juan José, que tiene usted amigos en el pueblo. Ni al rey le hubieran hecho uno despedida más satisfactoria.

—¡Psth!—dice Robles.—Los enemigos nunca me han gustado; así es que procuro no tenerlos, y no me va mal.

CAPITULO IV.

La despedida.

Volvamos á la casa del camino de Vallecas.

Héctor se ha olvidado casi completamente de Madrid.

Hace un mes que reside en su casa de campo.

Sólo va á Madrid cuando algun asunto importante le obliga á ello.

Jamas han transcurrido los dias tan dulce y agradablemente para él.

Por la mañana da leccion de lectura á la pequeña Enriqueta en el jardin; despues del almuerzo se reune la familia en el salon de música, y toca el piano por espacio de una hora. María, que no ha vuelto á tener ningun síntoma de locura, le escucha extasiada y sin darse cuenta de lo que siente su corazon. La música tiene para ella algo que llena de dulce vaguedad su alma.

Muchas veces dice:

—¡Qué felicidad debe ser saber tocar el piano!

Entónces Héctor la ofrece enseñarla, pero María rehusa el ofrecimiento, diciendo:

—Soy muy torpe; no aprenderia nunca.

Por las tardes, cuando el sol pierde su fuerza, Héctor, María y Enriqueta bajan al jardin.

Héctor da el brazo á María; la ama con todo su corazon, pero sus labios aún no han revelado el secreto de su alma, porque el recuerdo de Eugenio no se ha borrado aún de la mente de la jóven.

Así las cosas, una mañana que Héctor se halla vestido elegantemente, dispuesto para ir á Madrid á evacuar un asunto urgente, entra un criado á anunciarle una visita.

—¿Quién es?—pregunta.

—El doctor Side Mahomet y su hijo,—le responde.

—¡Ah!—exclama Héctor.—¡Gracias á Dios que se dejan ver! Condúcelos á mi despacho; voy al momento.

Poco despues entra en la habitacion indicada.

Héctor quiere á Mahomet como se quiere á un médico sabio que nos ha salvado la vida; así es que le estrecha entre sus brazos con verdadero placer.

—¡Por fin, querido doctor, se digna usted venir á verme!

—Sí, amigo mio; por la última vez.

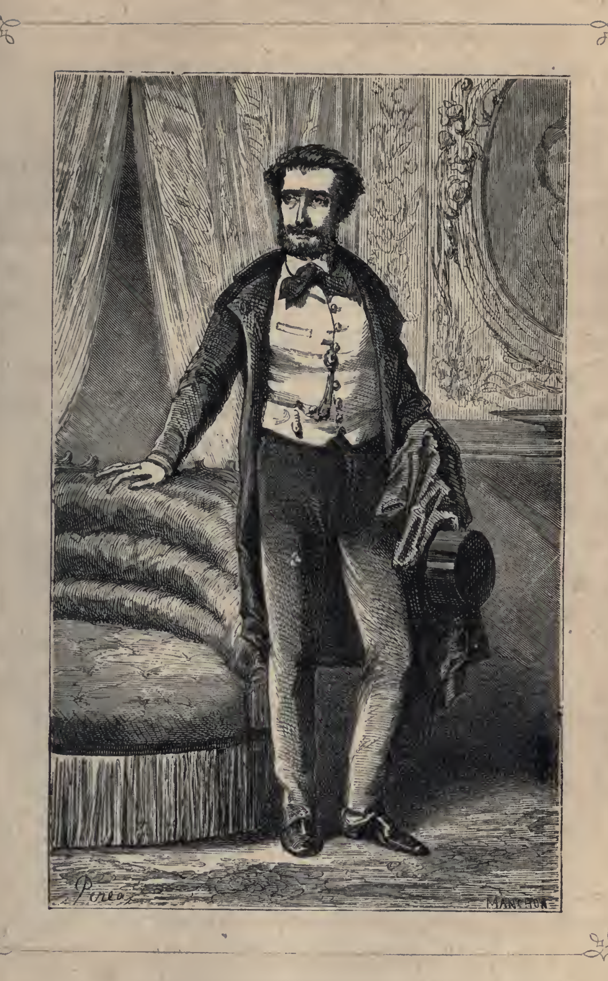
—¡Cómo!

—Partimos mañana.

—¡Tan pronto!

—Así lo exigen las circunstancias.

—¡Pero sin dedicarme algunos dias!... Convengamos, querido doctor, en que eso es una crueldad.



Héctor.

—Aunque siento en el alma separarme de los amigos á quienes estimo, tengo, querido Héctor, la costumbre de abandonar á los sanos por los enfermos. La mision del médico es sagrada.

—¿Y es un enfermo el que nos roba al ilustre Mahomet?

—Es una enferma.

—¡Ah! ¿Y se puede saber su nombre?

—La viuda de don Pablo Robles.

—¿La criolla?

Tanguay hace un signo afirmativo.

—Supe por los periódicos la muerte de Robles; pero ignoraba que Tula estuviera enferma.

—La pobre señora padece una enfermedad terrible. Se la ve languidecer de dia en dia; la tristeza la consume, la inapetencia la enerva, y los sueños y accidentes, que con frecuencia la acometen, la molestan lo que no es decible.

—¿Y abandona la corte?

—Amigo mio, los enfermos, acosados por la esperanza de hallar la salud, recorrerian el mundo sin detenerse, como el Judío errante.

—¿Y adónde va esa pobre señora?

—A Italia.

—¿Y usted la acompaña?

—Aunque creo insuficientes mis servicios, la he dado mí palabra de no abandonarla.

—¿Y usted, Ibrahim, và tambien á Italia?

—No, caballero,—dice Rafael, que hasta entónces no ha despegado los labios.—Pienso recorrer algunos puntos de España, y me reuniré con mi padre á últimos de Agosto.

—Entónces nos trasladarémos á América.

—¡Oh!—exclama Héctor.—¡Es bien triste hacer amigos para perderlos! ¡Quién sabe si nos volverémos á ver!

—Casi puede asegurarse que no nos verémos más. El itinerario que me he trazado tiene una extension de bastante consideracion. Pienso ir á la India, pero nadie puede asegurar el rumbo de la criatura, pobre arista empujada por el huracan de las circunstancias, sin saber ella misma adónde va. Pero hablando de nuestro viaje, aún no he preguntado por María.

—Se halla completamente restablecida. De vez en cuando recuerda, así cómo ún sueño, el tiempo que transcurrió para ella en la demencia. Es un vacío que no se explica en su vida; un período de su existencia que no acierta á definir, que no sabe comprender. Creo, querido doctor, que nada debemos temer.

—El peligro no existe; sin embargo, conviene que su imaginacion no vuelva á fijarse en una sola idea. La distraccion, tal vez un viaje, causarian el complemento de la curacion.

—Pienso llevarla á Suiza, á Francia; pero ántes desearia hacerla mi esposa.

—¡Ah! ¿Está usted resuelto á casarse?

—Querido doctor, creo que he encontrado un ángel, y anhelo unirme con él para toda mi vida.

—¡Dichosos aquellos que forman de la cadena del matrimonio un lazo de flores!

—El corazon me dice que casándome con María seré uno de esos mortales.

—Así sea.

Despues de este diálogo, Héctor gratifica al doctor esplén-

didamente, regalándole ademas un rico cronómetro de oro, como recuerdo de su buena amistad.

Mahomet se despide de la familia de Blas.

María no guarda memoria de haber visto nunca á aquel caballero.

Pepa no puede ménos de besar las manos de Mahomet, que ha devuelto la salud á su esposo y la razon á su hija.

Cuando Tanguay y Rafael salen de la casa de campo del camino de Vallecas, el javanes habla de este modo:

—El mundo no se compone solamente de miserables, de criminales, de corazones malvados; existen tambien criaturas buenas.

—Sí,—dice á su vez Rafael;—Héctor es un corazon recto, que tiene la bondad escrita en la frente, y María un ángel de la tierra, cuya existencia refresca el alma y la inclina hácia el bien.

—Dios los bendiga.

—Sí; Dios los haga felices.

—Nuestro síno es otro sobre la tierra.

—Matar.

—Ó tal vez morir, jóven; nadie sabe lo que el dedo de ese Dios poderoso ha escrito en el libro de su vida.

Rafael deja caer la cabeza sobre el pecho, como si las últimas palabras de Tanguay le produjeran gran efecto.

—Aún es tiempo, hijo mio; aún me encuentro con bastante poder para salvar á esa mujer, que comienza á amarte con todo su corazon; la ponzoña que mina su existencia puede encontrar el antídoto de la vida. Pronuncia una palabra, y Tula vivirá.

Rafael levanta la frente, y mirando con fiereza al javanes, le dice:

—Déjala seguir su destino; que muera el que mata; nada más justo. Mañana parto para Gibraltar; procura que se cumplan mis intenciones.

—Rafael, eres terco, eres cruel.

—Soy justo ante los hombres; criminal tal vez ante Dios; pero es tarde para retroceder. En cuanto al negro... ¡oh! á ese le reservo una muerte horrible. Él ama á Tula; por ella disparó contra mi pecho; por ella sería capaz de inmolar á un niño inofensivo; pues bien; que muera con ella.

Y Rafael, al decir estas palabras, se sonrie del mismo modo que debe hacerlo el ángel de las tinieblas ante el alma de un réprobo.

CAPITULO V.

Amor platónico.

La noche del mismo dia que acaba de ocuparnos, Tula, vestida de riguroso luto y extremadamente pálida, se halla en su elegante gabinete de Madrid leyendo en un libro.

De vez en cuando dirige una mirada al reloj de sobremesa. Aquella mirada revela cierta impaciencia.

Por fin se alza el portier, y entra Rafael.

La criolla deja el libro sobre la mesa, y enviando una sonrisa al jóven americano, le tiende una mano.

—Son las diez,—le dice con acento apasionado.

Rafael se sienta junto á la criolla, y responde:

—¿Ha venido Mahomet?

—Sí; no hace una hora que salió de esta habitacion.

—¿Y qué dice?

—Opina por el viaje á Italia.

—¿No sería mejor á América? Cuando la salud se pierde, suele recobrarse respirando los aires de la patria.

—Mahomet es un gran médico, y él opina que vayamos á Italia.

—No me opongo.

—Ademas, ha ofrecido acompañarme.

—Debes agradecérselo, porque pensaba que emprendiéramos un viaje á la India.

—Irá más tarde, cuando yo me encuentre restablecida, pero tú no le acompañarás.

—Para eso sería preciso que tú me amaras.

—Rafael, sólo hace algunas semanas que mi esposo ha dejado de existir...

—La incertidumbre es para algunos corazones la enfermedad más cruel.

—¿Dudas de mí?

—Si recuerdo lo pasado, sí; si sólo pienso en lo presente, no.

—Tu desconfianza me hace daño.

—Tula, recuerda que hace mucho tiempo que sueño en poseer tu amor, que mi único pensamiento eres tú, que sólo por tí permanezco en España.

—Espera, Rafael, espera. ¡Oh! Tú no puedes pensar lo que sufro; esta enfermedad que me consume ha cambiado por completo mi carácter. Ni yo misma puedo explicarme lo que siento. Sólo sé que soy la más desgraciada de las mujeres. Muchas veces espero con impaciencia tu llegada, y cuando tu mano descorre ese portier, cuando te veo entrar, quisiera que te alejaras, quisiera no verte.

—Tula, lo que acabas de decir es incomprensible, contradictorio en alto grado.

—Y sin embargo, es la verdad. Sufro mucho, Rafael, mucho; soy digna de lástima.

Rafael se apodera de una mano de Tula, la aproxima á su pecho, y dice:

—Nada embellece tanto la existencia de la criatura como el amor. Si tú me amaras, el sol de la felicidad resplandeceria de nuevo sobre tu hermosa frente, como en los dias mejores de tu vida, como en aquellos dias en que yo te ví por la primera vez y brotó en mi corazon la esperanza de que fueras mia. El destino ha sido muy cruel con nosotros; pero ¿quién sabe si aún podrémos reirnos del destino?

—¡Rafael! ¡Rafael!

—Mira, Tula: la ley prohibe que te llame mi esposa, pero yo siento por tí una de esas pasiones que rechazan el apetito brutal de la mayoría de los hombres. Te amo con toda mi alma, y este inmenso amor, que me devora, que arde en mi pecho, se alimenta con una mirada, con un beso, con una frase, con un suspiro. ¿Qué valen los goces de la materia comparados con los del alma? Los primeros hastian; los segundos engrandecen. Los unos tienen la vida de una hora; los otros son inmortales.

—¡Oh! ¡Vete! ¡vete!—exclama Tula, apartando sus manos de las de Rafael.

—Me iré, si así lo deseas.

Y al decir esto se pone en pié.

Tula extiende los brazos maquinalmente, junta las manos y dirige una mirada suplicante.

Rafael torna á sentarse en el mismo sitio.

—Escucha, Tula: voy á decirte lo que me dicta el alma;

desconozco el engaño, soy incapaz de mentir. Tú fuiste la esposa de mi padre, y luégo te condujo al altar un hombre que ya no existe, pero á quien odiaba con todo mi corazon. He procurado borrar de mi memoria estos dos matrimonios, que tanto me han hecho sufrir, y te amo como nadie te ha amado nunca, como nadie te amará jamas. Dos tumbas se abrieron, y ellas guardan los cadáveres de los hombres que en vida partieron contigo el lecho. Te amo, ya lo sabes; pero nunca, te lo juro, desearé poseer tu cuerpo; sólo aspiro á conquistar tu alma. Si un dia, al posarse tus labios sobre los mios, notara en tu beso los torpes, los groseros apetitos de la carne, el amor se tornaria en odio. ¡Quién sabe si tal vez te mataria!

—¡Pero, Dios mio, el amor que me profesas es un martirio sin fin!

—No, Tula, no; es la expiacion de nuestras culpas. Tu alma es vírgen; por eso la codicio, por eso la amo; tu cuerpo sólo me inspira desprecio.

Tula se lleva las manos á las sienes, como si temiera que se le escaparan las ideas.

—Rafael, temo volverme loca.

—¿Por qué, ángel mio?

—Tus palabras resuenan de un modo particular en mi cerebro. Muchas veces, cuando te separas de mi lado, dudo si ha sido un sueño todo lo que me has dicho.

—Hace muchos años, Tula mia, que mi alma se alimenta del amor que siente; para amar no se necesita ser correspondido.

—No te comprendo.

—Elévate sobre la materia, sepárate de la vulgaridad del

mundo, desprecia la carne por el espíritu, y entónces me comprenderás.

—¿Pero se puede amar del modo que tú dices?—exclama la criolla, mirando con asombro á su amante.

—Yo soy una prueba de ese amor.

—¿Y si yo te dijera: Soy tuya; haz de mí lo que quieras?

—Tu cuerpo sería sagrado para mí.

—¡Oh! Tú no dices la verdad.

Rafael se sonrie amargamente, y repone:

—La que partió el lecho matrimonial con mi padre, no lo partirá nunca conmigo.

Tula exhala un gemido, y cubriéndose la cara con las manos, exclama:

—¡Vete, Rafael, vete, te lo suplico! Necesito estar sola.

Rafael se levanta, besa respetuosamente la mano de la criolla y sale de la habitacion.

Cuando algunos segundos despues Tula aparta las manos de su rostro, Rafael ha desaparecido, pero en su lugar se encuentra de pié, á su lado, la terrible figura de Daniel el negro, que la contempla con dolorosa expresion.

CAPITULO VI.

Un paraiso en perspectiva.

—¿Qué quieres, Daniel?—pregunta Tula.

—La señora haria muy bien no recibiendo más en su casa al médico Mahomet, ni á su fingido hijo Ibrahim.

—Mahomet es un sabio; Ibrahim un ángel,—dice Tula, procurando serenarse.

Los gruesos labios del negro se abren para dar paso á una sonrisa infernal.

—El sabio y el ángel,—dice,—morirán estrangulados por mis manos el dia que mis sospechas sean realidades.

Tula mira con altivez al negro, y exclama:

—¿Hasta cuándo han de perseguir tus sospechas á los amigos que me visitan?

—Hasta el dia que la señora se arranque la venda que la ciega.

—¡Basta, Daniel! No me gusta esta conversacion.

—La señora siempre termina con las mismas palabras esta escena, y olvida que el mulato Quesada murió envenenado por el javanes Tanguay; que don Pablo Robles puede haber muerto del mismo modo, y que la palidez que se observa en sus mejillas puede ser hija de la misma causa.

—¡Yo envenenada! ¿Estás loco?

—¡Loco! ¿Quién sabe el fin que le está reservado á Daniel el negro? La demencia tal vez sería una fortuna, una felicidad.

—No blasfemes.

—¿Sufren los locos? No se ha descifrado todavía; pero lo que no tiene duda alguna, es que hay cuerdos que llevan un infierno en el corazon.

—Vete, Daniel; quiero estar sola.

—Hace algun tiempo que la señora me despide cuando comienzo á hablarla de mis tormentos. No me trataba así en otro tiempo.

—Porque entónces aún no te habias atrevido á faltarme al respeto.

—Sí. Una noche me olvidé de que soy un miserable esclavo, y que la piel que cubre mi carne es negra como mi dolor. La señora hizo bien en recordármelo entónces, como hace bien en repetirlo ahora. Mi deber es no despegar los labios, y así lo haré.

Tula se compadece de aquel negro, cuyo amor no desconoce y cuya fidelidad le admira; pero deseando terminar, repite con energía:

—Vete, Daniel; te he dicho que quiero estar sola.

Daniel permanece clavado en la alfombra.

Tula levanta los ojos y fija en el negro una mirada llena de indignacion.

Daniel se estremece ante aquella mirada, porque profesa á su señora tanto respeto como amor. Teme enojarla, y su valor se disipa así que la ve irritada.

—Está bien. Voy á retirarme; pero ántes quisiera hacer una pregunta á la señora.

—Habla.

—¿Es cierto que vamos á Italia?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Lo ignoro; pero pronto.

—¿La señora no tiene ya confianza en su esclavo?

—No es eso, Daniel, no es eso; es que verdaderamente lo ignoro.

—En ese caso, esperaré las órdenes para disponer el viaje.

—Tienes razon; es preciso prepararse; disponlo todo; quiero viajar en silla de posta.

—El viaje por tierra es más largo.

—No importa.

—Está bien. ¿Tiene la señora algo más que mandarme?

—Nada; puedes irte.

—¿Aviso á la doncella?

—No; me desnudaré sola; vete.

Daniel sale, ahogando un suspiro.

—¡Ah!—dice, hablando consigo mismo, al hallarse en la antesala.—¡Soy un cobarde! ¡Ante su mirada tiemblo como un niño! ¡Su honra y su vida están en mis manos, y no me atrevo á imponer condiciones! ¡Cobarde! ¡cobarde! ¿Por qué te atre-

ves á amar, si no tienes valor para conquistar un corazon tan fácil de vencer?

Y Daniel, cuando se retira á su cuarto, siente que dos lágrimas resbalan por sus negras mejillas.

Pero volvamos al gabinete de la criolla.

La imágen del negro se ha borrado de su memoria; Rafael la ocupa toda entera. . . . .

Mil veces se pregunta si es cierto todo lo que le pasa, si ama ó si aborrece; ella misma lo ignora.

Su nuevo amante tiene rarezas incomprensibles; jamas han resonado en sus oidos palabras de amor más apasionadas; nunca un hombre, al postrarse á sus piés, ha expresado en el fuego de sus miradas el entusiasmo de Rafael, y sin embargo la dice:

—Amo tu alma; desprecio tu cuerpo.

¿Es aquello amor? ¿Es concebible tanta castidad en un jóven de veinte años, que ama con locura á una mujer tan hermosa, tan provocativa, como Tula?

—¡Oh!—exclama.—Es preciso que yo aclare este fenómeno; es preciso que arda la sangre de sus venas, que sea mi esclavo, porque de lo contrario, me volveré loca.

Tula se desnuda y se acuesta.

Grande es la agitacion que siente.

El silencio de la noche no devuelve la tranquilidad á su espíritu.

Ademas, sobrecogida por frecuentes desmayos, víctima de una enfermedad que la consume, de una calentura lenta que devora su cuerpo, no puede explicarse la causa de su mal.

Durante la noche padece horribles insomnios.

En su mente exaltada se suceden las visiones, atormentándola lo que no es decible.

El remordimiento levanta dolorosos ecos en su corazon, y la historia de su pasado le reconviene, agostando su dicha.

Jóven, rica y hermosa, busca en vano la felicidad; para ella no existe, porque fué sepultada con su primer crímen.

. . . .

. . . .

Al dia siguiente, Mahomet, segun su costumbre, se presenta en casa de Tula.

Son las diez de la mañana.

La hermosa criolla acaba de levantarse.

Mahomet entra en su tocador.

Tula, sencillamente vestida con un traje negro de seda, tiende su mano al médico.

—¿Qué tal se ha pasado la noche?—la pregunta.

—Mal, querido doctor, muy mal.

—Efectivamente, noto un poco de calentura.

—Lo que más me atormenta son las horribles pesadillas que me asaltan durante las horas del sueño.

—Eso desaparecerá tan pronto como el cuerpo se fortalezca.

—¡Dios lo quiera!

Y Tula exhala un suspiro.

—Creo, señora, que es indispensable un viaje por Italia. En las costas del mar Adriático se encuentran multitud de pueblos pintorescos cuyos aires serán muy convenientes á su salud. La primavera ha comenzado, y por lo tanto, no debemos perder tiempo.

—Lo dispondré todo para dentro de ocho dias. Supongo que usted me acompañará.

Mahomet se inclina, en señal de asentimiento, y dice:

—Rafael se ha brindado á buscar el punto más poético de la costa, y partirá mañana.

—¿Tan pronto?

—Le esperarémos en Ancona; él vendrá allí á reunirse con nosotros. En las cercanías de este hermoso puerto se hallan lindísimas casas de campo, situadas á la orilla del mar; una de estas casas será nuestra residencia, y confio que allí ha de encontrar usted la apetecida salud.

Aquella misma noche Rafael va á despedirse de Tula.

—Dentro de quince dias,—la dice,—te espero en Ancona, en la fonda del puerto. Este verano las playas del mar Adriático serán nuestro paraíso.

CAPITULO IV.

La taberna de Levante.

Una mañana del mes de Mayo, es decir, ocho dias despues de los acontecimientos que acabamos de narrar, un jóven, vestido de marinero, con el sombrero de hule echado sobre el cogote, la camisa azul con el cuello desabrochado y el ancho chaqueton de paño, con las áncoras bordadas en estambre sobre las solapas, entra en una taberna del puerto de Gibraltar, conocida por la gente de mar con el nombre de *taberna de Levante.*

Este marinero es Rafael.

El citado establecimiento es el punto de reunion de todos los marineros matalotes sin contrata, gente poco aprensiva y dispuesta á admitir un negocio, por arriesgado que sea.

Rafael entra en la taberna, y encaminándose á una de las mesas que se hallan desocupadas, se sienta en el banco, y dando un puñetazo sobre la mugrienta tabla, dice:

—Un frasco de cerveza negra.

Un muchacho mal carado y sucio sirve á Rafael lo que pide.

—Dime tú, granuja,—le dice Rafael:—el patron de esta taberna ¿se llama Isaac el Rojo?

—Sí señor.

—¿Está en casa?

—Sí señor.

—Pues dile que un marinero que desea hablarle le convida á beber un vaso de cerveza.

Poco despues se descorre una mugrienta cortina detras del mostrador, y un hombrecillo flaco, de color cetrino y miserable, barba roja, vestido con una especie de hopalanda de paño gris, se acerca, frotándose las manos, hácia la mesa que ocupa Rafael.

—¿Es usted, jóven, el que me quiere hablar?—le dice con acento de curiosidad.

—¿Es usted maese Isaac el Rojo?—pregunta Rafael á su vez.

El judío indica que sí con la cabeza.

—¿Podria darme razon del capitan Pietro Tempesta?

El judío fija sus pequeños y brillantes ojos en Rafael, como si quisiera adivinar la causa de la pregunta.

—¿Es usted mudo, buen hombre?—dice de nuevo Rafael.

—No, gracias á Dios, jóven.

—Entónces...

—¡Diantre! Es que no siempre se puede contestar á las preguntas que se nos dirigen con la rapidez que desea el prójimo.

—Pues bien; apure usted un vaso de cerveza, y reflexione con toda calma si mi pregunta es digna de obtener una contestacion.

Isaac se sienta en el mismo banco que ocupa Rafael; coge el vaso, y dice:

—Á la salud de los marinos jóvenes que preguntan por los tiburones del gran charco.

—Á la salud de los judíos que guardan las respuestas bajo doble llave, como el avaro su tesoro,—responde Rafael.

Isaac se sonrie, y dice:

—¿Se puede saber qué quiere del viejo marino el mozo?

—Proponerle un buen negocio.

—¿Negocio de mar?

—¡Es claro!

—Los cruceros ingleses gastan ahora unos anteojos cuyos cristales son tan claros, que hasta de noche conocen las velas de los buques sospechosos.

—Maese Isaac, veo que usted es amigo de caminar por veredas tortuosas, y á mí me gustan los caminos despejados: he venido aquí á buscar á Pietro Tempesta, y aún no sé si se le ha tragado una ballena, ó si se halla en Gibraltar.

—Pietro vive.

—¡Loado sea Dios!

—Amen.

—¿Dónde podré verle?

—Segun para lo que sea.

—Para que se gane tres mil libras esterlinas.

—Por Isaías el profeta, que eso ya es harina de otro costal. Tres mil libras esterlinas...

—Ó quince mil duros, pués tambien esa es moneda corriente en esta plaza.

—¿Y qué es lo que ha de hacer Pietro por ese dinero?

—Dirigir la proa de su buque hácia las aguas que yo le indique.

—¿Con qué objeto?

—¡Toma! Con el de pasearme á mí.

—Eso no será cierto.

—Pues nada más puedo decir.

—Tu traje es el de marinero distinguido de un buque de alto porte.

Isaac deja el *usted* por el *tú*, en prueba de franqueza.

—Dicen en mi tierra que el hábito no hace al monje.

—¿De qué tierra eres?

—De la tierra de los mosquitos.

—¿En qué punto de la carta se halla esa tierra?

—Búscala, si tanto te interesa, amigo Isaac.

—Eres desconfiado.

—Tú me enseñas el camino.

—¿Quieres pasar á mi cuarto, ménos público que esta sala?

—¿Y para qué?

—Para que hablemos con toda franqueza.

—Vamos donde quieras, puesto que, segun parece, eres el apoderado del capitan de *La Pantera.* Y á propósito: ¿cómo sigue de la vista?

—Perfectamente bien, desde que le curó...

—Mahomet Ben-ad-jé, un médico árabe. Le conozco.

—No es ese su nombre.

—Entónces, se llamará Tanguay el javanes.

—Justamente. ¿Le conoces?

—¡Ya lo creo! Es mi padre.

—¡Tu padre! Entónces, sígueme; voy á conducirte adonde está Pietro Tempesta.

—¡Gracias á Dios! Ya era hora.

El judío conduce á Rafael, despues de pasar un angosto y oscuro corredor, á un cuarto de pobre y miserable apariencia.

Los muebles de aquella modesta habitacion se reducen á dos sillas, una mesa, sobre la que se ven un par de pistolas y un cuchillo de ancha hoja, enfundado en una vaina de cuero negro, y un catre, sobre el cual se halla echado un hombre.

Rafael, por la rudeza de las facciones y el tostado color de aquel hombre, cree reconocer al marino que busca.

—Pietro,—le dice el judío,—dispensa si vengo á interrumpirte, pero te traigo una visita.

—Viejo imbécil, bien podias conocer mis costumbres, despues de veinte años que me chupas la sangre como una sanguijuela. ¿No sabes que cuando me sale mal un negocio, la presencia de los hombres me exalta la bílis? ¿Á qué, pues, vienes á interrumpir mi sueño?

—Es muy cierto, querido Pietro, todo lo que dices,—repone el judío con templado y meloso acento;—pero detras de un negocio malo viene uno bueno, y no es muy prudente tirar á la calle tres mil libras esterlinas.

El capitan, al oir las últimas palabras de Isaac, se sienta de un salto sobre la cama.

—¡Está loco!—dice.

—Cuerdo y muy cuerdo, y si no, que responda por mí el hijo del curandero Tanguay el javanes.

Este nombre parece dulcificar las duras facciones de Pietro, que, fijando una mirada ceñuda en Rafael, dice:

—¿Eres tú el hijo de Tanguay?

—Yo soy, Pietro,—responde Rafael sin desorientarse, y empleando la misma franqueza.

—¿Y qué es lo que dice de tres mil libras ese viejo avaro?

—Sencillamente que si las quieres ganar.

—Por los huesos de mi madre, á quien no he conocido nunca, ¿crees tú que un hombre honrado pueda rechazar esa ganancia?

Y el capitan se desliza de la cama, coge una silla, y dice:

—Siéntate y dí lo que he de dar por lo que ofreces.

—Para eso necesito estar solo,—responde Rafael.

—Vete, Isaac.

—¿Dudais de mí?

—¡Vete! ¿No oyes que este jóven quiere hablarme en secreto?

—¿Quieres que te sirvan el almuerzo?—replica el judío, vivamente mortificado por la curiosidad.

—Sólo quiero perderte de vista.

Isaac se inclina con ademan servil, y sale de la habitacion.

Pietro va á la puerta, y cerrándola por dentro, se sienta al lado de Rafael y le dice:

—Puedes hablar; pero si te interesa que no oigan lo que vas á decirme, baja la voz todo cuanto puedas.

—Júrame ántes que, si no aceptas las proposiciones que voy á hacerte para que te ganes las tres mil libras esterlinas, no lo revelarás á nadie.

—Lo juro.

Rafael fija una mirada en el capitan, como si quisiera leer en el fondo de su corazon.

—¿Temes que falte á mi juramento?—le dice.

—Peor para tí si tal hicieras.

—¿Eso es una amenaza?

—O una advertencia.

—Habla; dí lo que deseas.

—Entónces, escucha.

Y Rafael, acercando una silla á la del capitan, comienza á hablarle en voz baja.

CAPITULO VIII.

A la orilla del mar.

Al dia siguiente Rafael se embarca en un vapor que se dirige hácia la costa de la república de San Marino.

Más adelante sabrán nuestros lectores lo que hablaron y convinieron el fingido Ibrahim y el capitan Pietro Tempesta, en la taberna de Levante.

Al desembarcar Rafael en la hermosa rada de Ancona, se encamina á la fonda del puerto.

Tula, Tanguay y Daniel no han llegado todavía.

Esto es de buen agüero para el hijo de Quesada el mulato, pues puede dedicarse á buscar una casa de campo próxima á la costa, que reuna todas las condiciones convenientes para su empresa.

Cuando se tiene dinero y voluntad para gastarlo, no es difícil encontrar lo que se desea.

Rafael alquila un caballo, sin más objeto que el de recorrer las orillas del mar Adriático en busca de lo que desea.

Dirígese, pues, una mañana por la parte de Rímini.

Apénas ha caminado una hora, cuando se detiene delante de una elegante casa, construida á la suiza, situada en un punto extremadamente poético, á la orilla del mar.

Tiene dos pisos, un bonito jardin, y un pequeño embarcadero, donde se ve anclada una lancha.

Rafael se acerca á una mujer que sentada sobre el poyo de la puerta se entretiene en hacer puntilla de hilo.

Pronto sabe lo que desea.

Aquella casa es propiedad de un rico fabricante de cuchillos de Ancona, que, habiéndose quedado viudo, ha perdido el gusto y la aficion al campo.

La casa, pues, está en venta, pero tampoco tiene inconveniente su dueño en alquilarla con todo el mueblaje.

Rafael opta por lo segundo, y regresando, contento del hallazgo, á la ciudad, habla con el propietario y queda el trato cerrado.

Es, pues, dueño de una hermosa casa de campo por cuatro meses.

Despues se instala en la fonda.

Transcurren ocho dias.

Rafael, todas las tardes, á la caida del sol, se encamina á uno de los embarcaderos.

Un hombre fuma pacíficamente, sentado en el banquillo de popa de un bote.

Rafael salta sobre él, y al sentir el balanceo que imprime á la frágil embarcacion el peso del cuerpo, el marinero de la pipa levanta la cabeza, saluda, suelta la amarra, y coge los remos.

El bote se desliza sobre la tranquila superficie de las aguas, y cruzando por las calles de buques anclados, se detiene sobre un brik, en cuya popa se lee: *La Pantera.*

Rafael sube á bordo por una escala de cuerda, con la misma ligereza que un grumete.

Una vez sobre cubierta, cambia en voz baja algunas palabras con un marinero viejo, que, á juzgar por el pito de estaño que cuelga de su cuello, debe ser el contramaestre. Luégo baja al camarote de popa.

Pietro Tempesta, tendido en su catre, recibe con esta frase á Rafael:

—¡Hola, mi amo!

Rafael contesta con acento tranquilo é indiferente, sentándose en un banquillo:

—Buenas tardes, Pietro.

—¿Ocurre algo de nuevo?

—Aún no han llegado.

—¿Teneis seguridad de que vendrán?

—Los acompaña Tanguay, y á él le conviene mucho que mi plan se lleve á cabo.

—Entónces, paciencia.

—Sí; es lo mejor.

Rafael coge una inmensa pipa, y fuma encerrado en el más profundo silencio.

Pietro fuma tambien sentado en el catre.

Transcurren algunos minutos.

—¿Sabeis—dice por fin el marino—que hoy me han propuesto un viaje para Malta?

—Supongo que lo habrás rehusado.

—¡Está claro! Me gusta la formalidad: pero como estamos aquí mano sobre mano...

—¿Y qué te importa, si se te paga?

—Soy trabajador por naturaleza. Cuando la cáscara se halla amarrada en un puerto, se me come el fastidio. Me gusta el mar, sentir los besos de la brisa sobre los aparejos y los golpes de las olas sobre las muras.

—No tardará mucho eso que deseas.

—Me alegraré de todas veras, porque las soledades del gran charco me remozan, y el bramido de la tempestad me abre el apetito.

Rafael escucha con marcada distraccion las palabras de Pietro.

Cuando el tabaco de su pipa se apura, se levanta del banquillo y dice:

—Hasta mañana, Pietro.

—Hasta mañana, mi amo, y el dios Neptuno quiera que me traigais mejores noticias, porque temiéndome estoy que mi pobre *Pantera* se convierta en criadero de ranas.

Rafael sube á cubierta, y saludando con la cabeza á algunos marineros que se pasean, se dirige á la banda de estribor, bajando por la escalera de cuerda al bote.

—¡Á tierra!—dice á un marinero.

Pronto el acompasado movimiento de los remos pone el bote en marcha.

Es de noche.

La luna baña con sus purísimos y claros rayos las tranquilas aguas del Adriático.

Rafael, que, como todo hombre á quien preocupa una idea,

es amigo de la soledad, de la meditacion, apénas salta sobre las piedras del desembarcadero, se encamina hácia el faro, situado en las últimas obras del puerto.

Allí se sienta, y deja que la vista se goce en la imponente tranquilidad de las aguas del mar, que poetiza con su lúz la casta luna.

Así transcurre una hora.

El tiempo, en estos momentos de abstraccion, no tiene distancia.

Un dia parece un soplo.

El reloj del puerto da ocho campanadas cuando Rafael se sienta sobre el pié del faro; pero Rafael no oye las nueve, ni las diez, que suenan á su debido tiempo.

El puerto va quedándose solitario, y Rafael no lo observa: bien es verdad que dos horas ántes lo ha cruzado sin ver á nadie.

Rafael no es un hombre, es una idea.

De pronto siente una mano que se apoya familiarmente en su espalda, y vuelve la cabeza con rapidez, sacando al mismo tiempo un puñal del bolsillo.

—Buenas noches, hijo mio,—le dice una voz, que reconoce y desarma su mano.

—¡Ah! ¿Eres tú, Tanguay?—exclama.—Supongo que ella te acompañará.

—Sí; hemos llegado á la caida de la tarde.

—¿Dónde está?—pregunta Rafael levantándose.

—En la fonda del puerto.

—¿Pero cómo has podido encontrarme? ¿Sabias que yo estaba en este sitio?

—Pregunté por tí á uno de los camareros, y me dijo que tenias la costumbre de salir todas las tardes á dar un paseo por el puerto. Entónces comprendí dónde ibas, puesto qué sabia que el brik *La Pantera* estaba anclado. Con el pretexto de hacer una visita me separé de Tula y me encaminé al embarcadero, desde donde me trasladé á bordo del buque de Pietro Tempesta. Allí supe que hacía una hora que habias estado; y luégo, al desembarcar, me dijo el hombre del bote que tenias costumbre de pasear por este sitio. Ya ves que sé buscarte, hijo mio.

Rafael estrecha la mano de Tanguay.

—¿Cómo viene la criolla?—pregunta Rafael.

—Sumamente delicada; creo que no le queda ya ni un mes de vida.

—Entónces, es preciso aprovechar el tiempo.

—¿Encontraste la casa?

—Sí.

—¿Tiene todas las condiciones necesarias?

—Todas. Las aguas del Adriático baten sus muros; la soledad la rodea; el brik puede ponerse al pairo á corta distancia de la orilla y enviarnos una lancha.

—Entónces, desde mañana nos trasladarémos. ¿Está muy distante?

—Una legua escasa de Ancona.

—Supongo que los criados que nos sirvan serán de tu confianza.

—Tenemos muy pocos: nuestra servidumbre se reduce á un cocinero, una doncella y un criado. El cocinero y el criado pertenecen á la tripulacion del brik *La Pantera;* en cuanto á

la doncella, es una pobre muchacha que lo ignora todo, y de la cual no debemos temer nada.

—¿Y Pietro?

—El capitan es hombre que no ha conocido nunca los escrúpulos de conciencia; obedece al que le paga, y miéntras se le enseñe el oro con abundancia, creo que podemos contar con su fidelidad.

—Sin embargo, Rafael, ten presente que cuando se pretende hacer un negocio con un bandido de mar, no está de sobra la prudencia y la precaucion. Pietro Tempcsta ha jurado servirte, es cierto, pero sin escrúpulo ninguno clavaria su cuchillo en tu garganta, si otro le ofreciera una libra esterlina más que tú.

—La tripulacion del brik se compone de catorce hombres y un grumete; ocho de estos son mios, y á la menor señal atarian una bala á los piés de Pietro y le arrojarian al mar. Puedes estar tranquilo por esa parte.

—Veo que eres hombre precavido.

—¿Crees tú que yo expondria mi empresa confiándola por completo á un hombre como Pietro Tempesta?

—Has hecho bien; pero regresemos á la ciudad, que ya es muy tarde.

—Sí; deseo ver á Tula.

—¡Pobre señora! Es casi un cadáver.

—Supongo que el negro...

—Viene tambien. No se separa ni un instante de su ama; es su sombra. El imbécil está bestialmente enamorado de ella. Durante el camino Tula ha sido atacada por frecuentes desmayos, y entónces el negro, rechinando los dientes y mirán-

dome con ademan amenazador, decia: «Si se muere, ¡ay de todos!»

—Yo le cortaré las uñas á ese tigre ántes de mucho. Vamos, Tanguay.

Y los dos amigos se dirigen hácia la fonda del puerto.

CAPITULO IX.

El crepúsculo de la tarde.

Tres dias despues, á esa hora que del fondo del mar se levanta la brisa que anuncia la aproximacion de la noche, Tula y Rafael, desde el fresco terrado de la quinta, contemplan, al parecer extasiados, la puesta solar.

Hermoso, poético es el panorama que se extiende ante sus ojos.

A sus piés gimen blandamente las aguas del Adriático; sobre sus cabezas se extiende un cielo limpio, sin nubes, cuyo azul transparente atrae las miradas.

Y allá, á lo léjos, la ciudad de Ancona se alza en la pendiente de una montaña, en cuyo libre puerto agitan mil buques las banderas y los gallardetes que pregonan la procedencia de sus tripulantes.

El sol derrama sus postrimeros rayos sobre los dorados dombos de la catedral, hoy refugio del Evangelio y ántes profano templo dedicado á la impura Vénus.

En el extremo opuesto se alza la inexpugnable ciudadela, donde, heridas tambien por los rayos del padre del dia, brillan las bayonetas de los centinelas que pasean sobre los fuertes muros.

Pronto la noche cubrirá con sus tinieblas las estrechas y tortuosas calles de Ancona. Pronto la oscuridad ocultará á las miradas del curioso viajero el arco de Trajano y de Benedicto XIV. Pronto el puerto más mercantil del mar Adriático quedará sumido en la inaccion y en el silencio, porque la hora del descanso se aproxima.

Tula, embebecida ante tan poético cuadro, echada de pechos sobre la barandilla del terrado, exclama de vez en cuando:

—¡Oh! ¡Qué hermoso es todo esto, Rafael! Desde que habito en esta quinta me siento mejor. La brisa que nos envia el mar es pura; se respira con una facilidad que me deleita. Verdaderamente, tu eleccion ha sido admirable; nunca he visto un crepúsculo más poético.

—No puedes figurarte, Tula mia,—responde Rafael,—lo que me complacen tus palabras; porque mi mayor felicidad es tu alegría. ¡Oh! ¡Si pudiera devolverte la salud!

Rafael en este momento se transforma en un gran actor. Cada una de las palabras que brotan de sus labios envuelve un crímen, pues crímen es atraer con sonrisas de amor, con palabras de almíbar á la víctima á quien se desea sacrificar.

Tula, cuya debilidad es extremada, y que, por efecto sin duda de la horrible pócima que mina su existencia, ha perdido, con la fuerza física, la energía de la mujer, siente que ama á Rafael con toda su alma.

En los momentos de soledad, de retraimiento, se pregunta á sí misma por qué ama tanto á aquel jóven, pero no puede darse una razon de lo que siente.

Hay momentos en que quisiera retroceder, pero las palabras de Rafael la enloquecen, y le sigue, y le ama con todo su corazon.

—Yo creo—dice—que he de restablecerme; tengo esperanzas. Bien decias tú, que este verano las riberas del Adriático serian nuestro paraíso. ¡Se vive tan bien aquí, léjos del ruido de la sociedad, sin más testigos de nuestra dicha que esas ondas perezosas que besan los muros de nuestra quinta, ese sol esplendoroso que cruza el zenit y esa luna que por las noches derrama sus rayos dulces y melancólicos sobre nuestras frentes!...

Miéntras los amantes conversan en el terrado de la quinta, Daniel, oculto detras de la puerta, escucha las frases de su ama, presa de la más terrible desesperacion.

El negro se hunde las uñas en el pecho, y ahoga profundos suspiros, diciendo para sí:

—¡Ah! Cuando ella muera, él tambien morirá, pero de un modo cruel, terrible; porque durante su agonía quiero vengar todos los tormentos que he sufrido. ¡Oh! ¡Con qué placer le veré morir! ¡Será un gran dia!

El sol hunde, por fin, sus últimos rayos tras la montaña que resguarda á Ancona.

Del fondo del mar se levantan majestuosamente las sombras de la noche.

—¿Quieres que nos retiremos?—dice Rafael á Tula.

—¡Me siento aquí tan bien!—le responde.

—Sin embargo, pronto la brisa de la noche brotará del mar, y la humedad no te conviene.

—Vamos, pues,—dice Tula, enviando á su amante una sonrisa que demuestra su agradecimiento.

Rafael ofrece el brazo á la criolla, y se dirige hácia la escalera.

En este instante el negro les sale al encuentro.

Tula se estremece; porque le teme.

La presencia de aquel esclavo es una amenaza suspendida sobre Rafael.

—¿Qué quieres?—le dice.

—Venía á saber si la señora quiere que se sirva la comida; han dado las siete...

—Sí; vamos á comer.

Daniel se aparta para dejar paso á los dos amantes.

Cuando llegan al comedor, Tanguay les está esperando.

—¡Ah, querido doctor!—dice Tula.—¡Cuánto siento que no haya usted subido al terrado! Desde él se disfruta un panorama admirable.

Y volviéndose al negro, continúa:

—Di que pueden servirnos la comida.

Miéntras Tula se dirige á ocupar su sitio, Tanguay y Rafael cambian en voz baja y con rapidez estas palabras:

—¿Esta noche?

—Sí; todo está dispuesto.

—¿A qué hora?

—A las doce.

—¿Y el negro?

—Tambien. Insausti sabe cumplir con su obligacion.

Despues se sientan, y comienza la comida.

El negro, como siempre, sirve á la mesa.

Tula come poco.

Su inapetencia es extremada, pero de vez en cuando Tanguay la aconseja que beba un poco de vino del Rhin.

La criolla obedece, como todo enfermo que tiene fe en el médico que le asiste.

Al terminar la comida, Tanguay dice:

—Apénas hace tres dias que usted respira los saludables aires de estas costas, y el color sonrosado torna á hermosear esas mejillas. Daniel, trae un espejo para que tu ama se vea el rostro.

Tula se sonrie de la ocurrencia del médico.

Daniel espera que su ama repita la órden para ejecutarla.

—Creo efectivamente que me encuentro mejor,—dice.

—Ántes de tres meses la enfermedad habrá desaparecido,—repite Tanguay.

Tula se pasa la mano por los ojos.

—¡Es particular!—dice.—Tengo un sueño tenaz, y eso que hace muchos dias que no puedo dormir.

—Síntoma infalible de que la debilidad desaparece; y como hemos venido á restablecer á una enferma, y ésta tiene sueño, la aconsejo que duerma un poco.

—¡Pero si es tan temprano!...

—No importa; aquí en esta butaca, y junto á la ventana...

Tula obedece.

Rafael coloca una butaca en el sitio indicado por el médico, y la criolla se sienta, agradeciendo con una sonrisa la obsequiosidad de sus buenos amigos.

Cinco minutos despues duerme profundamente.

Tanguay y Rafael cambian una mirada de inteligencia, se sientan en los mismos sitios, y continúan fumando y tomando café.

Transcurre una hora.

Un hombre entra en el comedor.

—¡Ah! ¿Eres tú, Insausti?—le dice Rafael.

—El mismo, excelencia,—responde con acento meloso el nuevo personaje.

—¿Qué ocurre?

—Que el negro duerme como un bienaventurado.

—¿Y la doncella?

—Duerme tambien; pero á ésta la ha cogido el sueño tan de repente, que se durmió sobre el plato que tenia delante.

—Segun parece, no recela nada el negro.

—Nada, excelencia; le propuse que me ayudara á beber una botella de lácrima, y aceptó; pero al segundo trago se hallaba fuera de combate.

—Está bien; cambia ese traje por el de marinero, y espera mis órdenes.

Insausti sale del comedor, despues de saludar repetidas veces.

Cuando los dos amigos se quedan solos, Rafael mira la esfera de su reloj y dice:

—Son las diez ménos cuarto; nos quedan dos horas. Manos á la obra.

Tanguay coge una luz, y seguido de Rafael, se encamina á la habitacion de Tula.

El javanes coloca dos grandes maletas en mitad de la sala,

y va metiendo en ellas todos los objetos de valor que encuentra.

Tula, inmensamente rica y aficionada á los diamantes, posee una fortuna en piedras preciosas.

Ademas, para sufragar los gastos del viaje, lleva consigo una gran cantidad en oro.

Miéntras Tanguay procura no olvidar nada, Rafael escribe una carta.

Cuando termina, la dobla y dice:

—¿Acabas?

—Creo que nada de lo que queda fuera de las maletas vale la pena de llevarlo.

—Entónces, ciérralas y vamos. Son las once.

Salen de la habitacion, y se dirigen á la cocina.

La doncella duerme con los brazos sobre la mesa.

Rafael coloca la carta cerca de la cabeza de la dormida doncella, y cogiendo un farol, vuelve á decir:

—Subamos al terrado.

CAPITULO X.

Los bandidos de mar.

El javanes y su cómplice suben al terrado y ocultan el farol detras de la barandilla.

La noche está serena, pero oscura.

La luna no se halla en el firmamento, pero en su lugar brillan millares de estrellas.

Las ondas del mar baten suavemente los muros de la quinta, enviando á la tierra la fresca brisa que brota de su seno.

Tanguay y Rafael guardan silencio.

Echados sobre el antepecho del terrado, dirigen sus miradas hácia el Adriático.

De pronto Rafael dice:

—Creo distinguir el velámen de un buque.

—¿Será *La Pantera?*

—Tal vez; sin embargo, no hace la señal.

—Sin duda no se halla el brik todavía en el punto convenido; se pondrá ántes al pairo.

—Tienes razon; esperemos.

Transcurre como un cuarto de hora.

Rafael no se ha engañado.

Lo que distinguió poco ántes es efectivamente un buque que se aproxima á la costa.

No quedándole duda alguna, coge el farol y lo levantato do cuanto puede.

Lúégo se pasea por el terrado agitando el farol.

De pronto en uno de los topes del buque brilla tambien una luz.

—Ellos son,—dice Tanguay.

—Es hombre exacto,—responde Rafael.—Comenzaba á dudar; creo que el buque no hace camino.

—Lo han puesto al pairo; á pesar de la oscuridad, se distingue bien.

—Como que se halla, cuando más, á unas doscientas brazas de la costa.

—¿Oyes el ruido de los remos?

—Sí; la lancha se dirige á la orilla.

—Bajemos al embarcadero; la luz de nuestro farol les servirá de faro.

Tanguay y Rafael abandonan el terrado.

Al pié de la escalera encuentran á Insausti, que viste el traje de marinero.

—¡Ah! ¿Eres tú?—le dice Rafael.

—Sí, excelencia; he visto al brik ponerse al pairo á doscientas brazas del embarcadero, y venia á dar el aviso.

—Dime, Insausti, ¿crees tú que podemos contar con los ocho hombres que se hallan á bordo de *La Pantera?*

—Son leales como perros y bravos como tigres, y en caso necesario, su excelencia se convencerá de que no es exagerada la opinion que de ellos formo. Ademas, ni uno solo de ellos deja de guardar resentimientos contra el brutal y avariento Pietro Tempesta; le sirven porque paga bien cuando el negocio tiene un resultado satisfactorio; pero desde el momento que otro dueño les ofrece más oro y más consideraciones, son suyos en cuerpo y alma.

—Y tú, en caso necesario, ¿te atreverias á tomar el mando del buque?

—No sería la vez primera.

—Si me sirves bien, la recompensa será grande.

—Su excelencia puede dormir tranquilo; no perderé de vista á Pietro. Yo tengo en el golfo de Nápoles una modesta casita, donde viven mi mujer y mis hijos, y por asegurar su porvenir estoy dispuesto á todo. Si alguna vez, contra mi voluntad, me he mezclado en negocios no muy limpios, hoy prefiero ganar ménos y no tener tantas cuentas con la conciencia.

—Te creo, Insausti, y te cumpliré la palabra.

—Entónces, ¡ay de Pietro si trama alguna traicion contra mi amo!

—Ahora procura que se coloque uno de vosotros con el farol sobre la cerca del embarcadero,—le dice Rafael.—La lancha de *La Pantera* debe hallarse próxima á la costa, y conviene indicarle el camino. Cuando atraquen, ya sabes lo que hay que hacer con el negro. Luégo venid al cuarto de la señora.

Miéntras el fingido cocinero obedece las órdenes de Ra-

fael, éste, seguido de Tanguay, entra en la habitacion donde poco ántes se quedó dormida la criolla.

Desde la ventana se distingue el mar.

Las olas del Adriático baten los muros de la casa.

Rafael se asoma.

El ruido de los remos al batir el agua se percibe más claro, más próximo.

—Ántes de quince minutos,—dice,—la lancha atracará en el embarcadero.

Tanguay, que desde que las luces del mar habian anunciado la proximidad del brik, parece hallarse preocupado, se acerca á Rafael, y colocando confidencialmente una mano sobre el hombro del jóven, le dice:

—Aún es tiempo de desistir. No olvideis, hijo mio, que el remordimiento es un enemigo insaciable, que agobia con su peso á la criatura.

Rafael mira con altivez á Tanguay, y una sonrisa de desprecio entreabre sus labios.

—¡Bah! El remordimiento sólo se ceba en los espíritus débiles. Ademas, es tarde para retroceder.

—Puedes hacer con Pietro un nuevo trato; puedes desistir. Nunca es tarde para evitar la desgracia, la muerte del prójimo.

—Es inútil, Tanguay; yo no retrocedo nunca.

El javanes guarda silencio.

Rafael, asomado á la ventana y con la mirada fija en el mar, espera con ansia la lancha, que no debe hallarse muy léjos.

Por fin se oye un ruido seco al pié de la ventana, y luégo

varias voces que hablan, mezclando algunas groseras interjecciones.

—Ya han arribado,—dice Rafael, separándose de la ventana.

Transcurren algunos segundos, y entra en el comedor un hombre.

Es Pietro Tempesta.

—Buenas noches,—dice el capitan.—¿Dónde está el flete que hemos de trasladar á bordo de *La Pantera?*

—Míralo: ahí lo tienes,—responde Rafael, señalando las maletas.

—¿Y esa señora?—pregunta el capitan Tempesta, indicando á Tula.

—Esa señora es cuenta mia.

—Entónces, cierro el pico.

—¿Está listo el camarote que debe ocupar?

—Listo y limpio como una taza de plata. ¡Cuerpo de Cristo! Nunca hubiera podido imaginarme que mi cámara oliera á jazmin y á rosas, como huele ahora; pero quien paga, manda.

Y el capitan, asomándose á la ventana, dice:

—¡Aquí cuatro hombres!

Pronto penetran en la habitacion Insausti y tres marineros más.

—Conducid á la lancha esos bultos,—dice Pietro,—y esperad cada uno en su puesto.

Miéntras los marineros cargan con las maletas, Rafael, acercándose adonde se halla Tula, la coge por la cintura, y echándosela sobre el hombro, dice:

—Vamos, señores.

Pietro Tempesta no puede ménos de admirar la fuerza del jóven, y cambiando una mirada con el javanes, dice en voz baja:

—Mi amo es delgado, pero fuerte como las amarras de las ancias.

Despues siguen á Rafael, que camina delante.

Cuando llegan al embarcadero, Rafael pregunta:

—¿Y el negro?

—Dormido como una rana en el fondo de la lancha,—responde un marinero.—Ni cien truenos que sonaran á la vez sobre su cabeza despertarian al morenito.

Rafael, con la misma ligereza que si no llevára el cuerpo de la criolla en brazos, salta sobre la embarcacion, y va á sentarse en el banquillo de popa.

Tanguay se sienta á su lado.

Pietro Tempesta, apoyándose en los hombros de los marineros, atraviesa la lancha de proa á popa, va á colocarse detrás de Rafael, y cogiendo la caña, da la voz de marcha.

Ocho remos caen á un tiempo sobre las águas, y la lancha, rápida como una saeta, se separa del embarcadero, haciendo rumbo hácia el brik, que, como un inmenso pájaro alas blancas, se mece á doscientas brazas de la orilla.

. . . .

. . . .

Al dia siguiente, á eso de las once de la mañana, Marieta, la doncella de Ancona que servia á Tula, se despierta.

Grande es su asombro al ver que ha pasado la noche sobre la mesa.

Como el sol penetra en la cocina, calcula al momento que

debe ser muy tarde, pero al tiempo de levantarse para dirigirse á la habitacion de su señora, repara en la carta que la noche ántes ha dejado Rafael, y ve algunas monedas de oro que brillan á su lado.

—¿Qué es esto?—dice.

Marieta sabe leer, y ve su nombre en el sobrescrito.

Abre la carta.

Hé aquí su contenido:

«Marieta: Devuelve las llaves de la casa á su dueño, y admite las monedas que te dejo, como pago de tus buenos servicios.

»Una noticia inesperada nos obliga á regresar á España sin pérdida de tiempo. Como estabas tan profundamente dormida y no hemos podido despertarte, te escribimos esta carta.

»Te deseamos toda clase de prosperidades.»

Marieta se restrega los ojos, mira las monedas y las toca, para persuadirse de que todo aquello no es un sueño, lee segunda vez la carta, y por último, sube precipitadamente al dormitorio de la señora.

La cama está intacta, todo en su sitio, pero en vano busca á su señora, al negro Daniel, al médico Mahomet, á su hijo Ibrahim, al cocinero Insausti, al criado Prosper.

Todos han desaparecido.. . . . .

La realidad la tranquiliza por fin, y cree que lo más prudente es cumplir lo que se le encarga en la carta.

Marieta ejecuta al pié de la letra lo que la encargan sus amos, que por otra parte, se han portado con mucha generosidad.

Esta doncella de Ancona ha terminado para nosotros, pues

creo, querido lector, que á tí no debe importarte mucho su suerte.

Así pues, salvando distancias, trasladémonos á bordo del brik *La Pantera*, donde nos aguardan nuevos é importantes acontecimientos.

LIBRO DECIMOSÉTIMO.

UN CORAZON DE TIGRE.

CAPITULO PRIMERO.

Dos lobos marinos.

Cuando los de la lancha llegan á bordo del brik, Tula es depositada en la cama que se le tenia dispuesta.

Permanece dormida; tan poderoso es el narcótico preparado por Tanguay y servido por Insausti.

Daniel el negro, con una cadena al cuello, grillete en los piés y esposas en las manos, es conducido á la bodega, dejándole allí que termine su profundo sueño sobre un monton de paja.

El buque continúa su rumbo.

Rafael y Tanguay se encierran en sus camarotes, y el más profundo silencio reina á bordo del brik *La Pantera*.

A eso de media noche se levanta una fuerte brisa, protectora inocente de los designios del capitan Pietro, que desea alejarse de las costas del Adriático lo más velozmente posible.

El buque hace veinte nudos por hora. Estrecho de casco y

alto de guinda, recoge el viento con facilidad, costándole poco trabajo cortar las aguas.

—¡Oh!—dice el capitan, paseándose por el puente y fumando su inseparable pipa.—Mi *Pantera* tiene buenos piés; sin dificultad ninguna la echaria á correr, dándoles una milla para cincuenta, con todos los buques negreros que recorren las costas de Africa. Pero bien lo necesitamos, porque hasta que lleguemos al término del viaje, mucha agua tiene que cortar la quilla de mi veloz brik; pero, en fin, todo se andar á y como una ola no nos hunda, el negocio no es del todo malo.

Y Pietro se frota las manos en señal de regocijo.

Cansado, sin duda, de pasearse, y despues de recorrer de popa á proa todo el buque, viendo al timonel en su puesto y al segundo en el suyo, cree que bien puede retirarse á su camarote y beber con el contramaestre un vaso de ginebra de los frascos que le ha regalado el jóven Rafael.

Pensando en esto, ve pasar por su lado á un grumete, y cogiéndole brutalmente por el cuello, con no poco asombro del muchacho, le dice:

—Oye, granuja: di al contramaestre Bartolo que baje á mi camarote, pues tenemos que ponernos de acuerdo en un asunto importante.

Cuando el contramaestre Bartolo, que es una especie de atleta, baja al camarote del capitan Pietro, éste ha colocado un frasco de ginebra y dos vasos de estaño sobre una mesa, y se halla sentado esperándole.

—Bien venido seas, querido Bartolo.

—¿Qué ocurre?

—Mucho de bueno: ¿no lo ves?

—¡Ah! ¿Es ginebra?

—Y de la buena; te convido á que apures conmigo ese frasco.

—Admito el ofrecimiento de muy buena gana, capitan; porque bien puede un contramaestre echar una cana al aire cuando su cáscara se halla en buena marcha y los vientos le conceden un poco de descanso.

Bartolo se sienta, y Pietro, destapando el frasco, llena los vasos.

El capitan bebe un buen trago, y Bartolo hace lo mismo: ambos á dos se limpian los labios con el dorso de las manos y se quedan mirándose.

—¡Buena ginebra!—dice Pietro.

—¡Excelente!—responde su amigo.—No la bebemos todos los dias los pobres.

—¡Bah! Muchas veces uno es pobre porque tiene escrúpulos de conciencia.

Bartolo se encoge de hombros y dice:

—La verdad es que no puedo decir á punto fijo en qué parte de mi cuerpo vive esa señora, y á tí creo que te suceda lo mismo.

—Tampoco estoy yo muy enterado; pero...

Pietro bebe segunda vez y carga la pipa.

Despues de encenderla dice:

—¿Qué opinas tú de este viaje?

—¿Adónde vamos?

—Por ahora tengo órden de dirigir la proa del brik con rumbo al mar de la India.

—Es un paseo regular.

—El buque va bien provisto; pero...

Pietro chupa la pipa y bebe; Bartolo le mira, guiñando un ojo.

—Esta noche no se te cae el *pero* de la boca..

El capitan se sonrie.

—Vamos, Pietro, tú tienes algo que decirme.

—Tal vez.

—Entónces, no gastes rodeos; desembucha pronto, que al buen entendedor pocas palabras le bastan.

—Hombre, la verdad es que desde el mar Adriático al mar de la India hay muchas millas.

—Muchas noches al relente hemos de pasar sobre la cubierta de *La Pantera* ántes que veamos con el anteojo las crestas del Gatas.

—Pero como el hombre propone y Dios dispone, podia ocurrírsenos un buen pensamiento, y lo que se habia de ganar, por ejemplo, en un año, ganarlo en quince dias. Esto siempre nos lo agradeceria la tripulacion.

—Veo, querido Pietro, que eres hombre de ingenio; pero bebamos.

Y los dos marinos apuran el vaso.

—Tú eres dueño del brik,—dice el contramaestre.

—Ya ves, Bartolo, que el brik es mi única fortuna.

—¡Es claro!

—Y todo hombre honrado debe procurar por sus propiedades.

—Y no exponerlas á la inclemencia de los vientos y á la perfidia de los mares.

—De modo que como en el rol no van todos los nombres

de los que vamos á bordo, pudiera muy bien caerse un hombre al mar... y el mar es mudo.

—¿Y qué podiamos ganar con ese descuido?

—¡Toma! Tiempo y dinero; dos cosas que valen mucho, sobre todo para los pobres.

Bartolo parece meditar un momento lo que acaba de decirle el capitan.

Despues de una pausa, dice:

—¿Qué se va á hacer con esa señora que conducimos á bordo desmayada?

—Tocante á ese particular, no sé ni esto.

Y Pietro se muerde la uña del dedo índice, tirando con fuerza hácia afuera.

—Pero tú, que eres el capitan y que has tratado el viaje con el barbilampiño, sabrás...

—Hombre, el muchacho vino á buscarme á Gibraltar, porque sin duda el doctor Tanguay le habria dado buenos informes de mí. Nos vimos en la taberna de Levante, y me dijo:

—Pietro, sé que no tienes mucho escrúpulo en admitir un negocio, por sucio que sea, como te valga dinero; y vengo á alquilarte tu buque y tu obediencia absoluta.

Pietro se detiene para llenar los vasos.

Luégo vuelve á decir:

—¿Qué hay que hacer?—le pregunté.

—Salir para el Adriático—me dijo—y anclar en el puerto de Ancona; permanecer allí el tiempo que yo te diga, con el buque dispuesto á partir á la primera órden que te dé; prepaparar los víveres necesarios para una expedicion de seis meses; ver, oir, obedecer y callar.

—¿Y qué gano por eso?—le pregunté.

—Tres mil libras esterlinas, y cubiertos los gastos de la manutencion.

—No es mal negocio,—dice Bartolo.—¿Y tú aceptaste?

—¡Es claro! Pero pedí una seguridad para el cobro.

—¿Y te la dió?

—Me ha ofrecido darme el dinero; es decir, las tres mil libras, tan pronto como nos hallemos en el mar de la India; y me dió, para los gastos menudos, dos mil duros, pagando ademas el arreglo de los camarotes, que, como tú sabes, se hallaban un poco abandonados.

—¿De manera que las tres mil libras se hallan á bordo del brik?

—¡Si no fuera más que eso!...

—¿Viene más dinero?

—¡Toma! Llevamos, segun parece, gente muy rica á bordo de *La Pantera.*

Bartolo se queda por segunda vez meditabundo.

—¿Qué piensas?—le pregunta Pietro.

—Lo que tú pensabas ántes: que hay muchos nudos desde el mar Adriático al mar de la India.

—¿Pero quién te ha dicho que no está en nuestras manos el acortar la distancia?

—Tienes razon.

—Bien es verdad, que eso sería faltar al trato.

—¡Bah! En los tiempos que alcanzamos, ¿quién piensa en eso?

—Creo que debemos meditarlo. ¿Puedo contar contigo, amigo Bartolo?

—Esa pregunta me ofende; yo siempre soy el mismo.

—Entónces, aplacemos la cuestion para dentro de algunos dias, y pues ántes hemos de cruzar la costa de Guinea, y allí no somos del todo desconocidos, tal vez nos convenga hacer un cargamento de ébano vivo y tomar otro rumbo.

Despues de esta escena, los dos marinos apuran lo que queda en el frasco y se separan.

Cuando Bartolo sube sobre cubierta, como la noche está oscura, tropieza con un hombre que se halla echado cerca de la escotilla.

—¿Quién está aquí?—dice, inclinándose para reconocerle.

El hombre no se mueve.

Bartolo le sacude, y entónces aquel cuerpo exhala un ronquido.

—¡Insausti de los diablos! Por poco me dejas caer,—dice, continuando su camino.

Poco despues, el hombre se levanta con precaucion, y casi arrastrándose llega hasta la escotilla de popa, por donde desaparece.

Una vez en la cámara, llama suavemente con los nudillos de la mano en la puerta de un camarote.

—¿Eres tú, Insausti?—dice Rafael abriendo.

—Buenas noches, excelencia.

—¿Qué ocurre?

—Que los dos lobos de mar han comenzado á convenir en la manera de comerse al tigre de tierra.

—¡Ah! ¡Tan pronto!—dice Tanguay.

—Siéntate, y cuenta todo lo que sepas,—vuelve á decir Rafael.

Insausti obedece, cerrando ántes la puerta.

Un cuarto de hora despues ha narrado lacónicamente la conversacion del capitan Pietro Tempesta y el contramaestre Bartolo.

Rafael queda satisfecho de Insausti, y encargando que siga espiando, se despide de él.

CAPITULO II.

En la bodega.

El capitan de *La Pantera* ha dedicado una parte de su vida al tráfico de negros, y sabida es la ligereza de todos los buques que se emplean en este infame comercio.

Un capitan negrero prescinde de muchas cosas, con tal de que la cáscara que le sostiene, empujada por una fresca brisa, haga veinte ó veintidos nudos por hora.

Esta condicion es la primera, pues de ella depende el negocio, tal vez la vida.

Cuando el vigía negrero, desde la primera cofa del palo mayor, grita *¡vela!*, la tripulacion y el capitan quisieran dar alas al buque, para perder de vista aquel trozo de blanca lona que les anuncia un peligro.

La inquietud del negrero sólo es menor cuando el buque que manda es extremadamente velero.

El brik *La Pantera* reune estas condiciones.

Estrecho de casco, alto de guinda, cuando los trapos recogen el viento, se le ve saltar como un corcel de pura sangre hostigado por el acicate del inquieto jinete.

Amanece, y el brik, segun los cálculos del piloto, ha hecho durante la noche catorce nudos por hora.

La mar, ligeramente rizada y el cielo sereno, presentan buenos auspicios para el viaje.

Dejemos al brik seguir el rumbo que le imprime el timonel, puesto que por ahora nada tenemos que hacer sobre cubierta, y bajemos á la bodega.

Serán, poco más ó ménos, las diez de la mañana.

El negro Daniel, arrojado la noche ántes sobre un monton de paja, se despierta; pero al llevarse las manos á los ojos, movimiento natural del que torna á la vida despues de la pequeña muerte diaria, siente un peso en los brazos y un ruido que le admira.

Entónces exhala un rugido de rabia.

Un segundo le basta para comprender su situacion, y dejándose caer sobre el miserable lecho que le depara su desgracia, exclama:

—¡Ah! ¡No me habia engañado! ¡Miserables!

La oscuridad es tan completa, que el negro no puede comprender en qué sitio se halla; sólo sabe que está cargado de hierro, que no puede moverse.

Procura serenarse, y entónces observa que su calabozo tiene un movimiento muy parecido al cabeceo de un buque.

Poco á poco sus ojos se acostumbran á la oscuridad, y pronto no le queda duda de que se halla en la bodega de una embarcacion.

En medio de la incertidumbre que le domina, piensa en su ama.

—¿Qué suerte le habrá cabido?—se pregunta.—¡Oh! ¡Ella ha despreciado mis consejos, y es indudable que ahora toca los resultados!

Transcurre una hora, durante la cual Daniel hace increibles esfuerzos para romper las cadenas que le sujetan, pero todo es en vano.

Por fin se confiesa impotente, y déjase caer de nuevo sobre el monton de paja que le sirve de lecho, prorumpiendo en una maldicion horrible.

En este momento se abre la puerta de la escota de la bodega.

Un rayo de sol penetra en aquel lóbrego recinto.

Un hombre, envuelto en un capote de mar y con un farol en la mano, baja la escalerilla.

Daniel fija sus irritados ojos en aquel hombre.

La trampa de la bodega vuelve á cerrarse.

El hombre deja sobre una pipa de agua el farol, que baña con débil claridad el espacio que ocupa el negro.

Daniel reconoce al hombre que tiene delante, y lanza un grito de rabia.

Este grito es contestado con una carcajada.

—Buenos dias, querido Daniel,—dice Ibrahim, sentándose sobre un rollo de cuerdas.

—¡Eres un cobarde!—exclama el negro, haciendo rechinar los dientes.

Este insulto no conmueve á Rafael, que mira á su prisionero con la sonrisa en los labios.

—Dicen en el mundo que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, y de esta frase, universalmente conocida, tenemos en esta bodega un ejemplo.

—¿Qué es lo que te propones?—pregunta el negro.

—Eso lo verás más adelante, cuando tu noble ama exhale el postrer aliento, cosa que no debe tardar mucho.

—Me insultas porque estoy imposibilitado para defenderme. ¡Infame!

—¡Bah! Tú sabes que me sobra corazon para insultarte en todos los terrenos.

—Suéltame y haz la prueba.

Rafael prorumpe en una carcajada.

—Esa es la risa del miedo,—dice el negro.

—Eres dueño de pensar lo que quieras, pero te desprecio. Por otra parte, comprendo tus insultos. ¡Qué diablos! Te he ganado la partida y tu rabia es justa; pero, querido Daniel, en este mundo es preciso resignarse; la conformidad es un bálsamo precioso para la desgracia.

El negro guarda silencio, pero sus ojos brillan como los del tigre irritado, su cuerpo tiembla, y de sus gruesos labios brotan espumarajos de rabia.

—Verdaderamente, querido Daniel, fué una lástima que la bala que me enviaste en los montes de Puerto Príncipe perforase mi carne algunas líneas más arriba del corazon; á acertarme bien, esta escena no tendria lugar; Pablo Robles disfrutaria de cabal salud, Tula sería una jóven llena de vida, de fuego, de hermosura; y tú, poseedor de los secretos de tus amos, vivirias lleno de esperanza, aguardando el dia de la recompensa.

Rafael suspende su relato, y sacando un cigarro, lo enciende á la luz del farol.

Luégo vuelve á sentarse, y dice de nuevo, sin borrar de sus labios la sonrisa burlona:

—Pues sí, querido Daniel; mi pobre padre murió bendiciéndoos y maldiciéndome á mí; él ignoraba la causa de su muerte. La calumnia habia envenenado el corazon del noble anciano. ¡Oh! La calumnia verdaderamente es un arma terrible; pero la bala que debia terminar el asunto satisfactoriamente se desvió un poco, y el hijo calumniado se levanta ahora para vengar á su padre de un modo terrible. Ya verás lo que te espera; porque conociendo el amor que tienes á Tula, te desposaré con ella; será un enlace admirable. ¡Un negro con una blanca, un esclavo con su ama! ¡Cuasimodo y Vénus!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Daniel hunde la cara en las manos, por no ver la risa de su enemigo.

Miéntras tanto, Rafael fuma con una impasibilidad que hiela la sangre.

—Pero dejando aparte tus crímenes, que á su debido tiempo recibirán la recompensa merecida,—dice Rafael, despues de una pausa,—puedes vivir tranquilo el tiempo que te queda, y pedir lo que desées; tabaco, ginebra y buena comida. El buque va bien provisto de víveres y caldos.

El negro Daniel guarda silencio, y así transcurren algunos minutos.

El vengativo Ibrahim se levanta, coge el farol y dice con gran calma:

—Conozco que deseas quedarte solo. Es natural que quie-

ras meditar sobre tu situacion, que no es por cierto de las más ventajosas. Adios, querido Daniel; si necesitas algo, puedes pedirlo con toda franqueza, porque yo vendré á visitarte todos los dias.

Y Rafael sale de la bodega, cerrando la puerta.

El negro vuelve á quedar sumido en la más completa oscuridad.

Roncos suspiros se escapan de su agitado pecho, y la esperanza de salvacion se borra de su mente.

Pero en tan críticos momentos más le preocupa el porvenir que Rafael destina á Tula que el suyo mismo.

Así pasan dos horas.

Cuando más embebecido se halla el negro en sus tristes reflexiones, cree percibir ruido á un extremo de la lóbrega habitacion que le sirve de cárcel.

Fija el oido, más bien instigado por la curiosidad que por el miedo, y pronto se persuade de que es un hombre el que se acerca al sitio en que él se halla.

—¿Quién va?—pregunta el negro.

—Un buen amigo,—responde una voz bronca.

Un minuto despues Daniel oye la respiracion de un hombre, como á tres pasos del sitio que ocupa.

Por un momento se le ocurre si será algun enviado de Rafael para asesinarle, y como el hombre sereno que comprendiendo que no puede defender su vida, se dispone á esperar tranquilo la muerte, dice:

—Extiende el brazo y hiere; mi pecho espera sin temor el golpe.

—¡Bravo, bravo, morenito! Conozco que eres un muchacho

sereno, y eso me seduce hasta el punto de beber contigo un trago y fumar una pipa.

Y el hombre, quitando la plancha á una linterna sorda, deja una botella y dos vasos junto al negro.

Este hombre es el capitan Pietro Tempesta.

CAPITULO III.

Por dinero baila el can...

Daniel no ha visto nunca al hombre que se halla sentado frente á él, pero comprende que debe venir de paz, y la esperanza renace en su corazon.

A ser un enemigo, ó por mejor decir, un emisario de Rafael, hubiera entrado por la escota en la bodega, y no por un camino desconocido y al parecer poco transitable.

Sin embargo, el temor de engañarse le aconseja guardar silencio, esperando saber el motivo de tan inesperada visita.

—¡Vaya! ¡vaya!—dice por fin el capitan Pietro, llenando los vasos.—¿Conque tú me creias un asesino pagado para enviarte al otro mundo, cuando tal vez no soy más que un salvador que desea venderse?

—Pero ¿cómo has entrado hasta aquí?

—Muy sencillamente. Tú ocupas la bodega, lugar predilecto; pero debajo de nosotros existe un departamento donde

se arroja á los marineros que se atreven á subírsele á las barbas al capitan. ¡Oh! La sentina es una habitacion deliciosa, y en ella estarias si el jóven Ibrahim supiera que en mi buque hay un lugar más inmundo que éste; pero yo soy hombre prevenido, y siempre me gusta dejar una salida franca. Hé aquí por qué me hallo á tu lado sin necesidad de que se enteren los que disfrutan del aire y de la luz sobre cubierta.

Las palabras de Pietro fortalecen la esperanza del negro Daniel.

—Pero ¿quién eres? ¿Qué deseas de mí? ¿Qué causa te obliga á arriesgar tal vez tu libertad por venir á visitarme?

—Muchas preguntas son esas para un hombre solo, querido. Pero bebamos un trago en señal de alianza, y no tengas tanta prisa, pues nadie nos corre.

Y Pietro saborea con tranquilidad un sorbo de ginebra.

Daniel imita á su inesperado protector.

—Habla,—dice el negro:—te escucho con impaciencia, pues, como debes comprender, mi situacion es crítica.

Pietro enciende su pipa, cruza sus piernas á la oriental, y colocando sus callosas manos sobre sus nervudos muslos, despues de detener un instante su mirada de águila en el impaciente rostro del negro, dice de esta manera:

—El hombre, en la tierra como en el mar, vale lo que posee; hé aquí la razon por qué todas las criaturas caminamos en busca de ese vil metal llamado oro. Yo, pues, me propongo hablarte con toda franqueza; soy una especie de ostra pegada al cascaron de mi buque; no he conocido á mis padres, ni me ha hecho mucha falta conocerlos.

—¿A qué viene ese preámbulo?—dice Daniel, que, suscep-

tible, como todo hombre que se halla en la desgracia, teme qué aquellos rodeos vengan á parar en una burla.

—Creo, querido, que todo lo que voy diciendo es indispensable, y te suplico que me escuches con alguna paciencia.

—Continúa.

—Voy á obedecerte. Pero como la ginebra tiene para mí el don de prestar facilidad á mi lengua, con tu permiso beberé otro sorbo, y me alegraria que tú hicieras lo mismo.

Pietro bebe hasta mediar el vaso, pero Daniel no le imita por esta vez.

—Pues como iba diciendo, pasé hasta los ocho años en una inclusa, y harto á esa edad de la rectitud del piadoso asilo, me fugué una mañana, entrando de grumete en un buque mercante. No quiero detallarte mi vida de marino, porque para eso sería preciso emplear muchas horas; bástete saber que á los nueve años era grumete, y ahora, que si mal no cuento, debo hallarme próximo á los cuarenta, soy capitan y propietario del brik *La Pantera*, en cuya bodega nos hallamos.

—¡Ah! ¿Tú eres el capitan de este buque?

—Sí, querido.

—¿Luego no es del jóven Ibrahim?

—No.

—¿Y la tripulacion te obedece?

—Como mi mano á mi voluntad; pero creo que vas comprendiendo el objeto de mi visita. Noto en tus ojos algo que me demuestra que acabarémos por entendernos.

—Habla; te escucho con impaciencia.

—Como te decia ántes, el hombre corre ciego tras el vil metal, con el objeto de asegurarse una vejez tranquila; pero

algunos séres, temiendo las duras reconvenciones de la conciencia, siguen una marcha que no es por cierto la más conveniente para salir de pobre. Yo no pertenezco á esa clase; la miseria me espanta; admito los negocios que se me presentan, con tal de que puedan darme un buen resultado; ahora, por ejemplo, mi buque, mi tripulacion y yo nos hallamos á las órdenes del jóven Ibrahim, y mediante la suma de tres mil libras esterlinas, la proa de *La Pantera* seguirá el rumbo que él le señale; pero como á la ocasion la pintan calva y muchas veces debajo de una mala capa suele hallarse un buen bebedor, yo me he dicho, echándome mis cuentas: cuando el hombre que me paga quiere jugar una partida tan serrana á esa pobre señora enferma y á ese infeliz negro, tendrá un grande interes en ello; pues bien: si las personas que se desea sacrificar son ricas, como supongo, ¡qué diantre! la vida es una cosa de mucho precio, y bien pueden darme seis mil libras por que haga yo con Ibrahim y Tanguay lo que estos quieren hacer con ellos. Yo podria haberle hecho esta proposicion á la señora, pero la pobre está tan enferma, que verdaderamente da lástima. Ahora responde tú, miéntras yo apuro estas gotas de ginebra, que ya se cansan de permanecer en el fondo de vaso.

—Yo, en nombre de mi señora, te ofrezco lo que pides, y ambos á dos te quedarémos reconocidos eternamente.

—¡Ah! ¿Luego tu señora es muy rica?

—Mucho, capitan.

—Me voy convenciendo de que mi corazon no me engaña. Sin duda su inmensa fortuna es la causa de que se encuentre en situacion tan desagradable.

—No; Ibrahim sólo desea vengarse.

—En fin, lo cierto es que quiere haceros una mala partida; pero yo no puedo consentirlo, mediante las séis mil libras esterlinas.

—Que te serán entregadas tan pronto cómo nos veamos libres de Ibrahim.

—¿Y qué entiendes tú por verte libre de ese hombre?

—¡Toma! ¿Cómo se libra uno de un enemigo?

—Creo que es muy sencillo: clavándole un puñal en el corazon, atándole un saco de arena á los piés, y dejándole caer desde la proa al mar.

—Estamos conformes.

—¿Es indispensable que muera tambien el médico Tanguay?

—Tambien.

—En ese caso, será preciso que aumentemos un poco el precio.

—Se te entregará un millon de reales.

—Perfectamente. Y luégo, ¿á qué país quereis que se os conduzca?

—Mi ama tiene sus intereses en la capital de España.

—Entónces, podeis desembarcar en Gibraltar; pero como vuestros nombres no se hallan inscritos en mi rol, os dejarémos durante la noche en una playa inmediata.

—Eso es indiferente.

—¿Queda el trato cerrado?

—Sí.

—¿Pero estás seguro de que tu señora no pondrá obstáculos á lo que ahora convenimos?

—Mi señora aceptará todas las condiciones, dándote ademas las gracias.

—Otra pregunta.

—Dí lo que quieras.

—Los equipajes y todo cuanto pertenezca á los dos hombres que deben desaparecer, serán mios tan pronto como dejen de existir.

—¿Qué me importa á mí el equipaje de esos hombres? Lo que yo deseo es que arranques pronto estas cadenas que me agobian.

—En cuanto á eso, querido, es preciso que te revistas de un poco de paciencia. Yo te prometo, por la cuenta que me trae, que te sacaré de la bodega lo más pronto posible; pero para eso es preciso que yo me ponga en contacto con tu señora, y que ella misma autorice lo que acabas de proponerme.

—Procúrame entónces una entrevista con ella, y de sus mismos labios oirás el ofrecimiento.

—Eso es imposible; es preciso que no sospechen. Ibrahim parece hombre decidido; como mi conducta pasada no es de las que pueden inspirarle más confianza, tanto él como el curandero Tanguay están prevenidos contra cualquier sorpresa; pero aquí traigo un tintero de bolsillo, y puedes escribir una carta á tu señora, que yo procuraré que llegue á sus manos; díle tu situacion, y aconséjala que confie en mí.

—Tienes razon. Venga.

Pietro coge la línterna para alumbrar miéntras Daniel escribe, sirviéndole de mesa las rodillas.

Hé aquí el contenido de la carta:

«Señora: Me hallo cargado de hierros en la bodega de este

buque. Somos víctimas del rencoroso y vengativo Rafael. Si desea usted salvarse, si quiere usted que nos libremos de la muerte horrorosa que nos espera, tenga una confianza sin límites en el portador de esta carta, á quien he ofrecido un millon de reales por nuestras vidas.

»Su esclavo,—*Daniel.*»

Pietro, despues de leer la carta y guardarla cuidadosamente en uno de los bolsillos de su chaqueton, apaga la linterna y desaparece por el mismo sitio, murmurando en voz baja estas palabras:

—Uno me ofrece quince mil duros por hacer un viaje de seis meses, y otro cincuenta mil por una travesía de pocos dias; la eleccion no es dudosa; bien dice el refran: por dinero baila el can...

CAPITULO IV.

Un negocio redondo.

Aquella misma noche el contramaestre Bartolo, envuelto en su capoton, se halla en el banco de popa con la caña en la mano.

Á su lado fuma un hombre que tiene el rostro oculto por la capucha de uno de esos abrigos de mar que libran del relente á los marineros durante las noches.

Aquel hombre es el capitan Pietro Tempesta.

Oigamos su conversacion, apénas inteligible para ellos mismos, pues el viento silba con fuerza en el velámen, y las olas baten los costados del buque.

—¿Has visto á la señora?—dice Bartolo.

—No; el jóven no la deja ni un solo instante. Dos veces he entrado en su camarote, pero me ha sido imposible cambiar con ella ni una palabra. Está muy pálida, y sus ojos, hinchados por el llanto, demuestran que debe saber algo de lo que la espera.

—Yo creo que la salud de esa señora no es muy buena.

—Lo mismo opino.

—Es preciso que mañana quede la carta en su poder; estas cuestiones conviene terminarlas pronto.

—Mira, Bartolo, yo creo que no nos conviene entregar la carta.

—¿Y eso?

—Hombre, porque se me ha ocurrido hacer un negocio más redondo.

—Explícate.

—Creo que podrémos hablar sin ningun recelo.

—Son las doce de la noche; por la cubierta no se ve un alma, y en cuanto á los mástiles, el timon y la aguja, no he oido decir nunca que tengan orejas para escuchar lo que se habla.

—Sin embargo, voy á dar una vuelta, porque creo que ese pícaro napolitano de Insausti nos mira con malos ojos, y ya dos veces le he observado hablando en secreto.

Pietro Tempesta se levanta y recorre las muras de babor hasta el palo de mesana. Allí cruza el puente en línea recta hácia estribor, y vuelve á reunirse con el timonel por la parte opuesta.

—Estamos solos,—dice.

—Eso ya lo sabía yo; sólo un ciego podia haber dudado.

—Hombre prevenido...

—Tienes razon; vale por dos,—dice, interrumpiéndole Bartolo.—Pero explícame ese negocio redondo que me acabas de indicar.

—El negocio consiste sencillamente en que en vez de ad-

mitir un amo que nos pague, nos proclamemos dueños de lo que otros tienen.

—Confieso que no acabo de comprenderte.

—Procuraré explicarme con más claridad; pero ántes voy á hacerte una pregunta. ¿Crees tú que reunido lo que contenga todo el equipaje de los cuatro pasajeros que llevamos á bordo, valdrá un millon de reales?

—¿Quién es capaz de saber lo que contienen las maletas? Por gente rica tengo á sus dueños, pero miéntras no se vean las cosas, todo cuanto se diga es aventurado.

—Tu advertencia me parece muy prudente; sin embargo, el peso de las maletas turba mi sueño, y me hace creer que llevamos un tesoro á bordo del brik. Ademas, no se emprende un viaje á la India con los bolsillos vacíos.

—En cuanto á eso, estamos conformes; pero ¿y si despues de librarnos de los cuatro pasajeros, no encontráramos el millon que nos ofrecen por librarnos de dos? Créeme, querido Pietro; yo soy de aquellos que prefieren un pájaro en mano á un buitre volando.

—Ibrahim y Tanguay—dice el capitan, bajando la voz—deben ser hombres ricos, y en cuanto á la señora, ya ves, querido Bartolo, que ofreciendo un millon, por lo ménos debe tener dos de capital.

—Sí; pero puede tenerlos en casas y campos, que es lo mismo que si no los tuviera.

—Bien mirado, nada podemos decidir en este negocio, miéntras yo no tenga una entrevista con esa señora.

—Eso es lo primero; si tuviera el dinero á bordo, entónces el negocio podria ser redondo, como tú dices; pero miéntras nos

quede la menor duda, créeme, Pietro, deja que el brik corte con su quilla las aguas que han de conducirle al mar de la India.

—¡Bah! Ese viaje es muy largo; resulte lo que quiera, acepto las proposiciones del negro; esto me proporciona un millon de reales y un equipaje que Dios sabe lo que puede valer.

—Si te he de ser franco, creo que es el mejor partido que podemos tomar en cuanto la enferma del camarote de popa autorice la carta de su esclavo.

—Mañana, querido Bartolo, debe quedar concluido este asunto; nos hallamos á bastantes millas de la costa, y no hay miedo que los cadáveres lleguen á ella empujados por las olas. ¡Oh! Verdaderamente, el mar es una tumba grandiosa.

—¿De manera que hasta mañana no podemos decidir nada?

—Nada; pero es preciso no perder de vista al napolitano.

—Unas cuantas botellas de ginebra pondrán fuera de combate á aquellos tripulantes que no sean de nuestra confianza.

—El más temible es Insausti; ese es astuto como una zorra y bravo como un alano.

—Descuida; en último caso, tengo yo un cuchillo que lo mismo rasga la carne de los valientes que la de los cobardes.

—Mira, Bartolo, tú eres el hombre de mi confianza; en este asunto debemos ir unidos como dos hermanos.

—¿Quién lo duda?

—Yo no he de ser ingrato contigo.

—Ya que te veo dispuesto á hablar de la cuestion de intereses, permite que te haga una pregunta. ¿Qué voy ganando por secundar tus intenciones y servirte con la fidelidad de un perro?

—¿Desconfias de mí?

—Dios me libre de hacerte semejante ofensa; pero ¡qué quieres! el hombre llega á una edad en que se le ocurre pensar en lo porvenir. Hace treinta años que no puedo quitarme de encima el olor á brea; ántes me reia de las tempestades, pero ahora comienzo á tenerlas asco; quiero dejar la vida de marino, y como puedes comprender, para terminar mi existencia pacíficamente en un rincon del mundo, necesito un puñado de oro.

—Si me sirves bien, te entregaré al terminar este asunto quinientas libras esterlinas.

—Eso es poco, Pietro.

—¡Te parece poco! Te doy la sexta parte de lo que me ofrecen.

—La sexta parte de lo que te dan los blancos; pero si calculas las proposiciones del negro de la bodega, ya ves, querido Pietro, que es una miseria.

—¿Cuánto te propones ganar?

—Hombre,—dice con pausa Bartolo, y como si meditara las palabras,—yo creo que, sin que me trates de exigente, de la suma total que se gane en este negocio debian hacerse cuatro partes: una para tí, otra para el brik, otra para mí y otra para los muchachos.

—¡Bah! A esos ganapanes se les tapa la boca con un puñado de plata; de cualquier manera, lo han de derrochar en el primer puerto donde fondéemos...

—Sí; pero eso no es cuenta nuestra; ademas, nos conviene tenerlos contentos; recuerda, querido Pietro, el cuento del gitano, que tanto oro quiso meterse en los bolsillos, que, hun-

diéndose por su peso, se ahogó en un rio; medita bien que en estas circunstancias nada se pierde siendo generoso.

Las palabras de Bartolo deben sin duda parecer una amenaza embozada al capitan Pietro, y responde de este modo:

—Bien; mañana convendrémos sobre este punto: ahora voy á dejarte; quiero bajar al camarote de popa á ver qué vientos corren por allí.

—Adios, Pietro, y aprovecha la ocasion..

—Pierde cuidado.

El capitan se separa del timonel, bajando á las cámaras de popa.

Transcurre como una hora en el mayor silencio.

Despues dos hombres, uno de los cuales lleva un farol en la mano, se acercan al sitio del timonel.

—¿Venis á relevarme?—dice Bartolo.—En verdad que me han parecido muy cortas las tres horas de guardia.

—¿Tienes alguna consigna que darme?

—Ninguna; el buque debe llevar el mismo rumbo, y por ahora la mar es bastante franca para no inspirarnos recelos.

El hombre que reemplaza á Bartolo se sienta en el banquillo de popa y empuña el timon.

Transcurren unos minutos.

Sólo se escucha el gemido de la brisa en las jarcias y el choque de las aguas, rasgadas por la cortadora quilla.

El timonel, con la caña en la mano derecha y la pipa en la boca, imprime á la dócil embarcacion el rumbo marcado por su antecesor.

De vez en cuando murmura una cancion en voz baja, dirigiendo una mirada á la protectora aguja.

El brik sigue su marcha sin obstáculos.

El cielo está sereno, el mar tranquilo, y á bordo de *La Pantera* no se oye otro ruido que el de las jarcias y el velámen, al extenderse ó replegarse, empujado por la brisa de la noche.

CAPITULO V.

En el camarote de popa.

Retrocedamos á la mañana que siguió á la noche en que Tula, profundamente dormida, fué trasladada á bordo del brik *La Pantera.*

Al despertar, la criolla permanece por espacio de algunos segundos sin comprender dónde se halla.

Cree que su sueño tenaz no ha terminado todavía, y se lleva las manos á los ojos para persuadirse de la realidad.

—¿Dónde estoy?—dice, deslizándose de la estrecha cama.

Apénas coloca en el suelo sus pequeños piés, siente que la habitacion se mueve, pierde el equilibrio, y cae de rodillas.

En este momento se abre la puerta del camarote, y aparece Rafael.

Tula exhala un grito de gozo.

—¿Ah! ¿Eres tú?—le dice.—¡Qué miedo he pasado! Pero tu presencia me tranquiliza. ¿Dónde estamos? Esto parece la cámara de un buque.

—Efectivamente, querida Tula,—responde Rafael con pausado acento; nos hallamos á bordo de un brik, ligero como el viento.

Tula se pasa las manos por el rostro para apartar algunos bucles de sus hermosos cabellos, y mira con extrañeza á su amante, que recibe aquella mirada con una sonrisa.

—¿A bordo de un brik?—pregunta la criolla.

—Sí. ¿Qué te extraña?

—Rafael, no comprendo lo que me dices. ¿Por qué me encuentro á bordo de un buque? ¿Dónde me llevas?

—Tranquilízate, querida. Sólo tu bien me ha obligado á tomar una determinacion sin consultarte. Vámos á la India.

La criolla Tula retrocede con marcadas muestras de espanto; pero falta de fuerzas, tiene que apoyarse en la cama para no caerse.

Rafael añade:

—Estás muy débil; te aconsejo que te acuestes, y te suplico que te tranquilices, porque cuando las cosas no tienen remedio la conformidad es un gran bálsamo.

Todo lo que escucha Tula la parece tan extraño, que su asombro crece á medida que brotan las palabras de los labios de Rafael.

Ademas, la sonrisa de su amante tiene algo de cruel complacencia que le asusta.

—Pues sí, querida,—repite el fingido Ibrahim;—vamos nada ménos que á la India, á aquella vasta region, donde los árboles son bosques, los rios mares y los reptiles monstruosas culebras que matan instantáneamente sólo con besar nuestra boca. Pero no temas; nos acompaña el célebre Tanguay el ja-

vanes, que, como tú sabes, tiene el privilegio de poseer el secreto de la vida y de la muerte.

—¡Rafael! ¡Rafael!—exclama la criolla.—Creo que has cometido conmigo una infame traicion.

Rafael prorumpe en una ruidosa carcajada, que hiela la sangre de la criolla.

—¡Traicion!—dice.—Nada de eso, amiga mia. Tu sobresalto me produce risa. Vamos, acuéstate; quiero recitarte un párrafo de la linda comedia de Beaumarchais. Es una linda produccion, que puesta en música conoce y no se cansa nunca de aplaudir el mundo filarmónico: *El Barbero de Sevilla.* ¡Oh! ¡Beaumarchais era un gran hombre! La desgracia le hizo comprender el corazon humano: la cárcel de San Lázaro fué para él un estudio precioso. ¿No te gusta el parlamento de don Basilio el organista sobre la calumnia?

—No he leido esa comedia.

—María Antonieta, reina de Francia, tenia en mucha estima al autor de *El Barbero de Sevilla*, y áun, si mal no recuerdo, creo que representó el papel de Rosina en su pequeño teatro de Trianon. ¡Oh! ¡Cuántos aplausos le ha valido al autor su célebre escena de la calumnia! Escucha, Tula; la sé de memoria.

Y Rafael se pone á recitar el siguiente trozo de la obra dramática de Beaumarchais, sin que ni un solo instante se borre la sonrisa de sus labios, sin que ni un segundo se aparte su mirada de los ojos de Tula:

—»¡La calumnia!—dice Rafael.—Yo he visto las personas más dignas, más intachables, abrumadas bajo su peso. Estad seguros de que no hay dicho, ni cuento, por necio, por inve-

rosímil, por absurdo que sea, que no encuentre una brillante acogida en la poblacion, si hay maña para ello. ¡Y existen para esto gentes cuyo talento es asombroso, cuya destreza no tiene rival!

»En un principio se siente susurrar *pianissimo* un rumor ligero y vago, como el vuelo de la golondrina ántes de la tempestad.

»Este rumor lo recoge una boca, y *piano, pianissimo*, lo desliza diestramente en un oido.

»El mal está hecho; porque se desarrolla, se mueve y se arrastra, y *rinforzando* de labio en labio, va á parar hasta donde Dios sabe.

»Despues, súbitamente, y sin saber cómo, veis á la calumnia enderezarse como una serpiente, silbar, hincharse, agrandarse; á vuestros mismos ojos lánzase y extiende su enroscada cola, se arremolina, arranca, arrastra en pos de sí á su víctima, estalla y truena, y se convierte en un grito general, en un *crescendo* público, en un caso universal de odio, de proscripcion. ¿Quién diablo puede resistir á la calumnia?»

Rafael suspende su relacion.

Tula le mira con espantados ojos, porque el miedo se ha apoderado de su espíritu.

El jóven prosigue:

—¡Qué grandes frases las que pronuncia don Basilio el organista! Pues ¿y *La Calumnia* de monsieur Eugenio Scribe? ¡Oh! Esa tambien es una obra magistral. La ví en uno de los teatros de Madrid, cuando tú, querida mia, eras la reina de la moda; cuando tu difunto esposo vivia á tu lado. Sin embargo, no quiero molestarte con relaciones que otros escribieron,

cuando puedo hablarte por cuenta propia. Pero acuéstate, hija mia; esa postura no es muy cómoda.

Y Rafael coge suavemente á Tula y la coloca sobre la cama, sin que oponga la menor resistencia.

—Pues, como iba diciendo, la calumnia es un arma terrible; todo lo agosta, todo lo destruye: el apasionado amor de los esposos, el noble cariño de los padres, el sumo respeto de los hijos; porque la calumnia tiene un poder irresistible. Yo he conocido á una adúltera que envenenó á su esposo, y sin embargo, con el mágico poder de la calumnia, el pobre anciano, porque era un anciano, murió bendiciendo á la mujer que, despues de deshonrar sus canas, de profanar su lecho, le abria una tumba; y ¡cosa extraña! maldijo á su hijo, que era, por cierto, bien inocente. ¡Ah! Me olvidaba decir que tambien el padre, ciego por la calumnia, puso la mano en el rostro de su hijo. ¡Oh! ¡Qué gran arma es la calumnia!

Tula no puede resistir las miradas que le dirige Rafael, y se cubre el rostro con las manos.

—Pero los calumniadores, los asesinos, no siempre cometen sus crímenes impunemente. Es indudable, querida Tula, que hay Providencia. Sin duda por esto el hijo calumniado supo que su madrastra habia envenenado á su padre y se propuso vengarle, pero de un modo terrible. Nada le detuvo; juró sobre la tumba, á la faz de Dios, no descansar hasta el dia de la reparacion. Pero ¿para qué describirte los esfuerzos, los obstáculos que tuvo que vencer? Fingió amar á la misma que odiaba con todo su corazon. Ligado por esos lazos de flores que unen dos voluntades, la condujo á Italia. La adúltera, la envenenadora, se sentia víctima de una enfermedad desconocida,

y creyó que las brisas del mar Adriático la devolverian la codiciada salud. ¡Error grave! Su mal era incurable, porque un veneno minaba su existencia.

Al llegar á este punto, Tula exhala un grito.

Rafael continúa impasible:

—La costa del Adriático, con sus poéticos encantos, con su hermoso cielo, sus verdes aguas, sus floridos campos, llenó de dulces esperanzas el corazon de la enferma. Pero una noche fué acometida por un sueño irresistible, y durante este sueño fué trasladada á un buque, de donde no debia salir sino para bajar al fondo de los mares, su postrimera morada.

Tula exhala un segundo grito, más agudo, más prolongado que el primero, y haciendo un esfuerzo para levantarse, cae con estrépito desde la cama al suelo.

Se ha desmayado.

Rafael se acerca, y dice, colocando una mano sobre el corazon de la criolla:

—¿Habrá muerto? No; su corazon late todavía.

Y acercándose á la escotilla, grita con robusto acento:

—¡Tanguay! ¡Tanguay!

Poco despues el curandero se presenta en el camarote.

—¿Qué ocurre?—pregunta.

—Mira,—dice Rafael, señalándole á Tula.

—¡Muerta! ¡Tan pronto! Es imposible.

—Creo que sólo está desmayada.

Tanguay levanta á la criolla y la coloca en la cama, haciéndola aspirar un pomito de sales.

Al volver la cabeza, Rafael ha desaparecido del camarote.

—¡Ah!—exclama, hablando consigo mismo.—¡Ese jóven

tiene un corazon de tigre! Su muerte no será en un lecho de flores. ¡Miserable de mí, que he forjado por mi mano las cadenas que me unen á una fiera, que tal vez mañana se gozará en despedazarme! ¡Pero ahora ya es demasiado tarde para retroceder!

CAPITULO VI.

Más vale pájaro en mano...

. . . .

Cuando poco despues Tula recobra el conocimiento, al ver á su lado al médico Mahomet, exclama:

—¡Ah! ¿Conque estoy envenenada? ¿Conque la tumba que me prepara ese vengativo Rafael es el fondo del mar?

Tanguay guarda silencio.

De repente Tula se incorpora, coge por el brazo al javanes, fija en él una mirada que despide fuego, y dice:

—Tanguay, soy rica, inmensamente rica. Pues bien; la mitad de mi fortuna es tuya si me salvas.

—Imposible, señora.

—¡Cómo! ¿Rechazas mi ofrecimiento?

—No puedo aceptarlo.

—¿Luego mi muerte es segura?

—Sí,—contesta con tembloroso acento el javanes.

—¡Ah! ¿De qué vale entónces tu ciencia? ¡Eres un mise-

rable! ¡Vete! ¡vete! ¡Quiero estar sola! ¡Dejadme morir al ménos sin que vea el rostro de mis verdugos!

Tanguay inclina la frente y sale del camarote.

Tal vez aquel hombre, que durante su vida aventurera tan poco escrúpulo tuvo en vender la existencia de un desconocido por un puñado de oro, siente por vez primera la mordedura del remordimiento en su corazon.

La venganza que proyecta Rafael le espanta.

En vano quiere disuadirle; Rafael, como el tigre rencoroso del desierto, una vez hundidas las garras en la presa, no quiere soltarla hasta no quedar saciado.

. . . .

. . . .

Dos dias despues, el capitan Pietro Tempesta logra por fin penetrar en el camarote de la enferma sin ser visto, y la dice precipitadamente:

—Señora, yo puedo salvaros. Soy el capitan de este buque: leed esta carta.

Tula lee con la mayor indiferencia el papel que la presenta Pietro.

Al terminarla, se lo devuelve.

El capitan no puede ménos de extrañar aquella frialdad.

—Amigo mio,—le dice,—salvad, si quereis, á mi negro Daniel. Ha sido un leal servidor. Pero para mí no existe remedio; estoy envenenada.

Pietro abre la boca con admiracion.

—¡Envenenada!—dice.

—Sí. ¿Teneis vos el poder de curarme?

—No. Pero podria dejaros en la costa del Estrecho...

Tula se encoge de hombros, diciendo:

—Me quedan pocos dias de vida. No os expongais por mí. Sin embargo, os agradezco el ofrecimiento.

Pietro sale desorientado del camarote.

Aquella misma noche tiene una entrevista con el contramaestre Bartolo.

—La he visto,—le dice.

—Cuenta.

—La enferma está envenenada.

—¡Diablo!

—Lo que oyes.

—De modo...

—Que tanto le importan siete como catorce.

—Es decir, que rehusa el ofrecimiento.

—Redondamente: me ha dicho que lo mismo le da morir á bordo de *La Pantera* que en tierra firme, pero que me agradece el interes que por ella me he tomado. ¿Qué opinas que se haga ahora?

—¡Toma! Aquí tenemos aquello de: más vale pájaro en mano...

—Sí, bien; déjate ahora de refranes y convengamos en lo que debe hacerse.

Bartolo permanece un momento en actitud reflexiva, como buscando una solucion al asunto.

Por fin, se da una palmada en la frente y dice:

—Creo que debes decirle á Ibrahim que el negro quiere comprarte.

—¡Bravo! De este modo me gano su voluntad, que casi contaba perdida.

—Justamente. No le ocultes nada; pero para eso conviene que le entregues la carta escrita por el negro.

—Bien hice en recogerla del suelo cuando la enferma la dejó caer con indiferencia despreciando mi ofrecimiento.

—De este modo las sospechas, que han comenzado, se desvanecerán.

—De manera que por ahora seguimos con el mismo amo.

—Lo que no implica para que más tarde seamos nosotros los señores.

—Bartolo, eres un hombre de provecho, y créo firmemente que aún hemos de hacer juntos muchos negocios en esta vida.

—Me precio de ser amigo leal, y si tú lo eres...

—¡Bah! ¿Puedes dudarlo?

—Nada de eso.

—Entónces, toca esta mano y prepárate para apurar esta noche un frasco de ginebra.

—Nunca me niego á un convite de buena voluntad.

—Así son siempre los mios. Pero voy á ver á Ibrahim.

—Sí; esó es lo que por ahora importa más.

—Hasta la noche, amigo Bartolo.

—Anda con Dios, Pietro.

Rafael se pasea por el alcázar de popa, cuando ve acercarse á Pietro Tempesta.

—¡Qué buen tiempo!—dice.

—Sí; el cielo está muy despejado.

—Y la mar inmejorable.

—Lo cual prueba que el dios de las aguas nos protege,—dice Rafael.

—Despues de todo, no tiene motivo para otra cosa, porque

nosotros no le hemos hecho ningun mal. Pero hablando de cada cosa un poco... porque, aunque muchas veces uno alcanza una mala reputacion sin fundamento...

Rafael no puede adivinar qué es lo que quiere decirle Pietro, y se propone no interrumpirle.

Pietro continúa:

—Pues como iba diciendo, yo tengo que confesar al señor Ibrahim un pecadillo.

—¡Hóla!

—Sí; pero el que se arrepiente á tiempo, digno es del perdon.

—Cierto.

—Yo, si bien he tenido el mal pensamiento de interesarme por el pobre negro de la bodega, ahora confieso mi culpa, y... en fin, aquí está esta carta; porque ántes que todo, prefiero cumplir mi palabra.

Y Pietro entrega la carta de Daniel al falso Ibrahim.

Despues de leida con detencion, Rafael se la devuelve, diciendo:

—¿Y qué es lo que piensa hacer el capitan Pietro?

—Permanecer á las órdenes del primer amo que me alquiló el buque.

—Te doy las gracias.

—En cuanto al negro, se le dice que perdone por Dios y que se revista de paciencia, puesto que para sufrir nacimos.

—¡Pobre Daniel! Verdaderamente es digno de lástima.

—¡Valiente caso haré yo de las amarguras de un negro, cuando toda mi vida la he pasado haciendo el tráfico de ébano vivo!

Ibrahim coloca confidencialmente una mano sobre el hombro de Pietro, y le dice, marcando las palabras:

—Te doy la enhorabuena por el paso que acabas de dar, porque, querido Pietro, yo soy un buen amigo de mis amigos y no olvidaré tu lealtad.

El capitan Tempesta se queda mirando fijamente á Rafael, como el hombre que no comprende una palabra de todo lo que le dicen.

El fingido Ibrahim parece gozarse en las dudas del pirata italiano.

—Dime, Pietro,—le dice:—¿cuántas horas puede legalmente permanecer un cadáver á bordo de un buque?

—Muy pocas, señor Ibrahim.

—¿De modo, que cuando uno muere durante la travesía se le arroja al mar?

—Eso es una cosa sabida; en los puertos negarian la entrada á un buque que llevara un cadáver á bordo. En ese punto es preciso andar con mucho cuidado; el cuaderno de bitácora debe llevarlo limpio todo capitan, por que de lo contrario, arriesga mucho. ¿Pero por qué me dirige el señor Ibrahim esa pregunta?

—A su tiempo lo sabrás, querido Pietro; pero miéntras tanto, encarga al carpintero que construya una balsa sobre tres pipas, capaz de sostener á dos personas.

Pietro, no sabiendo qué contestar, se sonrie.

—La balsa,—repite Rafael, sin ocuparse de la sonrisa del capitan,—tendrá en el centro un palo de bastante resistencia para atar á un hombre.

Pietro deja de sonreirse.

—¿Y quién es el venturoso mortal que debe ser atado?—pregunta Pietro.

—Le verás muy pronto; ahora sólo te suplico que actives la construccion de la balsa.

—Hoy mismo quedará hecha.

—Te doy las gracias anticipadamente.

Y Rafael, saludando á Pietro, va á reunirse con Tanguay, que sale de la escotilla de popa.

En cuanto á Tempesta, no se mueve del sitio por algunos minutos, preguntándose para qué querrá Ibrahim la balsa.

CAPITULO VII.

El escapulario.

Al dia siguiente Pietro dice á Ibrahim:

—La balsa está construida. ¿Quereis verla?

—Vamos,—le contesta el jóven.

Y los dos se encaminan á la carpintería.

Una vez allí, Rafael examina las tablas, las pipas, y el madero que, fuertemente clavado en el centro de la balsa, ha hecho formar mil comentarios al capitan Tempesta.

—Está bien,—dice Rafael;—sólo me resta dirigir una pregunta. Ese armatoste, ¿flotará sobre las aguas sin hundirse con el peso de dos personas?

—Podrian embarcarse veinte hombres sin miedo de irse á fondo; es sólida como un ponton ruso,—le contesta Pietro.

Como Rafael, despues de las anteriores palabras, guarda silencio, Pietro no puede enterarse de lo que desea.

—¿Para qué diablos querrá el señor Ibrahim esa balsa?— se dice poco despues, paseándose por la cubierta.

Y como en este momento se le reune Bartolo, le dice:

—¿Has visto la balsa?

—Sí.

—¿Podrias explicarme el objeto de ella?

—¡Toma! Estando el mar tranquilo, como está ahora, no creo que sirva para nada bueno. En el caso de un naufragio, ya es distinto.

Así las cosas, transcurren los dias, sin que se interrumpa la buena marcha del buque.

Al noveno de la navegacion, Ibrahim envia á decir al capitan Pietro que baje á su camarote.

Oigamos su diálogo.

—Tal vez mañana por la noche necesitarémos dar á los tripulantes del brik unas botellas de ginebra.

—Doy al señor Ibrahim las gracias en nombre de mis subordinados.

—Conviene que los muchachos se emborrachen, hasta el punto de no ver lo que va á ocurrir arriba.

—Se emborracharán.

—Sin embargo, de este convite quedarán excluidas algunas personas.

—Podeis nombrarlas.

—Tú, Bartolo, Insausti, y el camarero de popa.

—Está bien.

—Nada dispongas hasta nuevo aviso; hemos terminado por hoy.

Explicados estos antecedentes, bajemos al camarote de la criolla.

Acaba de anochecer.

Una lámpara de laton, sin tubo, alumbra la reducida estancia.

El contínuo cabeceo del buque hace temblar la luz, causando molestia á los ojos.

Tula se halla en el angosto lecho del camarote.

Ibrahim está sentado á su cabecera.

Tanguay, de pié y apoyado en el borde de una mesa, triste, meditabundo, con el remordimiento impreso en el semblante, dirige de vez en cuando cobardes miradas hácia el lecho de la enferma, de donde salen débiles gemidos.

—¡Dios mio!—murmura Tula.—¡Cuándo terminará esta cruel agonía!

Y luégo, volviendo la cabeza hácia el lado donde se halla Ibrahim, continúa:

—¡Vete, déjame morir sola, líbrame de tu presencia!

Rafael permanece inmóvil, como si nada hubiera oido.

—Si en tu corazon no hubiera mucho de infame,—repite Tula con moribunda vóz,—¿cómo es posible que te gozaras en mi dolor? ¡La venganza! ¡Vano pretexto! Si quieres vengarte, hunde un puñal en mi corazon. ¡Infame! ¡Tigre!

—Los insultos que me prodigas, querida Tula,—dice con pausa Rafael,—no lograrán que mi mano se arme para acortar un sólo minuto tus sufrimientos. El veneno fué el arma que empleaste para matar á mi padre; el veneno empleó para mi venganza. Tus quejas son injustas.

—¡Eres una hiena! ¡Parece imposible que en el pecho de un hombre se albergue un corazon de tigre!

En los labios de Rafael asoma una sonrisa.

—Sí, rie; haces bien; rie ante una víctima que no puede

defenderse. ¡Eso es muy noble, muy grande, muy generoso! Pero ¡ay de tí, Rafael! ¡No esperes morir en un lecho de flores! La venganza ofende á Dios casi tanto como el crímen, y Dios castigará tu inaudita crueldad.

—Me ocupo poco de lo porvenir. El presente es lo que ahora me interesa; y el presente, querida Tula, es mi venganza.

—¡Monstruo!—exclama Tula, ocultando su rostro con la colcha de la cama.

—Tanguay,—dice Rafael, despues de un corto silencio.

El javanes, como si estuviera dominado por aquel jóven, se acerca, estremeciéndose.

—Aquí me tienes.

—Reconoce á la enferma, y procura no engañarte.

El javanes descuelga la lámpara y se acerca al lecho.

—Vamos, señora,—dice;—cuando la esperanza de vivir se pierde, debe brotar en el alma la resignacion.

—¡Ah! ¡Tú eres tan infame, tan miserable, tan cobarde como mi verdugo! ¡Maldito seas!

Tanguay examina el rostro de Tula, horriblemente desfigurado y cubierto de manchas cárdenas.

Sus ojos, hundidos y brillantes, tiemblan con precipitacion dentro de sus órbitas, y con frecuencia se la ve pasar la lengua por los labios, como si quisiera humedecerlos.

Tanguay, despues de un corto exámen, torna á dejar la lámpara en su sitio, y sentándose en el extremo opuesto del camarote, dice:

—Tres horas á lo más.

Rafael saca su cronómetro, y dice, mirando la esfera:

—Son las nueve; de modo que á las doce...

—Habrá terminado su horrible agonía.

Aquellos miserables ni áun por caridad bajan la voz.

Tula oye su sentencia de muerte, y exclama:

—Sé que nada puedo esperar de los asesinos que me rodean; pero si no sois monstruos, dejadme para que eleve á Dios mis plegarias, para que en los últimos momentos que me quedan le pida con fervoroso lábio perdon por mis pasados yerros.

—Puedes hacer lo que gustes. Nosotros no te interrumpirémos.

—¡Oh! Desde esta mañana te pido en vano un sacerdote,—exclama la enferma.

—¡Un sacerdote en un buque negrero! Eso es un absurdo.

—Pues bien; dadme al ménos una imágen de Jesus, para que pueda morir aplicando en ella mis labios.

—Aunque es muy fácil que no pueda complacer tu último deseo, haré la prueba.

Y Rafael, acercándose á la escalera de la escota, grita:

—¡Insausti!

El napolitano se presenta en el camarote.

—Dile á Pietro Tempesta que reparta inmediatamente algunas botellas de ginebra entre los tripulantes. Deseo que celebren esta noche.

Insausti va á retirarse, cuando Rafael le detiene, diciéndole:

—¿Sabes si á bordo del brik se encuentra alguna imágen del Nazareno?

—Estampas de Jesus no tenemos, pero si el señor quiere

escapularios de San Telmo y de la Vírgen del Socorro, apénas habrá un marinero que no lleve uno sobre su pecho.

—¡Ah! ¡Son devotos!

—Señor, los marinos suelen olvidarse algunas veces de los preceptos de la Iglesia, pero no se separan nunca de su escapulario. Es una esperanza para los dias de naufragio.

—¿Y lo llevas tú?

—Nunca se separa de mi pecho.

—Dámelo.

—¡Señor!...

—¿Dudas?

—Me lo puso mi madre cuando senté plaza de grumete, y me ha salvado de todas las desgracias.

—Sólo deseo que me lo prestes por dos horas.

—Siendo así, no tengo inconveniente.

Insausti se quita el escapulario.

—Gracias, honrado marinero,—dice la moribunda, apoderándose de aquel trozo de tela, donde apénas se distingue la imágen de la Vírgen y la del santo patron de los navegantes.

Rafael hace una señal á Insausti, y éste sale del camarote á transmitir las órdenes al capitan Tempesta.

—¡Ah! ¿Conque es esta noche?...—dice Pietro.—Voy entónces á dar un alegron á los muchachos.

Pero deteniéndose, dice de nuevo:

—¡Diablo! Si ahora que recuerdo, todos no podemos emborracharnos. Ibrahim me dijo que necesitaba cuatro hombres.

—¿Te citó los nombres?—pregunta el napolitano.

—Sí.

—Pues suprímelos del festin.

—Entónces, será preciso que Bartolo se ponga de cuarto en el timon, porque no es cosa de abandonar el buque.

—Arréglalo como quieras.

Pietro se separa de Insausti y busca á Bartolo, comunicándole la órden de Ibrahim.

Una hora despues, el contramaestre se halla en el banco de popa gobernando el buque; Insausti haciendo la guardia en la proa; el camarero junto á la escota de los camarotes de popa esperando órdenes, y Pietro Tempesta brindando en el comedor de popa con sus marineros y maldiciendo en voz baja, por no poder levantar el codo tanto como su deseo y su gaznate le piden.

CAPITULO VIII.

Contraste.

¡Horrible contraste!

En las cámaras de proa, la orgía, las brutales carcajadas del beodo, las blasfemias, los lúbricos cantares, los juramentos y las discordes melodías de una gaita italiana tocada por un músico borracho.

En el camarote de popa, el gemido del moribundo, la ferviente oracion del que ve sobre su lecho cernerse la imágen de la muerte, el estertor de la agonía, que se eleva al cielo implorando perdon por las culpas cometidas durante el doloroso paso de la vida.

Pero ¡ay! escrito estaba que los últimos momentos de Tula habian de ser amargos, dolorosos.

Ni el consuelo de morir tranquila le queda, pues su ferviente oracion se ve interrumpida por las coplas de los ebrios

marineros, que cantan á coro con atronador estruendo, con infernal gritería:

Yo me rio de la muerte
y del furor de los vientos,
del empuje de las olas
y el enojo de los cielos.
Bebamos, pues,
miéntras quede ginebra en el vaso
y una tabla bajo de los piés.

—¡Señor, Dios bueno, Dios clemente, Dios misericordioso!—exclama Tula, apretando contra su pecho el escapulario que poco ántes le prestara el marino.—¡Grande fué mi culpa, pero grande es tambien mi arrepentimiento, y penosa la agonía de mi última hora!... ¡Señor, ten piedad de una mujer culpable; recibe con benevolencia el alma de un cuerpo manchado con el crímen!...

Y Tula suspende su ferviente súplica para fortalecer sus decaidas fuerzas.

Rafael y Tanguay, pálidos como el remordimiento, silenciosos, aterrados, apénas se atreven á alzar los ojos del suelo; y allá, al extremo opuesto del buque, continúan las horribles carcajadas, los gritos de placer, los hurras de entusiasmo que acompañan la caida de un marinero borracho que rueda por el suelo.

Gritos que retumban á bordo del brik como una blasfemia; gritos que se pierden en las soledades del Océano como el eco de una maldicion; gritos acompañados del estridente y áspero plañido de la gaita; gritos producidos por las voces de algunos

roncos cantores, que al compas del vibrador sonido de los vasos, cantan una y otra y otra vez:

Yo me rio de la muerte
y del furor de los vientos,
del empuje de las olas
y el enojo de los cielos.
Bebamos, pues,
miéntras quede ginebra en el vaso
y una tabla bajo de los piés.

—¡Rafael! ¡Tanguay!—exclama la moribunda.—¡Por lo que más ameis sobre la tierra, mandad que callen esas furias del averno, que interrumpen con sus cánticos de maldicion la plegaria de un sér que agoniza!

Pero ¡ay! los miserables verdugos guardan silencio, y permanecen fijos en sus sitios; en vano una y otra vez la moribunda vuelve á repetirles la súplica.

Así transcurre una hora.

El eco de la orgía va apagándose gradualmente.

La voz de la moribunda pierde fuerza, se extingue por momentos.

Al fatigoso estertor que acompaña á la agonía, sigue el hipo que precede á la muerte.

Rafael consulta su reloj.

—Las once,—dice, como hablando consigo mismo.

Y dirigiendo la palabra á Tanguay, continúa:

—Querido doctor, ten la bondad de enterarte en qué estado se encuentran esos miserables beodos.

El javanes sale del camarote.

Las carcajadas, los cánticos, las maldiciones se van disipando; pero aún se oye el discorde gemido de la gaita, como haciendo coro al estertor que agita el pecho de la moribunda.

Rafael se queda solo con la criolla.

De repente, como si sacudiera de su imaginacion alguna idea cobarde, se levanta, descuelga la lámpara, y sacando un objeto del bolsillo, se acerca al lecho de la criolla, soltando una carcajada.

Tula es casi un cadáver.

Su rostro, ántes bello, seductor, apénas recuerda una sola línea de lo que fué.

Tiene los ojos cerrados, los labios entreabiertos, y su cuerpo sufre periódicas conmociones, especie de saltos que hacen estremecer la cama.

Es el hipo de la agonía.

Rafael, vengativo hasta el último instante, acerca la luz de la lámpara al rostro de la moribunda.

—¡Tula! ¡Tula!—la dice.

La criolla abre los ojos, en donde todavía se observa un resto de vida, refugiado en sus hermosas pupilas.

—¿Qué quieres?—pregunta.

—Sobre el sepulcro de mi padre—repone Rafael—juré tomar una venganza horrible de sus asesinos.

—Tu juramento está cumplido. Déjame... déjame... morir... en paz...

—No lo está todavía. Mira.

Y Rafael, acercando la luz al rostro de Tula, coloca cerca de los ojos de ésta un retrato en miniatura del mulato Quesada, cuyo parecido es admirable.

Tula lanza un grito de espanto; quiere cubrirse la cara con las manos, pero Rafael la detiene, diciendo:

—¡Infame adúltera, miserable envenenadora, mira á tu víctima, que viene á saludarte en tu última hora!

Y el fingido Ibrahim aplica á los labios de Tula el retrato de su padre.

En este momento, la criolla exhala un grito agudo, penetrante; grito que llega hasta el fondo del corazon, como el soplo de la muerte.

Despues de este último esfuerzo, cae sobre el lecho, produciendo un rechinamiento de dientes.

Rafael no aparta los ojos de aquel rostro, que se descompone instantáneamente, cubriéndose de un color verdoso con manchas negras.

—Todo ha terminado,—dice.

Tula acaba de morir.

Rafael deja la lámpara en su sitio, y como si se hubieran agotado sus fuerzas, cae sobre un sofá, murmurando con acento sombrío:

—¡Oh! ¡La venganza tiene tambien sus amarguras!

Poco despues reina el mayor silencio á bordo.

Tres hombres se hallan reunidos sobre el alcázar.

—Traed la balsa á este sitio y algunos trozos de cuerda, para atar el cadáver y el negro,—dice Rafael, dirigiéndose al capitan Pietro y á Insausti.

Miéntras los dos marineros ejecutan las órdenes de Rafael, éste se pasea sobre cubierta.

El mar está tranquilo, la brisa juguetea entre las jarcias, y la luna, en su lleno, derrama su poética luz sobre el Océano.

Rafael tiene el aspecto sombrío, taciturno, de la muerte, y no repara en los encantos de la noche.

Tula ha muerto; al extinguirse su vida, Rafael ha satisfecho una venganza, pero una espina se ha clavado en su alma, una nube empaña su alegría, un grito de reconvencion turbará tal vez mañana su sueño.

—¡Cuerpo de Cristo!—grita una voz en el extremo opuesto del sitio en que pasea Rafael.—Para mover este armatoste se necesitan lo ménos cuatro hombres. Señor Ibrahim, tened la bondad de venir, porque esta balsa pesa como el remordimiento sobre una conciencia timorata.

Al oir aquella comparacion, Rafael se estremece y llama á Tanguay.

Luégo se encaminan hácia la proa, donde Pietro é Insausti hacen esfuerzos inútiles para transportar la balsa.

CAPITULO IX.

¡Al agua, patos!

La balsa, construida con gruesos maderos unidos sobre tres pipas vacías, es conducida por los cómplices de Rafael al puènte de popa.

Entónces Pietro, siguiendo las órdenes de su amo, sujeta una polea á la mura de popa, y pasando por ella un cable, lo ata á la balsa.

—De este modo,—objeta el capitan,—este armatoste podrá bajarse al mar tan á plomo como una lancha.

—Eso es lo que se necesita,—dice Rafael;—y puesto que tódo se halla dispuesto, subid el cadáver que encontrareis en el camarote.

Insausti y Pietro obedecen las órdenes de Rafael.

Tres minutos despues, Tula, cuidadosamente envuelta en una colcha, pero con la cara descubierta, se halla colocada sobre la balsa.

—Señor Ibrahim,—dice Pietro,—si este cadáver se ha de sostener sobre los maderos de la balsa, preciso será atarlo bien.

—Pues atadlo,—dice Rafael con fingida serenidad.

Cuando los dos marineros terminan su obra, Rafael dice, volviendo el rostro para disimular su agitacion:

—Cubrid por ahora el rostro de esa mujer; y tú, Insausti, coge el farol y sígueme; es preciso terminar pronto.

Sigámosles nosotros hasta la bodega.

Daniel el negro, encerrado en el más profundo silencio desde que Pietro le dijo que no podia serle útil, espera sereno el momento de su muerte.

Comprende que nada puede salvarle, y está resignado con su suerte.

—Rafael es un tigre,—se ha dicho;—las súplicas, los ruegos no ablandarán su corazon; moriré sin que me vea temblar.

Cuando el fingido Ibrahim entra en la bodega, acompañado de Insausti, el negro duerme profundamente.

—Despierta á ese hombre,—dice Rafael.

—¡Eh, morenito!—le grita el napolitano, dándole con el pié.

Daniel se incorpora, y al reconocer al hijo del mulato Quesada, le dice sonriendo:

—¿Ha llegado la hora de mi muerte? Estoy dispuesto.

—Aún no, querido Daniel; la hora que ha sonado es la de tu casamiento.

El negro se encoge de hombros, diciendo:

—Te desprecio, pues no eres digno de mi odio.

En otro tiempo, si un negro se hubiera atrevido á dirigirle semejante insulto, Rafael le hubiera cruzado el rostro con su

látigo; pero en las circunstancias presentes suelta una carcajada.

—Esa es la risa de los cobardes; si no fuera por manchar mi saliva, te escupiria en el rostro,—exclama el negro.

Rafael palidece, y avanzando un paso, coloca su mano sobre la áspera cabeza de su prisionero, diciendo:

—Si no te reservara una muerte digna de tus infamias, te haria la honra de hundir mi cuchillo en tu pecho. Pero descuida: tus insultos no lograrán irritarme.

Y Rafael, volviéndose á Insausti, continúa:

—¡Arriba con ese hombre!

Daniel no puede valerse, porque las cadenas le imposibilitan.

El napolitano suelta la argolla que sujeta al negro por el cuello, y le dice:

—Vamos, moreno; los malos tragos, pasarlos pronto.

Daniel el negro se pone en pié, y con admirable serenidad contesta:

—Vamos donde quieras; sé que es inútil la resistencia, y me entrego en vuestras manos, como el reo al verdugo.

—La comparacion no es de las más honrosas; pero ¡qué diablos! algun desahogo se ha de conceder al hombre que se halla en tu situacion.

Rafael, Insausti y el negro llegan al alcázar de popa.

Apénas se reunen los que suben de la bodega con los que cuidan del cadáver, Rafael dice, dirigiéndose al capitan:

—Pietro, cuelga el farol del palo de la balsa, y descubre el cadáver.

El capitan ejecuta las órdenes.

La luz del farol cae de lleno sobre el descompuesto rostro de Tula.

Al verla Daniel, la reconoce y un rugido terrible se escapa de su pecho.

—Hé ahí la mujer que tanto amas,—dice Rafael.—Te la cedo; es tuya. Por fin se realizan tus sueños, tus ilusiones, pues tu porvenir y el de Tula van á unirse para siempre.

Daniel, despreciando las palabras que le dirige su verdugo, cae de rodillas junto al cadáver de su ama.

La actitud del negro suspende las carcajadas próximas á estallar en la boca de aquellos infames.

—¡Pobre ama mia!—murmura Daniel con profundo y doloroso acento.—Hace dos años, cuando el sol de la felicidad brillaba sobre tu hermosa cabeza, ¡cuán léjos estabas de prever el fin que te deparaba la suerte!

Tanguay, más preocupado, más conmovido que sus compañeros, siente que el corazon se le oprime, y por último intenta interceder por aquel leal esclavo.

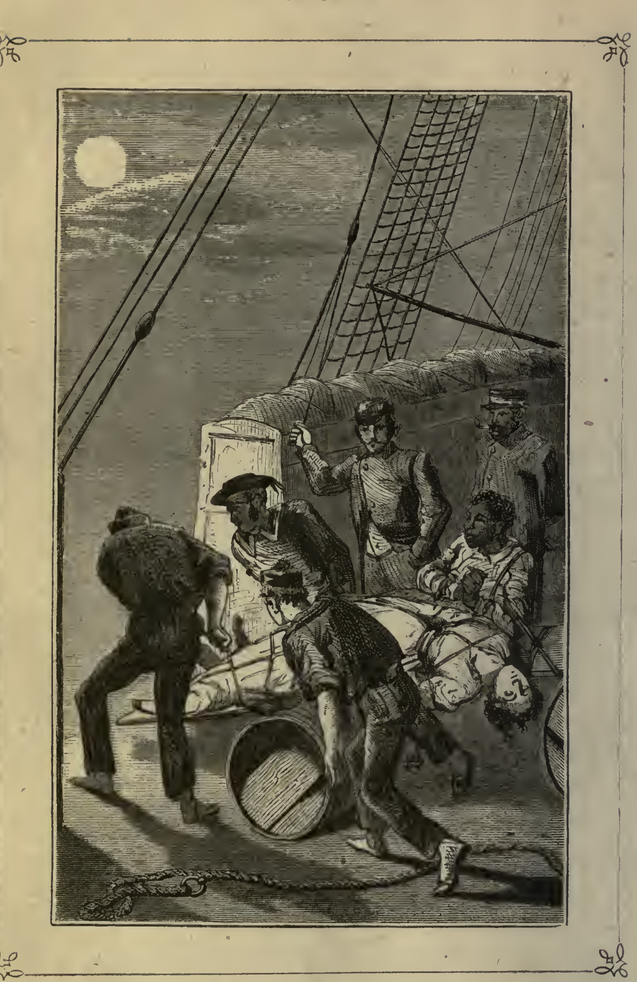
—Rafael,—le dice,—aún es tiempo; compadécete de ese hombre.

Rafael dirige una mirada desdeñosa al javanes, y responde con frialdad:

—Es inútil. Terminemos: amarrad á ese hombre al palo y quitadle despues las cadenas.

El negro no opone resistencia alguna.

Hondos suspiros, gemidos dolorosos exhala su pecho, y sus irritados ojos se fijan con dolorosa tenacidad, con triste expresion, en el rostro de Tula, alumbrado por la miserable luz del farol.



—Echad al agua la balsa.

Miéntras los satélites de Rafael cumplen sus órdenes, éste se pasea sobre cubierta.

Tanguay, que parece abismado, de repente se pasa la mano por la frente, como si le hubiera ocurrido una idea.

—¡Quién sabe!—murmura para sí.—De todos modos, tendré el consuelo de hacer algo por este infeliz, que no tiene otra culpa que su excesiva fidelidad.

Entónces, fingiendo ayudar á los que atan al negro, saca un objeto del bolsillo de su ancho gaban, lo deja oculto entre la colcha que cubre el cadáver, y acercando descuidadamente sus labios al oido del negro, le dice muy quedo en idioma árabe:

—Busca en la balsa, pues te conviene.

Daniel dirige una mirada al javanes, demostrando que ha comprendido algo.

Algunos minutos despues dice Pietro:

—Ya está, señor Ibrahim. No hay miedo de que se desate.

En efecto: fuertemente amarrado al palo de la balsa, apénas puede mover la cabeza; las cuerdas que se arrollan por todo su cuerpo, le imposibilitan hasta para hacer el menor movimiento.

Rafael le contempla por un segundo, y dice:

—Podria matarte, pero dejo esa comision al hambre ó al mar, para que tomen parte en mi justa venganza.

Y volviéndose á los hombres que le rodean, continúa:

—Echad al agua la balsa.

Cuatro hombres se cogen al cable, que, pasando por la polea, sujeta por los cuatro extremos el tablado fúnebre á manera de balanza.

La balsa sube hasta salvar la mura de popa.

Entónces Pietro la empuja con el pié, haciéndola salir fuera del buque.

Rafael, de pié sobre el gallinero, contempla impasible la maniobra.

Ni un gemido, ni un grito, ni una súplica, se escapa de los labios del negro.

Como si se olvidara de sí mismo, como si toda su vida se reconcentrara en sus ojos, tiene fija la mirada en el cadáver de su ama, sobre el cual cae de lleno la luz del farol.

La balsa desciende hácia el mar.

—Estad á punto para soltar el cable cuando toque el agua,—dice Rafael con la misma impasibilidad que si estuviera mandando la maniobra de botar una lancha para acercarse á una playa.

El fúnebre tablado baja pausadamente.

Por fin se oye el ruido que producen las pipas al chocar con el agua.

—Ahora,—dice Rafael.

Los marineros sueltan el cable, y éste, pasando con rapidez por la polea, cae al agua, produciendo el ruido de un latigazo.

—Hemos terminado,—repite Rafael, dejándose caer sobre el banco de popa, como si hubiera perdido instantáneamente su energía.

—¡Buen viaje!—exclama Pietro agitando el sombrero en son de broma.—¡Cuídame el farol, morenito, y escribe en llegando!

Entónces óyese á lo léjos un rugido y una maldicion, que

retumban en el pecho de Rafael como si recibiera el terrible golpe de una maza de hierro.

Es el negro, que le envia su despedida de muerte con estas palabras:

—¡Cobarde! ¡Asesino! ¡Malditas sean las horas de tu existencia, amargo sea el pan de tu vida, salada el agua que lleves á tus labios para aplácar la sed de tu cuerpo; que los árboles no te presten su sombra en el verano; que el sol no caliente tus miembros en la estacion de las nieves! ¡Maldito, maldito, maldito seas!

La voz se pierde en las inmensidades del Océano.

El brik, empujado por la brisa de la noche, se aparta rápidamente de la balsa.

Transcurre una hora, y aún Rafael cree oir aquel eco que le maldice y cree ver la luz del farol flotar sobre las aguas, como un fuego fatuo, alumbrando el cadáver de Tula.

Mudo, taciturno, como la estatua del remordimiento, de pié sobre el banco de popa, como si las aguas del Océano tuvieran iman para sus ojos, no aparta sus miradas de un punto lejano y oscuro del horizonte.

Tanguay le contempla con dolorosa actitud.

Por fin un suspiro fatigoso se escapa del pecho de Rafael, y como si quisiera tranquilizar el grito de su conciencia, murmura en voz baja:

—¡Padre mio, ya estás vengado!

—Sí,—responde Tanguay;—ya está vengado, pero es á costa de la felicidad de tu vida.

—Tanguay, ¿hasta cuándo has de estar reconviniéndome, afeando un crímen que hemos cometido entre los dos?

—Jóven, cierto es que he sido cómplice en parte; pero recuerda mis súplicas, mis consejos.

—¡Basta!—grita Rafael.—Que nunca torne á asomar á tu boca una frase recordándome este drama, que sepultarán las aguas del Océano.

Tanguay guarda silencio.

Rafael se sienta en el banco de popa, y cubriéndose el rostro con las manos, exhala un doloroso suspiro.

Pero dejemos al brik *La Pantera* seguir su rumbo flotando en las aguas, y detengamos los ojos de la imaginacion sobre la balsa que sostiene el cadáver de Tula y el cuerpo del negro Daniel.

CAPITULO X.

Momentos de agonia.

El mar se agita, sin fuerza para romper las olas.

La balsa flota suavemente sobre las aguas; el silencio de la noche rodea al solitario náufrago, abandonado á la clemencia de los cielos.

Transcurre una hora.

Gruesas lágrimas brotan de los ojos del negro.

—¡Oh! ¡Si yo pudiera al ménos romper estas cuerdas que me sujetan!—dice.

Y entónces hace esfuerzos increibles; á las robustas sacudidas, el palo cruje y se estremece, pero no cede.

Daniel, fatigado, se ve en la precision de suspender sus esfuerzos para tomar aliento.

En estos instantes de tregua, sus ojos se fijan con sombría desesperacion en el cadáver de su ama, que alumbra tétricamente la débil y temblorosa luz del farol.

—¿Qué me importa la vida?—exclama.—¡Tula no existe! ¡El soplo de la muerte ha destruido la hermosura del rostro! ¡Pobre ama mia! ¡Oh! ¡Si al ménos pudiera hacer zozobrar estas miserables tablas que me sostienen para hacer más dolorosa mi agonía!

Y nuevamente emprende Daniel sus esfuerzos y sacudidas; pero todo es en vano: sus fuerzas se agotan, su desesperacion se aumenta y la esperanza de vivir se pierde en las tinieblas que le rodean.

El tiempo, infatigable viajero, parece que en aquella noche horrible ha suspendido su marcha para gozarse en la desesperacion del infeliz esclavo.

La balsa, miéntras tanto, arrastrada por las misteriosas corrientes del Océano, navega á la ventura, y en vano Daniel busca en el horizonte un punto donde detener por un momento la esperanza de la vida.

Así transcurren las horas.

Por fin la densa oscuridad de la noche comienza á desaparecer, y allá, á lo léjos, como si brotara del fondo de la mar, elévase una línea cenicienta, infalible, precursora del nuevo dia.

El sol ahuyenta al nacer las sombras de la noche, y disipa las del espíritu.

Cuando el primer rayo del padre del dia se extiende sobre las aguas del Océano, el corazon de Daniel se reanima.

En nada ha cambiado su horrible situacion; pero el espacio se llena de luz, y esta luz penetra hasta en su alma.

Entónces recuerda las palabras de Tanguay; pero ¿cómo buscar lo que le ha dicho?

—¡Si pudiera romper estas ligaduras!—exclama.—Pero son inútiles mis esfuèrzos.

Y agita con violencia aquella fatal picota que le priva de la libertad.

Gruesas gotas de sudor humedecen su rostro; su cuerpo, fatigado por la falta de sueño, desfallecido por la falta de alimento, sin más horizonte que la terrible soledad del Océano, sin más esperanza que la muerte, cae en el más completo desaliento.

Las horas pasan miéntras tanto.

Los rayos del sol caen perpendicularmente sobre su cabeza; pero Daniel es fuerte, es robusto, y está avezado á soportar el fuego que cae sobre él.

Llega el crepúsculo de la tarde.

La brisa refresca, y las olas, tranquilas durante el dia, comienzan á rizarse ligeramente.

Algunas nubes se forman en el ocaso.

Devorado por la sed y la desesperacion, pide con fervor al Dios de la clemencia que termine con su vida.

La noche llega y la agonía aumenta.

Nuevos esfuerzos le demuestran su impotencia para arrancarse del fatal madero.

La noche, con toda su imponente majestad, borra los detalles del cielo y de las aguas.

La oscuridad es tanta, que Daniel apénas distingue el cadáver de Tula, que se halla á sus piés.

Sin embargo, espantosas visiones pasan una y otra vez por delante de sus ojos, riéndose de su dolor.

La calentura del hambre comienza.

El negro, como el náufrago en su postrer instante, cierra los ojos, piensa en Dios y reza.

La oracion reanima sus fuerzas.

El mar, miéntras tanto, comienza á despedir esos sombríos ecos que anuncian el cambio de viento.

El balanceo de la balsa es más rápido, más fuerte.

Algunas olas se estrellan, de vez en cuando, sobre los maderos, salpicando de blanca espuma el cadáver de Tula.

A lo léjos se oye el ruido del trueno.

—¡Oh!—exclama el negro.—Por fin, Dios, compadecido de mí, viene en mi ayuda; la eterna calma del Océano ha cesado pronto; la tempestad hará zozobrar esta miserable balsa, y entónces todo habrá terminado para mí en este mundo.

¡Vana esperanza! Ni las olas crecen, ni el viento arrecia, ni el fragor del trueno aumenta.

Y pasan las horas, y nuevamente la tibia luz del crepúsculo matinal brota del seno de los mares; y el viento cesa, y las olas se calman, como si la sonrisa del naciente dia las aplacara.

El sol viene á embellecerlo todo.

Daniel dirige afanosas miradas; pero ¡qué horrible desierto! ¡Ni una vela, ni una roca! ¡Nada! ¡nada!

De pronto un grito se escapa de su pecho, y su rostro se reanima.

Como si caminara por la superficie de las aguas, distingue un objeto que se acerca hácia la balsa con asombrosa rapidez.

Un graznido largo, estridente, llega á sus oidos.

¡Es tan hermosa la amarilla flor del lentisco en el desierto!

¡Tiene tanto encanto para el náufrago la vela que distingue en lontananza!

La árida roca de una isleta está rodeada de tantos atractivos, que Daniel, cansado de la tétrica soledad que por espacio de dos dias le rodea, no puede contener una exclamacion de gozo, viendo un ave marina que se acerca á su miserable embarcacion.

La presencia de aquel ave le anuncia la proximidad de la costa ó por lo ménos le indica que cerca de allí debe hallarse alguna isla, y esta isla puede estar habitada, ó tener agua del cielo en el hueco de una peña para saciar la abrasadora sed que le devora.

El ave marina, sin dejar su monotono y triste graznido, sin levantar su vuelo de la superficie de las aguas, llega hasta la balsa, y plegando sus inmensas alas, se pára en el tope del palo donde se halla atado el negro.

Apénas Daniel reconoce á aquella solitaria vagabunda de los mares, exhala una exclamacion de espanto.

El ave contesta con un graznido, y arrojándose con rapidez sobre el cadáver de Tula, coloca sus garras sobre su pecho, y hunde por dos veces su corvo pico en los labios de la infortunada criolla, arrancando un trozo de carne, que deja en descubierto la blanca dentadura.

Un nuevo grito de rabia que exhala el negro ahuyenta a carnívoro pájaro de los mares, el cual comienza á revolotear en derredor de la balsa, esperando el momento de volverse á lanzar sobre su presa.

—¡Oh! ¡Esto es cien veces más horrible que la muerte! El cuervo de mar ha olfateado un cadáver, y comprendiendo

que soy impotente para defenderle, acabará por despreciar mis gritos, y veré al fin devorado el cuerpo de Tula.

El cuervo marino, miéntras tanto, se cierne en derredor del frágil tablado.

Daniel levanta cuanto puede la cabeza, como si temiera perderle de vista.

De vez en cuando le dirige palabras de amenaza para ahuyentarle, pero el ave revolotea sin cesar en derredor de la presa que codicia.

CAPITULO XI.

La carcajada del hambre.

Daniel lanza gritos terribles para ahuyentar al ave, que se remonta, pero sin separarse de la balsa.

De vez en cuando se deja caer plegando las alas, y al remontarse nuevamente se lleva entre las garras un trozo del sudario que envolvia el cadáver.

Daniel contempla por tres veces los rápidos ataques del carnívoro cuervo.

Sus gritos son inútiles, vanos sus esfuerzos; pero la desesperacion le presta fuerzas incalculables, y por fin el palo cede á sus tenaces y violentas sacudidas.

Daniel exhala un grito de gozo, y aunque el madero permanece sujeto á su espalda, llega hasta el cadáver, y recordando las palabras de Tanguay, registra su descompuesta ropa.

Pronto un objeto brilla ante sus ojos.

Es una pequeña redoma de cristal.

Se tiende boca arriba, al lado del cuerpo de la criolla, para cogerla con las manos, sujetas aún detras del madero.

No comprende de qué puede servirle aquel frasco de cristal, pero lucha y se revuelca sobre la balsa para apoderarse de él.

Miéntras tanto, el terrible, el incansable pájaro se cierne sobre su cabeza, sin cesar en su graznido amenazador.

Daniel pasa sus dedos con incalculable fatiga buscando el regalo del javanes, y por fin tropieza con un objeto, que le hace prorumpir en un terrible grito de gozo.

Es un cuchillo.

En aquel instante bendice con toda su alma á su protector.

Despues de un trabajo ímprobo, logra cortar las ligaduras que le sujetan al madero, no sin herirse la mano y el antebrazo.

Pero ¿qué importa? ¡Está libre, puede luchar con el carnívoro cuervo, que sigue amenazándole, que pretende despedazar la inerte carne de aquella mujer tan querida.

Rotas las ligaduras, armado de un cuchillo, de pié sobre los tablones de la balsa, alza el brazo hácia el ave en son de amenaza y dice:

—Ahora, miéntras me quede un soplo de vida, contra tus garras, contra tu pico, tengo un puñal que rasgará tu maldita carne.

Y el incansable cuervo, como si quisiera burlarse de aquel desafío, redobla su graznido y bate las alas, produciendo un ruido extraño.

Daniel se arrodilla junto al cadáver, y apartando los ojos del maldito pájaro, los fija en su desgraciada ama.

Entónces observa que entre los pliegues de la colcha se halla un papel; lo coge, y lee estas palabras:

«Si cuando tengas hambre bebes la cantidad que pueda caber en el hueco de tu mano del líquido que contiene la botella, tu desfallecido cuerpo se fortalecerá por veinticuatro horas.

»Te aconsejo que sólo recurras en el caso extremo, pues el elixir que te dejo sólo produce efecto la primera vez que se toma. La segunda es inútil.»

Hace cerca de cuarenta horas que Daniel no toma alimento; el hambre y la sed son enemigos tan terribles para él como el cuervo que vuela alrededor de la balsa, parándose de vez en cuando, para descansar, sobre las aguas.

No espera más para probar el efecto de aquel elixir, y bebe con avaricia la cantidad que le indica el javanes.

Efectivamente: el efecto es instantáneo.

Un vigor desconocido circula por su cuerpo.

El hambre no le atormenta y la sed disminuye.

Aquella es una nueva esperanza.

Cuando su cruel verdugo le arrojó al mar, pidió la muerte con todo su corazon.

Cuando el hambre, la sed y los graznidos del cuervo le anunciaban la muerte, deseaba vivir.

A la caida de la tarde, el ave marina intenta un nuevo ataque.

Daniel, colocado sobre el cadáver de Tula, le amenaza con el puñal y con sus voces.

El cuervo llega hasta tocar con sus robustas alas el rostro del negro.

Por último, viendo que son inútiles sus esfuerzos, se remonta mucho, emprendiendo el vuelo hácia Occidente, perdiéndose pronto de vista.

Daniel deja el cuchillo en el suelo y respira, como el gladiador que se ve libre de su contrario.

Llega la noche, y el negro, tendiéndose sobre los maderos, procura reconciliar el sueño, á pesar de que tiene á su lado un cadáver.

Por fin se queda dormido.

Poco despues de la media noche le despierta un fuerte aguacero.

El negro bendice á Dios, porque su sed es horrible é insoportable.

Entónces se pone á retorcer sus vestidos y los que envuelven al cadáver, bebiendo de aquel agua.

Cesa la lluvia.

Es una ráfaga, una nube pasajera.

Daniel hace intencion de dormir, pero le es imposible por espacio de dos horas.

Por fin logra dormirse, despertando al poco tiempo sobresaltado, pues siente un peso que le oprime el pecho.

Al abrir los ojos vé que es de dia y que la terrible ave, parada sobre su pecho, pica el rostro del cadáver.

Daniel se pone en pié espantado; el ave emprende su vuelo, y como el dia anterior, comienza á cernerse sobre la balsa.

El negro hubiera dado su vida por tener una escopeta.

Aquel pájaro es su pesadilla, su terrible enemigo, su amenaza continua; llega á acobardarse, á tenerle miedo, y olvidándose de la soledad que le rodea, pide socorro con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Oh!—dice, dándose golpes en la frente.—Ese infernal pájaro vencerá en la lucha. ¡Mañana, cuando vuelva, porque volverá, pues es tenaz como un tiburon, yo, devorado por el hambre, sin fuerzas para defenderme, sentiré que sus sangrientas garras despedazan mi carne, y que su duro pico rompe mis huesos!

Y Daniel se arranca los cabellos con desesperacion.

Aquella misma tarde el cuervo marino vuelve á hacer lo del dia anterior; es decir, dejarse caer sobre su presa, remontarse de nuevo y desaparecer, por último, por la parte de Occidente.

Daniel, sin fuerzas para tenerse en pié, se halla sentado, con los brazos cruzados; tiene la mirada brillante y vaga, los labios hinchados, y es presa de una fuerte calentura que le hace divagar.

Maquinalmente tropiezan sus dedos con el frasco del líquido, y lo lleva á sus labios, apurándolo de un trago.

Pero esta vez produce ménos efecto que la primera.

Daniel, viendo que el sol se esconde y que aquella noche va á ser la última de su vida, dirige una mirada por las soledades que le cercan.

De repente, y como movido por la descarga de una pila de Volta, se pone en pié, y pasándose las manos por los ojos, se los frota repetidas veces.

Acaba de ver una vela.

¡Oh! ¡Sólo el náufrago comprende los encantos de una vela! Nosotros no podemos describirlos.

Todo el valor de Daniel se reanima.

Su cuerpo, en presencia de aquella esperanza, adquiere la energía, la fuerza de sus mejores tiempos.

Segun todos sus cálculos, el buque debe pasar á pocas brazas de la balsa.

La vela se agranda, se multiplica, y el negro distingue la parte del casco del buque.

Pero la noche se acerca, y si el buque no llega ántes en su socorro, todo lo ha perdido.

En este momento supremo agita el lienzo que sirve para envolver el cadáver, y dá voces pidiendo socorro.

Con espanto, con desesperacion, ve que la vela se reduce, que el casco del buque se pierde en las aguas, y que la noche, señora del espacio, extiende sobre el Océano su manto de tinieblas.

Todo se borra, todo huye, todo desaparece, y Daniel se deja caer con desaliento sobre las tablas de la balsa.

¿Qué espera? ¿La muerte?

¡Una noche más! Pero la noche más horrible, más cruel, más desesperada del náufrago: la última de su vida.

Horas sin término, sin fin, son para Daniel las de aquella noche.

Pero su dolor aún no lo ha apurado todo; su muerte aún no está escrita en el gran libro de los vivos.

A las tinieblas sucede la luz, á la noche el dia, y por cuarta vez el sol embellece las aguas del Océano.

Daniel suelta una carcajada estúpida, porque al despertar

de su terrible sueño, durante el cual ha soñado en los deliciosos goces del paraíso del Profeta, ve á un extremo de la balsa parado al incansable cuervo, que bate sus alas como si le saludara.

Esta vez Daniel no se mueve del sitio que ocupa: permanece sentado.

Su rostro está indiferente; sus miradas, sin brillo, tienen algo de la mirada del idiota.

Daniel sólo se rie; pero con una de esas risas que anuncian la locura, que no pueden verse sin sentir deseos de llorar.

—¡Hola!—dice con débil acento y agitando la cabeza.—Buenos dias, amigo mio; no puedes calcular lo que te agradezco las visitas que me haces. ¿Quieres carne? Pues yo tambien. Mira, aquí tenemos carne para los dos. ¡Oh! ¡Será un banquete espléndido! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

El ave acompaña esta carcajada con multitud de graznidos.

—No cantas mal,—le dice el negro;—pero yo no entiendo tu lengua. A ver si tú entiendes la mia; escúchame con atencion.

Y el negro se pone á cantar de un modo discorde la copla siguiente:

Al revolver de una esquina
te ví por primera vez,
y desde entónces te veo,
aunque no te quiero ver.

Apénas el negro comienza la copla, el ave bate sus alas, lanza un graznido, remonta el vuelo y desaparece.

Daniel continúa su risa convulsa, meciéndose con ese movimiento acompasado tan peculiar de los locos.

Su insensibilidad llega á tal extremo, que no observa que un buque dirige su proa hácia las aguas donde flota la balsa que le sostiene.

CAPITULO XII.

La tumba de la criolla.

Dejemos por un momento al negro, al cadáver de Tula y á la balsa, y traslademónos á bordo de una fragata norte-americana que hace rumbo hácia la América del Sur, con la laudable intencion de cambiar su cargamento por guano en las islas Chinchas.

Pero como aún le faltan algunas millas para llegar á las islas de Fernando de Noronha, tan deseadas de los buques europeos, y como de estas islas al cabo de Hornos y de aquí á las costas de las seis repúblicas queda mucha agua, nosotros, que no la echamos de náuticos, sólo dirémos que un marinero, subido sobre la segunda cofa del palo mayor con un anteojo en la mano, mira hácia las aguas donde se halla la balsa que sostiene al infortunado Daniel.

Apoyada la espalda á la mura de babor, y con la cabeza alta, como el que mira hácia arriba, puede verse á un marino

de barba roja y espesa, ancho de hombros, y con todo el aspecto de uno de esos flemáticos ingleses que huelen á brea á dos millas.

—¿Qué es lo que veis, Dikson?—pregunta el de abajo al de arriba.

—Teneis razon, señor contramaestre: hácia Levante veo una cosa que flota sobre las aguas; y lo más extraño es que creo distinguir una ó dos personas sobre esa cosa.

—Baja, baja; es preciso avisar al capitan.

Y el contramaestre se dirige hácia popa, desapareciendo por la escotilla, miéntras el llamado Dikson baja de su elevada posicion con la agilidad de un mono.

La curiosidad crece en la cubierta.

Poco despues el contramaestre vuelve á aparecer sobre cubierta, y acercándose al timonel hace sonar el pito, lo cual pone en movimiento á los hombres de guardia.

El buque da una orzada á estribor, y colocando la proa dos cuartos al viento, cambia el rumbo que sigue.

—A ver, Dikson,—dice el contramaestre,—que se coloque un hombre en la proa, no sea que en vez de socorrer á esos desgraciados, los pasemos por ojo.

Una hora despues toda la tripulacion, incluso el capitan, se hallan asomados á las muras de proa, con las miradas fijas en la balsa que conduce al negro.

—Mandad que pongan el buque al pairo—dice el capitan al contramaestre—y que boten una lancha al agua. Es preciso recoger á esos náufragos.

Vuelve á oirse el penetrante pito de estaño. Suben y bajan por las jarcias los marineros con increible rapidez, y el buque,

con toda la lona desplegada, quédase parado, como la paviota que se prepara á devorar al infeliz pececillo.

Todas estas maniobras son indiferentes para Daniel, que, sentado junto al cadáver de Tula, sigue, ora cantando, ora riendo, con la mayor estupidez del mundo.

El contramaestre y dos marineros bajan al bote, y como el buque se halla separado de la balsa por algunas brazas, pueden mantener este diálogo:

—Señor capitan,—dice el contramaestre,—aquí hay un vivo y un muerto.

—Pues bien: preguntadle al vivo por qué se le encuentra así.

—Sí; pero por más que le pregunto, no me contesta; sólo se rie.

—No entenderá la lengua inglesa; habladle en frances.

El contramaestre dirige al negro algunas palabras en el idioma de Molière, aunque bastante chapurrado, pero Daniel continúa riéndose.

—¡Ni por esas, capitan! Sigue riéndose. Yo creo que este infeliz negro se ha vuelto loco del miedo que debe haber pasado, ó del hambre que indudablemente ha sufrido.

—Pues dejad el cadáver en la balsa, y conducid á bordo á ese desgraciado. Es todo lo que podemos hacer.

—Ea, muchachos, cargad con él,—repone el contramaestre.

Los dos marineros conducen á la lancha á Daniel, que no opone resistencia alguna.

—Señor contramaestre,—vuelve á decir el capitan,—enviadme el bote, para que os lleve un saco y una bala, y cumplid con ese cadáver como buen cristiano.

El contramaestre salta sobre la balsa, miéntras el bote se acerca á la fragata, en busca de los objetos indicados.

Cuando los dos marineros tornan á reunirse con el contramaestre, el cadáver de Tula es metido en un saco, atándole una bala á los piés.

Entónces los que están en la lancha y los que están mirando desde la cubierta de la fragata, se descubren, y reina un momento de silencio.

Aquellos hombres tributan una oracion al cadáver de Tula.

Despues es arrojado al mar.

El agua se abre para dar paso al cuerpo de una mujer que habia nacido para ser feliz, y fué desgraciada.

El adulterio y la calumnia fueron la base de su gran infortunio.

Pudo tener un sepulcro de mármol y ojos que lloraran su muerte.

Su tumba fué el Océano.

Por el camino de la virtud, de la bondad, del bien, habria dejado un recuerdo en los corazones.

El crímen cobra, tarde ó temprano, un rédito crecido á todos aquellos que le rinden vasallaje.

¡Pobre Tula! Habia nacido para llevar sobre su frente una corona de flores, y se la tejió de espinas.

Sus hermosos labios, dignos del perfume de Oriente, se cerraron al contacto del abrasador veneno, porque tenia la ponzoña en el alma y el dedo de la Providencia la castigó.

. . . .

. . . .

Daniel es conducido á bordo de la fragata.

El capitan, despues de dirigirle inútilmente varias preguntas, dice á un jóven que se halla á su lado:

—Querido doctor, os recomiendo á este pobre negro, que, segun parece, ha perdido el juicio. Observadle bien, y comprendereis como yo que en esa balsa ha tenido lugar un drama terrible; porque él es jóven, y tiene los cabellos blancos como la eterna nieve de los Andes.

—Basta una noche para encanecer, capitan,—responde el médico.—¡Quién sabe si este pobre negro tenia ayer el cabello negro como el carbon de piedra!

—De todos modos, curadle si podeis, y luégo, si quiere quedarse á mi servicio, le tomaré, porque, á juzgar por el corte de su rostro, debe ser hijo del Congo, de cuyo país salen los negros más fieles que se conocen.

—Un negro del Congo tiene todas las condiciones de un perro de caza; es leal, dócil, obediente y cariñoso para sus amos,—dice el médico.

Y dirigiéndose á dos marineros, continúa:

—Tened la bondad de conducirle á la enfermería.

—Dikson,—dice el capitan, dirigiéndose al contramaestre,—poned el buque en marcha, y si teneis ocasion, procurad ganar el tiempo perdido. Deseo vivamente llegar á las islas cuanto ántes.

El contramaestre, despues de saludar á su jefe, lleva el pito á sus labios, y muy pronto el buque continúa su interrumpida marcha.

Por ahora hemos terminado la historia de Daniel el negro; tal vez mañana, para satisfacer la curiosidad del lector, digamos en otra novela cómo murió el leal esclavo de Tula, por-

que, segun el órden natural de la vida humana, Daniel debe morir tarde ó temprano, á no ser que tenga algo de la inmortalidad de los dioses del Olimpo, lo cual no es muy verosímil.

Ahora dejemos la fragata del guano, que poco ó nada nos importa, y vamos á buscar al brik *La Pantera*, donde tenemos dos conocidos que nos esperan.

CAPITULO XIII.

Un muerto más.

I

Cinco meses despues, el brik *La Pantera* ancla en el grandioso puerto de Bombay, esa joya de la costa occidental de la India, que tanto han embellecido los ingleses.

Una lancha conduce á tierra á Rafael y al javanes, con sus equipajes.

El vengativo hijo de Quesada el mulato, pálido, demacrado, y con todos los síntomas de acabar de pasar una larga enfermedad, apénas coloca el pié sobre el desembarcadero, se apoya en el brazo de Tanguay, como si no tuviera fuerzas para caminar solo.

Ambos á dos se dirigen con paso tardo á una fonda inglesa, situada en las primeras casas del puerto.

El capitan Pietro y el napolitano Insausti les siguen detras, custodiando el equipaje.

Instalados poco despues en una habitacion de la fonda, Rafael dirige de esta manera la palabra á los marinos:

—Amigos mios, nuestro contrato ha concluido; justo es que os pague el precio convenido.

Y dirigiéndose al javanes, continúa:

—Tanguay, ten la bondad de entregarles lo estipulado; á Insausti le darás cinco mil duros, por los buenos servicios que me prestó durante la navegacion.

Tanguay abre una de las maletas y entrega á los marinos las cantidades indicadas.

—Sed hombres de bien,—dice Rafael.—Cuando encontreis flete para vuestro buque, regresad á vuestros hogares; y durante vuestra vida de marinos no admitais nunca más que aquellos negocios que proporcionan una modesta ganancia en premio de la honradez y del trabajo.

—Por mí parte, señor Ibrahim,—dice Insausti,—no tengo nada de ambicioso; estoy cansado de la azarosa vida del aventurero de mar, y si Dios permite que pise con felicidad las playas de mi querida patria, otro será el rumbo que tome en lo sucesivo.

—Y harás bien, Insausti; sólo el hombre honrado goza de la tranquilidad del espíritu, disfruta de la paz del sueño,y de la felicidad. En cuanto á tí, querido Pietro, te recomiendo lo mismo.

—¡Ah, señor Ibrahim!—exclama el capitan Tempesta.—¡Dichosos aquéllos que tienen un hogar donde refugiarse, una esposa que les espere con los brazos abiertos despues de un viaje, y una docena de chiquillos que le llenen de babas las barbas con sus caricias; pero yo soy un tiburon solitario, que no he arriado bandera ante ninguna polacra de carne y hueso, y como mi casa, mi fortuna y mis ilusiones están calafateadas

en mi valeroso brik, creo que hasta que una ballena [1] nos sepulte, seguiré siendo lo que he sido, aunque no dejo de conocer que no es muy bueno ser lo que soy.

Rafael no puede ménos de sonreirse al ver la ruda franqueza de Pietro.

—Id con Dios,—les dice,—y sed buenos amigos durante la navegacion. Mañana á las cuatro de la tarde no dejeis de venir á verme todos los tripulantes; os convido á comer en esta misma fonda, pues justo es que nos despidamos con la copa en la mano.

—No faltarémos,—dice Pietro.

Al dia siguiente, los tripulantes del brik *La Pantera*, sin distincion de clases ni categorías, se hallan rodeando una mesa espléndidamente servida, que les hace entrever, por la abundancia de los manjares y la variedad de los vinos, los tan decantados banquetes de Baltasar y Assuero, reyes que han oido nombrar, pero que no han tenido el honor de conocer, pues la historia está escrita en griego para los marineros de Pietro Tempesta.

Comen mucho y beben más, lo cual da por resultado que al terminar el banquete, comprendiendo Pietro que su gente no se halla en disposicion de tenerse en pié en tierra firme, suplica á Ibrahim dé las órdenes necesarias para que el dueño de la fonda mande extender algunos colchones por el suelo y permita dormir á aquellos malditos borrachos.

Cuando el nuevo sol comienza á disipar los vapores del vino, los marineros, despues de reirse grandemente los unos

[1] Una ola.

de los otros, se despiden de Rafael y Tanguay, tal vez para no volver á verse nunca.

Como en el estado en que se encuentra esta novela el autor se ve en la precision de ir atando cabos, para presentar el desenlace lo más concluido posible, ántes de volver á nuestra vieja España dirémos que el brik *La Pantera* encuentra un cargamento de maderas para Lóndres y abandona el puerto de Bombay.

Nada se sabe de su travesía.

En cuanto á Rafael, despues de una permanencia de dos meses en la ciudad, durante los cuales repone su salud, perdida en el viaje, admite la proposicion de Tanguay de recorrer el interior del Indostan, y en particular las feraces riberas del rio Nerbedah y la hermosa isla de los Bananos.

Resueltos á emprender el viaje, Tanguay busca un hombre práctico en el país, compra dos hermosos caballos de fatiga y cuatro perros alanos de casta inglesa, y salen de la ciudad de Bombay.

—Verás, hijo mio, cuán provechoso va á ser este viaje para tí,—le dice.—Los bosques que vamos á recorrer están llenos de preciosas plantas, cuyo poder maravilloso para ciertas enfermedades es desconocido en Europa; harémos un buen acopio de ellas y no se perderá el tiempo.

Rafael, para llevar á cabo la expedicion, adopta un traje caprichoso, que tiene tanto de indio como de europeo.

—Conozco—le dice á su compañero Tanguay—que de hoy en adelante mi vida será intranquila; los viajes, la variacion de climas, mi único placer. Yo, como tú, quiero dedicarme á curar las dolencias de la humanidad. No nos separarémos

nunca; tú me diste muchas veces el nombre de hijo; pues bien: serás mi padre desde ahora.

El javanes ama á Rafael; ademas, el crímen los une con sus cadenas de hierro.

Durante los primeros dias de su expedicion por la orilla del rio Nerbedah, ese inmenso brazo de agua dulce que nace en los montes de Ganduana y desemboca en el golfo de Cambay, despues de recorrer doscientas leguas, Tanguay enseña con escrupulosidad las plantas más raras, haciendo comprender á su hijo adoptivo el uso que de ellas puede hacerse.

Rafael escucha á su amigo con humildad, y procura retetener en la memoria las lecciones que recibe.

Por las noches, los infatigables viajeros cuelgan de los árboles sus hamacas, y custodiados por los leales alanos, duermen al monotono arrullo de los bosques.

Miéntras tanto, Rafael va enriqueciendo el caudal de sus conocimientos y hace importantes apuntaciones en su libro de memorias.

Así transcurren dos meses.

La botánica llega á ser para Rafael una necesidad, una segunda vida.

Tanguay se admira de sus adelantos.

De vez en cuando se detienen en las pequeñas aldeas que se levantan á las orillas del Nerbedah, y permanecen dos ó tres dias dando descanso al cuerpo.

En estas cortas paradas, Tanguay extrae con sus aparatos el zumo de las yerbas, enriqueciendo su botiquin ambulante.

Luégo tornan á emprender sus viajes.

Una tarde los viajeros se detienen en un cañaveral próximo al rio.

El calor es excesivo.

Tanguay, fatigado, pues busca con interes una planta desde por la mañana, que segun todos sus cálculos, debe hallarse en la parte de la ribera donde se encuentran, dice á Rafael:

—Creo, hijo mio, que debo haberme equivocado; desisto de recorrer por hoy más tierra; la planta que busco es esencialmente maravillosa para las picaduras de la serpiente amarilla de Calcuta.

—¡Bah! Debemos desistir; ese remedio sólo tiene efecto en la India.

—Sin embargo, es muy útil y deseo encontrarla, pero no hoy.

—Entónces, acamparémos en este sitio.

—Sí; á la salida de estos cañaverales debe hallarse el guia con los caballos; puesto que tú estás aún montado, puedes avisarle que acampamos aquí.

Rafael encamina su caballo al sitio donde espera el guia con el bagaje.

Tanguay, que para buscar mejor la planta apetecida, ha echado pié á tierra, se sienta junto á un inmenso árbol, y descubriéndose la cabeza, comienza á limpiarse el sudor que corre por su frente.

De pronto escucha un silbido penetrante, que parte de las inmensas ramas del árbol que le presta su sombra.

El javanes se estremece; desenvaina precipitadamente el puñal que lleva á la cintura y se pone en pié; pero ántes de

conseguirlo por completo, siente una terrible sacudida en la espalda, que le derriba con violencia.

Nuevamente se incorpora sobre las rodillas y exhala un grito pidiendo auxilio.

Una inmensa culebra amarilla con manchas verdes, cuya monstruosa cabeza se balancea en el espacio, enseñando su mortal lengua, sus venenosos dientes, se replega con una rapidez increible y se arroja silbando sobre el javanes.

Tanguay no puede resistir este segundo ataque.

Su muerte es segura desde el momento que la terrible saeta que tiembla en las rojas fauces de la culebra toque su carne.

Sabe el peligro que le amenaza, y cree que sólo un milagro puede salvarle. Sin embargo, se reviste de ánimo, y con el furor salvaje de la desesperacion, espera á su enemiga, apoyado en el grueso tronco del árbol.

—¡Oh!—exclama.—¡Si hubiera encontrado la planta que busco, ahora me reiria de este terrible reptil!

La culebra, que se arrastra por entre la crecida yerba, se levanta de nuevo, y despidiendo un espantoso silbido, enreda con increible rapidez el cuerpo de Tanguay con sus fuertes anillos.

—¡Socorro! ¡Aquí, Rafael!—grita el javanes, que siente que le falta la respiracion.

Y por dos veces la hoja de su cuchillo rasga la brillante piel del monstruo.

Entónces la serpiente hunde por dos veces su lengua emponzoñada en el cuello del javanes.

Un grito de desesperacion se escapa de sus labios.

Todo está perdido.

El frio de la muerte circula pronto por sus venas, pero el doctor es valiente.

Miéntras con una mano procura separar de su pecho el cuerpo de la culebra, que le oprime, busca un sitio donde hundir nuevamente el puñal.

—¡Socorro!—grita con desesperacion.

Pero su voz se pierde entre el espeso follaje de la selva, sin más eco que el silbido de la serpiente, que sintiéndose herida, sacude con fuerza la cola y arrastra tras de sí á su presa.

En éste trance angustioso, Tanguay llega á dudar de Rafael.

—¡Oh!—dice.—¿Por qué no viene? ¡Es imposible que no oiga mis voces!... ¡Pero qué me importa!... ¿Quién sino Dios puede desemponzoñar mi sangre?... Pero Dios no tiene oidos para los hombres como yo. ¡Mi fin es justo, muy justo!...

Miéntras tanto, la culebra, irritada lo que no es decible, hunde repetidas veces su lengua, afilada como una lanceta, en la carne del javánes, que á cada nueva herida, se estremece, tiembla y exhala un grito de dolor.

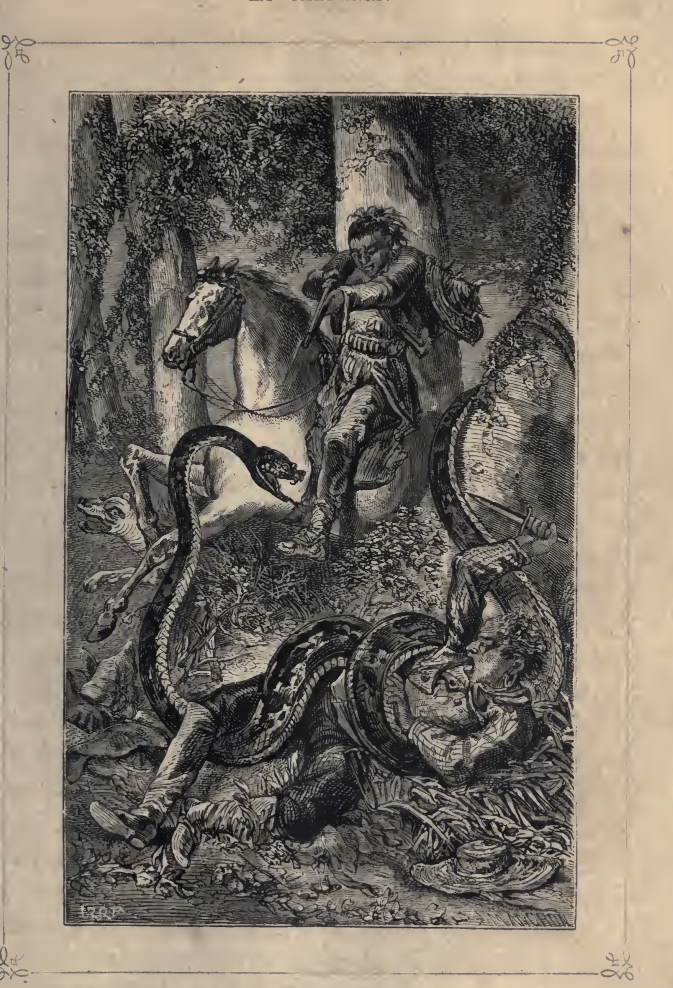
De pronto se oyen los ladridos de un perro.

Rafael, seguido de sus alanos, comprende el peligro que corre su compañero; arranca de un tiron el rifle que sujeta la correa de su silla, apunta á la cabeza de la serpiente, y dispara.

Su bala destroza el cráneo del reptil, y cae, dando terribles sacudidas.

Rafael echa pié á tierra, y arranca á Tanguay de aquellos anillos de hierro que le aprisionan.

—¡Ah!—exclama el curandero de Java.—Tu bala ha sido



...apunta á la cabeza de la serpiente, y dispara.

certera. Dos minutos ántes me hubiera salvado la vida; ahora ya es tarde.

Rafael no sabe qué contestar, porque, con gran asombro, ve que la cabeza de su amigo se hincha por momentos de un modo prodigioso, y que el color de sus mejillas se tiñe de un amarillo brillante.

—¡Justicia divina!—murmura Tanguay, retorciéndose por el suelo.—¡Todo está cumplido!

Y luégo, extendiendo los brazos hácia Rafael, continúa con apagado acento:

—¡Rafael, hijo mio!... Tú eres jóven... tú eres rico... tú puedes sembrar el bien por doquiera que dirijas tus pasos... porque en todas partes son más los infortunados que los venturosos. Adios; no olvides mis palabras, grábalas en tu corazon, si en algo aprecias la tranquilidad de tu espíritu y la paz de tu sueño.

Tanguay exhala un débil gemido, que es el último de su vida.

—¡Tan pronto!—murmura Rafael en voz baja, contemplando con estupor el cadáver de su amigo.

En este instante llega el guia.

Rafael nada tiene que decirle.

La serpiente amarilla y el cadáver de Tanguay se lo explican todo.

—Huyamos de estos sitios,—dice,—pues no tardarémos una hora en habérnoslas con el macho; esta serpiente muerta es la hembra.

Rafael y el guia colocan el cadáver de Tanguay sobre su caballo, y parten de aquellos sitios.

Al dia siguiente, el javanes es enterrado en las cercanías de una aldea inmediata.

Durante su vida habia vendido muchos venenos extraidos de las plantas de la India; una serpiente amarilla de las riberas del rio Nerbedah habia vengado á todas las víctimas del curandero javanes.

Rafael regresa á Bombay, en cuya ciudad permanece un año, siendo practicante de un médico famoso.

Luégo toma pasaje en un buque para la Habana; tal vez con el objeto de establecerse en Puerto Príncipe; tal vez con el objeto de recorrer el mundo en calidad de médico.

Por ahora nada más podemos decir de este personaje, pues sólo lo narrado hemos podido averiguar; pero podemos afirmar que la sonrisa aparece pocas veces en sus labios y que su sueño es intranquilo.

Sin embargo, ofrecemos á nuestros suscritores que tan pronto como llegue á nuestros oidos lo que fué del vengativo hijo del mulato Quesada, nos apresurarémos á contárselo.

En este mundo, querido lector, todo es cuestion de paciencia.

Ademas, nada nos costaria, pues sabemos que te gustan las novelas concluidas, decirte en dós líneas que Rafael murió de viruelas, ó ahogado durante la travesía desde el Indostan á la Habana, pero eso no sería verdad.

Así pues, bástete saber por ahora que regresó á su patria, llevando entre su gran equipaje dos grandes arcas de yerbas y un precioso botiquin de esencias de los bosques de la India.

Despues de esto, vamos á buscar á otros personajes; pero preciso será que hagamos un viaje á España.

La imaginacion no tiene rival para salvar distancias: ya estamos en Madrid.

¿De qué sirve el telégrafo, comparado con el pensamiento? De nada. Tú mismo puedes hacer la prueba; bien es verdad que los hilos eléctricos son obra del hombre, y el pensamiento es obra de Dios.

LIBRO DÉCIMOCTAVO.

CABOS SUELTOS.

CAPITULO PRIMERO.

Las mujeres y los hombres.

El primer dia del mes de Junio del año 185..., es decir, del año en que transcurren los últimos acontecimientos de esta novela, es un dia tan hermoso, que por Madrid no se escucha otra cosa que elogios al cielo y al ambiente, frases de admiracion á la temperatura.

Los transeuntes llevan impresa la alegría en el rostro, y los forasteros, ajenos á los cien dramas ignorados que tienen lugar diariamente en la coronada villa, se dicen para su capote:

—Los madrileños deben ser muy felices, pues todos van sonriendo por las calles.

Hermosa como el dia es la noche que le precede, y nada tiene de extraño que la modesta luna brille en el cielo, derramando todos sus encantos sobre la tierra, despues de un dia en que el sol ha ostentado todos los rayos de su frente y todo el lujo de su inimitable luz.

Pero dejando la fraseología, trasladémonos por la última vez á la quinta del camino de Vallecas.

Serán, poco más ó ménos, las nueve de la noche.

Los poéticos rayos de la luna se quiebran en las cimeras de los árboles; el céfiro nocturno gime acariciando las flores, y un ruiseñor canta en las flotantes ramas de una perfumada acacia.

Al pié de este árbol hay un banco, y en él están sentados Héctor y María.

Cuando la hembra se halla empollando los huevos en el nido, el ruiseñor canta durante la noche; pero su canto es más dulce, más caprichoso, más prolongado.

No parece sino que se complace en arrullar la paciencia de su amada.

Cuando dos jóvenes se hallan en vísperas de unirse para siempre al pié de los altares, sus frases son más tiernas, más expresivas, más inspiradas, más poéticas.

La perdiz canta cuando presiente el nublado y el chaparron repentino del mes de Abril.

La jóven enamorada sublimiza los pensamientos cuando ve en lontananza ese período poético, inolvidable, arrebatador, que se llama la luna de miel.

Porque para la mujer, ese espacio que media desde la noche de boda hasta el primer bostezo del marido, es un poema de recuerdos.

Sin Córtes constituyentes, sin Congreso que le hagan la oposicion, sin periódicos que censuren sus actos, la mujer, durante ese período, ejerce el absolutismo del corazon.

El marido, durante este episodio encantador de su vida, es

un esclavo á quien el traidor Eros conduce cogido por el cuello con una cadena de flores.

La esclavitud, en tales casos, es envidiable bajo todos conceptos; pero transcurre la luna de miel, y el esclavo rompe la cadena, se proclama independiente, discute, ataca, censura, y no pocas veces se torna un Sila, un dictador, un tirano insoportable.

Entónces comienza el martirio de las esposas.

Contra este despotismo del hogar sólo hay un remedio: llegar al sublime estado de madre.

Los hijos la hacen inviolable, como la corona al rey... donde no hay república.

La respetabilidad comienza con estas ocho sílabas: «Es la madre de mis hijos.»

Pero ahora recuerdo que dentro de poco tengo que publicar una novela titulada *La Esposa mártir*, donde pienso describir detalladamente todas las amarguras, todos los dolores, toda la grandeza de esas pobres víctimas del hogar doméstico, á quienes Dios ha concedido un corazon de oro, un alma sublime, y el infortunio ha dado por esposo un verdugo.

Cuando publiqué el año anterior *La Mujer adúltera*, me reconvinieron amargamente algunas suscritoras porqué el *latigazo moral iba dirigido á las mujeres*, enalteciendo á los hombres.

El pensamiento de mi obra lo exigia así, pues miéntras pueda mi mente coordinar las ideas y mis dedos sostener la pluma, no me apartaré ni una sola línea del camino que me he trazado.

Nada para mí tan sublime como la mujer amante de la paz

de su casa; nada tan grande como la mártir del hogar; nada tan respetable como los desinteresados afanes de una madre.

Porque la mujer nos lleva en sus entrañas, nos alimenta con el jugo de su pecho, nos enseña á balbucear las primeras palabras, mece nuestra cuna para hacer más dulce nuestro sueño, inculca en nuestra alma el espíritu consolador de una religion, nos hace admirar la clemencia de Dios y el placer de la caridad.

Cuando la mente sueña y el corazon desea hallar un eco que responda á sus latidos, la mujer nos enseña la sublimidad del amor enviándonos una mirada tímida y una sonrisa candorosa.

Luégo sufre nuestras impertinencias, y guarda para la vejez el fruto de nuestros afanes.

Si nos ve enfermos, se convierte en médico cariñoso, que pasa junto á la cabecera de nuestro lecho una, y otra, y otra noche con la sonrisa en los labios, y siempre dispuesta á recompensar nuestro mal humor con una caricia.

¿A quién debemos nuestros hijos más que á las mujeres?

Y los hijos sabido es que son la alegría de las casas, la fortuna de los padres; ellos nos hacen pensar en el porvenir, uniendo á la familia con un lazo de flores, cuyo perfume envidiarian el jazmin de la India, el clavel de Italia, el laurel de la isla de Creta y la rosa del Cáucaso.

Y por último, ¿quién sufre nuestras impertinencias en la edad caduca? ¿Quién comprende nuestros gustos y se apresura á satisfacerlos? ¿Quién cierra nuestros ojos, lava nuestro cadáver y reza arrodillada junto á nuestra tumba? La mujer.

Alfonso Karr, el célebre novelista frances, que despues de

escribir algunos libros tan raros como literarios, se ha metido á jardinero y vende tan caras sus flores como sus libros, ha escrito un tomo censurando amargamente á la mujer.

Como su pluma caminaba por un terreno falso, casi más que la verdad, le guiaba el despecho.

Su obra *La Mujer* es indudablemente la peor de cuantas ha concebido su claro talento.

Pero ahora que me acuerdo, al principio de este capítulo, creo que he dicho: «Basta de fraseología», y palabra tras palabra, las unas enredadas con las otras, como suele suceder con las cerezas, veo que he llenado algunas cuartillas, que tal vez disgusten á mis lectores, pero casi estoy por apostar que las suscritoras me dispensarán esta digresion.

. . . .

. . . .

María y Héctor, sentados bajo las perfumadas ramas de la acacia, escuchan extasiados el melodioso canto del ruiseñor.

—¡Qué garganta tan privilegiada!—dice la jóven.

—¿Sabes, María, por qué cànta esa avecilla tan dulcemente?

—Porque la naturaleza le ha concedido el don de la armonía.

—Sí; pero tambien el amor toma parte en sus dulcísimos acordes.

—¿Qué sabe usted si ama esa avecilla?

—Si colocáramos una inmensa red que cubriera todo el árbol, te convencerias de que cerca del nocturno cántor se halla su amante compañera cuidando sus hijuelos. Pero ahora que recuerdo: ¿por qué no me tuteas? Dentro de pocos dias

debemos unirnos para siempre, y aún empleas el horrible usted. Es preciso que te vayas corrigiendo de ciertos defectos.

—¡Héctor!...

María no puede continuar.

La felicidad hace muchas veces que las frases que nacen del corazon se extingan en la garganta.

Héctor, que estrecha entre las suyas las manos de su jóven compañera, continúa de este modo:

—María, pronto la bendicion de un sacerdote caerá sobre nuestras cabezas. Yo espero ese momento venturoso con el mismo afan que espera el preso la libertad, el sediento el agua, el enfermo la salud, el náufrago la orilla; porque te amo con todo mi corazon, con toda mi alma, como no he amado nunca, como creo que no amaré jamas. Ántes que la fortuna te colocara ante mi paso, yo sentia un inmenso vacío dentro de mi sér. Era desgraciado, y largas horas de melancólica tristeza transcurrian para mí. La pudorosa luz de tu mirada, el candor de tu corazon, llenaron mi pecho de esperanza. Te vi víctima del infortunio, y me dije: «María es la esposa que puede hacerme bella la vida.» Te amé, y guardé mi amor en lo más profundo de mi alma. Un dia caí á tus plantas revelándote mi secreto; de tus virginales labios brotó un *sí*, que inundó de luz mi alma. ¡Oh! ¡Bendita seas!

Y Héctor lleva con respeto las manos de la jóven á sus labios, y la brisa se lleva por el espacio el eco de un beso.

María ama á Héctor; pero su amor es silencioso, mudo; no tiene palabras para expresarse.

Suspiros, miradas, sonrisas: hé aquí el diccionario de su amor.

Cuando se hallan solos, Héctor es el que expresa sus sentimientos.

María los comprende, los siente, los agradece, pero guarda silencio.

Por algun tiempo el recuerdo del infortunado Eugenio ha turbado los sueños de la jóven; pero Eugenio, que nada esperaba despues de su crímen, contribuyó á la felicidad de María, y aconsejado por Héctor, su protector, la escribió una de esas cartas que borran por completo del corazon de una mujer virtuosa el nombre de aquél que amó.

Eugenio la habia escrito:

«Te devuelvo tu compromiso, pues me he casado con una mujer á quien adoro, y parto para América.»

El desgraciado cajista trazó estas líneas en la cárcel, con las lágrimas en los ojos, porque amaba con toda su alma á María.

Héctor abrazó á aquel mártir, víctima de la calumnia.

—¡Bah!—le dijo Eugenio.—No me lo agradezca usted. María no puede ser la esposa de un hombre que, cuando ménos, está destinado á arrastrar una cadena toda su vida en los presidios de África. Si me sacrifico, si la proporciono algun bien, me daré por muy contento, pues la he hecho sufrir mucho.

Despues de esto, se comprende que la solicitud, los desvelos, la generosa proteccion de Héctor, acabaran por conquistar la voluntad de María.

Como hemos indicado, el dia de la boda no está léjos.

Blas y Pepa, locos de contento, pues aquel enlace es una gran fortuna para su hija, no cesan de bendecir á Dios.

Héctor, por otra parte, les inspira suma confianza. Les ha dado tantas pruebas de su honradez, trata á María con tanto respeto, que no se ocupan de si la jóven sale despues de comer á dar un paseo por el jardin.

Estos paseos van prolongándose.

El amor no se ocupa nunca del tiempo.

Así las cosas, y dado por sentado que el lector comprenderá lo que aquella noche se dicen María y Héctor, dirémos que á las diez abandonan el banco, la acacia y el nocturno ruiseñor.

CAPITULO II.

Un corazon á prueba de oro.

A la mañana siguiente, Héctor se halla en su habitacion con la pequeña Enriqueta, cuando un criado entra á anunciarle la visita de don Juan José Robles.

—¡Cómo!—exclama.—¡Robles en Madrid! ¡Oh! ¡Que éntre, que éntre al instante!

Poco despues los dos amigos se abrazan, y Juan toma asiento al lado de Héctor.

Enriqueta se queda junto á un velador, mirando un libro de estampas.

—Veo, querido Robles,—le dice Héctor,—que le sienta á usted bien la vida tranquila y sosegada del pueblo.

—Efectivamente, la vida de labrador me prueba.

—¡Ah! ¿Se dedica usted á las faenas del campo?

—Por recreo y por necesidad.

—¿Cómo por necesidad?

—¡Diantre! Un ciudadano que apénas cuenta con ocho mil reales de renta no puede dormirse sobre su fortuna, ¿no es cierto? Pero no debe uno afligirse gran cosa por los bienes de este mundo; la felicidad no consiste nunca en el más ó ménos oro que se posee: yo, por mí, puedo asegurar á usted, querido Héctor, que no envidio nada; me tengo por un hombre verdaderamente dichoso. La educacion de mis hijos, el cumplimiento del modesto destino de secretario que ejerzo en el pueblo, el cultivo de mi pequeña huerta, el amor de mi mujer y el aprecio que me profesan mis paisanos, todo, en fin, me halaga y me entretiene lo que no es decible. Cuando era rico, cuando vivia en la corte, rodeado de esos disgustos que proporcionan los negocios, yo no era más que uno de esos pobres esclavos del tanto por ciento, que gastan su existencia corriendo detras de una fortuna. Pero ahora es otra cosa; nada ambiciono, porque veo satisfechas todas las necesidades de mi corazon: hé ahí la causa sin duda de mi felicidad.

—¿Y lo es tambien su esposa de usted?

—Si hemos de creerla por lo que dice, no se acuerda de sus coches ni de su lujo; transformada de señora en campesina, sólo la ocupan el amor de sus hijos y las faenas de su casa.

Y Juan José, dirigiendo una mirada cariñosa á la pequeña Enriqueta, pregunta de esta manera:

—¿De quién es esa niña tan bonita?

—Mia,—responde Héctor, sonriéndose á su vez.

—¡Ah! Perdone usted, amigo mio. Tal vez he cometido una imprudencia con mi pregunta, porque yo ignoraba que usted fuera padre.

—No sólo tienen hijos los padres, querido Robles; tambien se pueden adoptar los expósitos.

—¡Ah, vamos! Esa niña es una de esas pobres expósitas á quienes sus inicuos padres abandonan en un asilo de caridad.

Y Robles dirige una mirada cariñosa á la niña.

—¿No la encuentra usted algun parecido con otra persona muy conocida de usted?—pregunta Héctor, bajando la voz.

Juan fija con detencion los ojos en Enriqueta, que sólo se ocupa de las estampas del libro.

—Efectivamente,—dice,—me parece que he visto esa cara en otras facciones de mujer.

—Usted conocia mucho á sus padres.

—¿Sí? Pues no recuerdo...

Y Juan José fija por tercera vez sus miradas en la niña.

—¿No le dicen á usted nada—vuelve á decir Héctor—esos ojos limpios y serenos, esa frente tersa como el mármol, esas cejas perfectamente delineadas, y esa barba graciosamente hundida por el centro?

—¡Diantre! ¡diantre! Me está usted haciendo el retrato de la infortunada Ángela, de la primera esposa de mi pobre hermano.

—Precisamente acaba usted de nombrar á los padres de esa niña.

—¡Cómo! ¿Por fortuna será ésta aquella Enriqueta que tanto buscó Pablo?

—La misma, querido Robles.

—¡Oh! ¡Bendita sea la Providencia!—exclama Juan, juntando las manos con el más completo gozo.

Y ántes de dar tiempo á Héctor para que le dirija la palabra, vuelve á decir:

—Amigo mio, la Providencia sin duda ha guiado mis pasos hasta esta casa; mi desgraciado hermano, al morir, me ha instituido heredero universal de sus bienes, creyendo muerta á su querida Enriqueta. La herencia, amigo Héctor, no es un grano de anis: son cuarenta millones; mi viaje á Madrid no ha tenido otro objeto que el incautarme de la herencia; pero desde el momento en que esa niña existe, las cosas cambian notablemente; la fortuna de Pablo no me corresponde: es de Enriqueta.

Héctor ignoraba que Pablo hubiese testado en favor de su hermano Juan.

Cuando el médico Mahomet Ben-ad-jé le participó la muerte del millonario esposo de la criolla, ni le pasó por mientes siquiera que aquel hombre, á quien tanto despreciaba, se hubiera acordado de su virtuoso hermano.

La franca, la noble declaracion que acaba de hacer Juan José, el generoso desinteres de aquel hombre pobre, que sin pedir datos, sin tomarse el trabajo de averiguar si lo que acaba de decirle de la pobre expósita es cierto, guiado por un espíritu de justicia, de rectitud, le ofrece cuarenta millones, como si se tratara de una miseria, prefiriendo la paz de su conciencia, al oro, á la fortuna, le admira, y tendiéndole la mano, le dice con acento conmovido:

—Robles, es usted el hombre más honrado que conozco. Si yo no pudiera dejar una fortuna á Enriqueta, si desde el dia en que su madre moribunda me nombró el protector de su hija, yo no hubiera formado el invariable pensamiento de ha-

cerla mi heredera, aceptaria para ella, no el todo, la mitad de la herencia.

—¡Cómo! ¿Se opondrá usted á una devolucion tan justa?—pregunta Robles con extrañeza.

—Sí; mi fortuna es de Enriqueta; dentro de pocos dias contraeré matrimonio con una jóven que ama á la pobre expósita tanto como yo. Si Dios nos concede hijos, serán hermanos.

—¡Imposible! Yo no puedo consentirlo,—exclama Robles.

—Bien; en ese caso, amigo mio, será preciso que usted me ponga pleito, que presente los datos, que acredite que la niña que yo tengo en mi casa es hija de Ángela y Pablo, lo cual será muy difícil; por otra parte, el pleito no dejaria de llamar la atencion; tal vez sería el primero en su clase.

—Pero usted no me negará esos documentos, que sin duda posee.

—Guardo como un tesoro una carta de la infortunada Ángela, escrita pocas horas ántes de espirar. Tengo, ademas, una certificacion de la Inclusa; pero estos dos documentos no se los entregaria á usted, aunque me diera por ellos los cuarenta millones de la herencia.

—Pero usted, señor don Héctor, se propone sin duda que yo no tenga una hora de tranquilidad, que vea turbarse mi sueño durante las noches, porque esa fortuna no me pertenece.

—¿No le nombró á usted heredero universal su hermano?

—Sí; pero fué porque creia muerta á su hija.

—Y lo está efectivamente para todo el mundo, ménos para nosotros dos y para la jóven que en breve va á llamarse mi esposa, puesto que Enriqueta lleva mi apellido, y será reco-

nocida como hija mia y de mi futura esposa pocos dias despues de mi casamiento.

—Pero eso no es cierto.

—Querido Robles, hay mentiras que indudablemente son una necesidad; si Enriqueta es reconocida como hija de Pablo Robles y de Ángela, mañana, cuando sepa que su padre dejó morir de hambre en una buhardilla á la mujer que la llevó en sus entrañas, conduciéndola la misma noche al torno de los expósitos, rasgo de crueldad creible sólo en un padre que tiene bastante podrido el corazon para jugarse una fortuna mal adquirida en una casa de banca miéntras sus hijos se retorcian, acosados por el hambre, y su esposa espiraba sin luz y abandonada á la caritativa compasion de sus vecinos, se avergonzará de un padre que tan villanamente se portó con ella. No, no; nunca sabrá esa pobre niña la historia de aquella noche: es mi hija, fué un regalo que me hizo una mártir en la hora de su muerte, y yo disputaré los derechos que sobre ella tengo á todos los abogados que se atrevan á mantener lo contrario.

Las frases de Héctor son tan enérgicas, tan hijas del corazon, que Juan José no sabe por un momento qué responder, qué oponer á ellas.

—Pues bien,—dice por fin, como buscando un término al debate;—permítame usted al ménos que parta la herencia con esa niña. ¡Qué diantre! Con veinte millones puedo hacer la felicidad de todo el pueblo, y me sobra para vivir como un príncipe.

Héctor guarda silencio por algunos instantes, como si meditara algo, y al fin dice:

—Se me ocurre un medio de conciliarlo todo.

—Veamos ese medio, porque verdaderamente lo deseo.

—Usted tiene un hijo, si mal no recuerdo, de edad de seis años.

—No, señor; tiene siete, dos meses y ocho dias.

—Bien, es igual,—dice Héctor, sonriéndose de la exactitud de aquel padre.

—Tiene usted razon; puede usted continuar.

—Enriqueta cumplirá el mes que viene cuatro años; cuando ella tenga diez y ocho, su hijo de usted tendrá veintiuno; de aquí á entónces procurarémos, por todos los medios posibles, que entre los dos niños nazca esa simpatía de la infancia, que más tarde, en la edad de las ilusiones, se convierte en amor; si entónces comprendemos que verdaderamente se aman, Enriqueta será la esposa de Alejandro.

—Pero bien, ¿y qué?

—Usted entregará en dote á su hijo diez millones, y otros diez á su sobrina, que será á los ojos de todo el mundo mi hija.

—El pensamiento me parece admirable, y lo acepto de todo corazon, como asimismo lo aceptará mi querida Francisca con toda su alma; pero de aquí á entónces...

—De aquí á entónces usted dispondrá de ese dinero de la manera que crea más conveniente.

—Sí, sí; pero ¿y los intereses de los veinte millones?

—En cuanto á eso, amigo mio, puede usted emplearlos en hacer obras de caridad, para que Dios las tome en cuenta por lo mucho malo que ha hecho en esta tierra el hombre que deja á usted su fortuna.

Juan José intenta aún poner nuevas dificultades; pero

Héctor no transige, y Robles se ve obligado á acceder y seguir la marcha indicada.

—No hablemos más de ese asunto,—dice Héctor.—Ahora voy á pedirle un favor. Mi casamiento debe efectuarse dentro de muy breves dias. ¿Quiere usted ser mi padrino de boda?

—¿Que si quiero? ¡Pues no faltaba más! Lo deseo de todo corazon, y sólo siento que no se halle en Madrid mi querida Francisca, para que sea la madrina.

—Eso está remediado muy fácilmente, siéndolo otra en su nombre.

—Entónces, quedamos convenidos en que somos padrinos.

—Y para que usted conozca á la novia, me hará el favor de almorzar hoy conmigo.

—¿Y por qué no? Siempre hemos sido buenos amigos, y de hoy en adelante vamos á ser buenos parientes.

CAPITULO III.

Una boda y un viaje.

Juan José pasa un dia delicioso en la casita de campo de Héctor.

María le parece un ángel, Blas un hombre honrado, y la señora Pepa una de esas mujeres que no tienen precio en una casa.

A la caida de la tarde pide permiso para regresar á Madrid.

—Amigo mio, voy á hacer á usted una proposicion,—dice Héctor.

—¿Otra?—exclama Juan José, sonriendo.

—No hay que asustarse; no se va á tratar aquí de dinero.

—Entónces, escucho tranquilo.

—Se reduce á que se quede usted con nosotros durante el tiempo que quiera permanecer en Madrid.

—¿Y mis negocios?

—Los negocios, señor comerciante, se hacen de dia, y ántes de las tres de la tarde; esta casita apénas dista medio cuarto de hora de Madrid; el pasear es higiénico: pues bien; por las mañanas se dirige usted á la capital, y no entreteniéndose como buen provinciano por las calles, por muchos negocios que tenga usted que evacuar, podrá usted verse libre de ellos á las dos de la tarde. Así, pues, esta noche ya es usted nuestro huésped, y desde mañana mi berlina se hallará á su disposicion.

—Pero, hombre, esto es demasiado, y yo no quiero abusar de la amistad.

—Nada, nada; me hace usted un favor aceptando; mi tronco de yeguas se pasa semanas enteras en la cuadra, y eso no es conveniente.

A los ruegos de Héctor se unen los de María y los de sus padres.

Juan José no tiene otro remedio que encogerse de hombros y aceptar.

Aquella noche se pasa la velada alegremente; se juega al tresillo, se toca el piano, y se habla de política, de teatros y de toros.

Cuando Juan José se retira á su habitacion, dice, hablando consigo mismo:

—Indudablemente, aquí estaré mucho mejor que en una fonda. Vamos, pues, á escribirle á mi querida Francisca todo lo ocurrido.

Juan enciende un cigarro, coloca un cuadernillo de papel sobre la mesa, y comienza una de esas cartas de familia, llena de detalles, de digresiones y de desórden, pero de un desórden

encantador, y cuyo mérito literario sólo consiste en que un corazon escribe y otro corazon lee y siente.

La carta se termina á la una de la noche.

Juan ha empleado dos horas en su redaccion.

Con ocho carillas un novelista dice muy poco, pero un buen marido, un padre cariñoso, escribe un poema.

. . . .

. . . .

Quince dias despues, Héctor y María reciben la bendicion nupcial en un lindo y pequeño oratorio, exprofeso para este solemne y religioso acto.

El convite de bóda es poco concurrido.

Héctor se limita á convidar al sacerdote que los ha casado, á los padrinos y á cuatro ó cinco amigos.

Al dia siguiente Juan José sale de Madrid para su pueblo de Aragon.

Nada le queda que hacer en la corte; sus asuntos, completamente terminados, y el deseo vehemente de reunirse con su familia, le obligan á no ceder á las reiteradas súplicas de los jóvenes esposos, que desean detenerle algunos dias más á su lado.

Juan José Robles ha empleado toda su fortuna en papel del Estado.

—De este modo—se ha dicho—no hay peligro de que un mal negocio eche por tierra nuestros planes y desfalque el dote de Alejandro y Enriqueta. Cada semestre se cortan los cupones y se va á cobrar; esta es una renta más segura, y bien puedo con ella establecer en mi pueblo un hospital, dotando veinte camas. ¡Qué diantre! Por más que digan los

egoistas, nunca está de sobra hacer bien; y despues, ¿para qué queremos nosotros tanto dinero? Cuando hay pobres que tienen hambre, los ricos que mueren de una indigestion van de patas al infierno.

Cuando Robles llega al pueblo de B..., su mujer encuentra perfectamente todo lo hecho.

A la esposa que no tiene más voluntad que la de su esposo, le sucede lo mismo que al diamante de la corona de Rusia, que no tiene precio.

Inútil es advertir á nuestros lectores que Juan José Robles y su bondadosa y caritativa Francisca fueron la Providencia, no sólo del pueblo de B..., sino de muchos lugarejos de las cercanías.

Ningun desgraciado queda descontento cuando demanda auxilio á estos honrados séres.

Cuando los pobres aldeanos pronuncian sus nombres, lo hacen descubriéndose la cabeza y prodigándoles admirados monosílabos.

En la presente novela poco tenemos ya que decir de este matrimonio.

¡Quién sabe si mañana, al hacernos falta un matrimonio modelo, un hombre rico y caritativo, echarémos mano de Juan José y Francisca!

Pero eso está en lo porvenir; por ahora, hemos dicho todo lo que sabemos de ellos.

En cuanto á los jóvenes esposos, Héctor y María, pasan los primeros quince dias de la luna de miel en la casa de campo del camino de Vallecas.

Durante este período encantador, el novel matrimonio man-

tiene fuertes debates, basados siempre en un viaje de recreo que tratan de hacer.

Héctor, que opina por recorrer Francia, Alemania, Suiza é Italia, dice:

—Deseo que viajemos por el extranjero, porque tu imaginacion acabará de fortalecerse con la contemplación de las bellezas que la Naturaleza ofrece, y con la distraccion que te proporcionará el presenciar usos y costumbres distintos de los de nuestra patria.

María suele replicar:

—Mira, Héctor, á mí me gustaria mucho ver esas grandes naciones; pero he nacido en Madrid, y la vez que más léjos me he ausentado de la coronada villa, ha sido, con juicio, á la ermita de San Isidro, y cuando estaba loca, á Leganes; por lo tanto, creo que todo español, ántes de ver el extranjero, debe ver España.

Héctor acaba por confesar que su querida esposa tiene razon, y comienzan los preparativos para hacer un viaje por el interior.

Nuestros lectores pueden imaginarse el paraíso de una silla de posta, ocupada por dos amantes que se comunican el perfume de sus almas.

Blas y Pepa son invitados para el viaje.

Aquellos honrados padres no les cabe la felicidad dentro del corazon viendo á su hija casada con un hombre de las cualidades de Héctor.

—Id con Dios,—hijos mios,—les dice Blas;—nosotros ya no estamos para viajes; eso es para gente jóven. Divertios mucho, amaos mucho, escribidnos con frecuencia, y no os olvi-

deis de volver á nuestro lado cuando los árboles comiencen á sacudir las hojas.

Inútil es decir que Héctor y María cumplen al pié de la letra todo lo que el señor Blas desea.

Pero ya que se aproxima el final de esta novela, dejarémos lo concluido por lo que aún tenemos que concluir.

CAPITULO IV.

La madre moribunda.

Vamos á penetrar en una habitacion donde el éter, ese perfume de la muerte, indica que se halla un sér en su última hora.

Descorramos una ancha cortina de damasco encarnado, penetremos en una alcoba espaciosa, y fijando los ojos en una cama, verémos á una mujer moribunda.

Pálida como la muerte, envejecida ántes de tiempo por los sufrimientos, doña Isabel, la viuda de don Bernardo Etartegui el suicida, espira sin la esperanza de que sus hijos le cierren los ojos.

Un anciano y venerable sacerdote se halla sentado junto á la cabecera.

La caridad cristiana auxilia al infeliz moribundo sin familia.

¡Pobre doña Isabel!

En su última hora un sacerdote y dos hermanas de la Caridad son los que rodean su cama.

¿Dónde están sus hijos?

¡Ay! Ernesto viaja con su querida por tierra extranjera, y Paula ha muerto para el mundo.

El sacerdote reza en voz baja.

La enferma duerme con ese sueño fatigoso que preludia la muerte.

Aquel triste cuadro se halla alumbrado por la débil luz que despiden dos cirios colocados sobre un reclinatorio ante un crucifijo de marfil.

—¡Ernesto! ¡Hijo mio!—murmura en sueños la enferma.—¡Creí morir sin verte! ¡Bendito seas!

Y los labios de doña Isabel se agitan, como si dieran un beso á su hijo.

El sacerdote vuelve la cabeza, la contempla un breve momento, y despues de exhalar un suspiro, torna á proseguir el interrumpido rezo.

Aquella pobre madre no olvida á su ingrato hijo ni en la hora de su muerte.

Su recuerdo se halla grabado en su corazon; por eso despierta le llora, y dormida le sueña.

Nada tan imponente como el silencio que reina en la alcoba de un moribundo.

El venerable sacerdote, al terminar sus oraciones, se levanta, procurando hacer el menor ruido posible, y sale de la alcoba.

En la sala inmediata se halla una de las hermanas de la Caridad.

El sacerdote indica con un ademan expresivo que la enferma está durmiendo, y se pasea por la sala, procurando no hacer ruido.

Transcurre como una hora sin que otro ruido interrumpa el sepulcral silencio que el acompasado tictac del péndulo colgado de una de las paredes.

Por fin parte de la alcoba un gemido lastimero.

El sacerdote y la hermana penetran en ella.

Doña Isabel los recibe con una sonrisa apagada y melancólica.

Sus ojos hundidos, donde apénas brillan sus apagadas pupilas, se fijan en el sacerdote.

Un segundo suspiro exhala el pecho de la moribunda, y por fin dice, con acento débil y fatigoso:

—¿Aún no ha venido?

—¿Quién, señora?—pregunta el sacerdote.

—¿Quién ha de ser? Mi hijo.

—La diligencia de Francia no llega hasta las once de la noche.

—¿Y qué hora es?

—Las nueve y media.

—¡Si viniera esta noche!

—Es preciso no perder la fe; vendrá, señora, vendrá: él nos lo ha escrito desde Paris, y creo que ha de cumplirnos su palabra.

—Así sea, señor don Casto,—dice la enferma;—pero Ernesto es jóven... aturdido... y nada espero. Él no es malo, le sé; me ama con todo su corazon, pero esa infame mujer que lo arrebató de mi lado le subyuga.

—Señora,—responde el sacerdote,—conviene olvidar los resentimientos de la tierra, para ocuparse de la clemencia del cielo.

—Tiene usted razon. Mi última hora se acerca, y es preciso pensar en Dios. Pero ¡morir sin dar el último beso á mi hijo!...

—Vendrá, señora, vendrá,—repite el sacerdote;—es preciso tener esperanza; Ernesto lo ha ofrecido en su última carta.

—Sí, vendrá. ¡Pero cuándo, Dios mio, cuándo! ¡Porque me siento morir... y mañana será tarde!...

Aquí suspende la enferma sus palabras.

Su pecho se agita como las olas del mar en un dia de tempestad.

Su respiracion es fatigosa, y sus labios se entreabren, buscando el aire que falta á sus pulmones.

Su frente se cubre de ese sudor pegajoso que brota de la fatiga de la muerte.

La hermana de la Caridad se acerca al lecho y enjuga con un pañuelo el rostro de la enferma.

Isabel agradece con una mirada la tierna solicitud de la enfermera.

El reloj da diez campanadas.

La enferma murmurá en voz baja:

—¡Aún falta una hora!

Luégo torná á guardar silencio.

El sacerdote la aconseja que dirija su pensamiento y su oracion al que todo lo puede, y los labios de la moribunda se agitan, murmurando una oracion.

El tiempo sigue su invariable marcha.

El reloj da dos campanadas.

—Falta media hora,—dice la enferma, suspendiendo la oracion.

Por fin suenan las once.

Los ojos de la enferma se reaniman, un rayo de esperanza brilla en ellos, y se la oye contar con alegría infinita los golpes de la campana.

—Don Casto,—dice,—tenga usted la bondad de descorrer la cortina; quiero verle cuando éntre.

El sacerdote se encamina á la puerta de la alcoba, y complace á la enferma.

—¡Oh! ¡Cuándo tarda!—exclama doña Isabel á los dos minutos de haber contado las horas.

Pero apénas termina estas palabras, se abre la puerta de la habitacion, y aparece un jóven con la barba crecida, y en traje de camino.

La enferma le reconoce, aunque viene muy cambiado; lanza un grito, sus labios murmuran el nombre de Ernesto, y pierde el conocimiento.

Ernesto corre al lecho de su madre y la estrecha amorosamente entre sus brazos, pero al depositar un beso en aquellos labios que tantas veces le habian sonreido, retira la cabeza espantado.

Aquella boca está fria como la nieve.

—¡Dios mio!—exclama.—¡Está muerta! ¡Oh! ¡Tal vez he llegado tarde!...

El sacerdote y la hermana de la Caridad se acercan á la cama.

—Es un desmayo,—dice ésta;—se halla muy débil, y no ha tenido fuerzas para resistir la emocion que ha experimentado.

Y dirigiéndose á una mesa donde se ven varias botellas, coge un pequeño frasco de cristal, rociando con la esencia que contiene el rostro de la enferma.

CAPITULO V.

El último suspiro.

Algunos minutos despues doña Isabel abre los ojos.

—¡Ernesto de mi alma!

Esta es la primera frase de aquella madre enamorada de su hijo.

Un doble beso se oye en la alcoba.

Ernesto se sienta en la cabecera de la cama, y coge entre las suyas las descarnadas manos de su madre.

El sacerdote hace una seña á la hermana de la Caridad para que le siga.

Cuando doña Isabel se queda sola con su hijo, exclama con indecible gozo:

—¡Ah! ¡Bendito sea Dios, que ha permitido que vuelva á verte! ¡Bendito sea Dios, que me concede el placer de dedicarte mi última mirada, mi postrer suspiro!

—Pero tú no morirás, madre mia; yo te necesito ahora más que nunca, porque soy muy desgraciado.

Doña Isabel coloca una de sus pálidas manos sobre la frente de su hijo, y apartando aquella cabeza que tanto ama, para mirarla más á su sabor, dice:

—Mi última hora se aproxima... está muy cerca; ya el invisible soplo de la muerte hiela mi corazon. Pero tú me dices que eres desgraciado. Tienes razon... muy desgraciado. Dentro de poco, cuando se escape de mi pecho el último suspiro, lo perderás todo en el mundo, y te hallarás solo sobre la tierra, porque nuestra casa y nuestra familia se ha dispersado como el monton de hojas secas sacudidas por el soplo del huracan. Tu padre no existe. Tu hermana, esposa de Jesucristo, murió tambien para el mundo, y yo voy á bajar muy en breve á la mansion de la muerte.

Doña Isabel se detiene como para tomar aliento. Débiles gemidos se escapan de su pecho y dolorosas lágrimas brotan de sus hundidos ojos.

Ernesto llora tambien como su madre.

—¡Tú lloras, hijo mio!—continúa doña Isabel.—¡Tal vez la mujer que te hizo olvidarlo todo ha herido tu corazon!

—¡Oh! ¡Raquel es una infame!—exclama Ernesto.—Nunca me ha amado.

—¡Hijo mio!... Jamas esperes amor de esas mujeres que alquilan su cuerpo por un puñado de oro. Olvida á una mujer que primero fué la querida del padre, y luégo se prestó á serlo del hijo. Pero preciso es aprovechar los pocos momentos que me quedan de vida para pensar en tu porvenir. Eres un hombre, y necesitas una posicion social. Las desgracias se han cernido sobre nuestras cabezas. Los que ayer tenian millones hoy se encuentran sin bienes de fortuna; pero tu madre no

te ha olvidado nunca. Toma esta llave y abre ese secreter; en el cajon del centro hallarás una cartera. Lo que contiene es todo cuanto he podido salvar para tí. En cuanto á tu hermana, nada necesita; monja recoleta, despues de pronunciar el *voto compuesto*, las riquezas del mundo para nada le sirven. Cuando yo muera, que será en breve, abandona á España por América; procura enriquecerte con decencia, dedicándote al comercio. Sé hombre de bien, y Dios te protegerá; y mañana, cuando veas asegurado tu porvenir, busca una cariñosa compañera que comparta contigo los goces y las penas de este valle de lágrimas; pero nunca entregues tu mano por interes. Sólo el amor, sólo las simpatías deben unir á los séres en el tálamo nupcial, porque de lo contrario, la felicidad huye de ellos y el hastío se apodera de sus corazones. Sin un dia de sueño, sin una hora de paz en el hogar doméstico, llega la vejez, anticipada por los terribles sinsabores de una vida amarga.

Doña Isabel se detiene.

Aquella madre cariñosa, que tanto habia sufrido por su hijo; aquella mujer, que tan desgraciada ha sido, apénas tiene fuerzas para hablar; pero reconcentra el resto de vida que le queda en sus pupilas y contempla á su hijo con indefinible ternura. . . . .

El hipo de la muerte comienza de una manera muy pronunciada á las doce de la noche.

El sudor frio de la agonía asoma á la frente de la moribunda.

Quiere hablar, pero su garganta carece de fuerza para emitir las palabras.

Una sonrisa asoma á sus labios secos y sin color, que envian fatigosos gemidos.

Ernesto besa aquellas manos que le acarician y le transmiten el frio de la muerte.

En la alcoba reina un silencio imponente y profundamente conmovedor.

El reloj da dos campanadas.

Son las doce y media.

Doña Isabel exhala un profundo suspiro, más fuerte, más prolongado que los anteriores; sus labios se entreabren para pronunciar las últimas palabras:

—¡Bendito... seas... Ernesto!... ¡Bendito seas... hijo de mi alma!...

Luégo un ligero sacudimiento, y por fin la inaccion, la muerte, el término de una vida.

Doña Isabel no existe.

Ernesto se arroja sobre el cadáver de su madre, lanzando un grito.

Entónces la puerta de la habitacion se abre y el sacerdote y la hermana de la Caridad penetran precipitadamente en la alcoba.

. . . .

. . . .

Ernesto encuentra en la cartera diez mil duros en billetes del Banco de España, y dos cartas de recomendacion para dos comerciantes de la Habana.

Aquello es todo lo que la cuidadosa madre ha podido salvar para su hijo; aquello es el resto de la extraordinaria fortuna de sus padres.

Ernesto Etartegui cumple con los últimos y penosos deberes que su orfandad le impone.

Doña Isabel es depositada en un nicho, y una lápida de mármol negro de Italia cubre para siempre los restos de una mujer que fué muy desgraciada.

Hay golpes tan funestos, tan terribles, en la vida, que tienen suficiente poder para hacer cambiar por completo el carácter de los hombres.

Ernesto ha sufrido uno de estos golpes, y tal vez piensa en regenerarse.

Al verse solo en el mundo, se dispone á seguir los consejos de su madre.

—Esto es hecho,—se dice;—soy jóven, robusto, y aunque he malgastado lastimosamente mi tiempo en la ociosidad, no soy muy ignorante. Iré á América, procuraré conquistarme una fortuna, y seguiré otro camino distinto del que he seguido hasta ahora.

Entónces exhala un suspiro.

Es el adios que envia á los mentidos placeres de la juventud.

Es tal vez el recuerdo postrero que se escapa de su pecho, al pensar los mentidos halagos de una mujer traidora y sin corazon.

¡Raquel! Hé aquí el nombre que comienza á borrarse de su memoria.

Porque Raquel no le ha amado nunca, y sólo lo ha comprendido cuando era tarde.

Ernesto, jóven incauto, al abandonar la casa paterna era dueño de una fortuna de más de tres millones y de una mujer

hermosa que satisfacia su vanidad, llenando al mismo tiempo su corazon.

El lujo, los viajes y el juego terminaron bien pronto con su fortuna, y un dia, la misma que le ayudara á derrocharla, le abandonó con un pretexto frívolo.

Raquel, pues, regresó á Madrid, dejando á Ernesto en Baden, arruinado.

Ernesto ha mirado con profundo desprecio aquella gran ingratitud.

Poco ántes de emprender su viaje á Ultramar, desengañado del mundo, lee en un periódico una gacetilla donde se anuncia el casamiento de una huérfana jóven y hermosa con un célebre baron, muy conocido en la córte por su vida borrascosa y sus escándalos.

Hé aquí los nombres de los nuevos esposos: don Rodolfo de Reggio, baron de Renard, y doña Raquel Santurci.

Ernesto se sonrie desdeñosamente.

—¡Pobre hombre!—dice.—Le compadezco de veras. Será el esclavo de esa mujer, porque es imposible que le ame: no tiene corazon.

Luégo tira desdeñosamente el periódico sobre una mesa, y vuelve á decir:

—¡Bah! Desechemos el resentimiento del corazon. El tal don Rodolfo no es digno de lástima, pues conoce á la mujer con quien se ha casado. Bien es verdad que debe ser poco escrupuloso; ella le necesita, porque hay maridos que hacen el efecto de una pantalla.

Luégo se dirige al convento donde está su hermana, con el objeto de despedirse de ella.

Ve á Paula á traves de una doble reja.

Ernesto retrocede espantado, y no se atreve á dar crédito á lo que está viendo.

¿Es aquella su hermana, la elegante, la hermosa Paula de Etartegui?

CAPITULO VI.

La monja recoleta.

Paula ha penetrado en el convento verdaderamente arrepentida.

Durante el tiempo del noviciado se ocupa con incansable celo en los ejercicios mecánicos del convento, probando su fe, su vocacion.

La madre abadesa, mujer piadosa y llena de ternura para con su rebaño, sabe que Paula ha sido una de las jóvenes más elegantes de la corte, y quiere dispensarla de esos trabajos penosos de las novicias.

Paula agradece á la superiora la distincion que le hace, pero continúa sirviendo á las hermanas.

Muchas veces la madre abadesa, viendo la solicitud de Paula y el incansable afan que demuestra hasta en los trabajos más inferiores, suele decir:

—Paula, miéntras fué *esclava del siglo*, se ocupó poco de

mirar al cielo, pero al entrar en esta santa casa verdaderamente arrepentida, las *esposas del Cordero* pueden tomarla por modelo.

Cuando termina el año del noviciado, como Paula ha dado pruebas de *formal vocacion*, la disponen para la ceremonia de la profesion.

Paula es ataviada con sus más preciosas joyas, con sus trajes más elegantes.

Una elegante carretela, tirada por dos poderosas yeguas normandas, espera en el atrio del convento.

Un sacerdote anciano y dos señoras piadosas reciben á la novicia de manos de la superiora del convento y la conducen al carruaje.

Paula recorre las calles, los paseos más frecuentados de la córte, pálida como un cadáver, ataviada como una novia; mira con indiferencia el lujo y el ruido del mundo.

De vez en cuando la noble señora que la acompaña la dice con bondad:

—Hija mia, aún es tiempo; piensa lo que dejas; recuerda lo que te espera en el claustro.

Paula, asomando á sus labios una sonrisa dolorosa, contesta:

—Estoy firmemente resuelta; pronunciaré sin vacilar los cuatro votos.

Esta ceremonia se repite del mismo modo por espacio de dos dias.

Paula no vacila, no desfallece; el lujo, el estruendo fascinador de la sociedad, no la seduce, no la atrae.

Por último, penetra en el convento, cuyas puertas se cier-

ran tras de su paso para no abrirse jamas para ella, porque va á morir para el mundo.

Un sacerdote aparece en el púlpito, desde donde la explica los deberes que para ella comienzan, y la exhorta á la virtud de la obediencia pasiva.

Despues se la despoja de los ornatos y las galas, á los que reemplaza el tosco y sencillo hábito, el pudoroso velo y la blanca toca, propia de la institucion.

Un ataud, alumbrado por profusion de luces, espera un cuerpo donde aún late un corazon lleno de vida, donde aún circula la ardorosa sangre de la juventud.

Paula fija una profunda mirada en la caja mortuoria que por breves instantes ha de dar cabida á su cuerpo.

En los elevados ámbitos de la iglesia resuena el *Requiem*, parte del oficio de difuntos, y las hermosas trenzas, que fueron en otros dias el mejor ornato de su cabeza, caen al suelo bajo el cortador filo de unas tijeras.

Paula es colocada en el ataud.

Paula no existe para el mundo: ha pronunciado el voto de renunciar á los bienes de fortuna, el de castidad perpetua, el de abandono del mundo, sus pompas y vanidades, y el de pobreza continua.

Paula no existe, pues.

Al levantarse del ataud se llama sor Agustina de la Concepcion.

Por eso su hermano, al verla al traves de la doble reja que guarda á las recoletas, á las que han hecho un *voto compuesto*, abandonando el mundo para ser *esposas del Cordero*, ha retrocedido asombrado.

Paula es apénas una sombra de lo que fué.

De sus negros ojos ha desaparecido aquella mirada provocativa, desdeñosa, que tantas veces le irritó.

En sus pálidos labios no se nota la sonrisa del desden y del orgullo.

Su palidez extremada, la humildad de su continente, la modestia de su traje, todo le admira, y acercándose de nuevo á la reja, exclama:

—¡Paula! ¡Hermana mia!

—¡Ah! ¡Ernesto! ¡Ernesto!

Y los ojos de la monja se llenan de lágrimas, porque el riguroso luto que viste su hermano le indica lo que ya sospecha.

Durante una hora sor Agustina de la Concepcion prodiga á su hermano palabras de consuelo, ofreciendo rogar á Dios todos los dias por su prosperidad.

¿A qué detenernos en dar detalles sobre la escena que nos ocupa?

Ántes de separarse los dos hermanos, sor Agustina de la Concepcion cuelga del cuello de Ernesto un santo escapulario, diciéndole:

—Tú, hermano mio, vas á cruzar los mares; los peligros del mundo te rodean, pues eres jóven. No te separes nunca de esta santa imágen; llévala siempre sobre tu pecho, para que te inspire y proteja.

—Yo te lo juro,—murmura Ernesto con voz ahogada por la emocion.

Despues se separan.

Ernesto permanece aún algunos dias en Madrid.

Por fin, viendo que nada le queda en España, se resuelve á seguir los consejos de su difunta madre.

Nosotros ignoramos si hizo ó no fortuna en las Antillas; pero lo que podemos asegurar es que llegó á la Habana con felicidad.

CAPITULO VII.

Un baron de encargo.

Cuando la hermosa Raquel comprende en Baden que su amante Ernesto se halla en vísperas de perder la última peseta, comienza á sentir cierto aburrimiento, muy peculiar en toda mujer que ama por conveniencia y que alquila sus caricias al mejor postor.

Desde este instante su idea fija es regresar á España.

La presencia de Ernesto arruinado le da un sueño irresistible.

La hermosa entretenida comienza á padecer la enfermedad de los hijos de la pérfida Albion, el *spleen*, ó como decimos nosotros, el aburrimiento, el fastidio.

Cuando una mujer quiere terminar las relaciones que le unen á un hombre, nunca le faltan pretextos.

Nosotros no nos entretendrémos en detallar lo que busca Raquel; baste decir que una noche Ernesto se encuentra una carta de despedida, concebida en estos términos:

«Asuntos de la mayor importancia me obligan á regresar á Madrid. Conociendo tu extremada aficion á la ruleta, no quiero violentarte, y te dejo en libertad para que continúes probando fortuna.

»Adios, Ernesto; procura olvidar lo que ha pasado entre nosotros dos.

»Espero que no me guardes rencor.

»Tuya,—*Raquel.*»

Ernesto lee la carta con indiferencia, y como aquella noche ha ganado doce mil francos, se encoge de hombros.

Raquel vuelve á Madrid, donde vamos á encontrarla bien pronto.

Ernesto lo hace un poco más tarde, cuando su madre le escribe desde su lecho de muerte.

Lo demas ya lo saben nuestros lectores.

Cuando Raquel llega á la corte, escribe una carta á su apoderado, el notario don Basilio, el cual se apresura á ponerse á sus órdenes.

—¡Oh! ¡Cuánto me alegro, doña Raquel! Vamos, ¿y qué tal el viaje?

—Bien y mal, amigo mio.

—¡Diantre! Pues entónces, me veré en el caso de felicitar á usted, dándola el pésame al mismo tiempo.

Raquel se sonrie.

Alentado el notario por aquella sonrisa, se atreve á preguntar por el compañero de viaje.

—¡Ah! Ernesto es un calavera, á quien me he visto en la precision de abandonar en Alemania.

—Si usted tomara el consejo de un buen amigo, me atre-

veria á decirle que se casara,—dice con naturalidad el notario.

Raquel suelta una carcajada.

—Puede usted reirse todo cuanto quiera, pero creo que la he dado un buen consejo.

—¡Quién lo duda! Pero para casarse una jóven que no es del todo fea y posee tres millones de capital, necesita un pretendiente que se separe de la vulgaridad de los hombres.

—Se supone que ha de ser un jóven que, si no lleva en dote una gran fortuna, tenga por lo ménos un título de baron.

—¡Ah! Eso me indica que un baron pobre quiere casarse con una plebeya rica.

El notario se sonrie.

—Explíquese usted, señor don Basilio, explíquese usted.

—Señorita, en las grandes capitales no faltan nunca pretendientes á la mano de las jóvenes tan ricas y tan hermosas como usted.

—Pero usted me ha ofrecido un título; y á la verdad, no me disgustaria que me llamasen señora baronesa.

—Pues entónces, nada más fácil,—contesta el notario, demostrando su alegría;—precisamente tengo yo un cliente, cuyos asuntos no marchan muy bien que digamos; es un jójóven recomendable bajo todos puntos de vista, y lleva un apellido, si mal no recuerdo, del tiempo de Cárlos VII de Francia, conquistador de Gascuña.

—¡Gloriosa antigüedad! ¿Y es muy viejo?

—Veintiocho años.

—¿Elegante?

—Como un figurin parisiense.

—¿Tiene buen carácter?

—Es un almíbar.

—¿Buen mozo?

—Un Adónis.

Raquel suelta una segunda carcajada, pero el notario nó es hombre que se desorienta fácilmente.

—Creo que mi ahijado tiene las condiciones que constituyen un buen marido.

—¿Es rico?—vuelve á preguntar Raquel.

—Lo fué, señorita, lo fué; pero su bondadoso corazon le ha cansado muchos disgustos.

—¿De modo que se halla arruinado?

—Posee aún algunas tierras en Gascuña y un castillo feudal en el departamento de Gers.

—Vamos, siempre es algo.

—Ademas, tiene parientes muy ricos... y espera...

—La esperanza es un sueño, y no conviene soñar mucho, señor don Basilio.

—Tiene usted razon, señorita.

—Volvamos al negocio.

—Volvamos á lo que usted quiera.

—¿Cuándo podré ver al baron arruinado?

—Hoy mismo, si usted gusta.

—Esta noche recibiré á usted á las nueve, y puede presentármele.

—No faltarémos.

—Una pregunta. ¿Me conoce el señor baron?

—Sí. Sabe que yo soy el apoderado de la señorita, y muchas veces me ha manifestado deseos de visitarla.

—Entónces, no pecará de ignorante. Hasta la noche, mi querido notario.

—Hasta la noche, señora baronesa.

Raquel se rie por tercera vez, y don Basilio sale haciendo cortesías.

Raquel se queda pensando que necesita un escudo que la defienda, y que no la disgusta que este escudo tenga un blason.

En cuanto á don Basilio, toma un polvo al salir á la calle, y dice:

—Si los caso, hago un bonito negocio. ¡Qué diantre de casualidades! Hay casamientos que vienen rodando como una pelota, sin saber cómo. Pero despues de todo, á Raquel la conviene tener un hombre que la proteja, y el baron de Renard vale lo que pesa para marido; tiene la manga ancha, y es corto de vista siempre que conviene; harán una buena pareja, y yo cobraré lo que el baron me debe.

El notario se frota las manos, como el hombre que está satisfecho de sí mismo, y como no le gusta perder tiempo, se encamina á casa de Rodolfo de Reggio, baron de Renard.

En cuanto á Raquel, almuerza con bastante apetito, y como se halla fatigada del viaje, tiene por conveniente acostarse, y lo que es más, dormir tranquilamente hasta las cinco de la tarde.

A esa hora comienza á ocuparse de su tocador, meditando sobre la feliz ocurrencia de don Basilio.

—Verdaderamente,—se dice,—si el noble baron llega á aceptar las condiciones que voy á imponerle, bien se puede decir que será el modelo de los esposos; pero no debemos extrañarnos de nada las que contamos con una fortuna de tres

millones y una hermosura regular. Ya tengo gana de conocer á mi *desconocido* pretendiente. ¡Oh! ¡Don Basilio es un notario de *primera fuerza!*

Cuando Raquel termina su tocado, pregunta á su doncella:

—¿Qué tal me encuentras?

—Hermosa como nunca.

—¡Ah! Bien lo necesito, pues esta noche espero á mi futuro esposo.

—¡Cómo! ¿Se casa la señorita?

—Dicen que sí; pero aún no conozco al novio.

Y Raquel se sonrie maliciosamente, mirándose por última vez al espejo.

CAPITULO VIII.

Un marido de manga ancha.

A las ocho y media de la noche, Raquel se halla esperando en una de las elegantes habitaciones de la casa.

Desistimos de hacer la descripcion de su traje, porque de nada nos sirve cuando la novela toca á su término; pero bosquejarémos ligeramente al baron de Renard, pues le reservamos una parte en la fábula de *La Esposa Mártir*, novela en cartera.

Baste decir que Raquel está perfectamente vestida, y extremadamente hermosa.

Para matar el tiempo, hojea un precioso álbum de fotografías, importado de Paris, *fruta* bastante *nueva* en España por entónces.

De vez en cuando mira el reloj de sobremesa, hace una mueca, y vuelve á ocuparse del álbum.

A las nueve en punto entra la doncella, diciendo:

—Ahí están.

—¡Ah! Pues que pasen al momento.

Un minuto despues, el baron de Renard y don Basilio entran en la habitacion.

Raquel fija una de esas miradas intensas que parten de las pupilas de una mujer despreocupada, y que pretenden leer hasta lo más profundo del alma.

Rodolfo de Reggio, baron de Renard, es un jóven de veintiocho á treinta años, alto, bien formado, moreno, de mirada de águila y sonrisa burlona; tiene, en una palabra, ese tipo gascon que con tanta facilidad distinguen los hijos de la gran ciudad.

Renard es descendiente de un noble frances que en tiempo de Cárlos VII prestó grandes servicios á su monarca para la reunion de la Gascuña á la corona de Francia.

Cárlos VII recompensó con un título de baron y un castillejo á su leal vasallo; pero los siglos fueron rodando, y Renard, en vez de nacer, como sus abuelos, en las tierras de Gers, donde tenia el feudo, nació en España, y toda su fortuna se redujo á su apellido y unos cuantos pergaminos, medio roidos por la devastadora polilla.

A Renard, pues, le queda su título de baron, sus prendas personales, su audacia, un corazon entero, y un carácter suave como los guantes de Suecia.

En cuanto á su modo de vivir, es un problema. Sin embargo, Renard posee un buen caballo, habita un bonito cuarto de soltero en la calle de Relatores, frecuenta algunos salones de la aristocracia, y todas las noches cena en el ambigú del Casino.

Raquel detiene una mirada en su presunto marido, como hemos dicho.

Renard sostiene aquella mirada con una sonrisa llena de nobleza.

El primer efecto es el mejor; Rodolfo viste con elegancia, y sus hermosas patillas negras producen buen efecto.

—Tengo el honor—dice el notario—de presentar á usted á mi distinguido amigo el señor baron de Renard, jóven de quien he hablado á usted.

Raquel se inclina ligeramente.

—Señorita,—dice Rodolfo,—hace algun tiempo que tuve la dicha de verla por primera vez en el teatro de la Cruz; se cantaba aquella noche *Los Puritanos*, y desde entónces he deseado ser un buen amigo de usted.

Raquel ofrece un asiento al baron.

El notario toma tambien una silla.

Al principio la conversacion divaga sin rumbo fijo; por fin se consolida, se afirma.

A las once de la noche el notario y el baron abandonan la habitacion de Raquel.

Apénas se han separado cincuenta pasos de la casa de Raquel, el notario, dando media vuelta, se detiene, y colocando las manos sobre el pecho de Rodolfo, le dice con acento confidencial:

—Vamos á ver: ¿qué le parece á usted la futura baronesa?

—Que es una muchacha linda como una rosa de los Alpes, y lista como una ardilla.

—¿Y nada más?

—Hombre, poco más puedo decir por ahora; cuando sea mi

esposa, entónces... porque dicen que para conocer á una mujer se necesita comerse con ella una arroba de sal.

El notario, que tiene siempre á punto una sonrisa para sus clientes, se sonrie y dice:

—Es jóven, bonita, tiene talento y tres millones de reales.

—Pues entónces, querido don Basilio, queda usted autorizado para arreglar los papeles.

—Desde mañana me ocuparé de eso; pero esta noche, si usted no lo toma á mal, firmarémos una obligacioncita sobre los diez mil duros...

—¡Cómo diez mil duros! Creo que está usted equivocado; no le debo más que cinco mil.

—Sí, cinco mil... y cinco mil por el casamiento, son diez mil.

—¡Ah! ¡Olvidaba el corretaje!

Don Basilio se sonrie como siempre.

Si alguno hubiera querido conocer las prendas morales del notario por la angélica sonrisa que nunca le abandona, indudablemente habria dicho:

—Este hombre es un bendito; debe tener un alma tan limpia como la de aquellos pastores que bailaron en Belen junto á la cuna del Mesías.

Esta opinion, sin embargo, sería bastante aventurada.

Don Basilio es hombre de mucha solapa, un gran vividor; en una palabra, un fariseo del siglo diez y nueve, uno de esos hipócritas cuya sonrisa de bondad nace en los dientes y muere en la boca.

Despues de esto, aquella misma noche Rodolfo de Reggio, baron de Renard, firma un compromiso de diez mil duros á fa-

vor del notario don Basilio, pagaderos al dia siguiente de su matrimonio con la bella Raquel.

Miéntras tanto, la jóven millonaria, ínterin su doncella Ines la desnuda para meterse en la cama, entabla el siguiente diálogo:

—¿Qué te ha parecido el señor baron de Renard?

—Un buen mozo, señorita.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! Ya sabe usted que mi boca es boca de verdades.

—¿Te gustaria que se casara conmigo?

—¡Toma! Si le ama á usted...

Raquel se encoge de hombros, y dice:

—Eso, querida Ines, está en lo porvenir; esta noche nos hemos visto por la vez primera, y el amor en ciertas naturalezas suele mostrarse rebelde.

Luégo se queda sola, y cogiendo un libro, se pone á leer, pensando en su futuro esposo.

—Indudablemente—se dice Raquel, hablando consigo misma—el baron se ha fijado más en los tres millones que poseo que en mi persona. Ciento cincuenta mil duros no dejan de tener encantos irresistibles; pero él me amará. De todos modos, yo necesito un marido; el estado de doncella es un inconveniente y deseo terminarle. Seré baronesa, y luégo, allá verémos. Si no puedo hacer de mi esposo un esclavo, le haré un escudo contra la maledicencia.

Esto piensa Raquel y se sonrie.

Por fin el libro se escapa de sus manos, y se queda dormida.

El sueño, ese bálsamo de los desgraciados, ese embustero fascinador de los jóvenes, le enseña un porvenir lleno de encantos, de poesía.

¡Pobre Raquel! Su suerte va á ser bien distinta de la que se imagina.

CAPITULO IX.

El verdugo y la víctima.

Treinta dias despues, algunos periódicos anuncian el casamiento de Raquel con el baron de Renard.

Durante la luna de miel, Rodolfo se porta con su jóven esposa como un verdadero amante.

Raquel suele decir á su doncella:

—Creo que he tropezado con mi media naranja.

Raquel no conoce á su esposo.

Rodolfo es suave como un guante.

Las palabras suelen deslizarse de sus labios con la misma suavidad que la víbora entre las yerbas de las márgenes de un arroyo.

Porque Rodolfo, aunque jóven, tiene una gran experiencia del mundo, y ademas un corazon dispuesto á todo lo malo.

Se ha casado por interes.

Los millones de Raquel, más que la hermosura, le han hecho aceptarla por esposa.

—Ciento cincuenta mil duros son un buen apoyo para sostener la pesada carga del matrimonio.

Esto se dice Rodolfo.

Como el casamiento se efectúa al principio del verano y Raquel está cansada de viajar, los jóvenes esposos convienen pasar el tiempo del modo más encantador del mundo.

Unas mañanas pescan truchas en Riofrio, otras pasean los jardines, los pintorescos sitios de la Granja, *jornada* de verano tan favorecida por los reyes de España.

Á últimos de Setiembre, cuando la primer ráfaga de los vientos otoñales orea sus cabellos, piensan en Madrid y las comodidades de su casa, en los goces de esa vida de invierno, que tantos encantos tiene para los ricos.

Regresan á la córte.

Rodolfo visita más el Casino, se retira más tarde, y pasa más tiempo léjos de su mujer.

Raquel, que comienza á enamorarse de su marido, le reconviene con dulzura.

Rodolfo se encoge de hombros, y por cumplido da un beso en la frente á su jóven esposa, diciendo:

—No me gusta que las mujeres sean exigentes. Buenas noches, querida Raquel.

El baron se encamina á su dormitorio.

Raquel llora durante una hora.

Transcurren los dias.

Llega una noche y Rodolfo no viene á dormir á su casa.

Raquel le está esperando hasta las nueve de la mañana.

Cuando se reunen para comer, Raquel le dice:

—Rodolfo, tú no eres el mismo.

—¿Y por qué, querida?

—Anoche no viniste á dormir; te he estado esperando hasta dos horas despues de salir el sol.

—Mal hecho; cuando tarde, debes acostarte; así no corres riesgo de pasar malas noches.

Esto es un insulto arrojado al rostro de un modo brutal, sin consideraciones de ningun género.

Raquel se pone pálida.

El amor que durante la luna de miel habia sabido inspirarle su marido la habia hecho tolerante, condescendiente, cariñosa, pero desde el momento que la grosería reemplaza á la galantería, quiere elevarse, como la mujer ofendida que se dispone á defender sus derechos.

—Está bien,—dice;—puesto que tú te propones hacer tu voluntad sin tenerme consideracion, yo haré la mia.

Rodolfo mira á su mujer, dirigiéndola una mirada insultante.

—En cuanto á eso, querida,—la dice,—ya es muy distinto; que yo haga mi voluntad, santo y bueno; pero que tú hagas la tuya, eso es una amenaza que me hace reir grandemente.

—Rodolfo, ¿soy yo tu esposa ó tu esclava?

—Lo primero es sinónimo de lo segundo, puesto que esclava es la esposa que ama á su marido con todo su corazon, como te acontece á tí.

Raquel guarda silencio.

Al terminarse la comida, Rodolfo, como tiene por costumbre, da un beso en la frente á su mujer y se va.

Raquel espera reconciliarse con su marido despues de la

pequeña nube que amenaza su felicidad, y aguarda á su esposo.

La noche transcurre lenta y pausada.

Nace el sol, y Rodolfo, como la noche anterior, no viene hasta las nueve de la mañana.

Raquel quiere reconvenir á su marido.

Rodolfo, sin conmoverse, se rie de Raquel.

Se traban de palabras, y ella le recuerda que es dueña de tres millones, y que puede separarse.

Rodolfo la dice:

—Puesto que conduces á un terreno tan inconveniente la discusion, te diré que cuando un hombre que se llama el baron de Renard se casa con una mujer que ha tenido queridos y que no lleva un nombre ilustre, no admite reconvenciones.

Raquel hace un movimiento de sorpresa, y Rodolfo termina con éstas frases:

—Querida Raquel, yo no soy de los maridos que se tiran desde el balcon á la calle por satisfacer un capricho de sus esposas, ni soy de los que consienten en que sus mujeres le pongan en ridículo. Te lo prevengo, y te ruego que lo tengas muy presente.

Raquel tiene miedo á su esposo desde aquel dia, y comienza para ella la vida de la mártir.

Rodolfo es indudablemente el azote de Raquel.

Tarde ó temprano, reciben los que obran mal su justa recompensa.

La jóven esposa no quiere, á pesar de las amenazas de su marido, ceder sus derechos, desconociendo que la mujer sólo triunfa cuando se confiesa vencida.

Aconsejada por su vanidad de mujer, quiere olvidar los disgustos domésticos, rindiendo culto á la coquetería.

Raquel tiene un palco en el teatro del Príncipe, donde luce su hermosura, su elegáncia y sus millones.

Jóven y bella, casi siempre sola en el palco, los amadores de oficio la dirigen los gemelos, buscando una recompensa, ó cuando ménos una esperanza.

Raquel fija la atencion en un jóven elegante y hermoso, sin pelo de barba, sonrosado como una inglesa, y tímido como una colegiala.

Rodolfo advierte que su mujer se fija mucho en aquel jóven; busca un pretexto y provoca un lance, del que sale herido de una cuchillada en el rostro el jóven amador.

Despues del duelo entra una noche en el cuarto de su mujer, y la dice:

—Vengo á participarte que el vizconde de X... se halla gravemente enfermo; y lo que es más sensible, cuando se restablezca no te gustará, porque tiene partida la nariz, una de las prendas más bellas de su hermoso rostro: puedes, por consiguiente, elegir otro amante, que yo me encargo de defender tu honra.

Raquel comprende que se expone á mucho con un hombre como Rodolfo.

Entónces busca el apoyo de don Basilio, para conducir á su marido al buen camino.

Un nuevo desengaño viene á amargar su poco envidiable existencia.

El notario se excusa diciendo que es muy delicado entremeterse en asuntos de familia; pero que la aconseja, atendido

el carácter fuerte y enérgico del señor baron, que sufra con resignacion, procurando no disgustarle.

Raquel llora mucho.

—El mal está hecho,—dice.—Rodolfo es un tirano, y no me queda otro remedio que sufrir la esclavitud que me imponga, ó huir de su lado.

Comienza á acariciar esta última idea.

Pero Rodolfo parece leer los pensamientos más ocultos de su esposa, y un dia la propone un viaje á Francia.

—Es indispensable—la dice—que visitemos el antiguo castillo de mis antepasados; mi apoderado me escribe diciendo que hago falta.

Raquel, dominando su alegría, le ruega que emprenda el viaje solo, con el pretexto de que no se encuentra buena para ponerse en camino.

Rodolfo la dice:

—El departamento de Gers goza de aires muy puros; allí te restablecerás.

Raquel llega á no tener voluntad.

Su esposo la inspira miedo, y las súplicas se convierten en órdenes irrevocables.

El lazo de flores del matrimonio se torna pesadas cadenas de hierro. Sus sueños, sus ilusiones, sus esperanzas, caen á sus piés deshojadas como las flores por el viento de la tarde.

Llora, y sus hermosos ojos se enrojecen.

Su cruel marido no tiene palabras de consuelo para ella.

Sólo la dice:

—Llora, querida; así te volverás fea ántes de tiempo, y tu vejez será prematura.

La situacion de Raquel es doblemente triste, pues Renard demuestra amarla con idolatría cuando se halla en sociedad.

Ella se ve tambien precisada á fingir.

Su existencia es una agonía prolongada.

Piensa en la muerte, pero tiene miedo.

¡Es tan bella la vida, áun en medio del dolor!

Ademas, ¿qué derecho tiene para quejarse?

¿No ha causado la ruina de un padre de familia? ¿No ha abusado de la credulidad de un jóven? ¿No ha puesto su corazon á pública subasta?

Dios es justiciero, y envia el castigo por caminos impensados.

Raquel comienza á sentir el remordimiento de su pasado, y se resigna á sufrir la suerte de aquella vida.

Una tarde el baron la dice:

—Mañana partirémos para Francia; todo está dispuesto; arregla tu equipaje.

Raquel responde con la resignacion de los mártires:

—Está bien.

EPÍLOGO.

CAPITULO PRIMERO.

Un viaje alrededor de algunos personajes.

Tres meses despues, Raquel comienza á suspirar por su querida España, pero el baron de Renard no da oidos á los suspiros de su mujer.

Una tarde que regresa de una cacería, viendo á Raquel paseándose triste y llorosa por el parque del castillo de Gers, la dice:

—Querida, me es muy sensible verte siempre con los ojos llenos de lágrimas y los suspiros en los labios. La felicidad no debe empañarse nunca entre dos buenos esposos; así pues, para que terminen de una vez las malas caras y las exigencias, voy á contarte una anécdota, que para algunos maridos tiene mucho de historia, pero que para mí es un cuento solamente.

Raquel se encoge de hombros, y dice:

—Te escucho.

—Refieren—dice el baron, sentándose en un banco al lado de su mujer—que en una gran ciudad vivian dos esposos en la más perfecta armonía.

El marido se desvelaba por satisfacer todos los caprichos, todas las exigencias, todos los gustos de su esposa, que concebia mil proyectos extravagantes, con el único objeto de abrumar á su esposo.

Una mañana se hallaban los dos asomados al balcon; vivian en un piso quinto, y á la mujer se le ocurrió que el marido se tirara de cabeza á la calle, por ver el efecto que le causaba aquel salto peligroso.

El marido que era un bienaventurado, soltó una ruidosa carcajada.

—¿Estás loca, mujer?—la dijo.—¿No conoces que voy á quedar estrellado como un huevo contra los adoquines de la calle?

—No importa; tírate.

—¡Pero mujer!...

—Tírate, esposo mio, tírate. Yo te lo suplico, yo te lo ruego encarecidamente.

El marido, se rió grandemente de la ocurrencia, y por evitar un mal pensamiento, se retiró del balcon.

A la mañana siguiente la esposa, que no habia olvidado la exigencia, volvió á decirle:

—Tírate á la calle.

El marido quiso ponerse serio, pero dominado por la mujer, comenzó, con toda la calma del mundo, á manifestarla los peligros de semejante capricho.

—¡Ah!—exclamó.—¡Soy la esposa más desgraciada del

universo! ¡Basta que yo quiera una cosa para que tú me la niegues!

Y se echó á llorar como una Magdalena. . . . .

Aquel dia no se comió en la casa, y el marido, dándose á todos los diablos, comenzó á creer de buena fe que estaba tiranizando á su esposa.

Sin embargo, intentó persuadirla.

Todo en vano.

Transcurrieron algunos dias, y siempre que se asomaban al balcon, le decia:

—¡Anda, tírate! ¡Nunca me das gusto en nada! ¡Eres un mal esposo!

Por último, el pobre marido, convencido de que la mujer tenia razon y de que le exigia una cosa muy justa, la dió un fuerte abrazo, y encomendándose al santo de su devocion, hizo la señal de la cruz sobre su frente y se tiró de cabeza á la calle.

La mujer lanzó un grito al verle dar vueltas por el espacio.

Pero ya era tarde.

El marido, hecho una tortilla, se hallaba en mitad de la calle; entónces se convenció la esposa de que su marido tenia razon en no quererse tirar.

Así pues, querida Raquel, yo no quiero estrellarme como el marido del cuento; conozco que no es más feliz el que más concede; por lo que te aconsejo que sigas otro camino, que llores ménos y que te resignes más, porque la mujer sólo manda cuando obedece; tenlo presente.

Raquel sigue el consejo de su marido.

Es todo cuanto podemos decir por ahora á nuestros lectores.

. . . .
. . . .

Miéntras esto sucede en Gascuña, en Aragon, en el pueblo de B..., se celebra con gran regocijo el segundo aniversario de la llegada de Juan José Robles.

La alegría de los sencillos habitantes de B... raya en locura.

Juan José, alcalde del pueblo por entónces, ha puesto á su disposicion las tinajas de su rica bodega, dándoles ademas una corrida de novillos por la tarde y fuegos artificiales por la noche.

Ya sólo falta que quiten al santo del altar y que pongan al alcalde.

Segun ellos, es el hombre más bueno, más caritativo y más tolerante del mundo.

Para aquel hombre honrado, modelo de esposos y de padres de familia, víctima un tiempo de la calumnia, todo es felicidad, todo bienestar.

Ademas, para completar el cuadro, sus hijos y su esposa disfrutan de una salud envidiable.

Sólo, de vez en cuando, le preocupa una idea: el aplazado casamiento de su sobrina Enriqueta, la hija de Ángela, con su hijo Alejandro.

—Despues que los chicos se casen,—dice á su mujer,—seré el hombre más feliz de la tierra.

—Tienes razon,—contesta Francisca.

Juan José Robles es por cierto digno de que la clemencia

y el favor de Dios caigan con abundancia sobre el techo de su hogar.

. . . .

Veamos miéntras tanto qué ocurre en la casa de campo del camino de Vallecas.

El honrado Blas, con un papel en la mano, entra precipitadamente en una de las habitaciones donde se halla Pepa, su mujer.

—¡Carta de los chicos! ¡carta de los chicos!—dice agitando el papel.

Pepa se estremece.

—¡Bendito sea Dios!—dice.—Hace ocho dias que no sabemos nada de ellos. Siéntate y léela.

Blas se pone unos quevedos, desdobla la carta y lee con agitacion lo que sigue:

«Ginebra 1.° de Setiembre de 185...

»Queridos padres: Ante todo, comienzo por pedirles perdon por el silencio que he guardado durante seis dias; pero aquí se pasa el tiempo sin sentir...»

—¡Es claro!—dice Pepa.

—¡Vamos, no comiences á interrumpirme!—exclama Blas con énfasis.

—Bueno, hombre; pero sigue.

Blas, repitiendo la última palabra, continúa:

«... el tiempo sin sentir.

»Tengo que dar á ustedes dos buenas noticias: la primera, que estamos buenos, y la segunda, que mi querido Héctor ya me habló anoche del regreso á España.»

—¡Gracias á Dios! ¡Ya era tiempo!—dice Pepa sin poder contenerse.

Blas, viéndose interrumpido por segunda vez, dirige una mirada á su esposa y continúa la lectura:

«¡Oh! A cada cosa que veo, siento no tenerles á ustedes á mi lado.

»Es imposible que yo pueda describir en una carta lo hermoso que es todo cuanto me rodea.

»Héctor tiene mucho talento, y cuando le digo que les escriba á ustedes detallando las cosas como él sabe hacerlo, me contesta que mis cartas producen mucho mejor efecto que las suyas.

»¿No es verdad que Héctor no tiene razon? ¡Él lo contaria tan bien! Pero yo... yo no sé escribir.

»En fin, queridos padres, sea como sea, ó por mejor decir, salga como salga, puesto que mi esposo no quiere complacerme, bien es verdad que es lo único que me ha negado hasta ahora, les escribo á ustedes á mi modo.

»El lago de Ginebra es encantador.

»Todas las tardes paseamos en una barca, que Héctor llama góndola.

»¡Oh! ¡Qué bien se pasa el tiempo! ¡Qué ratos tan deliciosos disfrutamos!

»Pobre de mí, acostumbrada á no salir de las cuatro paredes de nuestra humilde casa, ¿cómo no ha de causarme un efecto maravilloso todo lo que veo?

»Además, Héctor, al enseñarme lo más notable de las poblaciones, me cuenta toda la parte histórica, lo cual me entretiene agradablemente.

»¡Ah! Si ustedes hubieran accedido á nuestras súplicas y nos hubieran acompañado, ¡cuánto se habrian alegrado de ver lo que yo he visto!

»Dice Héctor que estoy más gruesa. Yo creo que es un adulador.

»Pero hablando de mí, me olvido de preguntar por nuestra Enriqueta. ¿Cómo está? Supongo que se acordará mucho de nosotros.

»Quisiera escribir una carta de cuatro pliegos, pero Héctor me da prisa y me dice que el carruaje se halla esperándonos á la puerta de la fonda.

»Adios, padres mios; desde esta hermosa ciudad abraza á ustedes con todo el cariño que les profesa su hija, que tanto les ama,—*María.*»

Debajo de estas líneas hay una posdata, que Blas se apresura á leer.

Dice así:

«Yo tengo la culpa de que María no se extienda hoy más; cuando nos veamos, que espero que será muy pronto, impondrán ustedes el castigo que tengan por conveniente á su hijo,—*Héctor.*

»Un millon de besos á Enriqueta.»

Al terminar la lectura, los ojos de Blas y los de Pepa se hallan arrasados en lágrimas.

—¡Dios los bendiga!—exclama Blas.

—¡Qué ganas tengo ya de verlos!—dice Pepa.

La felicidad de los hijos hace llorar á los padres; pero de un modo dulce, que refresca el alma, que embellece el sol, que lo alegra todo.

Blas lee la carta muchas veces.

Es decir, la está leyendo continuamente hasta que recibe otra, porque para un padre la carta de un hijo es una lectura llena de encantos, cuyas bellezas no se advierten la primera vez.

CAPITULO II.

En Ceuta.

No te asustes ni sobresaltes, lector querido, si por unos instantes te conduzco á esa ciudad que abrasa el cálido viento de África, que sacude el intranquilo mar del estrecho de Gibraltar y rodean fuertes murallas, regadas tantas veces con la sangre del desvelado centinela.

Ceuta, ese bazar donde se agrupan los temibles autores de los dramas más sangrientos de España, va á ser nuestra residencia por algunos momentos.

Acaban de oirse las oraciones.

La noche está serena, tranquila.

El mar gime blandamente, acariciando las solitarias riberas que le oprimen.

El silencio que envuelve la antigua ciudad es imponente, majestuoso.

Sólo de vez en cuando se escucha el grito de alerta del

centinela, ó el lejano ladrido del receloso perro que guarda el aduar marroquí.

Tres hombres salen de un inmenso edificio y se encaminan hácia una pequeña explanada, situada á la orilla del mar.

A los claros resplandores de la luna se distingue el traje de los nocturnos paseantes.

Los tres visten los mismos colores, la misma tela.

Pero uno, el que va delante, camina con más ligereza, y lleva una vara de abedul en la mano derecha y un farol en la izquierda.

Los que van detras mueven con alguna pesadez la pierna izquierda, y á cada paso producen un ruido de hierro que entristece el espíritu.

Estos dos hombres llevan á cuestas un fardo bastante abultado.

Caminan en silencio y dirigen sus pasos hácia el mar.

El lector habrá comprendido que los nocturnos paseantes son: el de delante, un capataz de presidio, y los de detras dos penados, dos desheredados, dos miserables, expulsados por la ley del seno de la sociedad.

En cuanto al fardo que llevan, no es otra cosa que el cadáver de un compañero, envuelto en un trozo de lona.

Se encaminan, pues, al cementerio destinado á guardar los restos de los hijos del crímen.

Este cortejo fúnebre llega por fin á una explanada, donde se ven algunos árboles, y toscas y sencillas cruces de madera marcando las modestas sepulturas.

El del farol se detiene, y colgándolo de las ramas de un árbol, dice sencillamente:

—No andemos más; aquí mismo.

Los presidiarios dejan caer en el suelo el yerto cuerpo de su compañero.

Uno de ellos dice:

—El pobre *Tristeza* pesa ménos que un pájaro.

—¡Toma! Los tísicos tienen poca carne.

—Y éste se clareaba.

—El que no come y no canta, hace pocas *mantecas* en nuestro *colegio*.

El capataz se ha sentado sobre un monton de tierra, y miéntras los presidiarios tienen el anterior diálogo, pica, lia y enciende un cigarro con la mayor cachaza del mundo.

Pero despues de despedir la primera bocanada de humo, dice:

—Coged las palas y abrid la fosa.

Esta es una órden que obedecen al momento los penados.

Un cuarto de hora despues la sepultura se halla abierta.

Entónces los presidiarios se sientan sobre el monton de tierra y á su vez hacen tambien un cigarro.

El capataz, que sin duda es un hombre considerado, les deja que descansen.

Transcurren algunos minutos en el más completo silencio.

Tal vez aquellos hijos del crímen envian hácia las costas de España, en alas de la brisa de la noche, algun pensamiento dedicado á la afligida madre, á la desconsolada esposa, al desvalido hijo.

Todo hombre tiene en su alma el gérmen del bien. El sentimiento, ese perfume del corazon que se evapora por los ojos convertido en lágrimas, no es completamente extraño á esa

familia desgraciada, que, impulsada por las necesidades de la vida, víctima tal vez de la pereza, esgrime el puñal contra sus semejantes.

El crímen les coloca frente á frente de la sociedad, y en la perpetua lucha que mantienen, la desesperacion les conduce al presidio ó al patíbulo.

El mundo no puede reunir á la humanidad como una familia; compadezcamos, pues, á los desheredados.

Los claros rayos de la luna reflejan sobre el demacrado rostro del muerto, que los presidiarios han llamado *Tristeza*.

Los ojos del capataz se fijan casualmente en el cadáver, y un profundo suspiro se escapa de su pecho.

—¡Pobre Eugenio!—dice.—¡Era digno de mejor suerte!

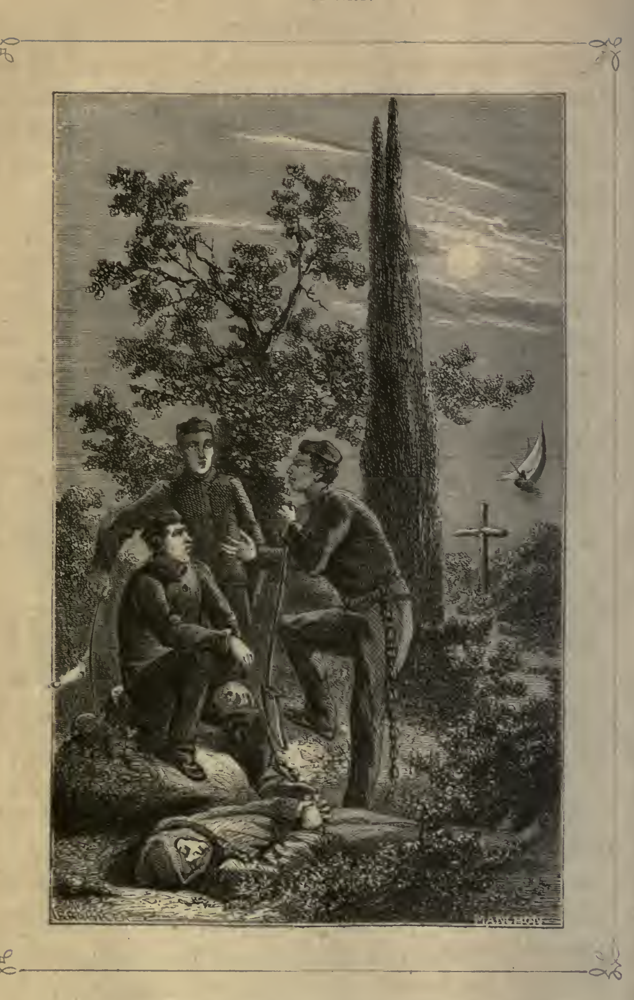
Los presidiarios miran al capataz, como afirmando aquella apreciacion.

—Sí,—dice uno de ellos con dolorosa expresion;—*Tristeza* fué compañero mio por espacio de un año. Compartimos entre los dos el peso de una misma cadena. Al principio, confieso que me reí mucho oyéndole gemir y llorar durante la noche; pero poco á poco me fueron interesando sus penas, y le quise como á un hermano; los compañeros le pusieron *Tristeza*, porque nunca se reia ni estaba de buen humor. ¡Pobre Eugenio! No pudo soportar las penalidades del forzado y los gritos de la conciencia, y se murió. ¡Dios tenga compasion de su alma, y no olvide la mia cuando me toque la vez!

Guarda silencio el que ha hablado, y sus labios se agitan como si murmurara una oracion.

El capataz tiende la mano al presidiario y le dice:

—Veo que existe algo bueno en tu corazon, y sé que Eu-



—¿Quereis oir la historia de este cadáver?

genio, en los últimos dias de su vida, ha tenido en tí un buen amigo.

—Le debo muchos y muy buenos consejos. Era dócil como una oveja, y creia en mi honradez, á pesar de la condena que me hizo venir á Ceuta. Yo he sido muy malo, lo confieso; en otro tiempo me hallaba dispuesto para llevar á cabo la empresa más arriesgada; pero ni entónces ni ahora he dejado de ser agradecido. Eugenio me escribia las cartas para mi pobre mujercita, que no veré nunca. ¡Qué cartas, señor capataz!... Me hacian llorar cada lágrima como un garbanzo de aquellos que se llaman en Madrid *deseados para una boda;* pero el pobre tenia en el pecho esa pícara enfermedad que consume y mata por fin, y yo he perdido un buen amigo. ¡Cómo ha de ser! Es preciso resignarse. Dios lo ha dispuesto así.

El presidiario se lleva la tosca mano á los ojos, como si quisiera enjugarse una lágrima.

—¿Tú sabrás la historia de Eugenio?—le pregunta el capataz.

—Toda,—repone el penado.—¡Cuántas veces me la ha contado, derramando abundantes lágrimas!

Y despues de una corta pausa, continúa:

—¿Quereis oir la historia de este cadáver?

—Cuenta,—dicen casi á un mismo tiempo los dos que le escuchan.

El presidiario narra minuciosamente á sus compañeros lo que nuestros lectores saben que aconteció á Eugenio en la presente novela.

¿Para qué repetirlo?

—Eugenio,—continúa el presidiario,—condenado por sus

jueces á cadena perpetua, fué conducido á los presidios de África hace dos años: yo tuve la suerte, como he dicho, de ser compañero suyo. Una noche cruzábamos la muralla, conduciendo, como ahora, el cadáver de un compañero al camposanto; yo llevaba una cuerda arrollada al cuerpo, suficiente para descolgarme desde una tronera al foso.

Mi intento era pasarme á Marruecos y renegar.

Eugenio me recordó el Dios verdadero, las oraciones que mi madre me habia enseñado en la infancia; y por último, sus ruegos y sus consejos me convencieron de que debia resignarme con mi suerte.

Entónces cogió la cuerda que debia proteger mi fuga y la tiró al foso por encima de la muralla.

Luégo comenzó á enfermar.

El médico dijo que estaba tísico, y el comandante, compadecido, le quitó la cadena.

Bien es verdad que Eugenio era querido y respetado por todos.

Acosado por los remordimientos, su único placer era servir de consuelo á los desgraciados presos.

Nosotros, como sabeis, le llamábamos *Tristeza;* pero ese apodo no era el que más le convenia.

Si se le hubiera llamado *Consuelo de los penados*, hubiera sido un nombre más propio.

¡Pobre Eugenio! Yo le he visto siempre dispuesto á hacer bien.

Jamas en su boca se extinguian las palabras de mansedumbre y de consuelo.

Durante los últimos dias de su vida, cuando estaba en la

cama del hospital, la sonrisa no se apagaba de sus labios; pero una sonrisa triste y melancólica, que hacía llorar, que partia el corazon.

Aquí termina el relato del presidiario.

El capataz se levanta.

Está conmovido.

—Acabemos,—dice;—hace mucho rato que nos hallamos aquí.

El cadáver de Eugenio, envuelto en un trozo de lona, baja á la sepultura.

Cubierto es por la madre tierra; una tosca cruz de madera, con su nombre grabado en el tronco con la punta de una navaja, marca su última morada.

La amistad de un presidiario le dedica aquella última memoria.

La calumnia le habia puesto el puñal en la mano, la tísis en los pulmones y la cadena en el tobillo.

Eugenio fué una de sus muchas víctimas.

La sociedad no le compadece, porque ignora el drama de su vida.

Ademas, la sociedad no se detiene por un cadáver más ó ménos.

¡Pobre humanidad, que lleva el cáncer en el pecho, y no lo advierte!

¡Pobres hombres, que se complacen en devorarse los unos á los otros!

¡Ay de aquéllos que sacrifican la honra de un amigo á un chiste, y matan la felicidad del prójimo manchándole con la baba asquerosa de la calumnia!

¡Dichosos aquéllos para quienes la tolerancia es una necesidad, y que, recordando las sublimes palabras de Jesus, ven ántes la viga en su ojo que la paja en el ajeno!

Eugenio dió crédito á la calumnia, dejó la luz por las tinieblas, trocó el mal por el bien, y desde entónces la felicidad se convirtió en infortunio, la vida en muerte.

Pero ¿podré yo haber contribuido con mi libro á detener un poco los terribles estragos que causa en la sociedad ese cáncer del corazon humano?

Mucho lo dudo.

Hay enfermedades que se apoderan del alma como la lepra del cuerpo.

¡Tal vez la calumnia sea la lepra del alma!

¿Dónde hallar el medicamento para curarlas?

La calumnia no tiene patria: es universal.

Allá donde respira el hombre, allá toma asiento y se establece.

Allá donde respira la criatura, allá se halla, como la peste, envenenando la atmósfera.

¿Quién no ha sido alguna vez calumniador, tal vez sin saberlo?

¿Quién no ha sido calumniado?

Nadie.

¿Por qué no se busca remedio eficaz y seguro para un vicio moral que interesa á todos, que afecta á todos, que hiere á todos?

La envidia, esa hermana mayor de la calumnia, esa ponzoña de los corazones pequeños, es la que incita al hombre á murmurar de su prójimo.

Dejad de ser envidiosos, y habreis adelantado mucho para no ser calumniadores.

Creed á vuestros prójimos más buenos de lo que son, y recordad que el Mártir del Gólgota ha dicho: «Amaos los unos á los otros.»

CAPITULO III.

Preguntas sueltas.

¿Qué le sucedió á Rafael, al fingido Ibrahim?

¿Qué fué del negro Daniel?

¿Se casaron Alejandro y Enriqueta?

¿Tuvieron hijos Héctor y María?

¿Mató Raquel á su esposo Renard, ó Renard se comió los millones de Raquel?

¿Cuántos años vivió la hacendosa Pepa?

El honrado Blas, ¿se alistó en las filas de la Milicia el año 1854?

Estas preguntas y muchas más estoy oyendo que te haces, querido lector, y á la verdad que no te falta razon para ello. Pero preciso es resignarse á que, por ahora, queden algunos *cabos*, que procuraré atar, si Dios me da vida y salud, en la próxima obra que con el título de *La Esposa Mártir* pienso publicar para vosotros.

Debo, sin embargo, advertirte que la obra que te ofrezco no es una segunda parte de LA CALUMNIA, porque, como dijo el gran Cervántes, *nunca segundas partes fueron buenas.*

Así pues, lector querido, da por terminada esta novela, y si me perdonas los muchos defectos, hijos tanto de mi insuficiencia como de las circunstancias en que la he escrito, yo me daré por muy satisfecho, agradeciéndote una vez más el cariño que me dispensas y lo mucho que te debo.—*Vale.*

FIN DE LA NOVELA.

ÍNDICE.

LIBRO NOVENO.

En el baile y despues del baile.

LIBRO DÉCIMO.

Luchas secretas.

LIBRO UNDÉCIMO.

El grito de la conciencia.

LIBRO DUODÉCIMO.

La voz del cielo.

LIBRO DÉCIMOTERCERO.

En la córte y en la aldea.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

Ojo por ojo, diente por diente.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

Los tres amores.

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

Camino del desenlace.

LIBRO DECIMOSÉTIMO.

Un corazon de tigre.

LIBRO DÉCIMOCTAVO.

Cabos sueltos.

EPÍLOGO.

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO SEGUNDO.

